PERO NO; HAY TODAVÍA MUCHO DE LA ES

ANTIGUA ENTRE NOSOTROS: LA INTOLERA

¿QUÉ SIRVE

LA FALTA DE ...DERACIÓN Y DE RESP

MÍO, SAB

POR TODO LO ... ES LA ANTIGUA MA

CUANDO

...VIR. SE ... SUJETAR EL PENSAM

LLEGA

A ...ABAR ...TAR POR LA ALTANERÍA

DEREC

RUPTURA DEL

...EÍDO CO... ...ON DERECHO

QUE

PROGRESO? DE ... GRATU

PUEBLO

NUESTRAS COSTUMBRES

NO SER

QUE HASTA LA

IDO COMO

...ORIA DE LOS

PRÍNCIPE

RECOMI

PASADOS

UNIFICA

PARECE INMORAL.

Obras de
Domingo Faustino Sarmiento

Tomo II
Artículos críticos y literarios
1842-1853

Santiago de Chile
Imprenta Gutenberg
1885

Datos sobre edición digital

Título:

Obras de Domingo Faustino Sarmiento, Tomo II

Artículos críticos y literarios 1842-1853

Autor:

Domingo Faustino Sarmiento

Digitalización:

University of Toronto

https://archive.org/details/obrassarmiento02sarm

Imagen original de cubierta:

Wikimedia Commons

http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sarmiento_(1873).jpg

Diseño de cubierta:

JP Avila Foto

https://plus.google.com/+JPAvilaFotografíaMendoza

Tipo de letra:

DejaVu Fonts

https://dejavu-fonts.github.io/

Maquetado:

Sebastián Javier Avila

avila.seba@yahoo.com.ar

epub:

Noviembre 2015

Versión 1.0

Advertencia

Los artículos de crítica y de polémica social, artística y filosófica reunidos en este tomo bajo el título de críticos y literarios, aparecieron en los diarios *El Progreso* y *La Tribuna*, y en los periódicos *La Crónica* y *Sud América*, publicados desde 1842 hasta 1853.

Sobre el criterio a que hemos obedecido para hacer su selección, nos referimos a lo que sobre ello diremos en el tomo primero de estas Obras, actualmente en prensa.

Santiago, 22 de noviembre de 1885.

Artículos críticos y literarios

Nuestro folletín
(*Progreso* del 10 de noviembre de 1842)

Nuestro folletín será para el solaz del espíritu lo que los postres son para el regalo del paladar. El teatro nos presentará platos delicados en los que, después de hacer cuartos las piezas dramáticas, clasificar la escuela a que pertenecen, sacar a un lado al autor, enseñar a nuestros convidados los bocados más sabrosos y apartar las pepitas y huesecillos de los defectos, trincharemos con mano aviesa lo primero que se presente a mano, vaya eso… un Velasco, un Alonso u otra pasta cualquiera. Pero antes de llevarlos a la boca, preguntaremos ¿qué hace usted? ¿trabaja? ¿estudia? ¿se desvive por complacer a sus compatriotas? ¿No?… Pues, allá va, dentellada y mordisco. En seguida la concurrencia, la orquesta, el chistoso, la Pinilla, etc., etc. Esto es nunca acabar y dará materia para dos y aun tres servicios por semana.

La moda. Este es un asunto tan grave como nuevo. Visitaremos los barnizados y brillantes estantes de Marchan y Lataste, los *fashionahles* y confortables efectos de Prieto, las cachemiras de Leon, los pañuelos de Puelma, las cintas y blondas de Levasseur, los terciopelos de Gandarillas, y recomendaremos a nuestros elegantes lo que el *folletín de la moda* ordena usar de preferencia. Las modistas parisienses Mlle. O. y Mlle. E. y Mlle. U. nos instruirán de vez en cuando

del género del vestido, y cuántos buches y pliegues debe llevar; si tul o cachemira, si corto o largo, con todos los demás adminículos y graciosas bagatelas que forman la toaleta de una elegante. Indicaremos a los pisaverdes quién se las vale para el corte del pantalón, y quién no yerra hechura en fraque y saca pintada una levita; dónde se halla el género de chalecos para la estación, y el ancho exacto que debe tener la cinta del sombrero.

Las tertulias, los conciertos y reuniones, ambos paseos de la Cañada y Tajamar, la elegante sencillez de los trajes, la coquetería del peinado de la señorita F., es decir, fea, y las gracias de la B., que se nos antoja llamar bella, formarán algunas veces el fondo de un folletín que atraerá a nuestras curiosas a su lectura, como jilguerillos que acuden a bandadas a la vista del cebo engañador.

Tendrán en este lugar privilegiado grata y cordial acogida los ensayos literarios de nuestros jóvenes, ya sea que quieran dar rienda a la travesura de su ingenio en un articulillo de costumbres, o manifestar lo delicado de su sensibilidad con algunos rasgos apasionados, pintando una pasión tierna o violenta, o bien delineando un carácter originalmente ridículo.

Mas como no todos los días tendrán los aficionados paño que cortar, ni la tijera es cosa para manejada sin ton ni son, nos acercaremos el lunes a la Sociedad de Agricultura, y haciendo el martes una breve exposición de los trabajos que han ocupado la sesión, llamaremos la atención del público sobre los desvelos de los ilustrados patriotas que tantos bienes preparan a su país; prestándoles nosotros esta ayuda, que no es corta, para que sus trabajos no vayan silenciosamente a sepultarse en el olvido del *Agricultor*, que circula con menos profusión de la que merece, acaso por falta de un candil, como el de nuestro diario, que lo haga visible y le preste el interés y publicidad necesarias.

Otro tanto haremos con la Sociedad Literaria que promete frutos tan sazonados, y que tan merecidos aplausos ha tenido de todos los que propenden al adelanto de las letras. Una sociedad compuesta de jóvenes aprovechados y deseosos de contribuir a la gloria de su país, necesita manifestar al público que no se ha adormecido sobre los tempranos laureles que ha cogido, sino que el ardor juvenil que ha mostrado es una promesa de nuevos esfuerzos y de útiles y continuadas tareas.

Y cuando todo esto nos falte, ocurriremos a los folletines que embellecen las páginas de los diarios franceses y españoles de más nombradía; pudiendo sin jactancia decir desde ahora que en esta parte nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa y América, por la razón muy obvia de que siendo uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra disposición y para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios, y vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle más mono y más engalanado que cada uno de aquellos separadamente; porque eso de *ce feuilleton ne pourra pas étre inséré*, que traen los diarios franceses, es griego para nosotros, y no lo entenderemos jamás.

De manera que, según lo visto, y lo que está por verse aún, y que se verá sin duda alguna, si el diablo no anda metiendo la cola, nuestro diario tendrá siempre alguna puntilla por donde granjearse la benevolencia de nuestros amables lectores. Veamos si no, noticias para el curioso, avisos para el comerciante y hombre de negocios, remedios para matar el tiempo del desocupado, material para la conversación de sobremesa y del té, artículos editoriales para ejercitar la crítica de los inteligentes, amonestaciones piadosas para sacar de paciencia a la policía, municipalidad, jueces, escribanos, empresarios, etc., etc. Sobre literatura un poco, sobre conocimientos útiles mucho, cortas biografías de hombres célebres, y de bibliografía lo que se presente y se pueda. Algo

para las señoritas; pero esto tan medido que no hay riesgo que el exceso enferme sus desganadas constituciones; mucho para los jóvenes y gente estudiosa, y el resto para el comercio, las transacciones y los negocios.

¿Habrá con tan bella perspectiva quien se niegue sin ser el hombre más negado, y cualquiera que sea su condición, con tal que no sea la del pobre, que es la única condición negada, a suscribirse por meses y años, a sostener un diario tan útil y positivo, y que redundará en honra y provecho de todos y cada uno de los santiaguinos? ¿No tendremos un diario en la capital, cuando en una ciudad como Valparaíso hay dos? ¡Oh! ¿No podremos decir de cada uno de nuestros conciudadanos?: ¡oh! ¡si es mucho sujeto este! ¡Se suscribió corriendo al primer tirón! ¡Es uno de los fundadores! Es verdad que no lee siempre el diario por estorbárselo sus ocupaciones, visitas o achaques, pero lo leen sus hijos, pero lo leen sus vecinos y amigos; pero, en fin, señor, ¡ha contribuido como buen patriota al adelantamiento de su país! ¡Oh! ¡Es todo un buen ciudadano!

Prometerse otros resultados menos felices sería apreciar en poco la cultura y buen sentido de nuestros convecinos, que hallarán un interés individual y público en suscribir a nuestra solicitud. Porque esto de fundar un diario es cosa muy seria, y es necesario mirarse y remirarse en ello. Se necesita un capital saneado para plantar la imprenta del diario, porque no se puede mandar a cualquier parte que lo impriman. Una buena suma por si lo coge en un desliz el fiscal y lo declara el *juri* injurioso y pecaminoso en quinto grado. Si fuera cosa de declararlo ignorante en grado superlativo, incorrecto o gálico, como han declarado los facultativos al *Mercurio*, vaya, eso pase; pero sedicioso o cosa semejante, ¡Dios nos asista! Se necesita uno o más editores; un director; redactor para el artículo de fondo; redactor de novedades y ocurrencias; redactor para la crítica del teatro; redactor para el folletín. Una compañía de traductores del latín, inglés, francés y portugués

para extractar las noticias extranjeras, y además un traductor de traductores, para que el público no se quede en ayunas de lo que lee. Corresponsales en las provincias y en Valparaíso, y corredores y catadores de novedades aquí para reunir todos los *dit-on* o la chismografía del día. Un ejército, en fin, que mueva esta complicada máquina de la publicación de un diario, y que se desalienta y desfallece, si un torrente, un aguacero de suscriptores no acude a fecundar con su riego la tierna planta, si no se le pone al pie un grueso abono de pesetas que la caliente y vivifique, si el armonioso susurro de la *molida*, no refresca el alma agotada y medio seca del editor responsable, como el ruido de las hojas mecidas por plácida brisa.

Se necesitan, pues, suscriptores, suscriptores por centenares, por millares, como corresponde a una capital. Se reciben suscripciones en la botica del señor Barrios, en la del señor Castillo, en la casa de don Dionisio Fernández, se solicitan en las casas particulares, se mendigan por las calles, se piden por la prensa, por carteles, por pregones, en las plazas, en los paseos, en las tertulias, de noche, de día, despiertos, dormidos, de todos modos y maneras, ¡suscripciones y suscriptores!

Los suscriptores
(*Progreso* del 11 de noviembre de 1842)

¡Son muchos tiempos estos! Si el hazañista Alcides hubiese vivido en nuestros días y buscando aventuras caído en esta bendita ciudad de Santiago, con toda su piel del león nemeo y su enorme cachiporra, se habría quedado con baba fría y rascándose la cabeza, en presencia de este último y decimotercio trabajo, de dar a luz un diario! Este nuevo género de alumbramiento sí que es un trabajo, y no los otros de su género, pues que cualquiera sale orondo del paso.

Si tal hubiesen sospechado los de la mal aconsejada empresa, no haya miedo de que se hubiesen embarcado en tan *contijioso* negocio. Si todo consistiese en forjar un prospecto y mandarlo por esas casas y almacenes a experimentar voluntades, nada por cierto más fácil. Se gastan cosa de veinte pesos en imprimirlo; la generalidad aprueba el pensamiento; se habla unos días de la cosa, y pare usted de contar. ¿Suscriptores? ¡Oh! Eso es harina de otro costal. Reparta usted sin piedad prospectos por las casas, las bolsas y los cafés, y mande en seguida a colectar firmas y vaya oyendo las respuestas. — Dígale usted a ese señor que no sé quién es. —Vuelva usted otro día. —Pero si los niños rompieron el papel, y no sé lo que es. ¡Qué niños estos! —Dice usted bien, no me había acordado; pero mañana; no, pasado… vuelva usted

después, lo veré. —¿No hay más que hacer que leer lesuras? —Yo lo leo en la Bolsa, para eso estoy suscripto. —Ahí, los muchachos se suscribirán. —Vea usted a mi padre. —Diga usted a ese caballero que aquí no hay hombre que lea; soy viuda. —Que yo pasaré a suscribirme. —¿Qué no sabe usted que soy empleado? —Dígale usted que lo que salga veré. —Dígale que… —Basta, no me diga usted más. Veamos los que se han suscripto. Don Fulano, calle de la Basura, junto a… Don Sutano, Cañada abajo, de San Miguel tomando para… Don Mengano, Alto del Puerto arriba, a las cuatro puertas de calle, enfrente de una que tiene una losa en la puerta, en la acera de la sombra, dan… Don Perejano, calle de las Monjitas, cinco cuadras en frente de lo de las señoras… las señoras, y no se puede descifrar lo que sigue de lo de las señoras… pero quien boca tiene a Roma llega.

Los días pasan; los lugares designados para las suscripciones están en pleno ejercicio. Se cuentan las firmas: ocho en una parte, quince en otra, treinta qué sé yo dónde…

—¡Y la imprenta comprada! —decía uno de los interesados estirando la barba y el hocico y encogiéndose de hombros.

—¡Quién se lo había imaginado! —agregaba otro.

—Bien decía yo —replicaba un tercero—, en Santiago, señor, no se han podido plantear nunca diarios; aquí no.

—Pero no hay por qué amedrentarse —reponía alguno—, repartan otro prospecto y verán.

—¡Oh! sí veremos que se reparte otro prospecto; pero no verán los que lo reciben que nos costará otros veinte pesos.

—Por otra parte es preciso dirigirlo a las personas notables con sus nombres; es preciso hablar a cada uno y decirle que se suscriba, no dejar, en fin, piedra por mover.

Halagados por esta nueva y última esperanza, como ratones que ven un agujero donde refugiarse, se echan mis gentes a atacar cuerpo a cuerpo a cada individuo que le sale al paso.

Ven a un comerciante, a muchos comerciantes, quienes contestan que el negocio va mal, que no da para gastos extraordinarios; los extranjeros, los franceses que *ça ne vaut la peine*; los ingleses que no hay alta y baja de los fondos públicos. Dan con un hacendado, quien hace sentir, más por su apostura y *embonpoint*, que por lo desapiadado de sus discursos, que tiene hartos inquilinos, y que nada de esto debe a los diarios sino a su trabajo; y que para vivir sano y robusto no se necesitan diarios. Cae el prospecto en el bufete de un abogado, quien al leer el título le pone de un tirón, no ha lugar, traslado al escribiente, quien lo traslada al bolsillo, de donde pasa a dar fe a muy mala parte. Échanse de manos a boca con un militar. ¿Que voy, dice, a hacer con diarios? ¿Qué tengo que ver con eso? Dejante que el sueldo es escaso y nos secan a guardias; solo que se suscriba la caja del cuerpo con un ejemplar para leer en la prevención. Hablan a los jóvenes; los unos están suscriptos en la Bolsa. ¡Qué Bolsa de mis pecados esta! Otros lo leerán en casa de un amigo; otros no se ocupan de leer esas bagatelas; otros ni eso ni nada. Otros son catedráticos, otros estudiantes, y es incompatible. Otros son paquetes y lo hallan de una redundancia de mal tono. ¡Quita allá!…

Un minero de Copiapó que acierta a oír algo de *Progreso*.

—¡Hola! —dice—, ¿ha alcanzado?

—¿Cómo ha alcanzado? Se solicitan suscripciones al *Progreso*, vea usted el prospecto.

—¡Um! creía que había alcanzado la mina del Progreso de Copiapó, y como yo estoy en aspas… Va en broceo deshecho hace dos años; pero papeluchos…

Tropiezan al fin con un empleado y aquí se prometen sacar la barriga de mal año.

—¿Ha visto usted el prospecto?

—Sí, ¿y cuándo sale?

—Eso está en veremos, ¿y está usted suscripto?

—¿Yo?, ¡si soy empleado, hombre de Dios!, a nosotros se nos reparte.

—Pero esta vez no se verán ustedes en ese espejo.

—¿Cómo que no? Aquí en confianza ¿que va a ser enemigo del Gobierno? ¿Que no se suscribe el Gobierno?

—Qué sé yo; pero si se ha de suscribir para repartir el diario, mejor es que le ahorremos ese trabajo.

—Muy mal me parece eso. No tendrán ustedes suscriptores. Sin la cooperación del gobierno se los lleva la trampa. Soliciten que se suscriba con 500 ejemplares, que proteja la prensa. En las oficinas son los diarios indispensables; ¡no ve usted que se duerme uno en las sillas! El gobierno debe proteger la prensa, señor.

No obstante tantos contratiempos, no han faltado comerciantes, extranjeros, hacendados, jóvenes, militares y empleados que se hayan suscripto por un ejemplarcito; porque sería candidez esperar que haya en Santiago alma nacida que tenga un deudo, un amigo fuera a quien mandar el diario. Debemos decir en honor de nuestras matronas ¡que pasan de *dos*! las que han pecado por de pronto, cediendo a la tentación, quizá por la fragilidad inherente al sexo. Los hombres como más fuertes de ánimo, oponen mayor resistencia.

En fin, ya estamos metidos. Ánimo y obre Dios; venga la imprenta y manos a la obra. Nuevos trabajos. Quince días mortales y las carretas anunciadas no parecen de Valparaíso. Llega por fin la imprenta. No hay una casa a propósito. Se encuentra una casa a pedir de boca. Se necesitan bancos, mesas, cajas, estantes, qué sé yo. Un carpintero, en el acto un carpintero. Viene, y se le explica lo que debe hacerse.

—Está bien, pues, señor, mañana principiaremos; pero estoy muy necesitado y si me…

—Bien, maestro, ¿cuánto? Tome usted; pero maestro, por Dios, no me falte, porque si…

—¡Buena cosa señor! cuando yo digo que mañana…

Llega el día de mañana, y ni noticias de maestro. Manda decir a las mil que está acabando una obrita que estaba debiendo, que mañana sin falta. Ya es mañana.

—Que es domingo.

Al otro día que es lunes; y el martes contesta la mujer que todavía lo tiene enfermo de un *refriao*, que le suplan con algo.

Un tornillo de la prensa no anda corriente. Un herrero; pero como no hay herrero que entienda de tornillos de prensa de hierro colado, ¿qué hacer? No hay más que apelar a Mr. Bayle de lastimosa y desgraciada memoria; mas como no se le puede llevar la prensa a la prisión, es preciso elevar una petición al juez, de donde se originan traslados, notificaciones, hasta obtener orden para el oficial, para el alcaide para que salga bajo custodia y vaya, vea y venza la dificultad del tornillo. Lo que fecho y pasando los días como cuentas en el denario de uno que hace que reza, se principia, Dios mediante, la distribución de la letra.

Hago merced y gracia al carísimo lector de los tropiezos de todas menas y linajes, para reunir impresores que pidan poco adelantado y trabajen mucho, lo que es pedir peras al olmo. Vamos a la parte difícil, la que concierne a los redactores.

Se necesitaban redactores buenos, muy buenos, porque los suscriptores pretenden, y no hay quien los apee de su porfía, que el diario ha de ser de lo mejor; y baratos, muy baratos, porque los susodichos suscriptores son poquísimos y no se obstinan en que la molestia y el favor de leer les salga además muy caro. ¡Nada de eso! No lo permitirían jamás.

Cuando se hubieron pasado los delirios de obtener millares de suscriptores y que el termómetro andaba señalando poco más arriba de cero, o más bien, cuando pudieron tomar el

valumen a sus ciento y pico de suscriptores, se convencieron de la necesidad de deshacerse por faldas o por mangas de los dos redactores de más prosapia que habían apalabrado en los tiempos en que creían aún que se ataban perros con longanizas en Santiago.

—¿Y cómo va el *Progreso*? —preguntaba uno de estos a uno de los de la empresa, no obstante su empeño de huirles el bulto.

—Hombre, ¿quieres dejar de agujerearme el alma con el *Progreso*? Anda por acá un poco atrasado el *Progreso*, no hay suscriptores.

—¿Cómo que no? El público está muy contento con el prospecto.

—Así será; pero nosotros estamos pasablemente descontentos con el público.

—Se prometen mucho del Progreso.

—Pues nosotros no nos prometemos nada, *hijo*.

—Principiando ha de ser otra cosa, las suscripciones han de venir como llovidas; así es aquí, mientras no ven con qué carta les ganan no largan la plata.

—Otro tanto querríamos nosotros, porque esto de que le jueguen de boca, cuando uno va de cuerpo presente…

Mas al fin era preciso cerrar los ojos y confiar en la Providencia, porque el público (que no se suscribe) estaba impaciente por la salida del diario nuevo, y era necesario complacerlo. Aquí principió la batahola. Reimprimir el prospecto, el folletín, artículo editorial, avisos, la policía, los gritos, las carreras, las disputas, el ir y venir, el atropellarse y no hacer nada; hasta que por fin luchando con mil dificultades, y extenuados de fatiga, empresarios, impresores y la turba imberbe y barbuda de redactores, el día de ayer a las diez del día vieron salir de la imprenta el prometido *Progreso*, en medio

de los hurras de los repartidores, cual lucido globo aerostático que se lanza en los aires y va a caer a la vuelta, falto de gas, o cual costosa máquina a que se aplica el motor, y no anda. Y sin embargo de que no hay santito que no ponga en juego un campanario entero, ni función que no haga retumbar los cañones del Santa Lucía, la inauguración del *Progreso*, esto es, del primer diario de la capital, ha pasado en silencio, y nadie oyó, que a mi noticia haya llegado, sonar un cencerro, ni estornudar un cohete en celebración de tan fausto acontecimiento.

Fisiología del paquete
(*Progreso* de 14 y 15 de noviembre de 1842)

No, señor, no se trata aquí de los paquetes ingleses que atraviesan los mares llevando cartas y periódicos, como querrían creerlo algunos lectores de poco alcance. Tampoco hablo yo de los paquetes de medias, pañuelos y cintas que hacen los comerciantes. Entendámonos, hay paquetes de paquetes. El paquete de que yo hablo y el único que da que hablar, es el paquete, señor, el verdadero paquete. Se lo diré en inglés para que mejor lo entienda, se llama *dandy* en Francia e Inglaterra. Y no se diga que la voz es clásica. Ya se la quisieran los gramáticos. Nació ayer en una bella tarde de verano en Hyde Park, pasó el canal y fue en París la señal de alianza entre las dos naciones rivales; porque ha de saberse que Mr. Guizot es el primer *dandy* del mundo. Se hizo a toda prisa un verbo, *se dandyner*, y un gerundio, *en se dandynant*, y no se pensó más en la cuestión de oriente. En tiempos menos felices y cuando el *dandy* era aún una excentricidad, se le llamó *coxcomb* en la ruda Inglaterra, *petitmaitre* en París y *saltimbanqui* en Madrid. Pero a medida que se morían los viejos, y que las elegancias de la toaleta penetraban con la igualdad en todas las clases, bajaron de tono las antiguallas de aquellos países y consintieron en llamarse *fashionable*, *elegant*, y lechuguino. Después de la gloriosa revolución de 1830, que duró tres días,

según autores fidedignos, porque a cada fusilazo se paraban los combatientes a componerse el pelo, y a cada cartucho que mordían se limpiaban la boca con el pañuelo rociado de agua de colonia, el elegante fue saludado en el boulevard y en la ópera con el alto dictado de *dandy*, comprado a precio de su sangre.

En la atrasada América se le llama simplemente paquete, y dese de santo que no le llamen como en tiempo de los godos y sus descendientes, futre, pisaverde, y aun mequetrefe. Este paquete, pues, de carne y hueso como cualquiera de nosotros, es el grave asunto de mi presente artículo.

Nace el paquete, ni más ni menos como cualquiera otro individuo de la especie mamífera. Ni aparecen tres soles en el cielo, ni le toca irse a mezclar, como Napoleón, entre los héroes de Homero, ni la madre conoce siquiera que ha dado a luz un paquete; nace donde quiera y como puede. El paquete, sin embargo, si bien es planta que medra en todos los climas y lugares, requiere para respirar el aire perfumado de la civilización; y donde no haya ociosidad, lujo, coquetería, y sobre todo agua de colonia, *point* de paquete. Ni de cualquier ralea nace tampoco un paquete. ¡Oh! qué dieran muchas madres por consolarse diciendo en cierto trance: ¡pase con tal que sea un paquete! Los padres deben reunir calidades así físicas como morales, sin las cuales es tirar escopetazos al aire. La madre, por ejemplo, debe tener constitución nerviosa y delicada, imperioso carácter y voluntad antojadiza y caprichosa; y si a estas prendas reúne tez rosada, blandos contornos y pelo castaño y claro, puede decirse que tiene la mitad del juego ganado. El pelo rubio es aventajadísimo. El padre debe ser, como es consiguiente, su padre; y a más de una alcurnia y linaje distinguido, proveerse de una barba completa, con tal de que no sea cerrada hasta los ojos, porque esto lo echaría a perder todo. Imposible cosa sería obtener un paquete ni mediano, hijo de nombre cerrado de barba. De fortuna

consiento en que no ande muy a sus anchas con tal que las apariencias no lo manifiesten.

Supuestos estos requisitos antecedentes, supongamos también que nace un paquetillo, es decir un chiquiritín que trae la organización y el órgano cerebral que indica la vocación a la paquetería. Por lo pronto llorará. Será preciso mudarlo con frecuencia. No hay por qué alarmarse, siendo aquellos, por el contrario, indicios ciertos de la existencia del genio que más tarde va a desenvolverse. Mamón, molesto, llorón, y baboso, he aquí los primeros signos con que se distingue; bien entendido que ha de ser blanco, rubio y gordito, porque de un niño escuálido y largurucho no se conseguiría sino una mala imitación, un paquete hechizo, que no valdría al fin el trabajo de criarlo como debe criarse a estos angelitos. Mucho cuidado debe tener la madre, y esto no es más que cumplir con las santas funciones que la naturaleza le ha encomendado, de que el ama no lo contraríe en cosa ninguna. Si llora hacerle ro-rro-rro al principio, arrumacos después, sonreírle, cantarle sobre todo, a fin de que vaya cogiendo gusto por lo filarmónico. Cuando esté de buen humor, hacerlo bailar vals sobre la mesa o sobre una silla; pero cuidado con hacer este ejercicio sin precaución y sin mucho pulso, porque si los saltitos son violentos, corren riesgo las piernecillas de irse encorvando poco a poco, a punto de que el gato pueda colarse libremente entre ellas, y cuando grande hasta los perros. La mamá debe vigilar en persona estos ejercicios. No faltan nodrizas indiscretas que tienen la petulancia de decirles que no, cuando piden los inocentes con sus tiernas manecillas un florero de porcelana para jugar, la cofia de la mamá, y la luna a veces en las noches de verano. ¡Imprudencia! ¡Cuántos paquetes en germen se han malogrado por estos y otros errores, cuyos efectos vienen a sentirse demasiado tarde! Tengan entendido las amas, que el tierno infante que les ha cabido la gloria de criar, es una tierna florecilla que el más ligero soplo puede

marchitar. Si se extravían en su cultivo, sacarán una patata, un oso, un hombre cuando más; pero nunca un paquete razonable. Si pide, pues, algo que no deba concedérsele, aunque lo mejor y más acertado es concederle todo lo que pida, lejos de negárselo, se le aplaude, se le arrulla, se le dicen mil ternezas en lenguaje mimón e imitando su balbuciente hablar, y se corona la obra con un beso; ¡qué digo, Dios mío! ¡un beso! besos hasta desesperarlo. Si mira con complacencia a la nodriza, sobre todo si una sonrisita un poco *hebété* aparece en sus labios, no solo es prueba de que se ha olvidado del objeto que atraía su atención, sino también de que a su tiempo será todo un paquete, arrastrado por este y por aquel objeto, viajando de corazón en corazón y de hermosura en hermosura, cual dorado picaflor de una en otra florecilla. Los besos y los bailes en el almohadón del sofá o en la rodilla de la nodriza deben ser dos resortes penitenciarios que han de usarse, porque no se trata de corregir sino de desviar; el paquete ha de ser incorregible, cambiar de objeto es su vivir. Sobre todo los besos, el sofá, el baile y el regazo femenil, son objetos que han de andar siempre juntos.

Así ni deben alejar al gazapillo del sofá, ni escasearle los besos a todo hora, ya con cualquier motivo, ya sea que acierte a decir alguna vaciedad digna de celebrarse, ya sea que haya necesidad de apartarlo de algún objeto. Las niñas que frecuenten la casa lo tomarán en su regazo, lo colmarán de caricias y de besos, siempre que esté presente alguno a quien le vendrían de perilla si hubiesen de consultarse sus deseos; y le dirán: mono, lindo, precioso, con su beso en cada intervalo, para que vaya a resonar como por tablas en el corazón del susodicho espectador, que también hará coro a las alabanzas cuidando de agregar unos gruesos y fornidos besotes, como si quisiera cambiar por unos cuantos duros toda aquella macuquina.

En estos y otros jueguecillos habrán pasado la lactancia, la

dentición, y los primeros años de la infancia, sin que una lágrima haya asomado a sus párpados que no haya sido prontamente enjugada; sin que haya anunciado un deseo, un capricho que no haya sido al punto satisfecho.

Aquí concluyen las funciones de la nodriza. El pedagogo principia, la maestra le pone la cartilla en la mano. Tiene busilis esto de ser maestra y no maestro como pretenden algunos. Es una lindeza oírle decir, *cristo, a, b, c,*… Luego se fastidiará, si está de Dios que sea un paquete; porque muy de mal agüero sería que aprendiese a leer sin llorar, sin quejarse de la maestra diariamente. Luego de haber concluido con todas las escuelas, sin que haya una sola en que se le trate como *es debido*, la mamá insinuará la idea de ponerlo en un colegio para que estudie latín, gramática y demás. Ni es obstáculo el que no sepa leer. Irá aprendiendo en el arte, y luego como poco ha de leer en su vida, basta que él se entienda. Entra en el Instituto, azorado y boquiabierto el primer día con tanto bullicio y tanto rudimento de hombre, tanto pillo que lo mira con ojo malicioso, lo escudriña, lo interroga y se saborea con los bollos y dulces que le arrebatará de las manos impávidamente los primeros días, le escamoteará de los bolsillos después y le salteará últimamente con fractura de puertas y cerraduras. ¡Oh, días aciagos y de dura prueba para el ínclito paquete! ¡Consolaos, que los que os persiguen ignoran de pe a pa los brillantes destinos que os están deparados! ¡A la primera entrevista con la mamá le contaréis vuestras cuitas, y le pediréis que castigue sin misericordia al catedrático y a los que en abultada lista le presentaréis como otros tantos proscritos!

No se crea inútil este rudo aprendizaje. Aprende desde su entrada a pitar, a fuerza de chascos y de bromas su susceptibilidad se lima, su carácter se amolda, se pule, se paquetifica. Si hace o no sus estudios, no es eso de nuestra incumbencia. Baste saber que está en el colegio hasta la edad

de los catorce años, más o menos, hasta que yendo a la clase un día, el reflejo de unos botones amarillos ricamente labrados, y colocados como dos luceros en el talle de un paquete, llaman soberanamente su atención. ¡Día único en su vida! ¡Día de revelación y de iniciación en sus futuros destinos! ¡Unos botones amarillos recortados, labrados! Imagen sublime que despierta a la vez el pensamiento y hace latir el corazón. Entonces sí que empieza a sospechar lo que es la vida, la virtud, el saber.

Botones amarillos todo relumbrones, apariencias que están al alcance de cualquiera. ¡Adiós derecho romano, adiós para siempre cuadernos! Seguirá, sí, seguirá estudiando por la forma; pero sus pensamientos todos están fijos en los lindos botones que lo introducen en un mundo nuevo, en una vida de que antes no tenía sino ideas equivocadas. Por los botones que vio una vez se fija en el fraque en que estaban enclavados, y de ahí pasa al escrutinio de todos los fraques y botones que se presentan a su vista, llegando al fin a fuerza de observación y de agudeza a distinguir y clasificar todas las maneras y linajes de fraques posibles e imposibles, hasta sacar en limpio los que son del tono, de la moda, de la *dernière*. Eso lo conduce a una nueva serie de raciocinios y comparaciones que ilustran y ensanchan su espíritu. Del fraque pasa a la levita, al pantalón, a la corbata, al sombrero, al guante, al lindo guante blanco que había mirado con indiferencia hasta entonces. Se hace enseñar a *Tisca*, a *Vera* y a *Aravena*; se queda pasmado al leer el título de media cuadra de *Schwarts y Ca.*, porque ansía por conocer estos genios del arte del bien vestir. Comprende las relaciones que existen entre la corbata y el bastón, entre el color del chaleco y la forma cónica del sombrero; y cuando está ya en uso y posesión de todos estos adminículos, unos lindos ojos que se fijan en él por casualidad, le hacen saltar el corazón revelándole, por fin, que todo esto va a desembocar como un término final a una chiquilla, a otra, a muchas, a todas las

chiquillas presentes y futuras. Encuentra la relación que hay entre los dos amables sexos, es decir, entre el sexo bello por antonomasia y el embellecido por el arte y los dones que constituyen al paquete.

Se introduce entonces en los salones; pero no de un golpe en los salones de alto tono, en los altos círculos. ¡Oh no!, le falta muchísimo para ir a brillar en medio de aquellas constelaciones de flores y gotas de agua de colonia. Ni tiene modales todavía, ni sabe *dandynarse*, ni conoce ni jota de los altos secretos de la vida excelsa del círculo. Principia, pues, a hacerse su aprendizaje en el barrio más distante de su casa. Requiebra, pero muy mal; comete mil torpezas, mete un enredo allí, un chisme acullá; lo ponen a la puerta en otra parte, revienta un pie a su pareja en el baile, dice una *barbaridad* delante de niñas. ¡Chambonadas indispensables! *Errando, errando deponitur error*. Su constancia no se abate. Abruma, cansa, mata a visitas por la mañana, por la tarde, por la noche. Bosteza la dueña de casa, se le duerme la querida, le ponen una cara de perro, se atreven a burlarlo. Se retira, forma nuevas relaciones. Pero, ¡oh!, ¡instinto del progreso! Cada nuevo acantonamiento, lo hace en terreno más elevado, marcha en línea recta al pináculo de la sociedad.

Un día encontrará a sus conocidas de aprendizaje en un paseo o una tertulia. ¡Dichosos los ojos que lo ven! ¿De dónde sale? Ya ni nos mira, nos ha olvidado. Ya se ve, como está ya metido... Cierto, pues, como está ya metido, ¡qué se ha de acordar! Así es la vida. Un paquete es una ave de paso. Amores, amistades, relaciones, otros tantos escalones por donde asciende. Dejará a uno y a otro lado el tendal de corazones heridos, o intactos, como quieran; pero no hay que decirle cuando ya ha puesto un pie más arriba, venga, acá estaba usted bien, porque él dirá aquí: ¡estoy ahora mejor, adiós, no me entretengan, adiós, adiós!

Por este tiempo y a fuerza de rasurarse su barba entre

negra y rubia, no, rubia, ha llegado a todo su crecimiento. Aquí principia a iniciarse en los secretos, los encantos, los hechizos de la barba. La ama, la idolatra, la acaricia, se ve al espejo, y solo ve la linda barba flanqueando como un cerco vivo el óvalo de la cara. ¡Un bigotillo hace falta, una perita dispuesta por Mr. Viellefon, y Mr. de la Perruquier du roi y Mr. el Peluquero; y la pomada y la odontina, oh, *c'est magnifique, superbe*! En esto de la barba hay mucho en qué escoger. El surtido es tan elegante como acomodadito. Se rasuran los ministros, magistrados y gentes dadas a la política; porque el crecimiento de la barba perturba la secreción de las ideas y puede ofuscar el juicio. Se rasuran íntegramente los dados de baja que tienen más de cuarenta años de servicios; pero el paquete ha de llevar barba en la punta de las narices. Barba patriarcal, barba a la San Juan Evangelista, barba a la cabruna, barba mas que sea un pelo. Después, la corbata, la ciencia de la corbata, el color, el tamaño, la forma, el nudo, las vueltas. La corbata ha de ser de colores ambiguos, *juste milieu*, tornasol, indescriptible, inverosímil e indescifrable. ¡Qué chasco se daría el que quisiera decir de qué color es la corbata! Más rabias y trabajos ha causado la corbata, más desastres y derrotas ha traído una mala corbata, o una corbata mal colocada, que una tarasca por cara; porque esto es un disfavor de la naturaleza; pero no saber a los veinte años y después de haber concluido sus estudios y recibido su grado de bachiller, no saber amarrarse la corbata, esto es de una estupidez sin ejemplo. Es de un oso, de un cocodrilo, de un elefante, de un mastodonte, ¡sí señor! Es el nudo de la corbata el *quis vel quid* de la paquetería, y todos los trabajos preparatorios pueden venir a estrellarse en este atolladero infernal. ¡Toma si es cosa de así no más! La corbata debe estar puesta con tal arte, y sin embargo con tal desaliño y *sans façon*, que las petimetras se imaginen, no obstante que sientan la gracia con que cae la corbata, que la cosa se hizo tan de prisa, tan al descuido que ni ha sido necesario el espejo.

¡Desdichadas criaturas! ¡No saben que una hora de combates, de pruebas, y atar y desatar ha costado el dejar esa puntica flotante que tanto las enamora! ¡Y tan ingratas que se muestran! ¡tan coquetas! ¡tan variables!

Pero ya vamos muy adelante. Está ya nuestro héroe a punto de ser admitido entre las altas notabilidades del buen tono. Sus numerosas relaciones *y su propia diligencia* antes de todo (porque no hay que descuidarse) le habrán presentado ocasión de introducirse en los bailes públicos, y tal cual tertulia de rango. Sabrá la eterna e imperecedera figura *filarmónica*, para la contradanza. Ni aprenda otra, porque nunca podría usarla sin embrollar el baile, sin que la contradanza acabe a capazos. La filarmónica *á jamais*. Las cuadrillas no se bailan, se hace que se bailan, y cuando no, cada uno se abandona a su propia inspiración, a su genio, a su manera. Esto es del mayor tono. El vals no lo baila sino cuando haya llegado a ser una categoría. Más adelante hablaremos de eso. Sobre música no se empeñe en saber nada; como a todas las que ejecutan se les dice ¡bravísimo! ¡qué ejecución tan brillante! es inútil ser conocedor. Sin embargo, el que aspire a la reputación y a la gloria, el que quiera gozar de los inefables goces de poder dar vuelta una hoja en el atril, mientras la deidad canta, y respirar en ese momento el ambiente perfumado que emana su cabellera, bueno es que sepa algo, muy poco, pero, en fin, algo. Lo que en todo caso debe saber, es los nombres de Rossini; este no, que no está en boga, Donizetti, Bellini, Strauss, Mercadante, Beethoven, y así, y aprender de memoria los catálogos de piezas de música, y los nombres técnicos de sus partes como *obertura, partitura, variaciones, cavatina*... ¡Oh! No saben nuestros jóvenes lo que se gana poseyendo estos tesoros. Las bellas pianistas oyen con religioso encogimiento a un joven que les hable de bellezas que ellas ejecutaban sin sospecharlo siquiera, como los que escriben prosa sin saberse lo que hacen; y en sus sueños de ventura y de marido, adornan

a éste con la rarísima cualidad de un joven *dilettanti*. Para terminar de una vez, supongamos que nuestro Emilio ha pasado por todo el largo aprendizaje que solo hemos bosquejado, que sabe, por ejemplo, conocer al primer golpe de vista cuándo debe plancharse un fraque nuevo y en dónde, para que desaparezca una arruguita, dónde debe estar más o menos la rotura del guante blanco, y en fin, todo cuanto debe saber un paquete; que ya tiene tílburi y que sabe manejar con destreza el caballo. Se entiende que el caballo del tílburi, porque siendo muy vulgar saber andar muy bien a caballo, no debe ser muy jinete. Si lo es, ocúltelo y hágase el chapetón. Doy de barato que conozca por sus nombres y señales a todas las beldades de la capital, que esté al corriente de las ocurrencias diarias, y conozca la historia de cada una de las niñas de mediano tono; dónde está la plaza ocupada y dónde se presenta una vacante. ¿Se creerá que ya lo sabe todo, y que puede al fin pasearse satisfecho por los salones? ¡Bah bah bah!, que sería impertinencia el pretenderlo.

Le falta el *finis coronat opus*, el barniz, *le fini*, la última mano. ¿No ven ustedes lectores que todavía no sabe *dandynarse*? Pero, ¿qué es eso *dandynarse*, me dirán? Eso digan más bien, y no se metan a hablar de lo que no saben. Yo se los explicaré. Nuestros paquetes se dandynan sin sospecharlo siquiera.

¿No han observado ustedes cómo se paran los jóvenes de tono que no se enderezan completamente, quizá de hurgonero, según era usanza en tiempo de los godos y marqueses y nobles, de cuya vieja ralea tenemos por aquí uno que otro escapado, sino que se encorvan desde la ensambladura de las piernas, como un ángulo obtuso, como un segundo cuerpo, imitando la postura de una garza, y la cabeza elevada como la del queltehue, un poco inclinada hacia adelante, y un si es no es cargado para un costado? ¡Cuidado con ir a doblar la cintura al agacharse o al hacer una salutación! ¡No ven, cuitados, que se

aja el chaleco y se le señalan unas arrugas indignas de un elegante! Otro tanto se hace al sentarse en el sofá; el cuerpo debe estar inclinado con el caído de la letra inglesa, pero no siempre a la derecha, sino al lado en que se halle la dama más próxima, de manera de poder darle caza con la cabeza a distancia de una vara. Esta postura, esta manera de pararse, sentarse, caminar, bailar, se llama *dandynarse*. Imagínense si tenía razón en no hablar antes del vals, sino en tiempo y razón. ¿Cómo había de bailar ni vals ni galopa, sin saber *dandynarse* primero? Esta manera quejumbrosa y mimada de andar es de un gusto *parfait*, es el último grado de la perfección. Así, ¡cuán pocos los que han llegado a adquirirlo!

Hétenos aquí que podemos presentar con confianza en el salón más estirado, en el círculo más escogido, a nuestro elegante. ¡Ya es un paquete! La sonrisa en los labios, el guante medio metido, susurrando palabras dulces, pronto a desnucarse por alzar un pañuelo que se cae, listo para celebrar un chiste, amplificar una idea. Tiene luneta en el teatro y *lorgnon* para mirar. Va a tres palcos diversos en los intermedios. Por la tarde no hace falta en el tajamar o en la alameda. De noche, en la *soireé*, es infalible debajo del portal a ver a las lindas mercadoras. A las diez, a tomar el té a la tertulia de costumbre. A un amigo no le hablará de tú, porque eso huele a patán; no de usted, porque hay algo de vulgar. Le hablará en plural: ¡Adónde vais! Os conocí. ¿Dónde habéis comprado esos guantes? ¡Oh! vos, ciudadano, os oí nombrar en casa de… Estáis convidado al baile. Yo os haré presente.

Desde entonces las puertas del cielo del buen tono le están abiertas de par en par. Las bellas le sonríen, las matronas lo sientan a su lado, se lo disputan las tertulias, y para los paseos sirve él de núcleo y de piedra angular. La pacotilla francesa viene surcando los mares para que él se adorne de pies a cabeza, y mil flores contribuyen con sus aromas para formarle una atmósfera embalsamada. Así la vida se desliza deliciosa, el

tiempo es para él uniforme, sin monotonía, sin noche, porque la noche la mezcla con el día, y una buena parte del día se la zurce a la noche por la punta que se destiñe en el alba, para mejor gozar del blando lecho. Las bellezas habitan en su corazón, y él en los sofás en que se sientan las bellezas, lo que establece una correspondencia deliciosa.

Al fin empieza a sentir una influencia que lo domina, lo fascina y lo seduce. Pierde por grados su habitual movilidad y alegría. Gira en torno del bello planeta; se aleja, se aproxima, hasta que la atracción se convierte en una corriente impetuosa, y lo estrella en un boa que se lo va atrayendo hacia sí, hacia sí, hacia sí, hasta que se lo traga vivito. ¡Se casa!

Las ilustraciones del Progreso
(*Progreso* de 14 de noviembre de 1842)

Cata aquí el *Progreso* con su competente litografía al pie, con la circunstancia que en toda tierra de garbanzos se hacen las láminas para ilustrar el artículo, y nosotros hemos hecho el artículo para ilustrar la lámina, porque ha salido tan descolorida que es necesario mirarla con el lente del comentario. Y no se crea que tiene la culpa el litógrafo; porque en obsequio de la verdad, debemos decir que harto nos previno lo que iba a suceder.

Para satisfacción del público contaremos el caso tal cual ha sucedido. Íbamos algunos amigos a dar una vuelta por la alameda, y poco antes de llegar a la cañada, por la calle Ahumada, una cuadra más allá de la torre de las Agustinas, como seis trancos más o menos antes de llegar a la puente que está en la mitad de la última cuadra de la población hacia la alameda, en la acera izquierda, yendo de la plaza… vimos en una puerta un letrero que decía: *Litografía.*

—¡Hombre!, ¡vean vean!, ¡litografía!, ¿entremos?

—¿Y con qué pretexto?

—¡Puff!, por eso no; diremos que queremos, litografiarnos; y últimamente cuando estemos adentro, se verá, pues, cómo salir del paso.

Dicho y hecho; nos colamos con aire resuelto y

desfachatado, y un «Dios guarde a usted, señor», saturado de sendas cortesías, nos puso en camino de verlo todo.

—¿Aquí será la litografía?

—Sí, señor.

—¿Y por cuánto litografía usted?

—¿Cómo señor?

No entiende bien el castellano. El diálogo continuó en francés por una parte, y en francés castellano por la nuestra. Se habría dicho que estábamos en las fronteras de los Pirineos. Mr. de Desplangue nos enseñó sus muestras de tarjetas de visita de un trabajo exquisito. ¡Qué finura! ¡Qué limpieza de ejecución! ¡Si parece que no se ha puesto mano!

—¿A cómo vende usted éstas sin adornos de letra inglesa y éstas góticas?, yo gusto de lo sencillo y de lo gótico en todo.

—Ça, catro piastres.

—¿Y estas otras de letra más coqueta, para mi hermanita?

—Ça quatre et medi, ça, ça çinque.

—¡Ay! ¡qué ricas éstas! ¡qué dibujos! ¡qué primor! ¡Usted ha hecho esto, señor!

—¡Oh! *oui, Monsieur* vea usted las que tengo en prensa para varias señoras de categoría.

—¡Esto es admirable!, ¡se puede gastar la plata! ¿Cuatro?

—Seis piastres.

—Las valen a fe. Es muy romántico y muy caprichoso este festón de flores que rodean la cifra. Hágame usted quinientas para mi madre que es caprichosa y romántica como ninguna. ¡Qué sorpresa voy a darla! Estoy seguro que no bien las vea, coge el pañuelo y se manda a hacer treinta visitas por lucir las tarjetas. En casa hay un gasto horrible de este artículo. ¡Oh! Usted ha caído del cielo en Santiago. Van a enriquecerlo las señoras y los jóvenes.

Vamos a otra cosa. ¿Hace usted tan bellas láminas como lindas letras?

—¡Oh! *oui, voyez, voyez*.

Y nos enseñó una hermosísima y exacta carta náutica de las costas de Chile que estaba trabajando.

—¿Y figuras?

—Lo que usted quiera.

—Háganos usted una.

—Bien, ¿cuál es el diseño?

—¿Hagamos uno para muestra?

Hagamos uno por ver al francés cómo sale del aprieto. Por fortuna nuestra iba con nosotros el joven Rawson [1] que maneja el lápiz que es un contento, y cogiendo de por allí un jirón de papel y tomando a dos de nosotros por modelo, hizo en un santiamén sobre la rodilla los exactos retratos que el lector verá si es suscriptor del *Progreso*.

—Vea usted, ¿cuánto costará de litografiar ésta?

—Tanto.

—¡Um!, nos cuesta caro la curiosidad. ¿Si la pusiéramos en el *Progreso* con un folletín ilustrativo? Y bien, ¿cómo hacemos para que nos cueste, en proporción de los pocos suscriptores que tenemos?

—Oh, les saldrá muy barata, baratísima; *voyez*, suponiendo que no tengan ustedes más que cuatro mil suscriptores…

—¡Hombre!, ¿está usted con hidrofobia?, ¡cuatro mil suscriptores!

—¡Oh! *oui*, cuatro mil suscriptores. Esta ciudad tiene tantos habitantes. En Francia cuatro mil suscriptores tiene *Le Nationel*, treinta mil *La Quotidenne*, cincuenta mil *Le Le*…

—Calle hombre, no esté usted hablando lesuras. ¡Cuatro mil suscritores en Santiago!

—¿Pero tendrán ustedes dos mil por lo menos?

—Tampoco.

—Mil.

—Menos.

—*Alors* quinientos.

—Ni cosa parecida.

—¡Oh! ustedes chancean, *ça* no es creíble.

—Pues creer o reventar.

—Pues entonces digo que estoy lelo.

—Lelo y muy lelo, amigo; está usted desatinando. ¿A que no adivina cuántos suscriptores tenemos?

—Si es así, tendrán ustedes cuando menos trescientos.

—¡Bah bah!, ni cosa parecida, baje usted la puntería.

—¿Doscientos cincuenta?

—Baje.

—¿Doscientos?

—Baje más todavía, hasta donde quiera.

—Vaya que se chancean. No, no es posible.

—Y bien, ¿qué temperamento tomaremos para que la lámina salga barata?

—Apretando poco la prensa, se gasta poca tinta y se puede hacer por ínfimo precio.

—¡Oh! ¡Magnífico expediente!, imprima usted el diseño éste, tan suavecito, tan por encimita que apenas, apenitas puedan distinguirlo los suscriptores, de manera que el lector de *cogote* que se acerque a media vara del que está leyendo su *diario propio*, no vea sino una mancha blanca, aun que se restregue los ojos, o se ponga antiparras.

—Pero, comprometo el crédito de mi prensa dando a luz por la primera vez una obra mala.

—Oh, no; es que si reunimos unos suscriptorcitos más, hacemos en la entrante semana otra litografía a todo costo, que eleve hasta el cielo su reputación, y si llegamos a tener algún día, con la ayuda de Dios y las oraciones de las beatas, no más que trescientos suscriptores, entonces hacemos una contrata por una litografía por semana, y hacemos todos la olla gorda.

—*¡Convenu!*

—¡Convenido!

—*¡Convenu!*

El teatro
de Santiago a fines de 1842
(*Progreso* de 15 de noviembre de 1842)

Nos ha cabido la peor estación del año para emprenderla con el teatro. Es costumbre inmemorial en Santiago no tener gusto por las exhibiciones de la escena pasadas las funciones del dieciocho de setiembre. Parece que el gusto aquí es como el curso de los planetas que llega a su apogeo en cierta época determinada, y después declina, y sigue declinando hasta que toca en su último grado de abatimiento, desde donde principia de nuevo su carrera ascendente. Va aclarándose de tal manera la concurrencia, que los jueves se pueden contar en los dedos de las manos las señoras que asisten, y los domingos no alcanzan a doce las familias. Varias causas contribuyen a esto, que apuntaremos brevemente. La primera es que el personal del teatro está muy incompleto, y a cada momento se siente la falta de otra primera dama que se acerque en la ejecución a la señora Miranda. No hay interés nuevo ni cosa que pique la curiosidad.

La estación por otra parte no es la mejor, pues que las familias de la alta sociedad empiezan a dejar la capital para ir a las quintas, a respirar el aire puro que aquí se echa de menos.

La otra es que el servicio de la confitería está en un estado pésimo, y no ha muchas noches que vimos salir gente echando

pestes, porque un mozo se les pegaba al costado, a cada vuelta de paseo que hacían a lo largo del salón, a decirles estas palabras: ¿Le sirvo algo, señor? Hay helados, biftec, huevos.

Esta costumbre de venir a ofrecer refrescos o alimentos a quien no los pide, se ha introducido en el teatro desde las chinganas. Esto es repugnante. Otra causa de la actual inasistencia es que las lámparas están derramando estearina y aceite sobre la concurrencia, y cuesta caro un fraque para perderlo por ver una vulgar representación.

Otra es que siendo tan limitado el número de palcos, la noche que no se dignan asistir cuatro familias, parece desierto el teatro por los claros que se ven por todas partes. El placer de asistir a las representaciones teatrales es, merced a esto, un monopolio que pertenece a veinte familias. Las demás, que son unas doscientas, están inhibidas de toda injerencia con el teatro.

La otra razón es que un cierto actor no sabe nunca su papel; y no se para en pelillos para poner un punto final entre el artículo y un nombre, y abrir un acápite entre un sustantivo y un adjetivo. Pero la razón de las razones es que el público no gusta de ver piezas repetidas aunque sean del hijo del alba, y los actores, que están instruidos del hecho, tienen cuidado de olvidar completamente sus papeles. Aquí hay un gravísimo mal, y nosotros humildemente diremos que nace este mal más que de los actores, del público en general.

Una función de teatro se compone de varios elementos; primero la *orquesta*, que se subdivide en dos, composición y ejecución. La generalidad puede oír con gusto sonar armónicamente los instrumentos, muchas señoritas conocer la pieza que se ejecuta, y sabiendo quién es el autor, saber que la pieza es buena, y determinarse a prestar un poco de atención, y quizá llegar a atisbar una belleza de ejecución. Los demás asistentes, poco se curan de estas bagatelas, por lo que la

música no ejerce una grande influencia.

Segundo, *composición dramática*; que puede subdividirse en asunto, que es el cuento que forma el todo de la pieza, caracteres, sentimientos, principios morales, acción, intrigas y resortes dramáticos. En cuanto a todo esto, estamos muy atrasados todavía, con perdón sea dicho. Si el asunto es bueno, el sentido común no más sirve para conocerlo; pero para juzgar de la bondad o perfección de los caracteres, se requiere que el que va a juzgarlos conozca los resortes que mueven el corazón humano, las fisonomías de las pasiones, y el camino, si puede decirse, que siguen en el campo de la vida y en circunstancias determinadas. No entraremos en más detalles sobre esto.

Tercero, *ejecución*; y aquí nos falta mucho del criterio necesario, siendo por lo común las escenas pintadas en el teatro, hijas de sociedades más refinadas que la nuestra, y presentándonos los actores tan pocas veces dignos modelos que contemplar. En este punto, si es verdad que la generalidad no sabe apreciar las bellezas puramente de acción del actor, y que tienen tanto más mérito cuanto que es la obra de su propio estudio, debemos decir que el defecto principal está casi siempre de parte de los actores que no se elevan a la altura de las palabras que repiten, y en esto el público, si no juzga, deja de sentir todo lo que tales palabras encierran, porque la ejecución las desvirtúa y degenera.

Cuarto, *aparato teatral*. Este es el gran resorte de los sentidos. Nuestra maquinaria, aunque limitada y de poco alcance, no es por lo general impropia, y es lo menos que pueda atraer una crítica que nazca de motivos desinteresados. Verdad es que algunas decoraciones nuevas tienen el defecto de no consultar las reglas de la perspectiva, con lo que se desvirtúa muchísimo la representación. Pero este y otros defectos debemos atribuirlos piadosamente a una justa y legítima economía, porque el costo de las exhibiciones ha de estar siempre en relación con la munificencia de los

espectadores; y poco derecho tiene de quejarse un pueblo de no ser servido como un príncipe, cuando recompensa sin real munificencia.

Pero el grave mal que de todo lo dicho resulta, pasa de efecto a causa, y vuelve después a hacerse causa y producir nuevos efectos. No gusta el público de representaciones repetidas, porque no sabe detenerse a masticar y saborear las bellezas de detalle; y los actores, seguros de que no serán atendidos debidamente, no pasan con su estudio más allá de la primera representación de una pieza, que se ha aprendido a toda prisa y olvidado tan luego como ha sido representada.

Aquí hay, pues, un círculo vicioso de defectos. ¿Cómo imaginarse que un actor, aunque posea un distinguido talento, ha de comprender desde los primeros ensayos en todos sus detalles las variadas sensaciones que debe expresar, adivinar la mente del autor, y estudiar la naturaleza, las pasiones, la escena?

No veremos, pues, nunca una representación tolerable, ni nuestros actores harán nuevos esfuerzos y lo que propiamente se llama estudio de sus papeles, mientras no haya público que juzgue y que quiera ver buenas representaciones.

Nosotros nos encargaremos de dar de cuando en cuando nuestro vistazo por el teatro, la concurrencia, los actores, y no escasearemos la fraternal corrección, y su poco de malquerencia, injusticia y falta de miramiento, si se quiere.

Cartas de dos amigas

I

Rosa a Emilia
(*Progreso* de 16 de noviembre de 1842)

Si bien recuerdo, querida mía, es una regla de buena educación no dar repentinamente una noticia que puede causar gran sorpresa; pero esto de reglas es ya muy clásico y nos huele mal. Te daré sin preámbulo una portentosa. Anoche asistí a un concierto de aficionados. Me parece que oigo tus aspavientos, y que decís: ¡un concierto de aficionados en Santiago!, este es un acontecimiento notable y digno de las efemérides del *Museo* [2].

No quiero describirte la parte musical por que te conozco aficionada, y naturalmente desearías oírla, cosa ya imposible. Aquí, amiga, cuando se hace algo bueno, no se repite para dejarnos la facultad de desear. Las señoras que asistieron son bastante aficionadas a ese arte divino que tanto dice a un alma sensible. Por medio de él se daba a entender Paganini de la princesa Elisa, a quien amaba mucho. En cuanto a los hombres, creo que la mayor parte tienen en blanco el órgano musical, por lo menos si así no es, empeño tienen en hacerlo consentir, y

nosotras, dóciles por naturaleza, no tardamos en convenir con ellos. La mayor parte asistieron con la esperanza de bailar una contradanza y aplaudir una resbalosa; ¡cuál fue su sorpresa al entrar al salón y encontrarlo perfectamente preparado para un concierto! ¡Qué cruel desengaño!, pero ya no había remedio y era preciso oír tres horas de música. A las ocho y media dio principio la función, a las nueve ya dudábamos que los caballeros que habíamos visto entrar fuesen los mismos que teníamos presentes, pues el disgusto les había dado una expresión tan desagradable que les desfiguraba completamente. Advierte que todos eran jóvenes de aquellos elegantes que creerían manchar su delicado gusto si dijesen: no me agrada la música. Son muy disimulados, no lo dicen; pero lo dan a entender. Si les hubieses visto te habrías divertido como yo; uno se dormía; otro movía los pies para distraerse con esa música que la creía mejor que las grandes composiciones de un Bellini, de un Mercadante; otro miraba a una joven, y presto le cansó porque observaba en ella atención al objeto que allí nos había reunido. En fin, todos decían muy despacito, como quien teme despertar a un viejo regañón: ¡qué horas mortales son estas!, ¿cuándo se acabará?, cuánto mejor sería una zamacueca, una resbalosa, que toda esta algarabía que nos destroza el alma, nos estrecha nuestros deseos, nos impide dar un tijeretazo a aquella que tenemos al frente, y casi hasta la respiración nos priva, pues de necesidad hemos de atender silenciosamente por tal de pasar por personas de buen tono. Esto y algo más puede suceder al que sin ser quiere parecer. ¡Cuidado con caer en la tentación!

Después de concluido el concierto, nos juntamos varias niñas a comunicarnos las observaciones que habíamos hecho sobre el gusto de los hombres por la música. No dejaron de darnos material para divertirnos un buen rato, y por último convinimos en que nuestro Chile produce menos cabezas músicas que literatas. En efecto, la literatura ha tomado

posesión en todas las mentes masculinas, y por fortuna con muy buen éxito según dicen.

Ejerce tanto influjo sobre sus *attachés* que es preciso confesar que se ha hecho un rival temible de las mujeres. Voy a probártelo. La misma noche del concierto había dos jóvenes cerca de mí, de aquellos que darían un palmo de lengua por saberlo todo sin estudiar. Aprovechándose de un intervalo de música, le preguntó uno al otro: ¿siempre conservas el mismo entusiasmo por N? ¡Qué linda está esta noche! Enfurecido le contesta: ¿en dónde tienes tus sentidos? ¿Crees acaso que yo pueda partir mis afecciones? ¿Pues no sabes mis nuevos compromisos? Admirado el compañero de esta versatilidad, le dice: no ha dos meses que me has hablado con un fuego que temí te ardieses, y ahora… Ha dos meses, amigo, le responde, no conocía a Victor Hugo, ni a Dumas, Soulié, Bouchardie, etc., que ahora componen mi sociedad, y estoy tan íntimamente unido a ellos, que han reemplazado generosamente a N. A decirte verdad no me hace falta el no verla, bien al contrario, nunca estoy mejor hallado que ahora. Te diré lo que hago. Salgo a las doce del día, después de haber dormido apaciblemente, porque el estudio no me quita el sueño; corro la ciudad de punta a cabo, y vuelvo a mi casa; tomo a Víctor Hugo, no lo rehúsa, a pesar de que sabe que no le hago honor con tenerlo en mis manos, ni me pregunta de donde vengo, ni qué he hecho; no bien lo he abierto que me quedo dormido, tampoco me despierta. No saco provecho de su lectura, tampoco me toma cuenta de ello. Sea verdad, ¿no es envidiable la libertad de que gozo con haberme hecho miembro a la violeta de la literatura?

El amigo que le había escuchado atentamente, concluyó por decirle, que si a tan poca costa había conseguido alguna reputación, sin consulta de nadie, iba a seguir su plan de estudios. Sentí que tuviese fin aquí un diálogo que ya empezaba a interesarme, porque tenía la esperanza de oír

grandes novedades. Entretanto yo decía para mí, que la literatura es como la planta silvestre que brota, crece y se aumenta por donde menos se piensa.

Tengo el orgullo de mandarte algunos números del *Semanario*, y el gusto de pensar que me lo agradecerás mucho; sin esta condición no me los admitas, te aseguro que hago un sacrificio con deshacerme de ellos; pero mayor sería si no pudiese hacerte gozar de su lectura, y tú no pudieses darle amplitud a tu facultad de admirar lo bueno. Quisiera que cada artículo fuese firmado por su autor; de ese modo no solo estimarías los pensamientos, sí que también al que los creó. Esto es probablemente lo que ellos temen. ¡Son tan humildes nuestros paisanos que gustan duden de sus conocimientos!

Muy largas e insustanciales te parecerán mis cartas. La culpa es del papel que todo lo admite, y de la mucha indulgencia que le concedes a tu amiga

Rosa.

II

Segunda carta de Rosa
(*Progreso* del 18 noviembre de 1842)

Santiago, noviembre 16 de 1842

No hubieras sentido mayor placer al anunciaros mi visita a tu actual residencia, y mucho más si fuese acompañada de aquella persona de quien tanto gustas, que el que sentí yo al oír anunciar para el quince de este mes una función lírico-dramática a beneficio del señor Zapiola. Su nombre solo, querida mía, al lado de este anuncio bastaba para hacernos

esperar momentos deliciosos.

Casi siempre la esperanza de satisfacer un deseo nos trastorna de tal modo que no podemos darnos cuenta de si somos felices o desgraciadas con ello. Así pasé ese día en una agonía desesperante, mil inconvenientes imaginarios se me aglomeraban en la cabeza, envidiosos, sin duda, del placer que iba a gozar. ¿Lo creerás?, llegué a pensar que podía morirme antes de las ocho de la noche, y lo sentía en el fondo de mi alma. Me hubiera sido menos sensible dejar esta miserable tierra a la salida del teatro, por lo menos habría llevado a la eternidad una memoria agradable, e igual noticia les habría dado a los aficionados que allí me esperan. Por fin llegó la hora deseada, y estaba viva, viva todavía y con un porvenir de melodía.

Salí de casa sin mirar para atrás temiendo se cruzase algún obstáculo que me impidiera llegar a la puerta del teatro; allí encontré una inmensidad de gente agrupada, estrechándose el paso más y más por abrir camino, como si hubiesen temido que les usurpasen los asientos que a tiempo tenían contratados; cada uno creía que muchos se les habían anticipado, y que ya no habría lugar para más. Ciertamente no sucedió lo que temían, pero sin duda que solo la educación podía impedir ciertas producciones del entusiasmo. La concurrencia era numerosa, y esto nos manifiesta que se ha extendido mucho de poco tiempo acá la afición a la música.

La función dio principio con una obertura de la *Semíramis* a grande orquesta, obra maestra del inmortal Rossini, en la que desplegaron los músicos todo su saber. El señor Lanza tocó el andante en un pequeño órgano que hizo un efecto prodigioso. En seguida se representó un hermoso drama titulado *Una mancha de sangre* o sea *un borrón de familia*, traducido por don Vicente López. No es posible que el original tenga más bellezas que la versión. Nada puede decirse en su obsequio que cada uno no haya pensado ya. Tú, que nada has dicho porque

no lo has visto, acuéstate a dormir con el ánimo de soñar que también fuiste espectadora, y seguramente aumentarás el número de los que con tanta justicia elogian su mérito. Nada te hablo de su ejecución porque temo (prudentemente) caer en más defectos de los que se observaron. Lo que podré decirte es que nunca han estado mejor repartidos los papeles y más bien desempeñados. Jiménez no cayó en aquellos extavíos bruscos y poco finos, que tú le afeabas antes, y la Miranda llevó a tal grado de verdad la ternura apasionada de su amor, que si no fuera por la naturalidad de tales acciones, me habría alarmado fuertemente. Fedriani recobra todos los días un poquito del favor del público, y todos deploran que Alonso no tenga una voz de más cuerpo y se robustezca del pecho, para prometerse en él un actor nacional de mérito.

Concluido esto, ejecutó el señor Guzmán un concierto de violín acompañado por la orquesta. Es admirable el adelanto progresivo de este joven, y mucho más lo es sabiendo que no tiene estímulo, pues siendo el primero aquí en este dificultoso instrumento, no tiene a quién imitar, y de consiguiente nada había que extrañar de que permaneciese estacionario; pero su talento sobresaliente nos proporciona cada vez que le oímos un nuevo placer, y una ocasión de complacernos de lo que es y de pensar lo que será. Presiento su porvenir. ¿Te lo digo?, sí, será un digno imitador de Paganini. Quizá dirás que es un entusiasmo exagerado; pero te equivocas si así lo piensas. Atiende a sus pocos años, a la falta de maestros, luego calcula su saber, y juzga después si pienso acertadamente. La brillantez y suavidad con que nos hizo oír los rebeldes sonidos de ese instrumento cuando no son bien dados, nos hacía gozar creyendo que ya no oiríamos tocar de otro modo. ¡Nos acostumbramos tan pronto a lo que nos causa placer, que en esos momentos desconocemos del todo a su antagonista!

Después de las dulces emociones que nos causó esta ejecución, pasamos a sentir otras no menos agradables,

inspiradas por una aria de Torcuato Tasso, cantada por el señor Lanza, quien nos hace conocer nuevas bellezas cada vez que le oímos la voz y su estilo, pues se ha apoderado de todas las perfecciones del arte para encantarnos de una vez con ellas.

Lo que hasta aquí hablamos oído, bastaba para quedar satisfechas, pero esperábamos ansiosas oír ejecutar en el clarinete unas variaciones al señor Zapiola… Su nombre solo le sirve de apología. Suficientemente conocido es su talento y su saber, para que mi débil pluma sea capaz de describírtelo. Desde su aparición en el proscenio fue una novedad que impresionó generalmente, pues hace dos años que no le oíamos tocar en su instrumento favorito, según dicen, porque sufre del pecho. Así, pues, no solo tenemos que agradecerle el completo espectáculo que nos presentó, sino la generosidad de exponer su salud por satisfacernos y agradarnos. Unánimemente debemos pedirle que la conserve a toda costa, primero por su propio interés, y después por el del público que tanto admira y aprecia su talento.

La obertura militar titulada la *toma de Argel* cerró la función. Fue ejecutado por sesenta y cinco músicos de viento. Es preciso confesar que la desempeñaron muy bien, y en esto se conocía el trabajo esmerado que ha tenido el señor Zapiola en hacerla estudiar a hombres de tan pocos conocimientos. No puedo juzgarla imparcialmente porque no me gusta la música militar; soy más tímida que un gusano de seda, y cuando la oigo quisiera meterme bajo de la tierra. Sin embargo, creo que tocada en un campo de batalla, sería cosa de inspirarle valor al más cobarde. ¿Qué más quieres que te diga? ¿Que me vine a casa contenta, y que luego me dormí, y que ahora mismo tiene ganas de hacer otro tanto tu amiga? Todo queda dicho, y yo casi roncando

Rosa.

III

Emilia a Rosa
(*Progreso* de 22 de noviembre de 1842)

Salto del agua, noviembre 18

Querida mía: Movida de un vivo interés por la graciosa narración que me haces en tus cartas de las escenas de placer de que has sido testigo, me siento impelida a escribirte, interesada en que no se corte una correspondencia cuya lectura me es tan grata, y que es el mejor paliativo contra el tedio de la ausencia, ahora que por nuestra posición respectiva nos vemos forzadas, bien a pesar nuestro, a dejar pasar uno tras otro los días, y aun las semanas, sin vernos. ¡Qué no daría yo al presente por poder renovar aquellas conversaciones tan entretenidas, tan variadas, que nos han embebido tantas horas continuas, que nos hacían formar tan halagüeñas esperanzas, presagiar un porvenir de contento, y en las cuales comentábamos de mil maneras diversas, según la disposición de nuestra fantasía, una sonrisa, una atención, una mirada, un gesto, una pregunta, y hasta un insignificante agasajo!... Era la vida de las ilusiones, la vida del corazón que se fragua imágenes sin número, a cual más risueña, para saciar el ansia de gozar que le devora y atormenta. En balde el más ligero instante de serena reflexión disipaba estos dulces ensueños de la razón, estos delirios del espíritu, nuestra imaginación fogosa los hacía renacer sin cesar, o se los creaba nuevos, y cada vez más seductores, más fantásticos, y ornados siempre de nuevos atavíos, como si la enojara que la triste y desaliñada verdad viniera a cambiar esta mentida escena, desbaratando sus frágiles decoraciones. ¿Qué nos queda ya de aquellos ratos, como no sea la certeza de que fueron ilusorios?... ¡Cuán

violenta es nuestra posición social! Precisadas a vivir en completa abnegación de cuanto puede ser de un interés verdadero y positivo, solo nos resta el triste consuelo de alimentarnos de quimeras sin realidad, y hasta el único acontecimiento serio en que pudiéramos meditar, casi nunca depende de nosotros el preparárnoslo conforme a nuestros deseos. Víctimas de nuestra educación, de los hombres, de la sociedad y del qué dirán, vivimos forzadas a combatir o a encubrir nuestros sentimientos, y aun así mismo, todavía se nos echa en cara el rol ficcioso que se nos obliga a desempeñar… Quiero, pues, escribirte, quiero hacer renacer aquellos ratos de contento interrumpidos ya tanto tiempo, aunque pierdan en nuestra correspondencia aquel fuego de la expresión que los hacía tan animados, que los vivificaba en nuestras conversaciones.

Voy a entrar en el detalle de una visita particular, asunto que temo no te parezca harto mezquino para ocupar tu atención. Pero, ¿qué hacer sin embargo? Tú sabes lo que son nuestras reuniones familiares; formadas regularmente por cuatro o seis de nosotras, y otros tantos jóvenes de los que llamamos nuestros *caseros*, rara vez ofrecen nuevo interés, ni pueden tampoco ofrecerlo, siendo siempre unos mismos los actores, y uno mismo el papel que cada cual representa. Esto introduce en ellas una especie de monotonía, un modo de ser siempre igual y sin variedad, que se hace más engorroso a medida que cada uno de los interlocutores se esfuerza más a estar sobre sí, para no desmentir la idea favorable que de sí propio desea imprimir a la persona de quien ha hecho su objeto de preferencia. No obstante, la reunión de que voy a ocuparme es una de las pocas excepciones de su género, es del corto número de aquellas en que se pueden dejar correr con más gusto dos o tres horas de una noche muy seriamente ocupadas en el *dolce far niente* que se las tiene destinadas. Estuve, pues, en casa de las señoritas B… mi punto favorito de concurrencia;

tú las conoces, sabes cuán amables son, y cuán grata su sociedad. Eramos pocas las concurrentes, pero la conversación fue amena y entretenida. Después del té, servido a la hora de tabla, se habló de varias materias, en tanto que una pareja se ejercitaba en el ajedrez, fuertemente empeñados ambos contendientes en no dejar a su contrario alcanzar un fácil triunfo. A propósito de ajedrez, ¿sabes que este ejercicio se ha hecho una entretención de buen tono, uno de aquellos aprendizajes indispensables que sirven como de complemento a nuestra educación? En el día es preciso entender algo de ajedrez para no pasar por una chapetona, y me temo que nuestras amigas no descuiden del todo los demás recursos del arte de agradar, como la música, el canto, el baile, etc., por fijarse en este pasatiempo, sancionado ya como de moda. Esto sería muy sensible, si no es, como me imagino, que ejerzamos siempre el mismo imperio sobre los hombres, que obremos siempre la misma fascinación en sus sentidos, y conservemos ascendiente en su corazón, moviendo las piezas de un tablero, las teclas de un piano, o las cuerdas de una vihuela; porque, esto para entre nos, mona mía, ¿en qué posición no es siempre interesante un rostro hermoso, una tez fresca, un seno cándido, semejante a la gota de rocío que en una fresca madrugada se deposita en el cáliz de la flor? La hermosura ha nacido para triunfar hasta de la estupidez, que está averiguado ser la masa más compacta y menos susceptible de admitir impresiones. Pero ya me he distraído algo de mi asunto, así es que para darte una más cabal idea de la necesidad de ejercitarse en el ajedrez, solo te añadiré que hubo en nuestra tertulia un novatón, a quien vi por la primera vez, que invitado a una partida, no supo hacer andar un peón, y se zafó tan tristemente del apuro, que es imposible que yo pudiera quererle en mi vida, aunque me asegurasen ser el mejor de sus semejantes. ¿Ni cómo ha de ser tampoco un buen amante, un hombre que desconoce un entretenimiento de estrados tan de buen gusto

como este?

Andando la conversación se habló del *Progreso*, de este *Progreso* que tanto cacarea por suscripciones, y como el folletín es su parte más entretenida, naturalmente vinimos a parar aquí. Tus cartas fueron sujetas a censura, pero no a aquella censura acre y mordaz que todo lo desaprueba, sino a un examen racional de su lenguaje, de sus pensamientos, de sus conceptos. Imagínate mi inquietud viendo tus producciones hechas presa de un análisis expurgatorio el más minucioso, y solo le hallarás término de comparación con el contento íntimo que experimenté al verte aprobada y aun aplaudida. Pero te han conocido, Rosa mía. Do hoy más es excusado ya que procures asilarte al anónimo, ya estás descubierta, y todas tus pequeñas obras van a ser acogidas por nuestros amigos con aquel interés curioso, o aquella curiosidad interesada que excita en nosotros la primera exhibición en público de una que es de nuestro círculo. Ved aquí también la razón que me ha movido a noticiarte este hecho, para que apercibida procures pulir tus trabajos, y sostengas el prestigio que te has adquirido ya. Continúa tus publicaciones, ellas son muy bien recibidas, acogidas con gusto, pero contráete a asuntos puramente nuestros, de nuestro dominio, y encontrarás tu apoyo en tu propio sexo, y por lo menos, una segura aprobación de parte de aquellos que saben justamente apreciar esta clase de tareas, toda vez que se desempeñan sin perjuicio de las pequeñas atenciones que nos son privativamente peculiares. El *Progreso* mismo, que verá en tus producciones un ostensible testimonio de sus vaticinios, no dejará de ufanarse prestando sus columnas a tus obras, y contando entre sus colaboradores a personas que le darán un doble interés, alguna más novedad, y quién sabe si no le granjearán también algún suscriptorcillo más.

Antes de terminar mi carta quise leerla, ¿y sabes que yo misma quedé admirada de haber conservado mi seriedad por

más de un cuarto de hora? ¡Quién!, ¿yo formal y con niñas de tu edad? Esto va a parecerte muy extraño, a ti, querida, que me conoces tan a fondo, y sabes que siempre fui festiva, habiéndomelas con bellezas de quince años. Vas acaso a desconfiar de mí; pero no temas, soy tu misma amiga, tu corresponsal, tu muy conocida

Emilia.

IV

Tercera carta de Rosa
(*Progreso* del 29 de diciembre de 1842)

Santiago, 28 de diciembre

Te escribo, mi querida Emilia, cuando ya están cantando las diucas y está de día claro. Sale José para la hacienda a las 8, y no quiero perder la ocasión de contarte las diversiones que hemos tenido en esta pascua. Estoy sofocada y no tengo sueño; el brillo de las luces del salón de baile, la agitación, el placer, y una cosa que me ha dicho bailando R., me ha espantado el sueño. Después te contaré esto. He tirado sobre una silla el abanico de plumas que me compró mamá; el chal está por un lado, y aún estoy con vestido de baile; lo único que he hecho es desprendérmelo, porque ya no podía aguantarlo más. ¿Por dónde empezaré? Hubo anoche un baile de suscripción en el teatro, y antenoche comedia, y el domingo comedia también. ¡Ay!, se me olvidaba lo principal; estuvimos en la misa de noche buena, estuvo muy fea, había poca concurrencia, pocas de nuestras amigas asistieron; gente así, así, no más; pocos jóvenes y la mayor parte feos; una que otra pandilla de los que nos visitan; el rubio aquel de las chirimoyas con todo el

acompañamiento; los tres de la historia de Peñaflor, y otros tres que andaban dando vueltas, como si se les hubiese perdido algo en la iglesia. Cantó Lanza, y la música estuvo buena en la parte que pude oírla, porque al fin me dormí. Habíamos estado de tertulia hasta tarde en lo de las tías la noche anterior. Luego que se acabó la misa nos fuimos con las G..., con quienes nos habíamos juntado en casa de Manuelita que nos aguardaba con un pavo y sus adherencias. El pavo ha ocupado el lugar del cordero pascual, que según me decías tú, tomaban los perros judíos la noche de pascua, y en lo que se ve muy bien lo mejor que somos nosotros, pues es mucho mejor el pavo que el cordero. El lunes se representó una comedia en que los judíos comieron delante de todos el cordero pascual, lo que deja ver que ya tenemos tolerancia de cultos, que, según dijo la otra noche M. en la tertulia, se estaba tratando de eso. Es verdad que los judíos fueron quemados, y esto fue lo mejor de la pieza, porque estuvo muy linda la hoguera que habían encendido en medio del teatro. Las llamas se agitaban adentro, y después vino un cardenal largo y delgado como una estaca, y la santa hermandad, y quemaron a una judía que no quería hacerse cristiana. Hemos visto, pues, judíos, cardenales, hoguera y un auto de fe, de que no tenía más ideas que lo que había leído en aquel librito que me prestó tu primo, llamado Bororquía me parece. Esa noche se rompió la linda araña de que te escribí en mi anterior que habían puesto en el teatro.

Ya había amanecido y todavía estábamos haciéndole los honores al pavo. El señor don A... nos acompañó; estaba de muy buen humor y nos hizo reír toda la noche con mil cuentos; ya sabes que lo que toma una copa de mosto se vuelvo una gracia. Ya te puedes imaginar cómo andaría la tijera en manos tan diestras. Nos fuimos a la plaza de Abastos, y no estaba eso mejor que la misa de la noche. Apenas una que otra familia de tono. Los jóvenes que estuvieron no valían un comino; no fue el que tú sabes, que me había dicho que por allá nos veríamos; ni

el tuyo, ni otro que tengo yo ahora, que tú no adivinas. Muchas flores, muchas frutas; habían blanqueado los pilares de los galpones; mucha gentuza, y muchos jóvenes; pero ninguno de los nuestros. Pocas vueltas dimos por la plaza y nos retiramos a dormir; pero éste fue dormir, hija, que nos despertaron a comer a la tarde. El paseo estuvo lindísimo, como nunca; un cordón de calesas y coches flanqueaba todas las tres cuadras más frecuentadas a los dos lados del Óvalo. Todos los asientos estaban ocupados, y no hubo una familia que no asistiese. Habría más de trescientos jóvenes, entre ellos muchas caras nuevas. Dicen que son bolivianos, o qué sé yo de dónde. Andaba buscando con la vista al *dómine*, cuando lo sentí que venía con los que siempre anda, midiéndome los pasos. Me hice la que no lo había visto y saludé con mucho cariño al nuevo de que te hablo. ¡Hubieras visto la cara con que andaba en el baile! Lo que había más hermoso en el paseo era la variedad de vestidos, de cortes, de adornos y de peinados. Unos extranjeros, me parece que eran argentinos, que venían hablando detrás de nosotras, venían ponderando a las que estaban bien puestas, riéndose de otras y criticándolo todo, como es la costumbre de estos barbones. Decía uno, ¡chei!, ve como lleva aquella el brazo y el pañuelo en actitud de bailar la resbalosa. ¡Qué cinturita aquella! ¡Qué parada en el hilo aquella del chal verde! ¡Qué polvareda levanta aquella! ¡Qué piesecito tan afilado! ¡Qué narices, Dios mío, las de aquella ñatilla tan atisbada! ¿Han notado ustedes una cosa, añadía uno un poco vejancón, en estas señoritas? Aquí salen al paseo con vestidos de baile; esa es una guasería. Al paseo en Francia, al bulevar y al Jardín de las Plantas va la gente de más tono con trajes sencillos y poco costosos, solo las mujeres vulgares llevan ese lujo chocante. Sí, decía otro, por eso es que solo en días como éste se ve gente en el paseo; porque la que no tiene un vestido nuevo para cada día que viene a la alameda, no sale de su casa. Y es lástima, decía uno muy echado para atrás, que

malogren una alameda tan hermosa, que no tiene igual; solo en Río Janeiro. Pero aquí no se usa pasear en la Alameda como en todas partes que en las tardes se hace diariamente ejercicio, por la tontera de estas niñas que quieren mostrarse siempre como unos dijes. Vean aquella, decía otro, esa, por ejemplo, no va tan recargada como la generalidad; vestido blanco y pañuelo lacre de espumilla, bordado del mismo color; eso sí que es traje de paseo; pero...

Aquí dimos vuelta nosotras y nos separamos de estos dominguejos; te aseguro que venía quemada de oírlos. ¡Decirnos guasas a nosotras! Así pagan la hospitalidad que les dispensamos. Esperaba que alguno de ellos me hubiese sacado a bailar esta noche para hacerle un desaire a mi gusto; pero me comprometí luego para diez contradanzas, y ni ellos tampoco se acercaron a donde yo estaba. ¡Guasas! ¡No te parece que es de escupirles la cara! ¡Y luego llamarnos tontas! De todos modos el paseo estuvo muy lindo, muy concurrido y muy vistoso. Estaba oscuro ya y nadie se retiraba; apenas había lugar para darse vuelta. La tarde además estaba hermosísima, ni fría ni calorosa; la noche anterior había hecho mucho frío.

Fuimos a la comedia, que estaba muy concurrida también. Alonso hizo un lindo papel; no me acuerdo cómo era la pieza. Decían los hombres que estaban en el palco que el verso era muy bueno, el lenguaje muy puro, qué sé yo. Nosotras nos llevamos conversando y mirando a la platea y a los otros palcos; ya habíamos visto esta pieza y aunque digan que es buena, a mí no me gusta, porque los amores que tiene son entre marido y mujer, lo que ya ves que es muy insulso y fastidioso. ¿Te conté ya que se había roto la araña?, pero fue a la noche siguiente en que se representó la comedia de la judía y del cardenal esqueleto; hubo en esta un acto el más animado que puedes imaginarte. Figúrate que la judía descubre que su amante era cristiano, y su padre la sorprende en el momento que se iba fugando; y ella le declara su amor por el cristiano, y

el judío no se enoja, sino que consiente en la unión de los amantes. ¡Tan bueno el padre que no parecía judío! Aunque veía que su hija iba extraviada, respetaba su resolución; y no como el perro viejo de tu padre que no quiso dejarte casar con M. que te quería tanto, porque no era rico, y ahora está más rico que él, y se fue a casar a Coquimbo con esa gordota que nos manda hostiones y… tan colorados como su cara. Si a mí me quieren impedir que me case con quien tú sabes, tengo ya mi partido tomado; y veremos quién es más testaruda.

Últimamente, anoche tuvo lugar el baile de suscripción que se había anunciado. Como tú has visto el salón de baile, excuso decirte nada de él. La araña de setenta u ochenta luces despedía una claridad tan deslumbradora que dejaba ver las pulgas que saltaban sobre la alfombra, que también es nueva y cubre toda la inmensa extensión de la platea y el proscenio. Los palcos estaban llenos de espectadores; entre ellos uno que contenía toda la embajada granadina, que había asistido de incógnito, sin duda por no darnos el gusto de bailar con nosotras, lo que, si te he de decir verdad, no nos afligió muchísimo, porque a lo que se veía desde abajo, nada tenían de común con los figurines que andaban entre nosotros. Apropósito de figurines, estaban representados en el baile todos los del presente año, en vestidos, plumas, fraques, peinados, adornos, etc. Un fraque andaba que tenía vara y dos tercias de vuelo en los faldones; otros de dos tercias, y así sucesivamente. Había collares de grandes cuentas de azabache, terminados en una cruz enorme que caía a medio cuerpo, que la habría envidiado para rosario un padre dominico; cordones de oro enlazados en el cuello y cuyas borlas casi tocaban al pavimento. Me parecía a veces un Señor de la columna o bien una mujer inglesa a quien su marido lleva a vender al mercado. No es esto decirte que el adorno era impropio, pues nada más vistoso ni más elegante. Sobre una cabeza flotaba una cordonadura de plata con borlas semejantes

al cordón de la legión de mérito que llevan algunos de nuestros antiguos militares. En fin, había vestidos muy elegantes; mangones chinos o de la edad media; cintas y blondas. En general, estaban todas muy bien empaquetadas. Las que llevaban vestidos blancos se lucieron mucho; una andaba que parecía una hurí de ojos negros. A la M. la llamaban la real moza por el garbo de su talante, que es, a fe mía, muy andaluz. No estaban todas nuestras *notabilidades*, como se dice ahora, en punto de belleza. Faltaba tu amiga, a quien daban en un círculo el nombre de alfeñique, y muchas otras. La concurrencia de señoritas no era muy numerosa, lo que no ha estorbado que se quedasen muchas sin bailar; pues ya conoces la cortesía de los jóvenes, paisanos o extranjeros, que le cargan siempre a la cargada. Las casadas, las que no tienen amigos, las que han dejado en el tocador las gracias de un lindo cuerpo o de una cara chusca, tienen que abanicarse mucho para espantar el sueño. No hubo por supuesto muchos alegatos por contradanzas y cuadrillas; pocas eran las niñas que traían de su casa cuatro invitaciones aseguradas; uno que otro descuido, y tal cual *partida doble* en las contradanzas. Pero no hay cuidado ya por estos ligeros errores. Nuestros jóvenes han principiado ya a ser tolerantes, y ya no se ve que expongan a una vergüenza a la pobre niña que por mala memoria se pone en baile con todos los que la convidan para una misma contradanza, como me sucedió a mí en los bailes de septiembre. Me estaba embromando él, como tiene de costumbre y yo estaba muy entristecida; venían otros a convidarme a bailar, le arrojaba un sí, un con mucho gusto, o un está bien a cada uno y seguía la conversación. Empiezan a pararse a la contradanza, vuelvo la vista hacia el patio y me encuentro con un círculo con los ojos fijos en mí. Cuando usted guste, me dijo uno, alargándome la mano, y al punto se estrecharon seis más, como una bandada de pájaros sobre un pobre cordero. Conmigo está usted en baile, decía uno. Yo la

invité para la tercera hace una semana. Acaba de ponerse en baile conmigo, añadía un cuarto. Un quinto lo cogió del brazo y lo hizo atrás diciéndome con tono amenazador y socarrón: si a usted le parece… y estiraba la mano. Aturdida, asustada, sin poder comprender lo que pasaba, les dije: si yo no estoy en baile con nadie, será otra, ¿quién me ha sacado a bailar? ¡Yo! ¡yo! ¡yo!, contestaban todos a un tiempo. En fin, para quitarme de enredos tomé el brazo del que primero se presentó, y nos metimos en el laberinto de la contradanza, desde donde oía todavía la disputa, yo la convidé primero; yo anteayer en su casa, yo… Al fin se sosegaron.

Ya me estoy cayendo de sueño y el sol está saliendo. Concluiré diciéndote que nada hubo de muy notable en el baile; los helados detestables; poca animación, poco que criticar, pocas parejas; adiós, ya no puedo más. Anoche me preguntó por vos; andaba muy entretenido con la del pelo a la romana. Tuya.

Rosa.

V

Cuarta carta de Rosa
(*Progreso* de 2 de enero de 1843)

Santiago, enero 1.° de 1843.

Las cartas interceptadas por los diarios y periódicos están hoy, amiga mía, a la rigurosa. Ve sino en el *Semanario* cómo menudean cartas de *Jotabeche* a un amigo suyo en Santiago, carta de un amigo a *Jotabeche*; yo he seguido el ejemplo de numerar las cartas y por eso te pongo en ésta cuarta, porque

como escribo para la posteridad y estoy segura que cuando alcancen a un volumen han de ser reimpresas, no quiero que haya por mí descuido, confusión cronológica. Otros no se han descuidado en esto y hacen bien. Allá en Copiapó nos están vengando de los barbones de aquí. *Jotabeche* les ha puesto una faena, y cada vapor trae el alcance en barra. Los explota a pique, a frontón, a pique chiflón, a flacura, a cuerpo de cerro, en todas direcciones, y ni los desmontes pierde, porque le proveen de piedras para matar muchos pájaros. ¡Bendita sea su mano tan segura, Dios le dé acierto en todo! Escribamos cartas las dos también, que Dios mediante, tú te harás una Santa Teresa y yo una madama Sevigné.

Te envío el figurín del *Progreso*, que es el último paso que han dado las artes liberales en Santiago. Ya verás cómo se progresa por acá; pero no vayas a creer que es hecho en Francia o en España, es pintura casera, que mal que mal, muy bien que servirá por allá por las provincias donde siempre van diez años atrás, según lo ha dicho el *Progreso* y según se ve por las cartas de un amigo a *Jotabeche*, que está creyendo que el romanticismo está en moda todavía. ¡Pobres provincianos, qué atrasados están! Aquí lo han echado al trajín, y ni los viejos que ya no pueden mascar el agua, consienten en que se les llame clásicos; todos somos románticos ahora, la municipalidad inclusive, que por puro romanticismo ha mandado numerar las calles. Como esta primera hornada de figurines ha salido cruda por abajo y quemada por arriba, te rasparé tu parte un poco para que puedas pasarla. O si quieres considerar el figurín como un escrito, no vayas a tragártela que está en latín, que es castellano del *Progreso*, que ya sabes que necesita de buenas entenderas. En esta última suposición voy a leértelo. Préstame atención. Dice así leyendo de izquierda a derecha.

Traje de paseo, para señoras casadas y que soportan con resignación y sin fastidiarse la pesada carga del matrimonio, cofia de blonda, adornada de un ramillete de flores color rosa

bajo, símbolo de su belleza en retirada, y un nudo de cinta del mismo color contrapuesto, para que tengan siempre a la vista el lazo y el nudo que las ata. Mucha felicidad es que sea de seda escurridiza y arrasada, que con poca diligencia puede aflojarse un poquito, y andar sueltas por algunos ratos. Vestido de gró color flor de aluzema, manga ajustada, corpiño de pico a la María Stuard. Cuello de punto a la cardenal, y puños de lo mismo, ¿a la qué será pues?, a la canónigo, según se deja ver. Este cuello que es muy elegante y gracioso está hoy muy en moda, con la ventaja de que pueden construirse en casa con mucha facilidad. Los hay de varias clases; los de punto que son preferidos en el verano, llevan encaje en los recortes y cuello y bucles de cinta del color del vestido, u otro que no sea anti-social; los hay también de punto claro, grandes y forrados con raso de color. Los de gró de colores entre dos luces y opacos, llevan vuelo de lo mismo y en lugar de los bucles de cinta, maneras abiertas colocadas en lugar oportuno y rodeadas de encaje, trencillas, vuelos o sesgos. En invierno pueden construirse de cachemira o merino forrado y con entretela, flanqueados con pieles para conformarse con la estación. Todas las señoras de Francia, según me lo anuncia mi corresponsal en París, Madama Payan, calle Vivienne, núm. 13, tienen dos de estas pelerinas, una grande para salir a la calle y otra para dentro de casa. En Santiago, hemos hecho varias para salir a paseo, que dentro de casa de cualquier modo se anda.

Todavía no hemos adoptado modas especiales para dentro de casa, por lo que hay completa tolerancia de vestidos, fusión de todos los partidos, aunque, como en nuestra sociedad en general, dominan las formas retrógradas. Los vestidos más *peluconcitos*, más pasaditos, de todos los tiempos pretéritos, de todas las *administraciones*, hacen causa común dentro de casa. Lo flamante, lo del gusto del día, lo nuevo es para ostentarlo en la calle, ni más ni menos como en la prensa, en las cámaras, y en los mensajes del ejecutivo; lo descosido, lo averiado, lo

añejo está en el fondo de la sociedad, en las costumbres, en la administración, en las elecciones, y en las ideas del mayor número. Guarda tus mejores prendas de equipaje para los días de parada, que lo viejo guarda lo nuevo, es decir lo tapa; así es en todo.

A las señoritas solteras les viene de perlas el vestido de muselina de algodón o lino pintado, con tal que sea de colores alegres y fantásticos, como sus proyectos de dicha futura, vagos como sus deseos, y poco notables como sus pensamientos. La gasa de cristal no les viene mal; el cambrai las vuelve locas, y por un vestido de gro tornasol entrarían sin titubear en el purgatorio. El vestido del figurín lleva dos sesgos de una cuarta de ancho, a la altura indicada. Corpiño de medio cuello, cerrado por un cuellecito de punto en el escote; manga ajustada, guante de media mano o de cabritilla. Este vestido es tan elegante como sencillo, como conviene a todas las condiciones y circunstancias; porque una niña soltera debe mostrarse siempre sencilla y poco costosa en sus atavíos, a la par que elegante y graciosa en las formas. Gusto y baratura es la moda, para que no hayan gustos que salgan muy caros; que en casándose, la cosa muda de especie. La manga larga trae mil ventajas; la primera es que no es tan fácil proveerse de un brazo contorneado, como de una manga bien cortada; y la segunda es que lo que bien se guarda, a su tiempo se halla, y no es cosa de echar al tráfico y roce diario los brazos que tienen que servirnos toda la vida. Eso se deja para un día de fiesta, para un baile, cuando hay patencia y visibilidad.

El chal está muy de moda, así en Europa como en Santiago, y no obstante que hay quien lo tache de ser largo y angosto en demasía, para mí es un adorno muy elegante, y que tiene más artes ocultas y más misterios que ningún otro conocido, incluso el abanico que es el *tu autem* de todas las mujeriles maulas. Se presta a mil juegos inocentes, y tan pronto cae desdeñoso por un lado; tan pronto os envuelve en sus lazos cariñosos; tan

pronto se enrosca el brazo; tan pronto sirve de juguete elegante a la mano ociosa. En un momento de excitación, de duda, de cortedad, de púdica turbación, sus flecos sirven para juguetear con sus hebras, enredarlas, desenredarlas, anudarlas, envolvérselas en los dedos. ¡Oh!, el chal es la última y postrimera picardía que ha inventado la moda. Los hay de varios colores y géneros; de gro de un solo color, tornasol, bordados en la orilla y en los extremos. Deben escogerse de colores que no hagan antítesis con el vestido, o lo que es lo mismo que no estén de cuernos con los otros atavíos. Hay tantos pañuelos grandes en las tiendas, y tantos, tan variados y costosos están distribuidos entre las familias, que por no arruinar de un solo folletinazo a todo el comercio, hacer tomar la calle a los padres de familia, y suicidarse a los maridos, no digo que el pañuelo grande en la estación presente es el anacronismo más garrafal, la falta de gramática y ortografía más imperdonable, con otras cosas que, por no desmentir la acreditada *circunspección* del folletín del *Progreso*, omito. Es preciso respetar el lugar en que estamos. Pero en estación tan calurosa es preciso que haya ventilación, despejo, y soltura. Los tapujos en verano no tienen el encanto del misterio; no hay remedio, chal o pelerina a la cardenal de punto, u otra cosa ligera, trasparente, que no deje dudas, no excite alarmas.

Peinado. Este es otro guirigai; en vano quiero descifrar el moño del figurín; el arte chileno no ha llegado a perfeccionarse hasta el punto de representar distintamente un moño. Cierto pintor decía con sobrada razón que el pelo humano y el follaje de un árbol, eran dos escollos de la pintura, y el figurín lo ha probado. Apelaré, pues, a lo que de viva voz me ha dicho el que lo dibujó, que habla mucho mejor que no diseña. Por fin se le entiende. Dice que el moño se hace entre el cerebelo y el cerebro, un poco más arriba de lo que hasta ahora poco se ha usado, es decir ni tan alto ni tan bajo, ni paja ni cebada, *juste milieu*, atrasado, pero en escala ascendente, en progreso,

mejoras *graduales*, en marcha desde el testus, que es la parte retrógrada de la cabeza de una mujer, hacia el occiput, con escala en la frente, que es el trópico del planeta moño, desde donde retrocede a iluminar el otro hemisferio. Esta marcha ascendente y descendente del moño en su media órbita, desmiente, más que los argumentos de nuestro paisano *Jotabeche*, la doctrina del romanticismo y del progreso; aunque no es estacionario pero no va siempre adelante, como sus adversarios quieren. Hallado el punto requerido y atado el pelo, se tuerce este todo junto como cordón francés, se tuerce, se tuerce hasta darle suficiente consistencia, a fin de poder hacerle describir un número 8, una &, un garabato o cualquier arabesco. La partidura de adelante se lleva al medio de la parte alta, más o menos, según los dedos que caben en la frente, y según su ancho, forma y prominencias. Este punto es difícil y capital, y se requiere tino, malicia y muy buenos alcances para acertar con el lugar conveniente.

Se conserva todavía en toda su reputación y fama la expresiva vincha con su estrellita metálica, cual reluciente Venus en un cielo sereno y puro; algunas que desesperan ya de este mundo, acusan de inútil a su estrella, han suprimido este adorno sin ser por eso ni más ni menos bellas. Los bucles rizados se mantienen en boga en París y Santiago, no obstante los *insultos groseros de la Gazette des Femmes y del Progreso*, que los han llamado provincialistas. En Santiago, que nadie se ocupa de las provincias, ha alarmado con razón este ataque *aleve y feroz*.

El 1.° del mes entrante te hablaré de muchas menudencias de modas y usos, que por ahora omito, porque la estrechez de las páginas no me permite extenderme más.

En cuanto a gustos dominantes, en la capital, el que *hace furor* hoy día en las niñas de Santiago, es leer, ¿lo creerás hijita? Pero no coger cualquier libro como lo haría una provinciana como tú, sino un brebaje especial que se les

administra después de almuerzo, y que es condimentado para ellas solas. Esta golosina se llama *folletín del Progreso*, y por lo ordinario suele ser muy gustosa y regalada. Pero a veces sucede que está borracho el cocinero, y se le pasa la mano de sal hasta ponerla amarga como un acíbar. Las golosas vienen a hartarse, y ahí es la gritadera, los gestos y las horripilaciones. ¡Qué bullanga, qué rabietas, qué denuestos contra el beodo! El jueves no más hubo de haber una conmoción popular de mujeres y hombres por la carta que te escribí dando noticias de las funciones de pascua. Me había ido tan mal en el baile, que estaba con la bilis un poco revuelta. Te contaré ahora el pasaje, ya que tuve vergüenza de hacerlo en mi anterior. Me puso en baile un conocido, y como tengo, como sabes, imaginación viva, me paré a bailar con otro. Mi amable conocido vino a reconvenirme en las cuadrillas por mi falta de respeto a la fe jurada y a sus enormes patillas, en términos tan descorteces, que me llenó de confusión. Le dije cuanto me ocurrió para calmarlo; ¡nada!, me intimó la orden de sentarme; me amenazó con tomarme del brazo; mi compañero a quien apelé con las miradas me contestó con las espaldas, que estaba por la estricta neutralidad. Había por ahí un amigo de mi familia que me veía en este conflicto y se desentendió también. Con lágrimas en los ojos fui a sentarme, dejando mi puesto en la cuadrilla. Cuéntales esto a tus paisanos para que imiten este bello ejemplo de cultura y de respeto a la debilidad de nuestro sexo.

Pero vamos al caso. Venía, pues, con el alma atravesada. No obstante ser las dos de la mañana, era fuerza desabrocharse el vestido y sentarse a escribir para dar material para el día siguiente; porque sabrás que aquí se publican las cartas confidenciales entre las amigas, lo que es otra barbaridad. Los editores del *Progreso*, a quienes sirvo de cuando en cuando, hacía días que se quejaban de una falta supina de suscriptores; un solo penitente se acercaba a la oficina del diario a alistarse

en las banderas del *Progreso*. A fuerza de administrarles editoriales, la medicina había perdido su eficacia, como cuando se toman muchas dosis de quimagogo; el diario había pasado ya a las cosas ordinarias y consuetudinarias.

Ni vituperios, ni aplausos; pasaba ya como el pan por el esófago, y los editores creen que el *Progreso* no debe ser estacionario en punto a suscripciones, porque de lo estacionario a lo retrógrado no hay sino un paso. Pues bien, dije yo en mi inocencia; esto va de capa caída, revolvamos un poco la piscina para que se alborote el pescado, y caigan algunos en la carnaza, y medio durmiéndome, medio colérica, te escribí la del 27 que ya habrás recibido. Mientras yo dormía estaba fermentando la levadura. Al principio un rumorcillo ligero, una que otra observación aislada; más tarde llegaban de todas partes los refuerzos de observaciones y descubrimientos. Uno había sorprendido en el folletín un galicismo, otro una personalidad; tal señalaba un insulto grosero, cual una chocarrería chocante.

Anoche ya era un clamor general y no ha quedado bicho viviente que no haya tirado tajos y reveses. Los literatos dicen que la carta es una píldora indigesta, un *totum revoltorum*, sin pies ni cabeza; las niñas una infame diatriba que merece se arranque la pluma a la que la escribió; los políticos temen que la buena armonía de los gobiernos amigos se altere y el congreso no tenga efecto; los argentinos se quejan de que los comprometen y que nos hemos ligado con *Jotabeche* nuestro buen paisano; las malas lenguas, en fin, yo no sé de dónde, fueron a desenterrar una pobre niña para colgarle la carta y descerrajar contra ella. Unos decían que ya no podía tolerarse; otros que era preciso estrenar el juri; otro salía con la pata de gallo de que el autor era un impertinente, un atrevido, un descamisado. Las mujeres pedían a gritos que se me entregase amarrada para sacarme la lengua, confundirme a pellizcones y hundirme un ojo. ¡Gracias a Dios!, exclamé yo cuando supe tan

buenas cosas, que ha llegado un día en que ¡el *Progreso* ha tenido la maña de sublevar hasta las piedras en su contra! ¡Esto es lo que se llama saber escribir! Venga ahora todo el apostolado, incluso el San Pablo de Copiapó, el apóstol de las gentes, a hacer el milagro de alborotar toda una ciudad, hacer hablar del diario a todo el mundo, hacerlo circular, correr de mano en mano, devorarlo, comérselo, y esto en víspera de año nuevo cuando el diario va a cambiar de tipo, de forma, abrir nuevas suscripciones, publicar todos los datos estadísticos del año, dar a luz un figurín y tirar mil quinientos ejemplares para repartir en las provincias. ¡Quiten allá, son unos chambones que no saben jota de redacción de diarios! Mañana pensarán otra cosa, y principiarán a llover las suscripciones, y el *Progreso* se alza otra vez en la opinión pública, e inunda con sus ejemplares toda la república.

Suscríbete, pues, hija, y haz que todas tus amigas de provincia se suscriban, porque todos los meses habrá figurín de modas, y se civilizarán ustedes un poco mediante este recurso.

Rosa.

Una mancha de sangre

Drama de Mallian I Boullé

Traducido aquí por Vicente F. López

(*Progreso* del 17 de noviembre de 1842)

Tuvimos, por fin, en el teatro antenoche una de aquellas concurrencias de Casacuberta, en que los palcos y la platea, la galería y la callejuela estaban apretadas de espectadores. Deliciosa era en efecto la vista que presentaba el teatro, y la afluencia de concurrentes confirma en parte lo que decíamos antes, que la falta de interés en las exhibiciones teatrales había alejado a los aficionados del recinto del teatro. Ya se ve, había grande orquesta. Guzmán debía hacer vibrar las mágicas cuerdas de su violín; Zapiola preludiar los profundos sonidos de su clarinete, que en los bajos parece que resuena en las hondonadas de una caverna; Lanza dar salida a las melodías de su voz de soprano. ¡Sesenta y cinco instrumentos iban a obedecer juntos a la varilla de virtud del director! Sesenta y cinco músicos, ¡cosa asombrosa y nunca vista! ¡Que nos vengan ahora con el concierto de mil instrumentos tenido en París en los Campos Eliceos! ¡Mentira! Serían sesenta, porque sesenta y cinco es una cosa maravillosa que raya en lo imposible.

Pero vamos a la pieza dramática. Muy buen antecedente para juzgar del mérito de las composiciones dramáticas son las emociones que el público experimenta. En vano sería que el

escalpelo del literato hallase todas sus partes sujetas a las severas reglas del arte; en vano que apareciese bajo la protección de un nombre esclarecido, en vano, si no excita una emoción, si la platea bosteza, si las manos no se baten estrepitosamente. *Una mancha de sangre* obtuvo la ovación del público antenoche, y yo no seré el que me atreva a decir que el desenlace, si bien satisface la ansiedad del público, tiene un poco de frialdad en sus efectos y algo de rutinero en los medios.

Si exceptuamos al usurero, que tiene toda la sangre fría, la dureza de corazón que comunica el dinero a los que viven para él solamente, la pieza puede decirse que adolece de falta de caracteres especiales. El del usurero, sin embargo, está desenvuelto con maestría; sus palabras heladas caen en medio de aquella escena de animación y de sensaciones violentas, como un sarcasmo, como una mancha en un ropaje de gala.

La lucha de las ideas aristocráticas del padre, con la naturaleza, con la afección paternal y la conciencia que tiene del mérito de Arturo, a quien ama como a un hijo, y a quien sacrifica, sin embargo, a las exigencias de su posición social, por una parte; y por otra el amor de Arturo y María, hacen el interés del drama. El usurero y Syrval solo son accidentes que sirven para hacer resaltar los personajes principales. El desenlace es el que el espíritu de la época reclama: a saber, el triunfo de la virtud y el talento sin padres, sobre el vicio y la nulidad del que solo puede enseñar algunos pergaminos como credencial de su mérito. Porque el plebeyo del teatro moderno es siempre el tipo de la virtud y del mérito real, al paso que en el hombre de alcurnia solo hay ineptitud y degradación. «¡Víctor de Syrval, que solo ha tenido el trabajo de nacer! —exclama Arturo despechado—, mientras que el que todo se lo debe a sí mismo se ve forzado a inclinar y bajar la cabeza!». Hace 57 años que el célebre Baumarchais, ponía por la primera vez en escena esta protestación del hombre de mérito contra

las injusticias del nacimiento y de las preocupaciones. Fígaro decía otro tanto, comparándose con el conde de Almaviva, su amo; y la revolución francesa, que estalló poco después, explicó lo que significaban los aplausos del público al oír aquellas palabras. Nuestra platea también aplaudió las análogas de Arturo, y mayores fueron aun los aplausos, cuando el ultrajado Arturo que había sufrido una bofetada en presencia de su amada, dice a Syrval: «cuando no se teme insultar a los demás no debe tampoco temerse pedirles perdón, …y es de rodillas, marqués, como se pide perdón —y tomándolo de un brazo y compeliéndolo a hincarse, le grita— ¡de rodillas, señor, de rodillas!».

El asunto de la pieza es el tema favorito del teatro moderno, la lucha eterna en que la sociedad se encuentra hace un siglo para romper las barreras que han creado entre hombre y hombre las caducas jerarquías sociales. Tema fecundo de emociones y de cuadros nuevos, y que nunca cansa al espectador, porque su conciencia y sus simpatías le hacen siempre parcial del que sufre por la causa de la igualdad; porque quisiera desquitarse al menos, aplaudiendo en el ideal de las tablas, al noble plebeyo, y execrando al infame noble de las preocupaciones que triunfan en la sociedad, y que dominan en la realidad de la vida.

Arturo, joven abogado que ha llegado a labrarse una reputación por su virtud y talentos, por la protección del duque d'Stein, se enamoró de María, la hija de éste que desde la infancia lo ha amado entrañablemente. Instruido el conde de la mutua afección de los jóvenes, y comprometido a dar la mano de su hija a un noble, el marqués de Syrval, indica al joven que no debe poner más los pies en la casa, a fin de no turbar la tranquilidad doméstica. Y para hacerle medir la distancia que media entre él y su hija, le revela su origen y el desgraciado fin de su padre, Arturo Disnard, sentenciado a muerte y ajusticiado por haber robado la hija de un noble con quien se

casó. Condenada María a desposarse con un miserable a quien desprecia, protesta contra la violencia que se le hace, y se huye de la casa paterna para asilarse en la del que su corazón ha escogido por esposo. La joven enamorada no ve en su amante el hijo de nadie, sino el abogado célebre, el hombre de talento, el amigo de la infancia, el joven amable que la ama y hace pender de ella su felicidad.

La traducción que de *Una mancha de sangre* ha hecho el señor López, es a nuestro juicio correcta y bien entendida. Creemos que con ella ha hecho una adquisición el caudal de dramas modernos que cada día, gracias a la afición que se ha despertado en nuestra juventud, atesora el repertorio de nuestro teatro.

Concluiremos nuestro análisis recomendando a la empresa escoja siempre para sus exhibiciones piezas tan generalmente gustadas como ésta, y que a la animación de la acción, reúnan un interés sostenido, y una útil lección en el argumento.

En cuanto al concierto que sucedió a la pieza, solo diré lo que todos han dicho, a saber, que estuvo muy lindo, lindísimo.

Chanfaina

(*Progreso* de 23 de noviembre de 1842)

Y bien, señor lector de prestado, ¿quién es este Chanfaina que aquí está presente, y que cuando puede disponer de sus pies, se le ve en la calle marchar a pasos largos, con la cabeza estirada cual lebrel que ha tomado la pista, siempre contento y siempre callando? ¿Un zonzo? ¡Pues más zonzo es el que tal sostenga! Yo lo digo, y no se hable más del caso. ¡Qué! ¿Porque se le cae la baba cuando ve una linda muchacha, y le salta al cuello a la que pilla a tiro, ha de ser uno por eso zonzo? ¡Cuántos de mis lectores no son unos chanfainas! Pero así es este mundo de engaños y disfraces. Gentes se encuentran que no parecen lo que son; gentes que no son lo que parecen; gentes que son ni más ni menos lo que parecen; gentes que no sospechan lo que son; y aun gentes que no disimulan lo que querrían parecer. ¡Para todo hay gentes en este mundo!

Pero dejémonos de estas murmuraciones, que lo que más hacen es atraernos enemigos, y volvamos a Chanfaina. Nadie es profeta en su patria, se está repitiendo sin comprenderlo todos los días. Yo sí que lo comprendo, y Chanfaina es una prueba de ello. Achaque es de todos quejarse de la injusticia de los contemporáneos; y a la posteridad apelan los palaciegos desdeñados y los escritores incorrectos o gálicos. ¡Triste cosa es tener que morirse para llegar a ser algo en el mundo! Pero

no hay remedio; ello es duro, pero necesario. Hay muchos, no obstante, que estando vivos todavía alcanzan a ser cualquier cosa, y aun países en que de un papirote salen generales o mariscales de campo; pero con estos no rige la regla: muérete y serás. Otros son menos afortunados. Vean sino a Cervantes, a Colón, y a tantos santos varones. Se murieron, y tras se celebró el Quijote, se saqueó la América y fueron canonizados. Esperemos, pues, con paciencia que venga la posteridad; que ella juzgará sin ver lo que había entre dos platos, porque los sentidos son la causa de errores muy marcados. Gracias a esto ha podido entenderse hoy día la historia patas arriba y patas abajo; porque Dios me perdone el mal juicio, si Diógenes no era otro Chanfaina. Para demostrarlo imitemos a Plutarco en sus admirables vidas comparadas. Diógenes era más pobre que Aman, Chanfaina es más que una cabra. Diógenes no escribió nada porque en su tiempo no había periódicos, Chanfaina tampoco, lo que no es poca fortuna para muchos a quienes eclipsará. Sostenía el sofista de que nada hay de por sí honesto ni deshonesto, justo ni injusto, que todas esas eran creaciones humanas. Nada de eso sostiene Chanfaina. En cambio es de una ingenuidad y franqueza raras, y se abriría el pecho para mostrar su corazón si pudiera; pero lo que puede y está en su mano, no se lo oculta a nadie, y eso con el candor, la buena voluntad y la inocencia de un ángel. En cuanto a justicia, no tiene ideas menos claras; si los muchachos le sumen la boya, sufre con cristiana resignación el ultraje; pero no bien acierta a pasar alguno más débil que él, ¡zas!, le hunde el sombrero hasta el pescuezo, y queda satisfecho.

Viajaba Diógenes a Esparta y volvía en seguida a aparecerse en Atenas; Chanfaina va a Valparaíso, y nadie negará que Santiago es como Atenas, porque en Atenas no hubo nunca diarios; y que Valparaíso es la Esparta de Chile, no por lo austero de sus moradores, sino por lo taimados. En Valparaíso ni se ríe, ni se pasea, ni se enamora. Cuando alguno quiere

casarse pide las muestras, y si la pinta le agrada, corre las pólizas y saca el fardo de almacenes y carga con él para su casa. Martillos hay a cada paso, donde las averías están puestas en remate.

No habrá quien eche en cara a Chanfaina haber poseído nunca mueble de ninguna clase, mientras que Diógenes tuvo un cántaro hasta que cayó del burro, y descubrió que con lo hondo de la mano se podía beber agua mejor que con el jarro. ¡Han tardado tanto tiempo los hombres en descubrir las cosas más sencillas! Marido he conocido que a los años mil vino a fijarse que su mujer era una tarasca!

Vivió el cínico en un tonel, y Chanfaina no bien amanece Dios, ya está con tranca en mano, porque aquello de vivir en un tonel es cosa figurada. Entiéndase que el filósofo no se despegaba del tinajón de la *baya*, y como Alejandro era también aficionado, no hay que extrañar que lo visitara.

Vivía y dormía Diógenes en los gimnasios y en las plazas, y Chanfaina ¿dónde vive y duerme? En la alameda y en la plaza. De manera que por donde quiera que se le busque se le encuentra la más perfecta semejanza. Pero Diógenes era Diógenes, y Chanfaina no es más que Chanfaina. ¡Diógenes fue proclamado un filósofo y Chanfaina un solemne tonto! ¡Ya se ve, si no hay más que morirse o ser de allende los mares y venir bajo cubierta de media pasta para ser tenido en algo!

Chanfaina no ha nacido de padres nobles ni de renombre famoso, como pretenden muchos, y ni el nombre con que lo conocemos está en el calendario; a no ser que fuese algún pobre mártir que no ha podido ser reconocido después de sufrir la trituración que indica la palabra; pero tanto han dado en decirle Chanfaina, Chanfaina, que hasta él ha llegado a persuadirse de que así se llama. Su educación fue la misma de tantos otros, que no obstante antecedentes iguales, nada tienen de malogrados. Por lo demás, buen muchacho, inofensivo y

alegre, pasa su vida observando. Nada de lo que a otros mueve es parte a interesarlo, salvo las lindas y las feas, las petimetras y las fregonas, que para él todas son hijas de Dios y las ama con un amor de prójimo muy inmediato. Nacido para amar y para ser amado, cumple con la parte que a él le toca, sin murmurar ni quejarse por los cardenales que las esquivas maritornes suelen estamparle; pues tal es la áspera condición de las niñas que nunca se dan por bien servidas. El hombre tímido es un mentecato, y el que no se para en pelillos, un enterado. Quien no arriesga, ni gana ni pierde. Chanfaina en ese punto sostiene que siempre, *toujours*, debe arriesgarse, declararse en riesgo permanente. ¿Se pierde? Pues, señor, se arriesga de nuevo. Conoce el corazón de la mujer, dice, y tiene ya él muchos años, y el diablo no es diablo por lo diablo, sino por lo viejo. Porque Chanfaina no es niño de ayer, como los que andan por esos estrados; es hombre de pro y maduro, no obstante su cara de niño mimado. Por fortuna no tiene barba, y no necesita como ciertos cuarentones celibatarios raparse hasta las cejas y pestañas para reparar el irreparable ultraje de los años. Desengañado de las vanidades de este mundo, conociendo a los hombres y despreciándolos, no se cura de las formas establecidas, ni sacrifica sus inclinaciones a las caprichosas exigencias de la opinión. Ni es demócrata, ni aristócrata; en literatura no ha llegado a ser ni progresista siquiera, en política ni aun moderado. Sin sistema fijo, una sola regla conoce y es ir por donde nadie aguarda, pues solo él es desacordado. Como nada de lo que aquí abajo pasa le interesa, no está suscripto a ningún periódico. Cree que los que escriben son unos cuatro palanganas, y que es vano empeño querer ilustrar a las masas; porque las luces, dice, solo engendran malicia, y se apoya para probarlo en lo que él mismo ha experimentado.

No es por eso un indiferente, y tiempos ha habido en que tomó parte activa en los negocios públicos. Era grande amigo

de Portales, y cuando se supo su fin desgraciado, salía por esas tiendas y calles derramando saña contra los inhumanos. El escándalo de las costumbres lo sacó de quicios alguna vez en Valparaíso; y para dar a sus palabras toda la influencia que para el efecto requerían, vestía de sayo su cuerpo y se rasuraba la cabeza; porque está persuadido de que sin cerquillo no puede hablarse a los hombres de moral ni educación.

Su estilo oratorio era entonces grave y sentencioso, y como Caton el romano que concluía sus discursos con el célebre sea destruida Cartago, Chanfaina remataba la frase con una exclamación y un adagio. Llamaba a sus arengas, bandos; y comerciantes, pipiolos y cargadores corrían en tropel a escucharlo.

Los guardas, decía en voz tonante y pregonera, que de noche introducen tabaco sin saludar al estanco, de día lo decomisan por servir al estanco, ¡andan por la calle!

Los que compran goletas para el estado y las cargan de su cuenta para la costa, ¡andan por la calle!

Las mujeres que van a confesarse al alba para que el sol no les caliente y derrita la conciencia, y no aciertan con la puerta de la iglesia, ¡andan por la calle!

Los dependientes que van al Tivolá vuelven de babor a estribor y ¡andan por la calle!

Hoy ha cambiado de tema y el teatro de sus predicaciones es Santiago.

Anteayer decía enfurecido: los que leen este folletín y no se suscriben al diario ¡andan por la calle!

Los que lo mandan pedir al vecino todos los días, teniendo con qué comprarlo ¡andan por la calle!

Los que van a los cafés a leer y no compran nada ¡andan por la calle!

Y los que se enojan por todas estas cosas de Chanfaina

¡andan por las calles!

Adel de Segrí

Un Baile de Tunos

(*Progreso* de 1.° de diciembre de 1842)

Algunos años después de la conquista de Granada por los reyes católicos, habitaba o debió habitar en la Alhambra una linda niña llamada doña Isabel, la estrella de Andalucía por su sin par belleza, y una Eloisa por lo enamorada; pues lo estaba perdidamente de un doncel muy apuesto, capitán en uno de los tercios reales, lindo y cumplido joven, aunque de origen desconocido. La niña, que no era de aquellos tiempos en eso de andarse parando en buscar la genealogía del amado con tal que fuese bien plantado, había entregado su corazón y su fe al adorado capitán, quien deseando ver premiadas sus ansias, le manda un bonito billete amoroso en que la convida a darse un paseo por Francia, y dejarse de títulos de nobleza y bagatelas. Tenía, por desgracia, doña Isabel un hermano, que acierta a volver a su casa a tiempo de escamotear la carta, aguarda al raptor, y el capitán rapazuelo le sopla una estocada, y muere el hermano, que solo debía vivir para recibir esta herida. En la noche recibe en su dormitorio la joven a su Gonzalo, quien le anuncia que la deja y se marcha él solo para la vecina Francia, por un motivo que lo separa para siempre. En ayes, requiebros y ternezas se pasa el tiempo, cuando la confidenta anuncia la venida de la mamá. ¡Qué impertinencia de visita al amanecer! ¡Aquí de los apuros! ¡la ventana!... ¡las puertas!... ¡debajo de la

cama!... en la pieza inmediata al fin. La condesa de Valmorado quiere entrañablemente a su hija, a quien viene a participar la resolución piadosa que ha tomado de meterla monja en un convento, a fin de que su hermano varón herede sus títulos y todos sus bienes. Era un poco mal escogida la hora para proponerla a una joven sepultarse en un convento, teniendo en el inmediato departamento un pedazo de su corazón y la risueña perspectiva de gozar de esta vida al aire libre y ocuparse de otra cosa que de vísperas y plegarias. Estaba, pues, la niña diciendo a su mamá que no se sentía con mucha vocación para el claustro, hasta que la conversación fue interrumpida por el confuso rumor de pasos de los que traían el cadáver del finado hermano; y como hubiese tenido la precaución de dejar una carta escrita, para el caso de no salir con vida de la aventura nocturna, la madre descubrió las andanzas de la futura monjita. Pero como buena madre, y madre de ilustre prosapia, hace acomodar por ahí el hijo muerto, y se viene a reñir y humillar a la hija viva, a quien hace leer la carta que revela su clandestina pasión. Hínquese usted, dígame ¿quién es el tal? ¡Qué había de decir, primero muerta que confesar! ¡Pues si no confiesa, al monasterio! Al monasterio, antes que exponer a la venganza de la sañuda madre al objeto idolatrado, y sin más ni más, la linda Isabel, la estrella de Andalucía, va a sepultarse en un monasterio. La madre se queda sin hijo y sin hija; pero necesita vengarse.

Al año va la marquesa a visitar a la monjita, con el ánimo de hacerla profesar si no nombra al matador de su hermano. Regentaba por ese entonces el monasterio una santa abadesa muy mal vestida, pero a quien le palpitaba el corazón cuando oía hablar de amoríos; porque ella había entendido su poco de este dulce asunto en sus días juveniles, y la austeridad de la vida monástica no había curado su corazón de una pasión contrariada, pues era ella también una víctima de la autoridad paternal; era una monja Zañartu, maldiciendo día y noche la

vida monástica y echando menos los goces del mundo.

La marquesa hace venir a su hija, a quien estrecha entre sus brazos, cediendo al imperio irresistible de la naturaleza. Pero luego viene él:

—Y bien, ¿quién era el tal?

¡Imposible!, no lo dirá nunca.

—¡Profesas!

—Me condenaré.

—¡Pues condenarse o decirme quién fue el seductor, el asesino!

Y no había más que hacer, si un peregrino no se introdujese al locutorio a traerle un talismán, una bendita oración que debía leer en sus horas de aflicción. Y mientras se desconsolaba con la proximidad aterradora del acto de la profesión, oye preludiar una serenata en la ventana y pone el oído. Él era, él mismo. Lee entonces la bendita oración por si le da alguna luz, y sabe por ella que la música aquella es la señal para que salga a ajustar una escala de cuerda por cuyo auxilio debía ser libertada. La cosa no podía venir más a pelo; pero una niña no se resuelve así de un golpe a dejarse robar, aunque sea de un monasterio; trepida doña Isabel, y trepa por la ventana don Alfonso, que por poco no se da un buen golpe. ¡Ahí de las caricias! ¡Hacía todo un año que no se veían! ¡Bien! es preciso marcharse, aprovechar los momentos. Mas la monja está resignada a sufrir su adversa suerte, la sombra de su hermano se interpone entre ambos amantes, al unir su mano a la de Alfonso temería mancharse con la sangre derramada. Desgraciadamente don Alfonso había pensado muy bien la cosa, y no era hombre de volverse sin el real y sin el trueque, y además conocía el bribonzuelo que no es de piedra el corazón de una mujer que ama. La insta, la ruega, le pinta un porvenir de dicha y felicidades, llaman a la monja a maitines y bajan ambos interlocutores por la escala que da a la calle, y no al

coro como creerían algunos.

Unos días después la marquesa de Valmorado estaba en su casa suplicando a su hija que se casase con su amante, y a este que recibiese la mano de la marquesita, y para mejor realizar el deseado enlace, hace a los contrayentes entrar en la vecina capilla y les tuerce la llave. En seguida hace que le traigan a Adel el Segrí, mendigo moro misterioso y quién sabe si nigromántico, quien necesita revelarle un secreto que puede librarla de muy roedor cargo de conciencia. Esta historia es larga de contar. Adel el Segrí es Eleatar el Segrí, descendiente de los Abencerrajes, reyes moros de Granada, dueño del palacio en que la marquesa vivía, y de que había sido despojado por el marqués de Valmorado. Había tenido tres hijos y una mujer, de que le había privado el marqués de Valmorado. De poderoso que era había sido reducido a mendigar el sustento, ¿por quién?, por el conde de Valmorado. Todo por el conde de Valmorado. Este Eleatar el Segrí, que durante toda la pieza había parecido ser un entrometido, uno de tantos que están en todas partes y todo lo ven, descubre que es el enemigo mortal de la casa de los Valmorados, cuyas desgracias todas ha preparado; y para llenar la medida, revela a la iracunda marquesa que don Alfonso es hijo de ella, asesino de su hermano y el esposo de su hermana. Pero el Segrí no contaba con la huéspeda. La marquesa tenía a su turno que contar su historia, y sentándose en la silla dorada en que se sienta el que cuenta el cuento, descubre a Adel que el tal Alfonso es su hijo y no el de ella, y que va a morir con su propia hija para reparar la mancha que ha caído sobre el escudo de armas de los Valmorados. Esto es lo que se llama ir por lana y salir trasquilado. Mas el moro se acuerda de que aquel palacio construido por él, tiene ciertas salidas ocultas, y a fin de salvar al hijo que acaba de reconocer recién, no obstante que el corazón se lo estaba diciendo desde el principio, se deja de rogar a la inflexible marquesa y se va lindamente a la capilla

donde estaban enjaulados los amantes y les muestra una salida secreta, por donde, después de unos gemidos inexplicables de doña Isabel y algo sospechosos, se marchan para qué sé yo dónde, dejando a la vengativa vieja cavando de rabia. El Segrí no se va. Manda la marquesa matarlo, y él le dice que no, que él se morirá, pues ya lo ha dispuesto así. Corre como una flecha por el suelo, se enrosca, se endereza, se trepa en la poltrona, la tumba para atrás, y se concluye la pieza.

Lo único que merece recordarse de la ejecución, es la bien sostenida y natural representación de la señora Miranda, que era acaso el único individuo de la compañía dramática que se manifestaba un tanto preocupado con su asunto; pues en todos los demás era notable la violencia que se hacían para dar animación a escenas que en verdad no eran muy animadas.

Pero dejemos a *Adel el Segrí*, que puede ser una buena pieza si quieren; vamos a lo principal que era el *Baile de Tunos*, obra dramática, original, anónima, y mandada hacer exprofeso para motivar el baile de la zamacueca.

—¿De dónde sacamos —decía el otro día la señorita Pinilla a un amigo suyo—, una petipieza francesa y traducida al castellano en que haya baile, para bailar mi zamacueca?

—Pero en Francia no se baila zamacueca.

—No le hace; se cambian los nombres y se hace como si la cosa sucediera en Chile.

—Aguarde usted, yo le haré una pieza al caso. Mire usted, un don Cristóbal, viejo cotudo con poncho y fraque, que salga peleando con su mujer doña Cutufina, la de los títeres, porque la vieja quiere que se dé un baile. Su hija que tiene sus amantes, mima al viejo y le hace consentir en el bureo. Vienen los convidados, cada uno se apodera de una muchacha y la enamora a troche y moche; un viejo acomete con la sirviente, doña Catufina disputa a su hija los cortejos, y don Cristóbal se sienta en un rincón a pitar y cabecear.

—¡Qué lindo! —decía la señorita Pinilla—, ¿y de ahí?

—¡Oh! falta lo más gracioso todavía; luego se trae la guitarra; ¡baile! ¡que saquen a bailar a la señorita Pinilla! ¡que baile la zamacueca! ¡que baile! ¡que baile! Entonces sale usted a bailar y le tamboreo yo. En seguida gritan todos ¡bravo! ¡bravo! ¡otro! y ¡otro! Entonces sale su hermana y baila otra zamacueca. Se sirve ponche como se estila, y los aplausos y el entusiasmo del público no tienen entonces límites.

—¡Qué lindo! si ya me parece que estoy en la chingana; siga usted, ¿y de ahí?

—Entonces el público pide al autor, y ¿qué quiere usted? consiento yo en salir, y luego se acaba la función.

Nunca se vio en el teatro una composición más inocente ni más natural; era en efecto la candidez personificada y la naturaleza sorprendida infraganti. Se bailó y hubo un pequeño inconveniente, por el cual no fue posible pedir el autor de la pieza. Concluido el baile cada uno se escabulló como pudo, y la pieza concluyó silbada. ¡Qué impertinencia! ¡Y no obstante haberles dicho antes que no la silbasen! ¡Pero peor lo hacen! ¡qué gentes!

La orquesta ejecutó la obertura de Trente, y el vals de la *reina de Francia* y algunos otros de Strauss. Los palcos estaban un si es no es vacíos, la platea concurrida, y la cazuela rebozando, porque la señorita Pinilla es una reputación verdaderamente popular.

Contra Jotabeche

I

Primer comunicado
(*Progreso* de 2 de diciembre de 1842)

Señores editores:

Permítanme que me valga de su apreciable periódico para hacer algunas observaciones al señor Jotabeche que tantas gracias derrama en sus escritos. Mil recursos halla en su genio festivo para dar importancia a los más fútiles asuntos; pero observo en sus producciones una tendencia constante a zaherir a mi patria, que si nace de prevención hostil, debo advertir al señor Jotabeche que la prevención de un individuo como él, es la prevención de un insecto contra un hombre.

No hay artículo del señor Jotabeche en que no se encuentren alusiones picantes contra los argentinos, contra la República Argentina, y cuanto les pertenece. Ni las horribles desgracias de que hoy son víctimas, se escapan de prestarle material para sus bufonadas, y no dudo que el señor Jotabeche jugaría con las cabezas que allí ruedan para lección de todos los pueblos americanos, sin inmutarse y con la risa en los labios. Solo para hombres sin principios y sin corazón, es buena

materia de chanzas la sangre y las desgracias de los pueblos; solo los malvados y los estúpidos se ríen cuando ven derramar lágrimas.

Suplico al señor Jotabeche que tenga presente que en Chile hay dos mil argentinos víctimas de males muy profundos, que sufren con sus *tiradas*; que es un deber de hospitalidad el respeto a la desgracia; y no es culpa de ellos, si él no ve en la República Argentina sino locuras y asunto de farsa.

Un argentino.

II

Segundo comunicado
(*Progreso* de 10 de diciembre de 1842)

Io sono dolce, rispettosa, obbediente;
ma se mi toccano il mio debole, una
vipera saró, e cento trappole, prima
che cedere, io faró giocar.

BARBERO.

Señores editores:

Contesto por su apreciable diario a la refutación que un amigo de Jotabeche ha dado a mi reconvención a aquel escritor, en la que encuentra *una metrallada de groseros insultos dichos de una manera tan vaga e indefinida, que no parece sino que el articulista quiere también alcanzar a los que no somos Jotabeche.* ¡Vamos!, las palabras dirigidas contra Jotabeche por un argentino se vuelven ya una querella nacional, en que todos los que no son Jotabeche están interesados. ¡Bravo recurso! Ya está la nacionalidad en campaña. Pues bien; ya estoy yo en

guerra abierta con la nación, y sin duda que es mucha honra batirse cuerpo a cuerpo con todo un pueblo.

No es el espíritu patrio el que me ha movido, sino *alguna otra razoncilla*. Sea usted más franco, la *envidia*, ¿no es eso? *Sí*, pues, la envidia, los celos de escritor sin duda. Pero vamos a los hechos, ¿algún argentino ha escrito jamás (hay muchos argentinos que, cual loros, emigran y se hacen periodistas), ha vertido jamás un concepto que sea desfavorable a Jotabeche? Registre usted los artículos de Jotabeche, no al menos sus últimas producciones sino todas, y en cada una de ellas hallará una tirada a los argentinos de Copiapó, de Santiago, a los emigrados, a los literatos presentes y ausentes, actuales y pasados de aquella república.

Las gracias del talento y los donaires se emplean para corregir los vicios, como usted dice; pero la revolución argentina, ni la literatura argentina, ni los emigrados argentinos son vicios. Las gracias del talento se emplean para favorecer los buenos principios, la causa de la libertad y de la humanidad, y no para hacer coro a la *Gaceta Mercantil* y verter entre risotadas y pullas, calumnias odiosas que tienden a confundir toda idea sobre el carácter, medios y objetos de la lucha argentina. Pregúntele a Jotabeche si cuando contaba en un artículo de costumbres las matanzas del Chacho en Jáchal, *donde no fusiló sino diez, porque no había más vecinos*, pregúntele, digo, si ha dicho la verdad, si el Chacho fusiló a uno solo, y entonces y cuando sepa que nada había sucedido, me hallará razón. Rosas degüella, y no crea usted que los unitarios no fusilan. No; hace dos años que los argentinos que piensan están batallando con los argentinos que pelean para que hagan la guerra a muerte, como se las hace a ellos el tirano; y no han podido conseguirlo. Si usted o Jotabeche se han tomado el trabajo de seguir la serie de acontecimientos de aquella lucha, única en América, encontrará pruebas a millares de esta verdad; ¡usted y Jotabeche que han emprendido

corregir los *vicios* y extravíos de los argentinos, en tiradas injertas en artículos de costumbres! ¡Ah, que no poderse reír uno en lo escrito, pero reírme con aquella risa matadora, amarga, para reírmele a usted *amigo* y a *Jotabeche* en sus hocicos!

El ejemplo de las más brillantes páginas del teatro francés y español que usted cita, y que usted sabe (porque sabe con quien habla) que las conozco medianamente, arguyen contra usted y contra Jotabeche en materia de crítica. Vea usted a Larra y a Bretón de los Herreros, si alguna vez ridiculizaron al partido liberal, y si solo guardaban sus acerados dardos contra los carlistas y los ministerios retrógrados; y busque usted en la prensa francesa un solo escritor que tenga, como usted, el candor de no reconocer principios, y hallar nada más que extravagancias en una lucha social entre los principios liberales y civilizadores por una parte, y el despotismo y la barbarie por otra; entre un gobierno como el de Rosas y un pueblo como la República Argentina; y después haga usted la imputación injusta, hasta donde no cabe más, de que en la República Argentina *no se encuentra uno que empuñe el acero patriota que debiera quitar del medio al tirano brutal que los humilla y los degrada. ¡Así es el civismo de muchos hombres!*

Y esto se dice después que toda la América se ha cansado ya de presenciar esta eterna lucha argentina, después que todos han desesperado de la salvación de la libertad allí, excepto sus hijos que no han desesperado nunca; que del campo de batalla van al patíbulo, ¡qué patíbulo!, para ellos no hay patíbulo, al degolladero; o a tierra extraña, a asechar el momento de volver a la lucha a desafiar a los verdugos; después que *esos románticos elegiacos* han esgrimido la lanza, el sable, y solo han tomado la pluma cuando no podían herir mejor. Era preciso que usted hubiese recibido el bautismo de metralla que hemos recibido todos nosotros, jóvenes, paquetes, literatos, románticos, todos, para que tuviese derecho de insultarnos así.

¿Ignora Jotabeche y su amigo que toda la vigilancia del gobierno no ha bastado para evitar que cuatrocientos emigrados repasen los Andes a desafiar una muerte casi inevitable, y que después de los mayores reveses, ninguno ha querido buscar su salvación en la emigración? ¿Ignoran ambos que cada buque que parte para Montevideo lleva a su bordo diez emigrados que van a incorporarse en los ejércitos? ¿Ignoran que alguno, a quien conoce muy bien el amigo de Jotabeche, renunciando las ventajas con que la emigración lo ha acogido, abandonó todo en el momento que un palmo de tierra de su patria se presentaba despejado para poner el pie? *¡Así es el civismo de algunos hombres!* Estos son los argentinos que tienen el furor de emigrar, estos los que no saben armarse para echar abajo al tirano. ¡Ah, al que se le ve caído todo el mundo lo pisa!

Pero usted entiende tanto y tiene tantas simpatías por la libertad, como por la República Argentina; y hace usted muy bien en hacerse partícipe de las duras reconvenciones que dirigí a Jotabeche. Usted las merece más que él, y puede usted aceptarlas sin temor de que yo lo halle a mal.

Diga usted a Jotabeche que los argentinos tenemos el furor de emigrar; pero que vaya a preguntarles si emigraron desde sus casas o de algún bufete, o si se han despedido de su patria desde los campos de batalla. Emigran los argentinos, pero emigran con sus principios liberales y su amor a la civilización y a la libertad, como sus dioses lares, y a donde quiera que van, ponen mano a la obra de fomentar lo bueno y ayudar con su pequeño esfuerzo a la civilización, al progreso y a la libertad. Puede usted ver en la prensa de Montevideo, en la de Bolivia y también en la de Chile, muestras de esta verdad, y si por fortuna sus males concluyen alguna vez y al volver a su patria un día no llegan a tener la gloria de haber pagado a sus huéspedes la hospitalidad que les acordaron corrigiendo vicios con sus donaires, no tendrán que hacerse el reproche de haber

favorecido las preocupaciones, la arbitrariedad y el retroceso, porque la libertad en ninguna parte les es indiferente.

Ya ve usted que no obstante el miedo que me quiere usted poner con la animadversión pública, no obstante *aquellas otras razoncillas*, le hablo a usted en su propio país con una franqueza que no dejará usted de conocer que es excesiva; pero si quiere contestarme, y cree usted expresar los sentimientos de sus paisanos, suscriba sus réplicas con su propio nombre, que eso lo cubrirá de gloria, que yo aceptaré sobre el mío la desaprobación nacional que quiere usted hacer recaer sobre los argentinos. De este modo no podrá usted apelar al sentimiento nacional y querer echar una mordaza a la boca del que no es chileno, porque tiene la noble confianza de defender su patria, sus principios y su causa en Chile, como si estuviera en su propia casa.

¡Es una mampara tan cómoda el anónimo, que no haya miedo de que usted salga de ella!

Yo me he suscrito alguna vez G. N. T.

Y usted ¿cómo se ha llamado?

III

Zamora de Adalid a Jotabeche
a nombre y en representación de los argentinos presentes y ausentes, muertos, vivos y por nacer.
(*Progreso* de 4 de enero de 1843)

Ya que usted me ha designado en el artículo en que decía *Algo sobre los tontos* como muy aficionado a polémicas, y como nuestro Nerón en jefe (pues que todos somos unos Neroncitos, inclusos los que están enterrados en Maipú y Chacabuco),

tarda la miseria de cuatro años en mandar al general Guido a representar aquí la literatura argentina, me encargaré de contestarle a usted por no cometer la desatención de dejarlo sin respuesta.

¿No querrá usted decirme qué comezón tiene con los literatos argentinos? ¿Qué le hacen cosquillas? ¿Por qué no dedica una palabrita siquiera a los literatos bolivianos, peruanos o arequipeños? ¡A no ser que sea la literatura argentina la que más presente tiene, y esto es lo que yo creo! Esperando estoy algún discurso de usted sobre la literatura chilena del año 40 atrás, la *Guerra a la tiranía* inclusive, con que deje usted boquiabiertos a los loros. Es una lástima que haya usted formado del nombre de Juan Bautista Chenau, argentino, un *Jota-be-che*, y que *Pinganilla* le hubiese a usted precedido en el género, aunque usted lo haya aventajado sin disputa.

Sus amigos aquí se han quedado un poco desconcertados con su última carta, en que con razón esperaban que continuase explicando las causas de la revolución argentina, noticiándoles de las matanzas del Chacho, y explicando el romanticismo; todo lo cual habría dado material para reírse a carcajada tendida. Pero se han quedado con todo el costo hecho, y se imaginan verlo encaramándose por esos cerros, huyendo de la *emboscada*. Venga, amigo, no tenga miedo a la polémica, que es un juego muy divertido. ¿No se acuerda usted de los triunfos que obtuvo en la de su *Guerra a la tiranía*, en que tan poca grosería y mala crianza mostró usted? ¿Qué calificación de un escritor ha hecho usted, amigo, en eso de grosero y mal criado, con quienes es preciso no meterse en quintas? *Chibatearlos* de lejos no más, pero huirles el bulto, porque pueden llevar la grosería hasta dejarnos en pelotas.

No escriba usted artículos sin numerar, que puede traer eso algún tropiezo para la reimpresión; y sobre todo no hable usted de minas, de elecciones, de jueces, de paseos, sin su punzadita

a los literatos argentinos. El escritor de costumbres en Chile no debe dejar de la mano a los argentinos, para que la posteridad vea en lo que se ocupaban las plumas más afamadas de la época, el pie de que cojeaban los escritores y los donaires que más agradaban al público. La materia es inagotable; los literatos argentinos, los loros argentinos, los Nerones argentinos, los cedros argentinos, los románticos argentinos ¿por dónde les buscará usted que no se presten al ridículo? Es la tecla que hay que tocar para el público, y en viendo la palabra *Jotabeche* en el *Semanario*, todos corren apresurados a buscar el renglón donde se encuentra escrito: *argentino*, que ya se entiende que atrás o adelante ha de estar el chiste para morirse de risa. Ahora aquellas alusiones al cedro literario [3] y a los tontos no dejan nada que apetecer y son saludadas con mil bravos. ¡Eso se llama saber para quién se escribe y conocer el gusto de la plaza! Escriba usted siempre en este sentido y no perderá el *Semanario* suscriptores.

Por acá hay no solo una alta aversión a los literatos argentinos, sino también el mayor desprecio por sus escritos. Sus doctrinas no cunden, y ningún joven decente que tenga derecho de firmarse *un chileno*, mantiene relaciones ni lejanas, con ellos. Viven en Santiago en un barrio aparte, como los judíos en otros países, y aun las señoritas huyen de su contacto. Muchos aseguran que tienen cola y que comen niños vivos. Puede usted ver si por allá tienen la misma contraseña, y escribir sobre eso o sobre lo que usted quiera que tenga relación con los argentinos, porque el día que usted no toque esta cuerda, ¡adiós Jotabeche!, perdido sin remedio.

En su última carta anda usted vacilando, sin saber a quién de los *dos aquellos* [4] colgarle el artículo suscrito por *un argentino*, que usted leyó *un chileno*; y aun no obstante estar tan claro, le ocurrió que podría ser el *Progreso*, la *Gaceta*, el *Mercurio*, y se olvidó del *Heraldo*, porque según observó usted muy bien, no era decoroso que usted contestase sin saber

primero con quién se las había. Eso a más de ser muy puesto en orden, manifiesta un gran fondo de prudencia. En la confianza está el peligro; es preciso huir de las *emboscadas*, de la polémica, que huele a soga; y usted no es para el paso, porque es preciso ponerse serio a veces y mostrar la hilaza.

No le dejarán de interesar las noticias de San Andrés de la Plata que por acá nos llegan. Un inglés recién venido asegura que en los momentos de darse una batalla entre los pocos que han quedado por allá, cayó del cielo el *Semanario* en el que se registran sus artículos de usted, y tal fue la impresión que les causaron sus tiradas, que deponiendo todo sentimiento rencoroso, se echaron a reír ambos ejércitos y se confundieron en un grupo de verdaderos hermanos. Esto confirma las observaciones de uno de sus amigos que contaba con la cooperación de usted para terminar aquella guerra de caníbales. A vuelta del vapor, espero de usted noticias del Chacho.

Con que, amigo Jotabeche, siga usted divirtiendo a la gente, que el medio le es conocido. Para reírse de los literatos, nadie le ha de preguntar a usted si se cuenta en el número de ellos; pues desde que usted se ríe de los demás, que no sean chilenos, se entiende, es bien claro, que títulos ha de tener para ello. Con algunas chuscadas y tantos miramientos como los que ha tenido usted con el autor de *Un brindis a la patria, c'en est fait* de la literatura argentina; y habrá estado reservada a usted la gloria de curar a los locos de la manía favorita de ser literatos, sin que nadie sospeche que usted haya tenido la intención de ser por eso tenido en algo. Usted es el Larra de Chile, porque ha empleado la hidalguía de su talento y los donaires de su ingenio en corregir las costumbres de su país, y las de afuera.

Lo espera por Santiago, según lo anuncia usted, para acompañarlo en la ovación que le preparan,

Zamora de Adalid.

Representación del drama Mauricio o el médico y la huérfana (*Progreso* de 10 de diciembre de 1842)

Y ¿habrá quien diga que no hacen progresos nuestras costumbres públicas? La deserción de los palcos se hace cada vez mayor, Todavía había en estas noches anteriores una que otra familia en las aposentadurías; antenoche no hubo ninguna cara de mujer ni para un remedio. ¡Miento! que quedaba una que otra como las estrellas al asomar la aurora. ¡Qué quieren ustedes! El teatro está muy malo y los paseos de campo muy buenos. Peñaflor está reclamando a gritos a sus enfermas de fastidio para curarlas con sus paseos embalsamados por las emanaciones de las rosas y de la vegetación; con sus contradanzas de hadas a la claridad incierta de la luna de verano; con su zamacueca a toda hora y al aire libre; con sus mil entretenimientos, sus paseos de la mañana, y sus juegos y risas de las correrías de la tarde.

¿Qué importa que Rendon, el inimitable y cáustico viejo Rendon se rape la cabeza para parecerles más viejo; qué importa que Alonso padezca del pecho solo por tener la voz enfermiza en sus papeles de enfermo; ni qué les va ni qué les viene en que la Miranda se vuelva una corderilla de inocencia que a los dieciocho años, está amando y no lo sospeche siquiera? ¡Qué candor de niña!

Nada; ¡ni por esas! El teatro está malo y no hay que pensar en ello. ¡Niñas calaveras, no saben lo que han perdido anoche! Y no se ha de representar otra vez en la vida *Mauricio o el médico y la huérfana*, para castigarlas por su veleidad y sus locuras. Figúrense, por vida de lo que más aman, un lindo maestrito, pero muy lindo, que enseña a escribir y a leer a una candorosa huérfana; que el maestro se enamora de la discípula, y la discípula se hace con el maestro tanto, tanto, que la pobre niña no puede vivir sin él. Esto no es decir que lo amase; no, que ella no sabe lo que es amar. Pero lo quiere mucho, muchísimo, como tantas otras que *quieren*, pero no aman. Pero la chica es huérfana y el caballerito es varón o marqués, o qué sé yo; ello es que no se puede casar con ella, que ella se enferma y se muere de amor, de donde…

Pero no he de contar lo que contiene la pieza. Hay un médico; pero ¡qué médico! ¿Se imaginarán que es un médico que entra, coge el pulso, hace sacar tanta lengua, pide papel y garabatea, y agur… y se le descompone la espuela en la puerta, sin podérsela arreglar hasta que llega la sirviente con la propina? Ni cosa parecida. Un médico viejo, pero inteligente, un Corvisart, un Dupuytren, que cura los males del alma, que toma el pulso y descubre que hay un *camote* de aquellos que no pueden rebullirse entre dos manos… pero ya iba contando y no he de contar lo que de hermoso tenía la pieza.

No, nunca ha lucido más el talento de Rendon, nunca sus extrañas metamorfosis han sido más completas. ¡Me llega a poner en cuidado este hombre! A veces se le quedan las narices entre bastidores, otras es la carnadura de las piernas; ¡qué proteo ni qué berenjena! Para qué he decir nada de la señora Miranda. ¡Qué bien se reía llorando antenoche! ¡Oh!, nunca fue más mujer que entonces. Llorar por las penas interiores, y reírse por complacer, por acallar las ajenas; niño mimado por las gracias que tiene las lágrimas y la sonrisa en un mismo saco, y que puede equivocarse al meter la mano, y

reírse cuando tiene el alma despedazada, y llorar cuando le está brincando el corazón de risa, o llorar y reírse a un tiempo cuando tiene que hacer sus dos papeles a la vez. ¡Oh! Es preciso mucho cuidado para no equivocarse con estas sirenas, estas efinges, estas quimeras.

Pero los valses de Strauss estuvieron antenoche de primor; podía quedarse uno lánguidamente adormecido por la embriaguez de aquella música lánguida, apasionada y voluptuosa. De Strauss me parece que eran los valses; lo que hay de cierto es que los escuchábamos con enajenamiento, con ahínco, como si fueran los cantos lejanos de fabulosas pastoras, y como si temiéramos que se perdiese una nota y con ella una emoción. Yo no los escuchaba, porque me estaba durmiendo; pero los escucharon otros que no mienten y me lo contaron.

¡Gran novedad para las niñas ausentes! ¡A Santiago, a Santiago! ¿No saben quién ha llegado en el vapor a Valparaíso, y vendrá a Santiago? Casacuberta, el hijo pródigo del público que vuelve a buscar a los buenos padres, a quienes abandonó con tanta ingratitud. ¡Si lo vieran qué cambiado viene el pobre! Ha estado en Copiapó, donde tenía barreteros y apires por espectadores y por auditorio que lo avergonzaba con sus aplausos de chingana, y sus comentarios de patanes. Representaba el *Duque de Viseo*, ¿y saben ustedes qué decía la platea? ¡Vean, vean, cómo hace la cara el maldito! ¡qué ojos! ¡ah, qué bárbaro tan asustado!… Eso y otras cosas más ha visto en sus peregrinaciones. No sabía el pobre que para el talento no hay mejor patria que Santiago; se había olvidado de que hay afinidades entre el actor y el público, que es preciso que ambos se entiendan y que estén de acuerdo en altura de ideas y delicadeza de sentimientos. Vuelve, pues, a buscar a sus amigos que lo lloraban ya perdido, porque solo para los ausentes o los muertos hay justicia. Vuelve ahora a su centro, a su teatro adoptivo, y ni él ni la empresa tienen ya pretensiones exageradas. No; todas las concesiones son posibles de una y

otra parte. El teatro revive si Casacuberta vuelve; el teatro se arruina si tira mucho la cuerda. No haya miedo, tratarán.

Vengan, pues, niñas trágicas; déjense de paseos a caballo y de remoliendas, de amores pastoriles, de bostezar de fastidio y de ver lugarejos. Aquí ahora, al teatro, a gozar de la sofocación del verano, y de las emociones de la escena. La primer pieza que va a dar es el *Espía sin saberlo*, y después, así lo ha prometido, ni por ruegos, ni por nada vuelve a repetirla.

El álbum

(*Progreso* de 12 de diciembre de 1842)

Hay tanto pícaro envidioso en este mundo que no es de extrañar que Larra se hubiese puesto a vomitar pestes contra el álbum. ¡Si supieran por qué! ¡Porque una dueña cascada y coloreta le hizo mal de su grado plantar unos elogios a su raquítica beldad en las páginas de un álbum! Y no ha faltado aquí quien imite al suicida. ¿Qué les ha hecho el álbum?, digo yo. ¡Pobrecito! Nunca se vio criatura más buena ni más complaciente. Como sus dueños, coqueta, oye a todos los que le susurran piropos en versos; y lo que no se ve en otra parte, en sus páginas anida sus polluelos todo linaje de literatos, sin que se insulten ni se muerdan. Allí hay tierra y mundo para todos, y no como en la prensa, que es preciso que callen unos para que otros levanten moño. Vaya usted y pregúntele a una niña, qué le iba diciendo el que valsaba con ella ¡Um!... ¡si me estaba hablando de una comedia... la embustera! Pregúntele al álbum los secretos que le han confiado, y los verá estampados hasta con la fecha. Tiene el corazón en las manos, y muestra su pecho a todo viviente que quiera examinarlo. ¡Y tan apuesto siempre y tan admirador de la naturaleza! Un ramillete de flores al lado de una cesta de fruta; un verso elegíaco junto a unas quintillas boquirelamidas y traviesas; *un suspiro y una flor*, un rico grabado y una glorieta; letras recamadas de adornos y un paisaje o una floresta; y como el alma de sus

amas, entre cada lugar ocupado, quedan diez lugares todavía esperando huésped. ¡Si es mucha pieza el álbum, y no lo quieren las troneras! Para el álbum la edad es gloria que crece más bien que mengua. Cuantos más años tiene, más cosas ve y observa, su trato es delicado, sus memorias cultas y amenas, y a la beldad que lo posee le sirve de índice de materias; no de las que el pobre libro contiene, que no son más que las muestras, sino de las muchas que su discreto pecho encierra. Cuando la migraña la asalta y turba su presente dicha alguna pena pasajera, coge desdeñosa el álbum y sus páginas con distracción empieza a recorrer. Pasan páginas blancas, un grabado pasa o unas letras; nada; pasa una elegía, nada tampoco; una mariposa chinesca, ni se fija en ella; un pajarillo pintado pasa sin que una sola mirada atraiga; pasa un ramillo de flores y aunque bellas, no exhalan perfumes para detenerse a olerlas; pasan, pasan páginas blancas; pasan, pasan negras, hasta que al volver de una hoja cierto epígrafe o unas puntuadas iniciales hacen descorrer el andado camino. Al cabo te hallé, dice suspirando, y desde el título las sentidas quejas, si son quejas, empieza a leer. ¡Qué ha de leer! si las sabe de memoria, letra por letra. La mano en la mejilla y las miradas sin mirar, fijas en la bella página, los labios enmudecen, la loca imaginación comienza. Vuelven los felices tiempos en que aquellos versos se escribieron, vuelven vivos y palpitantes los amortiguados recuerdos. En aquella silla, como si lo estuviera viendo, junto al piano, en el té, en la comedia, en un paseo, en todas partes y a todas horas, tan solícito, tan atento, y ahora… ¡Pero cómo había de ser!, empezó a venir N… ¿Dónde están sus versos? y la faena y el cateo recomienza. Parecen los versos, y tras ellos se suscita cual sombras evocadas, otra larga serie de gratos y cosquillosos recuerdos. Las amigas que lo presentaron y la tertulia de invierno, el ajedrez y los devaneos, la moda de entonces y algún incidente romanesco, un chisme de una mala lengua, y una tarde de alameda, con el vestido que llevaba y los

rizos de zutana. Las ilusiones pasan, la memoria se cansa, y la beldad aburrida suelta por ahí un brazo, y poco a poco… larga el álbum y… se queda dormida, para soñar a su gusto con las modistas, las flores y el raso tornasol, las vidrieras de Lataste y los estantes de Marchand.

Dejémosla con su Lataste y su Marchand. Volvamos al álbum que por dos días habita sobre la mesa, hasta que la camarera lo lleva medio dormido a su lugar conocido, que es la cubierta del piano. Allí se vuelve marmota, se está sin chistar palabra meses enteros; nadie lo acaricia, nadie le pregunta nada, ni le dan un verso ni unas flores, hasta que por fortuna una nueva reputación literaria llama a la puerta. Entonces despierta el álbum y se engulle unas décimas argentinas, unas flores de Aconcagua, unos endecasílabos de Lindsay, o unas armonías de Chacon, o unas quintillas de Matta, nombres literarios que acaban de romper la cáscara, y han salido piando lindos versos de la nidada que ha incubado la sociedad literaria bajo el ala fecundante de Lastarria.

Porque álbumes empiezan a haber por todos los pianos; unos, es verdad, medio en cueros vivos todavía, sin un versito con qué tapar su desnudez, sin lindas florcillas con qué ornar sus limpias y virginales frentes; otros ya en pañales, con tal cual versete aquí y allí, tal cual ramillete de flores pintadas allá de tarde en tarde, que requieren la paciencia de un santo para dar con ellas, tantas son las hojas blancas que están todavía sin que nadie les haya dicho: por ahí te pudras. En fin, hay álbum decano de la facultad, verdadero relicario, museo nacional y extranjero en que están en exhibición las bellas artes en miniatura, el poema de dos renglones, el paisaje de una cuarta, el pincel y la brocha, el lápiz y el carbón, con una que otra curiosidad artística, que juntas hacen la hoja de servicios; la florida cronología de su dueño, y el tormento de las que no pueden ostentar tanta belleza.

Yo quiero, pues, decir ahora más que rabie Larra que el

álbum es la última invención literaria y artística, el progreso final de las invenciones humanas y la octava maravilla de la moda. ¿Qué otro libro han visto, a no ser que sea el *Progreso*, que lleve más comunicados? Es un verdadero buzón, es una coqueta que oye cuanto le dicen sin que nunca largue una prenda, porque en el álbum nada hay editorial, ni notas de a redactora, ni nada que deje traslucir su pensamiento. ¿Dónde han visto, díganme, un libro que contenga versos originales tantos, de tantas escuelas, sin que se suscite polémica ni se dé un comunicado a la prensa? ¿Dónde se ven libros manuscritos, que como el álbum anden de mano en mano y de casa en casa, sin que a nadie le ocurra el pensamiento de depositarlos en la Biblioteca Nacional, ni darlos a la luz pública? ¿Dónde hay? Muéstrenme. El álbum sobre todo es la poruña en que el poeta ensaya sus metales en pequeño; y si a fuerza de *meneallo* les saca una cejita de poesía, ya me lo tiene usted poeta con títulos de propiedad y posesión no disputada por la prensa. Dicen que no tenemos literatura, al menos así decían antes; pero que vayan los malas lenguas a hojear un álbum, y allí hallarán los gérmenes de la literatura nacional, el repertorio, la biblioteca; y no dudo que si el álbum no hubiese venido a Chile, ni soñaríamos todavía en hacer versos. ¡Si no hay estímulo para el cultivo de las letras como un lindo álbum y un dueño bello! Se quejan las sílfides de que los jóvenes chabetas las dejan por Victor Hugo y los otros babiecas. ¡Locura grande y no más chica simpleza! Compren álbum, niñas lelas, y pongan a contribución a clásicos y a románticos, a castizos, a gálicos, y a toda la literaria ralea. Las palabras se las lleva el viento; pero *quod scriptum scriptum*, y no hay que andarse con fiestas. Les dirán melindres en acompasados metros; y la posteridad más remota encontrará un día entre trastones viejos un álbum del siglo pasado, dirán de la época de la Sociedad de Industria y Población, allá por los años de 1842, en cuyas roídas páginas tropezarán con un verso fósil y una pintura de la antigua

escuela. Compren álbum todas y harán un gran servicio a las bellas artes y letras. ¿Para qué han de dibujar los que en Francia aprendieron y los que en nuestros colegios garrapatean, si no hay una exposición como la del Louvre, ni galerías como las de las italianas ciudades? Porque, en fin, para la poesía guerrillera, para los cazadores y tropa ligera de la hueste poética, todavía sirven el *Semanario* y el *Progreso*, pero el pincel y el lápiz del artista no hallan lugar donde entran los sucios tipos de imprenta. ¡Compren Álbum y entonces habrá versos a millares, entonces principiará con gloria de la esquiva musa la versificada contienda, y no me llamo Pedro si, dentro de un año, del álbum pasan al lienzo las pinturas, y de las poesías ligeras nos largamos viento en popa por el piélago inmenso de la epopeya!

Ahora hay otra novedad albúmica que en el país hará ciertamente época. Tenemos por ahí anunciado un *Álbum musical*, compuesto por el señor Lanza. Eso sí que es progreso, difusión de las luces y adelanto o como quiera. Eso sí. Los jóvenes sabrán lo que quieran en materia de letras, pero en cuanto a lo musical, no somos capaces de comprender ni el chirrido de una carreta. Eso es en Chile el dominio exclusivo de las bellas. El álbum musical es su propiedad y ni por un momento teman que nadie de nosotros vaya a urguetearles el catálogo de piezas. Cuando quieran ocultar un billetico u otro instrumento de autos, pónganlo en el álbum musical y digan que se lo ha comido la tierra, que lo han puesto bajo cuatro llaves, o que lo andan trayendo en el seno. Ni la mamá, ni la turba de curiosos llegarían a penetrar en aquel *sancta sanctorum*.

¡Sobre que esta es la época del álbum musical y el kepsake, y las demás invenciones modernas! ¿Por qué no dijo nada Larra sobre la etimología del kepsake? Porque no sabía de la misa la media. ¿Por qué se peleó con el álbum? Porque diz que era de introducción de extranjis. ¿Por qué no hay un álbum en cada

casa, como hay una poltrona, una cofia, un piano, un marido y un *cabaliere servitore*? Porque la literatura no principia por donde en todas partes comienza, primero manuscrita, en pañales, en camisa en los álbumes, y después, cuando ya esté grande sale a la prensa; porque nuestras niñas son músicas no más, y poco se curan de dibujos lindos ni flores bellas; gustan mucho de las naturales, poco de las que el pincel remeda. Los jóvenes cantan en donde las hija de Eva no oyen, que es en la prensa, y las preciosas muñecas no gustan sino de hacer gorjeos y arrumacos y pisar las teclas.

El Rey se divierte

Drama de Victor Hugo

(*Progreso* de 15 de diciembre de 1842)

No es ya tan raro que llegue hasta nuestro pobre teatro el eco de alguno de esos estampidos que de cuando en cuando produce la literatura europea. Este hecho pudiera muy bien servirnos para probar que, si no nos hallamos todavía en el caso de producir obras bellas y acabadas en las altas regiones del arte, día a día adquirimos la capacidad de concebir y de apreciar las que salen de las manos de nuestros maestros, y esto es, sin duda alguna, hallarse en marcha hacia la capacidad de crearlas. Casi todos los más notables trabajos del teatro francés nos son conocidos, y las susceptibilidades, resistencia y simpatías que ellos promueven en nuestro público, hacen resaltar de un modo patente las analogías que nos ligan a la civilización europea, y las diferencias que nos separan, ya como señales de atraso, ya como ventajas de nuestra posición social, ya como rasgos característicos de nuestra nacionalidad y de nuestras costumbres.

El Rey se divierte era uno de los dramas de Victor Hugo que aún no se había hecho conocer en nuestra escena; la experiencia del martes en la noche ha manifestado que esta obra nunca será de aquellas que arrancan nuestros aplausos y aprobación. Afortunadamente, nuestra historia está libre de

esas monstruosidades tan infames de que está llena la historia de cualesquiera de las cortes de Europa, y por consiguiente nuestras costumbres, demasiado vírgenes y castas todavía, se chocan con una manifestación tan pública y desvergonzada de vicios que no son nuestros y de hechos, que por no pertenecer a nuestras tradiciones, están fuera de la circulación y movimiento social que producen nuestras costumbres.

Este drama, pues, ha parecido entre nosotros lo que ciertamente es, una obra sin arte, que si bien oculta en el fondo una tendencia sana y no poco moral, los medios con que se ha pretendido alcanzarla son tan grotescos, tan poco delicados y ocultos, que casi no hay una escena en que el espectador no sienta agitado su pudor, y no confunda su conciencia con la del público en la común vergüenza que suscitan las revelaciones francas que allí se hacen.

El Rey se divierte se representó por primera vez en París en medio de una grande confusión de silbidos y de aplausos. Verdad es que esta resistencia no tanto nacía del pudor del público francés, cuanto de los intereses políticos de alguno de los partidos que lo dividían; porque en efecto, es alarmante para un país monárquico un espectáculo donde se hace de la monarquía una pintura tan horrible, y que por ser franca y grotesca en demasía, no deja de ser totalmente cierta.

No se puede negar que la idea fundamental del *Rey se divierte* es grande, dramática y moral. Los medios y los detalles con que el autor la ha desenvuelto son los que chocan y atacan, no diremos a la moral, porque no somos de los que creemos que la moral tenga tan débiles fundamentos en el hombre y en la sociedad para estar a la merced del teatro, sino al pudor público, que es el sentimiento respetable que todos deseamos conservar puro en las grandes reuniones, cualesquiera que sean nuestros vicios secretos. El autor que no sabe completar su obra sin ajar este sentimiento, es impotente, porque no ha sabido alzar sus medios artísticos al nivel de su idea

fundamental; porque no ha sabido vencer las dificultades de su asunto. Veamos nosotros cómo toda la inmoralidad que se atribuye a esta pieza, consiste en la falta de equilibrio y de arte entre el fondo que le sirve de base y los detalles que le dan colorido.

El fondo es moral fuera de duda. Triboulet es contrahecho, enfermo, bufón de corte; la habitual miseria de su condición hace que sea por despecho un hombre maligno. Triboulet aborrece al Rey, porque el Rey lo aja, lo quebranta, lo pisotea a cada instante; además de eso el otro es Rey y él es bufón. Triboulet aborrece a los nobles porque son nobles, porque son felices, mientras que él tiene que devorar su silenciosa miseria en medio de ellos. En fin, Triboulet deforme, no entra en la clase común de los hombres, y los aborrece a todos porque no todos son jorobados como él. Su placer favorito es hacer chocar sin tregua a los nobles con el Rey, hacer destrozar al débil por el fuerte, depravar al Rey hasta donde puede; lo corrompe y lo embrutece, lo ceba en la tiranía, lo impele al vicio y a la ignorancia, lo aconseja para que deshonre las familias de los gentiles hombres, señalándole en todas partes la más linda dama, incitándolo a seducirla, a robarla, sea mujer, hermana o hija. En medio de una fiesta en que Triboulet hace esfuerzos para decidir al Rey a robar a la mujer de Mr. Cossé, el anciano Saint Vallier se introduce hasta el Rey y le echa en cara el haber deshonrado vilmente a su hija Diana de Poittiers. Triboulet se burla de este infeliz padre. Pero el padre le levanta su mano y lo maldice. De aquí nace el nudo del drama; su verdadero asunto es pues *la maldición de Mr. Saint Vallier*. ¿Sobre quién ha caído esta maldición? ¿Sobre Triboulet loco del Rey? No. Sobre Triboulet que también es padre, que también tiene una hija, que también tiene su corazón para amarla. Aquí está toda la moral fundamental de la pieza. La Providencia castigando al malvado.

Triboulet no tiene más consuelo en el mundo que su hija, la

oculta de todos en un barrio apartado, en una casa solitaria. La aísla cada vez más a medida que se empeña en hacer circular por la ciudad el contagio de la inmoralidad y el vicio, educa a su hija en la inocencia, en la fe y en el pudor; su temor más grande es que se pervierta porque conoce todo lo que el vicio tiene de horrible y los padecimientos que él prodiga. ¡Pues bien! La maldición del anciano caerá sobre la única cosa que en el mundo interesa a Triboulet, sobre su hija. Ese mismo Rey aconsejado por Triboulet al rapto, robará la hija al perverso bufón, y entonces se mostrará el castigo de la Providencia. Perdida ya la hija, tenderá una red al Rey para vengarse, pero esa red envolverá los débiles pies de esa hija y la hará sucumbir. Así, pues, Triboulet tiene dos discípulos, el Rey y su hija, adiestra al primero y lo compone para el vicio; pero quiere ver crecer a su hija en el seno de la virtud, como una flor dentro del cáliz. El uno causará la pérdida del otro. Intenta el rapto de madama de Cossé para satisfacer los brutales apetitos del Rey, y en vez de ésta contribuye a robar a su misma hija. Quiere asesinar al Rey para vengarla, y la asesina en vez de asesinar al Rey. He aquí cumplida la solemne maldición del pobre anciano Saint Vallier. He aquí la justicia realizada por la intervención de la Providencia. Esta idea es sin duda alguna real y grande, porque ella muestra que la justicia en las sociedades, se apoya en el brazo de la divinidad; que Dios es juez infalible y eterno del hombre, y que cualquiera que sea la impunidad del crimen en la tierra, en el cielo hay un juez que nunca cierra los ojos sobre él. Esta idea es dramática también, pues que pone frente a frente y comprometidos en mil accidentes, que pueden nacer de la situación principal, una porción de sentimientos y de pasiones grandes y enérgicas, sublimes y bajas, tiernas y atroces, dulces y horribles, sacudidoras y bulliciosas que pudieran muy bien llenar el cuadro de vivos y admirables colores.

Pero todos estos grandes elementos han fracasado por falta

de arte; por falta de castidad en los resortes escénicos que ha tocado el autor, por falta de equilibrio entre el fondo y la forma, que es lo que constituye todo el mérito de las piezas de arte. El autor que en su obra deja que el fondo domine y sofoque a la forma, es impotente; y el que deja que la forma domine y sofoque al fondo, es charlatán. He aquí los dos escollos del escritor. Victor Hugo ha caído en uno de ellos por lo que respecta a este drama. Él es, pues, en nuestro concepto el que vale menos entre los trabajos de este ilustre contemporáneo. Las formas empleadas son groseras y levantan contra sí todo el pudor que jamás falta en las grandes reuniones de las sociedades modernas.

Sin embargo, por lo que hace a su base histórica, el drama es evidente, es cierto. Felices nosotros que vivimos en una época en que esa infame depravación no muestra ya su horrible faz en los primeros puestos de la sociedad. Se guardaría muy bien hoy un hombre político, por poca importancia que tuviera, de dar escándalos como los que daban Francisco I y sus iguales. Y niéguense, después de comparar las épocas pasadas con la nuestra, los pasos avanzados que la civilización ha hecho dar a las costumbres, depurándolas y arraigando en ellas los sentimientos de dignidad que son la base indispensable de la moral pública. Francisco I era un corrompido, frecuentador de las casas de prostitución, que muchas veces recorrió ebrio los burdeles y las calles más desacreditadas de la ciudad; y sin embargo, este Rey que no sería sufrido por ninguno de los pueblos de nuestra época, y que a pesar de sus cualidades habría sido hoy despreciado y anulado, fue entonces uno de los primeros representantes de la política europea, uno de los grandes hombres de su tiempo. Felices nosotros, volveremos a repetir, que no acatamos ya como a grandes a semejantes hombres. La mejor prueba del progreso de nuestras costumbres es que hasta la historia de los tiempos pasados nos parece inmoral. El despotismo mismo tiene que ser en nuestro

siglo severo y contenido para medrar; y si no, ¡el desprecio lo mina y lo desploma!

La ejecución del drama ha sido vulgar, y hasta cierto punto mala. El señor Fedriani se empeñó en hacer más groseras y chocantes algunas de las escenas que ya lo eran bastante en el original; no ha tenido el tino ni la sensatez de comprender que nuestra escena no permite copiar tan materialmente las indicaciones de un autor extranjero que no nos conoce. Somos severos de propósito en esta vez con este actor, para que en otra comprenda mejor las exigencias de su posición y de la nuestra. La señora Miranda, el señor Jiménez y los demás actores, nada hicieron que merezca recordarse; sin embargo, notamos en la primera cierta continencia y pudor en los ademanes, que debemos alabar.

Concluiremos recomendando a la empresa que no nos dé piezas retaceadas; que si en algunas de las que quiere exhibir encuentra lunares que no puedan mostrarse al público, las pase primero a algún inteligente que con el conocimiento de lo que exigen nuestras costumbres y el tono especial de nuestro teatro, las arregle sin hacerles perder su unidad y su sistema. La costumbre de pasarlas a los censores sin este trabajo previo es pésima, porque éstos ni pueden ni deben ocuparse en arreglar y pulir los dramas; así es que por falta de tiempo y de una meditación que no están en el caso de consagrar a este trabajo, dan cortes y reveses dentro de un infeliz drama, y lo reducen a un mamarracho ininteligible e insoportable. Algo o mucho de esto ha sucedido con el *Rey se divierte*, y a fe que no es el caso más sensible de aquellos que pudiéramos recordar.

Olvidábamos consagrar dos renglones a la famosa lámpara que ha arrojado anoche una luz solar. Esta lámpara es histórica; y su exhibición era una de las condiciones de la empresa, que aunque tarde, la ha cumplido a no haber que pedir. El público quedó fascinado, sorprendido, con las dos guirnaldas de mecheros que expiden un inmenso torrente de

luz.

Al oído de las lectoras
(*Progreso* de 16 de diciembre de 1842)

Nadie que no sea criatura femenina, ponga sus ojos en esta parte del diario. Es un asunto reservado de que tengo que hablar con mis lectoras, y muy pelmazo ha de ser el que se ponga a oír nuestra conversación sin nuestro consentimiento. El folletín del *Progreso* ha sido mandado hacer exprofeso para las niñas y las viejas; y ningún barbilampiño ni barbicano haya de meterse con las cosas que son para la toaleta de aquellas. Eso sería de una impolítica muy grosera. ¿Van ellas por ventura a leerles sus artículos de *Magallanes*, ni las *Observaciones* sobre la memoria del ministro de hacienda? ¿Ha pillado alguno a una niña leyendo alguna vez siquiera el artículo de fondo, las noticias extranjeras, sus malditas guerras americanas, sus biografías, necrologías, y demás secciones del diario? ¿Quién vio hija de madre que se ocupase de cosas de los hombres? Pues señor, déjeles lo que les pertenece, y no vaya a soplarse el folletín que no se ha hecho sino para ellas. ¡Y luego les achacan que son curiosas! Pero ellos lo dicen, y razón han de tener, que para los hombres se ha hecho todo, los *folletines*, los empleos, el poder, y aun la naturaleza entera. Pregúntenle sino a un niño de escuela: ¿Para qué crió Dios el mundo? Para habitación del hombre. ¿Para qué crió las estrellas y los planetas? Para que las viera él. ¿Para qué hizo bella y seductora a la mujer? Para que más le complaciera.

No hay más que leer sus libros. Cada acápite comienza con estas ostentosas palabras: Dios crió al hombre a su imagen y semejanza, aunque el que lo diga sea una tarasca y tonto como Chanfaina. El hombre civilizado… el hombre salvaje… el hombre globo… el hombre patata… el hombre… la mujer no entra para nada; porque es puramente invención humana, apéndice del hombre, y solo un mueble de casa. ¿Qué dicen a esto mis relamidas lectoras? ¿Hay paciencia para oír tanto dislate y tanta pretensión desacordada? Pero mejor es callar y dejar que siga la danza, que al cabo ellos son los que lo dicen, y no hay que pensar en ponerles mordaza.

Vamos a hablar de nuestras cosas, porque quiero que tengamos una conferencia privada. Aquí en confianza, al oído, se trata… de dar figurín de modas en el *Progreso*, con su explicación y demás cosas necesarias. El figurín saldrá todos los meses, principiando desde la próxima semana. Pero para introducir mejora tan estrepitosa una sola cosa nos falta. Para salir del apuro vean ustedes lo que se nos ha venido al majin. En primer lugar, decíamos, si estas niñas veleidosas, que tanto gustan de modas y *folletín* y dan calabazas sin qué ni para qué, se propusiesen un objeto en todas sus cosas, lo que es pedirles imposibles, les aconsejaríamos que no admitiesen cortejo ni oyesen suspiros de mozalbete alguno que no esté suscripto al *Progreso*. Este sería el medio más seguro de hacerles cargar sin que piensen en ello, con los gastos del figurín. ¿Qué cosa más justa? ¿Para qué se desvive una niña remudando vestidos y galas, si no es para que ellos caigan mejor en el garlito? Luego, pues, que el que la haga que la pague.

Tantas cosas que tengo que decirles de modas, que ya me desvivo porque llegue el momento de hacerlo. Todas han dado en usar el sombrero europeo, que por más que digan es la moda más desagraciada que se ha introducido. ¿Cómo ha de compararse ese cartucho de paja o de seda que asemeja a ojeras de jaez de coche con el antiguo gusto americano que

dejaba ver por todas partes la altiva cabeza de una mujer, bella, girando en dulce y airoso movimiento sobre un blanco cuello? Y lo peor es que ni saben escogerlo. Van a casa de la modista y se encasquetan el que tiene flores más pintadas o cintas más anchas y bellas. No, señora, la elección debe hacerse según y conforme. Una niña, por ejemplo, que tenga el rostro ovalado (los rostros ovalados están a la última moda en París) debe escoger un sombrero extendido por la orilla, y que deje ver la parte inferior de las mejillas. La que tenga cara redonda y no pueda deshacerse de ella, llevará un sombrero menos abierto; y si lo bajo de los carrillos es muy sobresaliente, puede disminuirse esta ligera imperfección llevando hasta cerca de la barbilla las orillas del sombrero. Un lindo cuello de garza exige que las puntas del sombrero desciendan todo lo posible, y que la extremidad del vestido llene más o menos el espacio intermediario. Si el cuello fuese cortito, entonces debe escogerse un sombrero igualmente corto, y la parte superior del vestido ni ancha ni larga.

Pero no quiero parar aquí en darles buenos consejos y mostrar que entiendo muy poco en secretos de toaleta. Miren ustedes, cuando han cabido en suerte unas espaldas anchas debe hacerse el vestido de manera que sus espaldillas sean muy llenas cerca de la punta de las paletas; y tanto por detrás como por delante, debe formar pliegues oblicuos desde la punta de la espalda hasta el medio del busto.

Si sucediese que la parte superior del cuerpo no fuese por delante muy prominente ¿qué se imaginan ustedes que debe hacerse? Aquí quisiera oír disputar a las petimetras. ¿Recurrir a medios ilegales? ¿No despintarse el pañuelo? Nada de eso es necesario, bastan ciertos pliegues oblicuos hacia arriba en el vestido. Omito otras muchas prevenciones que me ha hecho una maestra en la materia, contentándome con decir que las niñas altas deben llevar vestidos anchos con muchas guarniciones; las chicas una ropa menos ancha, pero tan larga

como sea posible con guarniciones que no abulten.

¿Saben ustedes lo que acaba de descubrirse en París, y obtener una patente de invención para la que primero observó este hecho? Que los zapatos apretados hacen el pie ancho y el tobillo particularmente prominente. ¡En Francia todo es progreso, descubrimientos, ciencia!

Usan aquí nuestras elegantes diversos géneros de peinado; pero sin conocer los términos técnicos con que se distinguen.

Voy a tratar científicamente la materia, para que no digan que no instruyo divirtiendo. Los diversos peinados de que usan las mujeres pueden reducirse a cinco grandes géneros, a saber: *el chinesco, las papillotas, los crespos, las fajas y las trenzas o esterillas*.

No hablaré del moño, pues una niña que sabe cómo debe vivir en este bajo mundo de traiciones y de enredos lo lleva tan bajo como sea posible.

El chinesco. Conviene a las niñas rosadas, gordas, frescas y un poco rubengas, con tal que tengan la frente alta y abierta; les da un aire de niñas, aun a aquellas a quienes ya se les ha despintado el aire de niñas. Debe usarse este peinado en largas guedejas caídas hasta muy abajo sobre las mejillas.

Las papillotas. Esto solo viene bien a los cabellos rubios, sedosos, ligeramente crespos o del todo lacios.

Los crespos. Huelen a cosa de provincia, y son en general de mal tono. Este peinado exige un semblante ingenuo. Las niñas de la capital harían mal en usarlo más allá de los veinte años confesados, lo que equivale a los treinta de la fe de bautismo.

Las trenzas o esterillas. Sientan de perlas a unos cabellos negros sobre mejillas pálidas, enfermizas, fatigadas; agravan esta tendencia hacia un aire abatido; más poetizan las facciones y melancolizan el rostro. Las niñas que pueden llevar esterillas, son sin duda las que más muertes de hombres tienen

que echarse en cara; inspiran aquellas mayor número de pasiones verdaderas que de caprichos pasajeros; más amor profundo que ligeros sentimientos. Ni necesidad tienen las que las usan de ser hermosas. Llevan en las esterillas un signo fatal; son estas niñas tan adorables como dignas de ser temidas; pueden llevar la condescendencia hasta lustrarle a uno las botas, pero por cada cepillada, le darán diez cepillazos en el pecho; embalsamarán la existencia de un hombre con su amor, pero lo envenenarán con vidrio molido. ¡Dios nos guarde de las mujeres pálidas con esterillas!

Pero es ya demasiada lección para un solo día. Cuando haya figurín, hablaremos largo. ¿Saben lectoras mías lo que nos piden los suscriptores? Que se suspenda el folletín. ¡Y quién sabe si tendremos que condescender! Ellos son los que aflojan la mosca y es preciso tenerlos contentos. Antes de consentir en ello, sin embargo, voy a dejar mi puesto de folletinista para que meta su cuchara un aficionado, que quiere hablar a ustedes de Jorge Sand. ¿Saben quién es Jorge Sand? Es un joven escritor que es madre de dos lindos hijos; que anda con levita y pantalón, y es sin embargo mujer; que ha escrito las más lindas cosas y ha sostenido con los primeros escritores de Francia polémicas furibundas. La de la *gramática*, la del *romanticismo* aquí han sido, ¡puf!, salvas de fogueo. Aquello sí que era polémica. No le podían decir mujer, porque lo ignoraban. Desde mañana, pues, atención al folletín de nueva pluma, después y durante muchos días, la *Matea* de Jorge Sand.

No llevo miras de acabar. Pero esto y no más: va a introducirse en el diario una reforma radical que le atraerá un gran número de suscriptores, no obstante que ya se ha suscrito toda la gente racional y decente de Santiago, ¡tenemos doscientos y pico de suscriptores! Vanse a cambiar las letras del título del *Progreso* y ponerse en cambio unas largas y flacas.

La Colmena
Periódico ilustrado
(*Progreso* de 17 de diciembre de 1842)

La España y los pueblos que hablan su idioma han sido los últimos en ponerse en marcha, y seguir el rumbo que la civilización moderna ha señalado a todos los pueblos de la tierra. Dos siglos hacía que la Inglaterra se había garantido de instituciones liberales, ya Norte América había trazado el gran bosquejo de la sociedad moderna, la Francia se había bautizado con sangre para regenerarse, y la España tenía todavía favoritos a la usanza de los tiempos antiguos, e inquisición para castigar el pensamiento. Al fin la invasión francesa sacudió el letargo secular de aquel noble pueblo que empezó a conmoverse y probar con vacilante paso seguir a tantos antecedentes que la llamaban y la instigaban de todas partes. La lucha de las preocupaciones y de los intereses contra las ideas liberales se trabó; hubo cortes y constitución, despotismo al fin y persecuciones. La Europa se llenó de españoles que por la primera vez abandonaban su península, asombrados de ver tanta libertad en unas partes, tanta industria en todas, y por donde quiera, adelantos y progresos en las costumbres y en las ideas, que no habían soñado siquiera cuando estaban adormecidos en su propio país. Por entonces las oscilaciones de la América Española, que había tomado parte a su turno en el movimiento general, habían arrojado en el suelo de Europa a

algunos de sus hijos, y americanos y españoles, siervos y amos se encontraron reunidos en los cafés de París y en las calles de Londres. Unos a otros se pedían noticias de sus padecimientos, de sus trabajos y de sus ideas. El amor a la libertad les había hecho perder una patria que no sabía apreciar aún las ventajas de la libertad; la ignorancia, las preocupaciones tradicionales, el hábito de la servidumbre, el despotismo civil y religioso, todos a una habían levantado la cabeza ceñuda y amenazadora contra los pocos hombres de ideas liberales que habían querido sacar a su patria de la inacción, el retroceso y la nulidad. La proscripción, el destierro y la miseria había sido su única recompensa. Estos hombres animosos no desmayaron, sin embargo, y con la conciencia del mal que aquejaba a los pueblos españoles, se propusieron combatirlo hasta ver si era posible disminuir su intensidad. Las prensas de París y de Londres vieron, acaso por la vez primera, escritos en el idioma de la península, que empezó desde entonces a ser admirada, conocida y estudiada por los demás pueblos de Europa; pues tal era la nulidad, aislamiento y poco viso de la España en los negocios del mundo, que se ignoraba que poseía una literatura, un idioma culto, sonoro y armonioso, y algunos sabios de nota. La emigración produjo en los españoles y americanos lo que ha producido siempre en todas las épocas y pueblos del mundo. Las prevenciones internacionales se debilitan, y el espectáculo de nuevas costumbres, instituciones e ideas diversas, corrige las propias, y da por comparación el criterio de lo más útil y ventajoso. No es el menor de sus bienes despertar la inteligencia de algunos que habrían vivido en su propia patria ignorados de todos y aun de sí mismos, si el haberse escapado del estrecho círculo en que antes se movían y el aguijón de necesidades nuevas, no les revelara su propia importancia y les echase en una nueva esfera de acción. Esto fue lo que sucedió en Londres; los emigrados españoles se interrogaron unos a otros sobre lo que aún les quedaba que hacer sobre la perdida

patria; asociaron sus esfuerzos y cada uno puso a contribución su capacidad y su inteligencia para abrir con sus escritos los ojos a la ciega madre, que en un acceso de cólera, los había repudiado, y le volvieron bien por mal, luz por tinieblas. La célebre casa de Ackermann les prestó su cooperación; y una larga serie de libros, ya originales, ya traducidos, empezó a salir como por encanto de las prensas inglesas para aumentar el escaso repertorio de obras de la *librería* española. Tratados elementales de geografía, química, historia, industria, agricultura, aritmética, astronomía, historia de América y de España; composiciones de imaginación y elucubración del pensamiento, Mora, Urcullu, Villanueva, Blanco, Bello, García del Río, Villalobos, Mendeville, Argüelles, y otros muchos nombres que han adquirido merecida reputación literaria en la república de las letras españolas, tales fueron los que suscribieron aquellas producciones, y *El Mensajero de Londres, el Correo de Londres, el Museo Universal de Ciencias y Artes, la Biblioteca Americana* y otros periódicos, que tenían por objeto introducir en los países españoles las ideas y las luces de que el mundo culto vivía, combatir las preocupaciones, despertar la afición a la lectura, propagar los conocimientos útiles, y reanimar el casi extinguido brillo de las letras castellanas.

Inmenso es el bien que los emigrados españoles y americanos en Londres han hecho a los pueblos de su lengua; y no son menores los que algunos continúan haciendo. No obstante los progresos que la imprenta ha hecho desde entonces en España y en América, las publicaciones de la prensa son todavía imperfectas y caras. Las láminas sobre todo, que hacen hoy un papel tan conspicuo para ilustrar los asuntos y embellecer las páginas, no pueden obtenerse con comodidad ni perfección ni en América ni en la península. En Londres, por el contrario, esta parte de la impresión ha sido llevada a un grado que envidian todas las demás naciones.

Por este motivo, y la perfección del trabajo de imprenta y la facilidad de proporcionarse materiales abundantes, Londres ha sido escogido para establecer allí publicaciones periódicas destinadas a ser leídas en todo el mundo español. El *Instructor* desempeñó por largo tiempo y con buen suceso esta tarea, y no ha terminado sus trabajos sino después de haber nombrado un sucesor que continúe derramando instrucción y proporcionando entretenimiento útil a los pueblos que hablan la lengua en que está escrito.

La Colmena le ha sucedido y debemos decir que aventaja a su predecesor en la elección de los asuntos, y aun en la perfección de las láminas, pues trae algunas en acero de exquisito trabajo y diseño.

Es un periódico trimestral, y su precio por suscripción en Chile, de siete y medio reales, equivale a los dos y medio que importaba el *Instructor*.

No sabríamos de qué medios valernos para propagar en nuestro país este género de publicaciones. Es una de las causas del atraso en ideas y costumbres de los pueblos españoles la carencia absoluta de libros que circulen en manos de los hombres que no han recibido una educación esmerada. ¿De qué sirve, Dios mío, saber leer, cuando nada llega a las manos que pueda ser leído con provecho? ¿Quién será aquel que emprenda la lectura de un tratado serio sobre cualquier materia, sin haber formado primero su gusto por la lectura, leyendo artículos pequeños sobre biografía, pueblos, ciudades, lugares célebres, rasgos históricos y composiciones de imaginación? ¿Quién podrá llamarse con justicia hombre civilizado, sin estar al corriente de las ideas de que hoy viven los pueblos, las revoluciones que los trasforman, los libros que los instruyen, los inventos que los enriquecen, y las mil mejoras útiles que se practican o preparan para remediar los males presentes? Pero en esto, como muchas otras cosas somos víctimas de hábitos inveterados que nos atan a una rueda

carcomida que nos lleva siempre por el fango y la oscuridad. Pocos son los hombres iniciados en este nuevo movimiento, y los medios de comunicarlo a los otros, se estagnan en ciertas manos, acaso donde ya no son necesarios, sin que sea posible llevarlos a producir sus efectos en donde serían de importancia.

Nuestros suscriptores de la capital, y sobre todo los de las provincias, harían un gran servicio a su país suscribiéndose a esta barata producción que contiene muy buenas e instructivas materias. Los curas podrían adquirirla sin perder nada de la gravedad de su carácter, los maestros de escuela y los padres de familia y todos los buenos vecinos en general, que con el gasto de treinta reales anuales pueden hacerse en el trascurso de unos pocos años de una verdadera enciclopedia, en que tendrán, a más de lecciones útiles sobre todas materias, lecturas amenas y entretenidas, y un libro que poner en manos de los niños que contiene láminas que piquen su curiosidad, y cuentecillos y descripciones de lugares y de ciudades de fácil comprensión y al alcance de su inteligencia.

Recomendamos con tanto interés la difusión de *La Colmena* por ser un libro popular redactado concienzudamente y para toda clase de lectores; pues, por lo demás, los hombres instruidos no hallarán en sus páginas sino pocas doctrinas nuevas, y ninguna especulación científica y filosófica que ensanche la esfera de sus conocimientos. Tiene un defecto para nosotros, que solo notamos por incidencia. Redactado por un español y lejos del movimiento americano, se resiente de la influencia de estos dos hechos, y la literatura española, la historia española y los nombres españoles ocupan muchas de sus páginas. Pero esto es un inconveniente inevitable y de poca consecuencia.

Sobre Lanza y Casacuberta
(*Progreso* de 21 de diciembre de 1842)

El jueves de la semana pasada se ha exhibido con brillo el señor Lanza en nuestro proscenio. La famosa aria del *Barbero de Sevilla*, le proporcionó un asunto propio para desplegar las gracias de la ejecución con que hizo más interesante aun la pureza de entonación que le distingue. El público lo recibió con merecidos y estrepitosos aplausos, y los vivas y palmoteos incesantes con que la platea exigía que repitiese, forzaron al señor Lanza a presentarse de nuevo en las tablas. La segunda vez se mostró más seguro, su canto fue más animado, la acción más despejada, aproximándose mucho a la chistosa movilidad y aguda petulancia que Baumarchais atribuye a *Fígaro*.

El teatro ha hecho una bella adquisición en la cooperación del señor Lanza, que bajo condiciones muy ventajosas, según hemos sido instruidos, ha convenido en prestar periódicamente sus servicios como cantor en la escena. El público gozará de hoy más de algo de lo que forma las delicias de las primeras capitales de la Europa y de Lima en América. Tendremos en adelante arias y acaso duetos de ópera. ¡El señor Lanza acostumbrará nuestros oídos no muy musicales, a oír los acentos y melodías de Rossini, Bellini, Donizetti y los demás maestros que tienen hoy por admiradores a todas las naciones del mundo civilizado!

Hemos oído que muchos de sus paisanos franceses (el señor Lanza es hijo de padres italianos, nacido en Inglaterra y educado en Francia) han desaprobado altamente la conducta del señor Lanza, que no ha encontrado reparo alguno para presentarse en las tablas. Si no lo supiéramos de buena tinta, dudaríamos mucho de que tal cosa pudiera acontecer.

¡Qué! ¿Los europeos, los franceses sobre todo, creen también deshonrosa la escena? ¿El teatro de Santiago envilecería al señor Lanza, al mismo tiempo que el de la ópera de París enorgullece al señor Barroillhet? ¿Son poco dignas de un artista francés las guirnaldas que le prepara la sociedad de una capital americana? ¡Eh, *fi done*! señores franceses los que hayan cometido este pecado, no saquen los pies del plato, y no vengan a dar en América el escándalo de preocupaciones indignas de la época en que vivimos y de hombres civilizados. Nosotros tenemos derecho de aguardar de parte de los extranjeros que acogemos en nuestro país, ideas, sentimientos y costumbres más liberales, si es posible, que las nuestras; y nos choca profundamente el verlos animados de aquellas mismas pequeñeces y preocupaciones que por fortuna empiezan ya a perder terreno entre nosotros. Lo más es que el señor Lanza ha hecho, según se nos ha informado, algunos ligeros ensayos de aficionado en el teatro del Odeon en París, en el que se hizo notar por la sal con que ejecutaba trozos bufos.

El señor Lanza, pues, puede sin temor entregarse a sus instintos, seguro de que hallará la más decidida protección de parte del público ilustrado, y de que se hará una reputación bien merecida entre todas las personas que saben apreciar el mérito de un distinguido artista.

Pero no es solamente la cooperación del señor Lanza lo que el teatro ha adquirido.

La empresa teatral acaba de contratar al señor

Casacuberta. Esta adquisición valiosa va a dar vida y brillantez a los pocos días de teatro que nos quedan del presente año. Sabemos de un modo positivo que este celebrado actor trabajará por primera vez el jueves de la semana que viene. Nos consta que se ha portado con el mayor desprendimiento aceptando sin embarazo alguno los primeros ofrecimientos que se le hicieron; quería con esta docilidad verdaderamente meritoria, pagar un tanto de la gran deuda anterior de gratitud que debía al público de Santiago y que hasta aquí no había podido llenar por fuertes razones personales. Tal era su resolución de amenizar nuestra única diversión pública en estos meses, que no habría sido difícil hacerle trabajar de balde.

El señor Casacuberta puesto sobre nuestra escena es un felicísimo acontecimiento para nuestra tranquila y satisfecha población. Estamos seguros de que la primera exhibición excitará gran movimiento y que habrá inmenso concurso, pues nadie hay que ignore que este actor es de los de mayor capacidad que ha producido el suelo de la América.

Origen de la fiesta de Noche Buena
(*Progreso* de 24 de diciembre de 1842)

¿Qué significan, Dios mío, estas sonajas importunas, cuyo ruido molesto atormenta los oídos? ¿Qué furor se apodera en estos días de los muchachos, que con una especie de frenesí agitan sin cesar un maldito instrumento, cuyo sonido monótono, desapacible y ronco nos saca de paciencia, nos pone de mal humor, y nos hace desear que pase cuanto antes esta época para librarnos de tanto estrépito, de tanta bulla? Pero el aturdido niño no hace caso de estos choreos. Sin inquietarse mucho por las amenazas de la mamá, ni los ademanes de impaciencia de las hermanas, ni el ceño arrugado del grave papá, se escapará a la calle, y con la sonrisa de la dicha infantil en los labios, agitará sin cesar su *run-run*, recorrerá la cuerda de su capagato, hará cantar con variados gorjeos sus canarios, y en la noche del día de hoy, en pandilla numerosa con los aprendices de los talleres, los vendedores y la gente del pueblo, recorrerá las calles haciendo una bulla infernal con sus sonajas, sus pitos y chicharras.

¿Quién de nuestros lectores se imaginará que en estos bulliciosos regocijos populares, se encuentran huellas frescas de la historia de la sociedad humana; que estas fiestas nos ligan con la Europa, con la edad media, la Roma antigua, la Grecia de Solon y de Licurgo, y las naciones del oriente; que en

esta noche se confunden los recuerdos del paganismo y del cristianismo, la adoración del sol y de Jesucristo?

El asunto es digno de considerarse, y nosotros interrumpiremos con gusto nuestros trabajos sobre los asuntos de interés presente, por solazarnos recorriendo las diversas épocas del mundo, las varias creencias de los hombres que esta noche memorable recuerda. Todas las religiones y todos los legisladores han instituido ciertas fiestas en que el pueblo, abandonando sus diarias ocupaciones, se consagrase a celebrar con regocijos públicos algún acontecimiento fausto, cuyo recuerdo era trasmitido de generación en generación, o bien a deplorar algún desgraciado suceso que hubiese legado males a la sociedad entera. Entre estas fiestas que en cada pueblo cambiaban de día y de estación, ha habido sin embargo algunas que han sido comunes a todas las naciones de la tierra, porque los bienes o los males que recordaban son comunes a todos los habitantes del globo. Entre estas ocupan el primer lugar las cuatro Pascuas que se celebran al principiar las cuatro estaciones del año; y caldeos, egipcios, griegos, romanos, hebreos, druidas, todos, en todos tiempos las han celebrado. La tradición las ha trasmitido, y el cristianismo hallando la costumbre establecida, la ha santificado instituyendo al objeto del recuerdo primitivo, el más santo de conservar la memoria de los acontecimientos principales de la vida de nuestro Señor.

Los mitos paganos por medio de símbolos sensibles enseñaban la adoración de la naturaleza, los astros y las fuerzas materiales. Detrás de cada deidad del Olimpo puede encontrarse una personificación de una de las manifestaciones de la naturaleza, y en la historia de sus dioses, alguna de las diversas combinaciones de las constelaciones celestes, los planetas y los aspectos solares. Todas las religiones han nacido en el hemisferio del norte; y a fines de diciembre ocurre en aquel hemisferio un gran fenómeno celeste. El Sol que durante los meses de octubre y noviembre se aleja, a lo que parece de

los países situados en la zona templada del norte para acercarse hacia nosotros los habitantes de esta otra, toca el 22 de diciembre en el trópico de Cáncer y vuelve a desandar su camino y empieza a acercarse a aquellos países, llevándoles la primavera y el verano. El invierno empieza a desaparecer lentamente, los hielos se disipan, la naturaleza toda despierta de su largo sueño, brotan las plantas y la tierra se cubre de flores que prometen frutos sazonados y abundancia. El Sol pues renace, el mal cesa, la luz triunfa de las tinieblas y una época fausta principia en el hemisferio del Norte, con el solsticio de invierno. Este acontecimiento ha dado origen en todos los mitos paganos a la celebración de la Pascua, y como hemos dicho antes, la iglesia, hallando consagrada por la tradición y las costumbres esta época del año, colocó en el 25 de diciembre el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, dando de este modo un fin santo a aquellos regocijos populares.

Los romanos celebraban por este tiempo las saturnales, y luego la fiesta de Janus, que ha dado su nombre al mes de enero (Januarius). Se hacían regalos unos amigos a otros para desearse la abundancia en el nuevo año, y a los niños se daban aguinaldos, cuya costumbre se conserva hasta hoy en algunos países de la Europa. Para los pueblos orientales, y también los griegos cuyo año nuevo principiaba en el solsticio de verano, que en el otro hemisferio ocurre el 22 de junio, los grandes regocijos de que hablamos tenían lugar en aquel mes; y durante la noche se celebraban grandes misterios y se encendían fuegos, cuya práctica aún se conserva en casi todos los pueblos de la cristiandad en los fuegos que los niños encienden la noche de San Juan.

Los druidas, sacerdotes del culto druídico en las Galias, hoy Francia, celebraban igualmente la vuelta del Sol la noche del 25 de diciembre y hasta poco antes de la revolución francesa se conservaba en Dreux una fiesta nocturna en que toda la población bailaba con antorchas encendidas, debiendo notarse

que en aquel pueblo estuvo en la antigüedad uno de los más célebres conventos druídicos.

Cuando el evangelio hubo derramado su luz sobre aquellos países, si las fiestas no cambiaron ni las prácticas populares, cambiaron las ceremonias religiosas y el objeto de adoración. En lugar de celebrar la vuelta del Sol, suceso que no afectaba sino la condición material de los pueblos, se santificó la venida del Mesías, que traía la luz espiritual y abría las puertas del paraíso a los cristianos. En las iglesias cristianas se hacía una representación del establo en que había nacido el Salvador y los cristianos se reunían a media noche a celebrar tan fausto acontecimiento. De allí nació la costumbre, que aún se conserva en algunos países, de hacer a los niños aguinaldos de una gruta y un pesebre de dulces. En algunas provincias apartadas de Francia y Alemania, el padre de familia canta solemnemente la Natividad, rodeado de su mujer y sus hijos en torno de un gran fuego. Al niño más pequeño se le manda a hacer oración en un rincón de la casa, y durante este tiempo se coloca en un grueso tizón, que se ha ahuecado de antemano, muchos paquetes de confites y de golosinas. El niño vuelve a la orilla del fuego, armado de un palo, con el que da repetidos golpes sobre el tizón, hasta que en medio de gritos de placer, hace caer las golosinas que el tizón contiene y que él recibe como regalos que le manda el niño Jesús.

En la Noruega y otros países del Norte en que las costumbres primitivas conservan algo de su pureza, brilla en estos días la hospitalidad, que es la virtud de los pueblos sencillos. Las fiestas de la Pascua de Natividad duran muchas semanas, que se pasan en banquetes, festines y carreras de trineos. La mesa del paisano noruego está servida a todas horas del día, y el extranjero, el desconocido, es invitado a ella; si lo rehusase se le acusaría de hacer una ofensa, y sobre todo es Pascua, y no es lícito dejar de tomar parte en la fiesta, en que todo cristiano debe manifestarse satisfecho y contento. La

víspera de la Natividad el paisano noruego da a sus renos y demás animales un pienso doble de alimento, a fin de que los animales tomen parte también en el regocijo general; y aun en otros tiempos se ponía en un palo enfrente de las puertas una gavilla de trigo, para que los pajaritos viniesen a comer; considerándose como una profanación el inquietar a estos convidados que venían a gozar de la hospitalidad noruega.

Pero si tan inocentes prácticas introdujo el cristianismo en la celebración de la Pascua de Natividad, la barbarie de algunos siglos y la propensión del hombre a corromperlo todo, instituyó las prácticas más absurdas e indecentes. En Francia se llamaba esta fiesta, la fiesta de los locos, y era en efecto necesario estar locos los que celebraban la noche buena para entregarse a los excesos y desórdenes de que hablan los escritores de la edad media; tanto más cuanto que era en los templos y en los lugares más sagrados, donde se practicaban estos piadosos pero ridículos regocijos. Abisma, en efecto, ver cómo se ha podido tolerar que se hiciese en las catedrales en la noche buena la fiesta del asno. Los subdiáconos y acólitos, después de haber decorado el lomo de un burro con grande capa de coro, iban a recibirlo a la puerta de la iglesia cantando una antífona ridícula y rebuznando como este animal. Durante la misa, unos sacerdotes y clérigos estaban vestidos de bufones, otros de animales, otros de mujeres, etc., con otra multitud de prácticas indignas de la santidad del lugar, de los personajes y de la conmemoración de aquella noche. No hace diez años que hemos presenciado todavía en nuestra Catedral de Santiago algo que recuerda aquellos excesos. La misa solemne de la noche buena se oficiaba, en medio del bullicio de capagatos, carretillas, cachos con que imitan el balido de los toros, canarios, gritos y silbos, que ahogaban los sonidos melodiosos del órgano, y hacían del templo santo una babel infernal. La policía mandó al fin suspender estas celebraciones populares que no eran ya sino una profanación del lugar

consagrado a la oración y a la adoración del Altísimo.

En casi toda la Europa prevalecían hasta ahora dos siglos prácticas no menos ridículas y supersticiosas, debiéndose al protestantismo el servicio de haber purificado el catolicismo de todos estos abusos que lo habían degradado, hasta hacerlo indigno del respeto de hombres racionales, no habiendo contribuido poco a causar aquella perturbación en la religión cristiana que la ha dividido desde entonces en tantas sectas que se separaron de la unidad católica y que tanta sangre y tantas víctimas han costado. Los protestantes echaban en cara a los católicos las prácticas supersticiosas de su culto, el paganismo de estas bacanales indignas de la majestad de Dios, y el aparato de ceremonias teatrales con que habían sustituido la falta de celo verdadero y de espíritu religioso. El protestantismo afectó desde sus principios la austeridad de los tiempos primitivos de la iglesia cristiana, proscribió las ceremonias y se dedicó a la instrucción religiosa de sus adeptos, a la reforma de las costumbres, y a la extirpación de los abusos y supersticiones. Los católicos no se mostraron sordos a la voz de la razón, y dejando en su culto lo que era verdaderamente santo, y en las ceremonias religiosas lo que recordaban las épocas más notables del cristianismo, lo purificaron también, y pudo presentarse aceptable a los ojos del hombre racional; porque esta es una de las ventajas que nacen de los males mismos; esto es lo que nace de la polémica, de la lucha de las ideas, de los partidos y de la libertad misma. Los abusos se reforman, la verdad se descubre; y lo que es legítimo y fundado, prevalece despojado de los errores y extravíos que la ignorancia o los intereses humanos le habían entremezclado.

Hoy no quedan de la noche buena sino débiles fulgores que nada dicen, que nada representan. La alegría cristiana ha desaparecido: el pueblo permanece en sus habitaciones, y el ruido de las aclamaciones de los niños, incomoda ya a los oídos,

lejos de ser la expresión del gozo público. Imaginemos lo que sería esta noche buena para todo el mundo cristiano, cuando el pueblo no conocía otra ley, otra política, otro símbolo que el que se recordaba en aquella noche memorable, cuando el cristiano ponía antes de las letras en lo escrito el signo de la Cruz; cuando si sentía placer exclamaba, ¡Jesús!, si miedo o sorpresa, ¡Jesucristo!, si su hermano estornudaba le decía, ¡Jesús te ayude!, si veía un objeto incomprensible, se santiguaba; si le venía un bostezo, se santiguaba; si entraba en una casa, decía a los moradores, el Señor sea con vosotros. En aquellos tiempos de fervor cristiano la noche buena era el principio de la vida, el día grande por excelencia, la fiesta del nacimiento y de la salvación eterna. Nadie pegaba sus ojos: en las calles y en las plazas, en las aldeas y en las campañas se encendían antorchas y fogones para alumbrar a los paseantes, para entregarse al regocijo y a la alegría cristiana.

Nada de esto o muy poco existe hoy, sin que nadie lo haya prohibido; y el hombre más devoto, la mujer más pecadora, no sienten ya latir sus corazones con aquel gozo inefable de nuestros antepasados. Todos duermen tranquilos, y en vano será que el estrépito de las campanas llame a los cristianos de hoy a celebrar la antigua fiesta; pocos serán los que obedezcan al llamado, menos todavía los que cedan a un movimiento espontáneo. Oír los cantos de la misa de la Catedral, asistir a la exposición de frutas nuevas que se hace en el mercado, son, cuando más, los móviles que hacen abandonar el lecho a algunos centenares de señoritas y de jóvenes. Para los demás no hay noche buena.

Así se trasforma lentamente el espíritu de las naciones, así cambian las costumbres, y en vano es gritar contra esta degeneración. Hay una ley dada por Dios a las sociedades humanas, cuyos efectos vemos sin que alcancemos a comprender la ley de cambios sucesivos, de marcha lenta pero que no retrograda jamás; ley, en fin, de perfección sucesiva, ley

de progreso.

Contestación al clérigo Valdivieso
sobre la monja Zañartu [5]

I

(*Progreso* de 28 de diciembre de 1842)

A fuerza de comunicados nos han de enseñar a escribir con tal arte, con maña tal, y tantos miramientos y precauciones, que al fin no hemos de disgustar ni agradar a nadie, y nuestros pobres escritos se han de volver ni sal ni agua, hasta que llegue a realizarse lo que Beaumarchais decía de la libertad de que se gozaba en España en su tiempo, que con tal que no se hablase de la autoridad, ni del culto, ni de política, ni de moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones que gozaban de crédito, ni de la ópera, ni de los teatros, ni de nadie ni de nada que tuviese relación con cosa alguna, se podía imprimir libremente lo que se quisiese, previa la censura de dos o tres censores.

Como aquí no hay censura, ni censores oficiales, ni nada de aquellas divinas instituciones de los tiempos felices, cada cual se encarga de tirarnos la rienda, sobre todo cuando nos echamos en los campos de la *calumnia*; porque la detracción es el flaco de los que escriben. Dijimos una vez que era muy bueno para rector el señor Varas, y saltó al momento el

comunicado castigándonos por la calumnia contra el señor Puente, de quien no habíamos dicho una palabra. Dijo el folletín que la abadesa del *Adel el Segrí* era una monja Zañartu maldiciendo de la vida monástica, y llega volando el comunicado revelando la calumnia, contra el finado señor Zañartu, y la monja muerta, y la monja viva, y la familia, y la vida monástica y la moral y la religión. Siquiera el del comunicado hubiera creído honestamente que había equivocación de nuestra parte, inexactitud de datos, ligereza, en fin, algo que mereciese disculpa y no manchase el carácter de los que escriben; pero eso es muy vulgar; no, señor, la piedad cristiana aconseja que se atribuya todo a la calumnia, a la depravación, al deseo de dañar, a la mala intención. Perdónenos la monja, como nosotros perdonamos al caritativo y bien intencionado autor del comunicado. Amén.

Nosotros no hemos tenido intención de herir a nadie, y si usamos de una comparación con una monja del país, es porque la voz pública, la tradición, en Santiago, en las provincias, en toda la república, sabe una historia horrible, espantosa, de la desesperación de una monja Zañartu, para quien se solicitó del papa una licencia para salir del convento, y la licencia vino de Roma y llegó, por desgracia, cuando la víctima había sucumbido; y todo el mundo cristiano sabe que no se conceden estas licencias en Roma sino de siglo en siglo, y en casos muy extraordinarios en que la severidad de las leyes monásticas tiene que ceder ante excepciones muy raras. Nosotros, pues, no hemos calumniado a nadie, como un varón piadoso nos lo imputa a sabiendas; hemos usado de un dicho vulgar.

Mucho más dice la tradición, y mucho más sabe todo Santiago sobre ese malhadado asunto. Si el del comunicado quiere que lo pongamos por escrito, a media palabra, le haremos el gusto en un folletín en que se le han de erizar los cabellos de horror; y le juramos que no hemos de poner una sola palabra que no sea lo que todo el mundo sabe y cree que

es la pura verdad. Si el público está engañado, si las madres han contado a sus hijos una mentira, culpe en hora buena a la tradición que trae esta falsa leyenda; pero no nos llame calumniadores porque por incidencia hemos nombrado a una monja muerta.

Y en sustancia, ¿qué es lo que hemos dicho? ¿Que no estaba reconciliada con la vida monástica? ¿Y qué tiene esto de ofensivo? ¿Está por ventura en la mano de una pobre niña arrojada dentro de un monasterio a llevar una vida monótona, contrariando todos los instintos de la naturaleza humana, triunfar siempre de sí misma y de sus propias inclinaciones? ¿Es cosa tan fuera del orden natural que llegue un momento en que el alma se rebele contra la sujeción impuesta por votos hechos sin reflexión, sin espontaneidad, en la edad menos hábil para decidir de nuestro destino futuro? ¿Es imposible que haya un padre, y que ese padre haya sido un señor Zañartu, que con una honradez a toda prueba y virtudes muy acrisoladas, haya errado en dar a sus hijas, por celo indiscreto, por una piedad mal entendida, un estado que no convenía a sus caracteres? Pero para no admitir este hecho, es preciso no conocer el corazón humano y no haber saludado la historia de las debilidades, de la superstición y de los errores de hombres muy buenos en otros respectos; pero que por educación, por malos principios, por malas ideas han padecido semejantes extravíos. Y luego ¿quién es el hombre que sale a defender en nombre de la *familia*, la memoria de hombres y acontecimientos pasados que pertenecen al dominio de la historia y de la tradición? ¿Qué aristocracia es esta que se cree responsable de los errores, y si se quiere, delitos de sus antepasados? ¿Se cree todavía que los hijos tienen que pagar los pecados de los padres hasta la cuarta y quinta generación? ¿No podremos decir mañana por escrito: el general O’Higgins fusiló sin razón a tal individuo, por miedo de que salgan sus descendientes en línea trasversal a pedirnos cuenta de lo que hemos dicho por escrito, aunque

no haya uno solo que no lo sepa y lo tenga por un hecho averiguado? ¿No podremos decir otro tanto de San Martín, de los Carreras, de Portales, del hijo del alba, si es un hecho, si es una verdad útil para esclarecer la historia o los pasados acontecimientos?

Pero no; hay todavía mucho de la España antigua entre nosotros: la intolerancia, la falta de consideración y de respeto por todo lo que no es la antigua manera de vivir. Se quiere sujetar el pensamiento a trabas impuestas por la altanería de cada cual, que se cree con derecho para escupir desdenes y ultrajes gratuitos sobre los que escriben; ¡y voto va!, que hemos de hacer respetar la prensa, y la hemos de sacar tarde o temprano del fango de las personalidades en que ha vivido siempre, y hacerla útil para el progreso de las ideas y la mejora de las costumbres. Lo repetimos, estamos prontos, para publicar lo que la tradición dice de la monja Zañartu, y esperamos que acepte el que con caridad tan cristiana nos llama calumniadores, el reto que le hacemos. Veremos con qué poderes se presenta ante el tribunal de la opinión a acusarnos de calumnia, a pedirnos explicaciones.

La única calumnia que hay en todo este asunto es la que el autor del comunicado nos hace, cuando supone que hemos comparado a su heroína a una monja de costumbres corrompidas. Esto es calumnia. La abadesa del drama *Adel el Segrí*, es una santa abadesa que al recibir a doña Isabel en el monasterio a donde la autoridad maternal la encerraba por fuerza, como ha sido la costumbre en España y en las colonias españolas, y en Chile hasta los tiempos en que vivió la monja Zañartu, recordaba para consolar a la nueva reclusa, la violencia del mismo género que a ella se le había hecho.

Y tan cierto es esto y tan horrible, y tan horribles y espantosos resultados ha traído, que el Sumo Pontífice ha empezado en estos últimos tiempos a dar cartas de institución para monasterios limitando los votos a tres años, a dos, a uno

solamente, a fin de que las pobres niñas arrastradas a los monasterios por la autoridad paternal, por la violencia de pasiones contrariadas o por la pasión momentánea de almas candorosas, tengan tiempo de salvar de una muerte espiritual segura y cierta. En Francia las leyes civiles no tienen nada que ver con los votos contraídos ante Dios, y entre otros casos, en 1831, ha salido una monja Meyer de un monasterio, y se ha casado después de haber sido monja durante catorce años y abadesa de tres conventos de su orden, a los que pasó sucesivamente buscando la perfección soñada de la vida monástica que no encontró en parte alguna. El ilustrado sumo pontífice Clemente XIV, decía en una de sus cartas: *la vida común es la más segura, aunque no sea la más perfecta*; y el ilustrísimo Oro, obispo de Cuyo, que echó en la metrópoli de su obispado los fundamentos de un monasterio, pidió y obtuvo del Papa una regla monástica por la cual los votos quedaban disueltos al año de contraídos, porque decía que no debían ser de por vida, ¡que había sido confesor de monjas en Chile y sabido cosas muy terribles! Ya era tiempo, pues, de que en nuestro país se pensase en arreglar estas cosas para lo futuro, ya que nada podemos hacer sobre lo pasado, sino es largar de paso una que otra maldición.

Para terminar este asunto desagradable, diremos a los presentes y futuros autores de comunicados, que en la prensa, como ante la ley, no reconocemos ni superiores, ni respetamos posiciones sociales, ni influencias, ni nada. Nos trataremos de igual a igual con todo el mundo y mediremos con la vara que se nos mide. El que sin pedirnos explicaciones nos llame calumniador y nos aje con conceptos injuriosos, aguarde nuestra repasata. El Presidente de la República no daría una bofetada al más insignificante hombre sin exponerse a recibir otra en cambio, y nosotros no toleraremos estos desahogos sin escarmentar a los osados, cualquiera que sus pretensiones, su rango o su posición social sean.

II

(*Progreso* de 17 de enero de 1843)

Hace dos semanas que el *Semanario* nos está mandando al despedirse, andanadas de metralla que nos abren vías de agua por todas partes. Es verdad que aquel periódico no es más responsable de los estragos que nos hace, que el obús que sirve para disparar las bombas. ¡Qué culpa tiene el pobre *Semanario*! Ya nos hacemos cargo del sentimiento que debe experimentar al verse condenado a soplarnos la píldora mal de su grado. Lo que hay de cierto es que en viendo al *Semanario* y que en sus últimas páginas se menudea la palabra *Progreso*, nos encojemos de hombros involuntariamente, y sofocamos un grito interior que no debe dejarse oír y que nos dice: aguanta, *Progreso* mío, que te llevan una oreja.

Pero no hay remedio, la polémica está en su siete. Es el asunto jefe del día. Polémica entre los señores Agreda y Goitia por un lado, y el señor Olañeta por otro. Enrédase el *Mercurio*, métese el *Araucano*, sale a la palestra el señor García del Río, los golpes llueven de todas partes; la redacción del *Mercurio*, *Un chileno imparcial*, el Presidente de Bolivia, Obando, en fin, un nido de avispas, una batalla campal en la que no queda uno que no salga amoratado. ¿Sociedad de Industria y Población, dijiste? Polémica. El *Semanario*, *Unos verdaderos chilenos*, hasta el *Progreso* se mete en el torzal y le hacen cantar la palinodia. Otro tanto sucede con el señor Gatica y compañía, tironeados para acá y para allá, sin que se sepa cuándo habrán de dejarlos en paz. No bien asoma el *Demócrata* con su gorrito colorado en la cabeza, y zas, polémica. ¡Y lo que durará! En fin, no sé por qué fatalidad se nos salió comparar a la madre abadesa del *Adel el Segrí* con una monja, y ya nos tiene usted en deshecho combate, y estropeados nosotros y estropeando a

otros, sin sabernos dar cuenta del cómo nos hemos venido a meter en este atolladero. En fin, ¡vaya esto en descargo de nuestros pecados!

El *Semanario* ha publicado una réplica a nuestro artículo anterior, y mucha debía ser la necesidad de contestarlo cuando no se ha creído tarde a los veinticinco días. Y sin duda que el lenguaje templado en que está escrito, aunque no menos dañino para nuestra pobre reputación que el otro, nos hace arrepentirnos de haber dado margen por una indiscreción o una ligereza, a ser el blanco de prevenciones infundadas en su origen, y de distraernos de ocupaciones de alguna mayor utilidad para el público. ¿Para qué la hemos de echar de desdeñosos? ¿Para qué hemos de afectar una impasibilidad que no tenemos? Queremos terminar este asunto entregándonos a discreción.

Habíamos dicho en nuestra anterior contestación, que al hacer la comparación que ha dado lugar a tantos desagrados, habíamos obedecido irreflexivamente a un recuerdo tradicional. Para el hombre a quien, por su estado o sus ideas, es un punto muy importante la abnegación de una monja, puede parecerle muy grave ofensa el que se diga que maldecía de la vida monástica; para el que no tiene apego a esta clase de instituciones, acaso es una muestra de tener carácter y elevación de alma el manifestarse descontenta con una suerte harto tarde comprendida. En este caso nos hallamos nosotros, y no fue nuestro ánimo ofender a nadie. Pero el autor de los comunicados en cuestión, lejos de hallar en la pureza de su corazón alguna disculpa a nuestro extravío, si tal lo creía, lo denunció ante el público como un ataque *aleve y feroz*, suponiéndonos el deseo de saciar rencores y todo lo que podía contribuir a concitar contra nosotros la animadversión pública. Ofendidos en lo más vivo, volvimos por nosotros, sin empeñarnos en contradecir lo que él aseguraba de sus protegidas. ¿De dónde se imagina que hemos de tener rencores

y prevenciones con personas que no existen para nadie en este mundo? Hemos, pues, usado de un derecho legítimo, defendiéndonos de un ataque que mancillaba nuestro carácter; damos ahora una prueba de nuestra buena intención, consintiendo en cargar sobre nuestros hombros la odiosidad que el autor del comunicado ha querido echar segunda vez sobre nosotros. Le concedemos este triunfo, sin hacernos mucha violencia, pues ninguna honra nos traería el volver dardo por dardo.

En cuanto a ofrecer balas, el *Progreso* no ha ofrecido nada al *Semanario*. Padece una grave equivocación el que así lo asegura; y si Lutero creía *soñada* la perfección de la vida monástica, Clemente XIV, creía que la vida común era la más *segura*, aunque no fuese la más *perfecta*; y nosotros estamos a este respecto enteramente de acuerdo con aquellos dos escritores. Por lo demás, nos mantenemos firmes en todo lo que hemos dicho, que no sea con respecto a los hechos que tienen relación a las personas indicadas en el escrito anterior, es decir en las ideas que manifestamos; pues, lo repetimos, los hechos no nos pertenecen; no hemos *calumniado* como se nos ha atribuido. Hemos repetido, sin intención de dañar, lo que hemos oído muchas veces, y lo que deseamos sinceramente que no sea fundado.

Creemos haber llenado un deber que nos imponía la justicia y el deseo de evitar cuestiones que hieren sin motivo a personas que ningún mal nos han hecho. No sabemos si el autor del comunicado que contestamos aceptará la sinceridad de este procedimiento; nosotros reposamos en la sanidad de nuestro corazón. Que no se toque más este asunto.

Casacuberta
de nuevo en la escena
(*Progreso* de 9 de enero de 1843)

Se le antojó al cielo llover el jueves y humedecer el suelo, no obstante que sabía muy bien que iba a representar el señor Casacuberta. Pero en despecho del cielo hubo una numerosa concurrencia de aficionados; no tanta, sin embargo, como en otras ocasiones. Los palcos estaban rebosando beldades, es decir, señoras y señoritas, y la platea presentaba una masa compacta de espectadores. El telón se levantó antes de que hubiesen llegado todos los asistentes.

Los aplausos del público habrían bastado a anunciar a una cuadra a la redonda el momento en que el actor se presentó en las tablas.

La atención del público está fija en el protagonista. La pieza, las decoraciones, los demás actores se oscurecen, son meros incidentes; las palabras, los movimientos, las diversas y variadas entonaciones del actor forman el fondo. Cada uno espera ser desde el principio profundamente conmovido, y aunque sus oídos están agradablemente heridos por las melodías de aquella voz apasionada; su vista por la mímica exquisita, detallada y llena de matices, medios colores y gradaciones imperceptibles, que el ojo no alcanza a seguir, pero que el corazón lee y explica una a una; cada uno, sin

embargo, siente a su pesar que no lo conmueve profundamente, como que faltara algo, como que la realidad no correspondiera a la idea que la fama ha hecho formar y aun a los recuerdos que sus pasadas representaciones han dejado. Alguno nota que la representación mímica es exagerada, que pasa más allá de los límites que la naturaleza prescribe a los movimientos que las pasiones provocan; otro que la voz flaquea, o no tiene una pureza metálica; otros, en fin, que en algunos pasajes la levanta demasiado. Sin embargo, después que la representación pasa, queda depositado en el fondo del alma un sentimiento de contento interior, una sanción de lo que ha visto y oído, y la fisonomía del señor Casacuberta, sus actitudes heroicas, sus movimientos convulsivos y sus menores gestos, pasan y repasan por la imaginación, se agrupan, se borran unos a otros y se reproducen sin cesar. Nace esto de que hay un fondo de verdad en la representación del actor que se sobrepone a todos los incidentes de la figura, las palabras o las actitudes; nace de que no solo cuida el trágico de reproducir la naturaleza en la representación de la tragedia heroica, sino que la embellece, tomando todas las actitudes que el consentimiento universal atribuye a la perfección humana y la escultura griega y romana han consagrado en las estatuas. Sabido es que los gladiadores romanos cuidaban, al caer heridos de muerte, de tomar una posición artística y bella para arrebatar al morir los aplausos de uno de los pueblos más inteligentes y que poseyó en alto grado el sentimiento de la belleza, por lo mismo que Alejandro, al caer acribillado a flechazos dentro de los muros de una ciudad enemiga, cubría todavía su cuerpo exánime con el escudo; por lo mismo que César, apuñaleado en el Capitolio, extendía una mano trémula y vacilante para arreglar su túnica al caer, de manera que su cadáver no quedase indecorosamente descubierto. Hay, pues, en las actitudes trágicas del señor Casacuberta las posiciones artísticas de la estatua. Cada postura que toma, está ajustada a

las reglas del arte; y si se nota alguna exageración, pende esto acaso de que carecemos por lo general de un criterio cierto de la perfección heroica o de la belleza trágica, o de que sigue demasiado la escuela francesa que ha llevado más adelante que otra ninguna el estudio de las formas clásicas; porque este género de representación pertenece a la literatura clásica, a la perfección escultural de las formas. El drama moderno que se ocupa de las pasiones humanas, tales como ellas se presentan en la sociedad o en la historia, sin curarse de quitarles las deformidades que las afean, no admite esta belleza ideal. El protagonista del teatro moderno es el hombre y no el héroe; la mímica describe entonces al hombre y se olvida de las bellezas de la forma. En un drama de Hugo o de Dumas, aunque los personajes pertenezcan a los tiempos heroicos y caballerosos de la edad media, el público reprobaría este cuidado asiduo de las formas heroicas, de la simetría de las actitudes del cuerpo. Y en esta parte podemos decir que el señor Casacuberta es eminentemente artista, que posee un talento y un caudal de luces superior a todo lo que hemos conocido en nuestros teatros. Los hombres que tienen juicio en la materia, algunos de nuestros literatos de primer orden, porque como lo hemos dicho antes, estas formas tienen una íntima relación con la literatura, se extasían admirando cómo un artista americano sin modelos conocidos, ha podido adquirir este fondo de conocimientos, tanto sobre la belleza artística, como sobre los caracteres exteriores de las pasiones humanas, y sobre los síntomas con que se revela el dolor físico, la agonía, la muerte. En el *Duque de Viseo*, en el *Otelo*, en el *Oscar* y en otras piezas, le hemos visto maneras distintas de expresar las agonías de la muerte; pero siempre tienen un carácter aterrante de verdad que eriza el cabello, que haría volver la vista de horror, si no hubiese algo de sublime en estas escenas espantosas, que atrae, que tiene al espectador con los ojos clavados en el moribundo, espiando sus menores movimientos,

las palpitaciones convulsas del corazón herido, los sufrimientos de la carne y las vibraciones de los nervios; aguardando, en fin, con inquietud, con angustia el momento en que el alma se escapa, en que el cadáver cae exánime. Entonces el espectador respira con placer, porque sale de una tortura que ha estado macerando, frotando y desgarrando sus fibras y su corazón.

Otra sensación que el público experimenta en las representaciones trágicas del señor Casacuberta, es el vacío de vida y animación durante los primeros actos. En vano es que nos entretenga con los detalles de su mímica prodigiosa, en vano que no hallemos nada que tacharle; el espectador permanece frío, y algo que no podemos definir está dentro de nosotros mismos acusando de impotencia al autor; pero el público acusa de un defecto al actor que absorbe su atención y se olvida del autor de la composición, que es de suyo impotente, que la mímica solo puede sostener. Es el género que ya no está en armonía con lo que el espectador pide, y en el *Duque de Viseo*, y el *Otelo*, y el *Oscar*, no obstante la boga de que han gozado y la perfección artística a que según las reglas clásicas aspiran, ¿qué ha de hacer el pobre actor para conmover a un público que está pidiendo acción, emociones vivas, sorpresas y movimiento, para interesarlo con largas y pulidas declamaciones, con una composición desnuda de intriga, y que se va arrastrando lentamente para producir una catástrofe final? Aparece de vez en cuando una escena tierna, un lance terrible como aquellos tiros que se escapan del fusil antes de la batalla, y entonces el actor sale por un momento de entre los lazos que lo encadenan, se alza una cuarta, se anima, conmueve, truena, aterra, para volver a caer después en la inacción, en el paso regular y mesurado, marcado por el tambor del clasicismo plan… plan… parrataplán, hasta que llega el acto final, en que uno está viendo ya el puñal del suicida, la soga del ahorcado, y los preparativos de la muerte obligada del protagonista. Recién entonces aparece

Casacuberta grande actor trágico, terrible, sublime, espantoso. Si Casacuberta no se encontrara a mano para el desenlace de una tragedia, debía mandársele traer de su casa, de Copiapó, del Perú, de donde quiera que se hallase, para verlo morirse, aunque otro se encargase de preparar los antecedentes de la catástrofe. Podía encargarse, por ejemplo, esta diligencia casera y puramente mecánica al señor Echagüe que nos dejó asombrados el jueves con el conocimiento de su papel, propiedad de su acción, y cadencia de su recitado que no carecía de animación, al menos hasta donde es susceptible de animación el señor Echagüe. En la tragedia clásica está en su elemento; puede ir y venir, entrar y salir sin que nadie le diga nada ni le tache un defecto notable; aunque es verdad que en ningún papel ha mostrado su ignorancia ni su impropiedad, si no ha de llamarse impropiedad el permanecer más frío que lo que las palabras indican.

Volviendo al señor Casacuberta y al género trágico en que tanto brilla, desearíamos que alguna vez nos diese el espectáculo nuevo en nuestro teatro, de representar un fragmento notable, una escena terrible de esas mismas que tanto admiramos; pero cuyas emociones nos cuestan el tener que pasar por todo el largo trámite de una tragedia desusada, traqueada ya, y pasada de gusto y de época. En Europa está muy en uso este género de exhibiciones, y aunque Larra se reía mucho de estos retazos, no veo yo la impropiedad que en ello haya. El público conoce una pieza, la ha visto representar mil veces, tiene en la punta de la memoria el argumento, la intriga, los personajes, etc.; pero no todos los pormenores le interesan, le cansan más bien. Hay, sin embargo, una escena en que el actor brilla por los poderes de la ejecución, en que el autor se eleva por la exaltación de una pasión; el público deseara verla mil veces, para gustar de sus bellezas, y no asistiría una sola a la representación repetida de la pieza entera. ¿Qué inconveniente hay en darle gusto? Un fragmento de una

tragedia es lo mismo que un dueto o una aria de una ópera, con la ventaja todavía para la primera de que los espectadores están en autos, y comprenden perfectamente el asunto.

He imitado al público ocupándome, en la primera representación del señor Casacuberta, del actor y no de la pieza. El *Oscar* es bien conocido del público, regular en su marcha, perfecto según las antiguas reglas del arte, sin caracteres especiales, pero con el desenvolvimiento de una pasión amorosa reconcentrada al principio, humeando en seguida, ardiendo últimamente, como el cráter de un inmenso volcán cuya furia se ceba en las resistencias, las empuja, las arrastra y las avasalla; la virtud sucumbe en un acceso de celos, y el remordimiento que trae el crimen cometido prepara la catástrofe.

El viernes se dio el *Pablo Jones* de Dumas, tercera representación del señor Casacuberta, que ya ha sido analizado por los diarios. Esta pieza es generalmente gustada del público por algunos hermosos detalles que contiene, la nobleza del carácter del bondadoso marino, el estrépito del balazo en el espejo, y pensamientos sublimes sobre Dios, la Providencia, la naturaleza. Por lo demás, no es esta una de las composiciones que más crédito han dado a Dumas. Tiene escenas muy largas y desnudas de interés; hay ostentación de pensamientos elevados, poca acción a veces, falta de pasiones casi siempre. Las circunstancias, una posición difícil, las exigencias del honor de una familia, hacen mover a todos los personajes, unos en línea recta, otros en sentido contrario.

¿Cuándo nos dará el señor Casacuberta el *Marino Faliero* y el *Espía sin saberlo*? En estas dos composiciones su trabajo es bien logrado, y el público sabe apreciarlo. La empresa acertaría, a nuestro juicio, dando prontamente estas dos piezas de que tanto gustan los aficionados.

El Correo de Ultramar
y El Observador de Ultramar

I

(*Progreso* de 10 de febrero de 1843)

En septiembre del año anterior ha empezado a publicarse en París un periódico con ese título, que debe salir cada cinco días; es decir, seis veces al mes. La suscripción es de veinticinco pesos al año. Esta publicación va a estar exclusivamente consagrada a ventilar los intereses de la civilización de la América española. La empresa está dirigida por Mr. Granier de Cassagnac, que es uno de los literatos y publicistas más distinguidos de la Francia actual. Los redactores del *Progreso* tienen el gusto de conocer un gran número de los escritos de Mr. de Cassagnac, y si en algo valiere su voto, no excusarán decir que es uno de los escritores contemporáneos que mejor han satisfecho las necesidades de su inteligencia. Conocen de este escritor una famosa obra que lleva por título *Historiadores franceses del siglo diez y nueve*, donde están ventiladas con la mayor profundidad e ingenio casi todas las teorías políticas, literarias y filosóficas que se desenvuelven hoy por la historia. El artículo de este libro

consagrado a Mr. Guizot es un hermoso y notable trozo que merece todo los aplausos que se le han prodigado; si no fuera demasiado largo y serio vería la luz pública en nuestro diario. Mr. de Cassagnac es un escritor de juicio, observador, prudente, moderado y eminentemente socialista.

Conocemos también de este autor un trabajo que se titula: *De la crítica literaria en nuestra época*, que reprodujo la *Revista* de París del año 1834, y otro trabajo que se titula, si mal no recordamos: *De las reglas de crítica que deben aplicarse al estudio de la historia y de la política*. Recordamos que uno y otro de estos artículos están llenos de sensatez, de ciencia, y escritos con una admirable claridad de principios y de apreciaciones originales y acertadas. Están juzgadas en estos trabajos con un acierto singular las mejores capacidades de nuestro siglo, apreciadas todas las tendencias y observados todos los elementos de las sociedades y de las revoluciones modernas.

Un periódico, pues, escrito exclusivamente para la América del Sur y dirigido por Mr. de Cassagnac, es un feliz acontecimiento de que debemos darnos los parabienes todos los americanos. El *Progreso* se ha llenado de gusto con esta aparición que hace entre nosotros la prensa europea, porque está seguro de encontrar siempre en ella apoyo y sanción a las opiniones de todo género que ha vertido y que verterá en adelante. El *Progreso* está seguro de que el periódico que anuncia, es una producción de sus maestros, y lo recibe con toda la benevolencia y amor de un hermano.

Si tuviésemos la fortuna de que estas líneas cayeran alguna vez bajo los ojos de Mr. de Cassagnac, quisiéramos acogiese el ruego que le vamos a hacer.

En primer lugar, que no atienda a esa vulgaridad demasiado común en Europa que tratan de hacer entender que cuando se escribe para la América, debe escribirse sin dar a las teorías

literarias y filosóficas toda la importancia científica que tienen. Por el contrario, desearíamos que se nos dieran pensamientos fuertes, bien trabados con las doctrinas y teorías absolutas que dominan hoy en todas las ciencias. En fin, queremos que escriba para nosotros poco más o menos como escribía sus trabajos de crítica literaria, histórica y política. Le rogamos que no se vulgarice para hablarnos, pues que estamos cansados de las vulgaridades que oímos y que decimos cada día.

En segundo lugar, que tenga buenos traductores, porque los que lo han servido en su primer número que tenemos a la vista, no son buenos; el estilo de la columna española es arrastrado, torpe, vacilante, y muy poco trabajado. Este defecto puede desmejorar mucho la belleza que esperamos ver siempre en la columna francesa.

El primer número no tiene todavía artículos de fondo; es una especie de manifiesto acompañado de noticias y de algunas otras trivialidades. Esperamos para los subsiguientes trabajos de importancia.

El *Correo de Ultramar* es un periódico nuevo en su género, muy superior al cuentero del *Instructor* y a la *Colmena*. Estos dos últimos no están destinados a darnos la consecuencia del siglo en que vivimos. Son periódicos atrasados, por más que estén bien impresos. Por su medio no llegaremos nunca a comprender la verdadera situación de las sociedades en que vivimos, ni el carácter que tiene hoy el pensamiento humano, ni las doctrinas en que se apoya, ni la escala en que se desenvuelve. El *Correo de Ultramar* nos hace esperar todo esto, tanto por la capacidad del conocido escritor que dirige la redacción (en la que necesariamente deben estar enrolados una porción de hombres dignos de asociarse con Mr. de Cassagnac), cuanto por la especie de manifiesto que hace de las materias que tratará.

Estamos seguros de que esta empresa tendrá excelentes

resultados para sus propietarios. El *Correo de Ultramar* va a penetrar, como esté bien calculado, hasta la médula de nuestros pueblos, y se hará la primera y más popular publicación de Sud-América. Rogamos a los redactores que tengan siempre por delante la prensa americana para que puedan estudiar nuestras tendencias y nuestros medios, y que menudeen sus apreciaciones sobre el modo cómo pensamos y vivimos los americanos.

El *Progreso* se lisonjea en creer que es el primero que quizá saluda y tributa sus respetos al nuevo campeón que viene de Europa a defender entre nosotros los intereses de la civilización y de la industria, y que trae los productos de la riqueza y de la inventiva europea para regar nuestras inteligencia. Quiera Dios que sus esperanzas se cumplan; las nuestras estarán cumplidas mientras no se interrumpa tan bella como importante publicación.

Recomendamos a todos los jóvenes chilenos que participan de las ideas propias de la civilización moderna, se suscriban a esta preciosa publicación; pues que no pocas veces ella vendrá a ser el testo de importantes discusiones sobre intereses que nos son vitales.

II

(*Progreso* de 2 de abril de 1844)

Ha principiado a publicarse en Madrid un periódico con el título de *El Observador de Ultramar* redactado especialmente para las colonias españolas, así como el *Correo de Ultramar* publicado en París afecta a todas las colonias en general. En cuanto a su espíritu, estamos autorizados a creer que será el mismo que anima a la redacción del *Correo*, según las

simpatías que uno y otro manifiestan, lo que nos hace presumir desde luego que pueden excusarse de llegar hasta nosotros, con cuyas ideas, intereses e instituciones estará en abierta oposición. Tratarase en él de los intereses coloniales, esto es, como los entienden los metropolitanos, sumisión a la autoridad de la madre patria, la predicación de todas las doctrinas que conducen a mantener el quietismo colonial, el vergonzoso tráfico de los negros y todos los medios de prolongar la sujeción de las colonias. La circulación de escritos de esta naturaleza encuentra pocos atractivos entre nosotros. Nuestros intereses están en el desarrollo, en el progreso, en el cultivo de la inteligencia, en la difusión de las ideas que preparan y robustecen el sentimiento de la libertad, y en la discusión de las doctrinas que conduzcan a alejarnos más y más del antiguo sistema de gobierno metropolitano, que se perpetúa en Cuba, Puerto Rico, las Molucas y Filipinas.

La situación y las necesidades de las repúblicas americanas, pues, son diametralmente opuestas a las de aquellas colonias, y los escritos que convendrían a estas, son precisamente los que más se oponen a nuestro espíritu y nuestra manera de ser. Bastaría para convencerse de esta verdad echar una ligera ojeada sobre el estado actual de la isla de Cuba, la posesión española más importante en América. La sociedad se conserva allí netamente española, pero a la manera de la España antigua, con el mismo régimen inquisitorial, el mismo empeño de ahogar toda manifestación de independencia, todo muestra de libertad. Cuba situada bajo el ecuador, dotada de una fertilidad asombrosa y produciendo los más ricos efectos coloniales, la azúcar, el tabaco, la caoba, el añil y todo en grandes cantidades, ha llegado a un grado de riqueza muy alto formando sus derechos de importación y exportación la parte principal del ingreso anual del tesoro de la península. Al lado de la abundancia de que los habitantes gozan, con las ventajas de los caminos de hierro, las calzadas de madera, y todos los

medios de acelerar las comunicaciones, lo que contribuye en todas partes a los progresos de la civilización, se ostenta en Cuba la ignorancia más crasa en la generalidad de los colonos, aun de aquellos más acomodados. La educación pública permanece estacionaria, la primaría llena a designio de trabas; la prensa periódica bajo el yugo de la censura y en manos exclusivamente de los peninsulares, y para servir los intereses del gobierno.

Algunos mestizos y mulatos se distinguen por una pequeña dosis de conocimientos literarios, presentando aquella sociedad una no vista alianza entre la riqueza y la ignorancia; entre el lujo y el atraso de las costumbres; entre los goces de la vida y la indiferencia más completa sobre los negocios públicos.

El *Correo de Ultramar* que ha precedido al *Observador* y que circula hoy por todos los Estados americanos, aunque menos excepcional que lo que es este último, no es más liberal ni más útil para nosotros en sus publicaciones de fondo. Granier de Cassagnac, su redactor, se ha propuesto en él ocuparse exclusivamente de las colonias francesas y españolas, y ligarlas por el convencimiento más y más a sus respectivas metrópolis. Todo el caudal de luces y de talentos que no podemos negar a este escrito, lo ha consagrado a derramar como un bálsamo soporífero, el espíritu de quietismo colonial, poniendo en ejercicio todos los raciocinios y todas las argucias que le sugiere su superior inteligencia para un fin que en manera alguna es honroso. Cassagnac se ha declarado el partidario celoso del tráfico y esclavitud de los negros, cuando todos los gobiernos civilizados se han unido entre sí para borrar esta mancha echada a la dignidad humana. Para él el tráfico de negros se reduce a una simple traslación de obreros de un lugar a otro con una incontestable ventaja en favor de ellos. La esclavitud que resulta de esta simple e inocente traslación no es menos inofensiva. Se *hace un trato* con un trabajador, éste debe trabajar durante toda su vida, y en

cambio se le mantiene sano o enfermo por toda su vida. Después se hace traspaso a otro del *trato*, ¿qué hay en esto de inmoral?…

La América española libre se había prometido un periódico en Francia, en el seno de la civilización europea, que satisficiese sus necesidades intelectuales, que le abriese el camino al progreso, y le suministrase conocimientos e ideas para preparar la marcha de las instituciones que su porvenir reclama. Esta publicación se está aguardando aún. El *Correo de Ultramar* ni *El Observador* llenarán jamás esta necesidad.

Ernesto

Drama de Don Rafael Minvielle

(*Progreso* de 15 de febrero de 1843)

La empresa del teatro nos ha favorecido el domingo con la segunda representación de *Ernesto*, una de las bellas flores con que se ha engalanado nuestra joven literatura; y aunque el *Semanario* anduvo muy feliz en la apreciación de este ensayo cuando por primera vez se presentó en nuestro teatro, aun nos atrevemos a añadir algunas observaciones que, más bien que a ilustrar el asunto, servirán a mostrar nuestra manera especial de considerarlo.

No haremos por cierto de esta producción el examen severo que no pocas veces hemos tenido el arrojo de hacer cuando hablamos de composiciones europeas. En tan grande estima son tenidas las producciones de la literatura francesa y española entre nosotros y tan encumbradas son las reputaciones de los que nos las envían, que ni nuestra crítica puede dañarles, ni nuestros encomios aumentar un ápice a su mérito. No hay, pues, inconveniente en cargar la mano en los defectos, más bien que extasiarse admirando las bellezas; aquello nos instruye aleccionando nuestro propio juicio, lo último es condición que de antemano traen aparejadas las composiciones europeas, pues son muy pocas las que del inmenso catálogo de aquellas se representan en nuestros

teatros sin que primero hayan recibido la aprobación de jueces más competentes que nosotros. No así cuando el escalpelo de la crítica va a caer sobre una composición contemporánea y nacional. La crítica podría, a fuerza de exigir perfecciones prematuras, extinguir la llama que empieza a encenderse en el seno de nuestros jóvenes aficionados, y nadie querría ensayar sus fuerzas en la nueva arena ofrecida al talento, si temiese que en premio de sus desvelos había de recibir por toda recompensa la pretenciosa exigencia de que rivalizase en perfecciones con los primeros dramaturgos de Europa cuyas obras se reproducen en nuestros teatros.

Pero, independiente de la capacidad de nuestros jóvenes autores, hay otro género de obstáculos para el buen desempeño en esta clase de ensayos, que por sí solos bastarían a embotar los talentos más distinguidos. Nuestra sociedad es poco dramática todavía; demasiado simple en sus relaciones, no ofrece complicación ninguna en los medios de acción. La vida real carece de aquellos ejemplos ya terribles, ya cómicos de una sociedad vieja, numerosa y llena de anomalías, contrariedades y situaciones singulares. Si se trata, pues, de formar el esqueleto de un drama que se apoye en nuestras costumbres, que se suponga posible o verosímil en nuestra sociedad, es preciso que sea simple y desnudo de acción como ella; porque de lo contrario será una producción exótica, no obstante el barniz de los nombres propios de personas y lugares a que nuestros oídos están acostumbrados. Si el autor quiere, como Scribe, Dumas o Hugo, exponer en él lo más delicado del sentimiento o de la pasión que puede abrigar el corazón humano; si pone en boca de una niña o de un joven, suponiéndolo nacional, aquellas delicadas ideas que tanto nos encantan en un personaje europeo, el público busca en vano en nuestra sociedad el tipo de donde hayan podido ser tomadas; y una mujer nuestra hablando como la *Tisbe* de Hugo, como la *Sonámbula* de Scribe, es un contrasentido, y si no hay plagio en

las palabras que se ponen en boca de una mujer nuestra, hay decididamente plagio en las ideas que se trasplantan de la sociedad europea a la nuestra. Por esta misma razón hay más sencillez en el argumento, menos complicación en los incidentes, y menos refinamiento en los sentimientos e ideas de una pieza del teatro moderno español que las que producen los dramatistas franceses; y nuestras composiciones se aproximarán, aun cuando solo traten de costumbres, más al teatro de Bretón de los Herreros que al de Scribe.

Estas observaciones nos hacen justificar al joven Bello de haber llevado sus personajes a Francia y al señor Minvielle a España. El primero derrama bellezas a manos llenas cuando describe a Granada; es terrible cuando, en nombre de la humanidad, desprecia a Napoleón, para provocar a uno de sus admiradores a un duelo. Todo esto hubiera sido pedante si en lugar de Granada hubiera dicho Santiago o Coquimbo, y si por Napoleón hubiera tomado a O'Higgins, Carrera o San Martín. El señor Minvielle quiso acercarse más a nosotros; pero no se atrevió a poner en nuestro suelo sus héroes, sino que trató de ligarnos a ellos por un vínculo de parentesco, de simpatía o de afinidad de intereses, hecho lo cual nos convida a España si queremos ver el desenlace del drama cuyos antecedentes habían principiado aquí. Mas, si la escena ocurre en Europa, las preocupaciones, ideas y sentimientos que agitan a los personajes, son de un interés americano, y en este punto resalta una verdad no ha mucho revelada por Villemain, sobre aquel teorema tantas veces repetido, de que la literatura es la expresión de la sociedad, a cuya solución se ha agregado después «de una época y de un individuo», porque a las ideas que el escritor toma de la sociedad y la época en que vive, da el tinte especial de su carácter, sus simpatías y su manera de ser, no habiendo creído los críticos modernos disparatado el ir a buscar en la biografía del Dante o de Byron el origen y la explicación de sus raras producciones. En el *Ernesto*, pues,

encontramos al señor Minvielle español de origen, aunque por una larga residencia y por nuevas y muy cordiales simpatías sea un americano y un chileno.

A nuestra manera de ver, el asunto del drama es muy bello y muy interesante para españoles y americanos, y aunque se le haya tachado de una tendencia política ajena del teatro, hay una cuestión de interés para el público, de que resultan posiciones e incidentes muy dramáticos.

Ernesto es un oficial español que en los tiempos de la guerra de la independencia se *pasó* a los patriotas. Usamos de esta palabra pasarse porque en ella solo está contenido todo el interés del drama. Un joven generoso, cediendo a sus deseos de ver triunfar la libertad donde quiera, odiando a su soberano el déspota sombrío de la España, animado de las ideas mismas que han puesto las armas en las manos de los insurgentes en América, aprovecha la primera ocasión que se le presenta para romper los vínculos que lo ligan a los satélites del rey absoluto, y enrolarse en las filas de los que pelean contra el pueblo en donde ha nacido. Nada más noble ni más elevado. Solo el siervo está pegado al suelo en que ha nacido, y la nacionalidad no es para el hombre libre el apego material a cierta porción de la tierra, a cierto país, sino a los recuerdos históricos que han tenido lugar en ese país, al idioma, a la religión, a las instituciones, al gobierno, y a todo aquello, en fin, que forma parte de nuestro ser moral; de manera que faltando estos vínculos, el sentimiento del patriotismo cae en presencia del cosmopolitismo de las ideas. Un turco, hecho cristiano y educado en las costumbres e ideas del occidente, ha dejado de ser turco y deseará para su patria el mal mayor que un turco puede temer, a saber, el que pierda todos los accidentes que constituyen la nacionalidad turca; un español, nutrido de las ideas que había hecho brotar la revolución de los Estados Unidos y de la Francia, maldeciría de una patria envilecida por un despotismo secular, gobernada por Femando VII, y enemiga

de toda idea de libertad. Un español como *Ernesto* podía, pues, abandonar sin mengua las filas de los españoles que venían a remachar las cadenas de pueblos que ansiaban por ser libres, y colocarse entre los suyos, es decir los que abrigaban los mismos sentimientos que él. Es este acto la manifestación más sublime de la dignidad del hombre que piensa, y la sanción de la moral más pura lo justifica y consagra. El general Arenales no merecerá jamás el tratamiento de traidor por haber peleado por la libertad en América, contra sus paisanos los españoles que venían a sofocarla; ni el valiente general Mina se manchó con abandonar su patria y venirse a los desiertos americanos a enrolarse entre los revolucionarios y combatir contra la bandera de su nación. Pero a este desprendimiento material de la nacionalidad, cuando como en *Ernesto*, se añade la circunstancia de haber pertenecido por cualquier motivo a ella, se llama *pasarse*, y la opinión pública impone en esta palabra un baldón. *Ernesto* en el drama del señor Minvielle representa la idea sublime de la consagración del individuo a la defensa de sus sentimientos, de sus ideas, que es lo que constituye la dignidad del hombre como ser libre, racional e inteligente. *Don Pedro*, el padre de *Camila*, su prometida en España, es el órgano de la opinión pública, es decir de las preocupaciones estrechas de la nacionalidad que no ve en la acción de *Ernesto* sino una traición a su patria, porque la multitud no entiende por patria sino la tierra, las plantas, los cerros y los ríos que hay en el lugar donde hemos nacido. *Don Pedro* dice con el aplomo con que se expresa todo hombre que se ve apoyado por el consentimiento de la muchedumbre: el militar no tiene conciencia. ¿Cuál de ellos empuñaría una lanza para sostener intereses y cuestiones que no conoce ni ha ventilado porque no es de su incumbencia el hacerlo? Palabras muy bien recibidas por la multitud; pero que no resistirían a una mirada de un hombre de conciencia. Cuando la sociedad está dividida en bandos, porque hay lucha en las ideas, el soldado puede ser

instrumento del que lo manda, máquina de matar hombres, mientras que no conoce las cuestiones e intereses que se ventilan; pero desde que los conoce, es un infame si, contra su conciencia y su opinión, sigue matando a los que desean lo mismo que él, y un egoísta si no se reúne al fin a ellos.

Nos hemos detenido en este punto para hacer sentir el mérito de la concepción del señor Minvielle. *Ernesto* desertó sus banderas y peleó en las filas americanas, *Ernesto* ha cumplido con un deber para consigo mismo, para con sus convicciones y para con la virtud; pero *Ernesto* vuelve a España, concluida la guerra, a unirse con su prima *Camila* que le había sido prometida en matrimonio, y la opinión pública estampa sobre su nombre la mancha de traidor; su familia lo rechaza, sus amigos lo compadecen sin justificarlo, y solo el corazón de la infeliz *Camila*, que se ha alimentado desde la infancia con la idea de ser un día la esposa de *Ernesto*, le es adicta siempre, obedeciendo a esta bienhechora ley de la naturaleza que apega el corazón de la mujer al hombre que la ha elegido, y si no lo halla justo siempre y ni aun justificable, la arrastra generosamente a participar de su suerte y dulcificar su misma desgracia; planta débil que necesita un árbol en qué apoyarse para alzarse del suelo y vivir; pero que una vez que lo ha hallado, lo enlaza entre sus anillos, lo cubre con sus hojas y lo engalana con sus flores, y no lo abandona aun después que el hacha o la carcoma lo echan por tierra y se lo arrebatan de entre los brazos. *Ernesto*, mal comprendido por todos, perseguido porque ha sabido ser superior a mezquinas consideraciones, es una repetición del espectáculo que las sociedades ofrecen a cada momento. Hay algo en esto del interés de la tragedia antigua, algo del héroe que sucumbe víctima del vicio o de preocupaciones más poderosas que la virtud, que siempre es incomprensible para la multitud, vulgo o público, como quiera llamársele. Entre *Ernesto* y los españoles sus paisanos, hay la lucha de una idea nueva, regeneradora,

grande y sublime; pero que aún no está sancionada por el sentido común, que lo forman las ideas buenas, mal recibidas por todos. Ernesto sucumbe ante el imperio despótico de la opinión pública; pero debiera, a nuestro juicio, sucumbir sin mengua, como el débil virtuoso sucumbe ante el poderoso injusto; y si algún defecto capital notamos en la composición del señor Minvielle, es que se ha olvidado, para el desenlace de su drama, de aquel axioma que una célebre mujer que ha merecido ser colocada entre los más eminentes pensadores, puso al frente de una novela: el hombre debe sobreponerse a la opinión, y la mujer someterse a su imperio. Para las mujeres solo queda el triste deber de encorvarse ante las opiniones humanas, cuando se trata de acciones que se apoyan en principios y en convicciones verdaderamente nobles y virtuosas. *Ernesto* se somete a las exigencias de la sociedad, y muere convicto y confeso de haber obrado mal, defendiendo la libertad americana. Hubiéramos querido verlo morir en un cadalso levantado por el ignorante nacionalismo de los españoles como *Don Pedro*, o ya sea que se diera la muerte, oírlo maldecir de una sociedad y de una época que no sabía avaluar las acciones según su mérito real, presagiando para la España y para el mundo una época más venturosa en que el hombre de convicciones sería preferido al hombre máquina, al hombre instrumento. ¿Y por qué no hacerlo desaparecerse al concluir de un acto, y enrolado más tarde en las filas de los cristinos, pelear en España bajo un nombre oscuro por la misma causa de la libertad por la que peleó en América, y presentarse después a su *Camila* y a su tío con unas charreteras ganadas a fuerza de hazaña y de valor en el sitio de Stella u otra parte, y humillar a esa misma opinión oponiéndole sus nuevos títulos a la consideración de sus paisanos? La época se presentaba maravillosamente para ello, y la unidad de tiempo anda rodando hoy día entre los trastornos viejos.

A este defecto en las ideas se ha debido que el *Ernesto*

tenga un desenlace sin interés, porque el hombre ha dejado ya de interesar, desde que deja de ser la expresión de una idea; la muerte moral ha precedido por mucho a la muerte física, y esta ni sorprende ni conmueve.

Por lo demás, el pensamiento que ha servido de base al señor Minvielle, es de una elevación incontestable, y a nuestro juicio uno de los pocos que son verdaderamente de interés nacional y americano; no es poca la gloria que al señor Minvielle cabe por haberlo sabido encontrar dramático. Su *Ernesto* es en este respecto infinitamente superior a los *Amores del Poeta*, cuya tela es muy pobre de interés nacional y del todo ajena a nuestras ideas y costumbres, no obstante de estar estampadas de tan brillantes colores que no puede uno negarse a recibirla. Los *Amores del Poeta* es un *petit* drama francés hecho aquí por don Carlos Bello, y como este digno amigo no está presente, decimos en su ausencia todo este mal que sentimos de él.

El *Ernesto* tiene algunas escenas de vivísimo interés, un lenguaje adecuado, de vez en cuando florido, y siempre castizo y esmerado. Nos abstenemos de entrar en los detalles de la composición por no repetir las observaciones del *Semanario*, y porque ya nos hemos extendido más allá de lo que es costumbre.

El señor Minvielle ha enriquecido nuestro teatro con algunas bellas traducciones, y según sabemos, tiene una muy importante entre manos. Le recomendamos que no deje adormecer las felices disposiciones para el drama que ha mostrado en su primer ensayo, y que nos perdone las observaciones que nos hemos aventurado a hacerle.

Cromwell
Drama traducido del francés
(*Progreso* de 23 de febrero de 1843)

Este drama no lleva a su frente el nombre de un autor conocido. No es ni el Cromwell de Victor Hugo, ni el de Emilio Souvestre, ni el de Félix Piat; es otro Cromwell bajo todos sentidos; es decir, un drama donde figura un personaje que el autor, sea quien fuere, llama Cromwell y que a la verdad no está adornado con ninguno de aquellos rasgos originales, grotescos y salientes que marcaron durante su vida al hombre singular, cuyo nombre reproduce el drama que nos ocupa.

Sin embargo, hay en este drama, así como en todos los de su género, una circunstancia que contribuye eficazmente a darle un gran interés. Ahora cincuenta años, en Europa, y por supuesto algo menos entre nosotros, era una regla establecida que el drama político era frío y no llevaba en sí elemento alguno capaz de sublevar pasiones y de hacer fuertes impresiones. Dependía esto del atraso e ignorancia en que el hombre vivía con respecto a los intereses políticos, y del hábito de prescindir de ellos, dejándolos abandonados al manejo de la raza privilegiada, llamada a ello por las instituciones tradicionales de los pueblos. Hoy, empero, se deja notar ya un inmenso progreso; lo que antes formaba el interés o la pasión de una raza, es hoy el interés y la pasión de todos los hombres

que piensan y que trabajan, y la vida pública presentada en los teatros no necesita llevar ya los trinados y guirnaldas de la pasión amorosa ni pedir impresiones a la vida doméstica, para tener el poder de arrebatar la atención del público y de preocuparlo. Si antes el drama necesitaba de las pasiones que constituyen los contrastes de la vida doméstica para subyugar la inteligencia de la generalidad, era solo porque la generalidad no conocía ni tenía papel en la vida pública; pero hoy que lo tiene, hoy que la mayor parte de sus intereses particulares y privados están ligados con los intereses públicos, se ve en todas las clases un conocimiento más o menos desenvuelto de los resortes sociales, y una inteligencia práctica de las situaciones y de las pasiones políticas; he aquí la circunstancia que hoy contribuye a dar a los dramas políticos el interés de que antes carecían.

Si se desnuda de esta cualidad al drama que presenciamos el martes bajo el título de Cromwell, lo veremos reducido a nada. Mas los accidentes que rodearon a este personaje y los sucesos en cuyo centro figuró, son de suyo tan grandes y alarmantes, y han resonado de tal modo en el mundo civilizado, que es imposible no sentirse arrastrado involuntariamente a contemplar con atención todo cuanto se relaciona con aquella vida de hombre y con aquellos sucesos. La Inglaterra, por ser un país que tiene desparramados sobre todo el mundo sus hijos y sus intereses, inspira interés y deseo de conocer sus revoluciones; Cromwell, por ser uno de los grandes ejes de rotación con que ha caminado este país, se presenta naturalmente como uno de los grandes hombres de la historia extranjera más dignos de ser estudiados, y más capaces de producir ideas netas sobre las pasiones y los hechos morales que distinguen a los caudillos de las grandes revoluciones. La historia moderna nos presenta dos tipos, Cromwell y Napoleón, de los hombres en quienes se vienen a encarnar los principios y los elementos sociales que causan las revueltas y las

contradicciones de intereses que engendran los trastornos sociales. Todas las revoluciones empiezan por el deseo de restablecer el equilibrio de los intereses que constituyen la atmósfera de la vida social; equilibrio roto por el tiempo, y que el desenvolvimiento de las partes de la sociedad que antes no tenían peso para figurar en él, hace necesario organizar de nuevo. Todos los pueblos se organizan según la época en que viven; pero esta época pasa, le sucede otra más adelantada, otra en que nuevos principios y nuevas cosas, nuevos hombres y nuevas ideas piden la parte que les corresponde. Aquí empieza la lucha entre la parte que posee y la parte que solicita; aquí empiezan las pasiones, los odios, las tentativas, la lucha en fin. Estas tentativas de cambio se organizan poco a poco; de principios pasan a ser hombres; de hombres pasan a ser partidos; de partidos pasan a ser ejércitos; de ejércitos pasan a ser gobierno y poder. La necesidad del ataque y de la defensa, va concentrando lenta e insensiblemente todos los intereses de la *acción* y de la *reacción* en una mano, así es que apenas se realiza el triunfo de algunas de las dos fracciones contendientes, se ve surgir un *hombre poder* en quien vienen a encarnarse todos los elementos de acción y todas las ideas que desparramadas en el sentir general de la época dieron principio al choque. Por esto es que todas las revoluciones acaban por elevar un dominador, es decir, un hombre centro que resume y reduce a poder real todos esos principios e intereses que empezaron como teorías a atacar los poderes preexistentes. He aquí porqué dominó Napoleón; he aquí porqué dominó Cromwell.

Muy poco o nada de esto se hace notar en el drama del martes; y sin embargo la vida de Cromwell se presta admirablemente a un desenvolvimiento de este género. Rara vez ha presentado la historia un personaje más análogo con la sociedad sobre la que influyó, ni mejor dotado de los instintos y de las manías propias de su época. Cromwell, militar, político y

teólogo, había nacido para dominar una nación agitada por la guerra civil, por las contradicciones de los intereses públicos y las contiendas religiosas. Fanático aparente, astuto para serlo tanto cuanto le convenía en un tiempo y en una revolución en que dominaban las ideas exclusivas e intolerantes del puritanismo, supo en la tribuna y en la prensa hacerse el representante de todas las pasiones y de todas las teorías que arrojaban a la sociedad inglesa en el vértice revolucionario. Al principio no había sido sino uno de tantos aventureros o creyentes que se adhieren a las revoluciones; pero a medida que el tiempo había ido encendiendo las fogosas pasiones que nunca dejan de demostrarse en los trastornos políticos, había ido saliendo de entre la vulgaridad esta alma fuerte, dominante, exclusiva, llena de confianza en sí misma, tenaz para creer, firme para querer, cruel para ejecutar, y sometida con resignación a esa especie de fatalismo que de paso en paso lleva hasta los excesos del poder al hombre predestinado a servir de centro en las grandes revoluciones.

El Cromwell del drama que nos ocupa, casi nada tiene de común con el Cromwell sombrío, con el teólogo oscuro y charlatán que daba cuerda a las pasiones del populacho inglés, con el gobernante sagaz que dominó y puso freno a una de las más soberbias e indomables revoluciones que se conocen. Todo lo que hay de grande y de característico en el personaje histórico ha desaparecido en el drama, dejando en su lugar un personaje indeciso, sin voluntad, sin intuición del porvenir, sin esa tenacidad inconmovible que distingue siempre a los hombres que dominan las revoluciones. El carácter de Carlos I está igualmente desnaturalizado y no aparecen en él ninguna de aquellas cualidades caballerescas, generosas, nobles, que lo distinguieron y lo hicieron víctima de los principios tradicionales del trono. Esto es por lo que respecta a la parte política del drama; por lo que hace a la parte doméstica, decimos que apenas merece mencionarse, tal es de mezquina e

insignificante. Sin embargo, es Cromwell el que figura en el drama, y ya esto solo es bastante para llamar la atención y para dar importancia a una u otra escena, en que no deja de haber algún calor y una mediana inteligencia de las situaciones históricas en que debió encontrarse el héroe de la pieza.

Los palcos estaban desiertos, las lunetas medianamente ocupadas. Estamos aún en la estación en que nuestra población gusta más de hacer dramas que de presenciarlos. Los nuestros nada tienen de terrible, pero en cambio tienen mucho de amable. La Angostura, Colina, Peñaflor, el Monte, etc., etc., son los teatros donde está por ahora campeando nuestro ingenio artístico; allí es donde las almas cansadas de sentir lo que los autores y actores escriben y representan, van a hacer de ellas mismas sus papeles y a representar los dramas íntimos que los sentimientos desenvuelven en el fondo de cada corazón. La cuaresma vendrá a vengar a nuestro teatro del tiempo de rebelión en que estamos, y como no hay muerto malo, según dice el refrán, nos arrepentiremos del mal pago que le hemos dado en su vejez y suspiraremos por su resurrección. Llegará la pascua, y entonces todos nos reconciliaremos, entraremos en juicio y vendremos a ocupar nuestros asientos con aquel gusto con que los viajeros llegan, después de malos pasos, a sentarse en el hogar doméstico para recibir el abrazo y las visitas de los antiguos amigos. Vengan entonces los dramas, vengan los actores; el *Progreso* pondrá su bandera entre ellos.

Un viaje a Peñaflor
(*Progreso* de 27 de febrero de 1843)

Sin duda que es imposible dejarse estar tranquilo en una ciudad como Santiago, cuando hay en la población un movimiento general hacia el campo. En vano uno se echa a rodar por las calles y paseos públicos que hermosean nuestra capital, porque no encontrará nada que le pueda causar unos pocos momentos de placer. La seductora Alameda con su piso llano, el susurro de sus aguas que acarician mansamente el pie de los árboles, y la pila que se alza con sus bellos chorros de agua como el ramaje de una palma, está desierta. Apenas se divisa por entre sus troncos alguno que otro frac, jamás se distingue un cuerpo elegante y gentil, una de esas bellas flores cuyo follaje mece con coquetería el viento. En el teatro no es uno tan desgraciado, porque a pesar de verse en gran parte renovada la concurrencia, con lo que no ganamos gran cosa, se presenta una reunión muy regular. Las causas de estas repentinas trasformaciones están muy a las claras; la estación calurosa, la verdura del campo, la proximidad de la cuaresma, época del silencio en que la estación nos recuerda un deber, nos canta un *memento*; en ella no se oye más que el acento de la religión, cuya voz de bronce llega al alma. Es menester apresurarse a gozar de las sombras de nuestros campos, y de la fresca brisa de la tarde que cargada de aroma sahúma nuestros cabellos y aletarga el sentimiento, como el beso de un niño

sobre la frente de su madre.

Yo, pues, siguiendo este impulso y ansiando ver lo que pasaba por los mundos a donde se emplazan tantos y de donde se cuenta tantísimo, caí en la tentación de marcharme a alguna de tantas partes. Recorrí mil lugares en mi imaginación y los desprecié. Al fin me acuerdo de Peñaflor, y a Peñaflor dirigí mis visuales. Desde entonces ya no oí en todos los corrillos más que el nombre de Peñaflor, sus baños, sus niñas y sus bailes; el carnaval perpetuo.

Una vez decidido a hacer algo es preciso cumplirlo. Mil ilusiones formaba mi imaginación. Era forzoso salir de la *ciudad*. Pero como no se puede sin coche o caballo, tuve que dirigirme a contratar la Diligencia, o mejor la Negligencia. Llegué, pues, a la casa de la impertérrita Negligencia; me metí dentro y el dueño me introdujo y me la presentó.

—Esta es señor… si gusta.

—Espérese usted… reflexionaré —le respondí.

La Negligencia, que parecía que jamás la hubieran pintado, presentaba aquel aire impasible y grotesco que suele observarse en ciertos hombres sólidos… El dueño que observaba tal vez mis gestos y miradas, no dejaba de fruncir las cejas y estirar el hocico. Más de una vez quiso contarme la historia de su ajuar… los hombres que había conducido, los lances en que había salido con honor, etc. Con respecto a la edad anduvo como andan las mujeres; me confesó que tenía veinte y que había sido reformada muy pocas veces. Esto no se me hizo difícil creerlo, porque a pesar de la mano de tierra muy gruesa que tenía en los cachetes y en la calva, aun se divisaban aquellos grandes tajos que da la vejez y esas hondas arrugas que deja el tiempo y que vienen a ser depósitos de las borras de la pintura y de los pelotones de tierra… En seguida el buen hombre, inspector del barrio, me presentó el caballo, y junto con él, el postillón. Ambos tendrían una misma edad con la

Negligencia, aunque en la velocidad eran diferentes, pues el postillón parecía tener más trazas de ligero que sus camaradas. Ponderome el caballo muchísimo, más que lo que ensalza el adelantamiento de un pueblo la memoria de un ministro. El caballo estaba delgado como el alumno del licenciado Cabrera, pero el dueño decía, esa flacura es lo que lo hace apto para marchar como se debe en este siglo; aquí soltó la tarabilla mi hombre y me dejó sin poder articular palabra. Trajo al caso la honradez del postillón, alegando entre sus muchos títulos, que era sobrino de un fraile y que tenía su tintura de buena educación.

Al fin dejé a mi buen hombre con la palabra en los dientes y me despedí. Por supuesto no pudo seducirme con las informaciones de la excelente calidad de la Negligencia; porque tengo mi regla para no creer en palabras, esas palabras que abundan en nuestro siglo de puras palabras. Se le antojó a un ministro hacer que ciertas juntas promulgasen un folleto y se le dijo al pueblo que era cosa de él y que se llamaba constitución, palabra sangrienta que en su sentido real quiere decir: venda fatídica con que se cubre la vista del ajusticiado o velo puesto a los que están debajo. La facultad de mandar se llama también gobierno, precisamente porque no lo hay, y gobierno, pues, es el de Rosas, y gobierno fue el del año 28, y gobierno es todo lo que precisamente anda muy mal y en contradicción con los principios sociales. Mas no hay que asustarse, estas cosas constituyen las armonías que rigen al mundo, y lo que no es armónico por sí, lo hacen armonizarse por fuerza, sin hacer por eso violencia a la voluntad de las gentes que Dios declaró *libre*.

La Negligencia se quedó, pues, en su casa, ni más ni menos que como una solicitud en el bufete de un ministro. Un amigo me ofreció un caballo de silla, y lo acepté. Pasaron dos, tres, cuatro horas y el caballo no se divisaba. Esto es que el amigo nunca miente, aunque sí suele faltar a su palabra. Los

compañeros de viaje me instaban, yo me desesperaba, y entre tanto mando por otro caballo y me lo traen, aparece al mismo tiempo el del amigo. ¡Santo cielo! exclamé, y sin saber cómo ni por dónde, monté y salí a trote acelerado por las ásperas calles de la ciudad. Ya pude decir, sin temor de ser desmentido, que estaba en camino para el dichoso Peñaflor que me había hecho pasar tan pésimos ratos y me había proporcionado lanzar mil votos de condenación y pronunciamientos contra el amigo, el cochero, el caballo, el gobierno y todo el género humano. Ya se ve, era una cuestión humanitaria, cuya resolución interesaba altamente a la humanidad sin caballo.

El camino, además de ser de buen piso, presenta paisajes del más rico matiz. Por donde se echa una mirada, allí se encuentra una frondosa arboleda, llanos inmenso de verdinegra alfalfa, y numerosas chozas que abrigan esas solitarias familias que no tienen más placeres que su soledad, los frutos de su cultivado campo, los cantos matinales y los arrullos de las brisas de la tarde. Mientras más se aleja el viajante de la gran población, más encuentra estas dichas desconocidas en las suntuosas casas. Al bullicio inmenso de la capital, al calor de sus habitaciones, se sucede la tranquilidad del desierto, el susurro de los árboles, el murmullo de las aguas y los suspiros del viento que lleva entre sus pliegues la pureza de las flores. El alma respira entonces, el corazón se alegra, el espíritu medita. Al acercarse a Peñaflor le conduce una gran alameda cuyo término no se ve, perdido en la falda de los cerros; desde luego se suelen oír voces de una aldea agitada, conmovida, entregada al regocijo. Estos acentos preludian los placeres de una diversión inmensa, y el alma ansía zabullirse en el sitio donde corre el placer.

Al fin, llégase a la Posada entre mil caballos que se cruzan empolvando a los de a pie. Es preciso buscar alojamiento, llamar al posadero, tertuliar con los que se nos pegan al estribo para saber algo de la ciudad. Pero el posadero no se mueve,

apenas habla; insta uno, reniega, y se le contesta fríamente: no hay alojamiento, todo está ocupado. Aquí de reniegos sobre las barbas de todo el mundo. Empleó una hora el posadero en decir eso y se mandó mudar con su paso de tortuga, después que nos había inspeccionado. Hasta aquí todo se me había frustrado, me hallaba precisamente peor que en la ciudad, y entre las determinaciones de mi vuelta o de mi quedada, me agregué a unos amigos y me metí en su cuartito en que estaban más de seis. No me convidaron, es cierto; pero aunque la resolución fue dura, la alternativa también era terrible, y quise más bien pasar por impávido que volverme *in albis* para la ciudad.

Ya estamos en el célebre Peñaflor. El día se había concluido, la noche estaba oscura, negras nubes entoldaban el cielo y apenas se entreveía una que otra estrella al través de los velos flotantes. Un gran murmullo se extendía por todas partes. Era el de la multitud que se aprestaba para un baile, el de los jóvenes que se preparaban para el campo del placer, el de una caterva de solterones y maridos que querían recordar sus pasados abriles, y rejuvenecer sus carcomidos tallos. El placer hace iguales las edades, como el sol alumbra todas las frentes. Ya el salón es invadido por las familias. Las luces que arrojan las arañas no son muy abundantes, pero en cambio las bellas destellan rayos de luz. En un momento todos los asientos son ocupados y la falange de galantes comienza a moverse. La contradanza principia, los cuerpos de las bellas se deslizan al son de la música, los giros se alternan, las voces se cruzan, las palabras se cambian, y el campo es una palestra en que unos ciegan laureles y otros calabazas.

Pero el baile serio no ensancha los pechos, no conmueve los corazones, ni da a las fisonomías aquella viveza de expresión, y aquel alegre colorido, producto de emociones placenteras. La zamacueca, la resbalosa se sustituyen. Entonces la agitación crece, el movimiento es general; todas las edades se agolpan,

se apiñan, se encaraman, para saborear de cerca las vivas vueltas de los bailarines, sus voluptuosos giros, los armónicos sonidos del canto y la música, la expresión de los que lo ejecutan. Por otro lado, más de un galán no se desprende de su querida, la bulla no le distrae, el baile no le excita; no quiere desasirse de su prenda. Un rayo perdido de los ojos de su bella será una oscuridad eterna, una sonrisa desperdiciada será una esperanza de menos; una palabra no oída será la destrucción de su fe; un porvenir oscuro, un deseo que el tiempo ocultó bajo sus alas envenenadas. En otra parte se alza el punzante ruido de los cristales, entre las voces que sueltan mil labios lánguidos y balbucientes. Allí no se alaba la belleza, no, el ponche es el dueño de las caricias, se lisonjea su fortaleza y su colorido azulado. El uno quiebra un vaso, el otro hace beber por fuerza a su amigo y en estas idas y venidas se pasa la noche, el baile se concluye, el ponche se agota y las familias se retiran. ¡Ah, qué triste la retirada para los que no se hartaron! ¡Qué seductora para los que oyeron una amable mentira, una promesa de amor!…

Han dado las doce de la noche y aún se divisa el vestido de las que se alejan. Todavía hay uno que oye su voz; pero esos contornos vagos y fluctuantes, como un gobierno del justo medio, se ven todavía mejor a la distancia y son como las nubes de la niebla matinal que cubre con su delicadas tocas la Cruz de Peñaflor.

Al fin llegó la hora de concluirse la fiesta; la noche se hizo un minuto y el día apareció tan repentinamente que muy pocos serían los que gozaron del sueño. El sol del 12 de febrero, más quemante que otros días, trajo a la memoria la célebre batalla de Chacabuco, el entusiasmo por un día de victoria. Las victorias de la libertad viven siempre en los recuerdos del pueblo. Ya no se trataba del placer de cada cual, no, todo se consagraba al día memorable, al día que vio caer mil valientes, y levantarse la libertad. ¡Que una lágrima de la juventud

refresque sus laureles! ¡Ah!, ¿por qué no se alza un monumento en ese campo yermo y pedregoso que retembló bajo la uña de los corceles, bajo el estampido del cañón y el acento de libertad y de victoria de mil valientes? Tal vez sus labios se ríen al ver el porvenir cuyo velo desgarraron, quizá sus huesos se incorporan y toman figuras de ángeles que vacían la urna del porvenir sobre nuestras cabezas, y lanzan de sus bocas el viento de civilización que nos empuja de progreso en progreso a la perfección…

De alegría en alegría se pasaba el tiempo. El sol descendiendo a su ocaso, balanceaba en el horizonte su franja de oro, púrpura y azul. Vino la noche, y tornó a girar la copa del placer. Las mismas bellas volvían a perfumar los salones. Los galanes cada vez más se hacían notar; el que no se declaraba enfermo, se declaraba en quiebra y se manoseaba la barba en un rincón. Era preciso tener levita económica con bolsillos laterales y llamarse enfermo para admirar. ¡Ya se ve!, de la compasión al amor no hay más que un paso, del amor al engaño no hay ninguno. Mientras unos rabiaban quejándose de su mala suerte, otros reían al pie de sus altares; mientras unos se veían confundidos por las palabras de una bella, otros pateaban por poder sacar una palabra. El mundo es así.

Era preciso volverse. Comer mal y dormir peor, podía sufrirse dos días, pero más ¡guarda Pablo! Mas los caballos no parecían, el sol quemaba y el posadero más que el sol. Busca aquí, corre allá, al fin se encontraron y partimos. Peñaflor quedaba con sus puras aguas y sus flores; y nosotros veníamos como un vaso vacío que solo empaña el polvo del camino. Y no se crea que decimos mentira en nada; porque si no nos creen, nos vindicaremos.

Es lo que quiero, hoy que están tan en moda las vindicaciones. Apenas una persona despliega el labio en bien o en mal, ¡zas!, una pregunta, y luego una carga de papeles al público. El *Descarado*, y lo llamo así por lo difícil que es

pronunciar *Desenmascarado*, es el más colosal en esta industria; su escritor, que además de ser hombre, debe ser muy racional y de talento, da mucho honor al país; en algunas cosas, es verdad, nos deja a ciegas, pero en otras, es más claro que un verdulero. Es inagotable en sus producciones, tanto que antes de escribir un número, lo espeta entero *in prima facie* a sus amigos. Luego de aquí sale el coro; es decir un ejemplar hombre, también hay periódicos hombres, que se va repitiendo de *pe a pa*; o más bien se va multiplicando en nuevas o añadidas ediciones. Algunos dirán que esto es una digresión, y no hay tal. Es cuando más una figura retórica para ensalzar por medio de ella a mi paisano (esto para entre nosotros) el autor del *Descarado*. Yo he presentado a Peñaflor como es hoy; y el periódico de que hablo ha presentado a su autor, como realmente es, desnudo, sin máscara, como Dios lo hizo [6].

Cuadros de Monvoisin

(*Progreso* de 3 de marzo de 1843)

Este aventajado artista está preparando en uno de los salones de la Universidad la exhibición de sus hermosos cuadros. El señor Monvoisin es un pintor histórico; su talento es por consiguiente creador, y está muy lejos de hallarse reducido a aquella simple sagacidad que basta para hacer copias de los objetos materiales. Las dificultades y el mérito de los pintores de la categoría del señor Monvoisin, consisten en crear relaciones, es decir, en hacer resaltar las pasiones y los sentimientos de cada uno de los personajes que llenan sus grupos, y tener cuenta en este trabajo, no solo de la verdad que enseña y da la historia, sino del modo más fuerte y sorprendente de hablar a la imaginación y de arrastrarla a contemplar la vida, las sensaciones y las pasiones que en el momento dado están dominando en cada grupo o en cada persona. Este es uno de los esfuerzos más difíciles de la pintura y el que, a la verdad, tiene mayor mérito; porque es cosa verdaderamente sorprendente dotar de vida un lienzo y eternizar sobre él aquellos momentos pasajeros, pero terribles, que llenan la historia de los pueblos, aquellos momentos en que grandes pasiones sacuden y agitan el alma de grandes masas y ponen en conflicto con ellas a grandes y altas inteligencias. Aquí, pues, no es la vida ni las pasiones de un hombre lo que se pinta; no es una fisonomía, no es un alma, sino la vida, la

fisonomía, el alma de todo un pueblo, esa alma social, permítasenos la expresión, que se abre paso y se muestra en los grandes acontecimientos. Ella no está materialmente en ninguna parte; no está en tal figura, ni en tal otra, ni en tal grupo, sino que está en las relaciones creadas por el artista en este rayo inteligente, inmaterial, que ilumina todas las fisonomías, porque al mismo tiempo hay unidad en el todo. Es decir que se representa un suceso donde figuran distintas personas, distintos sentimientos, distintos intereses, pero sin dejar de ser un suceso único; hay variedad en los detalles, variedad que consiste en que ese suceso, así único como es, obre de distinto modo sobre cada uno de los personajes envueltos en él. En el talento que se necesita para realizar esta unidad de plan que debe dominar en una buena pintura, con la variedad de los detalles individuales que deben aclararla y completarla, es en lo que consiste el gran mérito del artista; porque este resultado no solamente es obra de imitación, sino obra de la imaginación, de ese poder creador con que está dotada la inteligencia de los artistas como el señor Monvoisin, para hacer brotar vida de un lienzo y rodear esa vida con las mágicas ilusiones de la poesía.

No entendemos palabra de pintura, ni tenemos más fundamentos para hablar de este arte sublime que el que nos da el sentido común y una mediana afición que nos ha hecho mirar con mucha atención y apego cuanto tiene relación con él. Sin embargo, nuestra posición de periodistas nos ha impuesto el deber indispensable de hablar del señor Monvoisin y de sus obras, que muy pronto verá el público.

No nos acordamos dónde hemos leído que son tres los sistemas en que se divide la pintura moderna; a saber, la tradición, la imitación literal de la realidad y la libre interpretación de los modelos. Nos parece que el señor Monvoisin pertenece al último; pues que sus mejores cuadros no son imitaciones de las tradiciones griegas o romanas, ni

copias serviles de objetos naturales, son como hemos dicho, obras de historia en que toda la parte de vida que hay, es decir, la pintura de las pasiones e intereses que en el momento elegido agitan a todos y a cada uno de los personajes que retrata, es una creación suya, una obra exclusiva de su fantasía que ha creado de nuevo y poetizado la realidad pasada. Los grandes momentos de la historia son bulliciosos; tan agitados, tan rápidos, tan sorprendentes que bajo ningún aspecto se prestan a la copia material. Ellos pasan antes que el artista tenga tiempo de pensar tan solo en fijarlos sobre el lienzo. ¿Qué mano puede estar dotada para clavar en un lienzo una pasión, un movimiento, un hecho con aquella rapidez con que se efectúa? Ninguna. Así es que las obras del arte que vienen después a fijar estos momentos, son resultados lentos de la meditación, del trabajo, de la combinación y de la exaltación poética del artista, que con la fuerza interna de su inteligencia, vuelve a crear el momento dado con todos sus colores; adivinando a fuerza de talento, creando y ejecutando a fuerza de fantasía.

La multitud aplaude mucho más, sin embargo, las copias literales que estas obras de creación que nosotros llamaremos interpretaciones; pero creemos que el fallo de la multitud no es competente en esta materia. La multitud puede juzgar muy bien del mérito de las imitaciones; pero no del mérito de las obras que son creaciones de la inteligencia del artista; porque para esto se necesita comprender las pasiones, saber los sucesos con cuyo motivo estallaron, conocer el modo cómo ellas obran sobre la fisonomía, y ninguna de estas cosas pueden haber formado objetos especiales de estudio para la multitud, en tanto que las realidades materiales nada de esto exigen y sus copias pueden por consiguiente ser juzgadas fácilmente por todos. Esta reflexión nos ha nacido de la propensión, que ya hemos notado en algunos de los que han visto los cuadros del señor Monvoisin, a elogiar menos los

históricos que otros que en nuestro concepto, muy desprovisto de fundamento también, valen mucho menos que aquellos. El cuadro del *Nueve de Termidor* es, por ejemplo, menos alabado que el del *Pescador*.

Un cuadro, lo mismo que un poema, se compone necesariamente de dos partes, de la realidad concebida por la inteligencia, recogida por la memoria, y de la metamorfosis impuesta a esa realidad por la imaginación. Ver o saber, acordarse, comparar, agrandar, trasformar, es decir, imaginar, tal es la ley de la pintura también. Negarlo sería negar el estrecho parentesco que tienen entre sí el pincel y la pluma. La imaginación es una misma bajo cualquier aspecto que se mire, y cualquiera que sea la variedad de formas que ella dé a sus creaciones. Si, pues, la pintura es hija de la imaginación, es necesario creer que está sometida a las mismas leyes que todas las otras obras que nacen del mismo origen. El poeta cuando escribe no se propone el mismo objeto que el cronista o el historiador; pues el pintor unido al poeta por un parentesco estrecho, debe proponerse como éste también, interpretar sus modelos, crear la vida de sus cuadros, y hacer saltar de ellos impresiones poéticas. He aquí el gran mérito que nosotros creemos alcanzado por el señor Monvoisin en los cuadros que le hemos visto.

El que representa la terrible y animada escena de la revolución francesa que se conoce con el nombre de *Nueve de Termidor* o la caída de Robespierre, nos ha llenado de admiración por la energía, la viveza, la animación con que está realizada la idea del artista. La figura de Robespierre es magnífica y aterrante; aquel rostro contraído y empalidecido por la cólera, está tan vivo, tan real, que hay momentos en que uno se figura ver moverse aquella boca trémula, palpitante; el labio superior tiene una expresión horrible que espanta; vese pintado en él su turbación, la rabia, el miedo, el horror, todas aquellas pasiones que en aquel fatal momento le hicieron

lanzar el grito lúgubre: ¡Presidente de asesinos, os pido la palabra por última vez! Es imposible fijarse en este grupo del cuadro sin turbarse, ni concentrarse dentro de sí mismo a meditar aquel espantoso y serio suceso; no hay fisonomía que no arroje una pasión, que no muestre un interés. La vida rebosa tanto en este cuadro que uno cree oír los gritos y ver los movimientos de los que figuran en él. Este cuadro nos ha causado la misma impresión que nos causa una escena de Dumas o de Hugo, o una página de las guerras de Troya, escrita por Homero o por Virgilio. El señor Monvoisin es también un poeta como se ve. Hay en su cuadro otras figuras sublimes; nosotros notaremos la de Barrere, y la de Merlin-de-Thionville como una de las que más nos han llamado la atención. La fisonomía de Collot d'Herbois nos ha parecido un tanto exagerada, en la vista al menos; el ojo nos parece demasiado abierto. La calma y firmeza que brilla en Merlin-de-Thionville, es sublime, y por lo que conocemos de este eminente republicano, creemos poder decir que lo pinta tal cual fue en esa escena y cual fue en toda su vida; enérgico, tolerante, firme, valiente, reservado. Sería nunca acabar si quisiéramos pasear nuestra torpe pluma por todos los preciosos detalles de este lindísimo y sublime cuadro. Los que lo vean sentirán lo que nosotros hemos sentido, y quizá mas, y conocerán cuán impotentes somos como escritores para vaciar las profundas impresiones que se sienten delante de él.

Otros varios cuadros hemos visto y nos faltan que ver aun más que hemos oído decir que son magníficos; el de Ali-Bajá los *Girondinos*, por ejemplo. Entre los que hemos visto nos ha parecido notable en sumo grado el de *y su querida*, por la riqueza de colorido que en él sobresale y por la franqueza y claridad de las tintas con que está ejecutado. Hay en él lo que podríamos llamar en literatura lujo de estilo, gala en el decir. Hay además, no sabemos cómo decirlo, cierta armonía lineal, cierto tono severo y compacto en todo el cuadro que, a pesar

de que estamos desprovistos de todo conocimiento especial en pintura, creemos que es resultado de un estudio fuerte y severo de los antiguos maestros. El cuadro de *Alí-Bajá*, reproduce algo que es de las formas propias de las cabezas antiguas; las líneas de la frente, la tranquilidad, la dulzura, la resignación estoica y valerosa de la mirada, son rasgos que muestran el mérito eminente del artista.

El cuadro del *Niño pescando* es precioso. Creemos que no hay en él el mérito de creación que en los demás; pero está escrito o pintado con tal identidad de lo real que pasma. Las carnes de los miembros, la actitud y los demás accidentes, son tan exactos y verdaderos que no dudamos que este será el cuadro más popular entre nosotros; la multitud gustará de él más que de los otros por los motivos que antes hemos dicho.

Ahora más que nunca lamentamos la ignorancia en que nos criamos los americanos con respecto a las bellas artes; si fuéramos capaces de algo en este ramo, emprenderíamos una serie de artículos sobre las pinturas del señor Monvoisin, y que el público todo gustaría por tener delante los modelos. Y aun así, tan escasos como somos, son tales las impresiones que hemos sentido delante de estos notables lienzos y las que estamos seguros de sentir cada vez que los meditemos, que no sabemos si será esta la última vez que nos aventuremos a hablar sobre ellos.

Sabemos que el señor Monvoisin ha sido ocupado por algunas personas encargándole retratos. Creemos que es una fortuna tener un retrato hecho por la mano de tan hábil artista, y felicitamos a los que lo obtengan. Con respecto al señor Monvoisin pensamos que hacer un retrato será para él como sería para un escritor como Rousseau o Chateaubriand, escribir unas cuantas letras del abecedario con que se forman las preciosas frases y páginas que publican [7].

Debemos darnos la enhorabuena, como de uno de los más

felices acontecimientos que ha podido haber para el país, de la venida del señor Monvoisin. La contemplación de sus obras despertará precisamente en nuestra juventud instintos artísticos. No faltará alguno que dotado de la chispa del genio y dirigido por el hábil francés que ha querido venir a residir entre nosotros, alcance a ser pintor también, a ser su hijo o descendiente. No queremos poner fin a estas páginas si exclamar: ¡vivimos en la época feliz en que todos los hombres se sirven unos a otros, en que un extranjero puede por su mérito ser más acatado que un nacional; en que la humanidad se estrecha por todas partes, se sirve y se alienta! Época de fusión en que el espíritu de la civilización amalgama y reúne todo lo que es bueno, cualquiera que sea su punto de partida.

Concierto del señor Lanza
(*Progreso* de 8 de marzo de 1843)

La cuaresma no ha venido con su frente tan arrugada como esperábamos, ni se ha mostrado tan severa con los honrados aficionados al teatro. Permitido le ha sido al señor Lanza darnos una linda función, compuesta de una petipieza titulada *La espada de mi padre* y de una miscelánea lírica escogida con el exquisito gusto y tino que en el arte musical poseen los hábiles profesores que la ejecutaron. Por otra parte los ingratos asistentes se han conciliado con el amable salón que los divierte todo el invierno; llenos estaban los palcos y las lunetas de lindas penitentas y de feos penitentes, que vinieron el domingo por la noche a confesar sus culpas y mostrar el arrepentimiento que tenían por haber adorado atentamente los falsos dioses de Peñaflor, desconociendo el culto mucho más real y duradero de las divinidades pintadas en el telón de boca de nuestra escena. ¡Ya se ve! tanto ver el carro de los ocho caballos y las musas del baile y las musas de la música, les dio el antojo de cabalgar y de bailar; pero al fin, de los arrepentidos se sirve Dios, y nosotros creemos que los empresarios tendrán buen cuidado de servirse de ellos para los fines que les pueda convenir. No es esto decir que cuenten con que este arrepentimiento llevará gente al teatro cuando se abra, esté bueno o esté malo, para no empeñarse mucho en ponerlo en un buen pie; nada de esto; pues estamos muy

seguros de los desvelos que se tomarán para darnos placeres, y así es que no somos capaces de hacerles tal ofensa. Como lo hemos dicho ya otra vez, esperamos que en el año próximo no nos faltará en la escena ningún buen actor, ni los demás elementos que contribuyan a mejorarla y hacerla digna de la concurrencia numerosa y escogida que la frecuenta.

Mas, volvamos al beneficio del señor Lanza. La petipieza agradó bastante. Cuando nosotros veíamos las primeras escenas, creíamos que ella concluiría por hacer triunfar la fanática manía del tiempo; pero al fin vimos que fue al revés, esto es, que hizo triunfar las fanáticas manías de antaño. Porque preciso es saber que la literatura tiene, como la sociedad, sus ridículos fanatismos también; no pocas veces estos fanatismos andan encontrados y se hacen la guerra; la literatura ataca a la sociedad con protesto de corregirla, y la sociedad se muestra ofendida por tan osada pretensión, y ataca a la literatura a protesto de ahogarla como impía y revolucionaria. Sucede muchas veces también que aquellos mismos que aplauden *literariamente*, y por seguir el ruido de la gente, los tiros de la literatura contra la sociedad; *social o domésticamente*, es decir, en lo positivo, obran de otro modo y dan carpetazo a las pretensiones de la literatura para obrar como manda la sociedad. Esto sucede muy particularmente en lo de casamientos y de nobleza. Siempre que el desprendimiento y la generosidad anden por el otro lado de la valla de lámparas que separa a las cosas de la sociedad, todo va muy bueno; pero en queriéndose meter estas muchachas entre la gente ¡adiós simpatías! ¡afuera literatura! ¡afuera generosidad! ¡afuera desprendimiento! La familia… los intereses… etc., etc., son los que mandan en jefe. Todo esto, y quién sabe cuántas cosas más, nos ha hecho pensar *La espada de mi padre*. Nosotros, pues, pensábamos que el hijo del sargento, el plebeyo, el mulato, tal vez era el que iba a desenvolvernos su corazón más adornado de virtudes que lo

que está de flores una pieza de rico tejido de la India. Pero no fue así, sino que el hijo del noble había sido el más virtuoso, el de gran corazón; y el autor tuvo lo sagacidad de probarnos que la *aristocracia de nacimiento, no es una preocupación*, probándonos que ha habido un noble generoso. ¡Mire usted, qué novedad!, ¡esta sí que se les ha ocurrido a los señores adversarios de la nobleza!, que vengan a soliviar esta prueba-piedra y veremos cómo la levantan. Por lo que a nosotros toca, la largamos como si estuviera hirviendo, y declaramos que habiendo sido adversarios de la nobleza, nos consideramos vencidos por la traducción del señor Coll, y vamos corriendo a rezar el *confiteor*. La petipieza no deja de tener interés, viveza de acción, movimiento, y creemos que ha gustado bastante. Ella es, además, tan moral que ya no puede ser más; y nosotros la presentamos como una prueba de que se puede tener abierto el teatro en cuaresma, y evitar con él otros efectos naturales del aburrimiento y del ocio.

En fin, dejemos la petipieza y lleguemos de una vez al *concierto*. Este se abrió por la preciosa obertura del *Naufragio de la Medusa*, que según creemos es de Halevy. Música grave, los bajos eran de cuando en cuando atravesados por los sutiles sonidos de las primeras cuerdas de los violines. Como las impresiones de la música son pasajeras, solo podemos decir de esta obertura que fue oída con mucho recogimiento.

La aria de la *Lucrecia Borgia* de Donizetti, que cantó el señor Maffei, fue unánimemente aplaudida. La voz franca y poderosa del artista contribuyó, tanto como el mérito real de la música, a darnos las impresiones que nos arrancaron tantos aplausos. Nosotros que hemos visto tan poco, o tan nada, de las maravillas que por allá en Europa nos cuentan que hacen los artistas de las óperas, tenemos mucha razón para elogiar lo bueno que oímos, sin tratar de compararlo con aquello, y así es que no sentimos embarazo en decir que la voz del señor Maffei es una de las que hemos oído mejor provista de fuerza y

dulzura al mismo tiempo. Hay además en el aire de este artista tanto candor, tanta modestia, que aun antes de soltar las alas de su armoniosa voz, se ha ganado ya las simpatías de su público. Cuando el señor Lanza se unió a él para cantar el dueto del maestro Gabussi, la atención del público se duplicó, y tuvimos la satisfacción de ver realizadas las esperanzas que habíamos concebido al saber que estos dos señores cantarían juntos. El señor Lanza tiene una fuerte maestría en el manejo de la voz y de los medios musicales, es sumamente hábil para calcular sus esfuerzos, sus pausas, sus golpes, y como además de esto está dotado de un órgano tan dulce y flexible y de cierta capacidad inexplicable para dar viveza y movimiento a su canto, ejerce un influjo mágico sobre el auditorio, nos despotiza la atención, y cuando nos vuelve la libertad, es para hacernos dar una mano con otra a todo dar, sin miramiento, con alborozo. Muchas alabanzas merece también el señor Caruel cuyo canto nos agradó especialmente en el trío en que siguió tan bien a sus dos compañeros.

Los sonidos plañideros del violín del señor Guzmán causaron el efecto y el entusiasmo que siempre recoge este diestro joven por premio de su talento y sorprendentes adelantos. Las variaciones sobre el tema de la aria final de la *Cenerentola* ejecutadas en el *flajeolet* por el señor Lanza, gustaron mucho, alegraron a la reunión; se nos antojaba oír los gorjeos de un canario en una madrugada de primavera.

El Semanario
(*Progreso* de 9 de marzo de 1843)

Esta publicación acaba de terminar su carrera. Apareció en el horizonte como una chispa que después se convirtió en un abundante foco de luz. Algunas materias fueron tratadas con novedad y filosofía, algunas mejoras fueron promovidas por el ilustrado patriotismo de sus jóvenes redactores. Cuando el estadista y el político recorran nuestros archivos, encontrarán analogía entre las ideas desenvueltas por ellos y las mejoras obradas en la educación y en el gobierno. Puede que un pueblo les deba su prosperidad y bienestar.

Los hombres de inteligencia son atraídos en nuestro país, como por una vorágine, hacia el foro en que es menester sostener los derechos civiles del ciudadano, hacia los destinos públicos y a la industria. ¡Ah!, y todavía queda un vacío, todavía se echan menos por todas partes talentos cultivados y virtudes que desenvuelvan el germen de la pública ventura. Los esfuerzos de la prensa por la prosperidad general no llegan a la cabeza del pueblo, que aún no ha recibido el bautismo de la inteligencia. Los del juez íntegro, los del abogado ilustrado que sostiene los derechos del débil contra el fuerte, alcanzan a la cabaña del labrador y al hogar del hombre acomodado. La acción de los unos solo llega a las altas cabezas de la sociedad, la de los otros como los deberes de la moral, llega a la capa

interna, al pobre, al corazón del pueblo.

No es indiferencia ni egoísmo, que mal cabe en almas jóvenes, lo que hace a los redactores del *Semanario* fiar una parte importante de la reforma social a la generación que se levanta y a sus antiguos cooperadores en la prensa periódica; son las necesidades públicas que absorben su tiempo y su talento, como el suelo la fecundante humedad de la atmósfera. Cada uno de ellos, llenando distintos deberes, cumple la misión civilizadora que ha cabido a nuestra generación, que educada a la sombra de la paz, ha podido atraer los destellos de la ciencia europea sobre un suelo cuya naturaleza no era más virgen que el espíritu de sus moradores.

Los redactores del *Semanario* se dirigirán, sin duda, cada vez que sus ocupaciones lo permitan, a sus lectores, aunque no sea ya bajo el mismo título, que era como la firma de las principales notabilidades que ha producido la opinión entre los que han hecho sus estudios en nuestras aulas. Los demás periódicos que antes campeaban, a veces en favor todos de una de esas grandes causas en que la prensa periódica forma el proceso a un ministro o sostiene las ideas del siglo, otras envolviéndose en una acalorada polémica o tirándose tierra a los ojos, sin dejar después del calor de la contienda ningún sentimiento bastardo en el corazón, que es el noble privilegio de los debates de la inteligencia, los demás periódicos recibirán en sus columnas las producciones de los redactores del *Semanario*. Puede que a nosotros nos quepa más a menudo tener el honor de registrar en nuestras columnas sus producciones; tenemos motivos de esperarlo, no obstante el modo abierto con que alguna vez se ha expresado el *Progreso* contra las opiniones del *Semanario*. También puede que registremos a muchos de sus suscriptores, pero, lo decimos con sinceridad, preferiríamos tenerlo por colaborador en el alto proscenio donde se ponen en escena los que dedican sus elucubraciones a los trabajos de la prensa periódica. Y a la

verdad, que un pequeño fondo de egoísmo hay por nuestra parte al sentir no poder dividir en adelante nuestros trabajos con el *Semanario*, porque los periodistas que alimentan sus páginas con la vida de nuestra sociedad, arrastran peligros e incomodidades que solo conocen los que cultivando el diarismo, contraen sus esfuerzos a acercar al lector los sucesos que se desenvuelven allende el mar.

Durante los días que el *Semanario* ha vivido, no ha faltado tal o cual rencilla con otras publicaciones, y algunas de corto momento con la nuestra. Es la vida de la prensa periódica la discusión, y suele a veces traer palabras duras, que hieren el rostro como las areniscas que el viento arrastra consigo; pero esto en nada afecta ni las simpatías que hemos manifestado por esta publicación, ni nuestra alta idea de su mérito.

La Revista Católica
(*Progreso* de 10 y 11 de marzo de 1843)

I

En la corta carrera que ha andado el *Progreso*, ha tenido más de una vez que dedicar sus páginas a anunciar la aparición de varias publicaciones nacionales y contemporáneas. Mientras que nuestro diario aún no acaba de organizarse, el *Mercurio* de Valparaíso por la extensión de sus columnas, interés y variedad de sus materias, ha asumido el rango de la primera hoja mercantil de la costa del Pacífico; la *Gaceta del Comercio* ha agregado nuevo material y dado, a imitación de aquel, mayor ensanche a sus páginas; el *Demócrata* ha intentado representar los intereses de la libertad, y aun el *Desenmascarado* asomó su odiosa cabeza con el carácter de un interés nacional. El pensamiento, pues, se agita y busca respiraderos en la prensa para abrirse paso hasta la superficie de la sociedad, haciendo esfuerzos por fomentar los intereses materiales, dar vida y generalización a tal o cual sistema de ideas, y acaso, por desgracia, a algunas pasiones poco nobles.

Un interés vital, sin embargo, estaba aún sin un representante en la prensa; y este ofrece hoy asociar sus tareas al progreso del país en la revista que por ahora tenemos la complacencia de anunciar a nuestros lectores. Bajo el título de

Revista Católica, ha aparecido el prospecto de un género de publicación que si bien es esta la vez primera que se ensaya en nuestro país y aun puede decirse en la América del Sud, no es por fortuna raro en los países cultos de Europa, donde produce hoy muy señalados y saludables efectos. La *Revista* tiene por objeto, según el decir de sus redactores, difundir aquellas nociones generales que deben servir de norma para mantener en buen pie las relaciones que ligan a los estados católicos con su religión, establecer la discusión sobre cuestiones de derecho canónico, y contraerse a aquellas materias en que el párroco debe hallarse suficientemente versado para el cumplido desempeño de su augusto ministerio. Trozos de historia y literatura eclesiástica, con las ocurrencias y novedades que acontecen en la marcha de la iglesia, sus persecuciones, sus triunfos y los progresos del cristianismo, como asimismo las disposiciones de los prelados, formarán la parte amena y noticiosa de la *Revista*, que según su prospecto lo anuncia, será un periódico exclusivamente religioso y eclesiástico, sirviendo a la propagación de las buenas doctrinas en el pueblo, y de la instrucción entre el sacerdocio.

Los redactores de la *Revista*, al encargarse de la tarea que emprenden, han tenido suficiente ilustración para comprender que la filosofía reconoce hoy al cristianismo su benéfico poder civilizador, habiendo cesado ya el antagonismo que con sus luchas tuvo agitado el mundo civilizado en el pasado siglo. Esta es una novedad palpable y que nosotros nos tomaremos la libertad de hacer aun más sensible en interés del buen éxito del periódico que anunciamos, y en el del país en cuyo beneficio se escribe; porque el esclarecimiento de este hecho, es de suma importancia para servir de base a algunas observaciones que nos permitiremos con respecto a la *Revista*.

El siglo pasado ha presentado, en la generalidad de sus escritos, un carácter que le es peculiar, y que lo distingue notablemente del nuestro. Su misión era analizar, criticar para

destruir un orden político vicioso y caduco; la del nuestro es también analizar, examinar para construir un orden nuevo. En aquel, la razón rompiendo con todas las tradiciones y abandonándose a la deducción de consecuencias de un principio o una verdad considerada abstractamente, desconocía y repudiaba los hechos existentes siempre que no se conformaban con la teoría establecida; el nuestro por el contrario, reconociendo los hechos como el resultado de causas legítimas, ha admitido las tradiciones y las instituciones existentes como inherentes a la condición social de los pueblos. Y lo que sucedía en el siglo pasado en política y en ciencias especulativas, sucedía igualmente en religión y en organización eclesiástica. Por ejemplo, valiéndonos de las palabras de un escritor contemporáneo, cuando se trataba de catolicismo, en lugar de preguntarse cómo el cristianismo se había hecho doctrina social; cómo se había realizado en el occidente; cómo se había convertido en autoridad terrestre; en una palabra, en lugar de apreciarlo por su historia, se separaban todas estas realidades, se generalizaba el problema; y en vez de catolicismo, se ponía religión, y abstrayendo aun más todavía, se preguntaba, una religión, ¿cómo debe ser? Puesta así la cuestión, se respondía que una religión debe ser la relación entre el hombre y Dios; una cosa por tanto enteramente libre, espiritual e íntima, separada de toda preocupación mundana, llena de dulzura, de indulgencia y de efusión; y armados con estas consecuencias condenaban los ideólogos al clero de Europa, sus posesiones, su influencia gubernativa; pronunciaban en fin, anatema contra toda su historia presente y pasada. ¿En nombre de qué? En nombre de una abstracción, en nombre de nada.

¿Cómo considera la filosofía de nuestro siglo al cristianismo? Como un hecho histórico, tradicional y continuo que no puede renunciarse; como el primero de los elementos que constituyen las sociedades modernas; como la fuente de

nuestros sentimientos e ideas; en una palabra, como el padre de esa filosofía misma en nombre de quien se le intentaba destruir. Nuestro siglo es, pues, eminentemente cristiano, por cuanto realiza en las instituciones y en las costumbres, el espíritu y la moral que sus preceptos enseñan. Y los siglos que más han aspirado al nombre de cristianos, son sin duda los que más barbarie, más ignorancia y más violencias e injusticia han mostrado. ¿Qué es, en efecto, la igualdad de derechos a que aspiramos, los sentimientos de filantropía que hoy dominan, el amor por el bienestar de todos, la abolición de la esclavitud, y aun las formas gubernativas de nuestra época, sino la realización de la caridad evangélica, que es el fundamento del cristianismo? Razón, pues, han tenido los redactores de la *Revista* en hacer resaltar esta armonía entre la religión y la filosofía, y la diversa tendencia de las ideas filosóficas de nuestro siglo y el que le ha precedido. Y esta armonía no existe porque las ideas y las instituciones retrograden a restablecer las ideas y las instituciones de tiempos pasados, sino porque de aquellas mismas luchas entre la filosofía del siglo XVIII, y los hechos que traía establecidos el catolicismo, que es nuestra forma religiosa, han nacido la libertad de examen, la aprobación de lo legítimo y fundado, la destrucción de los abusos, la tolerancia recíproca, y la doctrina del progreso que constituye a las sociedades como un cuerpo que se mueve y modifica en sus elementos, marchando sin desligarse de sus antecedentes históricos, a la mejora gradual de las formas exteriores del culto, aunque la base dogmática se conserve la misma siempre.

De aquí ha nacido la necesidad, que también siente la *Revista*, de que el sacerdocio no vaya en ilustración y saber en zaga de la sociedad que ha de dirigir; necesidad que por desgracia se hace sentir en una parte no pequeña del clero y que es ya tiempo de remediar. Los medios que propone la *Revista* nos parecen oportunos, al menos para una parte de él;

porque nuestro sacerdocio, no solo necesita conocer profundamente las ciencias que llamamos religiosas, y que habrán de ponerlo en aptitud de desempeñar dignamente su elevado ministerio, sino que también debe conocer la época y la sociedad en que vive, el espíritu de las instituciones, y la marcha y la tendencia de las ideas, a fin de conformarse en lo posible con su siglo, y no ponerse en lucha mal aconsejadamente con poderes que nadie en la tierra puede vencer, porque están apoyados en la historia, en el consentimiento de la humanidad pensadora, y aun en las ideas que se difunden por la educación pública. Este es un punto demasiado grave, que nos parece digno de consideración, y que nos proponemos tratar separadamente. Nuestro clero vive por lo general fuera del contacto de las ideas llamadas del siglo, y no pocas veces se sorprende y alarma de verlas cundir en la sociedad y apoderarse de todos los espíritus. Mientras tanto esas mismas ideas vienen ya sancionadas por la adopción que de ellas han hecho, consagrándolas en instituciones, todas o la mayor parte de las naciones cultas; y la resistencia que aquí les preparan, ha sido hecha sucesivamente en otros países y en diversos tiempos, sin otro resultado que ensangrentar las páginas de la historia de los pueblos; pues que las dichas ideas, prevalecen por todas partes, y las instituciones que de ellas emanan, están ya sancionadas por el tiempo y el unánime consentimiento.

II

En nuestro número de ayer hemos bosquejado la importancia intrínseca de la *Revista* que anunciamos; y quisiéramos ahora decir algo sobre los medios de realizarla. Sus redactores conciben muy bien que no es su misión ocuparse de los asuntos políticos, favorecer un partido, ni

entrar en el odioso campo de las personalidades. Nos parece esta observación tan sensata como oportuna. Una publicación como la que intentan, debe tener un lenguaje irreprochable, sin que por eso carezca de la dignidad de los asuntos que hayan de ocupar sus columnas. La prensa es hoy el complemento de la palabra; y muchas son las publicaciones que en Europa tienen por objeto la difusión de las doctrinas evangélicas, y la confirmación, si es posible decirlo, en la fe y en la práctica de las virtudes. Conocemos algunas francesas y norte-americanas notables por el espíritu de caridad que domina en ellas, y por la sanidad de los principios que sostienen.

Sin embargo de todo esto, no creemos fuera de todo peligro de extravío entre nosotros una publicación de este género, cualquiera que sea la buena intención de los que la sustenten; porque la buena intención viene del mismo principio que conduce al extravío. El hombre que tiene ideas fijas sobre un punto que a su vez interesa vitalmente a la sociedad, su mayor y más vehemente deseo consiste en hacer que esas mismas ideas, que considera como fuera de cuestión, prevalezcan en todos los ánimos y sean la regla de las acciones y aun de los pensamientos de los demás. La buena fe, el amor a la verdad que cree poseer, el entusiasmo mismo, le hacen irritarse por todo aquello que no está de acuerdo con lo que juzga ser lo justo, lo conveniente y lo cierto. Y esto que en todas las opiniones humanas tiene su predominio, es de una mayor fuerza en las cosas que tienen relación con las creencias, el culto, la disciplina y el espíritu de cuerpo. Sin duda que nuestra prensa no presentará discusiones sobre los puntos de creencia; porque nadie hay que quiera ni desee establecer la contradicción en puntos que tienen la sanción del común consentimiento y el apoyo de todas las conciencias; pero puede no suceder lo mismo cuando se trate de otras materias que son muy controvertibles, por ser muy varios los pareceres y los intereses que a ellas están afectos. Entonces sería preciso, a

más del fondo de las ideas, conocer las tendencias de los redactores de ese periódico, porque esas tendencias pueden estar en contradicción con las de otros escritores; y aquí entran necesariamente los intereses de partido, pues que los partidos aquí, como en todas partes, tienen por base intereses e ideas contradictorias. Tienen, en una palabra, tendencias, y como todo lo que a la religión se refiere no es puramente espiritual, sino que también hay muchos intereses materiales que a ella se ligan, sobre los cuales no están todos de acuerdo, podría suceder muy bien que las ideas emitidas por la *Revista* encontrasen seria oposición; de lo que resultaría excitación en los ánimos y el deseo natural y legítimo de atraerse cada antagonista a su bando el aura popular, porque las disensiones de la prensa tienen por objeto buscar en su apoyo la sanción de los pueblos.

Aquí, pues, tenemos que la división se obraría necesariamente. Sostendría la *Revista* la conveniencia, la legitimidad, la justicia de un sistema de ideas, que pugnando con uno diverso, suscitaría la contradicción de los que temiesen ver prevalecer aquellas. Trabaríase la contienda, y entonces ¿en nombre de quién hablarían los redactores de la *Revista*? ¿En nombre de sus intereses, de sus opiniones y manera particular de considerar lo que a la sociedad conviene? Este es el caso en que el extravío puede ocurrir. Porque preocupados de buena fe de la importancia de sus propias ideas, pueden creer que hablan en nombre de Dios, en nombre de la religión, y estas palabras sagradas hallan eco entre la multitud ignorante y preocupada; y en nombre de ellas se ha ensangrentado la historia de todos los pueblos. La revolución política de la Alemania, después la de Inglaterra, en seguida la de Francia, y últimamente la de España, ha estado ligada íntimamente con los intereses terrestres de los que hablaban en nombre de la religión. Puede cualquiera registrar aquellos anales y encontrar a cada paso pruebas de que es por lo menos

candoroso creer que lleguen a agitarse cuestiones de disciplina, por ejemplo, patronato, tolerancia, reformas, sin afectar con ellas a los partidos y conmover a la sociedad.

Las revoluciones de la España, que tiene tantos puntos de afinidad con nuestra sociedad, debe servirnos de ejemplo. Durante muchos siglos los intereses terrestres llamados de la religión, están cimentados en las leyes, y aun éstas callan, se adulteran y violan toda forma de derecho para sostenerlos. La inquisición impone en todos los labios un sello de plomo. La España permanece inmóvil en medio del movimiento de mejora que arrastra a toda la Europa. En una palabra, los intereses materiales del sacerdocio, apoyados en los intereses de la política, encadenan los espíritus y se conjuran contra las libertades públicas. Con la prisión de Fernando VII, la parte pensadora de la nación española puede al fin zafarse de este yugo impuesto por el despotismo. Entonces se diseñan duramente los partidos en España; y el no constitucional tenía a su cabeza a los representantes de los intereses eclesiásticos, por base las tradiciones, y por apoyo la masa general del pueblo. A la vuelta de Fernando, estos últimos intereses volvieron a apoderarse de la sociedad y del gobierno, hasta que la guerra de sucesión ha venido últimamente a ponerlos en lucha. Todos saben los resultados; pero nosotros haremos notar solo uno, porque importa tenerlo presente, a saber: que ese mismo pueblo ignorante que durante tantos siglos ha mantenido a su nivel todas las inteligencias favoreciendo los intereses eclesiásticos, es el mismo pueblo que se ha entregado últimamente a los excesos más espantosos contra el sacerdocio, prestando hoy su apoyo al partido reformista. Este hecho, que parece accidental en España, se ha visto en Francia en la revolución del 89; en Inglaterra, en las luchas con los Estuardos, y en Alemania en las guerras de religión.

Por esto desearíamos que nuestro clero conociese profundamente la historia *profana* de las épocas modernas, y el

espíritu, marcha y tendencias del siglo en que vive. Por falta de este conocimiento puede incurrir en el grave error de darnos una sexta, décima o vigésima edición de las resistencias inútiles que en todas partes y en épocas diversas, ha hecho a las ideas del siglo, resistiendo a las reformas o instituciones que la opinión exige, y suscitando contra la parte pensadora de la sociedad, las preocupaciones populares, que al principio corresponden al llamamiento, pero que al fin se vuelven en verdugo del mismo clero. Desearíamos que el clero se convenciese de que la civilización es una misma en todas partes, de que los intereses de partido son unos mismos, y que lo que ha sucedido en Europa en diversas épocas, es un mismo hecho, cuyo resultado es fatal y necesario; y que este hecho con todos sus incidentes se ha de reproducir entre nosotros, siempre que se susciten resistencias desacordadas. Están sancionados en las costumbres, en las instituciones y en las leyes del mundo culto los resultados de las ideas que la humanidad ha adquirido con la marcha de los siglos y el desenvolvimiento de la civilización, y esos resultados se han de establecer aquí; porque nadie logrará, si no es rompiendo con la civilización moderna y esclavizando el pensamiento, estorbar que se obtengan. Muy conveniente es moderar este movimiento cuando los *rezagados* son muchos, a fin de no suscitar resistencias que comprometan la tranquilidad del estado; pero sería desatinado el pensamiento de querer mantener la sociedad en el *statu quo*, en la inmovilidad, y cerrar las puertas a toda innovación, a toda reforma, a todo progreso.

Hacemos estas indicaciones ahora que la *Revista* no ha manifestado todavía esas tendencias, no porque creamos positivamente que sean las suyas, sino porque es posible que lo sean por analogía con la tendencia de las publicaciones de su género en otros países.

Todo nuestro objeto es hacer sentir que una publicación del género de la *Revista* echaría sobre sus redactores serias

responsabilidades, si separándose alguna vez de la senda que en su prospecto se han trazado, entrasen en discusiones cuya solución afecte a intereses de partido, y si incurriesen alguna vez en el desliz de suscitar contra sus oponentes en opiniones y tendencias, las preocupaciones vulgares usando de otros epítetos para caracterizarlos que los que es costumbre prodigarse en la prensa periódica. No ha mucho tiempo que en una discusión indiferente, se objetó por una de las partes que tal opinión vertida por su adversario era de Lutero. Esta indicación, que entre literatos no habría tenido otro significado que señalar a un escritor que opinaba así, tenía a nuestro juicio el objeto de hacer sospechosas de herejía las ideas emitidas; y estos medios de acción sobre la opinión pública, son en la prensa periódica de un malísimo gusto. La prensa supone la libertad del pensamiento, la libre discusión y la lucha. Vergüenza y mengua del país sería que apareciesen en los escritos que más derecho debieran darle a envanecerse, tan feos borrones.

Las procesiones

de Semana Santa

(*Progreso* de 15 de marzo de 1843)

Muy agitados han estado los ánimos estos días atrás con el proyecto de algunos individuos de restablecer las antiguas fiestas representativas de la semana santa. Era esta la conversación favorita de los estrados y de los corrillos; y hubiéramos guardado silencio, si no tuviésemos la certeza de que no tendrán lugar. La intendencia aconsejada, según se dice, por algunos individuos respetables del clero, se ha negado a permitirlas, temerosa de ver ajada la majestad del culto con espectáculos que rechazan hoy las costumbres del país y que la cristiandad católica ha renunciado en todas partes, con la excepción de uno que otro pueblo sencillo y apartado. No era el objeto de sus autores suscribir a exigencias supersticiosas y fanáticas; muy al contrario, se quería, reconociendo el espíritu religioso de nuestro país, servirse de aquellas manifestaciones como de un medio de civilización y para dar una dirección moral a nuestras masas. Pero si el blanco a que se encaminaban era legítimo, no eran por eso menos errados los medios de que querían valerse para conseguirlo. Nace el error, en nuestro concepto, de que al reconocer unos hechos como existentes y al partir de ellos como de una base sólida y necesaria, se niegan otros igualmente existentes y que deben tenerse en cuenta como

modificaciones de que no es fácil prescindir. Las ideas religiosas dominan en nuestro país, se dice, y las instituciones y las costumbres deben encaminarse a desenvolverlas y darles mayor influencia, a fin de que radicándose más y más en los espíritus, den todos los frutos benéficos que la civilización y la moral deben prometerse de ellas; luego restablézcanse las formas con que en los más religiosos de los pueblos cristianos se manifestaba el espíritu que dominaba a la sociedad entera; dese al culto el aparato de espectáculo con que entonces hablaba a los sentidos de la multitud, que insinuaba y mantenía en los corazones vivo el recuerdo de los grandes y sublimes acontecimientos que forman la parte histórica y narrativa de nuestra religión.

Pero hay en esta manera de concebir la cuestión, una ilusión que por poco no ha dado en estos días un espectáculo que para algunos habría sido cómico, para muchos irritante, y para la generalidad interesante por su novedad y la parte grotesca y bufa que encierra. Hay mucho candor en confundir el sentimiento religioso con las formas que en otros tiempos servían para manifestar la religiosidad de los pueblos cristianos; y por no darse cuenta de lo que es el sentimiento religioso, lo hemos visto en estos días en la prensa confundido con el fanatismo (la superstición quisieron decir), y como tal fanatismo, considerado como un elemento social de que debiera sacarse provecho desenvolviéndolo y alimentándolo.

Si al aventurarse en estas pruebas se tuviese a la vista la historia del cristianismo, y si algunos no tuviesen la mala, y en más de un respecto perniciosa idea de que en Chile existen condiciones especiales que pueden explicarse sin auxilio de otras razones por el carácter nacional, no tuviéramos que ocuparnos esta vez de procesiones.

Cuando estalló en la iglesia la división que hoy se conoce con el nombre de protestantismo, las procesiones y las prácticas religiosas en que estas se apoyaban, estaban en todo

su esplendor. Entonces las procesiones entraron también en el catálogo de los motivos de disensión; y el culto cristiano llamado protestante, se distingue precisamente por haber destruido todas las formas simbólicas y representativas que constituían lo esencial del culto católico. Sin duda que si había un grande error en esta abjuración de toda exterioridad, nacía, sin embargo, del sentimiento religioso que protestaba contra la etiqueta, digámoslo así, de la religión. La iglesia católica, obrando con la circunspección que la caracteriza, y cuidadosa siempre de no introducir reformas repentinas que desdigan de su carácter tradicional, ha esperado que el trascurso de los tiempos vaya haciendo desaparecer poco a poco aquellos accidentes del culto que menos se conformen con el espíritu del tiempo. En estos días ha anunciado el *Mercurio* de Valparaíso un rescripto pontificio en que se prohíbe el uso de orquestas en los templos; y bien hace tres siglos que una parte de la cristiandad, al separarse de la comunidad católica, renunció al uso de los instrumentos de música en el culto, por creerlo una profanación.

Un filántropo [8] quiere entre nosotros restablecer las procesiones en todo el candoroso esplendor de los tiempos pasados, al mismo tiempo que hace muchos años que la Santa Sede, suscribiendo paternalmente a los intereses y tendencias de los tiempos, ha abolido los días de fiesta destinados a solemnizar la memoria de los santos. ¿Se quiere, por ventura, pasear por nuestras calles una escena de la pasión en que los judíos estén representados en figuras ridículas y contrahechas, ahora que los judíos en todas partes son rehabilitados y que Rostchild es el igual de los soberanos de Europa? Esto es no comprender su época, ni lo que las formas exteriores representan.

El proyecto de procesiones de semana santa, es, pues, un verdadero anacronismo sin resultados, y sin otra importancia que la de una mascarada religiosa. Calderón de la Barca ha

dejado volúmenes de comedias en que se representaban todos los incidentes históricos de nuestra religión; y sería muy curioso hoy el espectáculo de una representación de alguna de ellas en nuestros teatros. El pueblo diría que algún impío había querido mofarse de nuestras creencias, sin embargo de que en su tiempo eran recibidas como asuntos dignos del teatro. Hay tanto desacierto en querer restablecer las antiguas procesiones y en ir a sacudir el polvo a los mamarrachos que antes divertían a la multitud, como en la pretensión del *Telégrafo de Concepción* de que se someta a los frailes a las severas reglas de sus institutos escritos. Sería esto condenarlos al fastidio, al marasmo, a la desesperación. Es imposible hoy restablecer las formas monásticas, porque antes de intentarlo debiérase primero restablecer el espíritu que las dictó y las sostuvo por tantos siglos. No es la clausura absoluta la que debemos compeler a mantener a los frailes, sino por el contrario abrirles en cuanto sea posible las puertas de los conventos, y acercarlos a la sociedad, dejarlos que se confundan con ella, y darles un ministerio en que desempeñen sus deberes para con la sociedad. ¡Pobre del que solo contase con las oraciones de los frailes para salvarse! Esto es lo que conviene a todos, y lo que hace la iglesia misma. Tenemos hoy en nuestro seno un plantel de monjas cuyos votos expiran cada cinco años. ¿Por qué esta especie de relajación en las instituciones religiosas de otros tiempos? Porque aquellas instituciones están hoy en contradicción con las ideas dominantes y el espíritu de la sociedad. El tino político estará sobre todas las reformas que imperiosamente exige nuestra época en estas cosas, en no anticiparlas de manera que susciten resistencias peligrosas, y calcularlas según la conveniencia general. Pero hacerse un mérito de venir a sacar de entre el polvo del olvido lo que el común consentimiento ha abandonado con desprecio, lo que nadie pide ni necesita, es adoptar voluntariamente los andrajos hediondos de la pobreza, cuando ansiamos por los goces del

lujo; el lenguaje grosero de la ignorancia, cuando aspiramos a sentar plaza de cultos; es, en fin, jugarse un chasco muy pesado, sin que haya nadie quien lo celebre. Todo el error de nuestros proyectistas consiste en que confunden el espíritu religioso con las formas que revestía para manifestarse en otros tiempos, y en creer que lo que sucede en Chile, no sucede en parte alguna, y que hay algo de original, de característico entre nosotros, pueblo de ayer, sin historia y sin otros antecedentes que los antecedentes del pueblo que nos dio origen. Épocas, épocas y nada más. Nosotros no tenemos nada que nos sea propio, nada original, nada nacional; civilización, atraso, preocupaciones, carácter, y aun los vicios mismos, son europeos, son españoles; y cada vez que queramos explicarnos a nosotros mismos, debemos volver los ojos allá donde están todos nuestros antecedentes. Esto no solo se aplica a las costumbres, a las creencias, sino también a la política, a la literatura y a todo.

¿Se necesitan espectáculos para la multitud? ¿Se echan de menos en nuestros días las solemnidades con que los pueblos han perpetuado la conmemoración de los grandes acontecimientos que han influido sobre su ventura? Cierto; ¿pero es esta una necesidad solo sentida en Chile? No; es un mal general a nuestra época. Por todas partes se siente la misma falta y la misma necesidad de esas fiestas populares que conmueven profundamente los corazones, que unen los ánimos y representen las creencias, las tradiciones y los votos de la sociedad. Se echan hoy menos aquellos tiempos felices en que el cristianismo era la expresión por sí solo de todas las necesidades de la sociedad; en que dominaba exclusivamente en las conciencias por el precepto, en la plaza pública por la palabra, en el secreto de la vida privada por la penitencia, en la aflicción por el consuelo, y en todos los momentos de la vida por la esperanza. Tiempos felices de unidad, de armonía y de convicciones. Nuestra época es desgraciadamente una época

de lucha, de transición y de escepticismo. Ideas, intereses, tendencias, todo está en contradicción, y lo que sería bueno para la muchedumbre ignorante, sería ridículo y despreciable para la parte ilustrada; lo que convendría a unos espíritus, sublevaría a los otros. Un día llegará en que las nuevas ideas de que hoy vive la humanidad, tomen sus formas y se ostenten éstas apoyadas en la veneración de las masas y de la sociedad entera. Pero es una pretensión un poco fuera de camino querer exhumar lo pasado para satisfacer esta necesidad, y sobre todo hacerlo con el objeto de avivar el espíritu religioso. Es sensible que la intendencia no haya dado lugar a este ensayo tan peregrino. Hubiéramos visto a nuestras gentes del pueblo y a los niños apiñarse en torno de los grupos representativos, para admirar la pata torcida de un judío, la joroba del otro, las narices prominentes de este, y los ojos saltados de aquel, con grande risa de la muchedumbre y no poca mortificación de los hombres sensatos que habrían lamentado esta profanación de los más augustos recuerdos de nuestra religión.

Deseáramos que para quitar la tentación, los conventos poseedores de los tales mamarrachos, los quemasen el sábado santo, y que sean estos los últimos judíos que se quemen en este mundo; y que en lugar de las procesiones indicadas, redoblen su celo en la predicación del evangelio y en las doctrinas y edificación de los buenos ejemplos.

Concierto musical

(*Progreso* de 4 de abril de 1843)

Nos paseábamos uno de los días de la semana pasada por una de las calles de Santiago, enganchados en el brazo de un amigo que andaba tan aburrido como nosotros, e íbamos todos raciocinando sobre los motivos que tendrían nuestras autoridades *ad hoc* para privarnos del inocente pasatiempo del teatro, obligándonos por esto, para no morir de fastidio, a meternos por la noche en un sucio corralón o callejón donde *diz* que bailan volatines. Pues, señor, decía uno de los andantes, eso debe ser porque en el teatro hay muchas luces, se toca música en orquesta y con toda la pompa y reglas del arte; esto hace que las señoritas vayan en regla en cuanto a traje, y pongan su cara muy alegre para lucirla y para mostrarse en armonía sentimental con la armonía musical; todo esto está a las claras en el teatro, y todo esto está en contradicción manifiesta con la moral de este tiempo que, a fe mía; no es la moral de otro tiempo. En el teatro la diversión entra por los oídos, y en los volatines la diversión entra por la vista, y como es muy claro, lo primero es inmoral y lo segundo muy moral. Si el telón del teatro fuese oscuro y sucio, si la reunión tirase hacia *gato pardo* como en los volatines ¡santo y bueno! sería permitido el teatro como es permitido el volatín. ¡Pero hombre!, contestó alguno de los que andábamos juntos, figúrate tú que al volatín, como que no hay luces, todos van…

pues, todos van… como que nadie los va a ver, todos van… como para que nadie los vea, sino aquellos de que ellos quieran dejarse ver… En fin, hombre, no puede decirse más, sino que el payaso completa el cuadro que yo no tengo talento para pintarte, y que si vas por allá, verás que es muy distinto del que tu imaginas, y muy poco análogo al interés que debemos todos tener en adelantar la cultura de nuestro pueblo; el teatro sirve poderosamente para esto. En fin, íbamos todos disputando que si es así o si no es así, cuando nos echamos a los ojos un mocetón cargado de papeles y con una olla de engrudo que pega tres o cuatro pincelazos en una esquina, tres o cuatro puñetazos sobre un papel y nos deja un golpe de vista magnífico: ¡TEATRO!

¡Teatro!, repetimos todos a la vez, y nos lanzamos sobre el cartel, como aquellos penitentes que se sostienen en el almuerzo y en el té, y se arrojan a mediodía sobre una sazonada y abundantísima comida hasta que se hartan; cosa muy permitida y natural, y a la verdad muy saludable, según dicen los médicos; porque no son pocas las almas que salen de este valle de lágrimas en buen estado por efecto de tan bien pensada penitencia. ¡Teatro, concierto, Quintavalla, Yicenti, Lanza, Maffei, Caruel, Mercadante, Donizetti, trombón, arias y dúos!, ¡qué maravilla!, ¡y toda esa maravilla para el domingo! ¡Oh qué gusto! Al fin vamos a tener una noche en que estaremos sentados, rodeados de amigos, mirando amigas, gozando de una escena de civilización y de arte; en vez de andarnos por la calle sin saber qué hacer, o en el café, o en el infierno; porque tanto vale el infierno como la falta de quehacer.

Llega al fin el domingo deseado, y empieza la buena y lucida gente a ocupar los palcos y lunetas con un gusto que se dejaba ver en todas las caras. Yo decía entre mí, muy difícil debe ser esto de cumplir con la moral, cuando yo que nunca abrigo un mal pensamiento, no puedo menos que sentirme bañado en

gusto con tan brillante y ameno pasatiempo. Buscaba por todas partes en donde estaría el mal que aquello escondía, y no hallándolo a la vista, dije que debía estar tras de algún palco, en el caño del trombón o en alguna caja de violín. Pues, señor, dije yo, mientras esté escondido, vamos bien, porque quiere decir que nos tiene miedo; y si nos tiene miedo se guardará bien, se guardará hasta de tocarnos ni un pelo.

En esto estábamos cuando abrió sus trabajos nuestra muy regular orquesta, haciendo un gracioso preludio, el que primero entre todos tuvo ajustado al tono su violín. Poco se hizo esperar la imponente y sencilla obertura del *Mazaniello*, que fue perfectamente ejecutada. Algunos pasajes del andante formaban un cuerpo de armonías tan grave y majestuoso que no puedo uno menos que sentirse penetrado de cierto espíritu de *seniedad*, de cierta emoción sincera, de cierta cosa profunda y respetable parecida en algo al sentimiento religioso. El carácter de esta obertura tiene mucha analogía con el carácter que los grandes artistas han dado a la bella música que posee la iglesia católica para dar pompa y majestad a los sublimes cánticos. El fondo con que los bajos repetidos con calma y constancia, dan basa a las melodías agudas y suaves de los violines y flautas, tiene algo de parecido a los golpes periódicos del mar. Esos golpes de bajo van y vienen por decirlo así en la obertura y son el fondo, la sombra sobre que se matizan los colores ligeros y vistosos de los altos. Gracias a la contracción y habilidad del señor Zapiola, hemos llegado a tener en nuestra orquesta todos los adelantos que se necesitan para ejecutar con regularidad las bellezas de la música europea. Este artista, hijo del país y lleno de capacidad, merece toda clase de encomios por sus esfuerzos; es un hombre que tiene fe en su arte y que lo ha abrazado con fuego y con corazón.

Los señores Maffei y Caruel cantaron por obsequio a sus compatriotas los señores Vincenti y Quintavalla. Otras veces hemos hablado de estos artistas, del primero con especialidad.

Entre todas las piezas de canto que se ejecutaron, las más lucidas fueron, sin disputa, el dueto de *Belisario*, ópera de Donizetti, y el trío de *Ana Bolena*, del mismo. El señor Lanza trabajó maestramente con su dulce voz y con ese desembarazo feliz que tiene para darle toda la fuerza y pulso necesarios.

Mas, lo que verdaderamente era nuevo para nosotros, era el trombón. Fue de admirar el poder de emoción que el señor Vincenti le dio a aquel hueco metal de donde salían sonidos tan lúgubres y roncos que llegaban a herir el alma, a penetrarla de cierta sensación triste y dolorosa. Pocos serán entre nosotros los que sabían de antemano que el trombón causaba aquellos efectos. Así es que el señor Vincenti nos ha hecho oír una cosa nueva, nos ha hecho sospechar que el trombón es uno de los instrumentos más eficaces de la armonía musical.

Hemos dicho que el trombón tocado como lo toca el señor Vincenti era nuevo para nosotros. Y ¿qué diremos de la armónica de paja y madera sobre que ejecutó el señor Quintavalla? Esta era algo más que nueva; no era ni sospechada. Así es que la sorpresa del público fue completa. Todos estábamos absortos, y apostamos a que los más de los concurrentes tuvieron por momentos la sospecha de alguna superchería, de alguna intriga oculta para arrancar sonidos a aquellos trozos simples de madera extendidos sobre una mesa. Nosotros lo confesamos, estuvimos por mucho tiempo sin saber qué pensar. La admirable ejecución del artista, la velocidad de las manos, la fijeza de los sonidos, el gusto con que estaba ejecutada la música, los pianos, los fuertes tan dulces y fijos que sacaba, todo en fin, nos tenía abstraídos en aquel momento; y pasábamos nuestra mente del artista al instrumento, y del instrumento a la fuerza de producción prodigiosa de que está dotada la inteligencia humana. ¡Bendito sea Dios!, repetíamos con una vieja que miraba con asombro al señor Quintavalla, ¡lo que hacen los hombres! El señor Quintavalla no solo toca este instrumento nuevo, lo que

bastaba ya para que causase entre nosotros asombro, sino que lo posee con una grande perfección y produce con el mayor gusto y facilidad todas las maravillas y artificios de la música. Muchos habrá quizá que no hayan tenido ocasión de formarse una idea exacta del tal instrumento musical, y nosotros que hemos tenido la fortuna de verlo, de palparlo, de registrarlo, en fin, gracias a nuestro título de periodistas, vamos a decir lo que es y cómo es. El instrumento está compuesto de trozos de madera de pino cortados de mayor a menor, son redondos por un lado y por otro planos; el mayor trozo puede tener un pie y el menor no bajará de cinco pulgadas. El instrumento se compone de tantos de estos trozos como teclas de piano, naturales y bemoles, entran en dos de lo que se llama octavas en el piano. Todos estos palos están ensartados como teclas en un hilo que los ata unos a otros y los ordena de mayor a menor. Para que este instrumento dé sonidos, es necesario poner debajo de él y encima de la mesa, cinco rollos de paja común que tienen el grosor de un bastón de los que ordinariamente usamos. Estos rollos se colocan paralelamente sobre la mesa y sobre ellos se asienta el instrumento que tomado en la mano parece solo un fleco de palos. El artista toma entonces una actitud especial y que nosotros creemos calculada como para que no sufran las espaldas al tener que estar inclinadas tanto tiempo sobre la mesa y haciendo con las manos movimientos veloces y vivos. Las teclas, diremos así, de este instrumento, se pulsan con unos martillos pequeños de madera negra dura, que según creemos es ébano. En cada mano toma el artista uno de estos martillos, que tienen en uno de los extremos dos cabezas pequeñas juntas y paralelas. Pulsados los trozos de pino que sirven de teclas con estos martillos, dan sonidos dulces y fuertes aunque no muy vibrantes. Este instrumento requiere más que otro alguno una ligereza singular para ejecutar en él. El señor Quintavalla nos dejó admirados porque ejecutó piezas dificilísimas y muy lindas con la mayor limpieza y perfección.

Nosotros acabamos de oír aquella ingeniosa novedad, como acabaremos de escribir nuestro folletín, repitiendo con la vieja: ¡bendito sea Dios, lo que hacen los hombres!, y repitiendo lo que algún inteligente y espiritual asistente dijo del instrumento, que solo en Rusia pudo haberse inventado; pues que por la rapidez de los movimientos era más bien un antídoto contra el frio, que un producto hallado por el amor del arte musical.

Un matrimonio en el reinado de Luis XV

Comedia de Dumas

Traducida bajo el título de *Un casamiento sin amor*

(*Progreso* de 18 de abril de 1843)

Abriose, en fin, el teatro, lo que para las páginas del *Progreso* no deja de ser un acontecimiento bastante feliz. Como lo habíamos presumido ya, el teatro ha recibido grandes mejoras con la nueva compañía de empresarios que se ha hecho cargo de él. Se presentó el domingo de nuevo y con no poca elegancia, y ya sea novedad, ya realidad, el hecho es que a todos nos ha parecido mucho más vistoso que lo que antes estaba. La concurrencia no fue efectivamente tan numerosa como lo habíamos esperado. ¿Cuál habrá sido el motivo? ¿Será las confesiones? Puede muy bien ser, ¡ya se ve!... ya se ve que íbamos a decir una tontería y que los puntos suspensivos indican que no la queremos decir. Sin embargo, había preciosos puntos de vista para los que son aficionados a admirar las bellezas vivas con que la naturaleza ha dotado a este bienaventurado suelo de Chile. Entre las muchas mejoras que esperábamos, la de la fonda, café o mesón era una. Nosotros nos metimos en ella de curiosos y no de hambrientos, echamos ojeadas por aquí y por allí, escudriñamos y por más que

quisimos comprender, solo vimos el mismo fraile con las mismas alforjas, mas como no anduvimos en ellas, no hemos podido saber si iban cargadas con mejor limosna.

Por lo que hace a la pieza dramática con que se ha dado principio a las exhibiciones, nada podríamos decir que no fuera en elogio de los que la han elegido. Si andan así en adelante las cosas, el *Progreso* y el *teatro* van a hacerse tan amigos, que nunca andarán sino del brazo, y donde quiera que se vea la fachada del uno, se ha de ver el telón *folletínico* del otro.

El *Casamiento sin amor* es de un género nuevo del teatro moderno, género que pertenece a Dumas, y que aunque no tenga en sí un gran mérito de invención, tiene el de la novedad. Dumas empezó a hacer sus ensayos en él por la *Señorita de Belle-Islle*. Este género consiste en la comedia histórica; histórica estrictamente por los personajes, la escena, la época y las costumbres. Hasta ahora la comedia solo había sido contemporánea, solo en las costumbres y relaciones del momento se había encontrado la materia propia para formar ese cuerpo de diálogos y de sucesos vulgares y ordinarios que forman el drama cómico. Además, hasta ahora no se había dado a la comedia por cimiento principal la historia, sino el ridículo, inventado o copiado del presente, pero nunca se había vuelto la luna del espejo hacia atrás para que reflejase la vida vulgar y las costumbres domésticas del pasado.

Para esto ha debido haber antes inmensas dificultades. El único trabajo con que el arte dramático copiaba e intentaba copiar la historia, era la tragedia. La tragedia, empero, debía recaer sobre la vida de los siglos muertos y sobre sucesos tan alarmantes y espantosos que pudieran elevar el terror hasta la categoría de elemento poético. Se ignoraba, tanto como se ignora todavía, los detalles de la vida doméstica antigua, que ni la idea se pasaba al artista de tomar esa vida vulgar de los antiguos para dramatizarla. Después de eso, la tragedia no presentaba más que los grandes hechos políticos, y estos con

tal decoro, con tal aire de respeto, que se hubiera creído la más infame de las profanaciones componer con nombres romanos o griegos o con nombres tomados de las tradiciones nacionales, una comedia de costumbres. Mas, de la tragedia se pasó al drama, que hizo con la vida actual lo que la tragedia con la vida histórica; y que por consiguiente necesitó de los detalles vulgares para matizar los colores principales de su cuadro. Esta tentativa ha tenido también su reflejo sobre la antigüedad, y así como el drama ha hecho tragedias sobre los sucesos contemporáneos y con las costumbres vulgares, se ha pensado por relación en hacer comedias o servirse de las costumbres para pintar la vida ordinaria de los antiguos.

Este sistema literario no se ha desenvuelto bien todavía; anda tanteando el terreno, y el que más atrevido se ha mostrado en explorarlo es Dumas que desde el siglo XIX se ha lanzado hacia el siglo XVIII. Nosotros esperamos ver algún día aplicado este modo de concebir el drama a la vida no solo de la edad media, sino de Roma y Grecia también. Pues, ¿que todo habrá sido entre ellos caballería, estoicismo, patriotismo y entusiasmo? Por haber sido caballeros romanos y griegos ¿habrán estado exentos de la vida vulgar análoga a su siglo, de que no estamos exentos nosotros? ¡Oh, qué error! sus costumbres, lo mismo que las nuestras, tienen una faz vulgarísima y tan natural por más que hasta ahora no se haya ensayado encontrar elementos en ella para la comedia histórica como lo ha sido el encontrarles para la tragedia, y si esta ha contribuido tanto a hacernos comprender y vulgarizar la vida pública de los antiguos, aquella tiene que llenar otra gran misión todavía, que es la de vulgarizar los trabajos con que profundos anticuarios están descubriendo los aires de la vida vulgar antigua, escondida bajo los solemnes y majestuosos escombros de su vida pública. Por cierto que será picante y nuevo ver una comedia vulgar, chistosa, doméstica, tomada de la vida griega o romana; y sin duda, que aquel que no espere

ver este progreso en el arte dramático de nuestros días, no conoce bien los inmensos adelantos con que la historia está sacando a luz la vida de los antiguos, tomando todos sus puntos de vista.

La comedia, pues, ha entrado ya en este impulso que la historia ha dado a la inteligencia; pero no teniendo todavía un punto de apoyo bastante fijo y general en tiempos más antiguos, ha tomado aquel que mejor se presenta, por ser de un conocimiento más general y esparcido el carácter de sus costumbres, es decir, el siglo XVIII. He aquí según nuestro modo de ver el sentido de piezas tales como *Un casamiento bajo Luis XV*, como la *Señorita de Belle-Islle*, y algunas de Scribe. Este autor se ha mostrado muy inferior a Dumas en este género de composición, como es fácil verlo en *Bertrán y Ratón* o el *Arte de conspirar*, en el que se ve tanta anomalía de costumbres y tanta confusión para mostrar los colores propios de la época. Es una pieza que se puede vestir como suceso contemporáneo, como ha sucedido en nuestro teatro, y quedar muy en regla.

El drama del domingo es muy distinto; allí no hay una escena que no represente la época con toda perfección, que no sea estrictamente histórica; no hay un diálogo ni un carácter que no sea un destello de la vida real de entonces, de la vida doméstica. Aunque este sistema, pues, no haya desenvuelto todo su poder, abrazando la vida antigua, Dumas es quien lo encabezaba por ahora con sus dos trabajos por el siglo XVIII, que sin disputa tienen mucho mérito como trabajos de arte y de intención. El grande y utilísimo resultado que darán las piezas de este género cuando vayan penetrando en la antigüedad, es el de establecer fuertemente un conocimiento claro y positivo del encadenamiento constante y progresivo de la civilización, sacado del estudio de las costumbres privadas que son en todas partes la base de la sociedad.

Las costumbres del tiempo de Luis XV están pintadas en el

drama a que nos referimos con la mayor verdad y viveza. Ese galanteo caballeresco, esa indiferencia corrompida y noble al mismo tiempo con que son mirados en esta pieza los vínculos del matrimonio, y esa puntualidad para estar pronto a responder a las exigencias del honor, del amor propio, de la dignidad, son rasgos que no solo entonces, sino ahora también, pintan en bien una de las grandes fases de la civilización actual; y sabe Dios en qué vendrán a parar estos gérmenes de disolución que al mismo tiempo que nos espantan, nos dejan convencidos de su fuerza y de que son indestructibles por estar profundamente arraigados en las costumbres modernas. El matrimonio, la posición respectiva del hombre y de la mujer, es el asunto alarmante que empieza a agitar y a conmover todas las legislaciones de los pueblos que han salido del germen civilizador del cristianismo. Este estableció en teoría la igualdad absoluta; las legislaciones y las sociedades le han ido obedeciendo poco a poco y como de mala gana. ¡La igualdad! ¿Cómo se asentará? ¿Cómo se organizará? He aquí el gran problema. Para comprender todo lo que él tiene de difícil e intrincado, no hay más que echar la vista sobre lo que es el hombre en la vida real y lo que es la mujer; el modo como obra uno y las arterías con que la otra compensa las desventajas de su posición. Esto marcha. ¿Hacia dónde va? En llegando aquí todos nos encojemos de hombros.

Un casamiento sin amor tiene escenas preciosas, y el diálogo está lleno de esas tiradas indirectas y espirituales que, como todos saben, estaban en boga en la corte de los últimos Borbones. El casamiento *hecho pava ligar los intereses y no las personas*, como dice muy bien el *Condestable*, produce en la mano de Dumas los más exquisitos y animados detalles. El amor propio del marido cuando se cree engañado, el interés que empieza a tomar porque no lo engañen, y que poco a poco lo va interesando en cuidar a su mujer, lo que gradualmente viene a convertirse en vínculos, es uno de aquellos golpes

maestros, golpes de escalpelo sobre el corazón del hombre y que pinta singularmente el carácter propio de nuestras costumbres.

Los rasgos con que pinta la coquetería de las mujeres, y la necesidad que de ella tienen en la vida de nuestra época, son maestramente ejecutados. Hicieron una grande sensación. Los hombres se reían, las señoritas se hacían las que no comprendían jota de ese idioma, porque a nadie le gusta que se revelen los misterios con cuyo favor y apoyo medra en el mundo; y por casualidad vimos una vieja en la galería que abría tamaños ojos y boca para no dejar escapar una sílaba de la lección. Se conocía que tomaba puntos sobre la sublime treta. La coquetería es el medio porque la libertad de las mujeres se escapa del despotismo de los hombres. Nosotros maldecimos de ella, porque el poderoso maldice siempre de la libertad; mas esto es ya un disparate, lo mejor ahora es comprenderla, y tomarla por el buen lado, como la tomaba el conde del *Casamiento sin amor*.

Con todo, lo que hemos dicho basta para que se vea que esta comedia es buena; para que nos comprendan un poco los que la vieron, y para que nos comprendan una nada los que no la vieron; porque, lo decimos francamente, no hemos querido que ellos nos comprendan. El *Progreso* dice de los inasistentes lo que de los réprobos ¡malhadados! y no les tiene compasión. Ellos son los que perjudican al teatro, los que dan en tierra con el más halagüeño de nuestros pasatiempos.

Los actores se portaron todos brillantemente; el señor Fedriani llenó nuestros deseos. En fin, la pieza estuvo tan bien ejecutada como mal ejecutada estuvo la petipieza. ¡Oh, qué insulsa y pobre cosa tanto como trabajo de concepción, cuanto como trabajo de ejecución! La señorita Miranda trabajó con su acostumbrada y feliz destreza y acierto.

Hemos reparado en nuestro teatro que en las comedias de

costumbres, el público se divide siempre en dos bandos. El bello sexo tiene que sufrir los aplausos injuriosos e innobles con que los caballeros de la platea festejan todas las sátiras que el autor de un drama dirige al carácter o situación de las mujeres. ¡El pobre bello sexo condenado aun en el teatro a hacer su papel de mártir silencioso y resignado! ¡Oh! esto es innoble y tanto más innoble cuanto que lo hacen a la distancia, y como quien dice, por la espalda, aquellos mismos que entran a los palcos y salones dando consideraciones y respetos y aparentando hipócritas sumisiones. Un aplauso de este género es una injuria hecha al débil e impotente, un bofetón al que está postrado y encadenado; de todos modos, propio sería ya de nuestro estado que dispensásemos de este martirio a las bellas flores de nuestro teatro.

Sin embargo, en la noche del domingo, la enemistad tuvo sus buenas razones. Los señores empresarios, por cuidar galantemente de limpiar los palcos, nos dejaron cubiertas de polvo las lunetas. La parte sucia se vengó de la parte limpia martirizándola con aplausos satíricos. Cuando el equilibrio de la comodidad se restablezca, empezará a desaparecer la rivalidad. Nosotros respondemos de ello.

La música estuvo excelente. Hubo valses de Strauss y Lanner lindísimos, con especialidad el que se tocó entre el tercero y cuarto acto que fue preciosamente ejecutado. El amueblado de la escena y los trajes han estado en una perfecta armonía con el drama, y casi podemos decir que esta es la primera vez que vemos este accidente teatral en toda regla. Las luces estuvieron un poco descuidadas. Parece que el aceite y las lámparas andaban en quiebra por la larga separación y mirándose de mal ojo.

Bruno el tejedor

La heredera plan-plan

(*Progreso* de 22 de abril de 1843)

Apenas se alzó el telón para dar principio a la representación de la primera de estas piezas dramáticas, asomó ya por entre los bastidores el inculto y gótico semblante, la grosería gruesa y repugnante del pueblo bajo español; se nos vino a las barbas con tal máscara de barbarie, y con un dejo tan rancio, que nos encomendamos a Dios, pidiéndole fervorosamente que no permitiera que a impulsos de tal invasión, viniera a sepultarnos nuestra débil y pellizcada cultura, bajo las inmundicias de términos y modales con que empezaron a regalar nuestros oídos los señores actores, y por supuesto muy principalmente el delicado autor. ¡Bienaventurada la tierra donde el teatro florece en tan fresca y nacarada aurora! Tamañitos estábamos que de un momento para otro no nos sacasen a la escena una grande vacía de hierro donde viniera echando humo la olla podrida y perfumándonos con el delicado olor que huele tan bien a las narices de nuestros antiguos pilotos. Pero, gracias sean dadas a la mala memoria de nuestro autor, que tuvo la fortuna, para nosotros, de olvidarse de tan bella analogía y de perder este nuevo resorte tan armónico a los otros que ha sabido emplear con tanto acierto.

Por lo demás no ha sido tan mala la lección moral que nos ha dejado la tal pieza, y merece por cierto que las señoritas de una sociedad como la nuestra que se civiliza con rapidez y bajo tan buenos auspicios, la aprendan con tal fervor que no la olviden jamás. ¿Hay alguna que la haya olvidado? Pues señor, se la daremos en extracto. Hela aquí: cuando un hombre no es ladrón ni borracho, y hereda una buena fortuna, es preciso galantearlo al golpe porque es excelente para marido de una joven delicada y bien educada. Él no tendrá buenas maneras, ni más ideas que las que tiene un burro, sus amigos serán como él. ¿Qué importa? ¿Sirven acaso para algo los buenos modales y la cultura y la elegancia? ¿No son por el contrario todas estas cosas, como tan perfectamente lo probó el autor de la pieza del lunes, una señal inequívoca que marca a los pillos? ¿Hay jóvenes cultos y elegantes que por lo mismo no sean truhanes y perversos, tramposos y holgazanes? ¿Hay trabajador grosero y menestral que no sea un dechado de virtud, que no tenga una alma áspera como cerro, pero cristalina por dentro como una gota de rocío?

¡Oh! ¡qué brillante tendencia! ¡qué simpatías tan fuertes y previsoras en favor de la civilización! Todo esto es por supuesto con el objeto de hacer que el pueblo ame las exterioridades que señalan a la parte ilustrada que vive con el siglo; todo es para que desaparezca esa fatal tendencia que ha hecho tan infelices a tantos pueblos, incluso a la España, teniendo en lucha constante a la parte plebeya e ignorante con la parte descendente y civilizada. ¿No lo decíamos pues? si en esto de previsión y de socialismo nadie anda como la literatura española y sus amigos. En cuanto a poesía, su regla es pan, pan, vino, vino; en cuanto a costumbres las de los abuelos; en cuanto a modas, las de las montañas, que como murallas les sirven para que no penetre el refinamiento. Son en todo un dechado de fidelidad a lo que es atrasado, que es lo que fue, como es claro, de los padres, y esto marca las eminentes

virtudes con que practican el amor filial. ¡Ay Dios! ¡y cuánto tenemos nosotros de ellos! pues digo ¡poquita es la leche que nos metió en tres siglos nuestra santa y buena nodriza!

Mas la civilización ha puesto por fortuna un huevo en el corazón de la España, y ese huevo es Madrid. Así es que los que quieran juzgar a la España por el huevo, se equivocan, porque es huevo de una ave de pasaje que por fortuna durmió una noche en ese nido. Madrid y la España no andan muy avenidos, y hartos esfuerzos hacen los pajarracos del país para reventar la nidada, que como ellos dicen, los está infestando con mala ralea de pichones. A probar verdad tan funesta para la bienaventuranza del país, es a lo que se dirige nuestro drama del *Tejedor*. ¡Oh! ¡cómo alienta y favorece la cultura! ¡cómo acredita a los que quieren modelarse por ella esta interesante composición!

De aquí pues nace que la poesía española haya andado siempre dividida en dos bandos feroces que se destruyen entre sí, como dos partidas enemigas en guerra civil. Ya es Moratin y sus avisados y patriotas adversarios, ya es Quintana o Cienfuegos y el Padre Vaca; ya es Jovellanos y los enemigos de las innovaciones y los frailes; ya es Zorrilla o Espronceda y los tales como el hacedor del drama que hoy nos ocupa; y en medio de estos dos bandos nunca falta algún tonto estéril y gracioso, algún mono ágil como Bretón de los Herreros o el curioso Parlante que sin tener fuerza para meterse a lidiar en las filas del progreso y de la civilización gradual, se hacen a un lado como buenos egoístas y se ponen a reír de unos y de otros, sin patriotismo, sin conciencia, sin fuerza de creación; lo que es más, sin comprender la escena que les ofrece su siglo, y lo que es más, jactándose de no comprenderla y de no quererla comprender. He aquí unos hombres impotentes para hacer el bien, y que en pueblos principiantes como la España y nosotros, imprimen una tendencia funesta. Nada enseñan, ningún problema resuelven, y solo sirven para inspirar el

escepticismo y la indiferencia por todas las grandes cuestiones que abraza y sostiene la mente humana, y como nos faltan inteligencias bastante altas para encargarse de esta obra grande, se toma por ciencia y por saber la risa maligna e hipócrita de los chistosos ignorantes y huecos, que solo se ocupan en ridiculizar lo que no entienden, y después salen como payasos bailando en la cuerda floja y diciendo *¡aquí estoy!* un *Pedancio*, un *Jorje Pitillas*, y otros dos o más que ojalá dijeran alguna vez lo que piensan y lo que saben, para tomarles a buena cuenta su ciencia; porque mientras no se ocupen sino en morder a los demás, no nos ocuparemos de ellos nosotros, porque no es culpa nuestra que haya hombre de brazo flojo y que se deja morder. Desenvuelvan ¡por Dios! sus teorías, si tanto es lo que saben que los hincha. Dígannos el modo como ellos consideran a la literatura, a la poesía, a la civilización, y entonces veremos si han quedado polvos y consejos que administrar a los hidrópicos.

De todos modos pues, lo dijimos ya, la literatura española allá y acá ha estado dividida siempre y ahora también en dos brazos; comparándola con un río, uno viene de donde viene y el otro de donde lo sueltan; lo que vale tanto decir que uno nace de adentro y otro de afuera; que uno es español y que el otro… no es español. Por el brazo español van navegando, *El Tejedor* tripulado de gallegos y vizcaínos, y por el otro van *Espronceda*, *Zorrilla*, etc., etc., tripulados de madrileños y afrancesados.

Y no se diga que esto es allá solo, en España, no, señor, aquí también hay partidarios del pan pan, vino vino; hombres a quienes nada les importa la época en que viven, que no saben si es espiritualista o escéptica, para comprender las analogías que pueda ofrecer con ella la literatura; estos van por el brazo español. ¡Bienaventurados! están siempre arrodillados delante de los lienzos grietados que representan la faz y la peluca empolvada de sus abuelos. ¿Qué serán a sus ojos los otros que abrazan con fe y entusiasmo el espiritualismo y la exaltación,

que poetizan idealizando y no machacando la verdad? ¿Qué serán aquellos que no escriben en endecasílabos tirados a regla y a margen, sino que mezclan metros distintos y que cambian de tonos cuando cambian de emociones? Serán visionarios y malos versificadores. ¡Dios los ayude! ¿Cómo no han de errar los que hablan de lo que no hacen, los que caracterizan lo que no comprenden?

Sea pues de todo esto lo que fuere, el hecho es que *Bruno* y su *Heredera* no pertenecen bajo ningún aspecto al drama culto y socialista de nuestra época; su tendencia es torpe y grosera, anti-civilizadora; es un panfleto contra la cultura y no un drama. El genio de la poesía nueva nada tiene que ver con ellos; se alejan tanto entre sí como la religión y el empirismo, como el sensualismo y el espiritualismo, como la época que pasó y la que comienza.

Por lo que hace a *Plan-plan*, es una comedia excelente y utilísima para la plebe; no se puede dar una tendencia más moralizadora; pero por otros mil lados es en sus formas literarias española a todo ser, y tiene tales aires de abandono y de chocarrería que no puede mirársele con grande estimación en un teatro a donde solo asiste la parte cultivada y delicada de la sociedad. Es preciso fijarse en que no es una cosa tan insignificante la tendencia más o menos culta del teatro. Nada hay que desperdiciar entre nosotros, y es preciso que seamos severos para criticar todo cuanto se desvíe un tanto de la senda de la civilización que por desgracia no está tan compuesta y allanada que no necesite de toda clase de esfuerzos para impedir que se eche a perder.

Y ya que hemos hablado de literatura mezclando algo de lo que atañe a la nuestra, no queremos acabar sin decir algo de serio sobre la multitud de ataques que están recibiendo los nuevos poetas que están brotando a la vez de la circunstancia en que se encuentra el país, y de las influencias de la literatura europea. Estos ataques hasta aquí nada han ofrecido que como

crítica literaria les hiciera acreedores a ser mirados con respeto, han sido vulgares e insignificantes, mas producirán sin haberlo intentado una saludable influencia. No quitarán la tendencia, porque los que van por ella saben más y tienen más altura de fantasía y de inteligencia que los que los han atacado; pero vendrán a concentrarse, recogerán mejor sus fuerzas, pulirán sus obras, y entonces darán un segundo volido, mientras que los insectos quedarán arrastrándose de barriga y pasando sus ojos sobre los granos de tierra. Muy lejos estamos de pretender que las poesías de la juventud estén exentas de defectos. ¿Hay obras que lo estén? ¡Qué pobreza! Lo que sí pretendemos, porque somos capaces de patentizar, es que la tendencia de esas poesías es la que exige el siglo, y que está en una perfecta armonía con la marcha que las ideas y que las cosas sociales llevan entre nosotros. Esa tendencia dominante que dejan ver estas composiciones a pintar el carácter moral de los tipos poéticos que elije, a tomar por las entrañas, dirémoslo así, del hombre y de la sociedad, es una gran cosa, un noble trabajo que jamás lograrán empañar las estériles y malignas plumas que les dirigen esas chocarreras sátiras. Algo hay de serio y concienzudo en las nuevas poesías, algo profundo que no ha de perecer; y es una brutal injusticia no haber tenido la buena fe y el patriotismo de hacer la crítica sensata y equitativa que merecían, por tomar un rumbo malicioso, desnudo de verdad y de razón. Nosotros hasta aquí no habíamos querido tocar las débiles obras de cristal que está fabricando nuestra joven generación, de miedo de empañarlas y de sofocar en su germen alguna alta y apasionada fantasía; y esto ha dado lugar a creer que nos absteníamos porque no comprendíamos sus defectos. ¡Qué hábiles son los que han sabido descubrirlos! ¡Vaya que han hecho una gran cosa, y verdaderamente la han hecho con tino y justicia!

Nosotros haríamos, si fuéramos capaces, grandes esfuerzos por sostener el espíritu y el empeño de los nuevos poetas.

Quiera Dios que persistan. Al fin vendrán a dotar al país de una literatura que no sea crasa y arrastrada, material, insignificante y empírica, verbosa y hueca, como muchos trabajos que no sería difícil encontrar cerca, y bien cerca de nosotros. Pero es preciso que si quieren llegar a lo que deben llegar, se den pacientemente a estudios serios y sistematizados, a estudios profundos que les revelen la naturaleza de las cosas humanas y sociales, porque este es hoy el gran fondo de la poesía y de la literatura.

Ridiculez, y muy grande, es también querer que los jóvenes poetas no aspiren a ver sus obras impresas y leídas. ¿Qué estímulo se deja a los trabajos de la inteligencia si se les quita el de la publicidad? Veamos ¿qué es lo que se hace para alentarlos? ¡Nada! y así es ¿cómo se quiere hacer renunciar a jóvenes seguros de su talento a la satisfacción de ocupar con sus obras la prensa? Por fin, téngase la tolerancia de soportar esta satisfacción exigida por un amor propio, que por ser prematuro, no deja de tener buenos fundamentos en recompensa del brillo que ellos prometen esparcir sobre la inteligencia nacional.

La Cartera
Drama traducido por Don Rafael Minvielle
(*Progreso* de 26 de abril de 1843)

Antes del domingo pasado puede decirse que el teatro no había hecho aún su apertura solemne. Las impresiones religiosas de la cuaresma que acaba de pasar, las lluvias, lo incompleto del personal de la representación, todos estos incidentes habían dado cierta frialdad al teatro, que no bastaba a disimular el rojo y un poco oscuro tinte que predomina en la nueva decoración de los palcos. El domingo era otra cosa; numerosísima concurrencia, de hombres sobre todo; pieza nueva traducida por uno de los aficionados a las letras que más enriquecen el teatro con buenos dramas; y después de todo la reaparición de los señores Casacuberta y Jiménez, que hacía que el público se prometiese de antemano que le aguardaba un espectáculo completo. Hay, en efecto, de parte del público una especie de presciencia de la importancia de una pieza nueva que se le anuncia, que le hace concurrir en crecido número y que rara vez se equivoca; añadiendo todavía que la mucha concurrencia es un nuevo motivo de satisfacción para cada espectador que le predispone favorablemente el espíritu a juzgar con benevolencia de lo que oye y ve. ¿Quién es, en efecto, aquel que no se siente disgustado contra la pieza que va a darse, que no siente un vacío que la buena representación no llena completamente, al ver los palcos desnudos, las lunetas

claramente pobladas, y la popular cazuela escasamente surtida? La numerosa concurrencia nos llena de vanidad, como si debiésemos envanecernos de formar parte de una reunión tan numerosa, como si para gozar necesitásemos, por una especie de simpatía por los demás seres de nuestra especie, el que muchos nos ayuden a sentir y participen de nuestras emociones; a la manera del niño que cuando ve un objeto nuevo que le sorprende, llama a gritos a todos que vengan a ver lo que él ve. Vanidad zonza y sin fundamento; pero que a todos nos domina y que da mayor realce y vivacidad a los placeres variados que el teatro nos proporciona. Apelamos, sino, a la conciencia de nuestras amables lectoras, y que nos digan bajo palabra de mujer, que es la mayor y solemne palabra que puede soltársenos para nuestra seguridad, si ¿no se sienten más huecas, más anchas y más contentas de sus gracias, la noche que hay mayor concurrencia en el teatro, más ojos que miren, más anteojos que escudriñen?

Y no se crea que los empresarios no simpatizan con la mucha concurrencia. ¡Todo lo contrario! El corazón se les dilata, a punto de no caberles en el pecho, cuando ven todos los asientos ocupados. Sus ojos animados, su cara radiosa, la sonrisa de sus labios, la afabilidad de sus modales, ¡vamos! si fueran maridos, sus mujeres los hallarían en ese momento los hombres más amables y complacientes del mundo, los mismos de la luna de miel; y en efecto que nunca estarán más dispuestos a condescender con los deseos y antojos de sus caras mitades.

De la concurrencia pasemos a la pieza, ni más ni menos como lo hacen todos los hijos de Adán. Este es el orden natural. *La Cartera* es una pieza que podremos llamar de un género nuevo. Ninguna pasión violenta se desarrolla en ella, ningún crimen espantoso aterra al espectador, ninguno de los vicios que oculta en su seno la sociedad se descubre con toda aquella deformidad que las exterioridades, el lujo o la encumbrada

posición social de los individuos alcanzan a ocultar al público. El amor mismo, cuyos extravíos o cuyas apasionadas manifestaciones forman casi siempre el fondo de la tragedia clásica y del drama moderno, no entra en esta composición sino como un mero accidente. La presencia de dos mujeres en las tablas casi nos atrevemos a decir que no era necesaria. El asesinato que ocurre al principio, solo sirve para motivar el drama. Y sin embargo, este drama que no desenvuelve pasión ninguna, que no se engalana de bellos discursos, ni ostenta pensamientos e imágenes atrevidas, y que no espanta con el espectáculo del delito, ha sabido conservar su interés durante cinco actos, enternecer el corazón y dejar sensaciones durables. Drama accidental y ligeramente sangriento, se desenlaza sin aparato y de un modo natural y sencillo, que sin embargo deja los espíritus llenos de impresiones dulces y melancólicas. La escena principia en los preparativos de una boda que va a unir al hijo de un antiguo general del imperio con la hija de un noble. Este noble tiene un hijo varón que ha pasado por la prueba de una temporaria disipación, en la que contrajo deudas y se asoció con un malvado a quien prometió por un documento dar a su hermana en matrimonio. No pudiendo desembarazarse de este criminal empeño, asesina a su antiguo cómplice de desórdenes. Esta muerte da origen a procedimientos judiciales y sospechas que agravian a dos familias nobles, por la sangre la una, por sesenta años de campañas del padre la otra. Omitimos los pormenores de este drama, porque tan grande fue la concurrencia que pocos de nuestros lectores habrán dejado de asistir a su representación.

¿Cuál es el sentimiento que anima toda esta composición, la idea que campea por toda ella? El sentimiento del honor, el deseo de todos de conservar un nombre sin tacha y alejar de sí toda sospecha de ser capaces de una infamia.

Un asesinato ha sido cometido, cuyo perpetrador se oculta a las pesquisas de los tribunales. Las sospechas recaen sobre el

joven *Alfredo Lemir* que sale absuelto ante las leyes; pero a quien la opinión no ha absuelto. Su vida se ha salvado, pero su honor ha quedado a las puertas del tribunal.

Desde este momento se ve la infamia pasando de la frente del uno a la del otro de los cuatro principales personajes. Cada uno de ellos está un momento abrumado con el peso de este odioso fardo, y no se desembaraza de él si no es viéndolo con dolor recaer sobre un objeto caro a su corazón. Es un tizne que anda vagando largo tiempo en el aire, pegándose aquí y allí sin encontrar la cara del verdadero culpable, y cuando la encuentra al fin, ¡cuántas acciones nobles la han rescatado de él! ¡cuánta virtud y cuánta abnegación salen en su defensa! He aquí el interés del drama. A cada momento hay una transición inesperada. La deshonra pasa de un hijo a otro y va a reflejarse sobre las canas de sus respectivos padres. Es una bella idea del autor colocar de un lado a un general del imperio, del otro a un noble, ambos tipos y depositarios del sagrado legado del honor; y no es menos acertada la idea de sostener el interés de la composición entera con este sublime sentimiento que es una especie de religión para las almas bien nacidas, y que encuentra ecos y simpatías aun en los corazones más depravados. El honor es todo. Por él arrostramos la muerte, los peligros, y desafiamos aun la opinión pública, porque el honor no nos viene de los juicios de la muchedumbre, sino de la conciencia de nuestra propia dignidad y de la pureza de nuestras acciones, que un accidente que no podemos explicar o un mal intencionado puede llegar a poner en duda. Así el amigo que aconsejaba a su amigo, «echarse de rodillas a sus pies, y pedirle perdón por el mal que el honor le manda hacerle», daba el consejo que dicta ese mismo honor pronunciando al mismo tiempo su sentencia. Y no nos quejemos de los sacrificios, a veces costosos, que la conservación del honor nos exige; son sacrificios amargos sin duda, pero, que como los remedios, salvan de la muerte. Todo se ha perdido menos el honor, decía

en nombre y en lugar de todos los hombres de corazón, el caballero Francisco y rey de Francia. «Todos nos ponemos serios cuando la palabra *honor* se pronuncia. El hombre al oír el nombre de honor, siente removerse alguna cosa dentro de sí que es como una parte de sí mismo; y este sacudimiento despierta todas las fuerzas de su orgullo y de su energía primitivas. Una firmeza invencible lo sostiene contra todos y contra sí mismo, a la sola idea de vigilar sobre este tabernáculo puro, que está en su pecho como un segundo corazón en que morase un Dios».

Un personaje solo hay en el drama que no se muestra animado de este bello sentimiento, es el original Mr… (Rendon) representando al cobarde, al egoísta. Para éste no hay más Dios que su propia conservación, su tranquilidad. Testigo del crimen, declara ante los tribunales no haber visto nada. Ve a un joven próximo a sufrir un fallo que puede no solo difamarlo, sino llevarlo al patíbulo, y guarda silencio aun y retiene la cartera que podría dar luces sobre el asunto. Tal es el hombre sin honor, el hombre egoísta.

El drama por la parte artística no carece de cierto grado de perfección que no es común en la generalidad de los dramas modernos sin caracteres especiales. Nada tiene de violento, nada de exagerado; las escenas se suceden sin estrépito; pero con novedad siempre. La intriga es sencilla y los incidentes bien trabados; y el desenlace retardado por las inesperadas transiciones que acrecientan el interés, es motivado y deja satisfechas todas las exigencias, aun aquella llamada justicia poética; pues que el joven culpable apenas sobrevive a la reparación del honor de su padre y de sus amigos.

En cuanto a la ejecución, fue buena en general; sobresaliente en algunos casos. El señor Casacuberta tuvo momentos de silencio que decían tanto al corazón como el más apasionado lenguaje, y otros en que mereció con justicia unánimes aplausos. El señor Jiménez y el señor Fedriani

contribuyeron con esfuerzos reales y bien calculados a dar a la pieza el apoyo de una perfecta representación. Estamos seguros de que hoy es nuestro teatro el primero de la América del Sur; porque sabemos que aun en los de Río Janeiro hay inferioridad respecto de las capacidades artísticas que tiene el nuestro.

Angelo

Drama de Victor Hugo

(*Progreso* de 22 de julio de 1843)

Esperábamos, para romper el silencio que hasta ahora ha guardado el folletín del *Progreso*, un drama de conocido mérito; porque no todos los días estamos para sacrificar nuestras columnas hablando de piezas que los espectadores han escuchado a bostezos y cuya crítica no puede inspirar, por consiguiente, la más pequeña curiosidad. El *Angelo* se ha representado por tercera vez en nuestro teatro; justo es, pues, que digamos algunas palabras sobre él.

El Podestá de Venecia, *Angelo*, es un hombre tímido que goza por su categoría de menos libertad que el plebeyo de más baja condición. Rodeado de espías que recogen hasta sus más ocultos pensamientos para irlos a comunicar al terrible tribunal de los Diez, carece de voluntad propia. Colocado en un círculo que nadie se atreve a tocar, es un ser aislado que, a pesar de vivir en la sociedad, no está en contacto con ella. Cada hombre encuentra en el fondo de su alma ciertos principios que se despiertan y se aplican con motivo de todas sus percepciones, de todos sus actos, los cuales lo dominan y lo manejan; criterio infalible por medio del cual juzga de todas las cosas mediante las impresiones que estas cosas graban en él. ¿Qué sería, pues, el amor para un hombre como *Angelo*? Un misterio que su

razón no alcanza a descifrar, un mundo ideal que se contenta con explorar de lejos, sin que sus sentidos traten de percibir la realidad.

Tisbe y *Catalina* son dos mujeres tan bellas una como otra, pero de distinta jerarquía social. Las dos son los extremos de una cadena cuyo eslabón es el amor. *Tisbe* es a los ojos del mundo un ángel destronado, una mujer que abandonada desde su más tierna edad a las manos del destino, vive en la degradación moral, en la prostitución. *Catalina*, por el contrario, es venerada por la sociedad, porque es esposa del *Podestá de Padua*, porque es la única que puede penetrar ese círculo sagrado a que pertenece *Angelo*. Estas dos mujeres aman a *Rodolfo*, hombre que vive de la casualidad, aventurero, trovador de la edad media que con su espada y su guitarra se halla suficientemente abonado para la felicidad, habiendo renunciado su nombre, sus glorias y sus riquezas para vivir independiente. Estos son los cuatro principales caracteres que Victor Hugo pone en juego y con los cuales ha edificado el armazón de su drama.

Tisbe, esta mujer cuya pureza de alma no alcanza a divisar la sociedad, porque la ve al través de un vestido postizo, ama con todo el ardor de una veneciana a su *Rodolfo*, que la engaña y que paga sus amorosas caricias con desdenes. Ella no advertía esto, sin embargo de que la tristeza de *Rodolfo* manifestaba que estaba ausente del alma de su vida; pero a su pesar, lo descubre por medio de un esbirro del tribunal de los *Invisibles* que quería vengarse de *Catalina*, la querida de *Rodolfo* y la esposa del *Podestá*, porque no había podido conseguir la más pequeña significación de correspondencia a su antiguo amor. El maldito *Homodei*, el esbirro, promete fácilmente a *Rodolfo* una entrevista con su *Catalina*, y al mismo tiempo ofrece a *Tisbe* demostrarle de modo que no le quede duda la perfidia de su amante. Hasta aquí *Angelo* parece un resorte innecesario, un carácter superfluo de que el poeta se

vale únicamente por ostentación, para poner en su boca bonitas descripciones del estado político de Venecia, para arropar sus escenas con el misterio y la incertidumbre. Así lo ha creído un crítico moderno arrastrado de la comezón de encontrar lunares a las más bellas obras de este poeta; pero luego veremos que carece de fundamento este aserto.

Homodei lleva a cabo su venganza. Introduce en el dormitorio del *Podestá* a *Rodolfo*, y éste goza del placer de cambiar algunas frases de amor con su querida. Al cuarto de hora oyen pasos en la misma escalera por donde había subido *Rodolfo*, apagan la luz para evitar sospechas, y el amante se ve obligado a ocultarse en el retrete de *Catalina*. ¡Era *Tisbe*! Todo lo reconoce, insulta a su rival, la amenaza, y al ir a llamar a *Angelo* para perderla, divisa una cruz que había sido de su madre, talismán que encerraba para ella dolorosos recuerdos. Averigua al instante de *Catalina* cómo ha venido a parar esa cruz a sus manos, descubre que es una prenda que la madre de *Tisbe* la dio como prueba de la gratitud eterna a que le era deudora por haberle salvado la vida. Esta cruz es, pues, el instrumento de salvación para *Catalina*. Viene *Angelo*, y *Tisbe* lo engaña, diciéndole que había venido a salvarle la vida, porque sabía que atentaban contra ella. Así se salvan *Catalina* y *Rodolfo*.

En el tercer acto aparece el *Podestá*, sabedor ya de que su esposa tenía un amante, dando órdenes para que la decapiten, contraste magnífico que hace ver que Hugo es eminentemente conocedor del corazón humano. Pero *Tisbe* aun encuentra medios de salvarla, ofreciendo a *Angelo* un veneno activo que haría padecer a la víctima más que el mismo cadalso. El *Podestá* lo acepta, creyendo lograr así su principal objeto, es a saber, el de que quedase para siempre oculta la muerte de *Catalina*, para que la historia no pudiese ver en el libro de oro de Venecia el borrón deshonroso con que su esposa había manchado la página en que estaba inscrito su nombre. *Catalina*

mira su muerte como cierta, se confiesa, y accediendo a los ruegos de *Tisbe* que prometía salvarla, toma la bebida que no era sino un narcótico que privaba solo por algún tiempo del ejercicio de las funciones vitales.

La pobre *Tisbe*, cuyo corazón estaba despedazado por los celos, sacrifica su pasión y su venganza para cumplir con el juramento de su querida madre. Todo lo prepara para la fuga de los venturosos amantes, y cuando solo espera la vuelta de *Rodolfo* para decirle cuanto había hecho por él, éste, pensando que los aparatos fúnebres que se hacían por la muerte de *Catalina* eran una terrible realidad, entra despechado y desenvainando su puñal, intima a *Tisbe* que se prepare para morir. Esta es la situación más dramática de toda la pieza, y al mismo tiempo la más poética, porque los celos y el despecho se estrellan con el amor. *Tisbe* no trata de justificarse ya con su *Rodolfo*; solo zumban en su oído las palabras con que ha sido vejada por el que tanto tiempo ha amado; ya no piensa más que en morir, porque sin el amor de *Rodolfo* no hay vida para ella, y… por fin se realiza esa terrible tradición que le cuenta *Rodolfo* en el primer acto, cuando le aconseja que no lo ame, porque todos los antepasados de su familia han acostumbrado matar a puñaladas a sus queridas. A los gritos de *Tisbe* moribunda se despierta de su letargo *Catalina*, *Rodolfo* ve que ha cometido un horroroso crimen, cegado por su pasión, cuando escucha de la boca de la que él mismo ha apuñaleado, las palabras: *¡ha sido salvada por mí y para ti!* Con esto concluye el drama.

No es extraño que de todas las escenas del *Angelo* mane tanta poesía, porque basta dejar obrar al amor y al dolor, al pasado y al porvenir, a la realidad y a la fantasía, a la creencia y a la esperanza para conmover al corazón; porque, pintando todas las diversas fases de la naturaleza, el agua que borbollona, el astro que palpita en el cielo, la flor que desabotona sus cálices, el niño en la cuna y el anciano en la

tumba; porque matizando, un cuadro con estas luces y sombras que el mundo y la vida constantemente presentan, chisporrotea necesariamente ese fuego eléctrico que llamamos poesía.

Si pudiera llamarse defecto el abuso de una belleza, la prolongación de una escena interesante, diríamos que el único lunar que encontramos en el *Angelo* es la nimia duración de la agonía de *Tisbe*; porque primeramente no es verosímil que una mujer que ha recibido una puñalada en el corazón resista por tanto tiempo a la muerte, y porque nunca agrada presenciar esas escenas que, en lugar de conmover, producen náusea y hastío. Creemos que haría más efecto el desenlace si cayese el telón cuando *Tisbe* dice: *ha sido salvada por mí y para ti*.

En ninguna vez tenemos tan sobradas razones para alabar la representación como en ésta. La señorita Miranda hacía tiempo que no desplegaba ese arte y destreza con que siempre se distingue en la ejecución de la mayor parte de sus papeles; pero en esta ocasión no nos ha dejado nada que desear, tanto por lo que respecta a la representación, cuanto por la propiedad y decencia de sus trajes.

Lo mismo decimos de la señorita Hernández. El señor Casacuberta, a pesar de no haber sabido nada su papel, lo que ciertamente es una falta imperdonable, ha entendido su carácter de tirano como convenía.

Los trabajos de D. Claudio Gay
(*Progreso* de 22 de julio de 1843)

El público ha visto ya la memoria [9] presentada por este señor a la Academia de Ciencias de París, publicada en el *Araucano*. Sabemos que se preparaba para presentar otra, y que sus trabajos sobre la historia de Chile estaban muy adelantados. Estos últimos creemos dejarán completamente satisfechos a nuestros compatriotas, por la conocida capacidad y alta reputación de que gozan los colaboradores que acompañan a Mr. Gay en su obra. Esperamos que dentro de poco tendremos una historia de nuestra patria, cual no la tiene ningún otro pueblo de la América española. Mr. Gay llevó cuantos materiales pueden apetecerse para marcar de una manera clara la marcha social de un pueblo. Llevó todos los datos necesarios para dar a conocer los grandes caracteres que han pasado por la escena de Chile. Su obra será un monumento donde vayan los chilenos a recibir las inspiraciones de gloria y poesía que encierra la vida de un Carrera, de un O'Higgins o de un Rodríguez.

Una gran ventaja que van a producir los trabajos de Mr. Gay, es que la Europa tendrá un conocimiento más detallado y exacto de nuestro Chile. Por allá se nos cree todavía salvajes, matándonos despiadadamente unos a otros. Semejante error no puede menos de perjudicarnos grandemente, porque, ¿cómo es

posible que los hombres y los capitales quieran dejar un país civilizado y donde se goza seguridad, para vivir entre bárbaros que amagarán su existencia? A nosotros, por otra parte, nos conviene en alto grado que se aumenten más y más las relaciones con la Europa. Ella nos comunica los progresos de su civilización; sus comerciantes exportan sus frutos; sus agricultores y obreros, cuando comiencen a venir, cambiarán la faz de nuestro trabajo agrícola e industrial. Nadie querría hoy día, con un conocimiento tan equivocado de este país, entablar negociaciones y empresas, que al paso que los favorecieran redundarían en beneficio nuestro. Es muy raro encontrar el nombre de Chile en las columnas de los periódicos europeos, y cuando se lo encuentra, es solo para lamentar la falta de noticias que se tiene de nosotros, solo para ver errores groseros respecto de nuestra situación geográfica, política, y de cuanto pueda haber de interesante en un país. Que la prensa en general no se ocupase de nuestros países sudamericanos, no causa tampoco extrañeza, cuando se ve que periódicos dedicados a los americanos, como el *Correo de Ultramar*, se muestran tan ignorantes y equivocados respecto de nuestros intereses y estado actual.

Hubo un tiempo en que la atención de la Europa estuvo como prendida de la América española; cada choque entre los ejércitos de la España y de la patria, era sentido en el otro lado del Atlántico; una cadena eléctrica parecía unir a los pueblos de ambos continentes. Pero ¡qué pronto se concluyó ese noble interés, hijo de los sentimientos de libertad que eran comunes a los hombres de ambos mundos, que pronto se concluyó para dejar el lugar al más inmerecido desprecio! ¿Por ventura creyó la Europa que la América española iba a presentar el mismo espectáculo que los Estados Unidos? ¿Creyó que con antecedentes tan opuestos iba a producirse un mismo efecto? La Europa alucinada se figuró ver mil pueblos levantarse libres para formar sociedades en que se realizasen los sueños

políticos que tan agitada la tuvieron a ella, y cuando la realidad vino a mostrarle la magnitud de su engaño, quiso vengarse del chasco, desquitándose con desprecio de las simpatías que nuestra suerte le había arrancado.

El espía sin saberlo

Una de tantas

(*Progreso* de 26 de agosto de 1843)

Con entera confianza podemos decir que esta pequeña comedia es una de las pocas que han logrado satisfacer a nuestro público; con seguridad lo decimos, porque ya cuenta más de cinco representaciones y en ninguna de ellas ha disgustado. Y es tanto más admirable la aceptación con que ha sido recibida, cuanto que es rara la vez que podamos decir otro tanto de comedias que en sí llevan el sello de una grande época y de un grande ingenio, y que regularmente se cuentan en el catálogo de las obras maestras que produjeron los talentos cómicos del décimo séptimo y décimo octavo siglo. Y sin embargo, si fuésemos a descubrir el *Espía sin saberlo*, si lo examinásemos parte por parte, escena por escena, no encontraríamos probablemente ninguna protuberancia artística, ningún pasaje que manifestase un ingenio cómico sobresaliente.

Carece primeramente de la cualidad principal que debe poseer una buena comedia, a saber, el ser un fiel espejo de las costumbres, un bonito panorama en que el espectador divise al través del prisma del arte los defectos del hombre. Tan peculiar de la comedia es esta cualidad que, si no nos equivocamos, a ella debió su origen. En efecto, escárbense los primeros

tiempos de la comedia, sacúdase la polvareda que oscurece el nacimiento de este arte, y se verá que no solo Aristófanes y Terencio, los cómicos de la antigüedad, sino hasta el trágico Corneille y Moliére han tenido siempre presente en sus obras el fin de mejorar hasta cierto punto, por medio del teatro, la condición moral de la especie humana. Aristóteles y Horacio señalan esta cualidad como uno de los preceptos principales de la comedia. Moliére, en la defensa que hace de su Tartufo, considera a la comedia como un poema ingenioso en que por medio de lecciones agradables se corrigen los vicios de los hombres. En el siglo presente en que desde la comedia hasta el más despreciable artefacto del talento se mira como una circunstancia indispensable la de que tenga un carácter *humanitario*, ha llegado a tenerse el precepto de Aristóteles por de una necesidad más imperiosa; y así es que Scribe y Bretón, el *par cómico* (como los llama un crítico moderno) que en la actualidad están explotando con bastante empeño esta ramificación del arte, estampan en todas sus producciones esta cualidad social; por eso es que hablando del segundo de ellos, dijimos que sus comedias habían influido más en la revolución española generadora de la nueva civilización que los balazos del duque de la Victoria. Las lecciones más sanas de moral no tienen tanta fuerza como el ridículo; y tan es así esto, que todo hombre, aunque sea tenido por malvado, nunca quiere ser reputado como ridículo.

En segundo lugar, diremos que aunque la acción de esta pieza se desenvuelva en una de las épocas más prominentes de la historia, en circunstancias que Napoleón era primer cónsul de Francia, no tiene el más pequeño colorido que haga resaltar esta época, a pesar de jugar el autor con un personaje célebre, con el ministro de policía, *Fouché*. Esta falta se hace sentir demasiado, porque siendo esta comedia una pieza histórico-política, debió siquiera haberse hecho una ligera reseña que indicase la época de la acción. Pero antes de pasar adelante,

expondremos de paso su argumento.

No puede ser más sencillo: *Miguel Perrin*, ex- cura de Normandía, tenía una sobrinita linda por su carita de rosa y su alma bondadosa; amaba la pobrecita a *Bernardo*, joven honrado, pero que, como ella, no tenía en qué caerse muerto. El tío-cura que no tenía más sistema que el de ser hombre de bien, porque

amparar los desvalidos
con cristiana caridad,
poner paz y urbanidad
entre esposos desunidos,
oponerse a la opresión,
a terribles tropelías,
tal fue siempre en sus días
la más grata ocupación,

se devana los sesos por encontrar un medio de hacer feliz a su sobrina. Sabe que *Fouché*, discípulo suyo, se halla de ministro de policía y resuelve pedirle una ocupación. *Fouché* le concede audiencia, y al cabo de ella, lo recomienda a su jefe de sección *Desauné*, quien, después de examinarlo, lo emplea en el servicio secreto. El buen cura ignoraba que el empleo que ejercía era el de espía; lo sirvió un día, y recibió en recompensa 20 francos; pero cuando lo descubrió, cuando conoció que se había deshonrado, herido su corazón y vertiendo amargas lágrimas, le dice a *Fouché*:

El oro tomad que me ofende,
que un digno salario pedí.
No el precio del vil que se vende,
no un don tan indigno de mí.

Y cuando *Fouché* le anuncia que había recuperado su curato, todo el mal que le había hecho se lo perdona, loco de

alegría por poder volver al seno de sus feligreses, llevándose a su sobrina con su amante.

¡Y bien! ¿en qué consiste, pues, nos dirán, la aceptación con que siempre ha sido recibido el *Espía sin saberlo*? ¿Por qué gusta tanto? Por la representación del señor Casacuberta. El éxito de ninguna pieza depende tan privativamente de la ejecución del papel protagonista como el de ésta, pues está al arbitrio del actor graduar o tantear el carácter que es necesario adoptar, y bien se sabe que cuando se le deja esta libertad, es preciso que lo desempeñe con mucho tino. Justo es, pues, que le tributemos su merecido elogio, advirtiéndole que tenga siempre presente que este papel entra en el número de los mejores que en Chile ha ejecutado.

Una de tantas, petipieza también muy conocida, cerró la función del jueves. *Una de tantas* es una coqueta que tiene talento para engañar, merced a sus argucias, a dos militares de guarnición que la adoraban, derretidos por sus bonitos ojuelos y por su divino talle. Citaba al uno por la puerta falsa y al otro por la principal. Nunca habían descubierto ni el uno ni el otro de los dos amantes, la perfidia amorosa de su deidad; pero una noche se encontraron a tiempo que los dos venían de *pelar la pava*; y en unos pocos dimes y diretes supieron la treta infernal de que eran vil ludibrio, y dio en la trampa la ingeniosa astucia de *Camila*. A ella no le causó ninguna extrañeza el desdén o desprecio que recibió de sus dos amantes. Tarde o temprano debería esperarlo, y así se lo dice a su confidenta, concluyendo la petipieza con estos sentenciosos y bonitos versos:

> Los hombres son mala yerba,
> de ninguno estoy segura;
> por eso siempre procura
> tener tropa de reserva.

No nos favoreció en esta noche el señor Rendon ni con sus

interpolaciones, ni con sus caricaturas, ni con sus graciosas sandeces. Sabemos que se está preparando para ejecutar *El hombre más feo*, pieza de cuya bondad salimos desde ahora fiadores; y aseguramos que su representación será perfecta, porque al señor Rendon, por naturaleza, le viene de molde este carácter.

La Compañía de Jesús
(*Progreso* de 30 de marzo de 1844)

Prometimos dar algunos antecedentes más sobre la grave cuestión que agita la prensa y los espíritus en Francia, y trataremos de hacerlo con la brevedad que permita materia de suyo tan vasta. La cuestión no ha principiado este año, ni es una cuestión del momento. Los elementos han estado acumulándose durante siglos, y aun es dudoso que la veamos terminarse tan pronto. Los jesuitas están mezclados en ella o por mejor decir, son el agente que la ha promovido, por lo que no llenaríamos nuestro empeño si no dijésemos algo sobre esta orden singular que tantas simpatías y antipatías ha provocado; que ha sido el objeto de la veneración y del encono de los soberanos y de los pueblos. ¿No es notable ver cómo esta planta segada una vez y desarraigada en un tiempo del suelo de la cristiandad, renace de nuevo y vuelve a aparecer después de un siglo, suficientemente robusta para excitar segunda vez los temores y los celos que trataron de sofocarla en el siglo pasado? ¿Qué hay, en efecto, en esta corporación que es bueno y que es malo a la vez, que suscita cierta idea de respeto modificada por otra de desconfianza, renovando el recuerdo de sus pasados servicios y el temor de sus antiguas aspiraciones? ¿Un jesuita es simplemente un sacerdote, como un clérigo o un franciscano? Por más que nos lo digan, algo de adentro nos repite que no; es algo más, sin que podamos explicar el

sentimiento que experimentamos al oír este nombre que está ligado a todas nuestras tradiciones.

La orden de los jesuitas fue fundada en el siglo XVI. Las tradiciones religiosas, el gobierno de la iglesia, sus instituciones, el papado, el dogma mismo habían pasado por la revisión de la crítica. La reforma había levantado su estandarte en Alemania y llevádolo triunfante y establecídolo por todo el norte de Europa; los espíritus estaban agitados; la iglesia dividida, turbadas las conciencias, amenazado por todas partes el catolicismo. La excomunión era impotente, los inquisidores, el tormento y las hogueras no podían alcanzar al alma, pues que no obraban sino sobre el cuerpo. Se necesitaban otros medios que atajasen el contagio. La predicación no era bastante. Lutero había aconsejado educar a los pueblos para hacerlos fuertes en los puntos de disidencia; y los católicos sentían la necesidad de oponer a esta mina una contramina, educar también para corroborar la fe. Pero se necesitaba además un sacerdote que estuviese a la altura de las luces y conocimientos de sus formidables antagonistas; que conociese la sociedad, los hombres, el siglo; que tuviese unidad de acción, medios especulativos, misión especial. No se trataba de convertir pueblos bárbaros al cristianismo, sino de retener a los cristianos en la unidad católica; no se trataba solamente de enseñar a los ignorantes, sino de convencer a los sabios y mostrarse más sabios que ellos. Necesitábase, en fin, un poderoso instrumento de acción, compacto, unido, dilatable, dúctil, sabio, insinuante, diligente; en una palabra, que se prestase a todas las circunstancias, que diese salida a todas las dificultades, que fuese superior a todas las resistencias.

Un capitán español llamado don Ignacio de Loyola dejó el servicio militar después de haber sido herido en un sitio en Pamplona, y formó una asociación de sacerdotes llamada Compañía de Jesús. El genio de este piadoso varón comprendió bien la situación del catolicismo y realizó desde luego la idea

de asociación más vasta, más profundamente calculada que concibió jamás cerebro humano. Acaso dio a su arma temple más subido que el que necesitaba el objeto especial a que la destinaba; acaso la fragilidad humana que hace degenerar las cosas más santas y puras, se produjo como la cizaña entre la buena simiente, aprovechando para fines mundanos lo que había sido concebido para conseguir objetos más altos. Lo que hay de cierto es que cuando se hubo desenvuelto esta vasta red que cubría la sociedad cristiana entera, los soberanos se creyeron como cogidos en ella y aprisionados en sus tronos, en los que no podían moverse ya, sin el permiso de la orden cuyos progresos habían ellos mismos fomentado; y los reyes, los déspotas absolutos, los dueños de vidas y haciendas, se vieron forzados a conspirar y concertarse en medio de las tinieblas y rodeados del misterio, como los débiles y los oprimidos, para romper de un golpe y en todos los puntos las cadenas que los oprimían. La historia no presenta un fenómeno igual a este unánime sacudimiento, a esta verdadera conspiración de los soberanos, urdida con habilidad y tino, en nada inferior al que se atribuía a la orden misma. La astucia, el misterio impenetrable, la unidad de acción, la seguridad de los medios, todo correspondió en la ejecución de la ardua empresa de echarse sobre los jesuitas.

Nosotros no juzgaremos este gran proceso que pertenece a la historia de la civilización como a la del catolicismo; no tenemos ni luces ni capacidad para tan espinosa tarea; no fallaremos tampoco ni en pro ni en contra de aquella célebre institución que ha contado en su seno con hombres tan eminentes. Nos abandonaremos más bien a las preocupaciones que nos ha dejado el recuerdo de su pasado poder, a las ideas que nos han inculcado los autores que contribuyeron a su caída, dejándonos guiar por el juicio que han formado los pueblos sobre sus medios, ya que sus fines no son hasta ahora bien conocidos; pues que a más de los ostensibles de propagar

y defender el catolicismo, no ha dado jamás explicación alguna satisfactoria ninguno de sus miembros. La fórmula *tales cuales*, esto es, somos quienes somos, es la única respuesta que han obtenido de ellos las interrogaciones de la política, las asechanzas de la curiosidad pública, las pesquisas de sus adversarios. Pero cualquiera que sea el objeto de esta institución, es cierto que su organización interna es tal, que siempre suscitará la alarma de los gobiernos y de los pueblos. Sus adversarios la han acusado de no tener principios morales, o lo que es peor, de hacer doblegarse a las circunstancias lo que la religión recomienda; y es sabida la doctrina jesuítica, *los fines justifican los medios*; esto es, que siendo bueno el objeto, no hay medio reprobado para conseguirlo. La Compañía de Jesús tiene una sola alma para todos sus individuos. Las distancias de tiempo y de lugar no figuran como causa de discordancia. Si yo ofendo a un rey, decía un sabio, me castigará o me expatriará, me perdonará, se olvidará con el tiempo o morirá al fin; si yo ofendo a un jesuita en París, me lo tendrá presente en Roma o en cualquiera parte del mundo, dentro de cincuenta años, como hoy, porque un jesuita vive en su orden y en todos los lugares y los tiempos. La institución niega a sus miembros toda individualidad, no deben tener criterio propio, juicio suyo, conciencia particular. Si la autoridad dice que lo blanco es negro, debe afirmar que lo blanco es negro. Tal es la ley de conducta, de pensamiento y de palabra que trazó la regla. El novicio que se incorpora en ella debe pasar por largos años de prueba y preparación. En este tiempo su carácter es estudiado, formado su corazón, amoldado su espíritu, y según lo que su capacidad promete, destinado a desempeñar un papel adecuado.

Una asociación montada bajo el principio de unidad que hace de millares de hombres un solo individuo, con una sola cabeza, una sola voluntad, un solo pensamiento, es la palanca más poderosa que puede ponerse en juego para llegar al través

de las vicisitudes de los tiempos a producir un resultado dado, si la empresa no es superior a todo poder humano. Si los amigos de la libertad hubiesen podido en todos los pueblos asociarse bajo esta unidad casi sobrehumana, hoy día estaría radicada aquella en las costumbres y en las leyes por igual en todos los países. Los francmasones, los iluminados, los carbonarios, han intentado imitar esta institución; pero todos sus esfuerzos han quedado burlados, y su impotencia ha puesto en desuso aquellas logias que gozaron de tanto prestigio en otro tiempo. Faltábales una investidura pública para presentarse noblemente en la sociedad; un carácter sagrado que hiciese inmune sus miembros, una cátedra desde donde arengar al pueblo, un medio de introducirse en los espíritus dominando las conciencias; faltábales en fin, aquella voluntad única que se atribuye a la Compañía, y que tiene su centro en un punto del globo. Y no son estos solos los medios que los jesuitas poseían para atraerse la veneración de los pueblos. Su celo discreto por los intereses de la religión, su pacífica consagración a su misterio, les daban otros tantos medios de influencia sobre los ánimos. La moral más austera no hallaría nada que reprochar a sus costumbres en general, y la predicación y el consejo iban acompañados de las obras y el ejemplo; nueva fuente de poder. Sus luces, porque el cultivo de las ciencias fue siempre como de regla entre ellos, los rodearon del prestigio que alcanzan los que se dedican al estudio; la civilización y aun las artes les deben importantes servicios, el mundo está sembrado de sus monumentos, la literatura enriquecida con sus escritos y la industria y el suelo con sus trabajos.

Sus modales mismos los hacían y los hacen aún aceptables para todas las condiciones y todas las exigencias de la sociedad. El jesuita es el sacerdote del siglo, el compañero más tratable, el interlocutor más dulce y menos exigente; ni sus palabras, ni sus acciones levantarán una queja ni dejarán

descontento el carácter más quisquilloso. Siempre han sido los más liberales, los que menos oposición han opuesto a las ideas del siglo, no obstante que su objeto es contrarrestarlas, y donde un sacerdote seglar hallaría un motivo de escrupulizar, este otro no verá sino una ocurrencia perdonable, y acaso justificable y aun justificada.

La enseñanza pública ha sido uno de los grandes objetos de sus conatos, y a apoderarse de ella en todos los países aspiró la orden en todos tiempos. Nada más santo y más laudable que esta solicitud, que tiende a disipar la ignorancia y formar el corazón del hombre encaminándolo desde la infancia a la virtud bajo las alas de la religión; pero nada tampoco puede dar a una corporación que en todas partes es extranjera, un poder más bien cimentado, un apoyo más inconmovible que esta invasión hecha sobre el corazón y las ideas de las generaciones que se crían, cuyo espíritu se amolda en cierto modo. Este punto de la educación es el que más recelos ha suscitado en todos tiempos, y por el que ahora vuelve a revivir la lucha entre el sacerdocio y los laicos, entre los jesuitas y la universidad de Francia, entre el poder eclesiástico y el gobierno del estado, agregándose nuevas circunstancias y complicándose con nuevos intereses, de lo que nos ocuparemos más tarde para llegar a explicar lo que motiva la actual discusión religiosa de que tratamos.

Tal es la famosa orden de los jesuitas, o el fallo al menos que ha pronunciado sobre ella la historia y la sociedad; y los temores que en otro tiempo inspiró de establecer una teocracia universal, las acusaciones y los cargos que de todas partes recayeron sobre ella, y la demanda imperiosa de los soberanos, hizo al fin que el papa Clemente XIV la extinguiese asilando a sus miembros en el recinto de Roma. Desde entonces principia otro período de la historia de esta orden, no menos curioso que el que le había precedido. La grande revolución del espíritu humano que ha asegurado la libertad de los pueblos, mostró

pocos años después su terrible faz. Sus resultados no fueron por todas partes ni los mismos ni los más seguros. Durante el primer período del siglo actual, las vicisitudes de la lucha han traído al poder sucesivamente a los partidarios de las instituciones libres y a los monarcas por derecho divino, y en estos diversos cambios se ha visto siempre a los jesuitas apoyando a los partidarios del despotismo. Con los Borbones de la restauración se introdujeron en Francia, y empezaron a pugnar por apoderarse de la educación pública. La revolución de julio los sorprendió en aquella tarea, y el odio popular, aunque inofensivo, recayó sobre ellos, como uno de los instrumentos de que los Borbones querían valerse para coartar las libertades públicas. Quizá hay exageración de partido, pero la crónica de los tribunales de aquella época registra más de treinta instancias contra jesuitas disfrazados entre el pueblo durante la lucha de los tres días, y acusados después de haber estimulado y perpetrado crímenes y violencias para desacreditar la revolución.

Fernando VII los llamó a España después que echó por tierra la constitución, y el encono popular contra ellos estalló después de un modo horrible en la guerra de sucesión, en la que se mostraron carlistas acérrimos.

Más tarde se han establecido en Bélgica, y desde allí invaden la Francia y suscitan las antipatías que estamos presenciando actualmente. En cuanto a la América su conducta ha sido enteramente distinta. En Estados Unidos se han establecido y han fundado una universidad que sostiene cerca de Washington el gobierno federal, en la que enseñan las ciencias morales y exactas, aunque les está prohibido hablar a sus discípulos protestantes de creencias, en lo que han convenido los jesuitas. En las fronteras del oeste prestan importantísimos servicios a la educación primaria y a la civilización de las masas. No hace ocho años que algunos de sus miembros se presentaron en las riveras del Río de la Plata.

Rosas los acogió con muestras nada equívocas de satisfacción, pero muy pronto se acarrearon su animadversión por no haber querido prestarse a todas las torpezas y profanaciones de la majestad del culto que el tirano había impuesto a los sacerdotes del país. Al fin fueron expulsados y la *Gaceta Mercantil* les echó en cara haber venido a cosechar onzas de oro en la casa de educación que habían establecido en lugar de dedicarse a conquistar almas. Algunos padres se habían internado de antemano en las provincias de aquella república, donde se han establecido algunos. De estos pasaron dos a Chile el año anterior, en donde se anunciaron por sus pláticas llenas de unción, discernimiento y un espíritu adecuado a las exigencias del tiempo, lo que les captó el aura popular. Ahora están establecidos en Valparaíso, donde se dice aguardan un refuerzo de dieciséis padres más para fijar su residencia en Santiago.

El álbum pintoresco

(*Progreso* de 3 de abril de 1844)

Hemos visto los seis primeros números de esta publicación periódica hecha en la península y que rivaliza en ejecución tipográfica, elección de materias y perfección de grabados con los mejores *magacines* ingleses y franceses. Es el *magacin* la revista popular, el vehículo creado por el periodismo moderno para despertar en el común de las gentes el amor a la lectura, y por su medio iniciarlas en las ideas y conocimientos que forman la civilización. Biografía, hechos históricos; descripciones de países, de escenas naturales, de ciudades y de costumbres; filosofía, máximas, industria, sucesos contemporáneos, todo lo que puede despertar la atención sin fatigar el espíritu, y sin la preparación anterior de la ciencia, entra en estos mosaicos que llegan al fin a tocar todas las materias y a popularizar todos los conocimientos.

La Inglaterra fue la primera en producir esta clase de folletos, y la Francia la siguió de cerca aplicándola a todas las materias, y aun creando especialidades para servir a la difusión de conocimientos determinados. Distínguese entre la multitud de los que la prensa francesa pone en circulación, el *Diario de los conocimientos útiles* que cuenta cien mil suscriptores y por lo menos millón y medio de lectores. Redactada esta importante publicación por escritores de conciencia, se ha

hecho una verdadera palanca de civilización suministrando a sus lectores todas las luces necesarias para la dirección de sus negocios, labranza de sus terrenos, profesiones industriales, inteligencia de las leyes, y todo cuanto puede contribuir a la mejora moral y material del ciudadano. Otra no menos importante es el *Echo des écoles primaires*, por el cual se ha emprendido un vasto sistema de enseñanza, que no solo abraza los rudimentos del saber, sino también las ciencias exactas y las naturales, con la discusión de todas las doctrinas que tienen relación con la educación pública. Por este medio y otros análogos, la Francia posee hoy un vehículo de enseñanza que propaga todas las mejoras, innovaciones y progresos hechos en el arte de trasmitir las ideas; un curso universal cuya cátedra está en París y cuyo auditorio se halla diseminado por toda la nación dirigiendo desde todas partes sus interrogaciones, proponiendo sus dudas, haciendo sus objeciones y poniendo en práctica los conocimientos que adquiere por este medio.

Los emigrados americanos y españoles residentes en Londres trataron de entenderse con la América por medio de publicaciones periódicas, todas las cuales tuvieron mal éxito por mil causas necesarias. Estos ensayos produjeron, sin embargo, la empresa posterior de *El Instructor*, que ha circulado por toda la América, obteniendo los más brillantes resultados. A este ha seguido *La Colmena* que cuenta en todos los países españoles con un número suficiente de suscriptores. En España se habían hecho algunas tentativas más o menos felices, y no dudamos que esta última tenga un buen éxito y proporcione a la clase media de los lectores españoles todas las ventajas que resultan de la adquisición de nociones y conocimientos variados. Las láminas ilustrativas que hacen un papel tan notable en los *magacines*, están desempeñadas en el *Álbum pintoresco* que anunciamos, con artística precisión y corrección de diseño.

El *Álbum pintoresco* se publica en Barcelona, la industriosa

capital de Cataluña, cuya librería empieza a rivalizar en baratura, perfección de trabajo y abundancia, con la librería francesa. Barcelona es, a nuestro juicio, el foco más activo de la regeneración española. Los catalanes forman una raza aparte que se distingue, por la fisonomía misma de sus habitantes, de los demás de la España, como de los demás europeos; raza eminentemente industriosa, activa, emprendedora, celosa del mantenimiento de sus derechos y de su libertad. En la edad media sus buques mercantes cubrían el Mediterráneo; cuando el despotismo español cubrió como con un manto de plomo toda la península, Barcelona resistió hasta el último trance, hasta quedar sus habitantes condenados a tener por toda arma el cuchillo de que se servían a la mesa amarrado a una cadena. En nuestra época, Barcelona ha sufrido ya dos bombardeos defendiendo su industria, sus fábricas y su libertad. Las ideas revolucionarias han prendido allí con más profundidad que en los demás reinos que componen la monarquía, y Barcelona inspirará siempre más temores que todas las ciudades juntas de España. Nace esto del espíritu emprendedor, inquieto, de un pueblo cuyas masas se sienten conmovidas por los intereses públicos, y que merced al desenvolvimiento de su espíritu fabricante, revolucionario, progresista, se halla en estado de aprovechar mejor las ventajas de la regeneración española. La oposición anárquica entrará muchas veces también a figurar con las otras causas más nobles y más justificables de oposición al gobierno español, pues no es posible que una revolución se desenvuelva sin extravíos culpables y sin desórdenes.

Romeo y Julieta

Ópera de Bellini

(*Progreso* de 23 y de 27 de abril de 1844)

I

La compañía lírica ha principiado sus tareas con todo el brillo que la expectación pública anticipaba. La primera exhibición de *Julieta y Romeo* nos llenó el domingo de todas las emociones dulces de que el genio de Shakespeare ha revestido este tema tan tiernamente trágico. Nosotros no diremos nada sobre el mérito de la ejecución. Preciso es que aguardemos las subsiguientes representaciones de la misma ópera, para que disipándose la especie de fascinación que nos causan las primeras sensaciones experimentadas, nuestras ideas se fijen y podamos apreciar los esfuerzos del artista y las bellezas de la composición; desde ahora anticipamos que tendremos que conceder mucho al talento de los principales papeles de la compañía que son, sin duda ninguna, distinguidos, y tales como no es fácil prometerse en países como los nuestros, en los que el cultivo y la afición a las bellas artes empieza a desenvolverse apenas, y en los que los talentos distinguidos no se prometerían siempre las coronas y los aplausos que les esperan allá donde el arte embellece todos los actos de la vida civilizada.

Diremos una palabra sobre la ópera. La primera idea que asalta al espíritu es la impropiedad de representar cantando escenas de la vida común, e intentar un remedo del drama y de la tragedia exhalando acentos melodiosos, o combinando armonías donde debiéramos prometernos oír la expresión de sentimientos dulces o las manifestaciones tumultuosas de las pasiones. Hase dicho que para gustar de la ópera es preciso dejar el sentido común a la puerta del teatro. En nuestro concepto, valdría mejor haber dicho que para gustar de ella, es necesario traer de antemano el sentimiento del arte. Con esta conciencia que subordina a la razón misma, podremos no solo familiarizarnos con las aparentes impropiedades de la escena lírica, sino aun gustar de lleno de todas sus bellezas, y dejarnos seducir por las sensaciones que ella se propone causar en los espectadores.

La música es, como todos saben, uno de los medios que la poesía toma para la expresión de los sentimientos del alma; el objeto de ella es producir la sensación de lo bello, alcanzar de vez en cuando a las encumbradas regiones de lo sublime. El arte combina formas y produce la estatua o el conjunto arquitectónico; mezcla colores y da por resultado la pintura; arregla la palabra, y todavía con este medio, el más simple de todos, da origen a la pintura descriptiva; coordina, en fin, los sonidos y ejecuta con ellos la misma obra que ha producido por los otros medios. La materia no importa. Será yeso, mármol, bronce, madera; siempre producirá la estatua, esto es, la representación de la verdad idealizada, convertida en cuadros artísticamente combinados, de manera de suscitar en el espíritu el mismo sentimiento de complacencia que causa el espectáculo de lo bello. Precisamente porque está en armonía con las ideas que tenemos de la propiedad de las cosas, o lo que es lo mismo, porque son verdaderos en cuanto están fundados en la naturaleza de nuestras concepciones y de nuestros sentimientos morales.

Esto supuesto, la música es un medio gráfico de las pasiones humanas tan completo como pueden serlo la pintura, la estatuaria y la palabra misma. El drama, pues, puede producirse por medio del canto y de los instrumentos, y el que busca la propiedad o impropiedad de la representación cantada de las escenas de la vida, se extraviaría infaliblemente si comparase en la ópera las escenas en cuanto a sus medios de manifestación con el drama propiamente dicho. El drama usa de la acción y de la palabra combinadas para reproducir o pintar las pasiones, las ideas y los sentimientos; aquella toma los sonidos para arribar al mismo objeto, y sin duda alguna que se prestan de un modo admirable como medio de pintar con verdad y fuerza los afectos del alma. Al que dijere, pues, ¿a quién ha visto llorar o morir cantando? contestaríamos ¿quién ha visto hombres de piedra, de bronce o de madera?

Comprendida así la naturalidad de la representación lírica, se concibe fácilmente que ha debido darse sus formas, sus leyes y sus reglas artísticas para desenvolverse. He aquí el origen de la ópera que en sus elementos constitutivos remonta hasta las épocas primitivas del arte griego. La tragedia religiosa de los griegos ha suministrado al arte moderno casi todo el plan general de la representación lírica; la orquesta era una parte integrante del espectáculo teatral en su origen. Los coros que la ópera ha resucitado, hacían en él el mismo papel que en la composición moderna; y para nosotros americanos y católicos, por una circunstancia especial casi despiertan en nuestros ánimos las mismas ideas religiosas que en los antiguos. ¿Quién no siente al escuchar las armonías de los coros, algo de religioso por su semejanza con los cánticos que oímos en los templos? Entre los griegos los coros representaban al destino que presidia las acciones humanas; el coro vaticinaba lo que iba a suceder en el teatro por la presciencia divina de que se le consideraba dotado; él explicaba los resortes misteriosos que hacían obrar a los

personajes heroicos puestos en escena; era un intermediario entre el público y el autor, y el dramaturgo griego confiaba a los coros el cuidado de explicar los antecedentes que motivaban la acción, el fin a que propendía y los resortes dramáticos que debían producirla. La ópera moderna ha seguido el mismo plan con las diferencias reclamadas por nuestras costumbres y por nuestras ideas. El coro no representa al destino, no es la voz de Dios la que escuchamos por su intermedio. El coro moderno es popular, es espectador de la escena en que figura; experimenta más inmediatamente que el público las sensaciones que el asunto del drama debe producir. Es también como el coro griego, intermediario entre el dramaturgo y el espectador; es el precursor que anuncia a los personajes y los pone en escena; es a veces confidente de los secretos de los protagonistas; eco que repite los últimos acentos arrancados por la pasión; pueblo, en fin, que se conmueve tumultuosamente con el espectáculo de las escenas que presencia.

Lo que constituye verdaderamente la inferioridad de la ópera sobre el drama, es la falta necesaria de actividad en la manifestación de los sentimientos. La palabra en el drama marcha tan rápidamente como la pasión que pinta; no así la combinación de los sonidos en la ópera. Para producir su efecto, para expresar las pasiones necesita retener la palabra y subordinarla al compás, a la medida, a la rima que reclama el oído; pues que la música no puede producir sus bellezas sin esta sujeción y estas dilaciones. Toda la tranquila dignidad del andante, toda la presteza del alegro, no bastan a representar bien la viveza de la palabra; la acción se entorpece y se hace lánguida al fin, por las exigencias mismas del arte en esta clase de idealización. Sin este inconveniente, la ópera ocuparía un rango igual al drama común, al que sería superior para la manifestación de las pasiones tiernas, y las tumultuosas escenas populares, en las que los coros, por la artística

combinación de los altos, medios y bajos, pueden expresar las voces combinadas de la multitud, haciendo perceptibles en el conjunto a cada uno de los individuos.

Contrayéndonos a la primera exhibición de *Julieta y Romeo*, diremos que la orquesta correspondía bien a las exigencias de los actores. El clarinete del señor Zapiola se dejó oír a intervalos de manera de no dejar dudas sobre el soplo que lo vivificaba. Creemos que la compañía ha hecho una bella adquisición en el señor Lanza, que ha ido a ocupar en ella un rango distinguido. Por lo demás, la concurrencia era numerosa y brillante; y a juzgar por ella, nuestros huéspedes deben darse por muy satisfechos de la favorable acogida que han merecido sus distinguidos talentos. El público habría creído defraudarse de sus placeres, interrumpiendo con repetidos aplausos la exhibición. La prevención de silencio se hacia escuchar a cada momento, y reprimía los arranques de la platea; silencio de atención y de recogimiento que vale más que los estrepitosos aplausos.

II

La representación del jueves ha dejado profundas impresiones en el ánimo de los espectadores, confirmando las anticipaciones de los inteligentes que anunciaban que cada vez que se exhibiese de nuevo una ópera de mérito, las emociones serían más intensas, la poesía del canto mejor sentida y mayor número de bellezas descubiertas. La excitación de la platea fue continua. Las exclamaciones de enajenamiento se sucedían en todas partes, y en la embriaguez continuada de una emoción apenas calmada para ceder el lugar a otra más viva aun y más intensa, los aplausos se sofocaban, temerosos de ir a apagar algún sonido, alguna melodía dulce, algún rapto apasionado. La

música ejerce una poderosa influencia sobre nuestras fibras, pero esta no se hace sentir, sino después de haberlas educado, si nos es permitido expresarnos así; después de haberse convertido en recuerdo, en adagio. El arte mismo de la composición musical está basado sobre este hecho. El tono no es otra cosa que el predominio de un sonido que una vez indicado en las primeras notas, el oído lo reclama después, lo recibe con la complacencia de un amigo, de una reminiscencia agradable. Cada vez que este sonido vuelve, sentimos el mismo placer que nos causa el ritmo del verso que es un pálido reflejo del tono musical. La obertura que precede a la representación está organizada también bajo este principio. Es un prólogo en que está contenida la obra subsiguiente, un índice y un compendio de toda la materia de que va a tratarse. Los *dilettanti* comprenden fácilmente cuando ocurre una intercalación de una aria de otra obra, y choca a sus oídos inteligentes la falta de ligazón con la obra en general.

Ahora que los aires empiezan a quedarse impresos en la memoria, ahora que al oír los primeros sonidos que anuncian un dúo o un canto dulcísimo, empezamos a conmovernos por la expectación de las sensaciones que nos aguardan; ahora que *Julieta y Romeo* empieza a ser una parte de nosotros mismos, por las reminiscencias agradables que ha depositado en nuestros órganos de sensación; ahora, decimos, el público comienza a sentir toda la solemnidad patética de los coros que sacuden fuertemente nuestras fibras, para despertarlas a fruiciones más delicadas; ahora se sospecha ya toda la maestría que la señorita Pantanelli despliega en esos momentos de dolorosa desesperación en que hace estremecer súbitamente al espectador, como tocado por el fluido eléctrico.

La señorita Rossi ha sido mejor sentida en la segunda exhibición de *Julieta*. Las lánguidas melancolías de Bellini se han hecho para su voz dulce, indefinida y flexible. Su traje de madona italiana da al cándido y desgraciado amor que tan bien

expresa, un carácter sagrado, angelical, que depura su papel de toda idea de voluptuosidad que pudiera hacer nacer la apasionada mímica con que acompaña sus pláticas amorosas. Las señoritas Pantanelli y Rossi empiezan a ser comprendidas; a la complacencia general que sus cantos excitaron en la primera representación, sucédese hoy la admiración y las simpatías; a estas se sigue ya el entusiasmo y una aceptación tan cordial como merecida. El señor Zambaiti y el señor Lanza, han llamado la atención del público de un modo que para ambos debe ser satisfactorio.

Por lo que hace al espectáculo en general, hemos oído expresar ardientemente el deseo de que se repita aun *Julieta y Romeo*, prometiéndose cada uno experimentar aun sensaciones más dulces, como si las que nos han dado las dos primeras no fuesen sino un preludio de las que nos esperan.

Por lo que a nosotros respecta, nos felicitamos de todo corazón de la importación que la empresa de teatro ha hecho. El gusto por los placeres del arte va a dar un paso inmenso; y más que a proporcionarnos momentos deliciosos, la ópera contribuirá a desarrollar y robustecer la naciente afición a la música. La mayor parte de las bellezas de composición que contienen estas obras del genio italiano, estos resultados de la civilización en su último grado de refinamiento, se ocultan a nuestros oídos aún no preparados para la comprensión de este idioma divino que tiene sus modismos, sus bellezas ignoradas y sus eufonías. ¿Quién no ha alcanzado, sin embargo, a sentir la lucha de ejecución entre el clarinete del señor Zapiola y la voz sonora de la señorita Pantanelli, imitación del arte en que la obra del hombre remeda la de Dios, y la voz humana desafía al instrumento para hacerle sentir su gloriosa impotencia?

La función del domingo próximo nos hará experimentar aun un nuevo género de emociones, con el *debut* del bajo de la compañía. El señor Casacuberta había hecho de antemano popular el asunto del *Marino Faliero*; el señor Ferreti nos lo

representará ahora revestido de nuevo interés, tocando, para conmover el corazón, cuerdas que aún no habían vibrado.

La ópera italiana en Santiago
(*Progreso* de 4 de mayo de 1844)

No puede nadie calcular hasta donde llega el poder trasformador del arte; el arte hace de lo negro blanco y de lo blanco negro sin que nadie sepa cómo ni cuándo.

Hace unos pocos días apenas que según parecía, todos hablamos convenido en que hay en la tierra pueblos que tienen el privilegio de gustar de la música y de comprenderla mejor de lo que la gustan y comprenden otros pueblos; creencia ridícula, parto de cabezas pobres o preocupadas que sin saber cómo, llega a acreditarse y a hacerse un dogma incontestable. ¿Será preciso decir que el fallo con que a este respecto habían sido caracterizados los hijos de Chile no era, por supuesto, nada lisonjero? Todos lo han oído, y muchos lo han creído; y lo seguirán creyendo a no haber habido un desmentido tan formal, tan brillante, tan solemne y halagüeño, como el que cada uno se da en su propia conciencia, y como el que el entusiasmo público da cada noche por medio de los estrepitosos aplausos con que recibe las brillantes armonías del arte musical que, por primera vez en realidad, siente y se halla en el caso de apreciar nuestra joven sociedad. Nos consta que los individuos mismos de la compañía lírica venían dominados por esta convicción, y hasta cierto punto un tanto alarmados sobre los resultados que obtendrían en Santiago por

compensación de su trabajo y de su innegable mérito artístico. Pueden ya verlo y aprender en esta vez para siempre, que los pueblos civilizados y felices son los más aptos para comprender y apreciar las bellezas de todo género, los más vivaces y ligeros para formarse conciencia aun de las cosas que no conocían. Cuatro representaciones han bastado para producir el misterioso fenómeno de la trasformación, y el pueblo antifilarmónico se ha convertido en una compañía de *dilettanti* que no habla sino de ópera, y que a cada instante quisiera oír entonar las armonías que se han asido de su corazón, y que a la primera nota hacen brotar un ramillete de recuerdos, una impresión indefinible de bienestar y de gozo. El arte ha sido comprendido en sus bellezas. Esperemos y veremos más; el tiempo es un artista creador que así como llena de flores las praderas, derrama por raudales las armonías y las ideas en las inteligencias. Tenemos un invierno entero para probarnos; basta entonces ahorremos ¡por Dios! el irracional parangón con otros pueblos que nada valen más que el nuestro, y que ni pueden ni podrán dar otras pruebas de sus aptitudes musicales que aplaudir calorosamente las angelicales creaciones de Bellini, los ardientes desahogos de Donizetti, o las vastas epopeyas que con sonidos supo componer el genio superior de Rossini. Esto lo hacemos aquí también.

Tan cierto es que la música es hoy el hecho que nos domina, que puede uno estar seguro de que en toda tertulia, en toda *mesa de té*, de las ocho de la noche para delante, no se discute ni se habla sido de *Romeo y Julieta*, de la señora Rossi y de la señora Pantanelli, y del *Marino Faliero*, a cuyo nombre se presenta la grave y sonora voz del señor Ferrati, que en pocos días ha agotado ya todos los elogios a que entre nosotros puede aspirar un actor lírico. Anoche, sin ir más lejos, me encontré en una tertulia, donde se habló tanto y tan bien de la música dramática en general y de la ópera de Santiago en particular, que no pude menos que formar el proyecto de acomodar como

mejor pudiese para un folletín aquella conversación. ¡Folletín desdichado!, lo llevo hoy al *Siglo*, y me lo rechaza por malo. Quizá el *Siglo* no se acuerde o nos desmienta, o quizá yo me he soñado este desprecio. Mas como este ínclito y sagaz diario ha descubierto cosas tan peregrinas en materia de ópera, verdades tan nuevas, no me querrá soportar sin duda el que yo piense como pensaban los de antaño, y que crea que los alemanes y los franceses tienen ópera a pesar de aquello que él nos dijo, que la ópera era privativa de los italianos. ¡Vamos adelante!, y puesto que tanto se usa escribir sobre lo que no se entiende, escribamos también nosotros, no porque entendamos, sino porque creemos que lo que oímos en nuestra tertulia era dicho por inteligentes, y que aquella conversación valía más que cuantos artículos han publicado nuestros diarios, que (sea dicho de paso) se han mostrado muy inferiores al público en inteligencia y en entusiasmo. Eramos cuatro, tres parlantes y un oyente, claro está que el oyente era yo; por consiguiente no soy responsable de nada de lo que voy a decir. Cuando entré, se hablaba de ópera, y después de los saludos y agasajos de estilo, continuó la conversación sobre el mismo asunto.

—¡Y bien! —dijo N… (que es italiano, pero que por haber estado mucho tiempo en España, habla muy bien nuestro idioma)— ¿cuál de ustedes, señores, ha leído un artículo *comunicado* con aires de editorial que nos ha tirado el *Siglo*? ¿Y han visto ustedes, qué tino y qué criterio el que allí se descubre?… ¡Qué embrollo y qué ignorancia, Dios mío! ¡Qué fatuidad, sobre todo! ¡Vamos!, es claro que el tal escritor ni el nombre de la *ópera* conocía, cuando por primera vez lo vio en los papeles de anuncio que pusieron ahora pocos días en las esquinas de Santiago. Según este precioso escritor, solo la Italia tiene óperas, gracias a su idioma profusamente provisto de palabras vacías de sentido y que por esto se prestan maravillosamente a las redundancias de dicción, que él supone

ser tan necesarias para el canto; y el desdichado ignora que las dos óperas más célebres en el mundo europeo, están escritas en francés y se cantan en este idioma todos los años en París, *Robert le Diable* y los *Hugguenots*, cuyo autor no es ningún italiano sino un alemán, el gran Meyerbeer, primera capacidad musical en nuestros días, rival de Rossini, genio muy superior al amable y melancólico Bellini, y de un alcance mucho más sublime y atrevido en sus creaciones. No obstante que se ve hasta donde ignora nuestro hombre la situación musical de nuestra época, porque ni conoce los nombres de tantos otros célebres alemanes que como Meyerbeer, han dotado el cielo nebuloso del norte de la Europa de una música nacional, sagrada y dramática, que si no es superior, compite con la de armonías vivas y fogosas que se oye bajo el ardiente y brillante cielo de la Italia; no obstante esto, pasa por sobre todo, nada le importa si es así o si no es; y olvidándose de la escuela francesa, olvidándose de Baulieu, de Halevy, de Auber y de las óperas que llevan el nombre del *Domino noir*, *D'Oberon de la Juive*, etc., porque son centenares, pronuncia y falla. ¡Dios nos asista contra tales escritores! Dentro de poco acabarían por extraviar de tal modo el sentido común de los pueblos que los leen, que harán perder hasta la idea de un *criterio* juicioso; porque, efectivamente, ahí iríamos a parar, si por fortuna no tuviésemos los diarios y los libros que nos traen los hechos, esos hechos de que ha dado en prescindir cierta escuela de escritores que prescinde hasta de estudiar lo que no sabe.

—¡Hombre, dijo otro de los concurrentes, déjese por Dios del *Siglo*!, cómo se conoce que usted es extranjero y que hace poco que ha venido al país. No tenga usted cuidado, poco de esos males hará el *Siglo*.

—¡Cómo pocos!, exclamó el otro.

—Sí, pocos; porque nadie lo lee, y el que lo lee, no lo entiende; y en esto de ópera, todos oyen y gustan y no se atienen a lo que se escribe; mientras no oigamos sino óperas

italianas, como sucederá ahora por ser italiana la compañía que tenemos, nada importa que haya quien juzgue que no hay óperas en alemán y en francés. Lo sabrán cuando las oigan, y todo viene a quedar reducido a dos palabras, que son… que el autor del artículo sabe tanto sobre óperas y canto, como los lectores a quienes pensaba ilustrar. Ya ve usted que la cosa es graciosa, escribir su artículo para decir: caballeros, yo que escribo, sé lo que escribo, tanto como ustedes que me leen. Este privilegio es por ahora del *Siglo*; con que así, no se acalore usted y déjelo andar. Déjelo de una vez, usted es italiano y me temo que nos quiera hacer alguna disertación sobre la viveza y superioridad de la literatura italiana del siglo XIX que cuenta con Manzoni, con Mazzini, y en fin, con tantos otros autores de primer orden, reverenciados en toda la Europa. Los hombres sensatos saben que en el *Siglo en que estamos* llueven los disparates. Vamos a otra cosa, ¿qué le han parecido a usted las dos óperas que llevamos vistas?

—¿Qué quiere usted que le diga?, son obras juzgadas ya por la humanidad, consagradas como partos del genio, conocidas por todos y que se repiten por todo el mundo con seguridad como maravillas del arte moderno.

—Mire usted, la ópera es una cosa que requiere preparación. A decirle a usted verdad, yo no comprendí la primera vez todo lo que hay de natural y de vigoroso en este drama cantado, en esta intención de representar pasiones y movimiento moral por medio de los sonidos de la escala musical. Pero después que he visto más de cerca la cosa, me maravillo al ver cómo con la combinación de siete sonidos simples reproducidos en distinto grado de agudeza, pueden expresar con tanta perfección los sentimientos más delicados y profundos del corazón humano, así como los más enérgicos y vigorosos. Pero, señor, ello es así, y cada día lo voy sintiendo mejor. Bellini y Donizetti me han abierto un mundo nuevo de ideas.

—¡Oh!, y ya verá usted cuando tenga la fortuna de oír alguna de esas epopeyas que con el modesto nombre de *óperas o partituras* ha creado el brillante genio de Rossini, ¡este Walter Scott de la música del siglo XIX! Entonces comprenderá usted hasta dónde alcanza la significación de esos siete sonidos en su distinto grado de agudeza. No habiendo oído sino dos óperas, no puede usted todavía alcanzar a percibir que esos siete sonidos producen *escuelas* como las producen las veinticuatro letras del alfabeto con que escriben los literatos, y la variedad más rica y más completa de estilos unida a la más delicada expresión de las sensaciones más íntimas de nuestra alma. Hay, amigo mío, en el arte musical una metafísica completa, una poética instintiva que el genio adivina y emplea para derramar a manos llenas el placer sobre el alma humana por el intermedio del oído, y en esto nadie ha igualado hasta ahora a Rossini.

—¿Usted pone a Rossini sobre Bellini?

—¡Sin duda que sí! ¿quién no lo pone? Rossini es el ángel de la música meridional, así como Meyerbeer es el demonio que entona las lúgubres y tétricas impresiones del hombre del norte. Ustedes oirán algo del primero; pero del segundo, nada; les faltará por mucho tiempo teatro y artistas para conocer a este soberbio alemán, así como tienen que contentarse con conocer a Shakespeare al través de la pluma de Dumas, de Ducis o de Delavigne.

Rossini, pues, no tiene sino este rival. Bellini es una alma débil, frágil, que entona el himno de sus dolores; bajo en sus armonías, triste en sus cantos, tímido en sus particiones, sentimental siempre, rara vez abarca la escena con la pompa de la orquesta, ni derrama la energía y el atrevimiento de las pasiones por las gruesas bocas de los instrumentos de bronce que con sus ronquidos parecen, en las manos de Rossini, destinados a despedazar armónicamente las vibraciones delicadas o quejumbrosas de las cuerdas o de las flautas.

Bellini es el músico del sentimiento, puro, angelical y delicado, del amor o de la melancolía; mientras que Rossini es el músico del poder, el intérprete sagaz y verdadero de ese genio italiano que vive en él, ardiente y ligero, firme y decidido, franco, vivaz y bullicioso como el alma del hijo de Nápoles. Rossini, pues, ha fundado una escuela imperecedera, perfectamente análoga por sus medios y sus resultados a la situación social del siglo; escuela democrática, porque los sonidos que emplea son llanos, y dejan impresiones que los hacen repetir por todos, aun en las puertas de los talleres, y que hablan por su llaneza misma con los pueblos; mientras que Bellini es el *maestro* de los tristes, y el cantor de unos dolores de que no se resiente hoy la humanidad. Algo de esto puede usted ya percibir en las diferencias que separan la obra de Bellini que usted ha oído y la de Donizetti, a quien no debe usted considerar sino como un imitador de Rossini, pero que es, por supuesto, muy inferior a su divino modelo.

Cada uno de ellos tiene su sublimidad especial, su gran mérito. Bellini es como Lamartine, vaporoso; los cantos del primero como las frases de éste, parecen vistosos y trasparentes globos de cristal; Rossini es como Berenger, franco y leal, *tranchant* (permítannos los puristas este barbarismo) grita y se indigna, mete bulla y sacude, hace vibrar las paredes de los teatros; si se ríe como en el *Barbero de Sevilla*, se ríe a carcajadas, brinca con Fígaro, reniega con el don Bartolo; se bambolea con Almaviva, cuando lo supone borracho; en fin se mueve y se agita, porque su naturaleza juvenil y melodiosa no puede resignarse a la melancólica y paciente contemplación de los dolores humanos; mientras que Bellini, es como la tórtola, inimitable siempre que tiene sus pies en esta planta, pero que con su arte maravilloso, saca ventajas de la monotonía misma, y a medida que adelgaza más los sonidos de su orquesta, penetra mejor y punza el corazón con más agudeza, haciéndole sentir un dolor más vivo. Su alma

delicada cual la de ningún otro, se extasía como la del ruiseñor en las cumbres del contralto o del soprano; el bajo le disgusta y lo aleja porque es demasiado grosero para sus fibras; el ruido es enemigo del dolor, el llanto es silencioso y lánguido en las almas profundas de los poetas. Rossini es magnífico, Bellini infantil y candoroso. Repárenlo en *Julieta y Romeo*. El odio de los partidos, la crudeza de la pasión, todo desaparece en el drama, para abrir paso a las sensaciones del amor, ¡y qué amor!, el amor de dos niños, de dos almas angelicales. Hay un momento en esta ópera en que parece que va a estallar una pasión guerrera y que esta pasión va a dar lugar al maestro para elevarse a la dignidad lírica y arrogante; aquella escena en que los dos rivales se encuentran en presencia del acompañamiento fúnebre de Julieta. Pero nada de eso, la indignación decae y al momento se siente languidecer de nuevo los sonidos y empieza a dominar de nuevo el sentimentalismo puro. En recompensa, nadie canta como él una declaración amorosa, nadie arroja un grito de dolor más horrible y desesperante, nadie entristece con más realidad, como lo veréis en la *Norma* y en la *Sonámbula*.

Donizetti, que por su edad se ha visto colocado, entre estos dos modelos, focos de atracción para todo artista en nuestros días, se ha arrojado franca y lealmente y con bastante talento también, en la imitación de Rossini. Su *Marino Faliero* es una de sus más brillantes imitaciones de los procederes de este maestro. Tiene trozos sublimes, llenos de vigor y de animación; los coros se sostienen siempre dignos; en la escena con que abre su partitura hay un himno a *Faliero* sorprendente, es una *marsellesa*, es una de esas graves canciones que consagran los pueblos como nacionales el día de su emancipación y que repiten con orgullo en sus victorias y en sus desgracias, porque cuenta por producto con una cadena de recuerdos gloriosos. Este tono de arrogancia continúa sin interrupción, y de cuando en cuando despide puñados de melodías preciosas, como en el

magnífico dúo entre *Faliero* e *Israel*, donde el bajo y el contralto rivalizan en fuerza y en vigor y donde todos los sonidos parecen calculados para templar en acero el alma. La música de Donizetti nace más directamente del cálculo y de la combinación de las ideas; la de Bellini más inmediatamente del sentimiento; este impresiona más pronto, aquél necesita más tiempo para hacerse comprender, y después de todo, el uno y el otro triunfan según los intérpretes que los revelan; hay voces y hay cantores para Bellini, así como hay voces y hay cantores para Donizetti. Me preguntabais, ¿si yo daba la preferencia a Rossini sobre Bellini? Sin duda que sí, y sin desconocer el brillante mérito y la originalidad del segundo, no puedo menos de confesar que Rossini y su escuela representada hoy por Mercadante y por Donizetti, arrastra mis simpatías y habla mejor a mis inclinaciones particulares. Si llegáis a conocer el primer acto del *Moisés en Egipto* de Rossini, veréis cómo no es posible hacer una obra más preciosa ni representar una escena más animada; el tercer acto del *Otelo* es un trozo que no tiene superior en la música conocida, por su unidad y el nervio del estilo. La *Norma*…

—¡Alto ahí!, dijo interrumpiendo a nuestro orador el otro interlocutor. Lo que usted va a decir de la *Norma* es inoportuno, aún no la hemos oído, y como la oiremos muy pronto, ruego a usted que nos reserve para entonces sus ideas sobre esta célebre partitura. Por ahora, ya hemos hecho mucho, usted ha despertado en nosotros una porción de ideas que nos servirán para formarnos un juicio propio en la materia, y ha logrado distraerse de las dolorosas impresiones que produjeron en usted los sandios disparates que sobre literatura y ópera italiana nos espetó el dichoso *Siglo*. Usted ha ganado y nosotros también; solo quisiera que nos hablase usted de los artistas de nuestra época, de esa Pantanelli que nos admira, de esa Rossi que nos encanta y que nos entusiasma hasta el extremo.

—Sobre esto, mi amigo, no hay quien no pueda ser juez; sin embargo es ya muy tarde y me debo retirar, no sin decir a usted que el tiempo es la mejor prueba a que un artista puede poner su talento. El tiempo nos revelará la verdad, pero de todos modos mi convicción particular es que la Pantanelli, la Rossi y Ferreti ganarán de día en día, serán cada vez mejor comprendidos. Yo he visto óperas en Europa y puedo asegurar a ustedes que no he oído cantar muchos trozos mejor que lo que les he oído a estas dos hábiles mujeres; he oído a la Malibran y a la Grisi, y aunque no las comparo, me lleno de ardor al oír a la Pantanelli y a la Rossi.

La tertulia se disolvió. Vine a mi casa, escribí lo que había oído y le puse por título *folletín*. Si acaso esta revelación de conversaciones particulares no asusta a los tertulios, si no sospechan que yo soy el revelador y vienen por ello a excluirme de su sociedad, seguiré, señores editores del *Progreso*, pasándoles a ustedes el *diario de la sesión*.

Ahora no quisiera otra cosa sino que en recompensa del papel que les he llenado gratis ahorrándoles materiales propios, reconvengan fuertemente a los señores directores del teatro por el infame aceite con que proveen las lámparas de su sala. Yo supongo que el provecho de este año no será tan escaso que los obligue a esta miserable economía, que tanto desazona los gustos que todos vamos allí a experimentar.

El celibato clerical
A propósito de un folleto
(*Progreso* de 3 de mayo de 1844)

Se ha publicado en estos días un folleto que tiene por título *Compendio de doctrinas ortodoxas, sobre la cuestión del matrimonio o celibato de los clérigos mayores, dado a luz en Bogotá por el arzobispo Mosquera, con motivo de la pretensión de dos inconsiderados eclesiásticos, como ha sucedido recientemente en el Brasil, y reimpreso en Chile como un poderoso antídoto contra tamaño mal* (el del matrimonio de los clérigos). Trae además esta adición: ¡Rara veleidad de tiempos! ¡Los clérigos pretenden casarse; los frailes secularizar; y los seglares casados disolver sus matrimonios, o ser polígamos simultáneos!

Francamente hablando, nos hacen poquísima fuerza las razones alegadas en favor del celibato por el ilustrísimo señor arzobispo, ya porque en efecto estén destituidas de todo fundamento, ya porque, animados de un espíritu puramente mundano, no sepamos sentir la fuerza de los razonamientos endilgados a otra clase de inteligencia; todos los cuales están resumidos en las siguientes conclusiones:

Que el celibato es necesario y muy conveniente al sacerdocio católico.

Que la disciplina universal de la iglesia ha sido la del

celibato sacerdotal desde el tiempo de los apóstoles.

Que la variación del Oriente fue una novedad introducida a fines del siglo VII, jamás aprobada por la iglesia católica, y que esta *la ha tolerado en los griegos y coptos unidos, por el bien de la paz*.

Que aunque hay en el papa facultad para dispensar, no debe hacerlo.

Que la ley permisiva del matrimonio de los clérigos, tampoco podría variar la disciplina del matrimonio sacerdotal.

Como objeciones indica éstas:

1.° La falta de un precepto positivo en el evangelio sobre el celibato de los sacerdotes. Lo *confesamos*, dice, y por eso es de *disciplina solamente*; pero una disciplina fundada en el mismo evangelio.

2.° Los textos de San Pablo que parecen acreditar que este apóstol fue casado.

3.° Los escritos de los padres y autores de los primeros siglos por donde consta que había entonces sacerdotes y aun obispos casados.

De todo lo que precede nosotros no aprovecharemos sino los textos que hemos subrayado, a saber: que la iglesia toleró a los griegos y coptos unidos por el bien de la paz, y que la cuestión del celibato o del matrimonio es de disciplina solamente; y por tanto una institución que puede variar según las exigencias de los tiempos, sin alterar en nada la ortodoxia de las creencias, y tolerarla la iglesia ahora y más tarde por el bien de la paz, si los gobiernos o las iglesias particulares hallan conveniente alterar esta parte de la disciplina; y esto ha de suceder necesariamente desde que el clero ha dejado de ser en la mayor parte de los países católicos un orden separado del estado. Así es que no es nuevo ni reciente el pensamiento de los *inconsiderados* eclesiásticos de Bogotá, y del Brasil. En Alemania se ha suscitado la misma cuestión, y en la

imposibilidad de convocar concilios ecuménicos en la presente época, no será extraño que los nacionales la decidan en alguna parte. La circunstancia de haber atacado Lutero el celibato clerical, no es un argumento tan concluyente en favor de él; pues si las demás reformas eran heréticas, ésta que solo a la disciplina toca, no tiene en el fondo tal carácter. Así cuando sus sectarios hubieron probado que las decretales de Mercator eran falsas, no obstante probarlo los herejes, el papa tuvo que reconocerlas por apócrifas y abandonarlas.

No nos parece tan claro como lo cree el autor del opúsculo en cuestión, que el clero católico haya sido siempre célibe; pues las pruebas de lo contrario abundan en la historia de la iglesia, no obstante que siempre fue reputado como más perfecto y más aceptable a Dios el celibato.

Muchas iglesias ortodoxas, por otra parte, conservaron hasta el siglo XI la práctica, considerada como lícita, del matrimonio de los clérigos y los obispos; y la de Milán, llamada ambrosiana, no renunció sino a duras penas lo que hasta entonces había considerado como una prerogativa suya. El concilio de Pavía celebrado por Benedicto VIII en 1015, estableció este canon que prueba que el matrimonio estaba en plena práctica: «Queda prohibido casarse a los sacerdotes, diáconos, subdiáconos y aun a los clérigos; a los obispos tener mujer. Los hijos de los clérigos habidos en matrimonio o de otro modo, serán adjudicados como esclavos a la iglesia con confiscación de cualesquiera bienes de sus padres, siempre en provecho de la iglesia. En fin, queda excomulgado cualquiera que restablezca a hijos de los clérigos en sus derechos a la libertad». Los papas subsiguientes trabajaron con ardor en acabar con el matrimonio de los clérigos, y un concilio de cien obispos tenido en Menfi, en la Pulla, excomulgó a todos los eclesiásticos de esta provincia por ser casados. En fin, no es nuestro ánimo entrar en la cuestión de si han sido o no casados los clérigos, o si podrían serlo en lo sucesivo. Clérigos vendrán,

y ya los hay, que sostengan el *pro* y el *contra* con sobrados fundamentos por una parte y otra; y más que todo con abundante copia de autoridades de todos los tiempos que apoyen a ambos partidos.

Nosotros creemos, en cuanto laicos y mirando la cuestión por un aspecto puramente político, que si es una gran virtud la continencia, el Estado debe, si no quiere suicidarse, estorbar que sea ilimitado el número de los que la practiquen. Todos los legisladores han cuidado siempre de estimular la reproducción de la especie; y Moisés, inspirado por Dios, mandó a los israelitas casarse con las mujeres de sus hermanos muertos, a fin de que se continuasen y multiplicasen en las generaciones.

En las religiones primitivas, el sacerdocio se reclutaba en una casta entera consagrada al culto, cuyo ministerio pasaba de padres a hijos. El sacerdocio hebreo era en esto semejante al sacerdocio egipcio, y la raza de los bramanes en la India, que dura hasta nuestros días, y es la más noble de las diversas castas en que está dividida aquella nación, está aún mostrando las ventajas de aquel sistema. Entre los romanos cada padre de familia de la clase de los patricios, era por solo esto, sacerdote; y el desempeño de las funciones de sumos pontífices o sacerdotes máximos, estaba confiada a magistrados públicos nombrados por el senado. El cristianismo, más popular, más democrático desde su origen, admitió a todos los hombres sin distinción de rango ni de clase, al alto ministerio del sacerdocio; pero las doctrinas sobre la perfección de la continencia, proclamadas por los apóstoles mismos, hicieron desde los principios inclinar hacia el celibato a todos los que querían dar a la naturaleza humana el último grado de perfección posible. Estas ideas, si bien fundadas en el evangelio, traerían por consecuencia, llevándolas al extremo, la despoblación del mundo, en el caso de que la virtud de la continencia tan recomendada, llegase a ser practicada en todo su rigor. Porque supongamos cristiano a todo el globo y

cristiano continente; un día podría llegar en que la humanidad cesase de reproducirse.

Singular cosa parece que en la época en que nacían estas doctrinas, se creyese también que el fin del mundo estaba próximo, y que durante muchos siglos después, todavía se aguardase este acontecimiento. Pero lo que no deja de ser digno de consideración, es que el cristianismo apareció en la época más espantosa que ha cabido a la especie humana, y en la que la mayor de las desgracias para un hombre era la *de haber nacido*. Cualquiera que haya leído la oración de Cicerón contra Verres, podrá formarse una idea de las vejaciones inauditas y apenas creíbles a que estaba condenada la familia humana bajo la tiranía de los procónsules romanos, los gobernadores, centuriones, recaudadores y ejércitos. Las mujeres de algunos salvajes americanos que tantos trabajos experimentan, evitan por todos los medios imaginables la reproducción, y aun dan muerte a sus hijas mujeres para librarlas de las angustias que las esperan. No sería, pues, difícil hallar el hilo que une entre sí todos estos hechos con la doctrina de la continencia absoluta.

Pero las consecuencias fatales que para una nación puede traer aquella virtud, se han dejado sentir en España que se ha despoblado y empobrecido al fin, por el excesivo número de sus sacerdotes célibes. Esto es tan demostrable como un problema de matemáticas. En el año de 1628 se contaban en España 200.000 eclesiásticos, que eran como un tercio de la población masculina, es decir, que por cada tres varones españoles uno era sacerdote. Los datos estadísticos recogidos en estos últimos tiempos demuestran que las generaciones se doblan cada 22 años en los países bien gobernados, y cada 30 en los mal organizados. Suponiendo que la población no se doblase en España sino cada 30 años, puede hacerse el cómputo siguiente. En 1628 doscientos mil célibes, regenerándose, habrían ascendido ellos y sus descendientes en 1658, a cuatrocientos

mil; en 1688, a ochocientos mil; en 1718 a un millón seiscientos mil; en 1748, a tres millones doscientos mil; en 1778, a seis millones cuatrocientos mil; en 1808, a doce millones ochocientos mil; en 1838, a veinticinco millones seiscientos mil. La España, mientras tanto, solo tiene diez o doce millones de habitantes hoy; mientras la Francia con menos territorio cuenta treinta y seis millones.

Creemos que lo que precede bastará para probar que si conduce a algo que los sacerdotes sean célibes, el gobierno debe poner coto a la multiplicación del sacerdocio; a no ser que se diga que dos y tres no son cinco, o que el celibato de los clérigos no disminuye la población, lo que a ser cierto, probaría que el celibato es, a más de inútil, perjudicial, y un semillero de corrupción.

Los estudios históricos en Francia
(*Progreso* de 20 de mayo de 1844)

El estudio de la historia forma, por decirlo así, el fondo de la ciencia europea de nuestra época. Filosofía, religión, política, derecho, todo lo que tiene relación con las instituciones, costumbres y creencias sociales, se ha convertido en historia, porque se ha pedido a la historia razón del desenvolvimiento del espíritu humano, de su manera de proceder, de las huellas que ha dejado en los pueblos modernos y de los legados que las pasadas generaciones, la mezcla de las razas, las revoluciones antiguas han ido depositando sucesivamente. Porque la historia, tal como la concibe nuestra época, no es ya la artística relación de los hechos, no es la verificación y confrontación de autores antiguos, como lo que tomaba el nombre de historia hasta el pasado siglo. Es una ciencia que se crea sobre los materiales trasmitidos por las épocas anteriores. El historiador de nuestra época va hasta explicar con el auxilio de una teoría, los hechos que la historia ha trasmitido sin que los mismos que los describían alcanzaran a comprenderlos.

Esta ciencia, tal como apenas la indicamos, la cultivan hoy los grandes escritores franceses que han sucedido a la escuela alemana en que descollaron Herder, Heeren, Niebuhr, y tantos otros. Guizot, Thierry y Michelet siguen el camino que dejó indicado Vicco, y que forma en efecto la *ciencia nueva* que él

vaticinó.

Muévenos a hacer estas ligeras indicaciones el interesante e instructivo análisis de los estudios históricos de la época, que con motivo de la *Historia de Francia* de M. Michelet, hace la *Revista de Edimburgo* de enero del presente año. Creemos hacer un servicio a nuestra juventud estudiosa poniendo a su alcance estos juicios ilustrativos que las revistas europeas hacen de los trabajos de las inteligencias superiores; y que vienen a ser para nosotros como *ciceronis* de la literatura moderna, que nos descubren las bellezas que nosotros mismos no alcanzaríamos a distinguir, haciéndonos la exposición del plan general de una obra, e indicando en su espíritu y composición los materiales nuevos que hacen dar a la ciencia nuevos y más pronunciados pasos.

Los conocimientos históricos que pueden derivarse de nuestra instrucción pública, tal como la que se da en el Instituto y otros establecimientos de educación, son pobrísimos y limitados, y solo por las publicaciones del género de la que vamos a hacer en el siguiente artículo de la *Revista de Edimburgo*, puede despertar el interés por los estudios históricos tan descuidados en su parte filosófica entre nosotros.

El nombre de Michelet por otra parte ha principiado a llamar la atención de todas las naciones cristianas, con motivo de la famosa lucha que sostiene en Francia con los partidarios de la vieja institución de los jesuitas. No se qué miembro de nuestro clero, llevado de un celo que nosotros llamaremos fanático e irreflexivo, ha llamado a Michelet *bestia*, en las notas absurdas que ha puesto a una apología de los jesuitas que se ha reimpreso aquí.

El público y el ciego autor de esas notas sabrán quién es el bestia Michelet por el concepto que de él forman escritores tales como los de la *Revista de Edimburgo*. El juez no podía ser más competente, más imparcial ni más ilustrado. Es la *Revista*

de Edimburgo el decano de las revistas europeas, a quienes ha servido de padrón y de modelo, y desde un siglo atrás ha prestado sus columnas para emitir los pensamientos de las primeras capacidades de la Inglaterra, de las celebridades de Oxford y Cambridge.

La lectura de este artículo nos hará sentir aun otra verdad, un poco contradicha o al menos reconocida de mala gana por algunos escritores nuestros, a saber, el predominio casi, por no decir del todo exclusivo, de la literatura francesa sobre las otras literaturas europeas. Nos es grato ver en la Inglaterra misma, en aquella poderosa rival de la Francia, que los pensadores de primera nota emprenden el mismo trabajo que algunos escritores nuestros sostienen aquí para hacer conocer y apreciar la literatura francesa, como un medio, quizá el único de comprender la ciencia en sus más altas y adelantadas concepciones. No ha mucho que un diario de Chile, oponiéndose a este movimiento, decía: «Si los españoles son bastante *modestos*, o *de buen juicio*, para reconocer la superioridad del pensamiento francés, &.» Según estos escritores, este reconocimiento de los españoles era una concesión de pura modestia aconsejada por el buen juicio. Veamos ahora a la Inglaterra, que en punto a pensamiento y a escritores célebres no se querrá sin duda comparar con la España, como habla de sí misma, de sus escritores y de sus conocimientos históricos, por el órgano de los literatos más afamados de su país. Verémosla, deponiendo toda pretensión nacional, todo sentimiento de rivalidad, tachar a todos sus escritores de falta de conocimientos en la ciencia histórica, sin perdonar a Robertson, a Hume ni a Gibbon; verémosla lamentarse de que los libros franceses no circulen abundantemente para trasmitir conocimientos históricos. Aun hacen más los escritores ingleses, reivindican a la Francia de los cargos de impiedad y ligereza que tan sin consideración se le han prodigado; y esto con un celo y ardor que no parece sino

que escritores franceses fueran los que trabajan por hacerse escuchar y extender la esfera de su celebridad.

Lucía de Lamermoor

(*Progreso* de 6 de junio de 1844)

No hay cosa más difícil que escribir sobre una representación lírica. Cuando se retira uno del teatro, lleva su alma rebosando de recuerdos, agitada, llena de ideas vagas que nada representan, sino emociones sentidas, emociones cuyas causas han desaparecido, sin que quede de ellas una imagen real ni un hecho palpable sobre qué apoyarse para comprender bien y analizar el origen y la razón de todo lo que se ha experimentado. Se sabe que se ha gozado y nada más; las armonías han desaparecido, el murmullo sordo que repite vagamente en el oído un eco confuso e indefinible de cada una de las partes que más nos han gustado, es una sombra oscura y fantástica, que solo sirve para excitarnos. Sin quererlo canta uno dentro de su alma; canta sin saber lo que canta; y lo que más desespera y confunde, es que la voz se niega a romperse, se niega a tomar los giros y los lazos armoniosos que columbra la inteligencia, constituyéndonos esto en un estado de placer y de desazón al mismo tiempo, que proviene de la impotencia de dar expresión y desahogo a las emociones patéticas de que está llena la fantasía, a la orquesta interna que está ejecutando en el alma.

Avisado uno por este resultado, fija toda su imaginación ya sobre este trozo, ya sobre el otro. Mientras el artista, mientras

el mágico está por delante sacando de su pecho las melodías, el pobre *dilettanti* sigue con él, se extasía al ver la facilidad con que el *brujo* ata los sonidos y los combina, al ver cómo los desenvuelve y los enlaza. Este se olvida de su nulidad, se cree capaz de reproducir, cuando bien le parezca y por su propio placer, el lenguaje divino en que se le habla. Pero ¡oh Dios! pasa el canto, se va el artista o viene otro a confundir su voz con la suya, viene otra armonía, otra impresión, y borra el recuerdo de la anterior. Cae el telón, y por más que uno haya prendido su imaginación sobre algún pedacillo del estrellado y fugaz cuadro que ha pasado rápidamente delante de su vista, ve con dolor irse desvaneciendo poco a poco la realidad que pensaba tener entre las manos, hasta quedar reducida a la nada. Así es la música; vapor del oído, vapor como esos vapores que condensados en el aire forman vistosas nubes, perspectivas encantadoras, cosas que existen y que existen sin una realidad, de suyo momentáneas y fugaces. Si pasada una ópera, subís sobre la escena misma a examinar qué es lo que ha quedado de ella, veréis a los artistas, los instrumentos y un gran libro mudo que nada os dice, un gran libro que no habla, sino por medio de un arte entero, costoso y arduo como ninguno; pero vos ibais buscando la ópera y no la hallareis en ninguna parte. La ópera, la música viven en el aire, es hija de los cielos, no pisa jamás el suelo para impresionaros, vuela desde la bella y poderosa garganta de una *Pantanelli* o de una *Rossi*, y por un momento solo bate sus alas, por un momento imperceptible al borde de vuestro oído; después se va, huye. ¿A dónde va? Al espacio, al vacío, que fue de donde la sacó el maestro que la creó.

¡Y bien! ¡Venid entonces a escribir! ¿Qué vais a escribir? ¿cuál es el encadenamiento lógico de ideas que vais a presentar a vuestros lectores? ¿cuáles son los principios y las emociones que pensáis hacerles sentir? Creéis, por ventura… ¡No, por Dios! No hagáis nada, abrid los brazos y arrojaos extasiado, perdido, en manos del entusiasmo general; aplaudid,

haced volar gritos estrepitosos, cargad en brazos a los ídolos, tirad coronas, y después entrad en calma, tomad un religioso recogimiento para oír de nuevo y para sentir. ¡Escribir! ¡Escribir un pobre artículo en prosa, para hablar de lo que hay de más ideal y más sublime en la creación, de más fantástico y de más vago, para hablar de la música! ¡Escribir un pobre artículo en prosa para ensalzar a una artista que, cuando se llama Corradi de Pantanelli o Rossi, es una creación que se escapa de la cabeza para tomar posesión, como un amo absoluto, del sentimiento, una creación inconcebible, como la del ruiseñor, hecha como por lujo en la humanidad y que más bien parece hija excepcional de la vanidad del creador, que resultado de las leyes fijas de la naturaleza!

Domina en toda la *Lucía* una sensibilidad delicadamente expresada que encanta por su terneza y dulzura. Los *andantes* son como hebras de oro por la brillantez y suavidad del aire, por la miel con que se pegan al oído. Es imposible imaginar una cosa más significativa ni mejor adoptada que el aire del segundo coro *comevinti da stanchezza*, etc.; ni de más lúgubre y fiero que el trozo que le sigue y que fue perfectamente cantado por el señor Ferreti. El cuarteto que se canta al entrar *Edgardo de Ravenswood* (la señora Pantanelli) en el lugar donde se firma el contrato, es de una melancolía sublime y religiosa, oprime el alma por esa exquisita sombra de tristeza que lo tiñe. Después se sigue una escena brillante. El autor del libreto, por un acaso quizá, encuentra un golpe dramático, lo presenta, y el músico se aprovecha de él con un admirable talento; expresa la energía, la rabia, el despecho, todo sale por entre los sonidos de su orquesta y va a cobrar nueva vida en el rostro animado, en el arte feliz y profundo de la señora Pantanelli que tan maestramente une a sus talentos de cantante los de un consumado actor dramático.

Si los autores de los libretos fueran hombres de mayor capacidad; si entregaran a músicos como Donizetti y Bellini,

golpes de teatro, drama real, pasiones y momentos de conflicto o de grandes conmociones morales, como el de *Edgardo* al frente de su infiel *Lucía* y de toda una turba de enemigos; como el del *Pirata*, cuando es amenazada la tierna hija por un puñal dirigido por la ira terrible de los celos; como los dos incomparables que tiene el *Marino Faliero* en la primera entrevista con *Israel*, y en sus propósitos de venganza, al ver herido de muerte a su querido sobrino, al único vástago de su familia; si hicieran esto, repito, no hay duda que el maestro también sabría teñir mejor la música con la fuerza de la idea, darle un colorido más real, más dramático y más bello; pero por desgracia el libreto italiano es por lo general absurdo como drama, es la irrisión del drama; comúnmente se compone de las migajas que caen de la rica mesa de algún poeta.

Véase la *Lucía de Lamermoor*; el libreto que lleva este nombre ¿tiene algo de la hermosura y encantos que rebozan en el libro de Walter Scott que ha servido de fuente para este pobrísimo drama? Casi sin mentir puede decirse que las bellezas desparramadas a manos llenas por el inimitable escocés, están sustituidas en el libreto por faltas y por ridiculeces. Igual cosa podríamos decir comparando el *Marino Faliero* de Delavigne con el mamarracho que, como copia, nos da la ópera. Si no fuera por los encantos de la música, la supresión de la inteligencia y de la crítica que hacen sus mágicas armonías, serían inaguantables los libretos.

Al oír una ópera cualquiera de las que salen de las manos de los grandes compositores, se conoce realmente que el músico estudia exclusivamente el original para inspirarse, y que el libreto solo le sirve para dar palabras a sus creaciones. No es Cammarano quien inspira a Donizetti su bello dúo del *Faliero*, ni sus bellos trozos de *Lucía*, sino Delavigne y Walter Scott.

Las demás piezas con que la señora Rossi ha aumentado los placeres de la función del martes, muestran el delicado gusto que tiene en música y sus conocimientos en lo que podríamos

llamar la bibliografía lírica. La cavatina *Donna Caritea*, que cantó la señora Pantanelli, excitó de un modo sorprendente el entusiasmo de la concurrencia; ya no era entusiasmo, era estrépito y bullicio el que había en toda la platea. Nadie se contentaba con sentir y gozar; era preciso gritar, era preciso dar salida a las emociones condensadas en el alma, y nosotros pensamos que no es poco lo que ha contribuido a que nos gustara tanto la música en esta noche, el infernal concierto y discordancia de los gritos y aplausos que se alzaba a cada rapto de entusiasmo. ¡Así son los contrastes! No había cosa más consoladora que oír cantar a los artistas después de haber tenido lastimados los tímpanos por el bullicio, ni cosa más entusiasmante que oír este estrépito después de haberse estado templando en el silencio para prorrumpir. Así fue que llovieron sobre la escena las coronas y los ramos de flores. Sentimos entonces no ver ningún atrevido que subiera sobre las tablas y hubiera coronado con su propia mano a las *reinas del arte*, ante quienes todos estábamos prosternados. Nosotros lo juramos que se habría hecho el representante y el caudillo de las masas. Si alguno nos pregunta por qué no lo hicimos nosotros, puesto que conocemos también la gloria que nos habría resultado, le contestaremos que no lo hicimos porque, fuera de ciertas consideraciones que nos atajaban, sabemos que para hacerse caudillo y representante de las masas, se necesitan dos cosas: ser valiente y tener una buena dosis de loco; así es que esperábamos ver a cada momento escalar la orquesta a nuestro celebérrimo corresponsal don *Benjamín Jeremías*, que, como se puede ver en su artículo del lunes, tiene a venta un cargamento encerrado de lo uno y de lo otro; y ya afilábamos el ojo para conocer la encarnación viva de este personaje *simbólico* o *místico* de la época, como él se proclama; pero no sabemos quién nos dijo no ha venido; está ocupado en un duelo, donde ya se llevan tirados noventa balazos; los dos beligerantes tienen seis heridas, pero no desisten, porque se

han desafiado a muerte. Y dirán después que, loco o cuerdo, ¡no hay quien haga lo que escribe! Dios quiera que esto fuese alguna mentira; porque de veras que sería abominable en tiempos de ópera y de música introducir la pagana costumbre del duelo, que, según parece, empieza a formar una monomanía espantosa, al menos en lo escrito, y no será de extrañar veamos trenzadas y dándose cuchilladas, a tijeras y cortaplumas. Por lo que hace a don *Benjamín*, si lo que nos dijeron de él fuese falso, le pedimos perdón de haberlo creído; en lo que nos permitirá que, por una vecesita sola, contradigamos su decidida inclinación contra los perdones pedidos o dados. Que no los pida, nos parece bien; pero le rogamos que los dé, tanto por lo que a nosotros nos va en ello, cuanto porque es una virtud cristiana que no debe faltar al hombre que lleva el nombre de un hijo de Jacob unido, como apellido, al nombre de un profeta judío [10].

Historia física y política de Chile

Por don Claudio Gay

(*Progreso* de 20 de agosto de 1844)

Las esperanzas que el público había concebido de la importante obra encargada a los desvelos del señor Gay, empiezan a verse realizadas en la primera entrega que acaba de remitirse a los ochocientos suscriptores que la patrocinan. La edición es magnífica, y las láminas que la acompañan son dechado de perfección en el diseño, y de limpieza y relieve en el grabado. Previene el autor que si el colorido de las iluminadas no se conserva a la altura de aquellos dos antecedentes, debe solo atribuirse a la precipitación con que se ejecutó, a fin de que el buque que debía conducir esta primera entrega, pudiese también trasportarlas, y no a incapacidad de los coloristas, que no ceden en habilidad a los diseñadores y grabadores contratados; debiendo esperarse que aquel accidental inconveniente desaparezca en las sucesivas entregas. El patriotismo de los suscriptores debe mostrarse muy complacido al ver realizada la grande obra que va a ilustrar nuestros anales civiles, y a revelar al mundo civilizado y a nosotros mismos, la constitución geológica de nuestro suelo, las riquezas minerales que encierra, y los vegetales y animales que pueblan su superficie. Atribuimos a la *Historia política y natural de Chile* una grande y benéfica influencia en el porvenir de nuestro país. La América es aún poco conocida

en Europa, y las publicaciones que, como esta de que nos ocupamos, la muestran en su valor intrínseco, con la justa y científica apreciación de las riquezas naturales que encierra, le abren las puertas a la industria europea que conociendo el valor de las producciones no elaboradas ni explotadas aún entre nosotros, se predispone a venir a vivificarlas por medio del arte y del capital. Bajo este respecto y atendiendo a las inapreciables ventajas de todo género que para nuestro país resultarán de la mayor circulación de ejemplares de esta obra, sería de desear que todos aquellos ciudadanos amantes de la civilización ilustre de su patria que aún no se han suscrito a la publicación del señor Gay, lo hiciesen ahora, aun cuando no los moviese a ello otro interés que el de ser útiles a su país. Esto sería tanto más oportuno, cuanto que por informes en manera alguna sospechosos, sabemos que el precio de la suscripción calculado aquí en América sin suficiente número de datos, ha resultado, al realizarse la costosa obra, inferior al ordinario que en Francia tienen publicaciones de este género; lo que hará, si no ruinosa, por lo menos útil apenas la impresión para el que tantos años y fatigas ha consagrado al estudio de nuestro suelo y de nuestra historia.

Temeridad sería de nuestra parte aventurar juicio alguno sobre el plan y ejecución de obra tan vasta, no poseyendo otros datos que los que encierra una primera entrega. El primer capítulo contiene una exposición histórica del estado de la España y sus movimientos políticos, en la época en que concebía la idea de su extraordinaria tentativa para arribar a las Indias orientales haciendo rumbo al occidente. El autor ha sentido todo el interés histórico que aquella fase de la monarquía española envuelve. Es un momento singular sin duda; un acto solemne en el drama histórico de la Península. La lucha de setecientos años termina con la conquista de Granada. La España, hasta entonces subdivida en varias monarquías medio federadas por el vínculo de religión, se funde en una sola

bajo los reyes de Castilla y Aragón. La regeneración social, principiada ya en toda la Europa, viene a estrellarse en España a ese mismo tiempo contra la tirantez y la exaltación católica que acaba de expulsar a los moros. ¿Qué reforma consentiría el motor triunfante que acababa de obrar tantos prodigios? Por ese mismo tiempo la monarquía que se organizaba ya, bajaba la cerviz de la nobleza hasta las gradas del trono único de la España. En fin, para completar el cuadro, en el momento en que se inauguraba la Inquisición, ese tribunal sombrío a que debe la España todas sus calamidades, las carabelas de Colon se hacían a la vela para engolfarse en mares misteriosos y dar a luz un mundo entero. ¡Qué cúmulo de acontecimientos para la filosofía! Y todo lo que hubiese de decirse sobre ellos, tiene cabida forzosa en la historia americana, de la que aquella época es su punto de partida y su necesario exordio.

Muchas veces se ha escrito ya la historia de la conquista española, y todas las rectificaciones que se hagan en el tejido de los hechos que la constituyen, en nada o en muy poco aumentarán su interés. Lo que aún no se ha escrito de la historia de América, lo que por su alta concepción histórica necesita una pluma francesa, y no americana ni española, es ese momento en que la España se reposa de su larga lucha con los moros, enciende una hoguera para quemar a todo el que intente perturbar el sueño a que va a abandonarse, y manda al océano tres carabelas para que le traigan de qué vivir en la indolencia y en la ociosidad de espíritu y de cuerpo que se prepara bajo la sombra de todos los despotismos concebibles mancomunados.

Dudamos que la historia de ningún pueblo presente una materia más variada de estudio; y sin embargo, no conocemos autor alguno que haya ensayado aclarar estos hechos y el espíritu de aquella época, para ilustrar la historia de América. Porque el espíritu hispano-americano está allí todo entero. Viéramos entonces qué semillas venía a sembrar la España en

las colonias; qué espíritu iba a fecundarlas; qué instituciones, qué costumbres iban a desenvolverse; qué frutos iban a cosecharse a la larga. Trescientos años después las colonias proclamaron su independencia. Y bien, ¿qué se proponían destruir del legado español? ¿Qué nuevos elementos pretendían los americanos introducir en su vida social con la emancipación? ¿Qué hallaban ya preparado para hacerse pueblos libres?...

¡Emanciparse, sin más objeto que emanciparse! ¡Oh, esto sería inconcebible! Un pueblo no se separa de otro, no se desprende de la matriz, sino por causas muy profundas, por intereses o ideas que han llegado a ser opuestas. Norte-América es otra cosa. Allí se palpa el espíritu de las colonias; se conocen los antecedentes históricos de la Inglaterra que engendraron a los Estados Unidos. La libertad es el objeto primordial de los colonos desde su principio, el espíritu municipal les sirve de todo, llena todos los vacíos, se anticipa a todas las teorías de organización social, o las desenvuelve y las prepara. La industria inglesa viene con ellos y da vida y animación al cuerpo político. Como nadie posee por títulos de nobleza feudal, como no hay conquistadores, virreyes, ni adelantados, no se levantan tampoco jerarquías. La igualdad se hace en Norte-América un dogma desde los principios, sostenido por la igualdad de condiciones, por la igualdad de educación, por la igualdad de derechos municipales. Así vemos que en el momento de la independencia no es libertad lo que piden a la Inglaterra, porque esa la poseen y practican en escala más extensa que la madre patria misma. Tan libres eran, que no pudieron concebir que el parlamento inglés, en el que no tenían representantes, pudiese dictar leyes que fuesen a influir sobre ellos. Por esta intrusión del parlamento se insurreccionaron; sin ella, buenos años habrían pasado sin que hubieran consumado la separación. Pero una vez separados de la metrópoli, se desenvuelve un poder político e industrial que

no tiene modelo en la tierra; porque venía de antemano fecundado por la preparación de tres siglos de instituciones democráticas y libres. ¿Qué sucede en tanto en la América del Sur? ¿Se ha formado ya algún estado? ¿Puede contarse con alguna forma de gobierno estable, nacida de los antecedentes que se desenvolvieron por la influencia y los elementos que sembró en sus hijos la madre patria? Nosotros no vemos en América gobierno alguno que sea la expresión neta del espíritu colonial, sino es el de Rosas en Buenos Aires. Valdría tanto estudiar la España de Felipe II, la España que engendró la América del Sur, como la administración de Francia en el Paraguay, o la de Rosas en las orillas del Plata. Y que después eche cualquiera los ojos por todo el continente; que estudie, en épocas determinadas de su historia, si los hombres que se elevan al poder obran en él conforme a sus instintos; esto es, conforme a las tradiciones, costumbres, creencias e ideas que les ha legado la España; y se verá con asombro, que hay en América un tipo único, una constitución interna de abominable descripción. ¿En qué se parecen los resultados producidos por la colonización inglesa, y los de la colonización española? ¿En qué difieren? He aquí cuestiones graves reservadas al futuro historiador de la América. Si Torrente no hubiera sido español, y si siendo español, no fuera tan realista y retrógrado como se ha mostrado en su *Historia de la Revolución*, él hubiera explicado estos fenómenos; porque en medio de la pasión de partido que ofusca su claro ingenio, al través del colorido parcial con que tiñe todos los hechos que describe, no se le esconde el espíritu de las cosas. Él sabe rastrear el origen de los acontecimientos, nunca se le oculta la idea anterior que los ha hecho nacer. A este sabueso habríamos echado a husmear las causas del caos que la América presenta; y a no ser tan mal inclinado, nos habría llevado en derechura a su narración.

La historia de la revolución chilena, el papel que sus más célebres personajes desempeñaron, el espíritu de los pueblos

en aquella época, sus ideas, sus esperanzas, formarán sin duda uno de los más interesantes episodios de la *Historia* del señor Gay, si para estudiarlos sigue las luminosas huellas que la escuela histórica francesa le tiene señaladas. En América necesitamos, menos que la compilación de los hechos, la explicación filosófica de causas y efectos. Más todavía, los hechos así desnudos de toda investigación filosófica, nos chocan hasta cierto punto, por lo frescos que aún están, por las pasiones de partido, por las antipatías que simultáneamente despiertan. Y lo repetimos, los estudios históricos están en Francia tan popularizados, que bastaría, a nuestro juicio, que ojos peritos viesen hacinados los preciosos documentos históricos que lleva de América el señor Gay, para que sin temor de equivocarse, no solo los coordinasen en su orden de sucesión, sino que también pudiesen explicar el oficio particular, el sentido histórico de cada uno de ellos; a la manera que los naturalistas, inspeccionando un montón de fragmentos de huesos fósiles, saben decir a qué animal antediluviano pertenecieron, cuál era el oficio y colocación de cada uno, con más el género de vida, costumbres y alimento especial del ser que sostenían. Guizot ha escrito la *Historia de Inglaterra*, y por confesión de los mismos ingleses, nada habían escrito ellos que pudiese competirle. Viardot ha arrojado mucha luz sobre la *Historia de la península*; y *Un año en España* de Charles Didier vale un verdadero conocimiento de los sucesos de la época, más que todo cuanto habrían imaginado todos los escritores españoles juntos.

Pero volvamos a la obra del señor Gay, que no solo se hace notable por el contenido, sino por el lenguaje de que ha usado el señor don Pedro Martínez López encargado de verterla al castellano. Nuestra opinión en esta materia es de muy poco peso; y como el asunto sobre que se versa sea de interés muy secundario, no tendremos embarazo en manifestarla. Los inteligentes hallarán la traducción del señor López correcta,

castiza y elegante. Sin negarle nosotros ninguna de estas cualidades, sentimos no sé qué especie de desazón al oír tanta construcción anticuada, tanto modismo vetusto, y tanta palabra de no vulgar uso entre nosotros. Domina actualmente en España entre ciertos escritores muy recomendables, un espíritu de reacción que huyendo del galicismo que invade por todas partes el idioma, quisieran ir a templar su decir en el del siglo XVII; pues el del XVIII en que florecieron Solís, Iriarte, Moratin y Quintana, les parece todavía una fuente impura ya y de aguas mezcladas. También los estudios románticos habrán contribuido no poco a esta rehabilitación de toda la parte seca del idioma, como sucedió en Francia con la aparición de *Notre-Dame de Paris* y otras obras del género. Cualquiera que sea la boga que este amaneramiento o esta pureza goce en España, en América no hallará imitadores, porque valdría tanto como inventar otro idioma. Nosotros hallamos muy correcto el lenguaje usado en sus escritos por Bello y García del Río en América, y por centenares de escritores españoles en Europa, sin que alcancemos a comprender si realmente se habla hoy en España como escribe el señor López y algún otro escritor que conocemos. Pero como hemos dicho, es esta una opinión particular nuestra que no emitimos con la mira de perjudicar al buen efecto que produce la traducción del señor López.

Investigaciones
sobre el sistema colonial de los españoles
Por J. V. Lastarria
(*Progreso* de 27 de setiembre de 1844)

Aun cuando las reuniones anuales de la Universidad no tuviesen otro resultado inmediato que dar lugar a la lectura de la Memoria que sobre historia de Chile se encarga por estatuto a uno de sus miembros, bastaría esto solo para recomendar su institución, y hacerla eminentemente influyente para estimular entre nuestra juventud estudiosa la creciente afición al cultivo de las letras que preparan y estimulan el acrecentamiento de las luces de un pueblo, y por consecuencia, su ventura y sus progresos, tanto materiales como intelectuales. Los estudios históricos a que la Universidad llama a la juventud, son de aquellos que por la importancia de las materias que abrazan, están destinados a ejercer una grande influencia en las ideas de esta época, y en las instituciones que de ellas emanen.

Las *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, leídas por el señor don José Victorino Lastarria el 22 de septiembre, llenan, a nuestro juicio, el grande objeto que la Universidad ha tenido en mira. Escrito lleno de lucidez y concebido en un lenguaje fácil y depurado, las ideas que contiene son el fruto de una meditación y estudio tan completo

como es posible hacerlo con la escasez de materiales de que puede echarse mano para asunto tan arduo. Porque es preciso no disimularse que la historia de la colonización española, tal como el señor Lastarria la ha querido contemplar, esto es, en su influencia sobre la actual administración chilena, carece de todo antecedente literario, y la erudición solo puede ostentar las citas de algunos escritores tales como Robertson y otros, que han apuntado los hechos generales que constituían la historia de las diversas colonias españolas.

La obra del señor Lastarria abraza en límites estrechos las cuestiones más serias, y no prueban menos su sagacidad, que su completa inteligencia de la materia, los títulos que ha puesto a cada una de las fases bajo las cuales ha mirado su tema. Nos hacemos un deber de repetir estos epígrafes, porque, en nuestro concepto, son ellos la expresión fiel de las cuestiones históricas que nos interesa conocer, y porque para nosotros merecería cada uno de ellos ser tratado separadamente y servir de asunto a los trabajos posteriores de los miembros de la Universidad.

I. Carácter de la conquista de Chile y su influencia social.
II. Idea del sistema colonial español.
III. Consideraciones generales sobre la influencia del sistema colonial en Chile.
IV. Influencia social del sistema político colonial.
V. Influencia del sistema colonial en la condición social de los chilenos.
VI. Influencia del sistema colonial en la industria en Chile.
VII. Algunas ideas sobre la influencia social del sistema colonial español en la revolución de la independencia.

Tales son las materias que el señor Lastarria se ha propuesto elucidar, y que, a nuestro juicio, ha tocado con mano firme y suficiente copia de luces.

«La historia de Chile —según el sentir del señor Lastarria—, es todavía la de un pueblo nuevo que apenas cuenta tres siglos de una existencia sombría y sin movimiento; es la historia de una época pasada que puede el filósofa someter sin gran dificultad a sus investigaciones, y la de una época nueva que tocamos y nos pertenece, porque es la presente. El origen e infancia de nuestra sociedad no se escapan a nuestras miradas, no se han perdido en las tinieblas de los tiempos, y para hacer su estudio, no necesitamos de la crítica que confronta y ratifica, a fin de separar lo falso de lo verdadero; sino de la que califica y ordena los hechos conocidos».

Bajo la influencia de estas ideas, el señor Lastarria ha procedido a desentrañar, si es posible decirlo, el sentido oculto que encierran esos hechos históricos tan conocidos y perceptibles en su fisonomía exterior, y a «descubrir las relaciones que los ligan, para ver cómo conspiran todos ellos a la realización de un gran acontecimiento de nuestra historia, la conquista, y consiguiente establecimiento del poder español en Chile. Esta manera de considerarlos —añade—, nos encaminará fácilmente a estudiar este grande acontecimiento, ese suceso culminante en el cual se comprenden y refunden todos los demás particulares que lo produjeron; entonces podremos conocer filosóficamente los caracteres de aquella época y su manera de obrar en la sociedad».

Después de todo lo que hemos dicho, nos limitaremos a hacer algunas observaciones generales sobre la obra del señor Lastarria, que menos que rebatir algunas de sus ideas, tendrán por objeto hacer resaltar la exactitud de las otras que forman el tejido de la obra y la llenan en todos sus detalles.

Según se deja traslucir aun por el título mismo de la obra, el autor considera la conquista española como un hecho que ha venido a influir sobre la sociedad chilena; así, le vemos llenarse de santo y patriótico entusiasmo, al recordar la heroica resistencia de los araucanos, y llenarse de indignación al

detallar los medios que los españoles tocaban para escarmentar a sus enemigos: «los prisioneros —dice— se esclavizan o se inmolan en expiación del crimen de sus hermanos, los generales mismos se hacen morir en un patíbulo, en medio de la algazara sarcástica de los vencedores».

El autor no ha podido en estos conceptos emanciparse de las ideas que puso en boga la revolución de la independencia para azuzar los ánimos contra la dominación española, mintiendo una pretendida fraternidad con los indios, a fin de ponernos en hostilidad con nuestros padres, a quienes queríamos arrojar de América; así, pues, nos envanecíamos de «la cordura de Colocolo, de la prudencia y fortaleza de Caupolicán, de la pericia y denuedo de Lautaro, de la ligereza y osadía de Painenancu», como si estos hombres salvajes perteneciesen a nuestra historia americana, y como si Arauco, después de la revolución, como durante el coloniaje, no fuese un país fronterizo y una nación extraña a Chile y su capital e implacable enemigo, a quien Chile ha de absorber, destruir, esclavizar, ni más ni menos que lo habrían hecho los españoles. Cuando nos preguntamos, pues, cuál es la sociedad sobre la que la conquista ha venido a influir, nosotros no sabemos qué contestarnos, a no ser que se suponga una solidaridad que nunca existió entre los antiguos pueblos indígenas, y los españoles y sus descendientes. Porque es preciso que seamos justos con los españoles; al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, lo que la colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina. Si este procedimiento terrible de la civilización es bárbaro y cruel a los ojos de la justicia y de la razón, es, como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas, y entre estas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas que por su debilidad

orgánica o su atraso en la carrera de la civilización, no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra. Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a esta injusticia, la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra; merced a estas injusticias, la Oceanía se llena de pueblos civilizados, el Asia empieza a moverse bajo el impulso europeo, el África ve renacer en sus costas los tiempos de Cartago y los días gloriosos del Egipto. Así, pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantan en la posesión de la tierra a los salvajes. Esto es providencial y útil, sublime y grande. Dentro de quinientos años, la raza europea con sus artes, sus ciencias, sus progresos y su civilización ocupará la mayor y la mejor porción de la tierra, por el mismo principio que ahora trescientos años la España ocupó la mayor parte del nuevo mundo.

Creemos, pues, que no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América, ahora como entonces, nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización; ni principiar la historia de nuestra existencia por la historia de los indígenas, que nada tienen de común con nosotros. Si los bárbaros de la Germania, cayeran de improviso sobre las Galias, los Hunos sobre la Italia, y se refundieran sobre pueblos antiguos y civilizados allí existentes, podría en buena hora hablarse de la influencia de la conquista de los germanos sobre la sociedad; pero nos parece que la cuestión cambia de aspecto cuando se trata de Chile, donde no existió esa sociedad, donde los salvajes que lo poblaban fueron exterminados o confundidos en

la chusma. Y sobre este punto debemos aun señalar alguna diferencia entre la colonización española y la inglesa, por ejemplo. Nada más justo que la conducta observada por los primeros colonizadores ingleses en el norte de América con respecto a los salvajes indígenas; allí no hubo conquista, sino ocupación del territorio, las más veces comprado a los habitantes; y sin embargo, el resultado ha sido que en menos de tres siglos han desaparecido más de doscientas naciones de indígenas, y que una sola de ellas ha mezclado su sangre con la de los europeos, siendo por tanto, en Norte-América la condición de los indígenas mucho más desesperada, más oprimida, más afligente, que lo que ha sido en las colonias españolas. La razón de este fenómeno está en las antipatías de raza y de civilización. No hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y uno civilizado. Donde este ponga su pie, deliberada o indeliberadamente, el otro tiene que abandonar el terreno y la existencia; porque tarde o temprano ha de desaparecer de la superficie de la tierra, y si algo arguye en favor de los españoles, es el que los salvajes, cuyos descendientes forman hoy nuestra plebe de color, hayan sido tolerados y protegidos.

Decimos otro tanto con respecto a la violación de los principios del derecho de gentes para con los salvajes. Este derecho supone gentes, naciones que pactan entre sí, que se respetan, que reconocen derechos o los reclaman, y esto no puede tener lugar en las luchas que sostienen las naciones civilizadas con los salvajes, en las que para medir la justicia de los procedimientos recíprocos, bastaría apreciar el estado de civilización de unas y otras. ¿Cómo trataban los araucanos a los españoles? ¿Cuál era el código de derecho de gentes que los europeos hallaron establecido en América? En muchas partes consistía en comerse los prisioneros; en sacrificarlos a los dioses, como en México, o martirizarlos y asaetearlos como en las demás partes. ¿Querríamos, por ventura, que se les tratase

de otro modo? No es nuestro ánimo abogar por las inútiles crueldades cometidas con los indios, pero no podemos menos que reconocer en los pueblos civilizados cierto odio y desprecio por los salvajes, que los hace crueles sin escrúpulo; y eso odio y ese desprecio eran tan patentes en los españoles contra los indios y los infieles, que se discutió largo tiempo entre teólogos y sabios si los indios eran *hombres*. Sobre todo, quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla.

Cuando uno lee a Ercilla y oye repetir hoy día aquellas imaginadas virtudes de Colocolos y Lautaros, está a punto de creer que los antiguos araucanos eran otro pueblo distinto de los araucanos que conocemos nosotros; de esos salvajes del sur, borrachos, estúpidos, crasos e ignorantes, y sin sentimiento alguno de dignidad, salvo el gusto por la independencia, que es distintivo de las tribus salvajes. ¿Cuántos Colocolos, Lautaros y Caupolicanes lancean todos los días nuestros soldados de la frontera? Y estos héroes de nuestra historia ¿qué algazara feroz no armarían, si Concepción cayese una hora en sus manos? ¿Y esto por odio o la dominación española? No; es preciso no ser candorosos; por amor a la rapiña, por sus instintos salvajes de matanza y destrucción.

Iguales observaciones nos ocurren contra ese pretendido plan de opresión abrazado por la España con respecto a sus colonias, supuesto cuando se trataba de sublevar la América. Ese lenguaje era excelente como medio revolucionario; pero treinta años después es injusto y poco exacto. La España ha

procedido para con sus colonias, como Chile procedería con las suyas, sin otra diferencia que las que establecerían las luces de la época y las diversas formas de gobierno. Las colonias españolas tienen eso de particular, que eran ni más ni menos en sus derechos, verdaderas provincias españolas, sobre las que pesaba en el nuevo continente como en la península el mismo despotismo y la misma arbitrariedad. Es preciso fijarse en los diversos caracteres que tienen las colonias según su origen. La España y la Inglaterra pueden servirnos de ejemplo en los tiempos modernos. No sabemos con qué motivo decía Victor Hugo, con aquella especie de abandono que caracteriza a los espíritus superiores: «la América del Norte habla inglés, la del Sur español». He aquí, en efecto, toda la historia comparada de estas dos colonizaciones. La Inglaterra, cuando ha establecido en su seno un sistema vivo de gobierno, de industria y de ideas, arroja colonias, y de ellas nacen naciones poderosas. La España, cuando ha logrado sofocar todo progreso, todo movimiento civilizador; cuando cree haber asegurado a la feudalidad y a la ignorancia de la edad media una existencia duradera, arroja también colonias. ¿Qué había de resultar de esto, pues? La vida en el norte, la muerte en el sur; en el norte se habla inglés, en el sur se habla español. Pero culpar a la España de hacer mal a designio, cuando el mal era su propia esencia, su vida, su modo de ser, esto es soberanamente injusto, y los documentos históricos están en contra. Si era prohibido a los americanos, por un mal sistema de economía política, cultivar o fabricar lo que se producía en España, a los españoles era igualmente prohibido cultivar lo que eran productos americanos; y en cuanto a educación, las universidades pululaban por la América, tan atrasadas, tan escolásticas, tan rutineras, como las españolas, a las que no iban en zaga.

No es, pues, lo que debemos estudiar en la colonización española los males que deliberadamente ha causado; pues que

esos males ni ella los comprendía, y refluían menos directamente sobre ella misma y su riqueza, que sobre nosotros. Porque es preciso convenir, si el gobierno español era absoluto por su esencia, en Chile, sobre todo, era patriarcal, blando, benigno, imprevisor. Es uno de los caracteres del despotismo, que menos se hace sentir sobre los individuos, que sobre las naciones en masa; menos obra a la luz del día, que lentamente y sin que sea posible descubrir los estragos que causa; a la manera de una tisis que deja vivir largo tiempo a su víctima alegre y sin dolor, consumiéndola lentamente hasta llevarla a la tumba. ¿Quién no ha oído a nuestros viejos acordarse de los felices tiempos del coloniaje, en que se llevaba una vida tan pacífica, tan sin temor del gobierno, ni de las persecuciones?

Ya nos imaginamos que esto va a sublevar patriotismos tan quisquillosos, tan alborotadizos, como el raquítico del *Telégrafo* y otros que gritarían todavía: *¡muera el rey! ¡viva la patria!* Pero hay diferencia entro la felicidad material de los individuos y la de las naciones; a aquella puede proveer el despotismo; a esta otra solo provee la libertad.

La España, pues, se reproducía en América; y echarle en cara los males que nos ha legado como cansados intencionalmente, sería lo mismo que si el joven negro culpase a su madre negra también, del infame y siniestro designio que había concebido y consumado de parirlo negro. Todos los males que se desenvolvían en América, se desenvolvían a la par en España, y la pintura que hacen Juan y Ulloa, solo es comparable a la que un ministro de Carlos III elevó al rey de los males que sufría la España y de las causas de su ruina y decadencia.

Principios de derecho de gentes

Por Andrés Bello

(*Progreso* de 21 de octubre de 1844)

La imprenta del *Mercurio* ha terminado la segunda edición de este libro elemental, que el autor ha revisado esta vez y amplificado con cuanta observación útil podía suministrarle el estudio de doce años más que han trascurrido entre su primera aparición y la presente.

Los *Principios de derecho de gentes* de Bello, han adquirido tal reputación en el mundo español, que no conocemos país ninguno en América en que este tratado no sirva de testo a la enseñanza del ramo en los colegios y universidades, y como si para recibir la sanción de excelencia fuese necesario que se reimprimiese en la península misma, acaba de hacerse una edición en Europa declarándola el único tratado completo que del derecho de gentes posea el idioma, aplicable a la enseñanza de los colegios. Sabemos que cuando esta obrita llegó a Buenos-Aires, los estudiantes de la Universidad la presentaron a los catedráticos, reclamando su adopción inmediata; y que mientras esta última y corregida edición se estaba concluyendo en Valparaíso, las prensas de Bolivia hacían también una reimpresión de la primera.

Un éxito tan completo y tan general, hace superfluo todo encomio del mérito del libro en cuestión. El autor no ha dado a

luz una luminosa teoría del derecho de gentes; no ha formulado, como Damiron y Víctor Considerant, el camino que a esta parte de la vida pública de la humanidad está trazando el desenvolvimiento actual de la civilización, las necesidades de la industria y el comercio de todas las naciones, y la tendencia que toman insensiblemente los acontecimientos históricos de nuestra época a establecer una especie de gobierno general del universo, presidido por los intereses de las grandes naciones europeas. Por el contrario, ha huido de toda especulación que se aparte de los hechos consumados, y de la práctica seguida por las naciones navegantes y guerreras de la época, apoyándose en las decisiones de los tribunales que sirven de norma para los casos análogos que ocurren. La obra de Bello es, pues, un trabajo concienzudo, en el que ha compilado todo lo que existe, tal como ello es, según la práctica actual, y tal cual conviene a la juventud estudiosa de América conocerlo; porque el derecho de gentes, si bien es uno de aquellos derechos perfectos de las naciones que tiene por objeto estatuir lo conveniente para conciliar sus intereses recíprocos, sufre, por otra parte, la influencia de las grandes potencias políticas, que apoyándose en sus cañones, han hecho prevalecer ciertas prácticas que las favorecen a ellas particularmente, no pocas veces en mengua de los estados menos influyentes; por lo que el derecho internacional, cuando se traduce en hechos, viene a ser un código protector de las naciones en razón de su poder y de su fuerza efectiva; de manera que sus decisiones, principiando por cubrir y proteger completamente los intereses y derechos de las grandes naciones civilizadas, vienen a hacerse inefectivas cuando salen de los límites de la vida civilizada; pudiendo decirse que a las sociedades no se les reconocen sino muy limitados derechos, y que en cuanto a las salvajes, la reciprocidad y el interés de la civilización misma están de acuerdo en negárselos del todo. Esta escala de naciones para la aplicación de los principios del

derecho internacional, que va en progresión descendente, nos coloca a nosotros los americanos, en un rango secundario, y nos impone, por decirlo así, la práctica del derecho, tal cual la traen autorizada las naciones que están colocadas, con respecto a nosotros, en los escalones superiores. Guiados por estas consideraciones, hemos apuntado alguna vez la ineficacia de un *Congreso Americano*; porque estamos convencidos que en materia de derecho de gentes, diez pueblos débiles y colocados a enormes distancias, no formarán uno fuerte, por más que se parapeten en decisiones dictadas por la justicia misma, siempre que ellas no tengan el asentimiento de las grandes naciones que, lo diremos así, llevan la iniciativa de la práctica del *derecho de gentes*.

Si en Europa esta ciencia ha tomado en nuestros días un desenvolvimiento asombroso; si sus cuestiones se hallan hoy ligadas con la marcha general de la civilización; si se estudia e inquiere sobre el *derecho de gentes* de los romanos, de los griegos, y aun de los cartagineses y fenicios, para esclarecer la historia del mundo antiguo, nosotros no podremos elevarnos en nuestros estudios elementales a tan altas esferas, contentándonos con conocer la práctica actual de las naciones poderosas, e inculcando a nuestra juventud la necesidad de que nuestros estados americanos sean sobrios y medidos en sus pretensiones; poco susceptibles, si es posible decirlo, en sus sentimientos de dignidad, a fin de tener siempre de su parte el buen derecho, tan claro y positivo, que no preste asidero a cohonestar los avances de los poderes fuertes, porque el derecho internacional viene a medirse, en definitiva, por el número de cañones que puede hacer jugar cada potencia. No está lejos el día en que haya un alto tribunal formado por el congreso de las naciones civilizadas del mundo, adonde puedan hacer valer y respetar sus derechos los pueblos débiles. Pero mientras no llega este caso, nuestro primer cuidado debe ser alejar, por el perfecto conocimiento del derecho internacional

positivo, cuanta ocasión haya de colisiones con las potencias grandes. Y a este respecto, séanos permitido tributar un alto elogio a la conducta circunspecta, mesurada, sin pretensiones exageradas más allá de su posición, que guarda la política chilena de diez años a esta parte. Dispuesta siempre a conceder a los poderes europeos todo lo que no hiera el honor nacional ni está en contradicción con sus intereses; cediendo siempre todo lo que puede cederse, y disimulando prudentemente lo que sin ser un agravio, podría ser mirado como una falta de cortesía o de buena voluntad, ha sabido evitar esos choques que a cada momento vienen a alarmar la América, y que el hombre sincero e imparcial no sabe si atribuir a las pretensiones exageradas de la Europa o a la inconsideración y petulancia de algunos gobiernos americanos que, despreciando las vías de conciliación, se aventuran, y aun provocan bloqueos y actos de hostilidad, que si bien muestran que poseemos cierta fuerza de inercia bastante para dejar burladas las tentativas extranjeras, no por eso son menos ruinosos para nuestra naciente industria y nuestros progresos.

Consideraciones de este género nos hacen mirar los *Principios de derecho de gentes* de don Andrés Bello, como uno de los libros destinados a producir en nuestros estudios los más benéficos resultados, encaminando las ideas a fines y objetos que pueden alcanzarse.

Escusado es que digamos que en cuanto a lenguaje y estilo es un perfecto dechado de pureza de dicción, y de apropiado y castizo uso de las voces del castellano. Si por desgracia un defecto notable de construcción, un galicismo o un solecismo pasase desapercibido en la corrección de sus escritos y viese la luz pública, mucho temeríamos por la salud del autor, que apenas podría resistir a la impresión de contratiempo tan funesto.

Lecciones de derecho político

Por Juan Donoso Cortés

(*Progreso* de 26 de octubre de 1844)

La prensa nacional ha tomado de algún tiempo a esta parte un impulso de reproducción tan feliz, que promete hacerse dentro de poco la escala por donde las primeras producciones de la literatura europea habrán de pasar para difundirse por una parte considerable de la América. La imprenta del *Mercurio* lleva la iniciativa en esta empresa, y debemos decirlo, con un éxito que la honra. Sus empresarios han calculado en todas las ediciones que llevan hechas, la popularidad de que gozarían las obras impresas o traducidas, consultando para ello el gusto del país, y sobre todo, prefiriendo en su elección aquellas obras que prometen reunir por la amenidad e interés de su asunto mayor número de lectores. La imprenta del *Progreso* no ha permanecido con los brazos cruzados presenciando el movimiento actual, y al escoger sus materiales de impresión, ha preferido casi siempre aquellas obras que son de una utilidad conocida para los jóvenes que estudian, y que propenden a aumentar el caudal de conocimientos que deben encaminarnos a la mejora intelectual de nuestra sociedad.

No es otro el motivo que la induce hoy a reproducir las *Lecciones de derecho político* con que Donoso Cortés favoreció a la España, su patria, el año 36; lecciones en que recopiló, con

completa inteligencia de su asunto, las que en 1821 había dictado Mr. Guizot en Francia, en aquellos tiempos gloriosos en que este gran político, historiador y filósofo, hacía desde la tribuna de los colegios cruda guerra a las tendencias retrógradas de la Restauración.

Las *Lecciones* de Donoso Cortés sobre derecho político, aunque dictadas para la España, son de un alto interés para nuestras sociedades americanas, por cuanto después de discutir con grandilocuencia y maestría las bases en que reposa toda autoridad, desciende a examinar las condiciones del gobierno parlamentario, y los fines a que debe aspirar todo gobierno que tiene por objeto el engrandecimiento de la nación cuyos destinos preside.

Donoso Cortés es uno de aquellos jóvenes españoles hijos de su siglo, discípulos de la Francia, y que como Larra y otros no menos ilustres, han trabajado por distintas vías en la regeneración de su patria. Llamado por la revolución a influir, por su inteligencia de las cosas y de la época, en los negocios públicos, Donoso Cortes asoció sus trabajos entre los partidos españoles, a aquel que más adelante ha querido llevar las reformas. Así explica en su primera lección los motivos y los títulos que lo llevan y autorizan para enseñar el derecho político en el *Ateneo* de Madrid.

«Esta es la causa —dice— del papel brillante que representan los jóvenes en todas las revoluciones; la sociedad personifica en ellos la revolución, y los considera como sus profetas, sus sacerdotes y sus mártires. En vano un joven vivirá con ideas que ya pasaron; en vano habrán desaparecido las ilusiones y las esperanzas del horizonte de su vida; la sociedad en el período que describa se obstinará casi siempre en ver en cada joven a la juventud, en la juventud el porvenir, y en el porvenir el puerto en donde ha de acogerse libre del naufragio. En vano un hombre de otro siglo estará dotado de una inteligencia flexible y comprensiva. En vano abrirá su espíritu a

la inspiración de lo presente, y penetrará con sus miradas en el abismo del porvenir; la sociedad casi siempre no mirará en él sino una columna ya vacilante de un templo destruido, una inteligencia estéril, un hombre que pasó. Así, señores, las revoluciones, que son siempre lógicas, son muchas veces injustas. Esta injusticia es favorable para mí, que no puedo presentar más títulos para atreverme a dirigiros la palabra, que mi amor a las ciencias y mi juventud».

Donoso Cortes provocado por la revolución misma en el seno de la cual se desenvuelve, ha querido darse razón del movimiento social que arrastrándolos a todos a un orden nuevo de cosas, colocaba a la España definitivamente entre las naciones constitucionales.

El autor de los *Principios políticos* ha indagado los principios en que se apoyan los que dan a la soberanía la delegación de Dios en los reyes o la soberanía por derecho divino, cuyo absurdo demuestra. En seguida procede a demostrar lo quimérico del principio de la soberanía popular, cuando por esto se entiende la voluntad del mayor número de individuos de una nación, cuando esta voluntad no es inteligente y dirigida por los principios inmutables de la justicia; pues que las mayorías numéricas, animadas por pasiones desarregladas o llevadas de deseos injustos, pueden obrar el mal por no conocer el bien, esto es, por ignorancia. De aquí procede a establecer las bases de la soberanía en la soberanía de la inteligencia, soberanía de la justicia, expresada mediante la elección popular por las capacidades inteligentes y virtuosas de una sociedad. El despotismo es formulado por el autor como una de las maneras de existir de una sociedad en una unidad absoluta y compacta, en que ha sido sacrificada la ley del individuo a la ley de asociación, la libertad al poder, la independencia a la subordinación.

No nos detendremos más en examinar la marcha del autor en sus *Principios políticos*, que si en todos los puntos no está

de acuerdo con nuestras ideas, no deja por eso de estarlo en sus bases generales con los principios que hoy reconoce como incuestionables la ciencia moderna y que sirven de base a los gobiernos representativos. Un libro de esta clase es para nosotros de un alto interés, y su difusión en la sociedad traería el inmenso bien de desvanecer algunos errores que andan aún en boga, y dar ideas justas del gobierno representativo que nos rige. Por una felicidad de que nunca debemos aplaudirnos demasiado, el sistema constitucional gana en Chile más y más terreno cada día. El gobierno aspira a realizarlo, y los partidos políticos le dirigen sus ataques siempre en nombre de los principios constitucionales que deben regir su marcha; en nombre de esa constitución que debe servir de norma y plan de operaciones a la administración. ¡Cuánto no debe, pues, interesar que ideas sanas y compatibles con el estado de nuestra sociedad, dirijan los actos, tanto de los que administran, como de los administrados que discordarían en opiniones y sentir con aquellos; y cuán lamentable no es ver hacer la oposición en nombre de los principios más absurdos, más victoriosamente refutados por los escritores modernos, y más opuestos, en fin, a los mismos fines en cuyo apoyo son invocados! ¡Cuán poco honrosos no son para la prensa chilena los debates que a cada momento se suscitan, y que harían morir de risa a un europeo, sobre la soberanía nacional, la libertad, el derecho electoral, la representación, su carácter y medios de formarse, el poder de los ministros, la oposición y todas las demás cuestiones parlamentarias que nos ocupan a cada momento, y en cuya discusión vemos aún reproducirse las ideas de un Mably, de un Rousseau, y qué sé yo qué otros utopistas del siglo pasado, cuyas doctrinas ha rechazado como irrealizables y desnudas de todo fundamento, la experiencia de medio siglo de ensayos constitucionales!

Por estas razones, no trepidamos en recomendar la reimpresión que se hace de los *Principios políticos* de Donoso

Cortés, como la de un librito de una utilidad reconocida, y que puede figurar sin mengua entre las producciones de nuestra época.

Beneficio de la señorita Rossi
(*Progreso* de 2 de noviembre de 1844)

Figuraos un pintado jilguerillo que ha cantado toda la primavera y saludado cada mañana el sol naciente, llenando con sus armonías el aire que viene tembloroso a vuestro tímpano repitiendo los últimos ecos de sus celestes melodías, cual el ambiente de una mañana de agosto viene a acariciar el olfato con los perfumes que ha recogido de las mil flores que meció a su paso. Figuraos que después de haberse posado aquí y allí; después de haber ensayado todos los tonos, detenido a cada pasajero para que le oiga variar sus gorjeos, que si estabais tristes, os llenaron de dulce melancolía; si alegres, os convertían esta alegría en gozo indefinible; y que si los pesares o el dolor os atormentaban, al escucharlos os sentisteis por un momento aliviados, trayéndoos a la memoria la dicha perdida o haciéndoos presagiar días más felices. Figuraos, digo, que esta inocente avecilla hacía cantando un nido para albergue del fruto futuro de sus tiernos amores. Imaginaos que este fruto de sus afanes y de sus cantares había coronado sus días, y que cuando creía concluida ya su tarea, el huracán desapiadado destruyó a un tiempo albergue y esperanzas. ¿No os compadecéis de la cruda y no merecida suerte del infortunado pajarillo? ¿No os lo imagináis triste y silencioso, mirando fijamente y sin ver nada, el sitio donde antes estuvo lo que le aseguraba un porvenir venturoso, ahora yermo y solitario?

¿Qué había hecho el sin ventura para merecer tan extremados rigores? ¿A qué divinidad de las selvas ofendió con sus alegres cantos? ¿Qué fauno envidioso pidió a los dioses que en un momento le hicieran expiar tantos otros de felicidad y de esperanza?

Este pajarillo que tanto cantó y que en un día se vio privado del fruto de sus afanes, es, ni más ni menos, os lo juro, la señorita Rossi. Diz que la fortuna no fuera con ella pródiga en halagos; pero dulce como una tortolilla, resignada siempre y cantando sin descanso, había recorrido toda la América, visitado todas sus capitales, recibiendo en cambio de los goces que sus trinos les proporcionaban, millones de aplausos, palmoteos y bravos, algunos centenares de guirnaldas de flores, y quizá unos cuantos miles de pesos que eran su nido, su esperanza y su apoyo para el porvenir. Llega la Rossi a Chile, y ya os imagináis que no había de pasar el tiempo llorando. Cantó, pues, para agasajar a sus huéspedes; y tanto gustaron sus arias y dúos, que los aplausos, los bravos y las coronas llegaron a saciar su modesta ambición, y no se ha dicho que estuviera descontenta de lo que de más real puede traer el aura popular a sus adeptos.

Nuestra cantora avecilla, al desplegar sus alas para volar de Santiago a Valparaíso, como si dijéramos de una a otra rama, iba a echar una mirada de reconocimiento sobre la ciudad toda que tanto la había mimado; iba a decir a esa juventud bulliciosa y entusiasta de su mérito: ¡hasta la vuelta, corazoncitos!; iba a decir a las bellas de corazón tierno: ¡os acordareis de mí si alguna vez recitáis lo que yo os decía cantando, *mio caro, abbracciame*!; iba a decir a los enamorados, a los viejos, a los… pero al acomodar su paquetito de economías, encuentra… ¡nada!… ¡vacío su saquillo! El viento, la tempestad, un infortunio ajeno la había envuelto a ella también y arrebatádole el fruto de algunos años de labor y las larguezas todas de esta buena y hospitalaria ciudad de Santiago, para quien guardaba

sus mejores recuerdos y de cuya hospitalidad y gusto, indulgencia y generosidad, iba a contar maravillas en otros países. Pero ¿qué decir ahora que sale de ella como vino; ni qué agradecerle sino una buena voluntad, onerosa y estéril, pues que solo le deja una deuda de gratitud, sin haber disfrutado del beneficio? He aquí, pues, a nuestro jilguerillo macilento y triste, mirando el camino que ha de llevar en su próximo vuelo, y preparándose a dejar sin pesar la gozosa y festiva capital que le dio con una mano y le quitó con la otra la recompensa de su trabajo. ¡Y tantas veces que nos había hablado de *il suo dolore*!… ¡y nos parecía que lo decía chanceando!… ¿A qué fin tantas arias y tantos dúos? ¿Qué le ha quedado? ¿Sabéis lo que le ha quedado? ¡Los aplausos y los bravos!… ¡Nada más que bravos y aplausos! ¡Miento!, que todavía conserva algunas coronas recogidas en las tablas, de las que llovían a sus pies en un día de beneficio. ¡Ya veis que en todo esto hay abundante auxilio para pasar tranquila el resto de sus días! Puede en buena hora irse a otro país, y decir a sus nuevos huéspedes: «¿Sabéis lo que de Chile traigo? Recuerdos muy lisonjeros, muy dulces, muchos aplausos, y ¡qué estrepitosos, Dios mío! Cuando era *Julieta* y acordaba a *Romeo* una entrevista, el público seguía con su agitación y sus vivas las palpitaciones de mi voz; *Esposa de Faliero*, me perdonaba el extravío fatal que originaba la mal aconsejada conjura. *Lucía de Lamermoor*, las simpatías del público me vengaban de la violencia del hermano descorazonado; y en *I Puritani*, y en la *Semíramis*… y en la… y en… ¿Y qué decir de la *Sonámbula*? Cada vez que pasaba el peligroso puente, un grito escapado de los palcos al crujir el roto madero, me hacía estremecer de veras, y enternecida por tanto interés, estaba a punto de abrir los ojos para gritarles: *¡si no es nada! ¡No tengáis miedo que me caiga; voy por una gruesa tabla de vara y media de ancho!* Pero esta intercalación en el testo habría puesto de malísimo humor al director de la orquesta; que habría perdido irremisiblemente el compás».

Esto es todo lo que la gatita mimada del público de Santiago puede ir a contar a otras partes; que en cuanto a cosas que nutren y estimulan al artista, en cuanto a la merecida retribución de su trabajo, retribución que obtuvo, la verdad sea dicha, y muy amplia, esa, digo, corrió burro, según la tierna expresión del poeta. ¿Por qué al pasar el puente elevado en la *Sonámbula*, no se cayó esta infeliz en el canal del molino, y sus blancos vestidos enredados en aquella tremebunda rueda que veíamos a sus pies agitando con espantosa furia las aguas, no la hicieron encontrar desdichado fin, despedazada, triturada, antes que ser hoy víctima de la desgracia que la empobrece sin alcanzar a matarla? ¿Cómo habríamos gritado nosotros: ¡socorro! ¡socorro! al ver asomar a cada vuelta de la rueda, a la pobre avecilla metida, agarrada en una de sus paletas y sin poder desasirse de sus uñas infernales?

Quejábase, pues, la triste en su desesperación, cuando sus lamentos atrajeron en torno suyo a toda la canora familia, y en tono tiple, en bajo, en tenor y en contralto, se pusieron a alentarla. Hubo concierto de voces, dúos, tríos, cuartetos, coro universal y comparsas, en los que entraban como interlocutores, los empresarios y la orquesta. Decíanle los unos: no os acongojéis, aún hay remedio; lo perdido, perdido; pero apelad al público, a ese buen público de Santiago que tantos aplausos os ha prodigado; disimulad vuestra pena, y cantad como siempre. Llorad cantando, si queréis. Haced vibrar en sus oídos vuestra vocecita dulce y tierna, hacedles esos ojuelos con que en días más felices hacíais que los jóvenes llevaran la mano al corazón para contener sus latidos. ¿Por qué desesperar todavía? ¿Consentirán acaso que en cambio de los placeres que les habéis proporcionado, llevéis solo pesares y disgustos; que entre todas las capitales de América que habéis visitado, el recuerdo de la de Chile sea el único que pese en vuestra alma como una pesadilla terrible, como un grueso pecado mortal? ¡Oh, no; eso no es posible, no sería dable,

tolerable, ni aun presumible!

Dicho esto, hubo un coro universal con el aire del fantasma de la Sonámbula, en que cada uno de los líricos consejeros pintó y ponderó cuanto no debía esperarse de la generosidad, simpatías, entusiasmo, longanimidad y munificencia de los *dilettanti* de la capital.

—Sí, cantaremos —dijo animándose el despeluznado jilguerillo—, cantaremos *Romeo y Julieta*. Puede que si todavía hago resonar en sus oídos el *mio caro abbracciame*…

Coro: —Os aturdirían con mil bravos de entusiasmo; los sombreros volarían por el aire, y la platea entera se treparía a los bancos para saludaros.

—¿Y si añadiese la cavatina de *La Fausta*; aquella cavatina tan triste, tan dulce, que me oísteis tantas veces en Lima, y que solo cantaba en días privilegiados?

Coro: —Os estorbarían el paso con coronas de flores y perlas, y ramilletes perfumados. ¡Oh! no podríais moveros bajo el peso del entusiasmo público.

—¿Y si cantásemos aun el magnífico dúo, nunca oído en esta capital, el dúo famoso del maestro Celli, con que tantos aplausos hemos arrancado en todas las otras capitales?

Coro: —Entonces el entusiasmo se tornaría en delirio, en locura, en fiebre amarilla, en cólera morbus; las señoritas de los palcos agitarían sus pañuelos, y los bravos irían a perturbar el cielo, si el entarimado del techo no resistiera al empuje del aire estremecido.

—¿Y si Lanza y Zambaitti quisieran cantar aquel tremendo dúo de los *Cruzados en Egipto*; y si los empresarios mostrasen en las decoraciones las pirámides, las ruinas de Menfis y las bóvedas del templo de Denderá, y el Nilo, y la Necrópolis, y las sombras de los Califas, y a Mehemet-Alí montado en un estirado camello, contemplando la famosa piedra de Roseta que acaba de encontrarse entera y con sus tres inscripciones?

—Eso sí que sería magnífico, estupendo, nunca visto, ni oído, ni imaginado, ni sospechado, ni…

—Lo dicho, dicho; concedido.

—¡Viva la Italia!

—¡Muera il P….a!

—¡Os perdono el tiro con postas!

—¡Os dirijo gratis la orquesta!

—¡Sacaremos las decoraciones del Egipto y del Nilo, de Menfis y de Roseta, de Mehemet y su camello.

—Cantaremos el himno nacional, y gritaremos ¡viva Chile! ¡viva la generosidad del pueblo chileno! ¡viva la Carta!…

Dicho y hecho, empresa, orquesta y compañía, todo lírico, ponen manos a la obra, agitando la cosa de tal modo que mañana a las ocho en punto tendremos *función extraordinaria en beneficio de la señorita Rossi*, según dice el autor de los carteles.

La señorita Rossi, enternecida, conmovida, agradecida y alentada, está a la hora de esta ensayando su voz para arrancarle los tonos más dulces y patéticos; haciendo la muertecita, pasándose las manos por la cara, calculando en el espejo la dulzura de una mirada agonizante que sus azules ojos han de arrojar sobre *Romeo* en un momento supremo de felicidad; en fin, para complacer al público, ha inventado exprofeso movimientos y actitudes tan tiernas y expresivas, que si no llegan a satisfacer el gusto más exigente, está resuelta, decididamente resuelta, a tirarse, en una nueva representación de la *Sonámbula*, en el canal del molino, o a resbalarse del tejado de la casa, y acabar sus días en el agua o en el suelo; quiere ahogar una voz que no ha podido darle sino aplausos estériles, y nos ha encargado que hagamos conocer al público esta su última e irrevocable voluntad y determinación, con otros ítems que callamos.

Polémica con la *Revista Católica* sobre la obra de Aimé Martin *De la educación de las madres de familia* (*Progreso* de 3, 5, 26 y 28 de diciembre de 1844 y de 28 de febrero de 1845)

I

La Revista Católica hace la crítica de la obra de Aimé Martin titulada *De la educación de las madres de familia o de la civilización del género humano por las mujeres*, cuya reimpresión ha anunciado la *Gaceta de Valparaíso*. La *Revista* halla «que a pesar de cuantas coronas obtenga el autor de las academias del viejo mundo, no dejará de ser por esto un libro muy perjudicial a los intereses de la religión católica»; procediendo en seguida a denunciar los pasajes de la obra en que están atacados algunos puntos de nuestra creencia. La *Revista*, obrando así, ha llenado uno de los deberes del ministerio de sus redactores, y el objeto especial de aquella publicación que, tenemos el placer de decirlo, ha desempeñado su tarea hasta aquí con una circunspección y mesura que hace honor al clero chileno, cuyas ideas e intereses representa.

El traductor o editor de la obra de Aimé Martin, se ha equivocado mucho creyendo que ese libro se ha escrito para

ponerlo en manos de las mujeres. No; es uno de esos escritos preparatorios teóricos, que se proponen designar el rumbo que deben tomar las ideas que discuten las teorías; que propone el plan que ha de seguirse para arribar a un objeto dado. La *Educación de las madres de familia* no es, pues, un libro para educar a las mujeres; sino para que lo lean los hombres que piensan, y se persuadan, como el autor, de que el medio de moralizar las masas no es tanto abrir escuelas y colegios, como penetrar con la educación hasta el hogar doméstico, y llevarla al regazo materno, para que desde allí, desde las manos de la nodriza, se vaya formando el hombre; y la instrucción que las escuelas dan, encuentre un terreno bien dispuesto por la moral, el cultivo de los afectos del corazón y el sentimiento religioso. Derramada esta idea fecunda en la sociedad, pasada al caudal del sentido común, entonces los gobiernos consagrarán un particular esmero a la educación de la mujer, y entonces aparecerán los libros que deben ponerse en manos de las mujeres. El de Aimé Martin no lo comprenderían ellas, porque discute asuntos para cuya inteligencia no están preparadas, y porque la discusión filosófica de las verdades sociales no se ha hecho para las mujeres, que siendo las que forman las costumbres y las mantienen, deben recibir las ideas que han sido ya traducidas en hechos y que están fuera del resorte de la discusión. La mujer ha nacido para creer, y no para dudar ni investigar, y sería un triste presente el que se le haría llevando a su cabeza, impotente para abrazar las verdades abstractas, la incertidumbre y la duda. Nadie mejor que los redactores de la *Revista* pueden acreditar esta verdad. Ellos pueden decir si entre las personas que frecuentan los altares encontraron nunca mayor fe, mayor apego a las prácticas religiosas que en las mujeres, y si muchas veces no tienen ellos mismos que ilustrar y corregir su celo extraviado. Cuando las creencias vacilan en los hombres, cuando las ideas de la sociedad entera han cambiado, la mujer continúa por

largo tiempo practicando lo que ya no tiene sentido, y apegándose a lo que ha dejado de existir. Nace esto de que ella no piensa, sino que practica, y la fe en todas las ideas en que la han educado, le sirve en lugar de razón; nace de que ella no influye en la sociedad, sino que la obedece en todo, hasta en sus actos más indiferentes y hasta en sus errores. A una mujer no se le debe presentar jamás la duda, porque no concibe siquiera que se pueda dudar.

En este sentido la obra de Aimé Martin sería perjudicial en manos de las mujeres. Pero la cuestión muda de aspecto cuando se trata de hombres, y de hombres que piensan y saben pensar, y para estos ha escrito Aimé Martin. Si los redactores de la *Revista* han recorrido sus páginas, habrán visto en ellas verdades que deben estar al alcance de todos, y que en Chile interesa que sean difundidas. No hace cincuenta años que nuestras matronas no sabían leer, y hasta hoy la inmensa multitud de madres de familia que preparan esas masas populares de que depende la industria y la moralidad de la nación, viven en la más completa barbarie. La *Revista* no ignora que en Chile ni aun se ha pensado en abrir escuelas públicas para las mujeres, ni en hacer nada para preparar la educación del sexo que tiene a su cargo el dar a la patria los ciudadanos.

¿Dúdase acaso que debe educarse a la mujer para que eduque bien a sus hijos? ¿Dúdase que la educación doméstica, la única real y positiva, contribuya a moralizar a la muchedumbre, habituándola desde temprano al cumplimiento de los deberes que la religión y la sociedad le imponen? El que dude, lea la obra de Aimé Martin, y verá en ella que si han sido impotentes hasta hoy todos los esfuerzos intentados para exterminar los vicios y la inmoralidad de la multitud, es porque no se ha sondeado la llaga que está interiorizada en el seno de la familia: la incapacidad de las mujeres abandonadas a sus instintos y sin el auxilio de la instrucción y de la educación

moral, para formar el corazón y las costumbres de los hombres. Aimé Martin ha dicho: educad a las mujeres y habréis civilizado al género humano. Esta es su tesis, y si el traductor chileno se ha mostrado tan bisoño que no ha sabido comprender el objeto del libro que manoseaba, no sienta bien a la *Revista* incurrir en tan extraño e injustificable error. El libro de Aimé Martin ha sido recibido por el mundo civilizado como una revelación, como un gran instrumento de la felicidad pública; y nada más deseáramos que los hombres que están a la cabeza de los Estados americanos, y los ciudadanos capaces de comprenderlo, lo leyeran y se empaparan de sus doctrinas en lo que respecta a la importancia de educar a las mujeres para mejorar la moralidad de los hombres.

Sensible es que obra tan eminente tenga las manchas que la *Revista Católica* ha encontrado en ella, y que el autor, protestando no mezclarse en asuntos de dogma, pues su objeto es la moral, haya dado asidero a la oposición de hombres que, como los redactores de la *Revista*, pueden oponer algunas dificultades a su propagación, en lugar de prestarle todo su apoyo; que sin duda lo prestarían con todo corazón, si no encontrasen en ella aquí y allí, y como por incidencia, ideas contrarias a las que les prescribe sostener su ministerio; porque la *Revista* no negará que, fuera de los trozos reprensibles que ha citado, la tarea de Aimé Martin es grande y sublime; que su amor por el bien de la humanidad entera, y por la mejora de las costumbres, estalla a cada página en torrentes de elocuencia apasionada, santa y persuasiva; que se apodera del corazón del lector y le hace soñar en un mundo de ilusiones, en que la mujer obra con inteligencia de sus deberes de madre, con conciencia de los males o los bienes que ella va a hacer a la sociedad entera, según que de sus manos salga un ciudadano virtuoso o un bandido, porque el uno o el otro lo hace ella siempre. ¡Oh, no!, un libro como el de Aimé Martin, un libro que ha acogido el mundo civilizado como un don

precioso, un libro que todos los idiomas se han apresurado a reproducir, merecía sin duda, no ser considerado únicamente por sus defectos, que en él son un incidente, y llamar sobre él a reprobación pública, como lo ha hecho la *Revista*, mientras que no se hace su parte al objeto noble y principal del libro, a la moral y a la virtud, en favor de la que el autor ha trabajado con tanto suceso; pues el libro de Aimé Martin no es una de aquellas producciones efímeras destinadas a morir al día siguiente de su aparición, es como *Los delitos y las penas* de Becaria, que amenazan echar por tierra la legislación sanguinaria y brutal que nos legó la edad media; es como *El espíritu de las leyes* y *El contrato social*, que han conmovido toda la tierra y cambiado la faz del mundo. Pero la *Revista Católica* tiene su misión especial, y no le vituperamos que proceda en estas materias como su deber y conciencia le dictan. Para ella, todas las cosas no se presentan sino bajo un solo aspecto; y un libro, aunque tratara de la salvación del género humano, sería anatematizado por ella, si contuviese un renglón solo que pusiera en duda el menos importante punto de las creencias, cuya conservación le está encomendada. Nosotros que tenemos que trabajar para la tierra, debemos, sin faltar a deber ninguno, recomendar la lectura de la obra de Aimé Martin, a los que sean capaces de penetrarse de su grande objeto, y a los hombres que pueden influir en la suerte de las naciones.

Mañana volveremos sobre este asunto.

II

Todavía necesitamos molestar la tolerante atención de la *Revista Católica*, por aprovechar la ocasión de tocar cuestiones graves y de mucha trascendencia. Con objetos tan distintos

como los que sirven de blanco a su publicación y a la nuestra; con posiciones sociales tan diversas; aquella consagrada a los intereses del cielo, esta a los de la tierra, no debe extrañar que difiramos de vez en cuando en nuestra manera de juzgar las cosas, no obstante la pureza recíproca de intención y las convicciones opuestas de que partamos.

En la crítica de la obra de Aimé Martin, ha dicho la *Revista*: «En él (el libro) siguiendo su autor la táctica de los escritores hipócritas, afecta respetar el sagrado Evangelio; pero de este libro divino solo admite lo que le acomoda, y desecha con impudencia lo que contraría el peregrino sistema que quisiera establecer». Sin negar la verdad del aserto fundamental, queremos rectificar un juicio accesorio. Siempre oímos tachar de hipocresía las palabras de los autores de nuestra época que están de acuerdo con las doctrinas recibidas, cuando hay otras en que se separan de aquellas; y parece que un escritor consagrase un libro a una materia importante, para poder intercalar aquí y allí como de contrabando, uno que otro ataque indirecto contra la religión. Es preciso conocer muy poco el estado actual del mundo civilizado, y sobre todo el de la Francia, para creer que un escritor de nota descienda a esos subterfugios.

Si algún resultado positivo han dejado las terribles revoluciones que han agitado la Europa, es sin duda el de poder emitir los hombres sus ideas sin rodeos ni amaños, cualquiera que sea la materia de que se trate. Este es el único bien que ha logrado conquistar la Europa libre. Este derecho está consignado en nuestra constitución también; si bien es cierto que se requeriría no poca prudencia para hacer uso de él. En Chile, por ejemplo, no se toleraría que se escribiese hoy un libro probando las ventajas de un gobierno monárquico, como en Francia se escriben todos los días probando las de la república; aquí nadie se llamará hoy monarquista, como en Francia republicanos muchos diputados de la cámara que se

sientan en un lugar especial de la sala; en Chile miraríamos como un loco desatado al escritor que principiase un libro diciendo, yo no soy cristiano, como puede principiarlo cualquiera y concluir repitiéndolo en Europa. Así, pues, no comprendemos qué objeto tendría la hipocresía en el autor de que nos ocupamos; y cierto que más valor ha necesitado de Maistre para defender el despotismo de los reyes, que el que se necesitaría en cualquier país libre para sostener que el Evangelio no era revelado. Si los escritores de la época hablan con entusiasmo del Evangelio; si lo consideran como una antorcha luminosa que está destinada a alumbrar toda la tierra, es porque así lo sienten, sin hipocresía, sin intención de alucinar; porque no temen a nadie en la tierra; porque están apagadas ya las hogueras destinadas en épocas tenebrosas a castigar los errores de la razón, para los que hoy no hay otro tribunal en el mundo que la razón misma, que acoge la verdad y se esfuerza en destruir el error. Los errores en que Aimé Martin ha incurrido en materia de religión, están emitidos con la misma franqueza que las grandes verdades que sobre ella ha dicho; y desde que la *Revista* los ha reproducido todos y dádoles la publicidad que han adquirido con su condigna refutación, la obra en cuestión puede ser leída sin inconveniente por los que deben leerla; porque nada o poco más contiene sobre religión que las palabras que ha citado la *Revista*, y ya todos las conocen.

Debemos, sin embargo, salvar del expurgatorio algunas que no son herejías y que nos importa que no entren en el *Índice*. Tales son éstas: «La unidad del dogma es una ambición fatal a los progresos del género humano»; y en otra parte: «Bajo este concepto, yo adopto (para el objeto de la obra, que es la educación de las madres) todas las comuniones cristianas. Nada importa que seáis católicos, luteranos, anabaptistas, presbiterianos, calvinistas; no podemos ser enemigos siendo hijos de un mismo Dios». El comentario que a estas últimas

palabras hace la *Revista*, da, a nuestro juicio, un sentido absurdo a las palabras del autor, pues parece que él se declara católico, protestante y calvinista a la vez. «Según este símbolo —dice la Revista—, misterios, cultos y fe, son indiferentes o igualmente gratos a la divinidad, con tal que la moral sea una». Este no es el sentido recto. El autor habla con todos los pueblos cristianos, para quienes es común la moral Evangélica, aunque difieran en creencias dogmáticas; y sin duda que no les dice que les sea indiferente el ser católico o protestantes; sino que tratando su obra de proponer los medios de hacer efectiva la moral cristiana, que es una para todos, les dice que conserven su culto, sus oraciones, todo lo que «toca a la forma y a la fe; todo lo que no deprime la moral o la dignidad humana». La *Revista* ha comprendido mal, si no nos engañamos, el sentido de estas palabras, porque es terminante. ¿Y la *Revista* declarará en contrario que somos enemigos por ser católicos unos hombres y protestantes otros; y que su objeto al reprobar estas palabras del autor, es sostener que no somos hijos de un mismo Dios, los chilenos y los ingleses, por ejemplo? No; esto desdeciría de los sanos principios de la *Revista*, e incurriría ella misma en la herejía más perniciosa que ha podido salir de la pluma de un escritor cristiano, pues valiéndonos de las palabras mismas de la *Revista*, diríamos: Jesús enseña todo lo contrario.

Decimos lo mismo con respecto a la unidad de dogma, que es ciertamente una ambición fatal a los progresos del género humano, en el sentido que habla el autor; esto es, que el querer forzar a los hombres a no tener más que un dogma dado, ha ensangrentado la tierra y causado los mayores males en el mundo. Si Jesucristo ha creado la unidad de la iglesia, él mismo ha permitido que esa unidad esté rota hoy en las diversas creencias disidentes de la católica, y a nadie le es dado maldecir a todas las naciones que han tenido la desgracia de separarse del verdadero camino. La *Revista* misma nos

proporciona felizmente abundantes pruebas que confirman la verdad. Copiemos:

—En Suecia —pregunta la *Revista* por boca del conde de Montalembert—, ¿es el catolicismo el que condena a la expatriación y a la confiscación de bienes al que quiere volver a la fe que su país ha profesado durante siete siglos?

—¡No! —contestaremos con Aimé Martin—, ¡es la fatal ambición de conservar la unidad del dogma!

La *Revista*.—En Suiza ¿es el catolicismo el que viola el pacto federal para destruir las abadías, etc.?

Aimé Martin.—No, es la fatal ambición de conservar la unidad del dogma.

La *Revista*.—¿Es el catolicismo el que ha oprimido a la Polonia por mano de la Rusia, arrancándola poco a poco con el resto de vida que le queda, la fe de sus mayores?

Aimé Martin.—No, es la fatal ambición de conservar la unidad del dogma.

La *Revista*.—En Prusia ¿es el catolicismo el que ha violado las conciencias, encarcelado ancianos y puesto en alarma las orillas del Rhin?

Aimé Martin.—No, la fatal ambición de conservar la unidad del dogma.

La *Revista*.—En Inglaterra ¿son los católicos los que han encadenado, robado e insultado a un pueblo oprimido que quiere romper sus cadenas?

Aimé Martin.—¡No! es la fatal ambición de conservar la unidad del dogma.

Ya ve, pues, la *Revista* que ella misma simpatiza con las pruebas de la eterna verdad proclamada por Aimé Martin, cuando ha dicho que ese empeño loco y desacertado de querer conservar la unidad en los dogmas, ha sido fatal al género humano. ¿Y qué fuera si desarrollásemos el cuadro horrible que

ha presentado la historia hasta nuestros tiempos, de violencias y crímenes de todo género para conservar esa misma unidad de dogmas que la *Revista* se ha propuesto sostener y que nuestras leyes autorizan aún? ¿A qué fin es, sino para conservar esa fatal unidad de dogmas, el imponer a un padre de familia protestante el odioso deber de adjurar en sus hijos la creencia de sus padres, como se intenta hoy en Valparaíso? ¿A qué fin, sino para conservar la fatal unidad de dogmas, se fomenta en Valparaíso la prostitución y el concubinato, negando a los extranjeros disidentes la facultad de casarse con mujeres católicas? ¿A qué fin, sino para conservar esa fatal unidad, se niega a la mitad de los habitantes de aquella ciudad, emporio de la riqueza nacional, el permiso de adorar a Dios conforme a sus conciencias y a la creencia de sus padres? ¿Conque halláis injusta la tiranía que sobre los católicos ejercen suecos, suizos, rusos, prusianos e ingleses, y no halláis injusto ejercer vosotros la misma tiranía sobre esos mismos ingleses, prusianos, rusos, suizos y suecos, cuando se presentan en vuestras costas a pediros el derecho de vivir conforme a los dictados de su conciencia? ¿Os quejáis de los actos de barbarie producidos por la fatal ambición de conservar la unidad de los dogmas protestantes, y declaráis hereje al que dice que tal ambición ha causado las mayores desgracias al género humano? ¡No! es preciso limitar la clasificación de heréticas a las doctrinas que ataquen el dogma y nada más; lo que de ahí sale, es vejatorio e injusto. Nosotros sostenemos que es ortodoxo y muy ortodoxo, creer que nadie tiene en la tierra derecho de estorbar que un hombre adore a Dios según su conciencia; y que en el interés de la nación está que este derecho sea reconocido y puesto en práctica en los lugares de la república en que haya quienes lo deseen. Y sosteniendo esto, no queremos consentir en ser tachados de herejes.

III

La *Revista Católica* ha consagrado sus columnas a la discusión suscitada por la crítica de la obra de Aimé Martin, de que hace días nos ocupamos; y haríamos muy poco honor a la sensatez de aquella publicación si no dedicásemos también nosotros nuestra pluma a la dilucidación de la verdad. Libres, por fortuna, de todo espíritu de facción, ella y nosotros nos hallamos con la razón bastante despejada de toda preocupación para esclarecer las cuestiones de grave trascendencia que envuelve el asunto que nos ocupa. La *Revista* halla de su parte la justicia de la más santa de las causas, y también nosotros abogamos por la más santa de las causas. Quiere ella conservar la incolumidad del dogma, libre de todo menoscabo, y queremos nosotros que se respete la libertad de la inteligencia humana para inquirir la verdad y examinar ella misma los hechos. Estamos, pues, ambos en nuestro derecho, y ambas causas son santas y grandes, porque del triunfo de alguna de ellas pende la ventura de la humanidad.

No comprendemos bien el concepto de la *Revista*, al decir que no hemos entrado en el fondo de la cuestión. Recomendaba ella que no se leyese la obra de Aimé Martin por contener pensamientos heréticos; recomendamos nosotros que se leyese, no obstante esas ligeras tachas, por contener pensamientos utilísimos para la mejora de las costumbres y para el progreso de la moral cristiana. Creemos, pues, que esto basta para mostrar que hemos entrado y muy de lleno, en la cuestión que se agita.

Con este antecedente, pregúntanos la *Revista* «si con semejantes lunares será útil la obra y se podrá recomendar su lectura, siendo, como no lo negaremos, la mayoría de los lectores poco o nada instruidos en la ciencia de la religión». Nosotros, a nuestro turno preguntaremos a la *Revista* otra

cosa. Conviniendo con nosotros en que sin esos lunares que se hallan en el libro 4.°, la obra es importantísima y digna de ser leída por todo el mundo, porque en lo demás no contiene sino pensamientos elevados y los más ardientes votos por la mejora de las costumbres; conviniendo con nosotros en que el pensamiento desenvuelto en la obra de Aimé Martin, es nuevo, y juzgado tan grande y útil, que le ha valido coronas académicas, y que todas las naciones se han apresurado a verterla en sus respectivos idiomas, a fin de enriquecerse con sus ideas; convenidos en todo esto, en que la *Revista* no dejará de convenir, porque su disentimiento sería poca cosa comparado con tan universal asentimiento; preguntamos nosotros, ¿qué se hará, pues, para aprovechar de las ideas de Aimé Martin, sin leer su obra? Y leyéndola, ¿qué se hará para no tropezar con los lunares que ella contiene?

He aquí, pues, la grave cuestión que para nosotros encerraba la prohibición de leer la obra de Aimé Martin, fulminada por la *Revista*. Esta es la cuestión social que tocamos, cuestión en que están interesadas la civilización, el progreso y la moralidad del país. Porque la *Revista* convendrá también con nosotros en que necesitamos instruirnos, y no teniendo ni entre nuestro clero, ni entre los laicos, pensadores que investiguen nuevas verdades, tenemos que apelar a los libros europeos, para embebernos en los pensamientos e ideas de esos grandes hombres que están hoy a la cabeza de la civilización, y cuyos libros tienen de vez en cuando uno que otro lunar. ¿Qué haremos, pues, para leer esos libros sin ver los lunares? ¿No leerlos? Pero eso no puede ser. Sería condenarnos al atraso, a la barbarie y a la ignorancia en que ese brutal sistema seguido por la España durante tres siglos, nos ha sumido, y de que aún no podemos salvarnos. ¿A qué otra cosa sino a esto, atribuye la Revista la caducidad, la pobreza, la ignorancia y la inmoralidad españolas, aquí y en Europa? ¿Por qué, sino por la prohibición de leer los libros útiles por temor

de encontrar lunares, se convirtió al fin la España y nos convirtió a nosotros también, en lunares vergonzosos entre las naciones civilizadas? ¿Qué se hará, pues, repetimos, para aprovechar de las ideas sanas de Aimé Martin, sin leer los lunares? ¿Expurgar el libro, truncarlo, pasarle la esponja de la censura por los pasajes reprobados? ¡Oh!, ya verá la *Revista* que vamos entrando en la cuestión, y que nos acercamos a la inquisición, a la censura previa, a poner en manos del gobierno, o del clero, o de quien quiera que se arrogue esta facultad, el mismo azote que ha afligido a la tierra durante tantos siglos de barbarie y de despotismo. Sería preciso, pues, que el millón de libros importantes que ha producido la literatura europea durante el pasado y el presente siglo, y los más que producirá en lo sucesivo, pasasen primero por el examen de los encargados de descubrir los lunares, en los que entrarían también cosas que no serían lunares, pero que no entenderían o no comprenderían esos inquisidores; y que el público estuviese aguardando que se les dijese: este libro puede leerse, este otro no, aquel tiene lunares que es preciso borrarle primero. Si tal facultad se concediese a hombre alguno en la tierra, ¡adiós para siempre libertad!, ¡adiós para siempre civilización! Y la sangre derramada durante cuatro siglos para poner en cada constitución: el pensamiento es libre, como Dios lo ha creado, se habría hecho estéril e improductiva.

Muy bien sabemos lo que la *Revista* puede decirnos del *Índice* y del expurgatorio y demás reglamentos eclesiásticos; pero también le diremos que esos reglamentos no están vigentes en país católico alguno en que la palabra libertad se puede pronunciar impunemente, porque son la negación de la libertad misma. En Roma es fácil conservarlos, por la misma razón que ahora dos siglos era fácil en España; porque en una y otra estaba el despotismo más absoluto al respaldo del *Índice*, para quemar vivo al hombre convencido de haber leído libros anatematizados. Pero la *Revista* está en Chile, y preciso es que

sea expresión de un país libre. La *Revista*, que tanto se complace en seguir la cuestión de la enseñanza en Francia, habrá notado quizá con asombro, que allá donde los lunares aparecen en todos los libros, el clero católico no pide al Estado que no se permita leer esos libros, y ya se guardaría de hacerlo, porque le iría su existencia en ello. La revolución de julio está fresca aún, para recordar a los que allí se olviden, que la libertad de imprenta no es un fantasma.

Convénzase, pues, la *Revista* de que su empeño en la cuestión que nos ocupa, no es tan católico como español. Sí, es preciso decirlo. Son las ideas que tres siglos de educación nos han legado a este respecto; y ya es tiempo de pensar en conformarse con las necesidades de la época y del país. ¡Que digo ya es tiempo! La *Revista Católica* misma ha dado ya relevantes pruebas del espíritu nuevo que la inspira, y de su respeto por la libertad del pensamiento.

Fresco está aún el suceso de la *Sociabilidad Chilena*. Un joven que creía pensar, pero que no tenía instrucción suficiente ni reflexión madura, publicó una mezcla indigesta de desatinos y de herejías. ¿Y qué hizo la *Revista*? Las combatió con la razón y la discusión, ni más ni menos que si se hubiese tratado de una cuestión de bancos. ¿Qué hizo el clero? Lo diremos en su honor; mientras que los tribunales civiles se abandonaron a una persecución irreflexiva, la iglesia no fulminó su excomunión sobre el delincuente que no quiso retractarse, porque el poder eclesiástico sintió que habría dado en ello un paso desacertado y contrario a las ideas y al espíritu de la época; de manera que solo el poder eclesiástico se mostró dignamente influyente y circunspecto; solo él no quiso ensuciarse las manos en arrojar lodo sobre la cabeza de un impertinente. Un siglo antes, la *Revista* de aquellos días habría pavoneado ufana una sentencia de excomunión contra el autor de la *Sociabilidad Chilena*, y quizá colgado entre los pabellones nacionales algún sambenito, y hecho otros desatinos más. Pero

la *Revista* misma ¿qué es, sino una prueba de que es preciso destruir el error por la discusión, y no prohibiendo que se lea? ¿Por qué no ha habido *Revista Católica* hasta el año 43? ¿Por qué no les vino a sus autores este pensamiento el año 30? ¿No había hasta entonces libros con lunares?

IV

Para mostrar la *Revista Católica* los inconvenientes de la lectura de la obra de Aimé Martin, dice *que la mayoría de los lectores son poco o nada instruidos en la ciencia de la religión*; y más adelante: el cultivo de las ciencias religiosas ha sido entre nosotros descuidado, y solo de *poco tiempo a esta parte* se ha pensado seriamente en llenar el vacío que a este respecto dejaban nuestros establecimientos literarios. Estas y otras observaciones del mismo género, probarían para nosotros dos cosas; primera, que la *Revista* comprende que para los hombres que tienen una instrucción radical en la religión, no puede pretenderse una tutela para leer tal o cual libro, y segunda, que admitida la ignorancia general en materias de religión, convendría estorbar la lectura de libros que contuviesen algunos conceptos contrarios, a fin de preservarlos del extravío.

Nos parecen muy fundadas estas observaciones y no pondremos un momento en duda la exactitud del hecho en que se fundan, a saber: *que la mayor parte de los lectores son poco o nada instruidos en materia de religión*. Lo que trataremos de averiguar para nuestro propósito, es de quién y de qué causa ha dependido esta ignorancia religiosa, y cuándo y porqué ha principiado ese tiempo en que se ha *pensado seriamente* en dar aquella instrucción en nuestros establecimientos literarios; de aquí sacaremos quizá una prueba de los efectos de la libertad

sobre la religión misma, un cargo contra las ideas exclusivas, y una prueba de los males de todo sistema de tutela para la inteligencia.

Cuando se dice que en el país no hay instrucción religiosa, es como si se dijera: los encargados por ministerio de instruir en las cosas de religión, han descuidado su deber. Vamos a mostrarlo.

Desde luego, no hacemos de esto un cargo a nuestro clero actual, ni al clero chileno, ni al americano, sino al clero de los países en que el catolicismo, para mantenerse libre de ataques, se ha apoyado en leyes represivas; donde la intolerancia ha sido y es un dogma, esto es, en España e Italia. Sin duda que no es necesario tener preocupaciones contra nadie para comprender este hecho. El clero mismo no puede ocultárselo: *la mayoría de los lectores chilenos son poco o nada instruidos en materia de religión*. Generalizando esta observación, nosotros estableceremos como un hecho indisputable que en todos los países católicos donde no hay tolerancia religiosa o garantías para la emisión del pensamiento, el pueblo adolece de una ignorancia profunda en materia de religión; y por consecuencia este otro, no menos cierto: que en todos los países donde hay tolerancia, el pueblo católico es muy instruido en materias religiosas. Diremos más todavía, en los países y en los tiempos en que ha reinado la intolerancia, el clero católico ha descuidado sus deberes de docente; se ha desmoralizado, degradado y hecho ignorante; mientras que donde quiera que ha habido tolerancia para las otras creencias, como también para la libre emisión del pensamiento, el clero ha desplegado una grande actividad doctrinaria, los fieles han aprendido a ser católicos, y la moral pública y privada han ganado con ello.

Creemos que la *Revista* no nos negará la cordura y exactitud de lo que asentamos. Compárese, sino, el clero de Francia antes del 89, aquellos abates que tan feo nombre han dejado en la historia, con el actual clero francés; compárese el

papado de los tiempos de Alejandro Borgia y León X, con el papado de nuestros días. ¡Cuánto no ha ganado la moral cristiana y el verdadero catolicismo!

Nace esto de que el despotismo es letárgico; y al mismo tiempo que ahoga las doctrinas que lo combaten, mata las que se promete defender. La España no ha producido, es verdad, ningún libro que encierre proposiciones heréticas; pero a causa de no haberse dejado producir estos libros, no solo no produjo uno que sirviese para adelantar las ciencias, sino que, lo que parece más inconcebible, aún no produjo ninguno que sirviera para apoyar esa religión que se quería conservar intacta, que inculcase su verdad en el ánimo de los creyentes. Ni un librito solo hay en castellano al alcance del pueblo que trate de la religión. Nuestro antiguo sacerdocio jamás se ocupó de radicar la fe por la convicción y el conocimiento de los hechos que tienen relación con la religión. Otras veces hemos hecho notar que aun los *catecismos* no han sido escritos por autores españoles.

El *Catecismo de Caprara*, el de *Astete*, el de *Passi*, *Fundamentos de la fe*, *Las horas serias de un joven*, *La conciencia de un niño*, *La Vida de Jesucristo*, *La Historia sagrada* por Fleury, en una palabra, todos los libritos religiosos que circulan en Chile, ni circulaban diez años atrás, ni han sido escritos por el clero católico de España, ni todos traducidos a nuestra lengua por sacerdotes. Si Dios llamase un día a cuentas al clero católico exclusivo, ¡cuántos cargos tendría que hacerle! ¿Qué habéis hecho —le diría—, para la instrucción de ese pueblo católico que os he confiado? ¿Por qué lo habéis mantenido en la más profunda ignorancia de las verdades religiosas? ¿No os armasteis de hogueras para extinguir la herejía, no habéis tenido el poder en vuestras manos, no habéis reinado exclusivamente? ¿Por qué a la vuelta de tres siglos contestasteis *que la mayoría de los fieles es poco o nada instruida en materias de religión*? ¿Por qué no los habéis

instruido, pues, como era vuestro deber?

El clero mismo no sabría qué contestar a estos cargos, cuya respuesta es muy sencilla. ¿Qué necesidad hay, pues, de instruir en las verdades religiosas a un pueblo, cuando nadie tiene la libertad de contradecirlas? En lugar de escribir una apología, un tratado científico, ¿no es mejor manejar un látigo, o levantar un cadalso, o fulminar una excomunión? Esto es, al menos, lo que antes hizo el sacerdocio, y al actual corresponde reparar tanta falta. Enseñe, pues, instruya; pero no quiera que no se lea mientras tanto, porque la propagación de los buenos libros es tan necesaria para la mejora moral y física del pueblo, como los libros de religión.

Así lo vemos de *poco* tiempo a esta parte ocuparse ya en la difusión de las ideas religiosas en los establecimientos literarios. Ha despertado de su letargo, y ha visto que es necesario algo más para ser católicos, que el haber nacido en un país católico; es preciso saber lo que la palabra importa, las doctrinas que envuelve. Todo esto es santo y bueno; pero no lo es la prohibición de leer y de instruirse, porque esto es contra la libertad humana. Se acabó la tutela, y si es malo que los pueblos ignorantes no tengan tutores que los salven de extraviarse en los tortuosos senderos del error, es peor mil veces aun cerrarles, a causa de la tutela, el medio único de no necesitarla, que es ilustrarse. La historia está ahí para probarlo. La España era en el siglo XV la nación más poderosa, más culta y más adelantada de la Europa; pero merced a la censura eclesiástica, a la prohibición de leer, y por tanto, de escribir, la España debe el haberse hecho hasta nuestros días la nación más ignorante, más pobre y atrasada de Europa. Y no solo perdió todo género de instrucción, sino que después de tres siglos de exclusivismo, tutela y opresión en favor de la unidad del dogma, el clero chileno por medio de su órgano, la *Revista*, al hacerse cargo de la obra que le ha legado aquel terrible clero armado de mordazas, hogueras y patíbulos, el

virtuoso clero chileno ha tenido que reconocer que la mayoría de los católicos están *poco o nada* instruidos en la ciencia de la religión; que no se les ha enseñado la religión que profesan; que el cultivo de las ciencias religiosas ha sido entre nosotros descuidado, y que solo de *poco tiemp*o a esta parte se ha pensado en llenar este vacío.

¿Cómo pues, de poco tiempo a esta parte es más católico Chile? ¿Y antes de ahora, por qué no pensaron ni ese gobierno muy católico en instruir a los fieles, ni el sacerdocio católico en proporcionar los medios? Dormíais todos a la sombra letárgica de las leyes represivas; dormíais porque habíais muerto la inteligencia.

Nos resta mostrar las falsas y extraviadas aplicaciones que pueden hacerse de las palabras de Tertuliano, como de otras muchas análogas. «El que busca la verdad, o ya la tiene o la ha perdido. El que busca la fe, o no es cristiano o en el hecho mismo deja de serlo. Busquemos, pues la verdad; pero en la iglesia y no en los herejes; según las reglas de la fe, y no contra lo que ella nos prescribe». Si se habla de la verdad en materias de dogma, claro está que ha de buscarse en las decisiones de la iglesia. Pero en el caso presente de la lectura de un libro escrito para averiguar otro género de verdades, la verdad se ha de buscar en los libros que se ocupan de inquirirla; y lejos de ser un argumento en contra de nuestra proposición el de Tertuliano, sería por el contrario, una nueva confirmación de lo que decimos. Si en un libro como el de Aimé Martin encontrásemos un pensamiento contrario al dogma recibido, diríamos que eso no merecía fe, por cuanto no era emanado de la iglesia o del consentimiento universal de los católicos. De otro modo, la idea de Tertuliano podría traducirse por esta otra de Omar, cuando mandó quemar la famosa librería de Alejandría: «si en estos libros hay algo contrario al Coran, deben ser quemados por perniciosos; si contienen lo mismo, deben ser también quemados por inútiles». Una y otra cosa

valen lo mismo, y ambas han producido los males más espantosos para la humanidad.

Hay, además, un error de principio y un sofisma en Tertuliano, si se le saca de su objeto, que es las verdades dogmáticas. El que busca la verdad, o no la tiene, dice, o la ha perdido. Este dilema puede tener lugar en cuestiones religiosas, pero no en las que trata Aimé Martin. El que busca la verdad, ni la tiene ni la ha perdido; la busca porque aún no ha sido hallada; y a esta convicción de que es preciso hallar la verdad, debemos los asombrosos progresos de la época; y para hallar la verdad, debemos estudiar los libros de aquellos que van explorando todos los caminos para encontrarla.

¿Qué luces, sino, puede suministrarnos la iglesia sobre economía, derecho, ciencias naturales, política, mecánica y aun filosofía? ¿A qué, pues, viene la cita de Tertuliano? ¿Preguntará, por ventura, la *Revista Católica*, si nuestro padres debieron o no consultar los libros de Reynal, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Mably y los escritores ingleses, para hacer su revolución política? Dirémosle entonces que sí. Nos preguntará si hemos de ir a leer, para instruirnos en historia, los libros de los protestantes Michelet, Guizot, Niebuhr, Herder? Dirémosle que sí, al menos hasta que la iglesia cuente entre sus escritores maestros en historia tan profundos como aquellos. Esto mismo podemos aplicar a todos los ramos de las ciencias sociales, naturales y exactas que tienen sus maestros y sus grandes hombres en todas las creencias. No es razón, pues, el haber en sus escritos uno que otro lunar que desdiga de la nuestra, para que nos condenemos a ignorarlo todo. No recordamos si la *Revista* nos ha citado a De Maistre en uno de sus números; pero he aquí cómo un escritor muy ortodoxo, no ha dejado por eso de ser también el defensor declarado del despotismo de los monarcas, de la nobleza y demás vicios del antiguo orden de cosas.

Creemos haber satisfecho en cuanto a la cita de Tertuliano,

aunque en su tiempo se recomendase «como ahora la lectura de los libros de los herejes». Para sentir toda la disparidad del caso, bastaría saber que Aimé Martin ni es heresiarca, ni ha sido declarado hereje; y a serlo él por las palabras que de su obra ha citado la *Revista*, habría que declarar igualmente a unos diez mil escritores más, no obstante que no se han ocupado directamente de asunto de religión.

Creemos, pues, que lo que ha de aconsejarse en esta materia, tiene ya un buen antecedente en la *Revista Católica*, a saber: precaver a los lectores del error, señalándoselo, como lo hizo aquella publicación, sin que para eso sea necesario abstenerse de leer, pues esto no haría sino estorbar que los escritos más útiles y recomendables en una ciencia, diesen sus frutos para los adelantos de los pueblos; y por lo que hace a la mayoría sin instrucción religiosa, el clero y el gobierno deben afanarse en difundirla cuanto antes, publicando libros de instrucción religiosa. Este movimiento, por felicidad, principia ya, y *Las horas serias de un joven*, *La conciencia de un niño*, *La vida de Jesucristo*, popularizadas en Chile, prueban que no solo el clero, sino los laicos se ocupan también de llenar este vacío de la educación popular.

V

La *Revista Católica* en su último número ha hecho un alcance en réplica a nuestras pasadas observaciones sobre el descuido que en los países católicos exclusivos ha habido de difundir luces e instrucción sólida sobre los dogmas, la historia, la liturgia, el rito y las prácticas religiosas. Nosotros no insistiremos más en lo que hemos dicho; creíamos no manifestar en lo que sobre esto dijimos, una opinión, sino simplemente revelar un hecho histórico que ha dejado pruebas

incontestables que no dejan lugar a interpretaciones ni dudas. Tomando la masa de libros de religión que poseen los países católicos de Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra, etc., esto es, libros populares, libros para la enseñanza de todos, y comparándolos con la masa de los que del mismo género hay en Italia y España, resulta que están en proporción de ciento a uno, de donde se ha deducido como un hecho, que en los países católicos exclusivos, se ha descuidado la enseñanza religiosa. La *Revista Católica* dice lo contrario; ella sabrá lo que dice y por qué lo dice. Deseáramos, sin embargo, que nos mostrase la librería religiosa que ha poseído el castellano hasta antes del siglo presente; para mostrarle el catálogo de las de los otros pueblos tolerantes, y así, nos entenderíamos, ahorrándonos razonamientos que no alcanzan a persuadir sino a los que no quieren desistir de sus opiniones interesadas.

Pero sea de ello lo que quiera, y dejando la teoría a un lado, podemos descender a la práctica. La *Revista* ha ocupado muchos números en examinar la obra de Aimé Martin y sublevar contra su difusión todo género de obstáculos. No se lo vituperamos, pues que, procediendo así, llenaba simplemente uno de los objetos de aquella publicación. Nosotros la recomendamos por otros motivos, y creyendo en ello llenar un deber para con la sociedad, para con la civilización y la moral. La *Revida Católica* ha señalado, pues, los libros que no deben leerse por contener pasajes que contrarían el dogma. Era de esperar que aprovechase la primera coyuntura que se le ofreciera para recomendar la lectura de los libros que nuestra prensa publicase, y que por su contenido fuesen dignos de ser leídos por las gentes a quienes se desea preservar del contagio de ideas heterodoxas. Esta ocasión se ha presentado, y la *Revista* ha descuidado aprovecharla. Cuando se hizo la primera edición de la *Conciencia de un niño*, la *Revista* debió recibir un ejemplar que la imprenta editora le envió, y no creyó oportuno recomendar este librito de educación popular religiosa, que el

castellano no poseía hasta hoy. Cuando se hizo la segunda edición, tuvo nuevamente un ejemplar, y guardó el mismo silencio. Cuando se publicó la *Vida de Jesucristo* por esta imprenta, la *Revista Católica* recibió un ejemplar, y parecía que este libro importado al castellano para llenar un vacío de nuestra educación religiosa, que traía la recomendación de la universidad y que el gobierno adoptaba para sus escuelas, debiera haber atraído la atención de la *Revista*, y levantado su influyente voz para recomendar su lectura a los mismos a quienes se aconsejaba no leer a Aimé Martin. Pero la *Revista Católica* no ha creído digno de sus ilustradas páginas el examen, anuncio y recomendación de los libros religiosos que ese mismo espíritu de civilización que combate, introduce en el país, al mismo tiempo que las obras de Aimé Martin, los *Misterios de Paris*, etc. ¿Por qué ha guardado la *Revista* este obstinado silencio sobre libros que no solo son intachables en materia de religión, sino que suplen una falta lamentable, que le prestan un servicio eminente? ¿No hay en esto algo del sistema español, del sistema exclusivo de que hablamos, que consiste en prohibir, pero no recomendar; en destruir sin edificar; en cerrar puertas sin abrir ninguna? ¿Por qué *La Conciencia de un niño*, *La Vida de Jesucristo* no han hallado amparo en la *Revista Católica*, al mismo tiempo que ha consagrado tantos artículos a perseguir a Aimé Martin, por haber dicho dos palabras insignificantes contra ese mismo espíritu de exclusión y de intolerancia? Después de esto ¿dirá la *Revista* que los países católicos exclusivos abundan tanto en medios de enseñanza religiosa, como los que no tienen aquel último dictado? Pero es fácil engañarse y engañar en materias que nuestros propios deseos nos hacen mirar con ojo de antemano preocupado. Pero la historia no se destruye, ni se enseñan obras ni monumentos en donde solo hay un desierto. Nosotros hemos dicho que todos o la mayor o más interesante parte de los poquísimos libros religiosos que poseemos, no son

españoles ni italianos, puesto que la España y la Italia son los dos países católicos exclusivos que quedan en el mundo, y en donde el sacerdocio ha dominado durante una larga serie de siglos sin contradicción, pues que ha tenido siempre en sus manos los medios de reprimir todo síntoma de desviación de los dogmas. Si hemos errado, muéstrenos la *Revista* esos libros populares que están en manos de todos y que nosotros no conocemos. Si estos libros no existen, es claro que para los que no tengan en los ojos la telaraña de la preocupación y del interés, que en España y en Italia no se han afanado mucho en difundir libros religiosos, con todas las otras consecuencias que se deducen de estos antecedentes. ¿Dirá la *Revista* que si no han escrito libros era porque el pueblo no sabía leer? Pero eso puede convertirse todavía en otro cargo contra los *exclusivistas*, pues es hoy averiguado que la educación primaria no se ha desenvuelto y propagado en los países católicos exclusivos, sino precisamente en los que no lo son. En Norte-América, en Inglaterra, Prusia y Holanda. El hecho es grave y notorio, para despreciarlo. La instrucción primaria en Norte-América se ha difundido desde ahora tres siglos, por fines y espíritu puramente religiosos. Los plantadores, al establecer sus primeras colonias, decían que a fin de que Satanás no tentase a sus hijos valiéndose de la ignorancia, fundaban escuelas públicas para su instrucción, y aún hasta hoy, los libros que contienen las bibliotecas provinciales son en su mayor parte compuestos de libros religiosos. ¿Habíase dicho otro tanto en los países católicos exclusivos? Puede ser que la Revista halle muchas pruebas para decir que sí; pero muy pocas ha de hallar para mostrar las escuelas que no existen, las librerías populares que no hay, y los libros religiosos que nadie ha escrito. En cambio de esto, hallará profunda ignorancia en las masas, ignorancia que no achacaremos al exclusivismo, pero que es bien singular que ande con él, como la muerte detrás de la guerra donde quiera que se presenta. Y no hay que

decir que él no está obligado a civilizar a los pueblos, pues es constante que ha reinado sobre pueblos antes muy cultos, como la España y la Italia, y que han dejado de serlo desde que el exclusivismo se estableció; sucediendo lo contrario en los otros países, pues la Inglaterra, Norte-América, la Prusia, etc. eran países medio bárbaros hasta ahora tres siglos.

No insistiremos, pues, en esta cuestión, seguros de que el exclusivismo no dejará de hallar sus razones con que revestirse, aunque le falten ahora calabozos, tormentos y hogueras para mantenerse sin rival. ¡Es mucha pérdida la que ha hecho!

Los misterios
de la calle de San Francisco
(*Progreso* de 8 de enero de 1845)

I

Atraídos por la pavorosa luz que el *Siglo* ha arrojado sobre los *Misterios de Santiago*, nos dirigimos un grupo de amigos hacia la calle de San Francisco, y de allí, entrando en callejuelas para nosotros no muy frecuentadas, llegamos al teatro, o según nuestro guía el *Siglo*, al antro donde tenían lugar los misterios anatematizados por Villemain, ante cuyo irrecusable tribunal cita y emplaza al intendente de la provincia para que comparezca y responda a los cargos que nos harán las naciones extranjeras que nos observan. Recuérdame este cuidado del *Siglo* con las naciones que nos observan, aquellas palabras sublimes de Napoleón: de lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan; y se dice que los soldados de la república se batieron como unos héroes, para mostrar a los cuarenta siglos mirones todo lo que era un soldado de la república francesa. Para justificar las apreciaciones del *Siglo*, vimos allí grande turba de franceses, españoles y algunos ingleses y alemanes, que como nosotros, esperaban que el estrellado telón se levantase. Nos parecieron todos, sin embargo, extranjeros pacíficos, comerciantes y

artesanos, y casi pudiera responder de que ninguno llevará el soplo a las naciones que nos observan, salvo Mr. Baltazar, que andaba rondando por entre lunetas y sillas, y por lo *affairé*, nos pareció un agente viajero de la *Revista de Ambos Mundos*, que anduviese a caza de costumbres originales, usos americanos y toda otra novedad característica, para amenizar las columnas de aquella célebre publicación. Pero si Mr. Baltazar no es agente secreto ni otra cosa, debe tener por lo menos, alguna cualidad muy notable, si en todo caso es cierto el sistema de Gall.

Nosotros poco cuidadosos por nuestra parte de lo que dirían las naciones extranjeras, nos procuramos asientos, gracias a la oficiosidad de uno de los concurrentes, y sentados bajo el estrellado dosel de un cielo sereno, y bajo la influencia del cometa, que nos observaba, empezamos a hacer nuestras observaciones y comentarios con la depravada intención de escribir quizá de folletín todo lo que de curioso nos suministrara el espectáculo. Gozábamos de aquella satisfacción que debe proporcionar a los viajeros europeos el sentimiento de su superioridad, al examinar las ideas, costumbres y usos de algún pueblo asiático o americano, que para ellos tanto vale; y preocupados con la palabra misterios, se nos antojaba creer que éramos unos Rodolfos sentados en la mesa libre de la *ogresa* de la ciudad. Pero si no es un mozo improvisado, de roto que era antes de entrar en su nuevo oficio, con una cabeza desmelenada, y crines erizadas y despavoridas, que a cada momento nos perturbaba con su grito *¡que los quemo!… ¡quién dice yo por él!… ¡aquí va el mozo!… ¡quemando van los helaos!* si no es este mozo, nada había allí que justificase la idea de andarnos codeando con salteadores y forajidos. Muy lejos de eso, en una concurrencia de más de quinientas almas, en que el poncho y el fraque se andaban rozando, vimos no sin mucha complacencia, reinar el mayor orden, y entre los *dandys* del lugar, compadritos y artesanos, notábamos un conato asiduo

por mostrarse a cual más civil y complaciente. *Permítame, niña, el pasar*, decía el uno; *con su permiso*, decía otro, y le arreaba las piernas a una dama. Si alguna vez la voz estentórea de un centinela largó el fatídico *¡cabo de guardia!* fue, con vergüenza nuestra, para contener las demasías de alguno de fraque que, creyéndose de la raza de los dioses, olvidaba que las guardias cuidan el orden lo mismo en el olimpo que en la tierra, en el teatro de Santiago o en el de sainetes de aficionados.

Un profano no ha de asistir a *misterios* sin un gran sacerdote que lo inicie en las ceremonias simbólicas que va a presenciar. La fortuna nos deparó un *cicerone*, que tuvo la complacencia de responder a todas nuestras preguntas, aun a las impertinentes. La iniciación principió por el cartel que en parte impreso y en parte manuscrito, dice así:

SAINETE DE AFICIONADOS

En la calle de San Francisco, de las Delicias una cuadra hacia el sur, casa de don Angel Rojas.

Para el día cinco del corriente se convida a tan respetable público con las funciones siguientes:

1.ª La embajada.

2.ª La desesperación de Herodes.

3.ª La inocencia de Jusepe.

4.ª El nuevo Alcalde.

Se dará fin con el divertido y chistoso entremés:

DEL DESEO

La casa será adornada del mejor modo posible, guardándose el orden, &.

En cuanto al orden, podemos decir que llenaron

cumplidamente su promesa, que por lo que hace a adornos, sin duda que habían hecho todo lo posible para lisonjear a tan respetable público; locución que, lo diremos de paso, es plagiada de los carteles del teatro, que no aventajan siempre en pureza de estilo al que precede. Como nuestra caravana pretendía conocerse en materia de drama, nos extasiábamos mirando cómo ha penetrado el romanticismo hasta una callejuela de San Francisco al sur. *El Misterio*, decía uno, está dividido en cuatro cuadros. *La Embajada* alude o representa la llegada de los reyes magos a la corte del Tetrarca. El segundo cuadro pintará *La desesperación de Herodes* al saber que los magos se habían regresado a su país sin darle noticia del niño que excitaba su celo. El tercero… aquí empezó a flaquear nuestro instinto para la inducción; será San José decía uno, inocente de todo pecado; será el historiador judío Josefo, acusado ante el Tetrarca de alguna conspiración. Pero eso es un anacronismo, respondía otro. Pero, ¿qué saben estos de anacronismo? replicaba el más sesudo; sobre todo, el *Siglo* y Mr. Villemain han dicho que en este género de literatura, los anacronismos monstruosos y las parodias involuntarias son parte obligada, licencias poéticas. No pudiendo desatar el nudo, pasamos adelante, como lo hacemos en todas las cosas, y como lo hacen los redactores de diarios, que cuando no tienen qué replicar, dejan la cuestión a un lado y se prenden cual sanguijuelas, en una frase mal sonante, como *arrear de malilla*, *balas de lana &*. El cuadro cuarto, *El nuevo Alcalde*… Y bien, decía uno, ¡qué tiene eso! ¿Habrían alcaldes en aquel tiempo? ¡En dónde no hay alcaldes! ¡Mudaría Herodes los alcaldes, para estar más seguro del resultado de sus pesquisas! ¿No se hace lo mismo hasta el día de hoy en todas partes? Nos pareció cumplida e inatacable esta solución, y nadie se atrevió a ponerle óbice.

Mientras tanto, la representación no principiaba. Nuevos espectadores ocupaban los vacíos, y toda una cordillera de

helaos descendía sobre los espectadores con el grito del mozo: *¡Ya me voy! ¡Quién pidió helaos! ¡Orchata arrimaan a nieve! ¡Que me quemo los eos!*

Era, pues, preciso aguardar, y nuestras miradas ya se fijaban en el telón de boca con las armas nacionales escoltadas por cañones y pilas sin fondo de balas, ya observábamos a nuestro turno el cometa, que irá con el soplo por toda la redondez de la tierra; ya en fin, nos fijábamos en un cordel que tenía un extremo en la parte superior del proscenio e iba a rematar a una distancia de ochenta pasos a lo alto de la lanza de una bandera donde había un farol. Interrogado nuestro cicerone, no supo explicar el misterio del cordel; y nosotros, no obstante nuestras pretensiones literarias, de haber leído a Villemain, al *Siglo* y a Bretón de los Herreros, no supimos dar razón racional del fenómeno. Yo, que no me satisfago con medias razones ni con la autoridad de Shakespeare ni Villemain, me he llevado hasta hoy *mascando* con lo del cordel y el farol, hasta que una ráfaga de luz ha pasado por mi espíritu y descifrado el enigma. ¿No ha adivinado el lector? Ahora recuerdo que el farol era de picos como una estrella, símbolo de la que precedió a los magos, y el cordel es una imitación en grande del hilito o alambre con que suelen suspenderla en los nacimientos. Si esta explicación no es satisfactoria, reniego mis títulos de literato y abandono al *Siglo* la tarea de explicar todos los misterios, nacionales o extranjeros.

De la estrella y del cordel nuestras miradas descendieron a otra cosa más terrena, y era una división de la platea en dos mediante una serie de palos y una reja que corría desde la mitad del proscenio hasta la puerta de entrada. El efecto no era artístico sin duda, ni hallábamos antecedentes ni tradiciones que autorizaran esta singular división, ni en el teatro griego, ni en el circo romano, ni en ninguna literatura antigua ni moderna, ni en Villemain, ni en Bretón. Hubimos, pues, de

recurrir a nuestro cicerone, a nuestro práctico *leman*, que nos sacó del atolladero diciéndonos que aquella división era para separar la *gente rota* de la *gente decente*. Maravillados de tanta previsión, echamos miradas inquietas en derredor de nosotros, y no sin satisfacción notamos, y eso que nuestro guía nos lo dijo, que nosotros estábamos también entre la gente decente. Mas, lo que hasta entonces no habíamos notado y que era de una significación simbólica superior a toda ciencia, era que el tapicero del teatro o el pintor de decoraciones había colocado en la parte superior del proscenio una cenefa colorada, correspondiendo a la sección rotuna, y una blanca a la decente. Ya se imaginan los comentarios que esta caracterización tan expresiva de los partidos que ellas representaban nos sugería. Salió allí lo de las rosas blanca y colorada de Inglaterra, los pabellones colorados de todos los pueblos berberiscos y asiáticos; la predilección de los indios y negros por todo lo que es colorado, el predominio de este color en el traje de los pueblos semibárbaros, la proscripción que de él ha hecho el mundo civilizado, que viste de colores oscuros; últimamente, la sagacidad de Rosas en hacer llevar su retrato en una cinta colorada y hacer del *colorado*, plebeyo y bárbaro, el signo de su partido. El decorador del teatro sabía más de historia que Bretón, puesto que no puso cenefas coloradas al lado de los *decentes*, y el cándido blanco al lado de los rotos. Todo lo contrario; un teatro con una cenefa mitad blanca y mitad colorada, está diciendo a gritos: «Aquí los *rotos*, colorado; allá los *decentes*, blanco», y no blanco por lo cándido, sino porque no tienen fisonomía propia, ni cualidad buena o mala que los distinga de los demás hombres, salvo las formas.

El tiempo había corrido en el ínterin, y las luces que iluminaban el proscenio indicaban que el momento de la representación se acercaba. Vimos, en efecto, por una rendija del telón moverse y estirarse un manojillo de cuerdas y a Herodes que botaba el cigarro, indicios ciertos de que la

tripulación se aprestaba a la maniobra. En efecto, un silbo más agudo que el del contramaestre de un navío de tres puentes, se hizo oír, y cuando hubo terminado, y no antes, empezó a levantarse pausada y peristálticamente el telón, dejando ver las decoraciones muy cuitadas y muy desligadas del asunto, y que no describiremos, porque tales pequeñeces no merecen la pena de atraer nuestra crítica sapiente. En lugar de Herodes presentose un personaje de fraque, banda terciada y sombrero apuntado, y principió una arenga, loa o lo que se quiera, por estos versos:

¡Atención, atención!
¡Silencio, silencio!

Y ya íbamos a declarar que todo ello sería por este estilo, cuando los siguientes versos nos llamaron la atención, por lo cadencioso de sus octavas, el buen sentido que reinaba en ellos, y el asunto místico de que se ocupaban. Con no poca satisfacción observamos que el *Embajador* recitaba el verso octosílabo con más inteligencia que la Miranda y Jiménez, y que la declamación hubiera sido pasable, si cierto tono de novena, quizá recomendado por el asunto, y más calor que lo que él reclamaba, no la hubiesen adulterado un tanto y descompuesto. Se anunciaba la venida del Mesías, el próximo nacimiento de Jesús, el beneficio que de ello iban a sacar los hombres; hablose de David y Absalón, y todo era de un gusto no despreciable, terminándose la alocución con un cumplimiento en que el expositor pedía cortésmente le perdonasen

Las torpezas de su lengua.

Con lo cual cayó el telón, y el silencio comedido que había reinado durante el discurso, se cambió en una algazara de comentarios, en que nosotros no fuimos los últimos en tomar

parte. Es de advertir que si durante la representación se oyeron algunas voces y risotadas, salían estas del lado *decente*, de entre ciertos grupillos de hombres *adecentados* con el fraque, y que con sus risas querían probar que eran muy decentes, afeándolo todo, y repitiendo algunos deslices de lengua del actor, en que se le escapaba *enviao*, *estrumento*, *Ausalon* y otros. Por lo demás, en ambas secciones de pueblo, que la verdad sea dicha, no pudimos hallarles otra línea de separación que la reja interpuesta, reinaba tanta compostura, como en la ópera, y si alguna vez había risas, un grito de ¡silencio! de nuestra parte dado sin más autoridad que el sentimiento de la decencia que abrigaban todos los concurrentes y ante el cual apelábamos, bastaba para restablecer el orden, y ahogar una que otra risa indiscreta de niños o de adecentados.

Todas las observaciones que hemos hecho preceder, y aun la *Embajada*, son solo el preámbulo de la pieza principal, pues, en despecho de nuestra científica división, en cuadros, el de la *Embajada* es una pieza desligada del acto que sigue, en que en efecto figura Herodes con algunos personajes de su corte. Como los anacronismos y absurdos son permitidos en este género de piezas, el rey Herodes llevaba turbante y media luna, lo que indicaría que en tiempo de Jesús el islamismo había ya tomado sus emblemas, o bien que tanto vale moro como judío; lo cual concilia todas estas pretendidas diferencias de tiempos y lugares.

El asunto del acto era realmente la desesperación de Herodes, desesperación expresada por el actor con bastante naturalidad, salvo algunos excesos de cólera no siempre en relación con el recitado. Lamentábase Herodes de la introducción de extranjeros en su reino; desconfiaba de sus vasallos que lo traicionaban, y por momentos amenazaba cortar la cabeza a todos los que le rodeaban; los cuales, como verdaderos orientales, se disputaban el honor de ser

traspasados por la espada del tetrarca, salvo echar sus maldiciones al déspota cuando volvía la espalda, y ansiar por la aparición del nuevo Rey de los Judíos. El acto concluyó en medio de los merecidos aplausos de la muy ilustrada platea, y aun nosotros mismos no pudimos precavernos de expresar nuestra satisfacción al ver la representación tolerable, ejecutada por hombres de quienes no había razón para prometerse mucho. La composición era, como el asunto de la *Embajada*, en verso octosílabo, y aunque muy desnuda de acción, parecía un buen antecedente para el que ya debíamos reputar segundo cuadro, habiéndonos salido fallido nuestro primer arreglo. Repetiremos para hacer lugar al segundo acto, que la circunspección y compostura de los espectadores no se desmintió esta vez, sin que hallásemos diferencia entre la platea de la ópera y la platea más modesta del sainete popular.

II

El telón se levantó por tercera vez para mostrarnos la inocencia de *Jusepe*. Era Jusepe un campesino zopenco y malicioso, asustado por el ruido de las *estriberas* de unos que andaban por ahí; que incitaba a huir a su mujer, que ensartaba desatinos y hacía reír con chocarrerías estúpidas y groseras a más no poder; tipo tomado del payaso de los maromeros, con sus chistes de roto, hablando del cigarro y la chicha. Creación miserable, en fin, del mismo actor, y remiendo innoble sobrepuesto en el viejo, pero decente y limpio paño de la *Desesperación de Herodes*. Nuestra sorpresa y descontento habían llegado a su colmo. Los dos actos anteriores eran para nosotros un espectáculo nuevo; y salvo el asunto, todo lo demás, verso, declamación, trama, pertenecía a la comedia. Pero la inocencia de *Jusepe* era asunto de payasería, escena de bodegón y caracteres copiados de lo más torpe que en

costumbres e ideas pueden presentar las clases ínfimas de la sociedad; sin que bastase a reconciliarnos con este torpe acto, una segunda escena en que aparecen algunos agentes de Herodes, que amarran a *Jusepe* sin saberse muy bien porqué, y lo dejan al fin por iguales razones en libertad, lo que motivaría el título de *La inocencia de Jusepe*.

De la circunstancia de hablar en verso octosílabo estos últimos personajes, y decir algo que no fuese torpezas y barbaridades, inferimos que toda la escena anterior era una pobre intercalación, obra de la empresa, para fraguarse una representación.

Suponemos que la *Desesperación de Herodes* es más bien que un acto, una escena de algún drama, cuyo asunto es la adoración de los *Magos*; y que la empresa, deseosa de aprovechar la noche del domingo, la ha separado del cuerpo de la obra; ha hecho un acto separado, llenando lo demás de la función con entremeses miserables, sin que el genio inventivo del dramaturgo del lugar se parase en hacer un final de la *Desesperación de Herodes* con la farsa que en vano hemos intentado describir.

Quedábanos el *Nuevo Alcalde*, y desencantados con *Jusepe*, habíamos dejado de creer en la unidad del drama y en los varios cuadros en que habíamos tenido la pretensión de dividirlo. El *Alcalde* era otra invención casera, sin plan fijo, sin testo, y confiado su éxito al saber hacer, buena maña y gracia conocida de los actores. Podíamos decir que el drama se precipitaba, porque estábamos condenados a caer de desengaño en desengaño, y a ver descender la representación a lo más soez de la sociedad presente.

Con todo, no carecía de interés estudiar la concepción original del plebeyo para forjarse un drama, el asunto que escoge y las gracias con que se propone salpicarlo a fin de hacerlo grato a sus espectadores. Había algo de español en la

composición, que nos hizo acordarnos de cuando en cuando de las concepciones originales de Bretón de los Herreros. Un *Alcalde* de lugar, un compadre que pone una demanda, un asistente o ministril de justicia que en todo se entromete, y un roto borracho, asunto de la demanda, he aquí los personajes que entraban en escena. El borracho era un mulato alzado, lo que olía a reminiscencias o tradiciones del tiempo de las colonias, y lo que muestra que este entremés o sainete es una antigua pieza popular. La trama era más insulsa y fastidiosa todavía que el asunto. El *Alcalde* manda cerrar las puertas, y llama el compadre; este se va y manda de nuevo cerrar todas las puertas, que es preciso abrir al llamado del borracho; se va el borracho y manda el *Alcalde* cerrar las puertas que es preciso abrir de nuevo para que entre el borracho con cuchillo en mano; lo intimida al juez, lo roba, lo ultraja, y lo reviste de sus andrajos en cambio de la capa y el sombrero apuntado de que lo despoja. Manda en seguida el *Alcalde* cerrar las puertas y llama el compadre. Todas estas escenas saturadas de diablura de arlequín, de torpezas, entrometimientos, desatenciones con *quid pro quo* de torpe calaña, habrían bastado a sublevar otra platea que la que las presenciaba, la cual reía con aquel grueso reír que solo un autor español tiene el don de provocar.

No bien hubo caído el telón y antes que se aprestasen para *El Deseo*, función final anunciada en el cartel, abandonamos nuestras lunetas, temerosos de sufrir nuevos disgustos y decepciones.

Recapacitando después y recorriendo todo lo que habíamos visto y presenciado, hemos juzgado, salvo el mejor parecer del *Siglo*, que la intendencia debía entrometerse en estos asuntos, no para prohibir la representación de la adoración de los reyes magos, ni de los misterios, por solo haber dicho Villemain que contenían anacronismos, sino para aprovechar de esta circunstancia y favorecer las representaciones teatrales para el pueblo. Lo que hemos presenciado en la representación de los

Misterios, deja traslucir bien a las claras que puede darse un paso más en beneficio de las costumbres populares, en despecho de lo que las naciones extranjeras que nos observan puedan decir. ¿Y qué dirán, después de todo? Que nuestra gente común está muy atrasada… Que el espectáculo teatral, tal como lo tienen hoy los pueblos cultos y la parte ilustrada de Santiago, les es conocido de nombre apenas. ¿Qué cordura habría en prohibirles un espectáculo que los entretiene, y cuyos defectos mismos son para el común un atractivo y un resorte dramático, puesto que carecen de gusto ejercitado para descubrirlos? Y luego ¿qué derecho tiene el intendente para prohibir esta representación? ¡Siempre el despotismo de las ideas que la educación colonial nos ha legado, trasluciéndose por encima del fraque que nos disfraza!

Se le habían cerrado al populacho las chinganas en nombre de la moral. Antes de cerrarlas, empero, debiera un poder justo y que no abusa a fuer de tener bayonetas, proporcionar a esos miserables borrachos otros medios de distraerse el día que dejan de sufrir el tormento del trabajo. Un gañan que se emborracha obedece a una necesidad de la naturaleza; busca emociones fuertes, como es fuerte y ruda su constitución, y la autoridad que no sabe hacer descender hasta estas furias de la civilización sus goces honestos y refinados, debe no tanto perseguir la borrachera, como vigilarla para que no produzca males, y reglamentarla para ocultar su escándalo. El intendente, permitiendo de nuevo la apertura de algunas chinganas, no ha hecho más que cortar un abuso de poder, y una opresión más que pesaba sobre los desvalidos. El intendente, favoreciendo las representaciones teatrales de la calle de San Francisco, habría probado una vía de progreso para esas buenas gentes que buscan en los misterios y los entremeses una distracción honesta para ocupar sus ocios, porque, no hay que alucinarse, no es el asunto místico lo que reúne tantos espectadores, es puramente el espectáculo, la

representación teatral que tiene el más poderoso atractivo para todos los pueblos, hasta para los bárbaros, hasta para los negros de África que hacen sus entremeses para divertirse. El mal no está, pues, en los misterios, que siempre es lo más racional y decente que se exhibe en estas representaciones; está en la falta de conocimientos de los actores, en su ignorancia profunda de todas las conveniencias teatrales, y lo que parece inconcebible, en no estar familiarizados con el sainete español siquiera, que daría siempre más abundante materia de reír que las abominables o insípidas farsas del entremés.

Como lo hicimos notar al principio, la compostura y buena crianza de la platea y el conato de cada uno de los espectadores por mostrarse culto y no desdecir de lo que exige la decencia, son indicios demasiado ciertos para creer que el pueblo está más dispuesto que lo que se cree, para familiarizarse con los goces de la sociedad culta. La reunión del domingo, no obstante la conciencia que todos tenían de su insulsez e imperfección, no obstante que era ya la tercera del mismo género, reunía más de seiscientas almas, y la empresa ganaba en ella bastante, atendidos los modestos gastos de la exhibición. No vacilaríamos en aconsejar a la intendencia que apoyase estas representaciones populares; y a la municipalidad que concediese a los empresarios una suma en vía de fomento; que enviase a un hombre capaz de iniciarlos en las representaciones subalternas del teatro moderno; que les proveyese de sainetes; que les hiciese conocer a Bretón de los Herreros, cuyos asuntos dramáticos pueden ser tan populares entre la plebe de Chile, como lo son en España. El señor Palazuelos, tan celoso promotor de la civilización de las masas, podría encargase de esta tarea. Todo está preparado para este feliz éxito; no falta sino anudar el entremés con el drama moderno, y hartos sainetes españoles poseemos que pueden servir de eslabón. La moralidad del teatro no ha de buscarse en

las piezas que se representan. Tan inmoral es el espectáculo que presenciamos el domingo, como la *Torre de Nesle* o cualquiera otra pieza célebre. La moralidad del teatro viene de la conciencia de lo bello que forma en los espectadores; de la reunión de individuos que promueve; del concurso de todas las bellas artes que provoca; de los goces intelectuales que sustituye a los carnales y groseros a que se abandonan los pueblos que no tienen espectáculos; de las blandas emociones que suscita, y que poco a poco van ejercitando la sensibilidad y haciéndola más exquisita; del contacto, en fin, en que nos pone con los más claros ingenios del mundo civilizado, haciéndonos partícipes de sus conceptos y del brillo de su estilo. He aquí la moralidad del teatro, y la moralidad que debemos buscar para las masas. En este sentido, los misterios son altamente morales, y muy recomendable, a falta de otra, su exhibición.

Representación del drama
El último día de Venecia
(*Progreso* de 8 de abril de 1845)

Aunque un poco tarde, porque no tuvimos espacio en el número de ayer, no queremos dejar de decir algunas palabras sobre la representación del *Último día de Venecia*. Drama de género indeciso y de una combinación mediocre, interesó, sin embargo, vivamente a los espectadores. ¿Por qué este efecto exorbitante? Hemos oído atribuirlo generalmente al lujo de las decoraciones, al movimiento escénico, a lo misterioso de sus personajes. Nosotros creemos que este es un error.

Sin duda esta pieza no pertenece al género lírico de las de Corneille, Racine y Voltaire, en que la humanidad no surge sino idealizada; ni menos a las de ese otro género fantástico de Dumas y Hugo, que agranda la vida sin idealizarla, que se ocupan con preferencia del hogar y no de los pueblos, del hombre y no de la libertad. ¿Pero basta para condenar una pieza, que no pertenezca bien a ninguno de los rangos conocidos y triunfantes? Nosotros preguntamos ¿dónde están hoy estos rangos en el campo del arte? ¿No es todo anarquía desde que se consideraron absurdas muchas de las reglas clásicas? ¿No vemos todavía a la literatura agitarse de mil modos, como los pueblos por su dicha, en busca del verdadero asiento del drama, esto es, de la forma en que debe vaciarle y

de las minas de donde debe explotarlo?

Esta tendencia del drama, por otra parte, no es de tan fresca data: viene desde fines del siglo pasado en que, a impulsos de la nación francesa, la humanidad se alzó como un solo hombre a reivindicar sus derechos, y tiene por representante a José Chénier, figura ciertamente no tan colosal como cualquiera de los jefes de ambas escuelas, pero tampoco tan oscura que la historia del arte haya olvidado su influencia. Cuando delante de la energía regeneradora de Saint-Just, la familia desapareció para dar lugar a la patria, ¿qué extraño que la patria invadiese también la escena en vez de la familia? Cuando los ejércitos republicanos, en su sed de proselitismo, quebrantaron todas las fronteras, ¿qué extraño que se mostrasen también en el proscenio con sus trofeos y estandartes? Lo absurdo habría sido exhibir un *¡ay!* doméstico cuando todo era *¡ay!* universal, y mostrar una corte pacífica, un gobierno estable, pueblos adormidos, cuando el cañón retumbaba por todas partes, al pie de las ciudades y en la anchura de los campos.

Las composiciones, pues, del género del *Ultimo día de Venecia* han tenido un motivo para nacer, o lo que es igual, un tiempo de bautismo que las ha instalado en la escena con derecho indisputable. ¿Este tiempo ha pasado por ventura? ¿Los pueblos no se agitan ya por su libertad? ¿La cuestión política no marcha a su resolución, a la par que la cuestión privada? ¿Por qué entonces acusar de anacronismo, de incongruencia, de extravagancia, una realidad tan dolorosa como la que nos roe en el seno de la familia?

No hay que equivocarse: he aquí la clave del misterio, la razón de haber satisfecho el drama al público, a pesar de algunas espontaneidades arbitrarias del autor, y lo diremos también, a pesar de la pobreza de nuestros recursos para darle todo el brillo escénico que reclama. Nosotros también, como la Francia del siglo pasado, no estamos lejos de los campos de

batalla. Nosotros también somos hijos de una revolución. Un pueblo entusiasmado o vil, pero que siente las convulsiones del renacimiento a que hoy camina el género humano, nos interesa más que una corona, más que los dijes de la nobleza, más que el oropel usurpado del poderoso. En otros términos, el fanatismo patrio ha suplantado en nuestros tiempos al fanatismo religioso y filial. Trasmitirlo, por lo tanto, al teatro no es una falta. Lo que necesita solo esta nueva faz del arte para levantarse espléndida, sin empañar a las otras, es que el genio empuñe el cetro que todavía yace en manos débiles.

Bien, pues; decimos que en este género, el *Ultimo día de Venecia* merece ocupar un lugar distinguido. La escena pasa cincuenta años atrás de nuestra era presente, y siendo dux *Luis Manino*. Todo el mundo sabe que en esta época la situación de la antigua reina de los mares era desgraciadísima. Pesaban sobre ella una aristocracia pobre y cobarde, un populacho envilecido y la prostitución más digna de los castigos del cielo. La hermosa Venecia solo latía como un cadáver sacudido por el galvanismo, a la vista de las reliquias de San Marcos. Este es el pueblo que ha escogido el autor para desenvolver su acción. Podrá reprobarse al alfarero haber tomado un barro sucio, teniendo a su disposición tantos otros mejores; pero concedido esto, no se le puede negar habilidad en conservar idéntico hasta el fin su resorte principal.

Los personajes son un oficial francés que la expatriación ha puesto en Venecia, donde se enamora de la hija adoptiva de la guarda-reliquias; un hijo del Adriático, libre como el océano, intrépido como los marinos, y vengativo como lo son por lo común los corazones incultos; *Leona*, la guarda-reliquias misma, especie de pitonisa, un poco extraña con nuestras costumbres, pero que tiene su razón en los tiempos; el *Tribunal de los Tres*; en fin, el *Dux* y toda esa monstruosa policía que ocupa las páginas más negras de la historia. El primero representa, como se ve, al pueblo invasor; el segundo, la

excepción brillante que impide despreciar a toda la nación a que pertenece; el tercero, el fanatismo patrio encubierto todavía con el manto religioso; el cuarto, la injusticia, el crimen, los viejos principios.

Nosotros preguntamos ahora, si un drama con semejantes elementos no estará dotado, como se pretende, de un plan atractivo, de escenas apasionadas, de fuego en la elocución, de movimiento teatral, de vida, en fin, no de esa vida dulce o sombría que nos ocultan las paredes domésticas, sino de esa vida tormentosa de los negocios públicos, que empieza a ocupar exclusivamente las calles y plazas.

Pero en la imposibilidad de extendernos mucho, notaremos únicamente las principales bellezas.

El papel de *Lázaro* fue siempre bello en nuestra opinión. Verdadero hombre del pueblo, sin cosquillas aristocráticas, sin hipocresía monacal, todos los medios le parecen buenos para defender la virtud. Así, no tiene vergüenza de mezclarse con los perversos para salvar a *Ángela*, para salvar a *Leona*, para salvar a *Marcelino*. Su ancho pecho, aunque vestido con la tosca camisa del pueblo, no respira sino el bien, aun en la atmósfera pesada que lo rodea. Fue el señor Martinez (don Fernando) quién ejecutó este rol, y es justo confesar que no faltó una sola vez a las mil variaciones de gesto, entonación y porte que exigió de él continuamente el drama.

En seguida debemos colocar a *Leona*. ¿Cómo no reconocer en la señora Molina la más sobresaliente majestad dramática, cuando se presentó al frente de los hijos de Venecia en la escena 5.ª del primer acto? Y después, cuando ve a *Ángela*, cuando quiere sustraerla a su destino, a su amor ¿qué pudo igualar su fuego, sus raptos de madre, sus inspiraciones de patriota?

Marcelino fue admirable también en las escenas de la gruta, únicas en que el drama, a muestro parecer, permite al señor

O’Loghlin desplegar todas las cualidades que lo hacen un actor recomendable. Podríamos decir sin exageración, que allí se mantuvo constantemente a la altura del señor Martinez.

Ángela realzó grandemente las escenas de *Leona* que acabamos de encomiar. No es dable una apostura más quebrantada por el dolor a las crueles revelaciones de la madre, una inflexión de voz más natural, ni un aire más sentimental.

Gabrieli no hizo todo lo que podía, a fuerza de timidez; un poco de más valor es todo lo que nos atrevemos a encargarle por ahora.

En cuanto al ayudante de Napoleón, no es su culpa si resultó un poco pueril cuando contaba los minutos al Consejo, sino del autor que no ha sabido dispensarse de esta necedad de mal gusto. Por lo demás, la voz del señor Garai fue sonora, su vestimenta propia y sus modales gallardos. Su aparición súbita en la escena es también una ocurrencia feliz del arte. Así se movían los ejércitos y generales de Napoleón. Así es el pueblo francés.

Por último, la empresa esta noche ha merecido plenamente el reconocimiento público; sus tres nuevas decoraciones fueron con justicia coronadas de aplausos. Sin embargo, por lo que a nosotros toca, damos la preferencia a la de la gruta. La que nos *figuró el panorama* de Venecia, fuera de otros defectos, nos presentó cuatro caballos de bronce muy mal hechos. Y esto no tiene nada de ingratitud, sino de simple observación. Sabemos bien que esta clase de decoraciones es superior a nuestros medios, y a la concurrencia con que el público paga los esfuerzos de actores y empresarios.

Representación de El Torneo
(*Progreso* de 25 de abril de 1845)

Empezamos a dudar del dicho de las viejas de que la gota cava las piedras. Esto puede ser verdad en el amor que entra sin sentirlo, donde a una mirada se sucede otra, y así hasta la consumación de los siglos, como dice nuestra *Revista Católica*. Puede serlo también en el modo de atesorar del avaro, que, cuartillo sobre cuartillo, se encuentra al fin con un monte de oro. Puede serlo, en fin, en las adquisiciones más difíciles de la ciencia, en que las ideas van acumulándose paulatinamente como las arrugas de la frente, o si se quiere, como los deseos de las embarazadas. Pero en cuanto al teatro, declaramos desde hoy fallado el dicho principio, si lo es. De balde hemos predicado que no se nos den vulgaridades, nuestras gotas se deslizan bonitamente por la cabeza de los interpelados sin hacerles la menor mella, y eso que ninguno de ellos es calvo. Y no es tampoco que sean sordos o nos nieguen la razón, sino simplemente que no hay valor para tamaña reforma. Es la misma pereza que nos impide ser buenos republicanos, asistir a los comicios públicos, debatir por la prensa los intereses de la patria en vez de los de las personas, ornar nuestras ciudades, facilitar nuestros caminos etc., etc.

Anoche, por ejemplo, ¿no se ha tenido la ocurrencia de darnos *El Torneo*, que no conocíamos, pero que valía más que

no hubiésemos conocido? ¿Quieren nuestros lectores saber lo que es *El Torneo*? Atención.

Primer acto. Se levanta el telón y nos descubre desde luego dos domésticos que conversan. ¿Dónde se ha visto domésticos sin conversar? Que conversan, decíamos, de las interioridades de la casa del amo, y como en esta casa hay una niña, estas interioridades no pueden ser sino amor, y amor desgraciado, por supuesto; es decir, dos candorosos jóvenes que se aman por un lado, y por otro un tercero en discordia, hombre positivo, de esos que no pesan el corazón sino la carne, que no miran los ojos sino los brillantes que los deslumbran. Como se ve, pues, los dos pajes no son más que el mismo autor disfrazado, y que por una ilusión óptica está partido en dos. Instruido con tanta naturalidad el público, es muy lógico que se presenten en seguida los dos interesados. Con efecto, aparece primero Alberto, y como la luna viene detrás del sol, o si les parece mejor a las bellas, el sol detrás de la luna, no tarda en aparecer también Isabel. Aquí del amor, de las palabras suaves y palpitantes, del seno que late, etc. Pero nos dispensaremos el detalle, porque todos más o menos saben estas cosas; las mujeres por naturaleza, y los hombres por falsos, como ellas dicen.

Segundo acto. «¡El barón de Bohun!». La cosa cambia de aspecto. ¿Quién es el barón de Bohun? El hombre positivo nada menos, el futuro de Isabel, el prometido a quien ella no quiere, porque la picarona está enamorada, y no porque el novio no sea buen mozo. Al contrario, el barón de Bohun es un magnífico hombre. Pero Isabel ¿cómo vencerá su pasión? Esto no lo saben hacer las mujeres sino cuando se les antoja, y por ahora no se le antoja a la niña. Le dice, pues, que no lo quiere, no con mucha ceremonia, a fe nuestra; y para coronar la fiesta agrega con risa en los labios: ved a vuestro rival, señalando a Alberto que sale. ¡Bravo!, la niña no podía ser más guapa; la ofrecemos como modelo a nuestras jóvenes del coraje que sabe inspirar

una pasión sublime. Esto también prepara el desenlace, y por lo tanto el rasgo es una obra maestra del autor.

Tercer acto. ¡El torneo! Como el torneo es el título de la pieza, era preciso que viniese, y aquí es el lugar oportuno. Pero no hay cosa humana sin contratiempos. En los preludios del torneo se presenta una señora con velo, una víctima del barón de Bohun (¡no de balde era un hombre magnífico!), que pide venganza. Ahí está Alberto, ahí no más, *del otro lado de la loma*, en el lenguaje de nuestros gauchos, ¿cómo perder tan brillante ocasión?

Cuarto acto. ¡Oh, desgracia espantosa! El barón de Bohun ha muerto en la lid, y para que no se dude (este siglo es tan incrédulo, según la *Revista Católica*), se pasa su cadáver por la escena. Van entrando después todos aquellos a quienes les toca la gloria de finalizar la pieza, y entre ellos la señora misteriosa, que no sería de buena crianza haberse ido sin dar las gracias a su valiente defensor. Pero ¡otro contratiempo! Don Manuel Martinez (lo nombramos porque no sabemos en este momento el rol que desempeñaba) sale con paso solemne, a desenredar una trama que a la verdad no estaba enredada. El hecho es que la señora misteriosa resulta madre de Alberto, y como es rica y noble, los amantes no tienen dificultad en pasar el Rubicon, y probablemente a esta hora están ya casados *in facie Eclecie*. *Ego vos conjugo, etc. Amén.*

He ahí toda la armazón de dicha pieza; y si se duda, ahí está el público que la vio y que no nos dejará mentir. Preguntamos, pues, si los que tienen la culpa de que se representen semejantes desatinos no merecen más artículos que los que han caído sobre el cura de Mallao [11]? Tan desmesurada fue la conducta de este en el asunto de la seducción, como es injusto que se nos haga pasar con tanta frecuencia noches dramáticas como la de ayer. Pero lo repetimos, las gotas pueden ser fructíferas en el amor, en los tesoros, en las ciencias, mas no en el teatro. Aquí no hay más regla que la casualidad.

—¿Qué pieza es esa?

—*El Torneo*.

—Pues esa es la que se dará mañana.

—Pero, señor, esta pieza no tiene plan.

—No importa, no hay necesidad de plan sino en las batallas.

—Ni estilo.

—El estilo no se necesita para entender las cosas.

—Ni emociones vivas ni fuertes.

—¡Eh! bárbaros, el que quiera esas emociones vaya a ver a los que mueren en los patíbulos o las carnicerías públicas. El teatro no se ha hecho para alterar la sangre, ni para perturbar el sueño.

Otra vez la Nona Sangrienta
(*Progreso* de 14 de mayo de 1845)

Una noche de lluvia saben todos que es fea; pero solo los que hayan asistido a la representación de ayer, pueden saber lo que es una noche de lluvia con *Nona Sangrienta*. En primer lugar, *peu ou point de salut*, como contestó cierto rey a un papa; esto es, pocas mujeres, o si desagrada el término democrático, pocas señoras, o si aun esta misma palabra se tiene a mal, por parecer dirigirse únicamente a las viejas, pocas señoritas. Nos atenemos al último término. Después... después... *Nona Sangrienta* como suena, nada más. Un tal Conrado, que no es ciertamente el de Byron, sino quizá el que daba fuego a la artillería de Milton en su famosa batalla, tan militar fue siempre la intrepidez de maneras con que se presentó en escena; un tal Conrado, decíamos, aparece luego que se levanta el telón, y ¿con quién se figura el público? ¿Con la artillería? No, señor, ¡qué artillería! Con Estela, con esta *infame*, como exclaman todos los hombres cuando dejan de ser amantes. ¿Y para qué? Para dejarla entre catacumbas, *con una velita que no debe durar más que una hora*. ¡Soberbia idea! Mas no era posible que la infeliz se dejase encerrar por antojo de Conrado sin dar un grito. ¡Socorro! ¡socorro! pues. Y como no hay mal que venga solo, testigo la experiencia de todas las ancianas del viejo y nuevo mundo, se desploman a este tiempo una, dos o tres catacumbas, porque el autor no dice cuántas, y

cae el telón, cuarta catacumba, si cayeron tres antes, o dos si no había caído más que una. *Voilá le premier acte*; saboreaos, caribes, como dijo el otro día la *Revista Católica* con no menos chiste, aunque con menos propiedad todavía.

El segundo acto no pudo soportar ya el peso de las ideas que tenía que poner el autor, y resultó dividido en dos cuadros. ¿Cómo poner en un solo cuadro, en un solo acto, a Estela, Conrado, pandilla de bohemios, y al célebre Cagliostro? Primero se incendiaría el mar, que caber en testa laureada una *aligación* tan monstruosa. Pero Estela, se nos preguntará, ¿no había perecido en las catacumbas? Parece que no, a fe nuestra, pues siguió saliendo. Estela no es mujer que perece. Seguramente es el mismo *Judío Errante* disfrazado con hábitos monacales. Estela está ahora en un convento, donde es asesinada por Conrado que había ido allí, no por ella, ¡el ingrato! sino por una Matilde que había encontrado por ahí, y con quien había entablado amoríos, porque, como ya se sabe, el hombre y la mujer, especialmente si son jóvenes, no entienden de otra cosa, cuando se encuentran *tête a tête*.

El tercer acto es un baile. ¡Oh ingenio! para qué te quiero piernas, como dicen los gallegos en sus aprietos. En este baile debía casarse Conrado con Matilde, que muerta la priora, no sabemos qué objeción *canónica* podría oponerse de buena fe a su salida. En cuanto a la *material*, ahí están los albañales de los conventos, que son generalmente anchos y largos. Pero la priora no había muerto. Fue una cinta roja como la de la Legación Argentina, y no sangre lo que le había salido por el corazón; y hételа que se aparece precisamente cuando los malhadados esposos iban a firmar su contrato. ¡Desgracia estupenda! Van ya, pues, en buena cuenta dos ruinas y un asesinato, con más una intentona de horca, que no hemos sabido dónde meter en este cuadro que estamos haciendo. ¡Adelante!

El cuarto acto comienza con una especie de reacción,

porque era preciso terminar, y de nuevo nos hallamos, no en el convento, sino entre sus ruinas; no para buscar a Matilde, sino para un duelo. ¿Entre quiénes? Entre Conrado y un rival que se ríe. La risa fue todo el personaje, sin exageración ninguna. Y como la cosa apura, este actor fresco no vive mucho. Esta, la que anda por entre bastidores, como es de fe que andan las ánimas, aparece por décima vez (aunque tememos haber perdido la cuenta) y hace un *zafarrancho* espantoso, en el que la ayuda Conrado matando él mismo a Matilde.

El quinto acto, final, es un *incendio* magnífico. A tanta sangre era de toda precisión una aureola semejante. Por aquí caen tablones; por allá se levanta enrollándose una especie de sábana teñida de rojo para imitar las furiosas llamas, y que más bien se pareció al San Benito de la inquisición; por acullá, o mejor, por todas partes, Conrado y Estela, imprecando y luchando que era un contento. El telón nos tapó lo demás.

Esta es la pieza que nos han regalado en su beneficio los empresarios; no necesitamos añadir más. Ellos podrían levantar el dedo, con razón o sin ella, para mostrarnos la desidia del público en recompensar sus esfuerzos juntos con los de la compañía, y nosotros no sabríamos en verdad qué responder a un argumento tan elocuente. Podrían levantarlo también para señalarnos la nueva decoración que nos ofrecieron anoche de las ruinas del convento, y tampoco tendríamos nada que objetar; porque fue sin duda digna de los aplausos que recibió.

Memoria biográfica del ministro de hacienda don Manuel Renjifo

Escrita por su más intimo amigo (*Progreso* de 14 de julio de 1845)

Habíamos ofrecido a nuestros lectores trazar un ligero bosquejo de la vida del excelente chileno que forma el asunto de la memoria biográfica que ha dado a luz la *Imprenta de la Opinión*. Pluma más hábil y competente, empero, que la nuestra, ha desempeñado esta tarea, y nos es grato manifestar que por su estilo y copia de datos, se muestra este opúsculo a la altura de su asunto.

Tenemos una particular predilección por este género de trabajos, y cada vez que una de nuestras eminencias sociales fallece, ya sea que pertenezca a los albores de la revolución, ya que haya continuado hasta nuestros tiempos prestando al país el auxilio de sus virtudes, de su consejo o de su brazo, deseáramos cuanto antes ver consignadas sus buenas acciones en las imperecederas páginas de la prensa. Ni nos molesta el espíritu panegirista que se muestra en esta clase de trabajos, atenuando lo que en la vida del héroe fue vituperable, para dar mayor brillo a la parte luminosa. Horror nos inspira la manía de algunos escritores de mirar a los hombres públicos por la parte que de privados tuvieron, como si la humanidad no ofreciese a

la vista diariamente hartas debilidades, para que necesitara que le retratasen el cuadro de las pasadas. Las virtudes y los buenos ejemplos son los que escasean, y son los que para contraponerlos a la mala influencia de los intereses y pasiones del momento presente, debieran acumularse de todos los tiempos y países a la vista e imitación pública. «No dejo de creer —decía Salustio—, que las acciones de los atenienses han sido grandes y magníficas, pero siempre algo menos de lo que la fama las establece; pero como Atenas poseyó escritores de gran capacidad, sus hazañas son anunciadas por el mundo entero como sorprendentes, y de este modo el mérito de sus héroes pasa por tan grande, cuanto han podido hacerlo parecer en sus escritos sus ilustres historiadores».

Interesa tanto más conservar en la biografía de nuestros hombres notables, los hechos dignos de memoria, cuanto que ellos han de formar la primera página de nuestra historia civil; porque, dígase lo que se quiera, por más que pretendamos hacernos ilusiones sobre nuestro pasado, un desapego invencible sentimos contra todo lo que pasa del año 10. Y no es que creamos, como algunos, que nosotros seamos los hermanos o descendientes de Caupolicán o de Lautaro; que consideremos a los españoles como nuestros enemigos, olvidándonos que no eran más que nuestros padres. Nada de eso; pero nuestra revolución era tan radical, iba tan a la esencia de nuestras tradiciones, costumbres y usos, que la historia de la época del coloniaje no ha podido salvarse de la aversión secreta que a todos nuestros antecedentes políticos tenemos. No sucede lo mismo entre los norteamericanos, que pueden aceptar como la más bella página de su historia, no solo la época en que eran colonos, sino la colonización misma, hecha por la revolución de ideas que nosotros experimentábamos tres siglos después; sino hasta la historia de la madre patria, en donde hallan aún hoy la fuente de la libertad, poder y riqueza de que disfrutan.

Volviendo, pues, a la historia de nuestros hombres notables,

la biografía del malogrado don Manuel Renjifo era la que menos necesitaba del auxilio del biógrafo para hacer valer todas las buenas y loables acciones de que se compone. Pocos hombres públicos de Chile hay que hayan tenido mayor injerencia en grandes acontecimientos, ni que menos pasiones rencorosas hayan excitado contra sí; pocos en quienes el caudal de hechos claros sea tan copioso, que sería difícil discernir si los había oscuros o indiferentes.

No pudiendo añadir nada de provecho a los importantes datos que la memoria biográfica contiene, nos limitaremos a recomendarla al público como una de las más instructivas producciones de nuestra prensa. Entre los muchos documentos que contiene y que vienen en apoyo de sus asertos, hay uno, sin embargo, que no debemos omitir en nuestras columnas, y es la carta que el señor Renjifo dirigió al general Bulnes al aceptar en 1841 el ministerio de hacienda.

En ella está en caracteres indelebles consignado el programa brillante, a la par que modesto y conciliador, de la administración del general Bulnes. Todas sus anticipaciones han sido realizadas, aun más allá de lo que era posible prometerse; y gracias a la marcha franca y liberal, gracias a su fidelidad en llenar los propósitos que la administración Bulnes anticipó como programa de gobierno, puede contar hoy con la aprobación de su inmensa mayoría de la nación, y la de los hombres ilustrados de todo el mundo.

Una pregunta
a los redactores de la Revista Católica
(*Progreso* de 30 de julio de 1845) [12]

La *Revista Católica*, fundada exclusivamente para favorecer los intereses sacerdotales, nos dice con toda la humildad de que es susceptible, que va a recoger el guante que le tiramos, pero que no se le imputen los resultados si a algunos desagrada su proceder. Esto lo dice por el *Progreso*. No tenga cuidado la *Revista* por eso. Apunte firme hacia nosotros, que no hemos de pestañear. Estamos muy fogueados ya para que se nos dé mucho cuidado de sus amenazas.

Pero antes de entrar en lo grueso de la cuestión, queremos preguntar a los redactores de la *Revista Católica* una cosa. En vista del movimiento del clero alemán y francés, ¿qué partido piensan ustedes tomar? ¿Se casan o no se casan? ¡Vaya! ¡No se estén haciendo los lindos! Si los clérigos católicos alemanes se casan, ¿por qué no se casarían ustedes? ¡Qué! ¿serán ustedes más cachacientos que los alemanes? ¿Más católicos que ellos? ¡Vamos! Cásense, y déjense de ese ultramontanismo rancio, que nosotros les prometemos asistir a las bodas. Y no nos digan que esto es faltarles al respeto. Tan graves y respetables son los sacerdotes católicos de Alemania y Francia que se están casando en la actualidad, como pueden serlo los redactores de la *Revista Católica*. Dirán ustedes que no piensan en tal

abominación, que el celibato es la fuente de todas las virtudes. Nosotros no dudaremos de toda la sinceridad de esta manifestación. Así dicen todas las niñas solteras; ninguna quiere casarse. Pero si todo el clero alemán se casa, y lo sigue el francés, y el español, sobre todo, que es el más revolucionado, ¿qué haréis vosotros, pobres clérigos americanos, cuatro gatos en el mundo católico? ¿No os casaréis? ¡Vaya, dejaos arrastrar por el ejemplo, consentid en un tamaño sacrificio por el qué dirán! ¡A bien que si no seguís el movimiento, nadie lo ha de saber en el mundo, tan oscuros como todo eso sois!

Es muy gracioso observar el espíritu de este clero exclusivista e intolerante. Nos parece que viéramos uno de esos antiguos tipos españoles, envuelto soberbiamente en su capa de grana llena de agujeros, la cabeza alta, sin embargo, y soñando todavía en la dominación del mundo, despreciando a los extranjeros, que se ríen de ellos y que apenas saben que tales españoles existen.

Aquí, dice la *Revista*, sabemos que hay algunos (*uno que otro fatuo*) ciegos aprobadores de Guizot, Cousin, Dupin,... el *Diario de los Debates*, el *Constitucional*, el *Siecle*, el *Globe*, y qué sé yo qué otro escritorcillo oscuro. ¡Pobres diablos!

Mientras tanto, la *Revista Católica* tiene sus grandes autores que citar... su... su ¡Montalembert! ¿Conocéis por ventura las obras que han inmortalizado el nombre de Montalembert y puéstolo mucho más arriba de Cousin, Villemain, Dupin, Michelet, Quinet, etc., etc., etc.? Ni nosotros tampoco. Pero eso no estorba que Montalembert, que ha excitado la risa de las cámaras francesas, sea para la *Revista Católica* un Bossuet, un San Basilio, un santo padre. A falta de pan, buenas son tortas, y poco le falta a esta *Revista* para pedir la canonización de Montalembert, del gran Montalembert, el defensor de los *verdaderos* católicos en Francia.

Porque es preciso que sepáis, que hoy por hoy, no son verdaderos católicos los que quieren serlo, sino los que el partido ultracatólico consiente en que lo sean. Por ejemplo:

El rey de Francia y el consejo de estado, que están condenando diariamente las arrogantes y sediciosas pretensiones del alto clero francés, no son católicos.

Las cámaras francesas que han rechazado las pretensiones aquellas, no son católicas.

Toda la universidad francesa, es decir, cien mil profesores de las ciencias, no son católicos.

Los cantones suizos católicos que piden la expulsión de los jesuitas, no son católicos.

Los pueblos italianos que piden la libertad, y a quienes se les da metralla administrada por generales con sotana, no son católicos.

Los sacerdotes alemanes que se casan, no son católicos.

Los sacerdotes chilenos que quisieran allá en su corazón casarse y no lo hacen por cortedad, no son católicos.

Los escritores que en Chile defienden al Estado contra los avances del cura de Ñuñoa, no son católicos.

Los que se ríen en sus adentros de las pretensiones y arrogancia de estos retardatarios a quienes se les da el pie y quieren cogerse la mano, no son católicos.

¡Vaya! ¡No hablemos disparates! Con toda vuestra presuntuosa arrogancia, os tenemos lástima, porque tenéis una venda en los ojos que os estorba ver el terreno que pisáis. Mañana os hemos de prestar nuestro apoyo misericordioso, os hemos de salvar por compasión del abismo a donde corréis ciegos.

Vosotros lo habéis dicho: «el clero europeo conoce sobradamente que no está en el orden natural que el espíritu humano retrograde». ¡Ojalá lo conociera y lo conocierais

vosotros! Pero lo conozcáis o no, el espíritu humano no ha de retrogradar, y no habremos muerto nosotros ni vosotros antes que ese espíritu humano muestre los resultados de sus progresos. El siglo XVIII ejecutó una parte de la obra; el XIX ha de completarla. Ya lo estáis viendo, ese *Journal des Debats*, ese *Constitutionel*, ese *Globe*, ese *Siecle*, son los órganos legítimos del espíritu humano; ese consejo de estado francés que va a dictar leyes penales para los sediciosos con sotana, y a agregarlas a los códigos franceses, es un órgano del espíritu humano; esas cámaras francesas, esa universidad francesa, esos sabios franceses, lumbreras hoy de su siglo, son órganos del espíritu humano. ¡Montalembert!, no lo nombréis; es un noble rancio y oscuro a quien nadie conoce en el mundo.

En fin, ese clero alemán que hoy se insurrecciona y que puede traer otra revolución y otra subdivisión del sacerdocio católico como la de Lutero y Calvino, es el espíritu humano.

Que si hay división y guerra y herejía, no tenéis que echarnos a nosotros la culpa; son siempre cosas vuestras. Los laicos no predican herejías. Runge, el que encabeza el movimiento alemán, es sacerdote, como lo eran Lutero y Calvino, y como lo sois vosotros. La Mennais, el grande heresiarca moderno que acaba de publicar una nueva traducción de los Evangelios con notas y comentarios, es clérigo como vosotros.

Si hay, pues, herejía y cisma y división, vosotros sois la causa.

Entre paréntesis, ¿nos haréis el gusto de decirnos, vosotros eruditos redactores de la *Revista Católica*, cuál es en vuestro sabio y muy católico sentir la *verdadera* túnica de Jesucristo, si la que está en poder del obispo de Frías, o la que está en Francia? La cuestión es grave, ya lo veis; porque si la de Frías es la apócrifa, el Padre Ronge [13] tiene razón y han hecho bien de casarse los clérigos alemanes. Si la de Francia es la

mala, la falsificada por algún piadoso obispo, entonces los matrimonios contraídos por los sacerdotes alemanes y franceses son tan ilegales como el de la señora Lidrard de Valparaíso, y en tal caso podéis mandar un auto de allanamiento para las casas de mil clérigos alemanes que hoy están viviendo santamente con sus mujeres que a la fecha estarán en cinta, como esa infeliz señora a quien la intolerancia, el mal corazón, el orgullo y el deseo de oprimir de vosotros, maltrata hoy en Valparaíso. ¿Creéis que hay en esto algo de sarcasmo? ¡No, hijos míos, es una venganza legítima! ¡Os habéis valido de la existencia de leyes absurdas y bárbaras para cebaros en una infeliz señora, para arrastrarla por las calles, para vejarla, sin atender a su estado ni a su sexo! ¿Qué interés os mueve para mostrar tanto encarnizamiento? ¿El interés de Dios?… ¡Mentira! La pasión del orgullo es la que os mueve. ¡Queréis mostrar que podéis hacer mal y ultrajar a la inocencia! Pero no importa. Sabed todos que los clérigos en Alemania y Francia se han casado y están viviendo con sus mujeres públicamente, y que la autoridad civil los deja, porque hoy día no ha de disparar un cañonazo el poder civil por saber cuál es la verdadera túnica del Jesús, si la que un obispo de Francia presenta como tal a la adoración de los fieles, o la que presenta el obispo de Frías, cuya grave cuestión divide al clero católico en Europa; porque con cuestiones como estas, habéis ensangrentado siempre la tierra, y hoy los poderes civiles no están para ocuparse de esas miserias.

La *Revista Católica*, mientras hace perseguir con un tesón que no se ha resfriado en tres años, a la señora Lidrard en Valparaíso, puede edificarnos aquí con una grave disertación sobre las túnicas que tienen alborotados a los sacerdotes europeos. Ya prestamos oído atento. ¡Oíd a Montalembert resolver todas las dudas!

Le sugeriremos una solución que en un caso análogo daba un devoto. Tratábase de la autenticidad de una sábana santa de

tal lugar con preferencia a la de otro. Un viajero que se hallaba presente, dijo que había visto seis sábanas santas, y siete cabezas de San Juan Bautista. «En cuanto a las sábanas —contestó el devoto, que no se dejaba asustar por cifras—, eso mismo prueba la autenticidad del hecho. ¿Qué menos que tres pares de sábanas ha de tener el hombre?, y aunque Jesucristo fuese muy pobre, no hemos de creer que no tuviese con qué mudar la cama».

Todavía volveremos sobre la *Revista*.

Cateo en el desierto de Atacama

Proyecto de don Diego Almeida [14]

(*Progreso* de 1, 2 y 3 de julio de 1845)

Cada sección del continente americano tiene sus especialidades, sus caracteres originales. Chile tiene los suyos, interesantes y raros. El minero, el contrabandista de la cordillera, el cangallero, el cateador, son originalidades americanas, chilenas, con costumbres, moral e ideas y aun vestidos excepcionales; seres aparte de la sociedad ordinaria y prosaica a que nosotros pertenecemos; existencias nobles a su modo, que llenarán de interés la descripción de nuestras costumbres; verdaderos misterios americanos, sin la repugnante *crasedad* de la atmósfera pútrida y criminal en que la originalidad europea se mueve en barrios oscuros, entre el fango y la humedad de aquellas inmensas aglomeraciones de seres humanos que se llaman Londres y París, en donde los que están en la superficie brillan a los rayos del sol con todos los resplandores de la civilización, mientras los que están en las capas inferiores, se pudren y corrompen en la oscuridad y el crimen. Montón odioso de hombres, los que están arriba presentan todo lo que de grandioso y noble puede ostentar la especie humana, mientras que más abajo el hombre no alcanza a ser hombre siquiera; es cosa, es algo peor, es bestia, y bestia feroz, estúpida, avezada al crimen. En América no hay nada de aquello; el hombre está siempre en la superficie, y se muestra

libre e ingenuamente tal como es. En las capitales y ciudades, culto; en las campañas, semicivilizado; en los extremos, en el desierto, en la cordillera, en las entrañas de la tierra, original, pero aun noble, y a veces de su misma especialidad saca fuerzas y grandeza suficiente para ostentar toda la nobleza de la especie humana.

Tal es el cateador chileno; ser aparte que vive fuera de las ciudades, trepando las crestas erizadas de nuestros cerros con los ojos fijos en las rocas estudiando su contextura, tocándolas con su vara mágica, para que revelen por el sonido el secreto tesoro que ocultan. El cateador vive con la naturaleza; tiene un caudal de ideas, de ilusiones y de ensueños que lo animan y sostienen para luchar contra la intemperie, la puna, el hambre, la fatiga, el sol, el frio. El cateador anda sobre riquezas inmensas; lo único que busca es el lugar por donde se puede llegar a ellas; así es que todos sus sentidos están consagrados al examen de los menores accidentes de un cerro, el color del panizo, la dirección y calidad de sus vetas, los cruceros que sobre ellas caen, los pedruscos que rueda el agua, hasta las plantas que cubren la superficie. Todo es materia de estudio y de observaciones para él. ¡Cuántos conocimientos prácticos adquiridos en este largo aprendizaje! ¡Cuánta experiencia malograda! ¡Cuántos datos para la ciencia, si el cateador estuviera siempre al corriente de todas las verdades que la geología y la química tienen ya atesoradas; porque así como el baqueano argentino es el geógrafo práctico, así el cateador es geólogo, mineralogista y naturalista sin saberlo él mismo! Nos asombra el entusiasmo y arrojo con que el naturalista europeo penetra en el interior del África por descubrir una planta nueva, trepa los escarpados Alpes por reconocer un volcán extinto, y no nos admiramos del cateador chileno que pasa su vida en las soledades, arrostrando peligros, alimentándose de privaciones, por aumentar el caudal de las minas descubiertas; espiando a la naturaleza, digámoslo así, por sorprenderla

descuidada y arrancarle el secreto que encierra.

Hemos tenido ocasión de estar en contacto con estos seres excepcionales, en el teatro mismo de su grandeza, acompañándolos en sus cateos, oyéndoles sus observaciones, sus conjeturas; viendo la animación de sus ojos clavados siempre en el suelo; hemos visto las emociones profundas que les hace experimentar el encuentro de una veta nueva, de un rodado; hemos participado de su exaltación, sintiendo al mismo tiempo una especie de respeto religioso por estos seres extraordinarios dotados de tanto entusiasmo y vivacidad de imaginación, al mismo tiempo que su físico se mostraba a prueba de todos los sufrimientos, y superior a la fatiga y la puna que nos anonada a todos.

Al publicar estas reminiscencias y estas ideas sobre el cateador, nada menos nos proponemos que llamar la atención sobre un cateo colosal que intenta el más grande cateador que posee Chile hoy día, y que en su deseo de llevar a cabo la obra de muchos años de tentativas ya estériles, ya provechosas, ha tenido la bondad de dirigirse a nosotros para que expongamos al público, cuyo patrocinio solicita, el proyecto que lo ocupa, y los trabajos preparatorios que ya tiene realizados.

Don Diego Almeida, de una probidad conocida y de una familia, educación y modales caballerosos, puede ser considerado como el tipo más acabado, como la idealización del cateador chileno. En una edad avanzada, a los ochenta años de edad [15] posee la agilidad y resistencia que la generalidad de los hombres no tienen en la flor de la suya. Hemos visto a este hombre singular en el desierto de Atacama ocupar el día entero en una fatigosa exploración por faldeos y derrumbaderos escarpados, llegar el último al alojamiento en que los barreteros y jóvenes yacíamos extenuados de fatiga, encargarse de todos los cuidados que exige una dormida a campo raso, atender a los que no teníamos alientos para precavernos del frio, levantarse el primero al venir el día

siguiente, y en la oscuridad revisar las amarraduras de las bestias, hacer fuego, calentar agua, despertar a los peones y a los patrones, y afligirse porque el día no llegaba aún para emprender de nuevo el cateo. Le han visto en Copiapó internarse en el desierto, arrostrar las incertidumbres de la travesía sin agua, cansar las bestias, dar la suya a los mineros para ayudarlos, marchar días enteros a pie, desafiar el peligro de morir de sed, llegar él solo a la aguada, y volver de allí a socorrer a sus compañeros moribundos de sed, de extenuación y de fatiga. ¡Oh! ¡Es preciso haber visto a este hombre en el desierto, para juzgar de cuánta resistencia está dotado! Y luego ¡qué alma! ¡que espíritu! ¡qué ardor! Su frente ancha y bien formada, sus ojos llenos de vivacidad, su semblante animado y alegre a despecho de traidoras arrugas, sus movimientos rápidos como la ardilla, su entusiasmo permanente, todo está revelando en él, el poeta, el hombre dotado de cualidades eminentes de acción y de empresa.

Con estas dotes de espíritu y de cuerpo, don Diego Almeida ha pasado una gran parte de su vida en explorar los cerros de Chile, y no son pocas las minas cuyo descubrimiento le es debido. Pero el trabajo que a este hombre engrandece, el cateo que lo ocupa de largos años atrás y que quiere completar hoy, es el del desierto de Atacama, al que ya ha hecho, sin recursos, sin medios, varias y arriesgadas excursiones. Este es su poema, su ensueño; y tal es la grandiosidad de la idea que ha concebido, que no hemos vacilado un momento en encargarnos de presentarla al público, y abogar por ella, seguros de que promovemos un grande interés nacional. Don Diego Almeida ha levantado el mapa del desierto, y antes de entrar en lo que él intenta, sacaremos de sus manuscritos todos los datos preciosos con que ha enriquecido la geografía de Chile, para deducir con ellos la posibilidad de emprender con acierto los trabajos de exploración y minería que el gran cateador chileno propone.

El despoblado de Atacama es, como todos saben, la larga extensión de costa que media entre Cobija y Copiapó, puntos extremos de la parte poblada de Bolivia y Chile. Esta extensión abraza más de doscientas leguas, y tiene varios puertos capaces y cómodos, entre los cuales se distinguen Caldera, excelente puerto con agua y poco distante al norte de Copiapó; Hueso-parado en la embocadura del Juncal, uno de los puertos más espaciosos y seguros de la costa de Chile, el Paposo, donde existe una población de trescientos habitantes.

Esta inmensa soledad está atravesada en su centro por dos ríos, el Frio y el Juncal, en medio de los cuales están los límites presuntos de Chile y Bolivia. Según resulta de las observaciones de don Diego Almeida, han debido fijarse los límites en otro tiempo, y deben existir los documentos en los archivos del Perú o Chile, pues en tres lugares en que el terreno es arenoso, existen montones de piedras esparcidos circularmente, como si fuesen restos de mojones o grandes pirámides divisorias, derruidas por la intemperie o los temblores de tierra [16]. La mayor parte del país es desolada, sin vegetación y sin agua, pero existen manantiales o aguadas de distancia en distancia, valles y quebradas pastosas en ciertos puntos, y aun localidades a orillas de los dos mencionados ríos, que proporcionan comodidad suficiente para grandes establecimientos de minas, y aun para el sostén de poblaciones de alguna consideración. Se encuentran en muchas partes grandes bandadas de avestruces, vizcachas, tropas de guanacos y vicuñas, y la perdiz llamada *martineta*, del tamaño de una gallina, que con los avestruces habita las llanuras de la República Argentina. Cruzan de norte a sur esta vasta extensión dos caminos; el uno recto a cordel desde el pueblecillo de Atacama a Copiapó, trazado por la mano atrevida de los Incas, atravesando valles y salvando las montañas que a su tránsito encuentra. Esta rectitud inflexible de los caminos es el carácter distintivo de la arquitectura civil

de los indígenas, y por doquiera se encuentran todavía estos senderos, que la acción del tiempo no ha podido borrar aún, y que atestiguan un poder capaz de las más rudas empresas. El otro, que parte de los mismos puntos, se reclina hacia la cordillera, buscando más fácil tránsito, y es el que raros viajeros han frecuentado para hacer aquella larga travesía.

Fuera de estos accidentes generales, sería tarea ingrata hacer una descripción de todos los puntos del desierto que por los vestigios de pueblecillos, campamentos militares, trabajos de minas, y aun por los nombres mismos, están mostrando que no fue en tiempo de los indios tan despoblado como hoy, y que los españoles no hicieron de él después de la conquista tan poco caso como sus descendientes. Ni tradiciones faltan que amenicen con sus pavorosas ficciones estos lugares hoy desolados. Los nombres mismos indican las ideas que aquella naturaleza desapacible despierta en los ánimos de los que han tenido que frecuentarla. *Valle Perdido*, *Pueblo Hundido*, *Las Ánimas*, *Doña Inés*, *Encantadas*, son otros tantos recuerdos de tradiciones que se conservan entre las gentes de los lugares vecinos. *Doña Inés*, por ejemplo, era una señora española que seguía a los conquistadores, y que se extravió en el punto que en memoria de su pérdida lleva hasta hoy su nombre; *Pueblo Hundido* es, según la tradición, el local donde existía una población indígena, ahora sepultada bajo las lavas de un volcán vecino; *Valle Perdido*, es un otro *El Dorado* de los conquistadores, hermoso y ameno valle escondido entre fragosas sierras, adonde se retiraron con sus riquezas muchas familias de indios, y cuya localidad nunca pudieron encontrar los conquistadores, por el cuidado que aquellos ponían en mantener el secreto de su asilo.

Hacia la parte de Bolivia existen hornos de fundición inmediatos a un antiguo mineral de plata, que por la extensión de los trabajos y excavaciones, muestra ser de grande importancia. No lejos de Copiapó quedan también en el *Potrero*

de Azufre vestigios de explotaciones en grande de esta materia, hechas por el rey para la provisión de las fábricas de pólvora de la península. El azufre que de allí se saca es abundantísimo y de la calidad pura que se llama flor de azufre.

Pero lo que más incita a hacer una exploración en grande, es la apariencia metalífera de los cerros que cubren aquella extensión, y los abundantísimos minerales encontrados en la costa. Pertenece a este número el mineral de cobre llamado de las Ánimas, que se explota a intervalos, que a veces ha tenido trescientos trabajadores, y que pudiera dar ocupación a millares, por su asombrosa abundancia de metales, si la falta de combinaciones en grande no hiciese intercadente el trabajo. Los minerales de *Cerrillos*, *Paposo*, *Bellavista* y otros muchos descubiertos, aún no han sido explotados por falta de empresas en vasta escala.

Conduce aun más a prometerse grandes resultados de una exploración formal en aquella inmensa cadena de cerros, el hecho averiguado de que a medida que se avanza de Coquimbo al norte, la mineralización es más abundante, los veneros más ricos e inextinguibles, y las vetas de cobre, plata y oro, más frecuentes; Potosí y Chañarcillo son testimonios irrecusables que dan valor a esta conjetura, y aun también Famatina al otro lado de los Andes.

Todavía una nueva circunstancia da mayor realce a esa presunción plausible y que tiene todos los visos de certidumbre, y es el encontrarse en diversas localidades topacios y esmeraldas, y conservarse tradicionalmente el recuerdo de haberse hallado diamantes, lo que en manera ninguna es improbable, pues está averiguado que las minas de estas preciosas piedras se encuentran con más frecuencia entre los quince y veintidós grados de latitud en ambos hemisferios. Las del Brasil, India, China y Borneo están en una situación geográfica idéntica a la que abraza el despoblado de Atacama.

Las limitadas tentativas hechas por don Diego Almeida, desprovisto de recursos suficientes, sin la posibilidad de refrescar sus víveres, sin un punto de apoyo para extender sus cateos en distintas direcciones, y sin conocimientos anteriores de las localidades, han producido, no obstante tantas dificultades, resultados felices en los minerales ya descubiertos, y en la exploración del país, que deja un mapa levantado aproximativamente, y conocimientos prácticos sobre la extensión de las *travesías* o desiertos sin agua, y las localidades de las aguadas, pastos y otros recursos naturales indispensables o de gran provecho para las futuras empresas. Lo que del despoblado aún queda sin explorarse, es sin embargo, la parte más interesante. Desde que una grande y bien combinada empresa pudiese desprenderse sin peligro de la costa, donde tendría sus almacenes, podría hacerse un laborioso y prolijo examen de las ramificaciones de la cordillera, en las que se observan a más de lo que anuncia la existencia de grandes minerales, abundancia de aguas y pastos, de tal modo que hace sospechar que el desierto solo está en la costa, y que penetrando en el interior del país, se encontrarían valles y quebradas abundantes de pastos y leñas. Añádase a esto que en partes la cordillera es tan baja que pueden pasar de la República Argentina ganados en abundancia, que harían más fáciles los trabajos. No hace dos años que comerciantes de Salta prefirieron atravesar por allí hasta la costa, y embarcarse para Valparaíso en el vapor.

En otro artículo desenvolveremos las condiciones del proyecto de cateo y exploración que somete al público don Diego Almeida. Sus reconocimientos permiten indicar el modo de realizar la grande exploración, cuyos resultados deben ser descubrir todas las fracciones de terreno, quebradas, valles y vegas de los ríos Juncal y Frio, que se presten al cultivo o para levantar hornos, trapiches, ingenios, etc., que faciliten el laboreo de las minas, para cuyo fin tiene ya señalados puntos

muy cómodos, no siendo las aguas del Juncal impotentes para mover molinos y máquinas de grande capacidad.

Lo único en que creemos por ahora necesario insistir, es en la oportunidad de realizar el cateo general que don Diego Almeida propone, como un medio de extender la esfera de acción para los capitales, y acaso, si los resultados son tan felices, como él se los promete con los antecedentes que para ello tiene, decuplicar las riquezas minerales del país. Solo una asociación puede concurrir con sus esfuerzos a la realización de obra tan grande y de tan difícil ejecución para un individuo particular, que no podría exponer capital, trabajo personal y tiempo en una empresa *aventurosa* e incierta; mientras que quinientos socios, por ejemplo, reunidos en toda la república, con solo invertir cada uno veinticinco pesos, pueden sin gravamen llenar la necesidad verdaderamente nacional de tener una idea exacta de la importancia del despoblado en cuanto a las riquezas que contenga. Diría cada uno de los asociados que malbarataba aquella pequeña suma, o que la exponía a los azares de una lotería provechosa para sí y para la nación.

Lo que más favorece esta empresa, a nuestro juicio, es la oportunidad en que se intenta hacer. Diez años antes habría sido impracticable, mientras que hoy es fácil y hacedera. Mil circunstancias nuevas concurren a su realización. El establecimiento de los vapores, a más de sus ventajas directas, ha traído otra no menos importante, cual es la de hacer concurrir en un punto dado los recursos que el país posee diseminados en una vasta extensión de costa. En todos los espíritus surge la idea de aprovechar las carboneras del sur para explotar los minerales del norte; y las prohibiciones de la Inglaterra, que tanto han desfavorecido nuestros minerales en piedra, traerán la ventaja de compeler a asociarse a aquellos elementos dispersos y hacerlos producir resultados gigantescos para nuestra primera industria nacional. El carbón trasportado

con poquísimo costo al norte, puede dar vida, no solo a los inmensos minerales del Huasco, Copiapó y Coquimbo, sino también al despoblado, utilizando por su medio inmensas riquezas abandonadas hoy sin provecho de la nación.

Creemos que el gobierno favorecerá esta empresa, al menos por lo que hace al cateo y reconocimiento del despoblado, pues que la empresa es de un interés eminentemente nacional. A más de fondos, el estado podía proveer de agrimensores y ensayadores que acompañasen la expedición, a fin de obtener todas las noticias y datos que pueda importar recoger sobre esta ignota parte de nuestro territorio. El momento es llegado para Chile de poner en requisición todos los recursos del país, todos los medios de trabajo, todas las vías de engrandecimiento y riqueza, y creemos que una detenida exploración del despoblado contribuirá poderosamente a este objeto.

Esperamos que el *Copiapino*, como más profesional en materia de minas y cateos, como vecino de la escena, prestará a este asunto la seria atención que merece, ilustrándolo con datos y observaciones que a tan larga distancia no nos es posible hacer a nosotros.

Resultados generales
con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad
Memoria universitaria de don Vicente F. López
(*Progreso* de 25 de julio de 1845)

Tenemos a la vista el opúsculo que con el nombre indicado, presentó el señor López a la Facultad de Humanidades como última prueba de su idoneidad para recibir el grado de bachiller en la Facultad, que se lo concedió a unanimidad de votos; y sin duda que el recinto de aquel tribunal literario no había oído hasta ahora leer un trabajo más serio, más profundamente elaborado, y que en un cuadro de dimensiones estrechas en cuanto a la gravedad del asunto, encerrase una exposición tan neta y cerrada de lo que habría sido materia de un grueso volumen. Es la obra del señor López una rápida ojeada sobre una larga serie de siglos, a cuyos acontecimientos ha extraído la esencia, digámoslo así, de los esfuerzos que el espíritu humano ha hecho para arribar a los resultados que hoy presenciamos. Un escritor español, don Fernando Gonzalo Morón, redactor de la *Revista* de Madrid, ha publicado una obra sobre un tema análogo, y que ha sido grandemente aplaudida en Francia. Desgraciadamente no ha llegado aún

ejemplar ninguno a Chile, y no podemos juzgar comparativamente de los resultados obtenidos por ambos escritores. Pero el opúsculo que tenemos a la vista, cuan reducido es, muestra los rigorosos lineamientos en que podría bordarse un gran cuadro histórico, con una fuerza y vivacidad de estilo que no había hasta ahora ostentado el autor en una escala tan elevada.

Sea que nos preocupen motivos de afección personal, sea que no sepamos juzgar acertadamente trabajos de esta naturaleza, ello es que la lectura de esto trabajo nos lo ha hecho creer digno de la pluma de Lerminier o Cousin, e infinitamente superior a los opúsculos históricos de Martínez de la Roza, que se ha mostrado en todos ellos vulgarísimo y sin elevación filosófica.

El señor López ha definido la historia: «la apreciación de los partidos y de las revoluciones que han modificado la condición moral de la humanidad». La causa que produce los hechos históricos «tiene su principio en el movimiento continuo de ideas con que se caracteriza a sí misma la inteligencia humana».

De esta base sólida el autor pasa a recorrer las diversas civilizaciones antiguas, y a anudarlas unas con otras por medio de las razas y las grandes guerras de conquista y absorción que han modificado la condición primitiva de los pueblos, e introducido en su manera de ser, cambios importantes. En esta investigación encuentra dos filiaciones distintas en que clasificar las diversas civilizaciones: la una es oriental, religiosa, primitiva, inmóvil; la otra occidental, política, de segunda creación, progresista, guerrera. En la primera coloca a la India, el Egipto, la Caldea, la Persia, la Fenicia, y sus dos resultados, la Judea y Cartago; en la segunda, la raza pelasga en Asia, Grecia e Italia, luchando, durante muchos siglos y con diversos nombres, con la rama mayor de la humanidad, con la raza de Sem, con el misterioso Oriente.

Es lástima que la forzada limitación del cuadro no haya permitido al autor extenderse más sobre las civilizaciones sacerdotales del Oriente. Hubiéramos querido que penetrase un poco más adentro en el secreto de aquellas organizaciones sociales, algunas de las cuales resisten aun hasta nuestros días al embate de millares de siglos, tan poderosas han sido. Hubiéramos deseado verle aventurar algo sobre ese mundo oriental, en que, como lo dice él mismo, el hombre es casta, «pero casta organizada por otra casta de hombres semidioses, hombres sacerdotes». ¿Qué es la religión entre los pueblos primitivos? Hoy nos reímos de los absurdos inconcebibles del politeísmo griego, o de los panteísmos orientales; y sin embargo, en nombre de esos absurdos ridículos, se ha civilizado el género humano, y a su sombra se han elevado los gobiernos más poderosos y duraderos. Los sacerdotes antiguos son a todas luces unos impostores, pero la impostura ha hecho nacer la ciencia, la política, la moral, y con un fárrago indigesto de errores y verdades se ha fijado al hombre en los climas más favorecidos, y se le ha dispuesto con la larga preparación de los siglos, a desprenderse y sublevarse contra los errores mismos que lo habían educado, cuando se halló la inteligencia suficientemente desenvuelta para apreciarlos. Todas las religiones antiguas cuentan sus herejías o sus luchas con el sacerdocio, y lo más notable es que las herejías son siempre una palanca poderosa de civilización y propaganda. El señor López ha indicado la de Zoroastro en la Persia, podía añadirse a esta la de Buda en la India, que aunque vencida en la península, se extiende por la Tartaria, la China, el Japón y el Tibet, hasta conquistar un tercio de la humanidad actual. Aun las emigraciones egipcias en Grecia pueden explicarse por este costado, ya como sectarios derrotados, ya como proscritos políticos, pero que tienen una grande afinidad con la religión dominante, pues, en aquellos estados, la religión es gobierno, o como el autor lo dice, «todo allí es religión, nada es hombre».

No nos es posible seguir al autor en el panorama vivísimo en que hace reflejarse como en lontananza, todo el movimiento o más bien el quietismo oriental; pero no podemos prescindir de reproducir el bellísimo trozo en que pinta al pueblo griego antagonista de aquella civilización y padre de la presente. Va a describir las condiciones naturales del país sobre el genio propio que ha mostrado este pueblo desde que concibió asimilarse los frutos de la civilización oriental.

«Un terreno tan cortado, tan variado, tan fracturado por el mar y las serranías, tan lleno de costas y de puertos, alumbrado por una luz viva y diáfana durante el día, y por la noche con una eterna vislumbre, con el rayo encantador y apacible de un reflejo misterioso capaz de inspirar por sí solo los más delicados pensamientos; todas las maravillas de la vegetación en unas partes, y en otras una severa aridez, los valles y las cumbres, los climas más variados, en fin, reunidos en un espacio de cincuenta leguas, son causas que han debido producir necesariamente un pueblo rico en caracteres de todo género, ágil, movedizo, vivo, atrevido, perspicaz, artista. La rica variedad de impresiones que el terreno y las luces que lo vivifican hacen a cada instante sobre cada hombre, ha debido llenar de inspiraciones el alma de ese pueblo, y darle por fondo de su carácter prodigiosas aptitudes para todo lo que es movimiento, para todo lo que es energía personal, para todo lo que es revolución. La política y la historia, las artes, la navegación, el comercio y la guerra, han debido ser siempre en él propensiones características; en todo ha debido dominar la personalidad del individuo, la osadía del guerrero. En la Grecia era imposible que el individuo se anonadase ante la casta, y que los misterios teocráticos de la religión, no se evaporasen al soplo atrevido de la más libre filosofía. Así pues, señores, el carácter eminentemente trasformador de los pueblos griegos es un resultado lógico de sus condiciones topográficas…».

En este teatro debía moverse el pueblo que, nutrido de las

doctrinas orientales, pero amalgamadas y apropiadas a su esencia, debía al fin arremeter con los pueblos orientales y trabar esa lucha eterna que principia en Ilion, y no ha concluido todavía en Argel y la India Oriental, después de haber pasado por Maratón, Salamina, Arbela, las guerras púnicas, y las cruzadas. La Grecia, subdividida al infinito en localidades independientes, siente al fin un trabajo de centralización que a su pesar está obrándose en sus entrañas. Atenas sucumbe en la tentativa de realizarlo; Esparta «la astuta, la egoísta, la tradicional, la de corazón de hierro, que ha hecho fracasar a Atenas, sucumbe a su vez en la misma tentativa, hasta que los macedonios, medio griegos, medio asiáticos, se apoderan de la obra, y con Alejandro, último resultado de la civilización griega en estrategia, filosofía, escepticismo religioso y bellas artes, se echa en masa sobre el Asia, la conquista, regresa a Europa, y divisa a lo lejos un pueblo adulto y severo que se acerca por el Istmo de Corinto. Los romanos venían ya acercándose a cosechar los resultados de siete siglos de trabajos de la Grecia, que ha terminado su carrera política.

»¿Me preguntaréis ahora, señores, para qué ha servido la Grecia? Pues bien; yo os respondo que ella es la que ha individualizado todos los conocimientos humanos, empezando el gran trabajo de propagación práctica y positiva, que ahora recién vamos alcanzando de un modo completo y satisfactorio. ¿Sabéis, señores, en lo que vino a parar el asiduo trabajo de asimilación que durante la guerra de los persas comenzó la Grecia a verificar sobre el conjunto de las doctrinas teológicas del Oriente? Pues vino a parar, por un lado, en el profundo y sapientísimo derecho romano; por otro, en la perfecta y divina moral del cristianismo. Si estudiáis con atención lo que hay de fundamental en el uno y en la otra, veréis que es la asimilación hecha por el espíritu griego de la majestuosa teología del Oriente. Pero no debo trastornar el orden de los tiempos; no

debo hablaros todavía de estos inmensos resultados de la civilización antigua. Lo que sí debo hacer, es advertiros que al hablar del cristianismo como de una asimilación verificada por el espíritu griego, no pretendo hablaros de las predicaciones reveladas del Hijo de Dios, ni de las sabias y eruditas doctrinas de San Juan y de San Pablo; sino de la elaboración que sobre todas estas divinas inspiraciones realizaron los santos padres de Alejandría y del Oriente, elaboración que acabó por hacer de nuestra religión revelada un sublime cuerpo de doctrinas, un código perfecto de moral metafísica y práctica, individual y social...».

Después de esto el señor López nos presenta al pueblo romano, con la grandiosa majestad que corresponde al pueblo rey. No lo seguiremos en esta parte de su trabajo, la más completa, la más luminosa. Sería defraudar al lector emociones profundas el truncar la apreciación del carácter, trabajos, luchas y resultados obtenidos por este gran pueblo, de que somos aún vástagos lejanos. El autor ha mostrado en esta parte de su trabajo una profunda inteligencia de la vida de aquel pueblo, tal que no recordamos haber leído cuadro más enérgicamente trazado del movimiento romano durante los diez principales siglos de su historia. Nos contentaremos con copiar el resumen que hace de los diversos elementos introducidos por cada pueblo en el tesoro de la civilización principal:

«La civilización marcha así, a favor de sistemas incompletos, que progresivamente van incorporando a su esencia los elementos de que han menester. En el Oriente habéis visto constituirse definitiva, pero exclusivamente, la idea de la religión, el vasto cuerpo de las ciencias teológicas; la sociedad, la humanidad, gimen allí bajo el peso de estas monstruosas creaciones. Se emancipan en Grecia; aparece en esta tierra privilegiada una brillante libertad; pero es individual, no hay nación, no hay estado, no hay unidad; y el

espíritu de la anarquía, que sopla un momento sobre aquel suelo, lo deja asolado. Aparece después Roma con el estado y con la ley unidos a la libertad, pero a la libertad incompleta, a la libertad patricia, a la libertad monopolio, a la libertad frágil, en fin, porque carece de su sola base estable, de su única peaña, que es la de la caridad con la igualdad; es decir, la moral con la asociación. Mirad si es palpable y evidente la ley del progreso continuo realizada en la civilización. Pasar del éxtasis contemplativo a la pasión, de la pasión al egoísmo, es progresar, hablando racionalmente; y tal es, señores, la marcha que la sociedad política ha hecho, pasando del Oriente a Grecia, y de Grecia a Roma…».

En fin, el autor busca todavía un elemento que no se ha incorporado en la grande asociación occidental, la doctrina moral que ha de regir al estado y a los individuos; y la halla en el cristianismo, que completa a Roma, la Grecia y el Oriente, y produce después de dieciocho siglos de amalgama y elaboración, la civilización moderna de que somos hoy testigos beneficiados.

El señor López ha conquistado con su trabajo un lugar distinguido entre las inteligencias más bien nutridas, revelando conocimientos y capacidades de apreciar la historia que no son comunes entre nosotros. Tal es nuestro sentir.

Es lástima que la tipografía haya hecho algunas injurias a este trabajo lleno de madurez y de filosofía.

Un día en Francia
(*Progreso* de 1.° de agosto de 1845)

¿No lo creéis? Tanto peor para vosotros; pero he estado en Francia, un solo día, es verdad, en medio del pueblo francés, respirando el aire de la Francia, oyendo sus cantares populares, viendo sus regocijos, sus danzas campestres, sus usos y costumbres. ¡Y no os imaginéis, consintáis o no en oír mi narración, que he ido a París y que voy a describiros sus monumentos, su Louvre, su Palais Royal, o su Columna Vendome! Nada de eso. Al vapor que me condujo, o al globo aerostático, o al ensueño, no sé qué decir, porque a fe que no lo sé, no le plugo llevarme a las orillas del Sena. He visto las costas meridionales, las riberas del Loira, Burdeos a lo que me imagino, por el acento y fisonomía de las personas con quienes estuve.

Suponed, pues, que estamos en la alegre y meridional Burdeos, en una calle de las principales, no lejos de la famosa galería cubierta con una techumbre de cristales, y luego os contaré mi aventura. Arrojado por mi pesadilla en aquella calle, debía entrar, no sé por qué, en una casita de dos pisos, cuya galería embellecían varios jarrones de arbustillos florecientes, algunos animales disecados y la tabla en que estaba escrita la profesión industrial del locatario. Ya veis que mi cuento de hadas no principia por este: era un rey y una reina.

No me fue dado ver a Luis Felipe, sin duda porque es lo que menos me tienta la curiosidad; al cabo no ha de ser más que un pobre rey con mucho dinero, mucha astucia y un buen acompañamiento de palaciegos. La entrada a aquella habitación modesta, se hacía por una puerta estrecha que daba a un patiecito de tres varas, oscuro, frío y húmedo, en el que las goteras de los techos hacían sobre algunas piezas de lata amontonadas en los rincones un redoble metálico y ahuecado, no menos armonioso, sin duda, que la orquesta del teatro cuando falta el violín de Guzman, el clarín de Zapiola y tres instrumentos más de los principales. Una escalera empinada de escalones resbaladizos y mal seguros, alumbrada por un candil puesto en uno de ellos, conducía a las habitaciones superiores, no sin el auxilio de una cuerda anudada de distancia en distancia, que desempeñaba el noble rol de pasamano, a imitación del cable de los buques balleneros. Ya veis que no es un palacio el que describo, es la *mansarde* del artesano de Burdeos que alquila una casa reducida para establecer un negocio en el piso bajo, para residir con su familia en el piso alto. Si no tiene escala de mármol, no es suya la culpa; así son las casas de arriendo de los comerciantes y fabricantes de Burdeos.

Que ya caigo, que ya no, llego al cabo de la escalera, y después de atravesar un chiribitil, por la puerta que da a la habitación principal, se me presenta de lleno una escena agradable. Una numerosa reunión de ambos sexos llenaba casi toda la extensión del reducido retrete. Estaban sentados todos en torno de mesas preparadas para un banquete, y por la poca bulla que metían los convidados dudara que estaba en Francia, si por las palabras en voz baja que de todas partes se cruzaban no me apercibiera luego de que nadie, mujeres u hombres, hablaba castellano. Esperaban, pues, con recogimiento solemne el santo advenimiento, o bien, para responderme a mí mismo, según las ideas que del carácter bullicioso y parlero del

pueblo francés tenemos por acá, me decía: sin duda los franceses no son franceses sino después de almorzar o comer. Entonces se revelará todo entero el carácter nacional, por los efectos parlanchines y *tapageurs* que nos causa, aun aquí en América, el burdeos, el *champagne* y otras bebidas francesas, que como tales, nos comunican el carácter de la nación que las produce. En fin, esperemos.

Si las personas eran puramente francesas, no lo eran menos las decoraciones de las murallas; Napoleón pasando el San Bernando, Napoleón en la columna Vendome, adorado por el genio de la Italia y de la guerra; Napoleón en Austerlitz; Napoleón, en Egipto, en Marengo; Napoleón, en fin, en todas las situaciones de su vida o en las diversas idealizaciones con que el genio francés ha embellecido aquel tipo de la grandeza humana. ¡Qué fuente de educación pública tiene aquel pueblo en este glorioso hijo de las masas, este igual a todo francés por su origen humilde, superior, sin embargo, a toda la especie humana! El peluquero francés que tira sus tijeretazos a la Napoleón, puede exponer al ridículo un dicho gracioso, pero hay en el fondo una idea tan grande, un objeto de imitación tan sublime, que ya quisiera ser yo peluquero con la pretensión de ser el Napoleón de aquel arte. ¡Esto es grande! Quitadle la tijera y dadle un fusil, y lo tendréis mariscal de Francia o rey. Para darle un colorido más francés a aquel conjunto, había en uno de los lienzos de la muralla y entre los marcos de las ventana, un mármol que tenía esta inscripción:

27, 28, 29 Juillet

1830

En la parte superior reposaba sobre una peaña, en la que se leía la palabra *Patrie*, el gallo simbólico de las Galias; al costado izquierdo la figura de un joven de la escuela politécnica con el florete desnudo, en actitud de mandar; a la

derecha, un proletario de pantalón blanco ancho, en mangas de camisa, apoyándose en un fusil; el todo sombreado por banderas tricolores.

Este simulacro me trajo a la memoria que estábamos a 27 de julio, e inferí fácilmente que los fieles allí reunidos celebraban los grandes días en que el pueblo de blusa echó a rodar un trono y una dinastía, y a fe que ha debido quedarle a este pueblo sabrosa la mano, después de un tiro como aquel. Estos hechos no se olvidan, y aunque los proletarios franceses no cosechasen los resultados de su grande hazaña, basta que hayan mostrado una vez de cuánto son capaces, para que se les tenga en cuenta para días más felices.

Quiero ahorrar al lector detalles inútiles, mi estupor en medio de un pueblo desconocido, el aire *ebété* que me daba la dificultad de hablar el francés. Las mesas se cubren, las damas ocupan intercadentemente su puesto entre los hombres; tengo a mi lado una modista, al frente un médico, a la derecha un joyero, más allá un fabricante de cerveza, el huésped oficioso es un tapicero; en fin, todos los convidados son algo en este mundo; el único que no podría decir en voz alta lo que es, soy yo que no tengo profesión honesta conocida, y que no pago patente de ninguna categoría. Un encuadernador de libros se levanta, saca un borrón y lee:

> *¡Mes chers compatriotes!*
>
> Ayer hizo quince años que un rumor sordo circulaba en París. El rey, se decía, acaba de ser perjuro a la fe jurada, violando infamemente la Carta. La libertad de la prensa quedaba abolida. A estos rumores confusos sucédese luego la triste verdad. Las ordenanzas criminales son fijadas en todas las esquinas como un desafío al pueblo. París se conmueve, el pueblo se agrupa en las plazas públicas, numerosas reuniones se forman por doquiera, y oradores improvisados

> arengan al pueblo, invitándole a tomar las armas en defensa de sus derechos.
>
> Entonces el sangriento drama comienza y dura tres días.
>
> Nosotros vamos a celebrar estos tres días en que el pueblo triunfante pudo exclamar: no hay ya despotismo posible en Francia.

Una descarga de bravos saluda al orador. El *cliquetis* de los cubiertos y platos anuncia que se ha principiado a celebrar la gran conmemoración popular. ¿Quién es, mientras tanto, este escritor popular que con tanto calor traza el cuadro de Julio? ¿Qué le importa «el don de escribir y de expresar libremente sus pensamientos», según lo dice en su discurso? Ved aquí lo que no sabéis vosotros, pobres americanos. Este pobre artesano, este encuadernador de libros, este Mr. Combet es, ahí donde lo veis con su chaquetón burdo y su chaleco descolorido, poeta, *tant soit peu*, literato, y más de un comunicado suyo han registrado en sus columnas el *Indicateur* de Burdeos y el *Progreso* de Santiago. Es el tipo popular francés en sus más bellas manifestaciones. Un oficio honroso para vivir, *bon viveur* y sin duda *bon bubeur*, he aquí sus cuidados morales; patriota además, de todos los patriotismos, patriota francés, chileno, argentino, portugués, polaco, dondequiera que hay camorra por la libertad. Mr. Combet os lo dirá, toda su pena consiste en no hallarse a estas horas en las murallas de Montevideo mostrando a Rosas lo que vale un patriota francés.

Mientras mis huéspedes comen, os contaré algunos rasgos de la vida de Mr. Combet. Hijo de un quincallero de Burdeos, es, como su padre, un admirador de Napoleón. Cuando hacía en su infancia alguna *espièglerie*, por la que el papá, *le bon vieux père*, debía ponerlo a pan y agua, el inocente Combet, hijo, se le presentaba diciéndole con el mayor candor que podía

fingir: «¿Dígame padre, en Berecina fue donde Napoleón saludó a Ney con el título de valiente de los valientes?»… El pobre viejo caía en la trampa. —¿Qué estás diciendo ahí, *gamin*? En Berecina mandaba el gran Ney la retaguardia, y fue creado príncipe por su valor. Cuando Napoleón desembarcó de la isla de Elba… —Cabal ¡Ya me acuerdo!… y el *gamin* repetía lo que sabía desde que nació, y el *bon père*, escuchándole con la boca abierta y sonriéndose de placer inefable, se olvidaba de la picardía del *gamin*. ¿Cómo castigar al niño que sabe de memoria la historia del emperador? Suena el cañón de Julio, y Combet oye desde Burdeos retumbar el eco en París. *Mon pére*, un francés, un *vrai français*, debe conocer a París y sus monumentos; quiero ir a París. El viejo le echa la bendición y sale nuestro *flâneur* de quince años a visitar a París, a ver la gran ciudad, a henchirse de orgullo por la gloria de la Francia; porque para el francés el Louvre y los Campos Elíseos, Napoleón y la Columna Vendome, el Imperio y los días de Julio, son cosa suya, de cada cual, que puede presentar al extranjero como sus propiedades inmuebles. Un corrillo de artesanos, los oficiales de una imprenta, al oír leer el diario que trae la noticia de la toma de Constantina, no os dicen: acaba el ejercito de tomar a Constantina, sino *nous venons de prendre*… es decir, nosotros acabamos de tomar a la bayoneta a Constantina, aunque no se hayan movido de sus cajas en dos días. La gloria es de *mancomun et in sólidum* para todos y cada uno; los reveses solo pertenecen *au gouvernement*, al ministerio Guizot, *¡ventre bleu!*

La desgraciada Polonia se subleva por su libertad, e invoca el auxilio de la Francia, de esa Francia por quien en otro tiempo derramó tanta sangre.

> À nous, Français! Les balles d’Iéna
> Sur ma poitrine ont inscrit mes services;
> À Marengo, le fer la sillonna;

De Champaubert comptez les cicatrices.

Vaincre et mourir ensemble autrefois fut si doux!
Nous étions sous Paris… Pour de vieux frères d’armes
N’aurez-vous que des larmes?
Frères, c’était du sang que nous versions pour vous!

Polonais, à la baïonnette &

Mr. Combet oye en las calles de París este reproche sangriento hecho a la gratitud francesa; y puesto que el rey *cochon* no quiere favorecer a la Polonia, él, Mr. Combet, responderá al llamamiento, y sin más acá ni más allá, toma el camino que conduce a la Polonia, a pié, durmiendo *sur la dure* si es necesario, pero soñando combates y gloria. Desgraciadamente en Potsen hay orden de atajar a todos los franceses, y Combet, con otros mil calaveras, tiene que volver las narices con rumbo a los hogares paternos.

En Portugal se lucha también por la libertad; don Pedro y don Miguel se disputan el trono, el primero por la constitución, el segundo por la *prétraille*. ¡Basta, basta! Mr. Combet endereza en calidad de voluntario para Portugal en despecho de las resistencias del *bon vieux*, a quien en el fondo no le desagrada ver en su hijo revivido el espíritu de su tiempo, cuando la república y el imperio. Llega a Portugal, sirve bajo las órdenes del polaco Romarino, se bate, le encarnan dos metrallazos, lo condecoran con la cruz, lo hacen caporal, entra en un motín, y lo fusilan… No, no lo fusilan en atención a su brillante *comportación* anterior y a su excesiva juventud, pero fusilan a todos los demás cabecillas. Estaba reservado para más grandes cosas. Su destino era venir a ejercer en Chile su profesión de encuadernador de libros. Al fin se despide *des bords du Tage* con esta canción:

Adieu! adieu! fleuve du Tage!
Adieu! adieu! fleuve charman!

Je te délaisse, beau rivage,
Ou je passais d'heureux moments.
Je vais revoir ma belle France…

Ya al entrar en Portugal, había compuesto otra canción *aux braves de l'armée liberatrice en Portugal*.

(air de Rayeux.)
…
Soyons dignes de la France,
Brisons le joug portugais,
Faisons preuves de vaillance,
Car nous sommes tous françáis.

Enchanté de la victoire,
Le peuple un jour s'écriera:
Ils se sont couvert de gloire!
Ils ont versé son sang, là!

Se siente, es verdad, en estas composiciones juveniles, en estos primeros ensayos, un poco la prosa rimada; pero el corazón francés no bate en ellos con menos fuerza por eso, y en algunas otras canciones impresas que traen la suscripción de P. I. C. se descubre aquí y allí alguna florecilla poética.

En fin, ya lo tenemos de regreso a los hogares paternos por la tercera vez, aprendiendo un oficio para vivir honradamente, y curado un poco, con los metrallazos, de su vocación de correr tras de la sombra de la *liberté chérie*. Un día un diario que registra expone a su vista este aviso: Dentro de ocho días saldrá para los mares del sur la fragata N… Por cargas, pasajes, véase a…

¡Les mers du Sud!, se queda recapacitando; ¡*ça* debe ser bien bello, los mares del sur, el Perú, Chile! Partido tomado, se embarca nuestro Robinson para los mares del sur. Preséntase a su viejo padre con aire pensativo, y le tiene este discurso: mi

padre, ya soy hombre adulto, y no quisiera ser una carga para mi familia; quiero labrarme mi pasar, como debe hacerlo todo hombre de juicio. He meditado, (un minuto) durante muchos días el partido que debo tomar, y después de serias reflexiones, me he decidido a embarcarme para los mares del sur, para la América. Es un partido tomado. Afortunadamente cuando me ocupaba de este pensamiento, sé que sale un buque…

En fin, Mr. Combet llega a Chile, establece su encuadernación; ve una muchacha, y se casa a los ocho días; ve un sitio en venta, y lo compra; ve *champagne*, y se lo bebe; ve diarios, los lee y comenta; me ve a mí y nos hacemos amigos. Cuando le pregunto:

—¿Cómo va Mr. Combet?

—Pas mal, pas mal.

—¿Se trabaja?

—Y se gasta.

—Pero es preciso guardar algo.

—C'est en vain que vous me préchez

Morale, économie;
Non, l'argent ne peut se garder
Coulant joli vie…

Estos versos los compuse en Portugal. Et vous, Mr. S., avez vous de l'argent?

—Moi? non plus.

Mr. Combet pretende que las luces progresan rápidamente en Chile, por cuanto la encuadernación tiene más actividad ahora que antes. Cuando abrí mi taller, dice, si no era algún misal ennegrecido y desparpajado, algún breviario más pasado de tabaco que mi pipa… Ahora no; encuaderno ya partidas de libros, ediciones. Cuando el libro no me gusta o es antiliberal, pido el doble; así cumplo con mi conciencia. ¡Guerra a todos los

despotismos!

He aquí a Mr. Combet, *bon enfant*, artesano, trabajador, Mr. Sanssouci, que se ríe de la aristocracia *marchande* de sus paisanos, que sabe más que muchos de nosotros, que no se lava la cara a veces; lo que no quita que haya peleado por la libertad, compuesto versos, pronunciado un bello discurso en el banquete de Julio, casa de Mr. Pinchon, a donde tuvo la bondad de introducirme a tomar una copa a la memoria de los héroes de Julio.

Mientras os he contado la estupenda historia de este hidalgo, el servicio se ha terminado, y los postres están en batalla, preparados para el asalto. Muchas botellas han pasado ya a la retaguardia, como inválidos.

Todavía un carácter digno de escribirse, y fácil además, porque hay eso en la masa de la especie humana que es *indescribible*. ¿Qué vais a decir de esos centenares de hombres y mujeres que encontráis en los salones, en la ópera, en las calles? Que son hombres o mujeres, y nada más. Pues lo mismo sucede en Francia, por lo que he visto. La masa es compuesta así, sin lineamientos tangibles, sin puntos salientes. No así *Le Pére Tranquile*, uno de mis huéspedes. Era, es un hombre de cincuenta años con una cara redonda y apacible como la luna llena, que por cierta contracción infantil de los extremos de los labios y la bondad permanente de sus miradas, se reconoce que se ríe. Habla en voz tan baja, que semeja el susurro del céfiro entre las hojas de las plantas. Llámanle *Le Pére Tranquille*, y jamás vi tranquilidad igual, aun después de apurar una botella de burdeos, que es como si dijéramos en medio de una desecha borrasca. Quiérenlo los franceses como a un ser privilegiado, y yo, por simpatía y por imitación, gusté desde el principio de este sencillo y patriarcal carácter. Presentóse con poncho, lo que me hizo sospechar que estábamos en Chile. Díjome alguien que poseía una buena educación y vastos conocimientos en historia, lo que me hizo abrir un palmo de boca al ver tanta

ecuanimidad sabiendo algo; porque tengo para mí que el hombre que algo sepa, debe dejarlo conocer de a leguas por su *botaratería* y sus maneras incisivas. Al menos así se usa entre nosotros.

Con estas pocas premisas, os introduciré a los postres. Ya os he dicho que algunas docenas de botellas están, como la *Gaceta de Valparaíso*, paradas y sopladas por la forma, pero huecas y vacías en el fondo. Aquí comienza la Francia. Un circunstante se para y entona la *Marsellesa*; síguenle los demás, ayúdanle las damas, entro yo en donde atrapo algún verso que me es conocido, y se vuelve una *vocarne* infernal de voces discordantes, masculinas y femeninas. Concluida la *Marsellesa*, canta otro la *Bordalesa*, otro la *Parisiense*, otro la *Polaca* o *Varsoviana*, cantos todos guerreros, hinchando el corazón de sentimientos nobles y generosos, y despertando recuerdos de la gloria de aquel pueblo soldado antes de todo. Creía que aquí iba a parar toda la cantora bullanga, en que el burdeos inmaculado buscaba desahogos alegres. Pero se piden los cancioneros; tres libros se distribuyen por la mesa, invítase a una dama a cantar; registra y con el libro abierto y voz ajustada y suave, canta una pastoral. Los cancioneros pasan de mano en mano, y amores, guerra, libertad, son alternativamente el asunto de los cantares, a que se asocian en coro las voces de todos. Al fin, aparece en gloria y majestad el inmortal cancionero, el bravo de los bravos, Berenger. ¡Oh! es preciso estar de sobremesa con cien franceses del pueblo, y tener en el estómago, en vía de preparación ritual, un azumbre de burdeos, para saber apreciar a Berenger. ¡Grande apóstol de la Francia! ¡Tus canciones te colocan al lado de Voltaire y de Napoleón, los dos genios que han cambiado la faz de la tierra, que han influido más poderosamente sobre la suerte de millones de hombres!

¡Qué vínculo el que une al pueblo con la sociedad alta, que piensa por él y para él! ¿Dónde está entre nosotros la cátedra

en que se predique al pueblo la moral social, el amor a la patria, a la gloria y a la libertad? He aquí el gran mérito de Berenger. Tomando los aires populares, consagrados hasta entonces a cantar amoríos y bagatelas, vació en ellos palabras inmortales, lecciones que el pueblo cantando aprendía de memoria, y cuyas ideas se grababan profundamente en su corazón. La canción popular fue en sus manos el artículo del diario, pero repetido mil veces por hombres y mujeres, llevándolo a los extremos de la Francia, atravesando los campos y las ciudades con más rapidez que los decretos gubernativos. La canción popular echó abajo a los Borbones; y manejada más tarde por genios como el de Berenger, ¡ay de todos los despotismos, de todas las resurrecciones que hoy intenta un espíritu mal aconsejado! La canción dará cuenta de ellas; la burla, la *raillerie* francesa, les hará perder la paciencia y abandonar la obra.

Dos mil canciones que circulan entre el pueblo francés, que tratan todos los asuntos, que popularizan todas las ideas, que expresan en bellas frases los más bellos sentimientos, forman por sí solas un caudal de luces suficiente para tener en actividad el espíritu y ennoblecer el corazón. He aquí las observaciones que me ha sugerido esta hermosa y fecunda práctica francesa de beber cantando, y les hubiera perdonado a mis huéspedes verlos caer beodos uno en pos de otro, balbuceando canciones de Berenger y hubiérales seguido yo con paso inseguro, si hubieran querido llevar la cosa al extremo. Pero no lo quiso así mi mala estrella, y después de apurado el vino, las canciones y las velas, *Le Pêre Tranquille* estaba tan tranquilo como de costumbre, y nosotros firmes y seguros sobre nuestras piernas, *¡parole d’honneur!*, capaces de soplarle el ojo al diablo, sin temor de apagar una vela colocada a una vara de distancia, o de bailar un vals, sin riesgo de meter la pareja debajo de una mesa.

Para probar la verdad de mi aserto, improvisóse un baile al

desapacible sonido de un órgano mecánico, cuyas flautas sonaban tan disparatadamente a veces, que era preciso pararse, temiendo que ocurriera alguna novedad en la casa, o que el sereno quisiera poner término al regocijo. Pero pasaba el tropiezo del órgano, veíamos que todo estaba en su lugar, que no era la casa la que daba vuelta, sino nosotros, y el baile seguía con mayor ardor.

Ahora necesito introduciros otros personajes. Nuestras damas ¿os imaginareis que eran condesas y marquesas, hijas de banqueros o de generales del imperio? Nada de eso, eran simples modistas, casadas la mayor parte, o hijas de artesanos. Pero aseguro que sociedad igual y modales más decorosos, no se encuentran entre nosotros, sino en la parte acomodada de la sociedad. La modista francesa es para el mundo en general lo que el vino de burdeos, el vínculo que liga a todas las sociedades cristianas; porque yo no comprendo cómo puede uno ser cristiano sin tomar vino de burdeos, y sin vestir a la moda. Al menos solo los turcos, que por la ley no toman vino de burdeos,... y Constantinopla es la única ciudad donde no pululan las modistas. La Francia manda a todo el mundo civilizado sus agentes, su sociedad de lindas modistas a traducir e interpretar el figurín de la moda. ¿Desde cuándo reina en Santiago el buen gusto y las galas del vestir, el apropósito de la moda? Más claro, ¿desde cuándo nuestras señoritas tienen el aire y la gracia de unas parisienses? Todavía más claro, ¿desde cuándo están a la altura del mundo civilizado, sino desde que empezaron a llegar modistas y a abrir su modesto taller, en que el trabajo constante y la asiduidad suple al principio la falta de capital, hasta que andando el tiempo y medrando el negocio, pueden extender esos bazares en miniatura, de cintas, blondas, plumas, cordones y todas las graciosas zarandajas que hacen el fondo y la vida de nuestras elegantes? He dicho elegantes y muy al caso. La elegancia es importación francesa, y la modista la

distribuye a manos llenas. Yo he visto a una provinciana a quien conocí en su pueblo, metamorfoseada por la modista a los tres días de haber llegado a Santiago. ¿Desaprobaba yo una cortedad de talle que la hacía rechoncha? La modista le había añadido cuatro pulgadas, con lo que su cintura había quedado como la fabulosa de Venus. ¿Tenía la cara redonda como gente de provincia? La modista le había rebajado la mitad de los carrillos, mediante dos graciosas cortinas de pelo. ¿Faltábale *ampleur* en parte que forma el pedestal sobre que gira la cabeza? La modista, no sé cómo, había combinado de tal modo las decoraciones que con esta y otras agregaciones en la barba, cree deber anudar de nuevo una relación interrumpida de tiempo atrás.

Luego esa modista que os corta tan graciosos vestidos, ha leído todas las novelas, sin excluir las de Paul de Kock; todos los dramas de Dumas y los *vaudevilles* de Scribe; sabe todas las canciones de Berenger, canta muchas de ellas cuando está cosiendo, y escogidos trozos de ópera italiana. No sabe bailar la zamacueca; pero el vals, las cuadrillas, la galopa, la consuelan de esta falta. ¿Cuál de vosotras, queridas americanas, es más culta que la modista?… ¡Vaya, no os enfadéis por la comparación!…

Por lo que a mí hace, que en manera ninguna me ofenden las comparaciones, yo bailé sin cesar, como nunca, con todas y cada una de aquellas amables damas, sin echar de menos sino el castellano, que parecían haberse obstinado en no hablarlo. *Monsieur*, *messieurs*, *madame*, *mesdames*, estos eran los tratamientos obligados.

Pero aún faltaba la parte sabrosa y delicada, aquello de que vosotros, estirados pisaverdes, no habéis gozado una sola vez en vuestra vida, y que me envidiaríais si tuvierais suficiente despejo para confesar la envidia que os devorará.

Bailose por fin de fiesta la *bergère*. ¿Sabéis lo que es la

bergère? Os lo contaré. Se paran en rueda y *ad libitum* las parejas. Una dama dirige la maniobra. Principia el órgano maldito a roncar, la rueda de los bailarines, tomados de las manos, a dar vueltas, y la directora canta, y con ella cantan todos los del círculo a medida que giran en torno:

On dit, Monsieur, que vous êtes
Amoureux d'une beauté.
Si vous voulez avoir la bonté
De nous la faire connaître,
En donnant un doux baiser
À celle que vous aimez…

Entonces sale un individuo al centro a mostrar por un par de *baisers* impresos en las mejillas, a aquella que distingue, la que está obligada a poner quietamente su carrillo para recibir los ósculos. Los primeros varones que fueron puestos a tan dura prueba, buscaban, por no saber qué hacer, a las más lindas, y las damas a *Le Père Tranquille*, que recogía, gracias a su fama de santidad, más besos que un poste de esquina recibe carteles de la ópera. Pero al fin, recobrados los ánimos, la distribución empezó a hacerse con más equidad, y yo tuve el honor de participar de ella. Aquí necesito introducir un nuevo personaje de quien no he querido hacer mención hasta ahora. ¡Es una venganza ruidosa que quiero tomar, grande e irreparable, como fueron los ultrajes que me hizo! Era una francesita de veinte años, morena, *rebondissant*, cara meridional, italiana, andaluza; de ojos y cabellos negros, tipo de la *renaissance*, con ciertos rasgos generales de la fisonomía de la Joconda, menos la dulzura de sus ojos, porque esta francesa de que hablo, debe ser malísima, emparrada, *espiègle*, *taquine*. Cuando estábamos de sobremesa entró este genio de la discordia (que muy bien estábamos sin ella), sentose como una Cleopatra, distribuyó saludos graciosos y sonrisas picantes en todas direcciones; formáronsele unos ojuelos en las mejillas,

y yo de puro amor al arte y por la novedad de la cosa, ¿qué creéis que hice?… ¡Mirarla de hito en hito! Muy caro tuve que pagarlo. La maldita se apercibió de ello, y juró sin duda vengarse. Pero era tan picante esta figura medio americana, no obstante su origen bordelés, tanta gracia había en su manera de danzar, que me valí de un amigo para que me la invitase. Bailó en efecto conmigo; pero tan de mala gana, tanto abominó la música, que al fin debí llevarla a su asiento. En seguida se enfermó de la cabeza. ¡Mentira! Después se bailaba la *bergère* en que ella no tomó parte. Figuraos mi situación cuando oía cantar esto verso:

O vous charmante brunette,
Qui captiver tous les chairs,
Cessez, cessez vos rigueurs,
Ne faites pas le sévére,
Embrassez le serviteur…

Si mis miradas hubieran podido atraerla como las del boa, que dicen que tienen este poder, la francesita habría venido hacia mí cual pandorga tomada de tirantes y cola; porque llegándome mi turno de dar besos, decía yo para mí, ¿a quién en conciencia debo dárselos mejor que a este basilisco? Y como era aquel un juego inocente, según lo repetían todos, no había motivo para huir de aquella sirena y preferir a otra cualquiera. En fin, cuando ya iba a salir yo al centro, se presentó en la puerta, quiero usar de mis derechos, y me dice alejándome con tono en que la risa y el enojo se mezclaban: *¡Monsieur, je ne danse pas!* Rechazado de aquella costa inhospitalaria, fui despechado a estrellarme contra la primera roca que se presentó, besé a no sé quien, como si cumpliera con una penitencia del confesor.

Vino otro turno de la *bergère*, tocome mi parte, estaba en el círculo mi envenenada francesa, y la directora decía al salir yo al frente *choisissez vous*, esto es, tomad una, sacadla al medio, incaos, miraos un rato, abrazaos y dadle dos besos. ¡Imaginaos!

Bordelesa arisca y traviesa, ¡me la pagaste! Era aquella una condigna reparación que me daba toda la sociedad.

Pero no escarmentó por eso. Invitela a unas cuadrillas, y me mintió que estaba en baile; pareme en frente de ella con mi pareja, y cuando íbamos a hacer cadena, cambia bruscamente de frente y se coloca en otro costado, y todo esto a designio y por espíritu de contradicción. Últimamente bailábamos no se qué en que debíamos tomarnos las manos, y en voz alta y tonante me dice desprendiendo la suya: *Monsieur! je n'aime pas qu'on me serre la main!*… ¡Habrase visto picardía igual! Si no le he apretado la mano, ¡ni un poquito siquiera!… Protesto a la faz de todo el mundo que… Pero, ¿qué iba a decir yo que sabía muy bien que no le había apretado la mano? Así fue que aturdido y sin saber lo que me decía, empecé a balbucear… *¡pardon, madame! Je… moi…* Agarró de por ahí un francesito, lo puso de por medio entre ella y yo, y me dejó sin terminar la frase. Esto era al concluirse la fiesta, sin duda para vengarse de haberla hecho detenerse hasta entonces que eran las cuatro de la mañana bien sonadas. Todos nos despedimos cordialmente; y sin tamaño descalabro, como el que acabo de referir, hubiera pasado uno de los días más completamente felices de mi vida. Al despertar del día siguiente encontreme en mi cama, en mi casa, en Santiago en fin; lo que no quita que haya estado un día en Francia.

Literatura negra

(*Progreso* de 8 de agosto de 1846)

Viene al color negro afecta la idea de lo siniestro, de lo malo, de lo vedado. Se llamó nigromancia, mágica *negra* aquella ciencia cabalística que daba el comercio con el espíritu de las tinieblas, como se llama negro presentimiento a la agitación secreta del alma que nos presagia crímenes, muertes y desgracias. No por otro motivo llamo yo literatura negra aquella parte de nuestras publicaciones periódicas que ha sucedido a la antigua difamación verbal de corrillos y estrados, género de literatura que tiene su boga en los albores de la civilización, y que cuenta sus patriarcas y sus Rabelais.

La prensa ha sido útil a las ciencias y al desarrollo de la inteligencia en las sociedades que poseían una antigua civilización; pero en las nuevas, quien ha cosechado sus primicias es el espíritu de detracción que venía ya alimentado por siglos de ejercicio y de rutina. Imaginaos al detractor de oficio en aquellos tiempos oscuros en que la prensa no había aún prestado sus mil ecos a todas las ideas, intereses y pasiones de la sociedad. El estrado, un corro de amigos, eran su teatro y su auditorio. ¿Nómbrase a un comerciante? el detractor ha oído decir en la calle que está a punto de quebrar. ¿Miéntase a una señorita hermosa? el detractor pregunta si conocen a cierto individuo; y a cada nuevo asunto insinúa una

idea que despierta una sospecha injuriosa, un *quid pro quo* que lastima, un chiste que mata, un sobrenombre que deja una marca indeleble. Pero tanta sal, tanta malicia va a gastarse en un círculo estrecho; cuando más las comadres repiten al día siguiente algún dicho picante, cuchichean al oído alguna indicación injuriosa para el vecino. Pero la prensa llega y ofrece sus mil páginas diarias, el anónimo y sus garantías, y el detractor saluda a la prensa como la invención más grande, más sublime que ha podido hacer el genio humano. Desde hoy más, fuera estrados, fuera palabra; teatro estrecho aquel, ¡arma inútil ya y de poco alcance esta! La prensa llevará por todas partes la detracción, la inmortalizará; la ley de imprenta misma favorecerá sus ataques, los rodeará de garantías, queriendo coartar su vuelo. El detractor, en fin, era una planta que yacía a la sombra y que merced a los rayos vivificadores del nuevo sol, extenderá sus tallos en todas direcciones, subirá a las eminencias, descenderá a los abismos, y de la vida privada que era antes su alimento, pasará a la vida pública, a influir en la suerte de los Estados.

No se crea que describo un personaje ideal; es una literatura que tiene también sus creadores, sus Hugos, sus Byron, sus Cervantes.

El literato detractor es un personaje eminente cuyos talentos brillan en las repúblicas, sobre todo, al aproximarse las elecciones, como las lechuzas hacen oír sus graznidos nocturnos cuando la muerte anda revoloteando en derredor de algún lecho. Antes y después de esta época está como aletargado, y apenas de vez en cuando se le oye respirar una diatriba contra un particular, un escritor, o un empleado subalterno. Pero no bien se acercan las elecciones, un partido de oposición lo primero que busca, lo primero que requiere es el detractor de oficio, el literato difamador. ¿Dónde está? ¡Que lo llamen! ¡Que le digan que se ofrece un asuntito, que hay materia, que la cosa importa! El detractor estaba en el interior

de su casa. Deja su quehacer, se viste, sale a la calle, y a saltos como el tigre, agazapándose como el gato, llega a la conferencia preparatoria, y oye la palabra *oposición*, que él traduce *detracción*, *difamación*. ¡Bien, bravo! El candidato nuestro será… ¡No importa eso por ahora! interrumpe. ¿Sobre quién han de ir los tiros? Sábelo, y entonces su fisonomía se vuelve radiosa, brillante los ojos, la boca se contrae sardónicamente, acerca su silla, está pellizcando lo primero que encuentra al alcance de sus uñas. Oye, y al momento traza su plan, lo expone y se goza de antemano en las heridas que va a hacer, en los dichos picantes que han de traer el vituperio sobre el blanco que le han señalado, en las invenciones diabólicas que le asaltan, en los cuentos que forjará, en las sugestiones y conjeturas que va a aventurar a medias palabras, para que el público incauto complete la frase, la idea, la calumnia en fin. Esa noche no duerme. Sus criados lo oyen soltar la risa en el silencio de la soledad. Tiene fiebre, la noche es eterna, nunca acaba de amanecer. Al fin Febo se presenta radioso como si fuera a iluminar a Austerlitz o Maipú. ¡Inocente Febo! Ese hombre que veis restregándose las manos con la sonrisa maligna en los labios, que borra una palabra, que suelta la risa al poner otra más punzante, está escribiendo *¡La Guerra a la Tiranía!* Lo que le hacía reventar de risa era el seudónimo Abraham Asnul, que sobrepasaba en gracia y malignidad a Bulke Borrachei. Dejadlo que escriba y veréis vomitar sarcasmos, calumnias, difamaciones y embustes; es un Etna de detracciones que cada semana hará una erupción que cubrirá la sociedad de lava y cenizas.

El difamador público no tiene partido, pertenece al que lo solicita primero, y le ofrece sus servicios. Contra el que atacaba no tiene en el fondo ni afección ni odio; pero hace como el veterano su oficio, hacer fuego. Es un arma de oposición. No sabría defender a nadie, no ha nacido para ello; así es que nunca dice una palabra en bien de aquellos en cuyo

favor combate. Si quieren que los desacredite a ellos mismos, para eso sí que está pronto, y aunque no le sea dado hacerlo por escrito, lo hace de palabras cuando alguno de los suyos vuelve la espalda, o cuando se encuentra con alguno del partido contrario; porque en medio de estos hábitos profesionales, es buen muchacho y contertulio agradable. Un rato de mordacidad suya, vale más que una ópera de Donizetti o un drama de Dumas. ¡Allí sí que se ríe uno, y se pasan buenos ratos, sobre todo si ese día ha tenido un disgusto con alguno, una reyerta con un acreedor!

Es, pues, lo que quieran. Por lo pronto él mismo no sabe lo que es; pero sabe sí lo que no es, que es no ser partidario del gobierno, porque el gobierno es una cosa que existe, y todo lo que existe puede ser destruido, y para destruir se siente únicamente con vocación. No falta quien lo tome del brazo por la calle, y le diga al oído: ¡hay oposición! —¿Oposición?... entonces se detiene, se pone por delante de su interlocutor, le ataja el paso, y en el pecho, en los botones del fraque, en los ojales, le empieza a trazar su plan. ¡Nada de Bulke Borrachei ahora! Otros son los que conviene desacreditar esta vez. Las circunstancias han cambiado. Cabalmente me había ocurrido no ha mucho una hermosa calumnia; pero esta la guardo para el momento decisivo, aún no es tiempo, tengo afortunadamente otras mil. Es un tirano abominable, más temible que Borrachei, que Asnul, que Portales. ¿Qué digo Portales? ¿Quién ha dicho que Portales fuese un tirano? ¡Calumnia horrenda! Portales, por más que los pipiolos lo nieguen, ¡era un Pericles, un Washington!

¿Creéis que en efecto, piensa bien de Portales? No; sino que necesita deprimir por el paralelo al que le han señalado que debe morder. Aun a este mismo lo hará el más célebre ministro de estado de la América, con tal que le convenga deprimir a otro inferior a él. Son golpes de pluma, dice a sus amigos, que desaprueban estos renuncios que la necesidad del momento

recomienda, y que él se encarga de borrar luego con las más groseras invectivas.

Un flanco ha descubierto que, según él lo asegura, va a darle el triunfo en su negocio. Un enviado ha venido a arreglar asuntos internacionales, ¡y aquí del talento! Él se encarga de agriar los ánimos, de comprometer al ministro, de enredarlo, de envolverlo, de hacerle proscribir a sus mismos defensores, a fin de que no se crea que el ministro tiene parte en los ataques de la prensa. Visita al enviado, le sugiere los medios de hacer valer sus pretensiones, le instruye de todo lo que puede contribuir a dañar al gobierno. En seguida va a la prensa, y lamenta la poca consideración que al enviado se tiene; culpa de ello al ministro que le han encargado atacar; lo prueba con una taza de té; en fin, levanta las manos al cielo pidiendo que se haga justicia al enviado, que se destruya el Gobierno de su país.

Desgraciadamente, no obstante su habilidad y su descaro, tiene una mano infelicísima. Partido que defiende, va perdido; causa que abraza se malogra. *La Guerra a la Tiranía* bastó para disolver el partido que defendía. Todos los hombres de bien que sin afecciones personales se habían adherido a él, se separaron porque no se les creyese cómplices en las negras calumnias de la *Guerra a la Tiranía*. El *Desenmascarado* reconcilió a muchos con el blanco de sus tiros. Al ver tratado tan villanamente a un hombre, creyeron, aun sus enemigos personales, que era preciso dejar de serlo para no estar asociados a detracción tan infame. Hoy es el *Rebujon*, y ya la oposición está sintiendo sus efectos. Desde que saben quién es el que lo escribe, centenares de liberales no han querido asociarse a la oposición, y el ministro atacado se ve rodeado de nuevos sostenedores. No ha mucho tiempo que el *Rebujon* se peleó con el *Siglo*, que, aunque tenía la conciencia muy ancha, se horrorizó de un *rebujon* que iba a salir en sus columnas. Los del partido del gobierno al saber esta desavenencia, se creyeron perdidos, y

mil intrigas pusieron en juego para conciliarlos, no logrando serenarse sino cuando vieron aparecer un *rebujon* nuevo. ¡Gracias a Dios! dijeron, ¡ya estamos seguros!

Una cuestión de patronato se presenta. Es laico, volteriano por educación, irreligioso por carácter y por relajación. Pero conviene, dice, hacer el gazmoño y el devoto, y se persigna y santigua, para difamar en nombre del sacerdocio, de Dios y de sus santos. Algunos piadosos le creen, y él se ríe a carcajadas de su imbecilidad. Solo trata de sublevar preocupaciones, intereses y pasiones mezquinas. Últimamente, tiene sus adeptos, sus discípulos muy amados; a ellos les escribe epístolas, dándoles consejos y dirigiéndolos. «Difame usted a N., que yo me encargo de hacerlo con F. Insista, ataque sin piedad; bien combinado nuestro plan, tendrá un éxito feliz, ya el público va creyendo. El odio empieza a manifestarse; no ande con consideración. Seis artículos más, y lo tendremos desacreditado… Escriba con hiel… Sobre todo, hágase el devoto; halague a los padres, esto es importante. Llámele hereje, ¡esto surte mucho efecto aquí! Las elecciones son nuestras, si seguimos con tesón. El candidato… de eso hablaremos después».

Su mala estrella no obstante, él tiene una fe ciega en el poder de su arte; cree en la calumnia, como otros en la infalibilidad del papa, como otros en la eficacia de la lavativa de Blest. Si con la *Guerra a la Tiranía* no ganó las elecciones pasadas, fue porque no le dejaron poner más carga a su cañón; si el *Desenmascarado* no surtió todo su efecto, fue a causa de que transaron intempestivamente; si esta vez pierde y deshonra a la oposición, será la culpa de los necios que no han sabido seguir sus consejos en todo.

Estos ligeros apuntes van a servir de causa para descargar alguna sangrienta diatriba, no sobre el autor, aunque lo conozca, sino sobre aquel a quien convenga zaherir; porque esta es su táctica, su secreto; no desperdiciar la pólvora, no

perder tiro: al blanco, siempre al objeto. Es una desgracia que no tenga siempre muy buena puntería. Es falto de vista, y no ve bien adonde apunta.

Apunta al aire, y a veces mata. ¡Qué fuera si tuviese buenos ojos!

La causa de Peña
y de su hija [17]
(*Progreso* de 25 de agosto de 1845)

Sabido es que el pueblo es épico por naturaleza; gusta de héroes, los forja, los deshace, los recompone a su antojo. Una Ilíada hay en cada pueblo toda vez que un acontecimiento notable, sorprendente o espantoso, viene a poner en ejercicio la imaginación de la generalidad. El asesinato del señor Cifuentes es hoy el tema sobre el cual cada uno compone su epopeya de conjeturas. Un funcionario público, un millonario, un *celibatario*, son tópicos sobre los que pueden hacerse muchos cantos, infinitas variantes.

Para más idealizaciones, entra en este terrible drama una niña hermosa, un padre, y las afecciones y odios que mediaban entre estos tres actores. Apenas cometido el asesinato, el público se fijó en la niña que debía haberlo perpetrado; todos recordaron unas cartas lindamente escritas por una de sus queridas, de que hablaba con frecuencia el muerto; cartas llenas de fuego, de poesía y de amenazas, que empezaban a turbar la tranquilidad de la víctima. Las cartas de Julia Pérez, nombre supuesto de la heroína, están escritas con corrección, buen sentido y estilo superior al del común de las mujeres. Cifuentes estaba preocupado con este carácter de mujer que había ido, no sé cómo, a echarse entre sus brazos, sin quedar

por eso subyugado. Julia Pérez parece que es, traducido a la prosa que las leyes reclaman, Carmen Peña, niña hermosa, seductora, llena de gracias, y con un aspecto de inocencia y de nobleza que sorprende a cuantos la ven hoy, realzados sus hechizos por la melancólica resignación de su situación actual, tipo de una Magdalena, pecadora contrita, menos preocupada de su suerte que de la de su padre.

Este, disfrazado de mujer durante algún tiempo, sostiene su papel con una naturalidad admirable; vuelto a su carácter de hombre, es Peña, exreceptor de Santiago, hombre determinado y de antecedentes desfavorables.

Al principio se había hecho de él la idealización del padre ultrajado en su hija, del pobre vejado, escarnecido y deshonrado por el poderoso impune por nuestras costumbres y leyes, cuando lleva la aflicción, el oprobio a una mujer desvalida; cuando, cosechadas las primicias de su virtud, la empuja hacia la puerta, para que vaya a precipitarse en el abismo de la disolución, para que recorra la escala de envilecimiento que desciende la mujer hasta convertirse en la mujer pública que vende, que ofrece a vil precio sus favores. Tomado en este sentido, Peña venía a hacer en la tierra la justicia de Dios, a vengar la inocencia y la pobreza pisoteadas, y a quienes las leyes no pueden y las costumbres no quieren levantar del suelo ni lavar de tanta mancha. Entonces el público hacía el proceso del muerto; evocaba todas sus víctimas seducidas y abandonadas; las enumeraba, y ofrecía su muerte en holocausto expiatorio a la moral pública. El asesino, si no era absuelto, quedaba disculpado, y la simpatía general, la compasión natural del corazón protestaba contra las leyes y deseaba verlas burladas.

Pasada esta primera impresión, empero, el nombre de Peña empieza a cubrirse poco a poco de sombras torvas y negras. El padre que antes vengara solo la deshonra de su hija, empieza a asumir otro carácter. Antes de ahora ha estado ante los

tribunales por hechos culpables, se le han encontrado instrumentos de crimen, ha fugado de la prisión. Toda su vida anterior es pasada en revista, y después de dos días, Peña aparece ¡cuán demudado! Es ya un criminal endurecido, ningún sentimiento noble ha podido caber en su corazón; no ha sido padre, y su hija no es sino un instrumento de crimen. El forado hecho en otro tiempo por él en la casa de Cifuentes, explica suficientemente el motivo innoble del asesinato, robar a su víctima. Desde este momento Peña está condenado por este versátil y ligero tribunal que se llama el público. No solo sus anteriores hechos son recordados, ennegrecidos, afeados con una nueva capa de odiosidad, sino que todos los crímenes horribles, los asesinatos tenebrosos que se han cometido antes sin que sus perpetradores hayan sido descubiertos, le son atribuidos, ¡y se le pide cuenta y reparación condigna!

¿Qué habrá de verdad en esto? Guardémonos de aventurar juicio ninguno. Acaso mucho, acaso poco. Acaso el amor paternal y las pasiones delincuentes estuvieron asociadas en su corazón para impulsarlo al asesinato; acaso circunstancias imprevistas, la necesidad de proveer a la propia conservación. Los tribunales sabrán lo que ha sucedido, y la sentencia nos lo dirá.

La causa de Peña será célebre en los anales del crimen, no solo por las circunstancias que han rodeado este acto, sino por el interés que sabrán darle los abogados encargados de la defensa y de la acusación. El doctor Ocampo es el acusador, y sin duda que no podía haberse hecho elección más a propósito. Es el doctor Ocampo uno de los representantes más completos del espíritu legista; la ley, el testo, la letra; nada o poco concede al entusiasmo, a las pasiones del corazón, a los movimientos patéticos. Él, pues, representará la ley, reclamará su cumplimiento sin atenuaciones, sin dar lugar a mitigar su rigor.

Los reos, padre e hija, han nombrado para su defensa al

doctor Alberdi, jurisconsulto joven, lleno de vivacidad y de movimiento en sus escritos, y muy capaz de abrazar con celo y entusiasmo una causa que solo trabajo, esfuerzo y un poco de gloria forense puede ofrecerle. Pero el doctor Alberdi, por laudable modestia, no ha querido dejar que gravite sobre sus hombros solos el peso de la responsabilidad de las dos vidas que, antes de inclinarse ante la cuchilla de la ley, le han pedido socorro y amparo. El señor Carvallo ha respondido gustoso a la invitación que el doctor Alberdi le dirigió para asociársele en la defensa, lo mismo que el doctor Barros Pazos, que también ha tomado parte en esta ruda tarea. Como se ve, la defensa será mantenida por un triunvirato de abogados, entre los cuales figura el nombre del señor Carvallo, cuya reputación en el foro chileno necesita apenas de este nuevo timbre para hacerse esclarecida. Porque un timbre es, y muy relevante, el tomar la defensa de reos que la opinión ha condenado ya, y que la confesión y circunstancias del delito hacen casi desesperada. Hay en el público una especie de crueldad que consiste en abandonar al reo a su propia suerte, extrañando que haya abogados animosos que emprendan de corazón su defensa. Pero la ley ha previsto esta falta de la conciencia pública, y ningún recurso niega al acusado.

Mientras tanto, se nos asegura que en despecho de las exageraciones públicas, la defensa no es tan imposible como se cree generalmente, ni el crimen sale de los límites de los crímenes ordinarios.

Los señores salvajes
en la ópera
(*Progreso* de 30 de agosto de 1845)

Porque lo cortés no quita lo valiente, como el adagio lo dice, y como lo aconseja la buena crianza. Cuenta Chateaubriand, si no nos engañamos, que en su visita a los *natches*, encontró un pobre diablo francés a quien habían cogido prisionero y que enseñaba a bailar a *messieurs les sauvages* y a *mesdames les sauvageres*, con cuyos tratamientos acreditaba, aun entre aquellas gentes, la cortesía francesa. Los señores Salvajes Patagones honraron anoche con su salvática presencia la ópera del Tancredo, y Rossini, al haberse hallado presente, se hubiera creído otro Orfeo haciéndose escuchar mansamente de leones y tigres.

Sus altezas patagónicas, porque altos en demasía son, tuvieron los honores de la jornada; no se hablaba más que de ellos, los anteojos y *lorgnones* los habían hecho el centro adonde de todas partes se dirigían; en fin, nuestras elegantes pudieron contemplar a sus anchas un ancho pecho descubierto y un fornido brazo cuando el entusiasmo se apoderó de uno de ellos y se desembarazó de los pliegues de su suelta pellejina de cueros de *chiñe*, *chingue* o *zorrino*, que no estaban de acuerdo en ese punto los hablistas de la platea; espectáculo nuevo, por cierto, y que habría envidiado el empresario de la ópera

italiana de París. Dos patagones en la ópera, con las ideas exageradas que en Europa se tienen sobre la talla gigantesca de estos animales, hubiese sido un acontecimiento que habría hecho época, furor; todo París habría acudido.

Para los que en París lean este folletín, vamos a describir la exhibición en la ópera de dos señores Salvajes, previo el permiso y absolución de la *Revista Católica*, que nos creerá en pecado, porque alguno nos hizo observar que no debían estar acreditados por su nación cerca de nuestro gobierno por cuanto no se hallaban en el palco de los agentes consulares y demás enviados; pero otro más avisado observó que eran súbditos de la nación, vecinos de Magallanes, empleados subalternos, alcaldes de barrio o subdelegados, por cuya razón ocupaban en Santiago un lugar entre los miembros de la municipalidad; explicación que como nuestros lectores verán, no dejaba lugar a réplicas ni comentarios. Son, pues, nuestros dos vecinos salvajes, miembros de la municipalidad de nuestras colonias de Magallanes, y a la manera de los *cadis* y emires árabes que en Argel mezclan sus fisonomías asiáticas, sus turbantes y bombachas con los morriones y casacas de los generales franceses en un día de parada. El palco municipal está decorado de colgaduras carmesí con franjas y festones de oro; debajo de este dosel y en primera línea, ofrecíanse las grandes y redondas figuras de nuestros empleados concejiles del Estrecho. El más apuesto llevaba un gran manto de cueros de chingue o chiñe artísticamente unidos entre sí, de manera de formar listas blancas regulares en un fondo negro, como algunos de los cuellos de invierno que usan las señoritas, lo que prueba que en Magallanes, Patagonia y Tierra del Fuego, pagan su contribución a la moda los pobres chiñes, como por acá martas, gatos, chinchillas, y toda alimaña que tenga cuero con pelo suave; ¡*Diarios* hay que sacan cueros, aun sin pelo, todo por el furor de la moda y por amor del prójimo y de la moral! Sus anchas caras encerradas entre espesos paréntesis

de cabello largo, lacio, duro y negro, servían de pedestal a una diadema de perlas y oropeles que sostenía tres plumas, que ondeaban garbosamente sobre sus desgreñadas cabezas. Algunos de fraque negro servían de acompañamiento a los personajes y de sombra al cuadro.

Principiose la representación, y los señores Salvajes pusieron atento oído, echando miradas atónitas y embelesadas sobre los líricos brillantes de plata y oro sobre terciopelos y rasos. ¡Qué mundo nuevo para un habitante de Magallanes se abría ante sus ojos al descorrerse el telón! Gentes vestidas de otra manera, bosques dentro de las casas, personajes que accionan cantando, el trombón de la orquesta que se alarga y acorta, los arcos de violines, violoncelos y bajos que van y vienen, cual si se degollara con una piedra a un guanaco; la mezcla confusa de voces e instrumentos, añadido esto al brillo de las cien luces de las lámparas, y una inmensa multitud de concurrentes inmóviles en la platea y ordenados a guisa de sementera de papas, rodeado el todo de tres corridas de cajitas llenas de señoras, inmóviles también y dispuestas en el mismo orden; estaban aturdidos nuestros huéspedes, y a fe que el caso no era para menos. ¡Cuántos pensamientos habrían asaltado a aquellas dignidades patagónicas, si en Patagonia se usara pensar como aquí! Pero allá como aquí, se siente, y muestras claras daban nuestros salvajes de experimentar sensaciones. Por ejemplo, uno de ellos sintió que el asiento era muy duro, por lo que se levantó, dio la espalda al proscenio, miró la silla, y convencido de que la cosa no tenía compostura, volvió a sentarse; ejemplo de cordura que hasta los salvajes nos dan, y que no sabemos aprovechar. ¡Díganlo sino los diarios de la capital! Un diarista de la oposición habría alborotado el teatro pidiendo a gritos que se cambiase la silla por ser muy dura para la época, por ser una continuación del decenio ominoso, una señal y un presagio de una tiranía venidera. El señor salvaje no hizo nada de eso; se embozó en su anchuroso

cuero y continuó escuchando las bellezas de Rossini. Y no parezca que en Patagonia no saben apreciar las bellezas musicales. Cuando se hubo terminado el patético cuarteto del final del segundo acto: *¡Ah! ¡Gli' infelici affetti miei!* el público palmoteó como es de ordenanza, y nuestros bárbaros palmotearon a su vez, mirando a todas partes con aire imbécil, y riéndose con aquella risa de los niños cuando hacen una travesura. No se reían del placer que les había causado el cuarteto, sino de haber palmoteado ellos también. ¡En su vida habían palmoteado! lo que prueba cuán fácil es civilizar a los salvajes, y debe servir de estímulo para los que piensan conquistar a Arauco con merengues y explicando a los habitantes la Constitución del año 1828.

Las niñas, que no entienden de política, no vieron esto, sino los hermosos dientes blancos de aquellos tostados, y una exclamación general: ¡véanles los dientes! subió de punto el contento del pueblo, y atrajo sobre ellos las miradas de palcos y platea, las cuales fueron a caer sobre medio cuerpo desnudo que se escapó del embozo, deshecho en aquel momento de entusiasmo lírico. En el teatro todo es convencional, y en punto a decencia, no vemos que haya nada de impropio en que un salvaje muestre su tiznado tronco.

Pasó el primer acto, y los corteses galanes colonos creyeron de su deber visitar algunos palcos, principiando por el señor intendente, con quien tienen relación. No sé por qué casualidad les tocó entrar en alguno donde podrían servir de explicación de lo que significaba la palabra *salvaje*, que en otros países no se aplica sino a los hombres que llevan frac. Pero cuanto más vive uno más cosas ve, y luego corriendo tierras… Nada digo de la conmoción del público al verlos aparecer en este o en otro palco; nada de los deseos de muchos de merecer tan honrada y respetable visita. Pasemos a lo de la última aria de la Rossi, tan aplaudida de la platea y no menos palmoteada por los pehuenches aquellos o patagones, que tanto vale. ¡Qué

algazara! ¡qué estrépito! ¡qué gritos! ¡Otro!… ¡Otro!… Nada. ¡Otro!… ¡No! ¡no! Sale la Rossi, hace una reverencia y se retira… ¡Afuera!… ¡Otro!… ¡No! ¡Afuera!

Era aquello una babilonia. Aparece de nuevo la Rossi, repite sus mudas escusas, vuelven los gritos, se divide la platea en bandas, hay oposición y ministerio. ¡Abajo el ministerio! ¡Calle la oposición bullanguera! Acude gente armada en el proscenio en auxilio de la Rossi y capitaneada por Grandi, para imponer a los amotinados; nada, ¡afuera! ¡otro!… Sacan la casaca y despojos del presidente de Siracusa para aquietar los ánimos y prevenir que se procede a la elección del candidato liberal, *Tancredo*. ¡Ni por esas! La orquesta se suspende, como las garantías en un estado próximo de sitio. Pantanelli vacila, los sayones están a punto de rendir las armas, el ministerio viene abajo. Está visto, la oposición triunfa, y la Rossi sale mal de su grado resuelta a principiar, cuando por un acto de despecho, por una nueva arbitrariedad y una falta de respeto a la opinión pública, hace una cuarta cortesía, que aunque muda, está diciendo: «¡váyanse enhoramala los impertinentes! ¿Qué cortesía, qué galantería hay en forzar a despecho suyo a una lírica a que repita, quiera que no, lo que no puede repetir sin quebranto de su salud? ¿Qué derecho tienen de exigir con tan poca moderación lo que no se les debe? Nuestro deber es cantar la ópera, repetir es una gracia, y no se piden gracias a empujones ni a puñadas!»

Este discurso de la Rossi produjo el efecto deseado; registrada la constitución de 1810 y aun la de 1833, la oposición se convenció, en efecto, de que era soberanamente impertinente querer arrancar por la fuerza lo que solo a la complacencia y a las atenciones del público deben conceder las líricas.

Explicado el caso a los señores Salvajes allí presentes, se escandalizaron sobre manera, protestando que en Patagonia no trataban tan *sans façon* a sus mujeres; con lo que y la

reverencia de la Rossi, el orden se restableció, cesó el estado de sitio, y la constitución y el ministerio continuaron su marcha, no sin gran desconcierto de la oposición, que ha jurado vengarse de esta derrota. Ahora falta conocer a los cabezas de motín, a los alborotadores. ¿El *Rebujon*... la *Gaceta*... el *Telégrafo*?

Nada de eso; los muchachos de la cazuela. ¡Y vaya usted en seguida a respetar la opinión pública!... El hecho es averiguado; en el teatro un lacayo o un chiquillo palmotea en un final, y cien palmoteos responden de todas partes. Los niños se complacían en provocar los aplausos y hacerse los directores de la platea; lo hemos visto cien veces, y lo hemos hecho nosotros mismos por comprobarlo. Hágalo el que guste. Cuando se termine un final, sobre todo si la Rossi o la Pantanelli hacen un ademán concluyente cual si se despidieran y fueran resueltamente a entrarse, aplauda, y verá repetirse el aplauso; repítalo y lo repetirán, repítalo tercera y cuarta vez, y no han de faltar quienes lo acompañen, aunque estén bostezando. Al observar este hecho, he temido muchas veces que el *Rebujon* gane las elecciones; a fuerza de repetir, a fuerza de insistir a troche y moche, no ha de faltar quien repita como en el teatro; la *Gaceta* repite, repite el *Telégrafo*, y al cabo se forma una bulla infernal, un público *crescendo* contra el ministro... ¡Afuera la Rossi!... ¡que no salga!... ¡que no salga!... ¡No!... ¡Sí!... ¡sí!... ¡sí! ¡el público lo pide! ¡el pueblo soberano! ¡la nación en masa!... ¿Quién resiste? Por lo que puede suceder, recomiendo al ministro el discurso de la Rossi, y apaciguará la tormenta; que averigüe quién fue el que levantó el alboroto... alguno de la cazuela, algún *rebujoncillo* de librea o blusita. Pero sobre todo guárdese de decir ¡que no es la opinión pública cosa de fiarse! ¡Ira de Dios!

Los señores Salvajes, concluido el tercer acto, se retiraron con muestras visibles de estar grandemente aburridos de Rossini y la Rossi, la Pantanelli, la orquesta y el público, lo que

en nada disminuye el mérito de esas personas y estas cosas. ¡Así son los salvajes! No se hizo la miel…

Nuestro pecado de los folletines
(*Progreso* de 30 de agosto de 1845)

Sabe ya el público que gemimos bajo dos acusaciones horribles: la de haber hecho conocer a Michelet, Cousin y Jouffroi, y lo que es más horrible, la de haber introducido en los diarios *folletines*. ¡Cuán feliz no fuera hoy Chile si sus diarios no tuviesen folletines! ¡Cuán morales no serían los pueblos, cuánto no luciría aquella santa ignorancia de que habla la *Revista*! Pero ved cuán contagioso es el mal ejemplo, y cuán cierto aquello de: necesario es que haya escándalo, pero ¡ay de aquel por quién el escándalo viniere!

En 1840 no había folletines en los diarios; es verdad que no había diarios tampoco, salvo el *Mercurio* que estaba por entonces pequeñuelo, no más crecido que hoy el *Diario de Santiago*; poro, chico o grande, no tenía folletín. Por los años de 1841, empezó el editor a intercalar de vez en cuando un folletín en el cuerpo de las columnas, a guisa de contrabando. No había aún división especial para él, no llevaba el epígrafe de *Folletín del Mercurio*. ¡Habría sido alarmar las conciencias timoratas! Se deslizaba cual oculto veneno, encapotado bajo el título indiferente de *variedades*, como los jesuitas se introducen en todos los países de donde han sido expulsados, bajo el nombre de padres del Sagrado Corazón. Así venían introduciéndose clandestinamente no solo los folletines

extranjeros, sino, lo que debe horrorizar más aun, verdaderos folletines nacionales. *Pinganilla*, *Jotabeche* y otras producciones inmorales se presentaron con piel de cordero, disimulando así sus garras de lobo.

No paró ahí la audacia. El *Mercurio* y la *Gaceta* de Valparaíso empezaron a poner de vez en cuando *Folletín* en la parte destinada a las cosas pecaminosas, y el público inocente no levantó el grito contra esta profanación. ¡Almas inocentes que no veían el veneno con que se iba a corromper la moral pública! En fin, en 1843 aparece el *Progreso*, y ¡oh, audacia imperdonable, se anuncia con folletín diario en sus columnas! El mal estaba consumado, y las consecuencias se han dejado sentir. «¡Calcule el menos observador, qué efecto habrán producido esas lecturas en almas inocentes que aún no se han sentido agitadas por el torbellino de las pasiones! ¡Ah! Ellos (los lectores del *Progreso*) pasan de repente de la atmósfera serena y apacible del candor y de una santa ignorancia, a un mundo de maldades y de horrorosos misterios!»

La observación es, en efecto, irreplicable, pero desgraciadamente ha venido un poco tarde. La lepra del folletín ha ganado ya todos los diarios, y lo que es peor, nacen con ella. Ved, sino:

El *Mercurio* tiene folletín, ¡y qué folletín, Dios mío! *Los Misterios de Londres*, después de haber dado a luz separadamente los *de París* y el *Judío Errante*, todo a impulso y por la culpa de los redactores del *Progreso*.

La *Gaceta del Comercio*, folletín. Leedlo, ahí está: *Causa célebre seguida en España en averiguación de los milagros que se atribuían a Sor Patrocinio, monja*. ¿Queréis más horrores? ¿Dónde, sino en un folletín, podía verse a la justicia averiguando milagros, y citando a *comparendo* y declaraciones a todos los que han tenido parte en el piadoso fraude? ¿Y quién tiene la culpa de todo esto en Chile, quién, sino los redactores

del *Progreso*?

El *Tiempo* con folletín tomado del inglés Bulwer… ¡También el ministerio corrompiendo la moral pública!

No hablemos del *Siglo*, que murió en castigo de llevar folletines.

Pero el vicio no se ha contenido en la capital, sino que cunde en las provincias, y se extiende por todas partes como una plaga. El viejo *Telégrafo*, al mismo tiempo que pide a grito herido la constitución del año 28, por lo bajo, es decir por el folletín, enciende la guerra al *romanticismo y los románticos*. En fin, para consuelo de la *Revista*, por allí el buen espíritu español hace frente todavía al romanticismo, ya que por acá, y aún en España, nadie dice contra él: esta boca es mía. Pero así van las cosas. Principia en París la lucha en 1830… sigue en 1830 en España, llega en 1840 a Chile, y en 1845 todavía están defendiéndose en Concepción contra la invasión. En 1850 llegará a Arauco y Magallanes la noticia del romanticismo y de los folletines, y los literatos de por allá le mandarán sus burlas y sus pellizcos. Pero sigamos el examen de los males causados por los redactores del *Progreso*.

El *Alfa* de Talca, el sesudo y juicioso *Alfa*, folletín: *La Maraña* por Mr. de Balzac. ¿Sabéis lo que es la *Maraña*? La maraña, la marimorena que han causado en Chile los redactores del *Progreso*. Y sino, ved lo que leemos allí:

—¡Qué pálido está usted! —dijo ella (la Maraña).

—Ahora le diré a usted porqué —respondió el español cogiendo de un salto el puñal, dando con él un violento golpe a la puerta de Juana—, ¡abre Juana! ¡abre Juana!».

¡Todo este alboroto, estas puñaladas y estos crímenes, a causa de los redactores del *Progreso*, según lo denuncia a la policía la *Revista Católica*! La *Patria*, no bien nace, cuando aparece ya con las trazas del pecado original, el folletín *Biografía del general San Martín*, el más peligroso de los

extranjeros que han causado males sin cuento a Chile, a no ser que la *Revista Católica* quiera concederle un lugarcito en su *cordial agradecimiento*, al lado o a los pies del doctor don Pedro Ignacio de Castro y Barros. ¡Pero no! San Martín no trabajó en Chile con tesón infatigable en favor de la causa de la religión. ¡No! jamás tolerará el amor patrio de la *Revista*, que extranjeros que no sean teólogos y canonistas, «vengan a nuestra patria a sembrar la semilla de absurdos sistemas», y San Martín sembró uno que no se ha extirpado todavía, la independencia, y con ella el Patronato, las Cámaras, la ley del Régimen Interior, etc., etc.

Si del mediodía volvemos la vista al septentrión, por allá también anda el folletín haciendo sus estragos. Allá se divisa al insigne folletinero chileno *Jotabeche*, oveja descarriada por los redactores del *Progreso*, a quienes dedicó por mucho tiempo sus ensayos literarios.

¿Y no hay castigo para los redactores del *Progreso*? ¡Ah! ¡No haber inquisición, ahora que hay folletines y folletinistas! ¡Cuántos autos de fe tendríamos para divertir a la canalla!

América poética
o colección escogida de composiciones en verso
Escritas por americanos en el presente siglo
(*Progreso* de 9 de setiembre de 1845)

Tal es el título con que en prospecto se anuncia una publicación que emprenderá la imprenta del *Mercurio*. Sobre el objeto y elementos de este trabajo, remitiremos a nuestros lectores al prospecto que a continuación publicamos, en el que se deja fácilmente traslucir la estampa de una mano hábil, circunspecta y sobria, que promete por estas dotes llenar con tino y discernimiento la honrosa tarea que se ha impuesto.

Cada vez que una nueva empresa de edición ocupa nuestras prensas, nos sentimos animados de una complacencia indecible, cual si fuera esta una nueva manifestación de la marcha progresiva del país y del vuelo que la inteligencia toma, más remontado cada día. Y no es esta una ilusión. Es, por el contrario, un hecho que acusa mejor que lo harían las más serias investigaciones, el espíritu que anima a los habitantes de Chile; y este espíritu, esta tendencia a las luces, son hijos legítimos de las instituciones y de la libertad de que disfrutamos. Son constantes los fenómenos que la inteligencia presenta en todas las sociedades cultas, y muy relacionados con la marcha de los acontecimientos públicos, para no

encontrar entre ellos el eslabón que los liga. ¿Por qué la República Argentina, por ejemplo, no produce hoy nada en su seno que revele que allí existe un pueblo civilizado? ¿Prohíbe el gobierno que se publiquen novelas como los *Misterios de París*, colecciones de versos, memorias sobre asuntos ajenos de la política, tratados de educación, etc.? No por cierto. El gobierno de Rosas sería indiferente por lo menos sobre todos estos asuntos; pero la inteligencia no lo es, pide antes de todo libertad, y desde que se la niegan, se abate, se anonada y se entrega al letargo que precede a la barbarie. Este fenómeno no es nuevo en los pueblos españoles. La España misma está ahí para mostrar esta rebeldía de la razón cuando se la quiere poner coto, aunque sea en un solo punto. La inquisición solo quería estorbar que se errase en materias de fe. Doscientos años después de su instalación, la España había caído en la más profunda barbarie, sus bardos habían desaparecido, y la palabra a *autor* por poco no pasó a ser anticuada.

Chile presenta hoy, en contraste a estos resultados ominosos del despotismo, una ansia de libros, una actividad en sus prensas, que bastaría por sí sola a desmentir las incriminaciones que miras interesadas forjan a cada paso. Lo cierto es que ninguna sección americana presenta un movimiento igual al que la prensa de Chile ostenta hoy, y si algún pensamiento común a la América toda se abre paso, es siempre en Chile donde tiene su origen. Testigo el *Museo de Ambas Américas*, que tuvo por objeto realizar para la prosa americana, lo que la *América Poética* intenta hoy para la poesía. Cualesquiera que los autores de estas laudables tentativas sean, siempre quedará demostrado que para llevarse a efecto, se necesita un punto de América largamente preparado para asegurar el éxito. ¿Quién no siente que en Buenos Aires, Montevideo, Bolivia, Perú, etc., no germinaría este pensamiento en el momento presente, y que dado caso que se iniciara, las dificultades materiales darían en tierra con él?

Nuestra prensa ha dado a luz cuantas composiciones poéticas gozan de nombradía en el mundo español. Zorrilla, Espronceda, Mora han hallado suscriptores solícitos que han patrocinado la reproducción de sus obras, y este solo antecedente bastaría para augurar a la *América Poética* un éxito feliz. En efecto, las obras de aquellos maestros españoles existen reunidas en libros, y la prensa chilena solo pretendía hacerlas circular a manos llenas entre nosotros. Otro es, empero, el mérito de la compilación que hoy se anuncia. Va ha darse por la primera vez a luz un libro cuyas páginas existen dispersas por todo el continente; van a sustraerse del polvo del olvido composiciones que merecen ostentarse a la luz del día. En presencia de los poetas españoles, van a evocarse los poetas americanos que han merecido bien de las musas; y de seguro que podrán sostener sin mengua la confrontación. En una palabra, la prensa chilena se encarga de hacer la personería de la prensa americana, y la *América Poética*, circulando por todo el continente, irá a remover los legajos olvidados, las publicaciones aisladas, para traer nuevos raudales a este depósito general del estro poético americano. La América, de este modo, se hallará dignamente representada en el mundo literario, y la España misma podrá reconocerla entonces y acatarla en sus producciones, en nada inferiores a aquellas de que más blasona.

¡Cuántas riquezas diseminadas por esta vasta extensión de comarcas separadas entre sí y que apenas tienen relaciones! ¡Cuántas bellas producciones ostenta el cielo ardiente de Cuba, México y Venezuela, que son desconocidas en Chile, Buenos Aires y Bolivia! ¡Cuántos jóvenes poetas que por no haber sido saludados por la América cuando se introducían tímidamente en el mundo literario, han roto su lira, estéril de aplausos y de gloria, aunque fecunda en armonías e impregnada de inspiración? La *América Poética* será, pues, los juegos olímpicos adonde concurrirán de todos los puntos del

continente los hijos predilectos de la raza de Lope de Vega, Cervantes, Moreto y Calderón de la Barca, a presentar sus ensayos, a coger laureles concedidos por el fallo de la América entera que juzgará sus composiciones.

En cuanto a la capacidad de los que emprenden tan gloriosa empresa, apenas nos es permitido decir que conocen su asunto, que tienen por él la pasión de un americano por todo lo que realza este grato nombre, y la asiduidad, preparación y elementos necesarios para desempeñarse con acierto. El público chileno acogerá, no lo dudamos, con entusiasmo este pensamiento. ¿Quién, en efecto, dará un lugar en su estante a Zorrilla o Espronceda, que le niegue a Heredia, Olmedo, Bello, Echeverría, y tantos otros poetas americanos que nos pertenecen más que aquellos, hasta cierto punto extranjeros?

La imprenta del *Mercurio* ha dado ya tantas muestras de la elegancia, limpieza y corrección de sus numerosas ediciones, que creemos inútil indicar que la edición de la *América Poética* adquirirá este otro mérito en la tipografía selecta de que puede servirse.

Discusión en el senado
sobre la edad para profesar la religión
(*Progreso* de 12 de setiembre de 1845)

Como ya lo teníamos anticipado, las órdenes religiosas están reclamando en este momento contra el decreto del ejecutivo que con tanta prudencia ha mandado revivir el senadoconsulto de 1823 que prohibía solemnemente profesar en Chile perpetuo monaquismo antes de los 25 años de edad. Se pretende que esta ley no tenga lugar para las personas que lo hicieren en las comunidades religiosas que guardan estricta observancia de sus respectivas reglas. Al menos, así se expresa paladinamente la comisión eclesiástica del senado al dictaminar sobre la solicitud de los religiosos recoletos, y la sesión del 29 del pasado de esa cámara, nos presenta un discurso del señor Solar [18] en que este senador se esfuerza por hacerla pasar en el cuerpo a que pertenece, como una medida no solo legítima, sino también provechosa al esplendor y regularidad del culto.

Sentimos encontrarnos con semejante adversario bien conocido por la liberalidad de sus ideas; pero no podemos menos de confesar que la ilustración de su espíritu nos aparece esta vez disfrazada con el ropaje de una lógica falsa, muy poco adecuada a los negocios de estado, y buena cuando más para sostener mientras tanto, sin provocar la indignación o la risa,

ese edificio de preocupaciones añejas que todavía pesa sobre nosotros, a virtud de una devoción mal entendida. Es preciso frailes, pero frailes buenos, ha dicho el señor Egaña. He aquí también nuestro grito, complaciéndonos realmente en poder formular nuestro pensamiento con las mismas palabras de este respetable anciano. Él, por otra parte, es hoy el de todos los hombres sensatos, a quienes no ciega un espíritu estrecho de clase, o una manera habitual y fanática de ver las cosas religiosas, a consecuencia de una educación descarriada de la senda que hoy recorren los verdaderos principios sociales.

El error que parece haber ofuscado al señor Solar, es una identificación inoportuna, y casi blasfema diríamos nosotros, entre el estado de matrimonio y el de monje. El matrimonio es una institución divina por esencia, que todos los códigos y todos los pueblos conocen. El matrimonio es una necesidad universa], y no una excepción, como el monaquismo. El matrimonio, en fin, en vez de contrariar la marcha providencial de las generaciones, es su único canal de locomoción, por decirlo así, el arca santa del género humano, y hasta nos atrevemos a creer con la convicción más profunda, el símbolo celeste de sus destinos futuros. ¿Cómo, pues, tener valor para equiparar cosas tan diversas, no en un capítulo de canónigos, ni en una tesis de claustro, sino en una cámara de senadores? No inventamos, a fe nuestra. «¡Yo veo —ha dicho el señor Solar —, que un hombre de catorce años y una mujer de doce se pueden casar libremente!» Es bien claro, por consiguiente, que en el sentir del señor senador no hay la menor diferencia, o mejor diremos, no debe haber la menor diferencia en la legislación que reglamente una y otra institución. Sin embargo, las diferencias son bien palpables, según acabamos de demostrarlo. Son nada menos que de vida o muerte.

Pero el señor Solar no ve en el matrimonio sino «un estado que tiene cargas muy pesadas, y que es susceptible de las más fatales consecuencias»; y por el contrario, en el que abraza el

monacato, ve «un testimonio inequívoco de que en ello obra *desapasionadamente* su razón». Nos cuesta, a la verdad, conciliar estas dos frases con el buen sentido característico del senador. La primera mina en su base el organismo social, y es, además de una inexactitud flagrante, una invectiva cruel que no tiene ni siquiera el apoyo de la realidad. El señor senador se ha olvidado enteramente en esas palabras de lo que es el matrimonio en sí, para no considerarlo sino desde la altura de donde probablemente lo consideran los ángeles. No ha visto ni las solemnidades que lo rodean, ni las dificultades legales que lo retardan, todo con el fin de que la razón sea siempre la lumbrera que preceda al festín nupcial. No ha visto sino una institución contraria al monaquismo, y no ha trepidado en anatematizarlo, con buena fe, sin duda ninguna, pero con injusticia. Esto puede ser, si se quiere, muy eclesiástico; pero nosotros lo declaramos antisocial. El matrimonio, como que es el resorte más vivo de la existencia de la humanidad, puede siempre tener lugar sin peligro desde que la vitalidad orgánica del hombre fija la hora conveniente. Ahí está, sobre todo, el poder paterno que guía y modera constantemente esas tendencias naturales que tanto han asustado en todo tiempo a los casuistas. El matrimonio, en suma, se verifica delante de la ley, mientras el monaquismo no se verifica sino fuera de ella.

En cuanto a que la profesión es un testimonio inequívoco de obrar desapasionadamente, menos lo comprendemos todavía. No podemos imaginarnos que el señor senador ignore que el fanatismo es también una pasión que conmueve aun más que el amor, por lo mismo que el objeto idolatrado es más grande y más alto. Para una alma ascética que no ha conocido desde sus primeros años sino las maceraciones y abstinencia preparatoria a la vida cenobítica, la existencia laical no es más que una ardiente agonía, que acabaría por enloquecerlo, si no saliese de ella. Sus pies parece que no tocan a este valle de lágrimas. Su corazón no late sino por los goces *d’outre tombe*. Su razón no

sueña sino arcángeles y serafines. ¿Dónde estaría, pues, esa inteligencia *desapasionada* que se blasona? Y si es cierto que no la hay en el que profesa lo mismo que en el que se casa, y aun mucho más, excesivamente más, ¿cómo es que no se considera prudente asignarle por barrera irrevocable la edad solo en que la experiencia general nos muestra una razón completa, esto es, la de 25 años, establecida por el senadoconsulto?

Bien ha conocido el mismo señor senador la debilidad de estos argumentos, y así le vemos echar mano hasta de las vulgaridades filosóficas. «El hombre es un ente de razón», exclama en medio de su discurso, y esto para demostrar que siendo una cosa difícil el monaquismo, conviene habituar a los adeptos desde muy temprano para que se deslicen sin sentirlo, llegado el caso. ¿Cómo conciliar esto con la razón que se les supone al escoger estado? ¿La habitud será razón en la ideología singular del señor senador? Pero esta parte la rebatió victoriosamente el señor Egaña, y nos debemos contentar con reproducir sus palabras: «Voto temporal —dijo—, como hacían los jesuitas, puede hacerlo todo religioso en Chile; y no solo lo dice la ley, sino que el mismo gobierno lo ha expresado así en una correspondencia que sostuvo con el señor arzobispo que renunció. Tampoco ha podido prohibir que se entre a un convento desde doce a catorce años para poder adquirir ese hábito religioso. Pueden entrar cuando quieran hasta que cumplan la edad; pueden adquirir en todo este tiempo ese espíritu religioso, y esas disposiciones necesarias para ser útiles a la iglesia y al estado. Estas son las disposiciones que hay sobre el particular».

Terminaremos por ahora nuestro artículo con esas cuerdas palabras, que encierran casi toda la cuestión que los recoletos han creído útil promover. La materia es demasiado vasta, y exige ciertamente más dilucidaciones históricas y fisiológicas para deslindarla bien que las de estos renglones, que

escribimos a toda prisa solo por sentar la cuestión, y protestar que no estamos conformes con las opiniones del señor senador que refutamos. Después, quizá, cuando el proyecto pase a la cámara de diputados, especialmente si le vemos signos de viabilidad (lo que dudamos mucho), tomaremos la pluma de nuevo, y nos ocuparemos largamente de las órdenes monásticas en su origen y fines, seguros de demostrar a la evidencia que es conveniente, no solo civil, sino también religiosamente, el mantener entre nosotros en la más estricta observancia el senadoconsulto, que ampliando el concilio de Trento en una materia en que podía ampliarlo, ha fijado para profesar definitivamente la edad de 25 años. Al presente, basta lo que dejamos dicho para señalar la bandera a que pertenecemos en esta cuestión que ha surgido casi al fin de las sesiones parlamentarias, y que probablemente no tendrá solución sino el año que viene.

El dieciocho de setiembre de 1845
(*Progreso* del mismo día)

La prensa saluda todos los años el pasaje de este día, marcado en la historia de Chile con un sello indeleble. Las preocupaciones del momento, los intereses actuales lo revisten a su manera y lo engalanan de colores diversos; la expectación de los espíritus le da nueva vida, y evocado, por decirlo así, del sarcófago del gran panteón de las épocas que han pasado sobre un pueblo, se levanta el *Dieciocho de setiembre* plácido y benigno para los unos, sañudo y amenazador para los otros. Cuál lo toma por un reproche sangriento y un baldón de la época presente, cuál por la mano paternal del genio de Chile que bendice, en los resultados que hoy presencia, la realización de las promesas que hizo en 1810 a las generaciones venideras.

El *Dieciocho de setiembre* puede enhorabuena batir sus alas gigantescas sobre nuestras cabezas, cernerlas largo tiempo para darse espacio a fin de escudriñar la serie de hechos que presencia, las instituciones realizadas, las ideas que han triunfado, las que aún pugnan por abrirse paso, las esperanzas y los temores que el porvenir inspira.

Bella y lógica sucesión en la marcha de los progresos humanos, el *Dieciocho de setiembre* de 1810 abre una nueva página en los fastos de Chile. Tres siglos antes de aquel día,

vagaban por su suelo inculto hordas de hijos rudos de la naturaleza, el salvaje habitante de los bosques, el hombre materia, el animal hombre; pero que se presta con el largo trabajo de los siglos a ser el nombre inteligente, el hijo de Dios a su imagen y semejanza. ¿Por qué necesita tan larga infancia, tanta preparación para separarse de la masa de materias animadas, hasta convertirse en dominador de la materia, en soberano de la naturaleza, con los progresos lentos de su inteligencia? ¡Y gracias si allá en la noche oscura de los tiempos pudo salir una aglomeración de hombres sin auxilio de otros, venidos de qué sé yo dónde, a quitarle la venda de los ojos, a compelerlo a ser hombre y desarrollar su razón!

No maldigamos ya a la España y a sus hijos animosos, que arrebataron este suelo privilegiado a sus indignos poseedores. La colonización y la conquista son las horcas caudinas por donde pasan todos los pueblos primitivos, todos los retardatorios de la humanidad. ¡Ay del que se queda atrás en el camino que la civilización recorre! ¡Ay del que es arrojado lejos del torbellino en que se agitan los grandes pueblos! Por la colonización española, Chile fue añadido a la gran familia del mundo cristiano; por el *Dieciocho de setiembre*, esta adquisición que un pueblo europeo hiciera, se alzó nación, y figura hoy en el mapa de la superficie de la tierra. Podemos, pues, olvidar la torpeza de la mano que nos levantó de la nada antigua, por la valentía y dignidad con que supimos desasirnos de ella.

Otros sentimientos que el encono con los vencidos se avienen mejor con la memoria del *Dieciocho*. A la larga quietud de la colonia, se sucede el agitado movimiento de la república, como a la inacción del feto, con el nacimiento, sigue el ensayo de fuerzas inexpertas, pero que crecen y se desarrollan con el lapso del tiempo, hasta que a la infancia se sucede la virilidad, la madurez y la plenitud de la existencia. ¿Ha llegado para nosotros esta última y suspirada época? ¿Quién dudará que si

no nos acercamos a ella, vamos muy más adelante que muchos otros de los pueblos americanos que se lanzaron junto con nosotros en la carrera que nos señalaba el genio de la América? ¡Cuántos vagan aún extraviados y como dando vueltas en torno de su cuna! ¡Cuántos han dado caídas terribles, y enseñan desalentados las sangrientas heridas que se han hecho! ¡Cuántos, en fin, extenuados por la larga fatiga, alzan las manos destrozadas, llamando a los que se aproximan para que los ayuden a levantarse!

Chile ha sido hasta aquí uno de los hijos mimados del destino; para él han sido economizadas la mitad de las pruebas duras a que los demás han sido sometidos; para él, el camino ha sido allanado para que su marcha le sea más fácil. Desde 1810 hasta 23, ocupa sus fuerzas en desatarse las ligaduras que hasta entonces lo aherrojaron; desde 23 a 28, ensaya sus fuerzas vigorosas, pero sin regla que las dirija y modere; desde 28 a 33 prueba instituciones como báculos más o menos firmes para apoyarse y no zozobrar; desde 1833 a 1840, siente la mano fuerte de un genio que se le pone por delante y contraría sus movimientos para que afirme sus pisadas, para que marche después sin vacilar y sin extraviarse; de 41 hasta el *Dieciocho de setiembre* de 1845, su paso es seguro, desenvuelto; lleva Chile sus miradas elevadas, y se siente libre, civilizado en sus instintos, animado del soplo vivificante del espíritu del siglo XIX. ¿Está para siempre asegurado de no extraviarse siguiendo luces fosfóricas, mentidas antorchas que se desprenden del fango impuro? ¿No hay ya para él escollos en que vaya a estrellarse desapercibido, cual muchos de sus hermanos que creyeron llegar más pronto a la meta, porque se extenuaban en una carrera violenta hasta caer rendidos por la fatiga?

¡Alejemos de nosotros temores tan infundados! Todavía el *Dieciocho de setiembre* pasará muchas veces sin que Chile haya hecho alto en su gloriosa carrera, sin que se desencadenen las pasiones criminales, cuyos aullidos se oyen

hoy, como los de lobos hambrientos, a la vista del redil que les estorba devorar la presa que codician, aullidos impotentes, que van a perderse sin ecos en el espacio; avisos para que vigilen los que tienen a su cargo el depósito sagrado de los destinos de Chile, de los que ante la América, ante la Europa, ante la humanidad, ante Dios, han de responder de este Chile que se les entregó floreciente y que han hecho brillar por cinco años.

¿Van a dejarlo hundirse en el abismo que quieren cavarle bajo sus plantas un puñado de hijos espurios de la libertad? En nombre de esas mismas leyes, de esa patria misma que se preparan a desgarrar, ¿va a eclipsarse por años sin fin la estrella chilena, cuyos rayos han ido a reflejarse en todos los puntos de América y han sido vistos desde la Europa, complacida de llamar al pabellón que lo lleva, su hijo predilecto, su representante en América? ¡Temores quiméricos! ¡Farsa de anarquía que intentan simular, como un espantajo ridículo, hombres sin conciencia, sin dignidad y sin prestigio! ¡Chile encierra en su seno elementos de orden y prosperidad rebeldes a los araños impotentes de estos demagogos; y la gloriosa marcha que ha llevado hasta aquí, los progresos que le envidia la América entera, no han de detenerse ante granos de arena; ni la majestad de su augusto vuelo eclipsarse por vapores que la presencia del sol disipa, que la brisa de la mañana ahuyenta! ¡Sí! ¡*Dieciocho de setiembre*, genio protector de Chile, volverás a desplegar tus robustas alas sobre este suelo afortunado, sin tener que derramar lágrimas, sin cubrirte la augusta faz, como el *Veinticinco de mayo* en otra sección americana pasa tristemente y desconsolado sobre la tierra en que sembró libertad y crecen hoy abrojos; de donde ahuyentaran sus hijos a *tiranuelos* peninsulares, y alza hoy su sangrienta cabeza un monstruo abominable, hijo de las masas que se trata de conmover aquí para que de entre sus preocupaciones salga un imitador que haga descender a Chile del rango elevado que hoy ocupa, y deje de ser el teatro de la

civilización, el ejemplo y el modelo de la América!

Memoria sobre las primeras campañas
de la guerra de la independencia de Chile
(*Progreso* de 3 de octubre de 1845)

Tal es el título de la *Memoria* presentada a la Universidad en el segundo aniversario de su instalación por el señor don Diego José Benavente, miembro de la Facultad de leyes y ciencias políticas; y debemos decirlo, aquel título ha sido justificado plenamente por el acertado desempeño del autor que, como lo dice en su prefacio, «tiene sobre muchos la ventaja de haber presenciado los más gloriosos hechos de armas ocurridos en las primeras campañas de la guerra de nuestra independencia, cuyos campeones o testigos van desapareciendo rápidamente, sin legar a futuros escritores los preciosos materiales que poseían para la historia, o cuando más, dejándolos consignados en recuerdos tradicionales que se adulteran o desfiguran cada día; pero tiene también la desventaja de encontrarse todavía muy próximo a los personajes que intervinieron en esos hechos, y aunque procura desnudarse de toda preocupación para apreciarlos, cuando sea indispensable, será también juzgado con prevención por aquellos que desean siempre ensalzar a sus amigos y deprimir a los que no lo fueron». El temor del señor Benavente no ha sido quimérico; y no bien su *Memoria* ha visto la luz pública,

cuando en el *Diario de Santiago* no ha faltado quien le envíe uno de esos datos que tan fácilmente lanza la malevolencia de los ociosos, que incapaces de ocuparse de trabajo ninguno útil para el país, saben hallar los defectos en que incurren los que los hacen. «Todos están al cabo —dice *el patriota de todos tiempos*—, de la bien merecida reputación por sus virtudes y patriotismo, de los ilustres miembros del gobierno supremo, y de todos los que cooperaron a arrancar del poder de los Carreras el ejército libertador, etc.» He aquí una gran lección histórica y un grande argumento. Todos están al cabo, y ya no hay más que tratar. ¡No se escriba la historia, no se diga una palabra, porque todos están al cabo! Con tanto gasto de erudición y de trabajo, se emprende la refutación de un trabajo serio, sin economizar el ultraje para el que lo emprendió.

Lo que nosotros sentimos es que el señor Benavente, preocupado de la idea de mostrarse imparcial y como temeroso de descubrir sus simpatías por los Carreras, no se haya abandonado, al trazar sus recuerdos históricos, a esas mismas simpatías políticas que le tachan sus adversarios. Este habría sido el principal mérito de su trabajo. Un cronista testigo y actor de los hechos mismos que refiere, es no solo un escritor, sino también una de las fisonomías de la época que el historiador futuro ha de contemplar para juzgar el espíritu, pasiones e ideas dominantes de la sociedad en un período. Sus preocupaciones mismas, sus injusticias y sus errores, le suministran datos preciosos para explicarse los acontecimientos. El cronista, además, obedeciendo a sus inclinaciones, escribe con animación y da colorido a sus cuadros por el interés que lo mueve. Un hombre, sobre todo, que ha figurado en aquellos hechos, que ha consagrado su existencia a ciertas ideas y personas, que ha existido, por decirlo así, para un partido político solo y como obstáculo para otro, no puede sin contrariarse a sí mismo, sin quebrantar su propio corazón y atormentar su espíritu, imponerse una fría

imparcialidad que no tiene ni puede tener. Hubiéramos querido ver en la *Memoria* del señor Benavente al partidario de los Carreras, al amigo y prosélito de aquel bando chileno que tantos bienes y tantos males causó a Chile, sin que para ello fuese necesario que derramase el baldón ni el vituperio sobre el partido adverso. ¿Qué habría de particular en esto? ¿Quién se lo habría vituperado? ¿Quién le habría exigido que en 1845 el senador Benavente, fuese otro que el capitán Benavente de 1813 cuando se trata de trazar el hilo de aquellos grandes acontecimientos de que fue testigo y actor?

El trabajo del señor Benavente se resiente un poco de esta sujeción en que sus más caras preocupaciones se sienten aprisionadas por una especie de bien parecer, a nuestro juicio, mal comprendido. Así se falsifica la historia en las fuentes mismas que debieran servir para depurarla; pues los datos presentados por los testigos presenciales de los hechos, son de una autoridad irrecusable, a menos de poder confrontarse la inexactitud o los motivos que la justifican.

Por lo demás, el bello trabajo del señor Benavente es un verdadero documento histórico que deberá ser consultado siempre. En él se ha conservado el autor, como lo había anunciado, redactando sucesos que presenció, en el lenguaje sencillo de un soldado y con la veracidad de un hombre concienzudo. Sin pretensiones literarias, sin escuela, sin teoría particular para explicar los acontecimientos, sigue el hilo de ellos, insertando acá y allá los documentos históricos que posee, aludiendo a otros, y apoyándose siempre en datos positivos, según la mente de la Universidad en esta clase de trabajos.

Las reflexiones morales con que de vez en cuando acompaña a la narración, son adecuadas, y no pocas veces se resienten de las impresiones del momento presente. «Si en vez de esta menguada resolución —dice hablando de la que tomó la junta que en 17 de noviembre de 1812 decidió declarar la

guerra al Perú—, en vez de esta menguada resolución, se hubiese investido con amplias facultades al general Carrera, único hombre en aquel tiempo capaz de poner en movimiento los medios de defensa que el país poseía, y si la opinión pública le hubiese prestado su apoyo ¡cuántos males se habrían ahorrado a Chile y a esta parte de la América! Pero, al contrario, se continuó la táctica de presentarlo como aspirante y como tirano; táctica fatal que más de una vez ha empapado en lágrimas y sangre el suelo americano, que ha retardado su libertad y el sólido establecimiento de las instituciones republicanas. He conocido entre nosotros algunos hombres que podrán haber tenido deseos de ser tiranos, pero ninguno que tuviese las cualidades necesarias para establecer una tiranía duradera, y por eso los hemos visto desaparecer como fugaces meteoros; mientras que el solo temor nos ha arrastrado muchas veces a la anarquía, situación mucho peor, que causa mayores desgracias en un día, que en años la tiranía, porque esta es siempre el último resultado de aquella. ¡Así caen los pueblos incautos en los lazos que con exagerada previsión quieren evitar!»

Estas reflexiones, hijas de la madurez de su espíritu, eran sin embargo, extrañas a la época de la revolución. El señor Benavente hablando de la junta de cinco individuos que se estableció, «en imitación —dice—, de la de Buenos Aires, espejo entonces de nuestros hombres de Estado y modelo que pretendían copiar aun con sus mismas deformidades», no da la razón de los errores de la época. En Buenos Aires, se imitaba a la vez la última faz de la república francesa, formando directorios de cinco individuos, por no confiar a uno solo el mando supremo, por los mismos temores de tiranía que los patriotas abrigaban en Chile. Así, pues, los errores dominantes en Europa venían a reflejarse en América, y producían todos sus malos resultados.

Extrañamos, con motivo de esta alusión a Buenos Aires del

señor Benavente, que nada nos haya dicho de los vínculos, ya secretos, ya públicos, que ligaban a los revolucionarios de esta y de la otra parte de los Andes; silencio que hace aparecer esta revolución desligada de aquella, y como dos movimientos instintivos y coetáneos, pero sin relaciones de familia y sin recíprocas inteligencias. Sin estos antecedentes, viene como exabrupto el incidente de haber pasado trescientos hombres a Buenos Aires. Creemos que el autor, sin quererlo, ha sido víctima de una preocupación que aqueja hoy a los espíritus vulgares, y que se trasluce en casi todas las publicaciones de la prensa, a saber: el conato de disimular la parte activa que en los acontecimientos pasados tuvieron los estados vecinos, como si tal cooperación perjudicase a la nacionalidad de los grandes hechos de la revolución. Por largo tiempo todavía se sentirá esta inútil injusticia que lleva a muchos escritores a falsificar los hechos y desfigurar la historia.

Tratados de educación hemos visto en que, hablando de Chacabuco, se llama *los independientes* al ejército de San Martín, a trueque de no decir el ejército argentino, y el día de la batalla de Maipú, la prensa trata siempre de ocultar bajo el pabellón chileno la bandera amiga que flameaba en el cuartel general. Esta propensión es disculpable en cuanto es casi indeliberada. Un estado que empieza a serlo, mira con desagrado las andaderas que le sirvieron para abandonar la cuna, hasta que sintiéndose demasiado fuerte, puede sin rubor echar una mirada complacida y aun de gratitud sobre aquellos desusados instrumentos de su infancia. Tal es lo que hoy empezamos a ver en Chile. El gobierno ha sido el primero en levantar su voz para honrar la memoria de San Martín y de O’Higgins, y algunos escritores de la época, se muestran sin preocupación y sin rebozo amigos de todos los grandes hombres de la revolución, admiradores de Carrera y O’Higgins a la par, perdonando sus mutuos extravíos, y no viendo en ellos, como en San Martín y tantos otros patriotas, sino los más

claros servidores del país.

Pero dejando a un lado estos ligerísimos defectos, que en manera ninguna empañan el lustre del trabajo del señor Benavente, su *Memoria* está destinada, como documento histórico, a hacer un importante papel en nuestra naciente literatura nacional, y a elevar la reputación bien merecida, que el autor goza, de escritor concienzudo y político inteligente.

La *Memoria* de que nos ocupamos hace un juego admirable con la del señor Lastarria, que es como la introducción calculada para este trabajo.

Biblioteca de autores españoles
publicada por don Manuel Rivadeneyra
(*Crónica* de 25 de marzo de 1849)

La América española presenta en nuestra época un fenómeno nuevo en la historia de las colonias. Las repúblicas sudamericanas tienden a separarse cada vez mas, a medida que progresan, de la nación que antes fue su metrópoli, no ya en sus instituciones que con razón han repudiado, sino también en las ideas mismas y aun en los gustos literarios. En América, entre las personas que cultivan la inteligencia, circulan con más abundancia que las españolas las obras de los autores franceses en historia, bellas letras y política. Esta necesaria transformación y aquella desviación de las antiguas tradiciones nacionales, trae sin embargo un inconveniente, y es la inevitable adulteración de las formas del idioma, si al mismo tiempo que se beben las ideas de otras naciones más avanzadas, no se cuida de depurarlas de todo limo extraño, por el estudio de las peculiaridades de la lengua castellana.

No es de ahora que se nota en los escritores americanos la propensión a separarse de las tradiciones de la lengua. Puigblanch, autor español correctísimo, observaba este hecho en 1825 en Londres, dándolo como general y apuntando sus inconvenientes y los medios de remediarlo. Aquel autor parecía acusar entonces de galicistas a Bello, García del Río, Irizarri,

Restrepo y otros escritores americanos que residían en Londres, si bien entre nosotros pasan, merecidamente, como modelos de pureza en la dicción castellana.

La alta estima de que los buenos estudios sobre la lengua gozan en Chile y otros puntos de América, debida a los trabajos de Bello y otros, no quita que haya escritores de alguna nota que, apreciando en poco la castiza severidad de la dicción, contribuyan con su ejemplo y sus escritos a popularizar lo que se llamaría adulteración innecesaria del idioma.

Viene este mal de lo poco conocidos que nos son los autores de las épocas en que la literatura española, y por tanto idioma, prestó señalados servicios a la cultura de la inteligencia; y como los libros modernos de la península nos son de poca ayuda, resulta en la expresión de las ideas aquella desviación de que venimos hablando. Ni es exclusiva de América esta poca frecuencia de los libros que han servido a lijar el idioma castellano. Don Buenaventura Aribau, en el prospecto de la publicación de la *Biblioteca de Autores Españoles*, se expresa así refiriéndose a la España:

> Así es que entre muchos esclarecidos escritores que ilustraron la nación y que de cualquiera otra serían el orgullo, harto es que de alguno conozcamos el nombre, y tal cual título de sus producciones, que hubiéramos leído sin duda, si la ocasión nos las hubiese deparado. La mayor injuria que en esta parte suelen hacernos los extranjeros, es la de llamarnos negligentes y poco apreciadores de nuestras glorias; los más acusan a nuestra literatura de pobre, desmedrada e indigna de la fama que obtuvo en su tiempo, y que intentan restaurar los que entre ellos han saboreado su delicadeza.
>
> Contra tan injusta prevención se han dirigido elocuentes apologías y apreciables colecciones: las

> primeras poco eficaces, porque desnudas de pruebas y documentos, se han atribuido a ciega y desmedida vanagloria nacional; las segundas incompletas, porque ya se limitan a un ramo determinado de literatura, ya se componen de trozos escogidos como modelos de bien decir o de elevados pensamientos, sin enlace con el resto del escrito, y sin fuerza, por lo mismo, para dar a conocer su verdadero mérito, el cual frecuentemente, más que en su intrínseco valor, consiste en su oportunidad y colocación.

Esta es, en efecto, la obra que emprendió don Manuel Rivadeneyra, y que ha llevado felizmente a cabo, en una gran parte en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de la cual van ya publicados nueve o diez volúmenes, con grande aplauso de todos los que conocen las dificultades que han debido vencerse, y mayor honra de las letras españolas que logran, por fin, ver reunidas sus diversas piezas en un solo cuerpo, y como codificadas para instrucción de los que hayan de cultivarlas en lo sucesivo.

La empresa de don Manuel Rivadeneyra, de grande auxilio para los españoles, es un don precioso para los americanos, que, más que aquellos, necesitaban tener a la mano una colección de los autores españoles, para consultarlos como antecedentes necesarios de su idioma, y como correctivo indispensable de los vicios de lenguaje que pudiera ir deponiendo la labor del tiempo, la distancia, y aquella falta de comunidad de intereses y de vida política que ha creado la independencia americana. Los *Autores españoles* están, pues, llamados a llenar en el estudio de toda persona que aspira al dictado de instruida, el lugar de obra elemental y de diaria consultación, independientemente del interés que inspira la lectura de aquellos monumentos en que descuellan las obras de Cervantes, y de los Moratines, los romanceros, y los

historiadores en prosa y en verso de la conquista de América.

La gigantesca obra de nuestro buen amigo don Manuel Rivadeneyra reúne a su mérito intrínseco, la interesante particularidad de haber sido concebida en Chile, en la época en que aquel consumado tipógrafo se contaba en el número de nuestros artistas. Oímosle, en efecto, en aquellos tiempos de luchas literarias, de romanticismo y clasicismo, deplorar la escasez de los autores españoles cuyas obras eran tan poco conocidas en América, contando que a conocerlas mejor, les rendiríamos, los que nos empeñábamos en apocarlas, la merecida justicia.

Entrarán en la *Biblioteca de Autores Españoles* los prosadores y poetas americanos, como miembros muy distinguidos de la familia inteligente de la España, y más dignos de ser conocidos en la Península y en toda la América, de lo que son en efecto. Nuestras simpatías por la obra y por el artífice abonan demasiado el propósito para que no lo recomendemos encarecidamente a nuestros lectores, pidiendo las suscripciones que tiene derecho a esperar de Chile, el país que más honra las tradiciones de la lengua, y que más conoce y estima el mérito de don Manuel Rivadeneyra.

Biblioteca americana
Su necesidad en Chile
Prospecto
(*Crónica* de 16 de diciembre de 1849)

Marcha la civilización entre nosotros con tardo paso, invade del exterior hacia el interior, muéstrase en la corteza y penetra con dificultad en el fondo.

Aquéjannos las necesidades que los gustos civilizados desenvuelven, sin que mejoremos nuestros medios ni la cantidad de las producciones. Viene el artefacto, y la máquina que lo produjo se queda allá. Las instituciones mismas que tomamos a los pueblos que han progresado en el conocimiento del derecho, caen sobre un terreno que no ha preparado la rectitud de la conciencia pública; la cámara se vuelve club, la mayoría familia, la municipalidad conspiración, y el gobierno mismo anarquía. Bulle en la juventud el deseo de señalarse, y se muestra en propósitos, palabras e ideas que sentarían mal en la vejez escéptica, desmoralizada por el desencanto. El patriotismo degenera en desdoro de la patria, el espíritu de reforma en revuelta disolvente, la opinión en cinismo de ideas. Tras los pliegues graciosos de las cortinas de nuestros salones, están ocultas las deudas de nuestros propietarios; detrás del mostrador del comerciante, el desorden de sus cuentas o la bancarrota que no puede evitar. Y todo esto marcha sin

embargo, y se complica, y se estimula de día en día, hasta el momento no muy lejano, en que todas las vallas sean rotas, las cuerdas elásticas no puedan dar más de sí, y desborden las pasiones irritadas por el malestar, los intereses chasqueados, las instituciones mal basadas. Y cuán amargos sean todos estos resultados, cuán terrible el descalabro, no debemos atribuirlo a otra cosa que a los progresos de la civilización, que disuelve la vieja sociedad, que pone en evidencia sus defectos y su incapacidad. Nosotros nos hemos preocupado de esta situación, y esforzádonos en señalar las llagas para que otros las apliquen remedio. A los propietarios hemos dicho: vosotros gastáis al año tanto o más que el propietario europeo y norteamericano, ocupáis diez veces más extensión de tierra; pero producís diez veces menos cereales, y os arruináis y arruináis al país. Vuestra cultura es incompleta; vuestros caminos no son viables; vuestros mercados no os están expeditos. Mejorad por la inmigración el instrumento de la producción que es el trabajo inteligente, ocupad la tierra que mantenéis en eriales, y habréis saldado vuestras cuentas. Al gobierno hemos dicho: ¿queréis tener por base la voluntad nacional? educad entonces la masa en que debéis apoyaros. La instrucción pública está en el mismo estado de barbarie que las campañas. Por cien cuadras labradas, hay mil en estado de naturaleza; por un hombre que ha cultivado su inteligencia, hay diez mil que no tienen sino pasiones animales, apetitos.

Si los datos estadísticos recogidos por el gobierno bastaran a ilustrar esta cuestión, sobrarían cálculos matemáticos que mostrarían cuán reducido es el número de hombres que han alcanzado o adquirido conocimientos que los habiliten para juzgar con acierto en las múltiples cuestiones que la vida pública trae consigo. ¿Cómo se trasmiten las ideas a las sociedades? Es claro que por la educación de la infancia, por el espectáculo de los hechos, y por los libros. ¿Cuáles son los libros que más circulan entre nosotros? Es claro también que

aquellos que nuestras prensas producen; porque son ellos los que circulan en mayor abundancia, los que pueden llegar a manos de millares.

Analizando, pues, estos libros, puede hacerse la autopsia del pensamiento público, levantar el cuadro de las ideas nacionales. Los libros se dividen en tres clases: 1.ª los tratados elementales de educación, y debemos decirlo en honor del país, en ninguna de las colonias españolas, son más numerosos, que aquí ni abrazan mayor número de ramos, si bien el progreso mismo hace notar vacíos deplorables; 2.ª las novelas que se colectan de los folletines, de las cuales circulan ya en el país millones de ejemplares; los diarios que van a remover los espíritus, arrojando la luz y la confusión, el progreso y la anarquía, guiando y extraviando, edificando y desmoralizando; 3.ª las obras serias que se imprimen bajo la protección del gobierno, y que pocos leen; y uno que otro libro original, que viene ya por serlo, desfavorecido en los ánimos.

Mientras tanto, ¿cuáles son los libros que forman el caudal de los conocimientos que difunden las ideas y nivelan, digámoslo así, el sentir de una gran mayoría? ¿Son, por ventura, los libros que trae el comercio europeo? ¿Pero qué obra hay que se distribuya en el país a mil ejemplares siquiera? Y aun en aquellos libros tenemos que establecer distinciones marcadas. O están en extraño idioma, y entonces son el patrimonio de unos cuantos, o vienen traducidos al castellano, y entonces adolecen de los mismos defectos que los nuestros, porque el librero de París o de Barcelona, consulta en la impresión la seguridad de vender sus productos, por lo que allá como aquí huyen las imprentas de dar a luz obra seria ninguna. Treinta ediciones se han hecho en español de los *Misterios de París*, y no sabemos que se haya hecho una sola de la *De Democracia* de Torequeville, o de la *Historia de la civilización* por Guizot. Así, pues, el pensamiento español está encadenado por su propia pobreza, semejante a aquel hidalgo que, no

teniendo zapatos, se muere de hambre porque no puede salir a buscar los medios de subsistencia.

No es de hoy, ni de Chile, que nace la idea que vamos a proponer a los hombres que se interesan en el progreso de las luces, pues sería inútil que nos dirigiésemos a los que tienen posibles para hacer sin gravamen erogaciones bien recompensadas. En Francia, en Inglaterra, se han emprendido sucesivamente publicaciones de libros por series, con el ánimo de popularizar los conocimientos y suministrar a un gran número los medios de instruirse. Así, los libros clásicos, se han hecho populares, como las enciclopedias y las bibliotecas. En Norteamérica no hace veinte años que se emprendió con suceso la publicación de la *Librería Familiar*, colectando en una sola forma y tamaño las obras más importantes de la lengua inglesa. Para dar una idea de lo que la *Librería Familiar* importaba, citaremos los nombres de algunas de sus obras: *Historia de los hebreos*; *Vida de Lord Nelson, de Alejandro el Grande, de Napoleón, de Byron, de Mahoma*; *Historia de la Biblia, Demonología y brujería, Descubrimientos y aventuras en África, en los mares polares*; *Antiguo y moderno Egipto*; *Palestina o la Tierra Santa, Vida de los primitivos navegantes*, etc.

Más tarde, y eso en 1842, el *Board* de educación de Boston sancionó la publicación de una colección de obras, llamada la *Librería de las escuelas*, que tenía por objeto formar bibliotecas de lectura para los niños de las escuelas. Puede juzgarse de su importancia por los libros que contiene: *Vida de Colón*, por Washington Irving; Paley, *Teología natural*, *Vidas de hombres eminentes*, las *Artes útiles* en conexión con las aplicaciones de la ciencia, el *Compañero del hacendado*, los *Principios de la ciencia*, aplicados a las artes mecánicas y domésticas, a las manufacturas y a la agricultura, etc.

¿Por qué en Chile no se intentaría algo parecido que trajese por resultado difundir en el país, a la vuelta de diez años, una

masa de conocimientos sobre una gran mayoría de lectores? ¡Cuántos libros sobre historia, geografía, viajes, artes caseras, historia, agricultura, política, podrían de este modo circular en el país, y dejar en la cabeza de cada uno de los que leyesen ideas útiles, nociones exactas, conocimientos variados! Dos mil ejemplares de un libro suponen veinte mil lectores, y veinte mil lectores en Chile, pueden ser una palanca de progreso superior a la resistencia de la inercia.

La realización de esta idea es posible en la parte material. Es posible hoy, y no lo era ayer, porque se han importado en el país los elementos necesarios para su ejecución. La imprenta de Belin y C.ª está en aptitud de responder a todas las exigencias, baratura de costos y belleza de ejecución. Ha importado máquinas que, facilitando el tirado de las prensas, bajan el costo de la producción, y pueden dar vado al trabajo de cien cajistas continuamente empleados. Hay más todavía, y es que esta imprenta ha sido calculada para este fin. Crear la producción, extenderla y generalizarla, es la única manera de formar grandes establecimientos de industria; pues los remiendos, memorias, opúsculos y diarios que dan a luz nuestras prensas y satisfacen las necesidades públicas, no bastarían, aunque todos se reconcentrasen en una sola imprenta, a dar provechos y ocupación al tiempo de los empresarios. El mal éxito de las imprentas de Chile, sin excepción de una sola, ha probado en veinte años que no hay materia de trabajo lucrativo para una sola.

Pero la esfera del trabajo y de la edición de libros no pueden hacerla los impresores, sin contar de antemano con una colocación segura de sus productos, y para un trabajo seguido y que absorbe capitales cuantiosos. Una *Biblioteca Americana* compuesta de los mejores libros europeos, dando un volumen por mes, podría, sin embargo, realizarse por una asociación de suscriptores en toda la república, que respondiese, por una cuota anual, de los costos de la edición. En Chile debe haber

dos mil personas que necesiten leer cosas útiles, y dos mil suscriptores harían los costos. La imprenta Belin contrataría las ediciones a tanto el pliego de tal tipo, pudiendo hacerlo a precios infinitamente más bajos que los corrientes, por los medios mecánicos de que puede hacer uso.

Para la realización de esta idea, se procedería así:

Los diarios anunciarán el propósito a sus suscriptores, y las personas que deseen ver llevado a cabo este propósito, solicitarán a sus amigos, a fin de engrosar el número de asociados.

Una reunión de socios en Santiago nombrará una comisión de personas, que por sus luces y probidad, inspiren toda confianza, la cual, organizada y reglamentada, procederá a designar las obras que han de publicarse el primer año; ajustar su precio según las bases generales propuestas por Belin y C.ª, y designar la cuota anual que cabrá a cada socio, y la manera de cubrirla.

Cuanto mayor sea el número de socios, tanto menor serán las cuotas, porque los productos de la imprenta están basados en estas proporciones: si quinientos ejemplares de una obra cuestan cien pesos, mil ejemplares no cuestan doscientos, sino ciento cincuenta; y dos mil no costarían más de doscientos, es decir, el doble de lo que habrían costado quinientos. Sería condición previa de la asociación el término de dos años forzosos en que habían de empeñarse los socios, porque debiendo emplearse capitales en material de imprenta, la empresa correría el riesgo de que sucumbió don Claudio Gay por no haber asegurado este requisito.

La realización de este proyecto traería para el país la formación de un gran establecimiento tipográfico que daría ocupación a cien o doscientos obreros; procuraría trabajo retribuido a los jóvenes que pueden traducir del inglés, francés, italiano, etc.; proporcionaría a los habitantes

acomodados de las provincias y campañas, alimento continuo a su curiosidad, y solaz agradable a sus tareas, quedando al mismo tiempo un capital en libros que beneficiaría a sus hijos, deudos y amigos.

Esperamos que esta idea sea acogida por los hombres inteligentes de Chile con el interés que a nuestro juicio merece. Para contribuir a ella no obstan las divisiones de partido; pues que los conocimientos humanos a ninguno de los que existen dañan, y la ignorancia general perjudica a todos, y los lleva a resultados contrarios de los que desean. Los primeros socios que manden a la imprenta Belin su adhesión firmada, se reunirán inmediatamente para proveer a los medios de llevar a cabo la idea y generalizarla. El Gobierno, la Sociedad de Agricultura, las Municipalidades de Chile, pueden contribuir poderosamente a su ejecución. En ninguna parte en Chile están de más buenos libros, y nunca se habrá hecho lo bastante por propagarlos.

Los luchadores Charles y Soto

(*Tribuna* de 25 y 26 de noviembre de 1850)

I

¡Y van dos! A las tres es preciso mandar a Charles ante un tribunal militar, si la expectación pública queda burlada como anoche. El estado de sitio autoriza esta demanda, y será la más popular aplicación que de él se haga. No hay público, no hay pulmones, no hay patriotismo que resista a esta angustia de quince días en que nos tiene el *rey de los luchadores*, con sus caídas de bruces, como todos los reyes, y sus levantadas del suelo, como lo acostumbran todos los reyes en nuestra época, alegando que no los han puesto de patitas debida y legítimamente; que las revoluciones que los voltean, no los han hecho asentar con las dos espaldas en tierra. Es preciso confesar que algo debe de haber de cierto, pues el hecho es que muchos de estos bichos se han salido con la suya, en Prusia, Nápoles, Baviera, y continúan siendo todavía los reyes de los luchadores de sus respectivos países.

El caso de Charles y de Soto es grave, y debemos tratarlo con circunspección. Es un asunto popular en Santiago, que tiene la opinión pública agitada, divididos los pareceres, y a la Inglaterra decidida en nuestro favor; que no ha podido aclarar el reglamento de la lucha, ni el jurado, ni la municipalidad, ni la

opinión pública.

Charles, el rey de los luchadores, tiene una figura de jabalí, el andar sin gracia de un hipopótamo, las coyunturas duras y trabadas de un tigre. Cuando quiere hacer una cortesía al público, se inclina como si le tiraran una cuerda y las roldanas resistieran para comunicar la impulsión. Chico, chato, ancho de espaldas y panzudo, debe comer como un buitre, y oler a carne cruda, porque debajo de esa piel de búfalo norteamericano, no hay una sola gota de gordura. ¡No te engañes Soto! Esa mole desairada es una montaña de huesos, músculos y tendones endurecidos. ¡Qué diferencia con Soto! Soto, el carpintero del Parral, de veintiséis años de edad, tiene toda la belleza típica del Hércules Farnesio. ¡Qué admirable proporción de sus miembros! ¡Qué pantorrillas y qué muslos torneados, sosteniendo un dorso acentuado, flexible, espacioso y correcto! ¡Qué modelo para la escuela de pintura! El luchador de Santiago pone a mal traer al rey de los luchadores. Sin que Soto fuera chileno, las simpatías del público estarían siempre por él, como el tipo de la belleza masculina.

El público está apasionado, debemos decirlo, y nosotros también, a fin de prevenirnos contra los juicios precipitados e injustos.

La lucha comienza; tres luchadores pasan sobre las espaldas de Charles, como tres costales de afrecho. Esta es carne que él se ha procurado para entretener fácilmente el tiempo. En fin, se presenta Soto; mil aplausos lo embriagan, mil consejos lo dirigen y extravían. La gloria está ahí y quinientos pesos más, en poner de espaldas a aquel dado de carne que tiene por delante. La lucha comienza, se prolonga, y diez minutos antes de la fatal media hora, Charles cae de bruces, Soto se le va encima, el jurado se interpone. Soto está ciego, insiste en coger al atleta que se escabulle y nos deja burlados.

¡Aquí fue Troya! Mil espectadores están sobre los

espaldares de las bancas, la municipalidad en pie en su palco. Un payaso se presenta con un papel que quiere leer al público. ¡Nada! ¡No queremos nada! ¡Afuera Charles! ¡Que salga el francés! ¡Que lo saquen! ¡Que muera! ¡Viva el público! aquí y en todas partes es el mismo; juez, parte y ejecutor, no gusta de oír la defensa del reo. Eso es bueno para los tribunales. El público lo sabe todo ya, sobre todo si está entusiasmado, si ha sido burlado en su esperanza. La verdad es que abajo nadie sabía nada, y en las bancas de arriba, y en el proscenio ni el jurado, ni payasos, ni juez de teatro pudieron satisfacer al público, que pedía cien cosas a un tiempo, que se pagasen los quinientos pesos a Soto, que se devolviesen al público las entradas, que se retuviera el producto en favor de Soto. El juez de teatro tomó un temperamento prudente, para no ceder a la multitud demente de cólera, y fue aplazar la decisión de tan grave asunto para mañana.

Mañana viene y podemos hablar sin pasión. Charles es un charlatán, esto está fuera de duda; pero Charles estaba en su derecho anoche. Él ha celebrado un contrato tácito con el público. Media hora está a disposición de Soto para que lo ponga con las dos espaldas en tierra; ni más ni menos que los tres luchadores que habían precedido. Si cae de bruces, Soto no debe tocarlo y sí dejarlo levantar. Charles cayó de bruces, Soto se le echó encima; la constitución estaba violada, y el jurado interviniendo, Charles se retiró; pero se retiró diez minutos antes de la época estipulada, el mismo tiempo que Soto se anticipó a violar las cláusulas del convenio. Este es un punto claro como la luz. El combate no podía seguir.

Hay otra cosa sustancial. Soto tiene interés de gloria y de 500 pesos en echar por tierra en la media hora a Charles, mientras que este último tiene interés en no voltear a Soto, ni esta noche, ni mañana, ni nunca si pudiera, a fin de mantener la excitación del público y dar más espectáculos. Soto es, pues, quien debe tomar la ofensiva, mientras que a Charles la

defensiva es lo único que le conviene. Ahora daremos a nuestro simpático Soto mejores consejos que los que le da el público. ¿A qué insiste en tomar del cuello a Charles, y malgastar y agotar sus fuerzas en empresa tan descabellada? Hemos visto hombre que sin ser un Charles, se ponía un lazo al cuello por el lado de la argolla, y dos jinetes tiraban a la cincha en sentido opuesto, sin que la fuerza de dos caballos bastase a hacerle ceder un palmo; hemos visto a un hombre tirar por el pescuezo una carreta cargada de piedras hasta el tope, ¡pero Soto insiste en tomarse de un algarrobo montado en dos troncos! Si lograra voltearlo, sería de bruces, lo que es inútil según el reglamento. Luego, Soto se empeña en darle vuelta. Quisiéramos que Charles, para curar a su adversario de esta manía, se pusiese en cuatro pies sobre un colchón, y dejase a Soto dos horas forcejear para que se desengañase.

La lucha, pues, se prolongará indefinidamente, porque Charles, o no se atreve a voltear a Soto, o no le interesa de manera ninguna, bastándole defenderse; y Soto no lo volteará nunca, porque aquel huye el cuerpo, y él se obstina en tomarlo del cuello, que es como agarrar un burro de la cola.

Si Charles promete terminar el domingo la lucha, tendrá un concurso inmenso; lo demás no servirá sino a irritar al público, que en medio de sus gritos y su acaloramiento, se ha conducido anoche con admirable moderación; pero no somos un estado tan constitucional que al fin no se traspasen todas las vallas. Que se deje, pues, de bufonadas, el rinoceronte, el jabalí, el hipopótamo…

II

Parece que la cosa se mete en calor. Charles, demandado, pero no vencido, con la ciudad por cárcel, pero no puesto de

espaldas en la arena, que es la cuestión interesante, apela a los sentimientos de justicia que el público ha podido olvidar en un momento de entusiasmo.

¿Es cierto o no es cierto que Soto, arrastrado por el ardor del combate, se echó sobre Charles cuando lo vio caído de bruces? Seiscientos testigos oculares hay del hecho; el jurado intervino, y Soto fue siguiendo a Charles hasta el fondo del proscenio por apestillarlo. ¿Prohíbe el reglamento este acto? Luego, Charles está en su derecho. Sus jueces son el jurado de la lucha, y el jurado decidió en su favor. De manera que tiene en su favor el reglamento, el hecho infraganti y una sentencia. El público debe conformarse y aguardar.

Sobre todo, los amigos de Soto debemos aconsejar a este que cuando vea caer al sapo sobre sus cuatro patas, se aleje de él, antes que ir a tomarlo. El francés vive de su industria, y le conviene que haya muchas funciones. Si su adversario no se contiene en las reglas, no acabaremos nunca, y nuestro bolsillo lo pagará. No es culpa suya. Soto debe hacer más por sus quinientos pesos, o por cargar con la entrada de la próxima función. Del cogote no voltea a Charles, eso está visto. Que lo busque de otra parte, y lo hallará. Charles no lo ha de buscar, por no perder un cuarto de onza tan luego. La próxima función será espléndida y definitiva.

III

La fuerza ha apelado a la razón. ¡Oh, si así fuera siempre! La vida entonces correría como un arroyuelo de miel, y no tendríamos necesidad de recurrir a las declaraciones de sitio. Los reyes de la lucha no han querido apelar a su *última ratio* consabida para dirimir las cuestiones pendientes desde el domingo en la noche.

Soto se ha presentado al juez de teatro, es decir, al intendente de Santiago, exigiendo que su contrario le pague los quinientos pesos ofrecidos en premio, y a más setecientos pesos, cantidad en que avalúa la entrada del teatro. Para cobrar los quinientos pesos, se apoya en las razones que verán nuestros lectores en la solicitud de Soto que publicamos. Para los setecientos alega que el público en *quiebra* de sus esperanzas y mohíno al despedirse esa noche, le había hecho *cesión de bienes*. Lo cierto es, que la cuestión es complicada, y que necesitan las partes hábiles abogados para sostener el pro y el contra. Los romanos no necesitaban otro tribunal para decidir en estas cuestiones, que aquel que falla en Madrid entre el toro y los chulos y matadores. Todos los casos estaban previstos. Hasta el modo de caer muerto el atleta era cosa que muy de antemano entraba en la educación de los héroes condenados a perecer a puñetazos o a golpes de *cesto*. El fallo del público era a veces tácito; para no turbar con las voces la solemnidad de la emoción, bastábale al espectador presentar el pulgar de la mano derecha para anunciar su pensamiento y su juicio en la lucha trabada. Pero nosotros que hemos mamado con la religión el odio a los espectáculos romanos y a sus circos, en los cuales corrió la sangre de tanto mártir del evangelio; nosotros estamos expuestos a fallar mal, inexpertos como somos en esta contienda de la fuerza bruta, cuya deificación es un absurdo y un contrasentido en este siglo en que la inteligencia, por medio de los estudios sedentarios, puede encerrar en una caldera de fierro la fuerza de setecientos caballos, es decir, la pujanza de cinco mil hombres como Charles o como José Soto.

De todos modos, si la lucha se renueva, que sea bajo términos claros y en presencia del intendente, al cual quisiéramos ver en su palco. Otro pueblo menos culto que el de Santiago, habría promovido un motín el domingo en la noche. El ejemplo es contagioso. Aquella función pudo haber concluido

por una lucha general, así como concluyó por saltos y piruetas aquel cónclave de jueces graves que se había reunido en Roma para decidir si el baile español de la *cachucha* era o no contra las buenas costumbres.

Quedamos pendientes de la resolución del juez, y nuestras columnas están abiertas para cuantos quieran luchar con la pluma en favor o en contra de los reyes del puño. Queremos tanto a Soto como a Plauto, pero mucho más simpatías tenemos por la justicia. Hágase ésta plena y satisfactoria.

El traje de las bailarinas
(*Tribuna* de 30 de diciembre de 1850)

Una insinuación del señor intendente ha hecho que las bailarinas modifiquen un tanto el traje de baile, para satisfacer algunas manifestaciones de ese malestar que causan las cosas que ofenden el gusto público, que puede tener su más y su menos en materia de decencia, pero que tiene una base segura de donde partir en todas partes. Esta base es el sentimiento del decoro que es el pudor público, sentimiento que es común a la especie humana, y no pertenece a este o al otro pueblo; porque ningún pueblo en sus actos públicos podría pretender ser más púdico que los demás de la tierra.

El espectáculo del baile es común a la Inglaterra, la Italia, la Francia y el resto de la Europa, y los trajes que son admitidos como decorosos ante el bello sexo más distinguido del mundo y los padres de familia de Europa, deben ser reputados decorosos entre nosotros.

Ni el espíritu religioso más o menos desenvuelto en las diversas naciones, modifica este común sentimiento del decoro. Testigos presenciales hay en Chile que han visto a la Carlota Grisi en el teatro Argentino de Roma, bajo la inspección de las autoridades papales, bailar con el traje rigoroso de baile; y la prensa ha repetido el chistoso dicho de Pio IX sobre una corona de oro que el pueblo de Roma quería botar a la célebre

bailarina, y sobre lo cual se le consultaba. Más natural era, dijo riéndose Su Santidad, que le ofreciesen unos grillos de oro, porque no es la cabeza, sino los pies quienes deben ser premiados.

Para fijar la opinión sobre este punto, haremos algunas observaciones. Nuestros bailes españoles, la *cachucha*, el *bolero*, dejan traslucir su origen meridional, árabe voluptuoso; nuestros bailes populares, la *resbalosa*, la *zamacueca*, son más caracterizados por su tendencia a la *sensualidad*, y cuando los exagera el pueblo, van hasta la ofensa flagrante del decoro. El baile francés, tal como se enseña en el conservatorio de música y coreografía de París, creado, sostenido y rentado por el estado, este baile tal como lo baila Mlle. Dimier, pertenece a la escuela clásica, aspirando a las formas de la estatuaria, y reproduciendo todas las actitudes bellas y artísticas de que es susceptible el cuerpo humano. El arte de este baile consiste en alejar del espíritu del espectador todo sentimiento sensual, y solo conmoverlo con la sensación de lo bello, de lo artístico. Quien haya sentido otra cosa, debe empeñarse en purificar su corazón de todo resabio sensual que haya podido dejarle el hábito que tiene de ver o de bailar la *zamacueca*, remedo más o menos claro de las pasiones carnales.

La aparente desnudez de las bailarinas, desnudez que disipa una nube de gasas que el arte ha inventado para fascinar y confundir las miradas, o eclipsar las formas cuando el espectador creía haberlas apercibido, pertenece a otra cuestión importante que afecta más directamente a las bellas artes. Hacemos esta indicación para que más tarde nuestros escrúpulos no vayan a estrellarse con necesidades del estudio, o tengamos que escapar a ellas por la puerta del ridículo. ¡La estatuaria! Mañana va a pedir el maestro Cicarelli, no ya el yeso, sino el modelo vivo para el estudio de la pintura y de la estatuaria, como en Roma, so pena de no formar discípulos.

Hay una decencia pública que todos los pueblos han sentido

instintivamente, y que es menos exigente que el pudor individual. Una estatua desnuda, como las Venus de Medicis o las pintadas del Ticiano, no hace apartar la vista a una joven delicada, porque el sentimiento de lo bello y el asentimiento de la especie humana, la escudan y aquietan. Más rubor sentiría de que alguien la viese ruborizarse, porque esto descubriría que había cruzado por su imaginación una idea sensual. El arte coreográfico, pertenece a la estatuaria, a lo bello, y es comprender maliciosamente las cosas, traerlo al terreno de donde la elevación del arte había logrado sacarlo purificándolo.

¿Qué efecto han causado las modificaciones impuestas? Que se ha perdido la nebulosidad, lo indefinido, lo confuso que el arte ha inventado, sustituyendo una opacidad que da cuerpo y fijeza a los objetos.

Recordamos con este motivo que, durante el reinado de Carlos X, un celo poco artístico quiso alargar de dos pulgadas el traje de las bailarinas de la Ópera. El rey consentía en ello, por ceder a las influencias que lo rodeaban; París se conmovió, la irritación cundió en todos los espíritus, y lo que es más notable, los ancianos de la cámara de los pares dejaron traslucir de tal manera su indignación, que el rey y sus consejeros abandonaron su empeño.

Como pueblo culto, no tratemos, pues, en materia de decoro, de enmendar la plana a pueblos más cultos que nosotros; que por ser hoy más refinados en materia de gusto y de decencia que nuestros padres, hemos dejado de bailar la *zamacueca* como indecorosa e indecente.

Como cristianos, no pretendamos ser más cuidadosos de las buenas costumbres que el jefe de la iglesia católica que gobierna civilmente sus estados, y no ha intentado modificar las ideas que la parte más distinguida de la especie humana tiene del decoro público.

Estos son límites naturales de donde no nos es permitido

pasar. Más adelante está el ridículo, que persigue a todo lo que con pretensiones de singular o de exagerado, trasciende a espíritu espantadizo de aldea.

Los temblores de Chile
y la arquitectura
(*Sud América* de 9 de abril de 1851)

La tierra continúa estremeciéndose por momentos, como si el terrible sacudimiento del 2 no hubiese sido bastante desahogo a las convulsiones que agitan las oleadas del fuego subterráneo. ¿Estará levantándose la costa como en 1822, y creciendo por emersión el terreno de Chile? Raro modo de progresar sería este, y Dios nos libre de que vaya a salir del fondo del mar territorio para una nueva provincia. Los dolores de este alumbramiento de la geografía física, serían más terribles para nosotros, que las revoluciones políticas que, sacrificando a la generación presente, preparan escasos y largo tiempo cuestionados progresos para las venideras.

Santiago y Valparaíso están aún en la consternación. Sabemos de casas de campo que han sido arrasadas. Renca ha sufrido mucho. Ojalá que del sur no vengan noticias que confirmen los temores que por previsión abrigamos.

El gobierno ha mandado cerrar las oficinas, porque casi todos los edificios públicos han sufrido estragos. Se ha nombrado una comisión de inteligentes, entre ellos M. de Baines el arquitecto, y el señor Gorbea el ingeniero, para que examinen el estado de los monumentos públicos. Todos han sentido que este es el momento de ocuparse de una grave

cuestión de arquitectura civil y doméstica, nacional, chilena, por cuanto ha de tenerse en cuenta este azote peculiar al país, que afecta exclusivamente a los edificios. ¿Ha de construirse siempre en adobe crudo, y de un solo piso? ¿El uso del ladrillo y de la piedra de cantería, ha de ser proscrito? He aquí las graves cuestiones que pueden resultar del examen que de los edificios manda hacer en este momento el gobierno, y la dirección útil que puede darse al informe que pasará la comisión.

Interesa esto tanto más cuanto que el temblor es un buen estimulante para que el público ponga atención en asunto de arquitectura, en cuya solución le va la vida, el reposo cuando no la fortuna. Si la tierra gusta de temblar, es este un perverso gusto de que no debemos culpar ni a la Providencia ni al gobierno. Nuestro único medio de hacer frente al amago, es extinguir el peligro mejorando la construcción de los edificios, porque si no hubiese de caérsenos la casa encima, un temblor sería ocasión de admirar sin miedo las sublimes luchas de la naturaleza. Un temblor es, pues, para los hombres, una cuestión de arquitectura. Los hay, empero, contra los cuales el hombre nada puede oponer, y estos están fuera de cuestión. No se discuten ni el diluvio, ni los cataclismos; por eso fue asunto de burla allá arriba la pretensión de salvar al género humano en la torre de Babel.

Interesa todavía este asunto, porque los temblores sobrevienen en el momento preciso que una extraña revolución se está operando a nuestra vista. La capital colonial, la ciudad de barro y de tejas sucias, que había dejado trasformarse a Valparaíso en una ciudad europea por la belleza de sus edificios, que había permanecido insensible al movimiento de progreso de reconstrucción que habíamos notado con asombro en Londres, en Madrid, en París, en todas las grandes ciudades; la capital de Chile, en el año de 1850, casi en un mismo mes, cual si una causa común a todos los vecinos,

sugiriera el mismo pensamiento a las monjas, al presidente, a los capitalistas, y a trescientos ciudadanos, despierta de su letargo de tres siglos, y desmintiendo todos los cálculos, al día siguiente de una amenaza de perturbación política sofocada, agita en el aire millares de hachas demoliendo media ciudad, y de sus escombros hace salir con una rapidez desconocida antes, pórticos suntuosos, palacios magníficos, bazares de comercio y pasajes bajo techumbre de cristal. El ladrillo y la piedra reemplazan al detestable y bárbaro adobe, y formas nuevas, atrevidas y vistosas de arquitectura, anuncian, todavía en bosquejo, porque nada está terminado, que la capital de Chile, va a ser desde 1851 adelante, una capital digna de los progresos intelectuales del pueblo que la habita. Calles como la de la Bandera recordarán la Europa; plazas como la de la Independencia, flanqueada de portales, de palacios, de pórticos, de templos, de pasajes (un sacudimiento me interrumpe), traerán luego a la memoria la calle de Rivolí en París, o las construcciones de Bolonia o de Pisa en Italia.

Dos millones de pesos se calcula que saldrán este año de la bolsa de los ricos para pasar a las manos de carpinteros, albañiles, herreros, cerrajeros, peones, fabricantes de adobes, de ladrillos, y canteros. Dos millones más hará verter a los perezosos el temblor de 1851, que ha dejado mal paradas mil casuchas viejas y rugosas; y como no sigan adelante los sacudimientos ni nadie muera, el pueblo trabajador tiene derecho de gritar ¡viva el temblor, que hace correr plata y da trabajo! Santiago mudará la vieja y carcomida cáscara que oculta la savia robusta que circula en sus venas.

Las calles permanecen hasta hoy flanqueadas por ambos lados de dos líneas de tejas rotas, y los escombros de las construcciones nuevas que embarazan por todas partes el tránsito, dan a la ciudad el aspecto de una inmensa ruina. En este estado de cosas, y vista la necesidad de una resolución de la cuestión, *Sud América* pide la urgencia en el debate que se

propone abrir sobre la construcción civil y doméstica, llamando la atención de los arquitectos, y declarándose desde ahora, sin pretensión y sin ofensa de nadie, competente en la materia, por haber consagrado muchos años al examen de la cuestión de si los adobes han sido inventados (¡qué invención!) a *priori* o a *posteriori* de los temblores; haber observado mucho los diversos sistemas de construcción de todos los países civilizados; escrito muchas diatribas contra los adobes, y sostenido en Washington una polémica acalorada con el señor Carvallo, que defendía los adobes, como una *contrivance* contra temblores. Hay en Chile un gran partido que defiende a capa y espada los adobes.

Necesitamos establecer la cuestión para desvanecer errores arraigados, y hacer triunfar verdades útiles y trascendentales. Desde luego los temblores no se han inventado en Chile. Eran de tiempo inmemorial conocidos en Portugal, en Italia, donde están las más bellas ciudades del mundo, y donde no se construye con adobes sino con piedra durísima. ¿Se les habrá ocultado durante siglos a aquellos arquitectos maestros, las virtudes y buenas cualidades del adobe? ¿Estaba reservado a Chile la preciosa invención de este fruto incestuoso de la pereza y el miedo?

Pero los adobes no han sido inventados en Chile, ni le son peculiares; los usan en la República Argentina, donde no tiembla, y los hemos visto en España, de donde son oriundos, aunque de ordinario se construya ahí con ladrillo y piedra. Se han usado en Buenos Aires, hasta que el ladrillo ha prevalecido, y son desconocidos en Montevideo, por ser de reciente fundación.

La muralla de adobes es elástica, dicen, y cede al sacudimiento. Concedo *minorem*, niego lo primero. No hay elasticidad en los cuerpos cuyas moléculas duras no son adherentes. La prueba es que todas las casas de adobes se rajan más o menos con los temblores; y si las construcciones de

piedra o de ladrillo fuesen desventajosas, la Catedral y la Moneda, que han experimentado los temblores de 1765, 1822, 1835, y 1851, debían haber desaparecido.

Los grandes patios, añaden, son una precaución tomada por los antiguos para tener espacio para huir. Error. El gran patio es de importación española, y de origen árabe. Se encuentran los patios en Sevilla y todas las ciudades de Andalucía, y son comunes a Buenos Aires y Montevideo, donde no tiembla. Hay más; el patio viene desde los romanos, y las casas de Panza, de Nicómedes, en Pompeya, tienen tres patios como nuestras casas, y la huerta a veces al respaldo.

La precaución que tomaban nuestros mayores contra la sorpresa de los temblores, era una pieza sostenida por pilares de madera de algarrobo, donde se refugiaba la familia, y que generalmente servía de alcoba en aquellos tiempos en que todos los hermanos dormían en un solo cuarto y en el suelo los criados y criadas. Se encuentran vestigios de esta construcción en todas las casas antiguas, y están visibles hoy en el salón de composición de la imprenta de Belin y C.ª, cuya mitad está flanqueada de informes columnas de algarrobo. Cuando los palos estaban incrustados en la pared, se llamaba el rancho. Esta precavida construcción puede hoy restablecerse, sin mengua del buen gusto, pues es muy usada en varias partes, y en el Saint-Charles, hotel de Nueva Orleans, hemos visto un inmenso comedor rodeado en torno de las murallas de hermosas columnas corintias de madera que le daban la apariencia de un templo. Nuestros ricos propietarios pueden añadir este lujo a sus dormitorios, y ahorrarse los sustos, y los resfriados que hacen más mal que el temblor mismo. Los menos acomodados pueden tomar otra precaución que no demanda ni grandes costos, ni tiempo ni demoliciones. Adáptense al marco de las puertas, incrustados en la muralla por la parte interior del edificio y por la parte exterior, cuatro pilares de madera que apoyen el umbralado, lo que constituye

un cajón, sobre cuatro maderos de punta, que por esta circunstancia, son capaces, como el gigante Atlas, de soportar el mundo encima. Si el edificio cae, los que se hayan asilado en el marco de una puerta no tendrán más que taparse la boca para evitar que los incomode el polvo. Pero como en cuatro siglos no ocurre un temblor de arrasar ciudades, y de mil casas no se cae más de una, basta habituar a las familias a acogerse a las puertas así parapetadas, para salvarlas del verdadero peligro, que son las tejas. *Garde à vous*! de las tejas que caen de los techos. Si el temblor del 2 hubiese sobrevenido a las 10 de la mañana cuando las calles están llenas de gente, o las familias están en pie, habríamos tenido mil entre muertos y heridos de teja.

La otra modificación que a ciencia cierta ha experimentado la arquitectura española en Chile a causa de los temblores, es la supresión de los antepechos de la arquitectura árabe. Me había largo tiempo devanado los sesos en vano por adivinar la razón, de porqué los españoles habían edificado de azotea en Buenos Aires y Montevideo, como en Málaga y Cádiz, y esos mismos españoles, de mojinete en Santiago y en Lima. El temblor del 2 me lo ha explicado completamente. El antepecho del portal se vino al suelo en un lienzo de treinta varas. ¡Cuántas muertes debió causar a otra hora! ¡Dios sea loado! El del palacio de los tribunales está salido de su quicio por la base, y es preciso bajarlo. Las otras casas de antepecho han sufrido lo mismo. Regla general: en país de temblores no deben permitirse ni antepechos, ni pináculos sobre las puertas, ni balaustradas, si no son de madera como las de la Moneda. La policía debe entender en eso. Es asunto de seguridad pública. Nada más han hecho los antiguos en previsión de los temblores.

Ahora vamos a examinar la cuestión de la construcción contra temblores. Desde luego hay un defecto que M. de Baines ha empezado a combatir, y es la poca profundidad de los

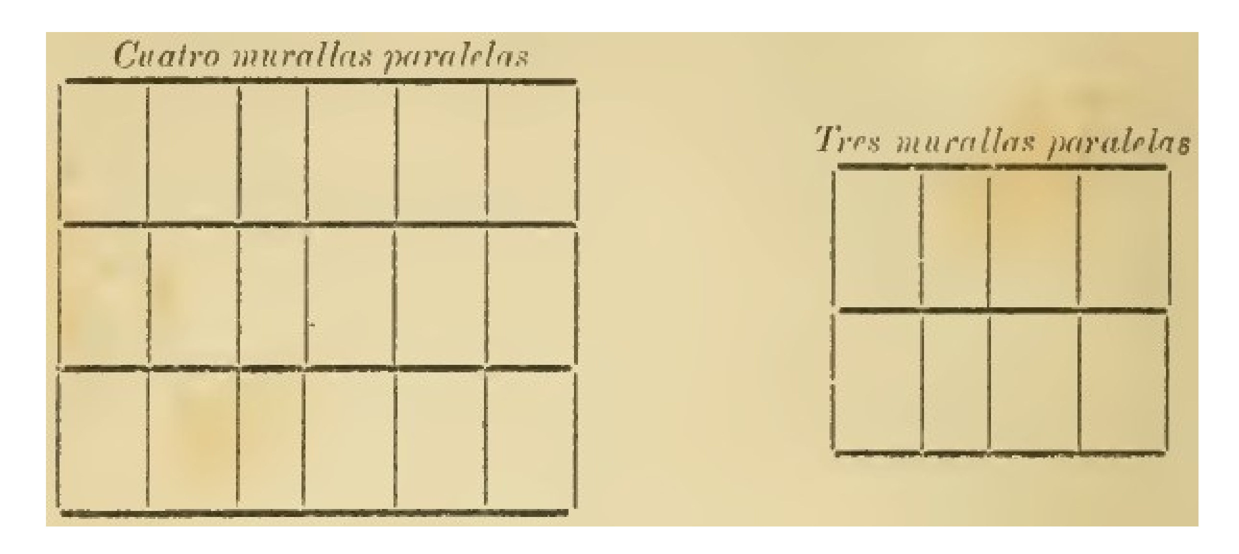
cimientos de las casas, y la detestable costumbre de usar para su construcción piedra grande de río, redondeada por las aguas. Un sacudón de la tierra hace en estos cimientos el efecto que un movimiento exactamente igual produce en las barricas de café al embarricarlo en las colonias. Para que ocupe el menos espacio posible aquel grano liso y redondeado, los negros están una hora o dos haciendo temblar la barrica, y el grano baja, baja cada vez más, adaptando al fin las faces de uno a las de otros. La policía debe prescribir la profundidad y la materia de los cimientos. El sistema de M. de Baines no deja qué desear.

Lejos de creer que los patios sean un preservativo contra los temblores, creo por el contrario, que ellos contribuyen a hacer más sensible la oscilación de las murallas. La casa chilena tiene esta forma:



El largo cañón de edificios que forma el cuadro, presenta demasiado desenvolvimiento para que la oscilación sea muy

sensible. Este efecto produce las deterioraciones que se han notado en las iglesias, que son un largo, alto y aislado cañón de edificio, que aunque sea de ladrillo, da mucho vuelo al movimiento de péndulo que el temblor imprime. La construcción europea, sin patio, o con patio pequeño y de murallas triples o cuádruples, sería, a mi juicio, el mayor obstáculo a la acción del temblor. La casa europea tiene esta forma:



Los señores Eyzaguirre y algunos otros han construido ya casas dobles, en las que una sola techumbre cubre dos series paralelas de habitaciones. De este modo ya son tres, y pudieran ser cuatro murallas las que ligadas entre sí por las esquinas y las divisiones, se ayudan mutuamente a resistir el movimiento, amortiguan la oscilación, y se la reparten, resistiendo y empujando. No haya miedo de los enormes techos que esta construcción requiere. M. Guillez en la escuela de artes y oficios, M. Griolet en la fábrica de tejidos. M. de Baines en el pasaje Bulnes, han dejado modelos de techumbres de dimensiones colosales, habiendo la construcción de embarcaderos para los caminos de hierro hecho popular en todas partes, las más sabias combinaciones para dar seguridad y fuerza a las techumbres grandes.

Con un sistema de construcción semejante, se concibe que

la casa de un alto y aun la de dos sobre el entresuelo, que no es necesaria en Chile todavía, ni es de buen gusto, debe resistir más el temblor que la de un solo piso. La razón es que el enmaderado que divide el piso bajo del alto, establece una nueva trabazón que contribuye con el techo y el cimiento a cruzar en más cuadros el edificio, y por tanto a doblar las resistencias, si es cierto que tres son más que dos.

De aquí resulta, según nuestro humilde entender, que para combatir el temblor, debe, sobre profundos y sólidos cimientos, oponérsele edificios de materia dura, ladrillo sobre todo, con tal que corran en tres o cuatro líneas paralelas y se traben entre sí en distancias cortas por las murallas divisorias; que la casa de dos pisos construida sobre esta base, aumenta la fuerza de resistencias aumentando las trabas de unas partes con otras de los edificios.

Y que los adobes son una indecencia que debe perseguir todo buen ciudadano, como el origen del desaseo, del polvo, y causa de la fealdad o inconsistencia de los edificios. Los altos de madera que empiezan a generalizarse, con relleno de adobes o de ladrillos, no pecan contra ninguna de las reglas, y serían preferibles a los de otro material, por su baratura y rapidez de construcción. En Concepción, donde los temblores suelen ser número uno en materia de temblores, es decir, de aquellos en que es gravísimo inconveniente vivir en casas, y la madera muy abundante, no vemos por qué no se construyan enteramente de madera los edificios, si pudiesen hacerse a prueba de fuego, enemigo más terrible y más diario que los temblores.

Si se restableciese el rancho, con columnas corintias o dóricas se entiende, o los marcos de seguridad que proponemos para las puertas, los ánimos se aquietarían poco a poco; y nos ahorraríamos la mitad de los disparates que hacemos, muchas veces ridículos, y a veces fatales, por el pánico que los temblores inspiran, y que aumenta la falta de

seguridad. Porque al fin, ¿qué es un temblor? Un peligro de ser aplastado por una casa mal construida, aumentado por el recuerdo tradicional de los estragos hechos en otros tiempos, y el no poder calcular la fuerza y duración del que sobreviene. ¡Cosa digna de notarse y que honra altamente al hombre! La tempestad en el océano, la bala de cañón en la guerra, le causan menos espanto que el temblor de tierra, porque o puede combatirlas, o sabe a punto fijo el daño que pueden causarle. ¡Pero el temblor! ¿Quién sabe lo que va a suceder? ¿Qué puede la ciencia contra su acción?

Hemos tenido ocasión, sin embargo, de palpar lo que puede la razón y el punto de honor aún aplicado a los temblores. La Escuela Normal estuvo al principio en el tercer piso de los Portales, del lado en que se notaban partes deterioradas del edificio. Si los jóvenes se arrojaban de improviso a la escala empinada y estrecha que bajaba del tercer piso al segundo, se mataban infaliblemente cuatro o cinco. Esta idea había venido al espíritu del director muchas veces, y estaba prevenido. Sobreviene un temblor y veinticinco jóvenes corren despavoridos a bajar a un tiempo por una escala que no admitía dos. El director de un salto se pone en la boca de la escala, les enseña los puños cerrados, y con la influencia moral que ejerce naturalmente un jefe sobre sus subalternos, los paraliza y deja por un momento estáticos. El temblor había pasado. Vueltos a la clase, entró a razonar sobre el temblor. ¿Qué es un temblor?

Un riesgo remoto o próximo de muerte. De cien temblores, noventa y nueve no son de consecuencia; pero una bajada en tropel por esta escalera, ofrece siempre riesgo infalible de muerte para tres o cuatro. Luego el peligro verdadero está en huir; a más de que estamos tan arriba que, antes de salir a la plaza, la casa habría caído, y si ha de caer, vale más caer desde aquí con la casa, que así no llevaremos sino el techo encima. Quince días después volvió a temblar; y veinticinco jóvenes de

veinte años permanecieron en sus asientos, sin pestañear, sin volver la cabeza, y sin darse por entendidos casi, a punto de darles los parabienes por aquella muestra de dignidad y de discernimiento. La famosa acción de los senadores romanos en presencia de los galos, la repetían a menudo una veintena de muchachos. El temblor quedó abolido en la Escuela Normal para lo sucesivo. Era entendido que no temblaba nunca. Los niños del Instituto se divierten a veces en hacer temblores; y alguno se rompe una pierna por curarse en sana salud.

Cuadros de Cocalán

(*Sud América* de 17 de abril de 1851)

I
La Palmería

La naturaleza ha dibujado en el suelo de Chile pintorescos valles y bellísimas campiñas que justifican en parte la denominación de Jardín de América con que los viajeros han bautizado la región sud occidental del nuevo mundo. Los campos del norte están sembrados de arenas de oro y piedras de bronce, los del centro tachonados de arboledas y jardines, y poblados los del sur de variada ganadería sobre feraces praderas. Pero hay sitios privilegiados donde la mano del Creador ha ostentado todo el lujo de una vegetación tropical, todo el esplendor de los *mirajes* ecuatoriales. A alguna distancia de Rancagua, hacia la costa del mar, se extiende el ancho valle de Cocalán, circuido de serranías en todas direcciones. En uno de sus ángulos está situada la palmería.

Es la palmería un capricho feliz de la naturaleza que ha engastado un asombroso enjambre de palmas en el fondo de dos montes que, por su altura, son honrados gran parte del año por las nieves andinas. Penetrando por la estrecha garganta que da paso al interior, se pone delante el *Pitrucao*, cerro árido

y perpendicular como un muro de fortificación. Detrás, y a corta distancia aparecen dos palmas, cuyas copas un tanto inclinadas, figuran un arco triunfal, o la portada de una ciudad; el camino pasa por medio de ellas y conduce rectamente al pie de la *Capitana*, palma de cincuenta varas de elevación y la mayor de todo el valle. A su espalda se ven alineadas de frente otras ocho, que se nombran las *Avanzadas*; luego se desparraman varios grupos a guisa de guerrillas, y por último, se deja ver un ejército inmenso, amontonado, inmoble, que rebosa por toda la planicie hasta la falda de los montes. A veces asoman en las crestas más elevadas e inaccesibles, otras perfilan y amurallan arroyos y desfiladeros, y a veces, en fin, se diseminan en mesetas y declives como columnas que descienden a confundirse en el cuerpo principal. Admira verdaderamente el orden como han sido colocados por la mano de la casualidad estos árboles seculares, en cuya distribución ni cultivo ha intervenido jamás el poder del hombre. El pensamiento se extasía y reconcentra en la contemplación de estos troncos gigantes, nacidos cuando la planta de los conquistadores aún no hollaba estas comarcas, y elevados pausadamente al empuje de los siglos y a la vista de las generaciones. Pero no es en mitad del día cuando este cuadro espléndido desarrolla toda su magnificencia. En la mañana es arrobador, en la tarde imponente, y cuando cae la noche, se carga de tintes melancólicos y sombríos.

Hemos asistido en la palmería a uno de aquellos espectáculos atmosféricos que la imaginación concibe, pero que rara vez se presenta a la vista con todo su majestuoso aparato. La atmósfera trasparente que cubre siempre al valle, cámbiase de improviso, como en un día de verano en los cielos de Andalucía, en un caos profundo; pardos nubarrones cargados de electricidad embozan las crestas altísimas de las montañas de *Quilamuta* y *Quillaquel*; retumba el trueno en los cuatro horizontes e ilumínase el valle a los fogonazos de los

relámpagos que sin interrupción asoman en todas direcciones, proyectando sombras indefinibles sobre el cuadro mudo que se bosqueja en el suelo. Las sienes de los montes parecen coronadas de los fuegos de San Telmo; la más diestra pirotecnia no imitaría un solo rasgo, una sola mirada de aquellas moles con cabelleras de fuego y voz de explosiones. Es un espectáculo digno de los versos de Mármol, del pincel de Vernet, de la música de Verdi. Una hora después rásganse las nubes y aparecen tres, cuatro arco iris paralelos en una extensión de cinco leguas. Cesa el huracán, cesan las manifestaciones del terror, una brisa húmeda y bulliciosa viene a sacudir los cogollos de las palmas, que hacen entonces el más bello contraste de su verde esmeralda con el azul esmalte de la atmósfera.

La palma es para nosotros la explicación de los grandes caracteres; el arbusto necesita impregnarse de rocío para crecer, la palma necesita de tempestades que sacudan sus sienes para vivir. Durante las noches de luna aquella decoración toma los colores de la sublimidad. Es la verdadera morada de la poesía, del amor y la filosofía; un desierto en que cada tronco semeja un fantasma, un desierto para las idealidades de Chateaubriand o Lamartine. Mirado bajo un aspecto filosófico, aquel cuadro tiene algo de las ruinas de las ciudades marmóreas; Volney habría meditado también al pie de esas inmensas columnatas, bajo esos pórticos destruidos, naves de templos desplomados, ruinas de palacios y demás formas que la exaltación del cerebro quisiera dar a la distribución de los palmeros. Los rayos de la luna destilan en gotas impalpables por entre el ramaje que entolda el alfombrado de flores de arrayán. Todo es soledad y silencio; pero aun en medio del bullicio, no podría abrigarse otro sentimiento que el de una tristeza inefable y aventurera. Millares de luciérnagas lanzan de trecho en trecho su brillo fosfórico de color azulado, hendiendo por entre las hojas como las exhalaciones de las

palmas, y como los espíritus de la noche que hablan con el idioma de la poesía en los misterios de las sombras. Un fenómeno raro y aterrador viene a turbar con frecuencia la tranquilidad del valle. En las altas horas de la noche se sienten ruidos subterráneos parecidos al eco precursor del terremoto, o al estampido lejano del trueno, pero que no causan conmoción en la superficie de la tierra; por largos intervalos déjase oír un rumor sordo, las bandadas de pájaros que de grandes distancias llegan a dormir al valle de las palmas, levantan un grito universal de terror y revolotean amedrentadas en la oscuridad; las caballadas y ganados corren lanzando aullidos lastimeros, a agruparse en rededor de las habitaciones vecinas. En aquella confusión inexplicable, el alma se sobrecoge involuntariamente bajo negras supersticiones religiosas. La palmería no tiene por esta causa morador alguno; los guasos huyen de su recinto al caer la noche, y solo retumba en sus ámbitos la voz del *campañista*, a quien se considera allí como se considera en las ciudades al nocturno carretonero de los muertos.

Mucho hay que admirar aún, mucho en qué distraer las horas del cansancio y de los recuerdos de la sociedad; la pesca en los arroyos, el baño, la recolección de caracoles marinos que abundan en los bosques, la caza, las bellezas naturales de las sierras. Allí se eleva la *palma amarilla*, de tronco y ramas color de topacio, que resalta entre las demás por su caprichoso distintivo; descuella sobre una eminencia, y está rodeada de palmas; llámasela la *reina*, por su diadema dorada, y en efecto lo es de aquel gran pueblo arbóreo, que domina con sus cinco ministros y sus grupos de guardias inmóviles a respetuosa distancia; más allá los grandes socavones de una antigua mina de oro, no acabada de explotar; a otro lado un gran pico mineral de carbón de piedra, y tantas otras riquezas cuya enumeración omitimos. Si el valle de la palmería se hallase a corta distancia de la capital, sería el más famoso paseo de

cuantos embellecen toda la extensión de nuestro territorio.

II
Paisajes del Cachapoal

La cuesta del Parral pertenece a los dilatados cordones del monte *Quilamuta*. A su falda está situada una bodega ambulante para el beneficio de las palmas, construida y pertrechada de utensilios de hojas del mismo árbol, donde se ha cosechado, desde tiempos remotos, la afamada miel de Cocalán. Asciéndese a las cumbres por senderos angostos y resbaladizos, en cuyos bordes áridos sonríe una primavera fecunda de matices. Clavelinas tricolores se enlazan con jazmines perlados, enredaderas y botones de oro serpentean por entre matas de murtillas; grama verde-pajiza con pétalos en forma de estrellas, circunda los peñascos, y hasta el tronco negro azabache del cardón singulariza por su tinte el aspecto de las pendientes. El jardín botánico de Santiago haría ricas adquisiciones adoptando muchas de las flores silvestres de nuestros campos que brillarían en conservatorios y jarras de sobremesa; en general carecen de olor, cualidad de que las priva el cultivo que reciben del aire enrarecido de las alturas, del aliento áspero de las nubes y de los rayos abrasadores del sol.

Acostumbrados los ojos a ver cerros por espacio de dos horas de subida, al sentar el pie sobre la cima, quedan sorprendidos al golpe de luz que estalla de improviso de la bóveda celeste, derramándose sobre una perspectiva inmensa, como el que ha marchado a ciegas y abre los ojos a los rayos del sol de la mañana. Orillando el horizonte más lejano, se ve culebrear en hilos de amianto luciente los brazos del río Claro que se despide rozando las últimas arboledas de Rengo para

echarse en el seno del Tinguiririca. Taguatagua, a un costado, con su gran laguna como un brazo de mar, se interna por delante de los cerros azules de San Fernando y Rancagua, proyectados al través de jirones de nubes crepusculares. Esta laguna se ha secado en gran parte desde tiempo no muy remoto en que cayó, según se dice, un meteoro que la redujo a vapor en más de su mitad. A la opuesta extremidad se divisan las blancas torres de Rancagua, asomadas encima de las copas de los árboles, la ciudad de las alamedas y praderías, vestida de verde como las esperanzas de su porvenir, y sentada al borde del río que la llevará algún día tesoros y poblaciones.

La cordillera al frente, velada entre hielos y vapores, extiende con majestad su mole colosal basada sobre pastosas llanuras. Villorrios y posesiones ocupan el centro a los costa del río; Doñigüe, el Parral, en el nadir del punto de observación, Idagüe, sobre la ribera derecha. El Cachapoal como una veta de bronce, voltejea libremente por abiertas explanadas, sin eminencias que lo estrechen; desde el segundo plano, parte recto como una flecha, ábrese de repente, forma un círculo de media legua, y vuélvese a cerrar dejando en medio el precioso pueblecito de Coltauco. Es Coltauco un tablero de ajedrez, poblado de cien huertas en cuadritos pequeños y calles de árboles que le sirven de murallas. Aquel pedazo de terreno que se sostiene como un nido de algas, o como ánade pintado en la superficie del río, sentaría bien en los jardines de Delille o en el Paraíso de Milton.

III
Carreras de caballos

El caballo es el ídolo del guaso, o mejor dicho, una parte constituyente de su existencia. La raza chileno-andaluza de

este cuadrúpedo, admite bajo la mano del guaso, más numerosas divisiones que la especie del perro. Así, educa caballos para el monte, que salvan precipicios y breñas con la destreza de un guanaco; caballos de rodeo, que se pegan a la costilla del toro más bravo evitando la envestida; caballos para topear, para trillar, de ofensa y defensa, de lucimiento, especialidades todas que llevan su cualidad favorita hasta la perfección. Pero después del de vara, es el corredor quien merece preferentemente el amor del dueño y la admiración de los vecinos.

Los días de fiesta son consagrados a las carreras. Un inmenso gentío acude desde grandes distancias. Aquí despliega el guaso la más refinada inteligencia en esta materia, y una astucia admirable para ganar la *apuesta*, que ordinariamente se reduce a un número de vacas o de prendas. Si el caballo de *cancha* es alazán, si largo de pies y manos, estirado de cuerpo, liviano, tal forma de orejas y cola, tal expresión de ojos, y cual dirección en las arterias del brazo y cavidades de la musculatura, el éxito no es dudoso en su favor. Quince días antes de la prueba se le hace ayunar estrictamente, ensayándosele a determinadas horas con su *padrino*. A veces se le conforta, momentos antes del desafío, con sendos tragos de aguardiente y chicha, y según las condiciones de la carrera, se pesan los jinetes y las bestias rurales. Por lo general los apostadores se ciñen a una ordenanza municipal, pero aparte de esto, forman una contrata redactada en parecidos términos: «Hallándonos en nuestro *sano juicio* hemos convenido… y al cumplimiento de lo estipulado nos obligamos hasta con nuestra camisa» y otras cláusulas tan originales como estas. La manera más común de correr, es sobre parado, a cuyo efecto se alinean a golpes de varilla los pies y manos del animal, de manera que quede encogido y dispuesto a saltar al grito de partida.

Un silencio universal y la más viva excitación pintada en los semblantes sucede a las discusiones entusiastas. A la voz

imprevista del *mandon*, parte la pareja como un rayo, y en un minuto más queda resuelto el gran problema que ha ocupado y enardecido los cerebros durante días enteros. Tres son las ventajas principales que se conceden o arreglan: elección de *cancha*, de *tiro* y de *lado*; entretanto es permitido a los jinetes emplear toda la astucia posible para *cortar luz* a lo menos, circunstancia que decide la victoria. La carrera no es considerada como un juego de suerte, así es que en el momento de iniciarla, ya están calculadas de antemano las ventajas. Un ligero descuido por una de las partes le ocasionaría su perdida cierta; la contraria lo aprovecharía para introducir furtivamente azogue en las orejas del caballo ajeno destituyéndole del sentido más necesario para el caso. Caballos hay tan celosos de su fama y del bolsillo de su amo, que a tiempo de partir tiran un par de coces e inutilizan a su rival, o en mitad de la corrida le muerden una mano, o en último caso la cola para neutralizar el avance.

IV
La peña blanca

Es llamada así una piedra colosal oculta entre las sinuosidades de la palmería. Penetrando por un cajón obstruido de robles altísimos, se divisa en el confín de la quebrada una mancha blanca, semejante a sábanas de nieve, que se dilata en una proporción de cien varas de largo, treinta de ancho. Es una roca embutida bajo la planta de dos montes, y que se supone extenderse subterráneamente mucho más de lo que abraza la vista. Su superficie es limpia y compacta, sirve de lecho a un arroyo cristalino, que desciende en insensible declive aposándose de trecho en trecho. La parte superior de la peña pertenece a la especie llamada *mosca*, pero que bien puede

explotarse por su firmeza para cubierta de mesas de arrimo; a los costados adquiere la consistencia y brillantez de una plancha metálica, el color albo va azulándose gradualmente hasta el ceniciento surcado por vetas plomizas; el centro es jaspeado. Allí la piedra bruta, pulida por el roce del agua, toma el aspecto de una loza china, donde el incauto que afirma el pie, da veinte caídas en un segundo, resbalando hasta el pozo más vecino, sin poder evitarse un baño de cuerpo entero. La peña blanca es una de las infinitas maravillas en miniatura que encierra la palmería. Estos sitios son honrados con frecuencia por visitas de viajeros, y varias notabilidades científicas en distintas épocas han venido a saludar estas soledades misteriosas.

Bolívar y San Martín

Rectificación histórica

(*Sud América* de 17 de julio de 1851)

El *Diario de Valparaíso* [19] reproduce un interesante artículo del general Mosquera refutando las explicaciones que sobre la entrevista de Guayaquil entre aquellos dos célebres campeones de la independencia, da Mr. Gerard en la pequeña necrología que poco después de la muerte de San Martín publicó en Bologne-Sur-Mer. Como M. Gerard había tomado sus ideas de mi discurso de recepción al Instituto Histórico de Francia, debo decir una palabra sobre este importante hecho histórico. La descripción y lo sucedido en la entrevista lo obtuve de boca del mismo general San Martín. Si hay falsedad en los hechos ocurridos y en el objeto de la entrevista, es la que ha querido acreditar uno de los actores en aquel grandioso drama.

Estoy muy distante, y lo estaba entonces, de poner entera fe en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los grandes caudillos de la independencia americana. Cada uno de los hombres públicos que han figurado entonces tiene que rehacer alguna página de su historia, y el trabajo más ingrato de la generación que les sucede, es el de restablecer los hechos y la verdad en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes.

Fui, creo, el primer americano que arrojé alguna luz sobre aquella entrevista misteriosa, de donde salió el desenlace de la lucha; pero escribiendo al lado de San Martín y respetando sus canas y sus últimos días, debí abstenerme de toda crítica extemporánea, sin que esta reserva perjudicase al éxito de un discurso puramente académico.

Las aseveraciones del general Mosquera, no son para mí, la última palabra en materia de historia. «Yo estuve, yo vi, yo oí», no añaden ni quitan nada a la verdad. Si nos hemos de atener a la lógica y a la inducción, ningún testigo extraño debió presenciar las confidencias entre dos hombres de la altura de Bolívar y de San Martín. Esto es contra las reglas aun en casos ordinarísimos. La presencia de un subalterno habría sido un ultraje hecho a San Martín, y Bolívar despreciaba lo suficiente a los suyos para concederles tanta honra. Es el general Mosquera quien lo ha dicho así en Chile. Si la conducta posterior de Bolívar hubiese acreditado esa severidad de principios republicanos que se le atribuye, podríamos dar entero crédito a las palabras que se ponen en boca suya; pero Bolívar no ha dejado monumento alguno, sino son brindis y palabras huecas, para creer en la pureza de sus miras. Hago extensiva esta observación a San Martín mismo, acusado entonces y después de haber querido establecer una monarquía, lo que no me sorprende en manera alguna; pero necesito para darlo por sentado, pruebas y no asertos. Esta fue un arma que se manejó con habilidad entonces, y que no ha vuelto a la vaina todavía. Los tiempos históricos para Bolívar y San Martín han llegado ya, y desearía por el interés de la historia que el proceso de estos dos hombres célebres fuese ventilado. Hay en segundo plano actores en aquel drama que, como el general Mosquera, pueden decir lo que saben, o lo que quisieran que se supiese. No hay que hacerse ilusiones.

A propósito de esta cuestión, y solo por venir a cuento, rectificaré una idea del señor Alberdi. En un articulillo de la

Tribuna [20] dije, cuando se supo aquí la muerte de San Martín, que debía haber dejado memorias escritas sobre los sucesos de que había sido actor en América. Me fundaba para aventurar aquella conjetura en el aserto positivo del general San Martín, quien, como yo insistiese mucho, paseándonos solos en los alrededores de Grand-Bourg, sobre la necesidad de escribir la historia de la independencia de Chile y el Perú en lo que a su persona tenía relación, me contestó, volviéndose a mí: «tengo escrito, mis papeles están en orden», con lo que no insistí más en este asunto, no obstante que había sido uno de mis más ardientes deseos, conocer algunos de esos oscuros acontecimientos. San Martín gustaba poco hablar de lo pasado, y los que deseaban oírlo necesitaban valerse de destreza para hacerlo entrar en materia. Un retrato de Bolívar que tenía en su habitación, me sirvió a mí de pretexto para hacerlo explicarse sobre la entrevista de Guayaquil.

Entre sus papeles existe una carta de Bolívar que han visto algunos americanos, entre otros don Manuel Guerrico. Como yo me empeñase en verla y comprendiese San Martín que quería hacer uso de ella en complemento de la suya a Bolívar, que había publicado el almirante Blanc, la carta se empapeló y no pude verla.

La deposición del general Mosquera es en todo caso un documento precioso que debe agregarse al protocolo de datos para la historia.

La Dictadura de O'Higgins

Carta a su autor don Miguel Luis Amunátegui

(*Crónica* de 26 de diciembre de 1853)

Mi estimado y digno amigo:

Me propongo en esta examinar el mérito de su *Dictadura de O'Higgins*. No conozco la historia de los antiguos partidos chilenos, aquellos güelfos y jibelinos que tanto mal y tanto bien hicieron a la patria; pero tiene su trabajo caracteres que me lo hacen querido. Creo que su *Dictadura* abre la puerta a la época histórica de Chile, presentando a sus hombres tales como fueron. Hace tiempo que me tienen cansado los héroes sudamericanos, que nos presentan siempre adornados de las virtudes obligadas de los epitafios. Carrera, O'Higgins, tales como usted los pinta, vuelven a la vida con sus virtudes y sus vicios, con más errores y actos injustificables que actos honorables ejecutaron, aunque estos sean muchos y muy preclaros. Es imposible que no sea cierto lo que usted dice de ellos, cuando tanto se parece su cuadro a uno de los muchos originales que hemos conocido en nuestros días.

Si hay algunos errores de apreciación o de hecho en su obra, ese sería todavía un mérito más. Del *Facundo*, de que usted me habla con tanto interés, me decía un amigo argentino

que los muchos errores que contiene son una de las causas de su popularidad. Hay entre nosotros divorcio entre el lector y el libro. Este es un personaje serio, venido de ordinario de luengas tierras, o con tales pretensiones a ser leído, como un predicador a quien se escucha en silencio, quizá admirando más lo que no comprende el lector que lo que está a su alcance. Pero el *Facundo* cae en sus manos, y su lectura es ya una discusión. El lector se hace a su turno autor también, pudiendo corregir un hecho mal narrado, o un efecto atribuido a causa diferente de la verdadera. Yo mismo he sido asediado por estas objeciones, y de muchos errores he sido prevenido por esos rudos aristarcos que, si bien no pueden escribir un libro, han podido ejecutar los actos que él narra, y decir al autor, lo que no deja lugar a réplicas: yo me hallaba presente.

El otro atractivo de su *Dictadura* es para mí la comunidad de vida argentina y chilena a la vez de todos sus personajes. San Martín y O'Higgins van a medias en la gloria de las grandes acciones, y en la responsabilidad de las faltas. Carrera es en la República Argentina el más inteligente y cruel montonero, y expía la licencia de sus correrías en un cadalso argentino. ¡Grande enemiga guardan sus paisanos a los mendocinos por aquel acto de justicia local, olvidando que la mano del verdugo argentino era movida desde Santiago por un instigador chileno, o, más bien, que Chile se extendía entonces hasta muy adentro en el territorio argentino, o que nuestros hombres ocupaban la escena política de este país!

Carrera hacía a su secretario en Montevideo, luego de llegado de los Estados Unidos, retacear en pedazos de cierto tamaño muchas piezas de cinta colorada. Preguntándole este lo que hacía, le dijo, si hemos de creer la tradición local: «cada cinta de estas, será un charco de sangre». Carrera hizo alianza con Ramírez, que desde asistente de Artigas se había elevado a gobernador y jefe de las turbas de Entre Ríos. No hace dos años aún que, objetándose a Urquiza la impropiedad de

conservar el cintillo colorado, por ser emblema de la mazorca: «¡Qué mazorca —decía—, Ramirez lo llevaba, y Ramirez es el fundador de la federación!». Usted sabe si cada cinta colorada se volvió entre nosotros un charco de sangre, y si todavía aquella túnica de Dejanira está consumiendo el cuerpo del huésped argentino a quien se la obsequió Carrera.

He dicho que Carrera fue nuestro montonero más insigne, y en esto no le hago el más mínimo reproche. Haciéndose el ilustre chileno jefe de bandoleros, se hacía argentino, tal como eran sus asociados entonces, y tal como han continuado mucho después. Carrera o sus hordas tocaron el sublime de la depredación. El nombre de la *montonera*, como se la llamó por antonomasia a la suya, resonó por la primera vez en las faldas de los Andes, donde a la sazón no era conocida. Esto me da ocasión de corregir un error de su narración por lo que respecta a San Juan, y acaso interesarlo con un episodio más de los muchos interesantísimos que contiene su envidiable libro. Lo que voy a contarle lo he sabido de los soldados que se hallaron en la batalla de Río IV, o lo he presenciado yo a la edad de nueve años. Por ahí inferirá usted de la profundidad de las emociones de aquella época. En Río IV salieron al encuentro de Carrera las fuerzas de San Juan y de Mendoza al mando del general Morón, mendocino. Las tropas de San Juan eran excelentes, puesto que se componían de los restos de los dragones y del número 1 de los Andes, sublevados, como lo cuenta usted, por Corro y Mendizábal. Mandábalas la juventud sanjuanina, y se distinguieron en combates parciales contra la montonera, Javier Angulo, Quiroga, y otros. De la fama adquirida por Angulo como oficial guerrillero, vi en 1823 muestras brillantes en Mendoza. Las señoras todas querían conocerlo, y en los combates del asedio, cuando los soldados de Aldao veían avanzar un oficial con gorra colorada como la que llevaba Angulo, se retiraban como los cosacos ante Murat, pronunciando su nombre. Infiero, pues, de aquí, y de lo que he

oído a los actores en el drama, que la montonera pudo ser vencida en el Río IV, por fuerzas superiores en número, y no inferiores en valor. Hubo *entrevero*, se peleó cuerpo a cuerpo toda la mañana, murió el general en la refriega, y cuando la neblina se disipó, las tropas cuyanas victoriosas se encontraron sin jefe, y desbandadas. La montonera quedó por parada; pero el desorden era su manera de ser y su táctica, y no les alarmaba aquella situación, por lo que pudieron rehacerse y retirarse.

Recayó el mando de las tropas nuestras en don Ventura Quiroga, que no era un prodigio de valor. Los contemporáneos lo calumniaron, atribuyéndole que él había dado el grito de sálvese quien pueda; pero, lo sé de buena tinta, no hubo de su parte sino ineptitud, dejando malograrse un triunfo dudoso contra enemigo hábil, desesperado y emprendedor. El ejército se disipó al día siguiente.

Ahora principia mi cuento. San Juan tembló como un azogado cuando vio empezar a llegar los dispersos del Río IV. Toda esperanza de salvación estaba perdida. Anibal estaba ya a las puertas de Roma con sus elefantes y sus hordas africanas. Yo soy un competente narrador de las tribulaciones de aquellos días. Era pequeñuelo y andaba al lado de mi madre, que abandonó su casa y fue con todos nosotros a refugiarse a la iglesia matriz, donde podía oír los gemidos de la desesperación de las familias, los cuchicheos del terror pánico exagerándose los peligros y los temores. La montonera venía precedida de una siniestra fama que amedrentaba sobre todo a las mujeres. Las poblaciones de campaña incendiadas, los ganados degollados, muertos los ancianos y las viejas, todo esto no era nada. Las niñas, las esposas eran violadas e incorporadas enseguida en la montonera, cuya suerte seguían, en cuyas fatigas participaban; y adiestradas en el combate más tarde, eran el terror de los soldados aquellas amazonas, más crueles y sanguinarias que los hombres mismos.

El terror había llegado a su colmo. Carrera estaba aún en San Luis, y en San Juan las casas estaban cerradas, las calles desiertas, y no se hablaba sino de fuga, de emigración y de abandonarlo todo. Los niños nos asomábamos a las puertas de calle, y buscábamos si a lo lejos se divisaba la montonera, llevando desalados a nuestras madres, la noticia de haber divisado un hombre a caballo que venía galopando. Sobre las torres de las iglesias habíase apostado vigías ansiosos para descubrir los polvos lejanos y dar la señal de esconderse o huir.

Dice usted que Carrera fue traicionado por los baqueanos que lo condujeron a San Juan, guiándolo por caminos desiertos en que se destruyó su caballada. Nada de eso sucedió. Los caminos que conducen a San Juan son todos horribles, y ningún enemigo hubiera penetrado nunca en aquella provincia, sin traidores sanjuaninos que lo condujesen, y le diesen auxilios de caballos. Carrera traía consigo a Benavídez el montonero, hermano del que hoy es el tirano de San Juan.

El gobierno de aquella provincia halló, sin embargo, remedio al mal que parecía desesperado. Estaban en la Rioja varios oficiales arribeños de las provincias argentinas del Alto Perú ocupadas por los españoles, y el gobierno mandó a don Domingo de Oro a solicitar que viniesen a ponerse a la cabeza de la defensa. Urdininea y los suyos llegaron, en efecto, cuando ya Carrera venía sobre San Juan, y la desesperación se convirtió en gritos de entusiasmo y de triunfo, y el miedo en ardimiento con la llegada de los militares peruanos.

No era coraje, ni armas ni soldados lo que faltaba; era un hombre, una cabeza, una espada. Se necesitaba tener a quién obedecer, pues que la fe, la desesperación y el valor sobraban. Los vecinos aparecieron en las calles. A pie, a caballo, todo el día se formaban grupos de gentes que iban y venían, remolineando de contento. No he vuelto a ver en mi vida, y he vivido en la revolución, en las asonadas, las derrotas, las acefalías, las vísperas de entradas de los enemigos, no he

vuelto a ver, decía, en mi vida las caras que vi entonces. Ahora con el desencanto se ha perdido en aquellos pueblos la unidad de acción, la fe ciega, el entusiasmo, el valor, que veía yo en las caras de todos. Me acuerdo de un chino que me pidió un cordelito para atar su cuchillo en la punta de un hurgunero, y el grito de placer cuando montó a caballo, exclamando: *¡que vengan ahora los montoneros!* partiendo a escape para incorporarse a un grupo armado. Se formaron escuadrones de lanzas, palos, lazos, bolas, sables y tercerolas, según que cada soldado había sido o no feliz en procurarse estas armas. La infantería la componían los vecinos, los artesanos, los soldados del disperso número 1, y nadie quedó en San Juan, ni pobre ni rico que no se alistó en aquel desgreñado ejército.

Para dar a reconocer a los jefes y oficiales, se hizo una procesión a Nuestra Señora del Carmen, patrona de San Juan, a la que asistió toda la población, formando calle las tropas improvisadas. En la calle de San Agustín, enfrente de la casa que fue de don Ventura Quiroga, el jefe derrotado por Carrera, las andas de la virgen se inclinaron para que el coronel Urdininea tomase de las manos de la venerada imagen el bastón del mando que la provincia le encomendaba. Urdininea venía vestido de bota granadera y pantalón blanco, con casaca azul, solapas coloradas y charreteras muy feas y usadas. Entre los seis oficiales que lo acompañaban, se notaba al capitán Rodriguitos, de vara y cuarta de alto, piernas combadas, y objeto por su estatura de la admiración y de la curiosidad de todos los pilluelos que andábamos en la procesión. Urdininea se hincó de rodillas, se avanzó en seguida a tomar el bastón, y desenvainando su espada, juró cumplir con honor el encargo, y arengó al pueblo y a la virgen en medio de las aclamaciones de aquel ejército, que ponía en manos de Dios su salvación, bajo la protección de la virgen del Carmen a su general, y marchaba desde allí, todos hasta el último soldado, resueltos a morir por la defensa de la patria, de la propiedad, de la familia, de las

mujeres, de la moral pública ultrajada por aquella tropa de bandidos que ya estaban divisando los humos de nuestras casas, y cebando la lujuria de sus deseos en nuestras madres y hermanas. ¿Qué le importaba a San Juan que se llamase Carrera, o Ramirez, o Artigas, el jefe de aquellas bandas?

Carrera llegó en efecto a la hacienda de la Majadita, donde acampó, para pasar el río al día siguiente, en busca del ejército animoso y fanatizado hasta el delirio que lo aguardaba. Allí, lejos de encontrar una traición, salvolo de una destrucción segura un compatriota suyo. De las filas sanjuaninas pasó en la noche a las suyas, un peoncito chileno que tenía por apellido Cruz. Estuve contemplándolo entre los prisioneros (porque lo tomaron), con la curiosidad que inspira a los niños uno que saben está destinado a morir luego. Unos a otros nos llamábamos diciendo: vengan a ver al traidor. Era Cruz un hombre de veintiuno a veintidós años, flaco, moreno y de figura desmedrada. Llevaba manta negra chilena con listas de amarillo y colorado; estaba en mangas de camisa y tenía sombrero viejo de achupalla. Parecía indiferente a su suerte, y sonreía con tristeza y casi con satisfacción, cuando venían a contemplarlo entre los prisioneros. El chilenito Cruz, pues, pasó al campo de Carrera, y le instruyó de la llegada de Urdininea y de los otros jefes y oficiales, del número de las tropas y de las disposiciones morales en que se encontraban. Don José Miguel se dio una palmada en la frente, estuvo callado un momento, y mandó ensillar caballos, dirigiéndose a la Punta del Médano. Usted sabe lo demás. Estaba perdido y huía del mayor peligro, para caer en otro suficientemente grande para sus fuerzas, ya extenuadas por los desolados caminos que había atravesado.

No abandonaré este asunto sin añadir una palabra sobre el desenlace del drama sanjuanino. Juzgue usted del delirio público al saberse su derrota, y la alegría de la entrada triunfal de nuestro valiente ejército de paisanos. Como una ostentación

de la persistencia de mis reminiscencias, le diré que, si usted no recordara la época de la invasión de Carrera, yo la recordaría por la circunstancia de que el camino triunfal estaba cubierto de flores de coles, lo que haría suponer que tuvo lugar en el otoño.

Perdóneme usted esta reminiscencia a que me ha dado pretexto, más bien que motivo, el libro de usted que reputo uno de los más bien concebidos como plan de narración más fácil y simple, y sembrado de observaciones que hacen de la historia una escuela de enseñanza práctica. Un día tendré que andar buscando muchas veces la historia argentina por entre las huellas que usted me deja en su *Dictadura de O'Higgins*; en la cual encuentro ya aclarados algunos puntos oscuros, y trazada una huella entre nuestras montoneras.

He visto que le tachan a usted de parcialidad en pro o en contra de sus héroes. No se amilane usted por ello. Escribir es pensar ha dicho alguno; pero yo creo que mejor habría dicho, escribir es sentir, es querer, es obrar; y nunca producirán nuestras plumas contemporáneas cosa que interese, si el corazón y las simpatías no van guiando a la inteligencia en las narraciones históricas. El autor de un libro ha de dejarse apercibir más que en el título de la obra, en el perfume de las ideas. Un libro debe saber a algo y ser el hijo y la imagen de su padre. Ya otra vez reprochaba yo al señor Benavente que no diese más suelta a sus conocidas predilecciones, y en las de usted por uno de los héroes de su historia, veo el corazón joven, interesado por las grandes desgracias y seducido por el brillo del talento, de la gloria y de las aventuras. Carrera pereciendo en un cadalso extranjero, sobre la tumba de sus hermanos, perseguido por enemigos implacables, como era infatigable su empeño de derrocarlos, es digno por esto solo de las simpatías de las almas generosas. Huélguese usted de haber escrito su interesante libro, y mande algunos ejemplares a Europa, donde nada saben aún de las revelaciones que usted

hace. Que si a algunos les pesase que extravíe el juicio del público, el remedio lo tienen en la mano, que es rectificar lo que reputen errado.

Valparaíso, 26 de diciembre de 1853.

La catástrofe de la superstición
(*El Zonda de San Juan*, de febrero de 1864)

I
¡Dos mil víctimas!

Espanto, horror, indignación y profunda simpatía irá propagando por todo el mundo la narración del incendio de la Iglesia de la Compañía de Jesús, en Santiago de Chile, el 8 de diciembre, por la noche; y si marcamos cada uno de estos complementos, es porque cada uno de ellos es condición necesaria y explicativa de la horrible muerte de dos mil y más seres humanos. Solo en Santiago de Chile, solo en la Compañía de Jesús, solo el 8 de diciembre, solo por la noche, pudo ocurrir un suceso que dejará pasmados de horror a cuantos lleguen a tener noticia de tamaña desgracia.

El temblor de Mendoza en que doce mil habitantes quedaron sepultados bajo ruinas, los frecuentes naufragios en que centenares de pasajeros son tragados por el abismo, si bien excitan la compasión de la humanidad entera, no sublevan el espíritu, porque la razón somete la sensibilidad ante la contemplación de las fuerzas de la naturaleza en convulsión, o a las exigencias imperiosas de la vida.

Pero, ¿qué consuelo hallará la reflexión al saber que la

mitad más ilustre de una gran ciudad, por la cultura, por la riqueza, por la juventud y la belleza misma, ha muerto devorada por las llamas, sin que socorro humano haya podido llegarles en el centro mismo de una de las más populosas ciudades de América? ¿Qué necesidad reunió allí tanto número de gente? ¿Por qué murieron quemados vivos todos? ¿Por qué mujeres y no hombres? ¿Por qué no alcanza a explicarse la causa de tanta y de tan universal indiscreción?

La prensa de Chile no se da cuenta del hecho espantoso que refiere; y si al día siguiente de la catástrofe, apenas removidos los restos informes de las que fueron madres, esposas, hijas, familias, sociedad en fin, no hubiese hablado la *Revista Católica*, órgano del clero, de *derramar sangre* si se tocaban las murallas del conflagrado edificio, los que estamos a centenares de leguas no podríamos explicarnos, como nos explicamos, el origen de la mutilación de un pueblo, y las pasiones que fomentaron, como el viento que sopla las llamas, aquel incendio.

La superstición encendió aquella hoguera, y la superstición todavía amenaza a los que sobreviven con derramar sangre si no se encorvan ante su tiranía.

En nombre de la humanidad que nos liga a todos los seres de nuestra especie, vamos a prestar el auxilio de nuestra libertad para señalar la causa del mal, ya que los habitantes de Chile no pueden hacerlo, o por estar demasiado afectados con desgracia que a tantos corazones hiere, o adolecen de la enfermedad que produjo la crisis, o están dominados por el poder fascinante que los amenaza.

II
El culto sensual

Los diarios de Chile creen que la crónica contemporánea no recuerda catástrofe más horrorosa, y tienen razón.

La principal causa, empero, se les oculta o la disimulan, forzados a ello por la prudencia. El que les quemó vivas a sus madres, esposas e hijas, está vivo, y tienen miedo. Ningún sacerdote de los oficiantes pereció, esto ha llamado la atención. Si uno solo hubiese expuesto, no diremos su vida, pero aun su cutis a recibir un poco de calor de aquella pira que ellos mismos habían encendido, los nueve décimos de la población sacrificada hubieran salvado.

En todas las circunstancias de la vida, las muchedumbres humanas no salvan en las situaciones difíciles sino por la dirección inteligente impresa a sus movimientos por sus caudillos. Un general salva un ejército, un capitán de buque su tripulación de la muerte inevitable. La masa es impotente para dirigirse a sí misma en el peligro. Ella se obstruye, se entrechoca, se neutraliza. Una palabra de dirección la somete, la guía, la reprime y la conduce.

Esa palabra no se hizo oír en el ámbito de la iglesia de la Compañía. Aquellos pastores que habían encerrado la grey en el aprisco, abandonaron su puesto en el primer asomo del peligro, y dejaron a dos mil quinientas mujeres, el ser sensible, impresionable, irritable, nervioso por excelencia, abandonadas a sí mismas en el peligro, y perecieron todas. He ahí la explicación del horrible remolinear de seres humanos dentro de una hoguera. ¿Por qué no perecieron sacerdotes, como habrían de seguro perecido por centenares los bomberos de Valparaíso, que arrostran a toda hora la muerte, sin saber siquiera por quién exponen sus vidas? Es porque el fanático, el supersticioso, el sacerdote embaucador, no es hombre, sino una depravación del hombre. Dícese que se salvaron también trescientos hombres del incendio, y esta acusación que en efecto hacen las cifras (doce hombres quemados por dos mil mujeres), echaría un borrón sobre el sexo masculino en

Santiago, si a la palabra hombre no hubiese que añadir el epíteto de devoto, de fanático y de supersticioso, y ya se sabe que esa perturbación del ánimo excluye los sentimientos de humanidad, de honor, de gloria, de verdadera piedad, en los que la experimentan. Son enfermos raquíticos de corazón, que iban a buscar en los juguetes de una verdadera idolatría, pasto para alimentar la aneurisma moral que extravía sus sentimientos o el egoísmo que les hace avaros de indulgencias.

¡No ha ocurrido en el mundo catástrofe del género de esta en este siglo, dicen los diarios! La razón es que no hay nación cristiana en el mundo, ni ciudad culta, donde viva la población femenina embaucada como en Santiago, con sortilegios, hechicerías y espectáculos, y pueda reunirse a toda una sociedad culta en un lugar relativamente estrecho, para embriagarla con armonías, luces y fantasmagorías.

Tengan la paciencia de oírnos hasta el fin los enfermos a quienes queremos ayudar a sanar. Los que han hecho perecer dos mil seres humanos que les estaban sometidos, tienen sobre sí tal cargo de conciencia, que deben soportar la verdad que les revela el origen de desastre tan espantoso.

El culto de los sentidos, la sensualidad elevada al rango de una religión, he aquí la mecha puesta a la mina. ¿Por qué *diez mil* luces en una iglesia? ¿Por qué no veinte? Es porque las luces exaltan la imaginación de las mujeres. ¿Para qué esa música que la ópera envidiaría? Para atraer mujeres ávidas siempre de armonías, de perfumes, de adornos.

Toda la América española está amenazada de una catástrofe igual a la de Santiago, por las formas peculiares del culto que los españoles nos han trasmitido. San Agustín en Mendoza se incendió en 1840; la Merced en Buenos Aires, en 1862, y en Córdoba, en el Rosario, en San Juan, donde quiera que hay una fiesta, hay un incendio de tarde en tarde y peligro a toda hora.

La gala de los devotos está en acumular luces, flores y

relumbrones de mal gusto para fascinar los sentidos, pues este es el secreto; y la devoción se exalta, en proporción del oropel, las gasas, las flores, las luces y el estoraque. Si es por adorar a Dios que gustan de ver matices delicados, bajo torrentes de luz, y huelen perfumes, y oyen melodías armoniosas con los sacudimientos de fibras del órgano, debe decirse en honor de los devotos que gozando, deleitando los sentidos, se elevan a la contemplación de la Divinidad.

En Chile, sobre todo en Santiago, sobre todo en la Compañía de Jesús, se había elevado este culto sensual al rango de una fantasmagoría, y todavía, después de la muerte de millares de individuos de su propio sexo, vemos exaltarse a mujeres con el prestigioso recuerdo de aquellos millares de luces, de aquella música y cantos, aquellas guirnaldas de flores, y aquellos oropeles fulgurantes y resplandecientes que emborrachan sus débiles sentidos.

III
La Compañía de Jesús

Hace veinte años que se viene preparando en Santiago de Chile la catástrofe que ha dejado a la ciudad sin mujeres. Si la trampa de la Compañía hubiese dado cabida a veinte mil más, todas, todas habrían sucumbido lo mismo. ¡Desmiéntannos las mujeres de Santiago que han sobrevivido a la muerte de las devotas!

El catolicismo se ha vuelto una enfermedad en aquella ciudad; enfermedad frenética, que tira mordiscos al aire, como los perros atacados de hidrofobia contra un enemigo imaginario. En Chile, donde no hay libertad de cultos, donde todos nacen y crecen católicos, el catolicismo se defiende sin que lo ataquen, vive irritado, maldiciente, rencoroso, inquieto.

Es propagandista de catolicismo entre católicos, y se reviste de una librea para reconocer a sus adeptos.

Por las mañanas de todos los días del año, las mujeres en Santiago se visten de *clérigos*, lo que llaman vestido de misa, de iglesia. Los católicos del resto del mundo se preguntan, ¿qué significa aquella librea desapacible que no usan los católicos de Francia, Italia, ni Roma misma?

Si quisiéramos abandonarnos a las inspiraciones de una poesía lúgubre, diríamos que ese ropaje singular e inexplicable, era el luto que llevaron en vida las predestinadas víctimas del incendio de la Compañía.

El clero de Santiago ha dado por parte integrante del culto católico el vestido, original y ya abandonado, de las *tapadas* de Lima, y prescríbelo con un rigor y brutalidad sin ejemplo, pues no es permitido a las mujeres entrar a las iglesias sin este uniforme de la católica chilena; y como las mujeres no viajan, ni los sacerdotes tampoco, ellas y ellos creen en Santiago que es requisito del buen cristianismo envolverse en sotanas negras para asistir a las iglesias.

Si los padres de familia y los esposos quieren precaver a la nueva generación de mujeres con que reemplazarán la sociedad muerta, de otro incendio que está detrás de esas pompas religiosas, prohíban a sus mujeres llevar el luto de su presunta muerte, y habrán roto un eslabón de la cadena que tiene enlazadas sus débiles inteligencias. ¡Secularícenlas!

A esta disciplina exterior había sometido el clero a las mujeres en Santiago; y a fe que es necesaria expresión de su modo de ser. Las mujeres viven en Santiago para asistir a las iglesias. Los deberes ordinarios de la vida son allí un accidente; el fondo, la ocupación diaria, primordial, es asistir a la iglesia; misa todos los días, confesión cada ocho días, novena en alguna de las cuarenta iglesias; cuarenta horas aquí; fiesta de una virgen allá; sermón de tal sacerdote celebrado si no célebre; en

todas partes, promesa por cada accidente, milagro patente a cada hora, indulgencia plenaria por tal devoción, manda a tal altar, imagen o cofradía; música, galas, ornato, joyas, relumbrones, iluminación, fuegos artificiales, procesiones, profesiones, bendiciones y consagraciones.

La conversación rueda sobre las variantes de ese eterno drama. Hasta los crímenes toman un tinte religioso, y las habladurías y cuchicheos versan sobre escándalos sagrados, que ese género de existencia engendra.

¿Es más moral la ciudad de Santiago que otras que no se afanan tanto por revestir las formas de la piedad?

Los que han vivido en aquella ciudad y han frecuentado otras sociedades, no creen haber notado diferencia favorable. La humanidad es la misma en todas partes, y los vicios y las virtudes están repartidos en proporción, no al número de clérigos y frailes, sino al de la población. Un rasgo, sin embargo, distingue a Santiago, a la par de la librea religiosa de las mujeres. Cada candelero de cobre está amarrado con una cadena a cada altar en cada iglesia. Esta precaución piadosa es única en América. Pero nos hemos distraído de la mente de nuestro epígrafe: *La Compañía de Jesús en Santiago*. Hablemos simplemente de la iglesia.

Los diarios chilenos hacen una distinción, que fuera de Chile no se comprenderá, entre los sacerdotes en general y los clérigos de la Compañía. No se trata de los jesuitas sin embargo, aunque ellos o su espíritu esté allí detrás de bastidores.

Hay en Santiago coro de canónigos, curas, sota-curas, conventos, prebendados y clérigos por centenares, que viven de sus capellanías. Entre esta falange de sacerdotes, con la porción de virtudes o de vicios que Dios les haya permitido, hay, como en toda otra vocación humana, los ambiciosos sin colocación, los pretendientes a una inocente popularidad, los

jóvenes ardientes, los fanáticos, los supersticiosos. Para todos estos, que no son curas ni canónigos, la iglesia que antes sirvió a la Compañía de Jesús, era un punto de reunión, un teatro para ensayos, un centro de acción, de propaganda y de proselitismo. Allí se creaban las nuevas reputaciones de la cátedra, allí se celebraban las novenas, misiones y meses de María; allí pululaba el mundo devoto que cuenta por millares el número de sus adeptas. Puede calcularse por las que murieron en una noche.

Entre esta vanguardia del clero descollaba el clérigo Ugarte, el más… fanático y supersticioso que deshonra al catolicismo en todo el mundo. Célebre en la cátedra por la desvergüenza y rudeza de su lenguaje, vomitaba improperios siempre contra impíos e incrédulos imaginarios, pues aquella *rara avis* no existe en la fauna chilena, desde que Bilbao fue expulsado del país por ser único en la especie; es más notable todavía por las extrañas supersticiones que ha inventado, y por la práctica invención de adornos y fantasmagorías de que ha recargado sus numerosas fiestas.

El magnífico teatro municipal de Santiago está hace tiempo cerrado, por falta de asistencia. La ópera se ha trasladado al coro de la Compañía.

La Inmaculada Concepción de María ha suministrado a aquella imaginación desarreglada un tema para dramas, tragedias y óperas que hacen inútil el teatro para las señoras y las fregonas, que encuentran en el *Mes de María* temporada gratis de ópera, con fuegos artificiales, e iluminaciones esplendorosas. Es por esta razón que el incendio de la iglesia tuvo lugar el *8 de diciembre*, día de la Inmaculada Concepción de María. Todas las víctimas del incendio eran cofrades de una asociación de mujeres, bajo la dirección del fanático Ugarte, que celebra sus misterios en aquella iglesia.

En un sermón anterior había invitado a las devotas a

concurrir aquella noche fatal, a oír *revelaciones de un secreto que le había sido confiado por la virgen María*, y a esta piadosa superchería se debió la concurrencia de más de *cuatro mil almas*, pues para que hayan perecido dos mil personas, es preciso creer que la mitad que obstruía las avenidas se salvó.

Parecerá increíble a los católicos que no lo sean de Santiago este cinismo. El hecho es auténtico y congénere con muchos otros de ocurrencia diaria. En la Compañía había un buzón para dirigirle *cartas a la virgen*, pidiéndole gracias especiales, según las necesidades de las devotas que las depositaban por centenares todos los días. Jugábanse loterías piadosas dirigidas por el padre Ugarte, diciéndoles a sus oyentes desde el púlpito: escoja cada una un número mentalmente, y hecho esto empezaba a distribuir penitencias, padre nuestros, limosnas, flagelaciones, que debía practicar cada una, según el número que hubiese escogido. Por ejemplo, el número 7 rezará siete padre nuestros y ave marías en cruz; el 25, hará mañana una limosna, etc.; y todas estas novedades tenían alborotadas a las mujeres, lo que no estorbaba que alguna vez algún santo devoto le robase al padre doscientos pesos recogidos de la suscripción que pagan los cofrades al afiliarse.

La compostura de la iglesia en el *Mes de María* era para volver locas a las mujeres. El día de la fiesta ardían diez mil luces kerosene. El altar mayor era una ascua; la Virgen reposaba sobre una media luna de fuego; el padre Ugarte había construido con sus propias manos arañas de doscientas luces; la cornisa del templo, desde donde arrancaba la techumbre de madera, estaba adornada de luces que niños subían a encender a mano deslizándose a lo largo de ella, con peligro de la vida. No satisfechos con los numerosos altares que flanquean las naves laterales, en cada uno de los pilares que sostienen la central, se aderezaba un altar confiado a una familia aristocrática y rica, para hacerlas sobrepujarse en lujo, gusto e invención. Las flores artificiales en ramos, guirnaldas y

festones, tapizaban sobre nubes de blondas y encajes aquellas colgaduras y zarandajas, que eran materia de cuento y sorpresa durante el espectáculo, y de interminable descripción al volver a sus casas. La Compañía así ataviada, era sin embargo una pira, preparada para la catástrofe, que más hoy, más mañana, debía arder al menor descuido, y consumir adornos, iglesia y devotos, menos al energúmeno, que salvó sin tostarse un cabello, porque huyó como ...; y estará a la hora de esta ideando algún nuevo medio de embaucar mujeres atolondradas, alguna devoción para aturdirlas y hacerles olvidar la horrible desgracia de sus madres, hijas o hermanas, porque no hay en Santiago quien se atreva a ponerle la mano y encerrarlo en una casa de locos.

Al día siguiente de la catástrofe, el arzobispo proyectaba unas exequias solemnes sobre el local mismo del desastre, para torturar los corazones despedazados de una ciudad doliente; y al día siguiente, los clérigos de la Compañía amenazaban con hacer correr arroyos de sangre, si llevados del horror de la asociación de ideas, querían demoler las murallas de aquella iglesia maldecida por todo hombre de corazón.

El gobierno, tan autoritativo en Chile, no ha soñado siquiera en castigar aquel conato y amenaza sangrienta de rebelión, contentándose con decretar y ejecutar la demolición de las odiadas ruinas; y los diarios semiliberales han apelado a las sinodales, a la teología y a los concilios, para probar la injusticia de aquella horrible provocación. ¡Todos tienen miedo, gobierno y prensa, ante aquel cuerpo a quien solo de orgulloso acusan, y que en efecto es sagrado! ¡La *Revista Católica* es sagrada, los ladrillos calcinados de la Compañía, son sagrados, la locura furibunda de Ugarte es sagrada, aquel homicidio de dos mil seres humanos, atraídos a la hoguera con ridículas profanaciones del culto, es sagrado, y *anatema sic* el que murmure!

La prensa chilena se defiende contra el cargo de impía y

antireligiosa, porque apoya el voto público de apartar de la vista aquellos horribles escombros, y antes de dar sus razones, se santigua, y protesta de su ortodoxia citando cánones, sínodos y obispos.

Esos escombros deben ser removidos, sin embargo, tanto por lo que su presencia recuerda tan inaudita desgracia a los que sobreviven, como porque recordarían con su permanencia la más torpe y vergonzosa ocurrencia que haya deshonrado a un pueblo culto. Dos mil mujeres, lo más encumbrado de la sociedad, quemadas vivas, por motivo tan frívolo como el que las reunía, pereciendo en el centro de la capital, sin que un rasgo de inteligencia, de filantropía, de humanidad, haya brillado en aquella escena puramente animal; muriendo como morirían ovejas en un corral, y solo salvando los sacerdotes, es decir, los cómicos que habían atraído a la muchedumbre de mujeres, ¡será la vergüenza eterna de Santiago, de los devotos, y de los clérigos de la Compañía!

Notas

[1] Vive, si alguien quiere cerciorarse de la verdad de esta verídica historia, debajo del Portal, en el segundo piso, núm. 14, o núm. 7, o núm. 714, aquí no hacen falta los números, ¡gracias a Dios! Retrata en miniatura, al óleo, a la tinta de china, con lápiz, como le pidan, chico y grande, caro y barato. Nadie sale descontento. Tiene actualmente en exposición varios retratos de personas conocidas. *El Autor*.

[2] *El Museo de Ambas Américas* que publicaba unas efemérides de historia americana que dieron lugar en aquellos días a algunas rectificaciones malignas y mal intencionadas contra su redactor. *El E.*

[3] Alusión a un artículo de don Vicente F. López sobre el romanticismo, publicado en la *Revista de Valparaíso* y del cual se burla saladamente Jotabeche; véanse sus *Artículos*, pág. 95, edición de Leipzig. *El E.*

[4] López y Sarmiento. *El E.*

[5] El autor de los comunicados insertados en el *Semanario* a que se contesta en estos dos artículos, fue el clérigo don Rafael Valdivieso que se decía pariente de la monja aludida. Al principio del primer tomo referimos la negociación que hizo concluir esta polémica. *El E.*

[6] *El Desenmascarado*, periódico escrito contra Sarmiento por don Domingo Godoi y del cual no salió más que un número el 7 de febrero de 1843; véase lo que sobre él decimos al principio del primer tomo. *El E.*

[7] El *Nueve de Termidor* y el *Pescador* fueron comprados por don Matías Cousiño y pertenecen hoy a la señora Goyenechea de Cousiño. Monvoisin dejó en Chile más de un centenar de retratos de familia, pintados a medias con la joven que lo acompañaba, pues él ejecutaba solo la cara y la cabeza y alguna vez las manos cuando no las cubría con guantes para hacer más pronto el despacho; el precio corriente era de 8 a 10 onzas por retrato. Algunos son verdaderamente notables. *El E.*

[8] Don Pedro de Palazuelos Astaburuaga. *El E.*

[9] *Fragmento de un viaje de Chile al Cuzco*, leído a la *Sociedad de Geografía* de París, y reproducido en el *Araucano* de 21 y 28 de julio de 1843. *El E.*

[10] Con el seudónimo de *Benjamín Jeremías* aparecieron en el *Progreso* de 1844 unos pocos artículos teatrales que no estamos distante de creer que fueron de Sarmiento; pero la falta de facilidad para consultarle el punto hoy que estamos a cordillera cerrada, nos obliga a no pensar en insertarlo en este tomo. *El E*.

[11] Que por pretensiones de jurisdicción dio origen a una larga polémica entre el *Progreso* y la *Revista Católica*. Los artículos del *Progreso*, que aparecieron bajo el título de *El Estado y la Iglesia*, son de don Carlos Tejedor. *El E*.

[12] En la polémica a que aludimos en la nota de la pág. 266 [11], el señor Sarmiento entró a terciar con este artículo de guerrilla que dio lugar a una nueva polémica de la cual no reproducimos sino este artículo y el que se titula *Nuestro*

pecado de los folletines. *El E*.

[13] Sobre el movimiento religioso alemán de 1844 a que alude este artículo, véase el *Compendio de historia contemporánea por Weber*, tomo 1.°, pág. 43 y siguientes de la traducción francesa; París, 1883. *El E*.

[14] Suprimimos varios párrafos que contienen los detalles de ejecución de la empresa propuesta. *El E*.

[15] Almeida acompañó como baqueano al doctor Filippi en su viaje al desierto de Atacama hecho de orden del gobierno en 1853. Dice este que el valiente explorador tenía entonces 73 años, pero que sus amigos le suponían 90. *El E*.

[16] Solo después de 1840 principiaron los gobiernos de los dos países a ocuparse de límites; esos montículos, muy comunes en algunos lugares de la costa del desierto, son túmulos de indios changos. *El E*.

[17] La causa del asesinato de don Manuel Cifuentes es una de las más dramáticas de nuestro foro criminal que ordinariamente no presenta sino reos vulgares y delitos plebeyos. Las defensas de Peña y de su hija corren impresas. *El E*.

[18] Don José Miguel Solar, arcediano de la catedral de Santiago. *El E*.

[19] En sus números de 9 y 10 de julio de 1851. *El E.*

[20] Reproducido en la pág. 282 del tomo III de estas *Obras*.